



DAD AU
CIÓN GE

CONSEJO LAUDO

IMPERIO

DC201

T5

1846

V.10

c.1

9(441)



1080045907

E# 7 C# 162



HISTORIA
DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular.

T. X. 4

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los días se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscriptores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

SE SUSCRIBE

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.

Estab. Tipog. de MELLADO.

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO.

TOMO X.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

MADRID, 1851.

ESTAB. TIFOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.



54685

17019

DC201

T5

1848

V. 10



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Colección de libros

Dirección General de

DIRECCIÓN GENERAL D

17071

2482

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

Ratisbona.

Llegada de Napoleón á Paris el 22 de enero de 1809 por la noche.—
 Motivos de su repentino regreso.—Alteracion profunda en la
 opinion pública.—Se aumenta la desaprobacion tocante á la
 guerra de España, sobre todo desde que se cree debe producir
 dicha guerra un nuevo rompimiento con el Austria.—Des-
 gracia de Mr. de Talleyrand, y riesgo de Mr. Fouché.—Ac-
 titud que toma Napoleon con respecto á la diplomacia eu-
 ropea.—Guarda silencio con el embajador de Austria, y se
 esplica francamente con los ministros plenipotenciarios de las
 demas potencias.—Hace esfuerzos por ver de impedir la guerra,
 pero se resuelve á hacerla de un modo terrible si le obligan
 á tomar las armas de nuevo.—Intimidacion de Mr. Romanzoff,
 que se habia quedado en Paris aguardándole.—Pide apoyo á
 la Rusia.—Vastos preparativos militares.—Conscripcion de
 4810 y nuevos llamamientos sacados de las anteriores cons-
 cripciones.—Formacion de 4.º y 5.º batallones en todos los
 regimientos.—Desarrollo dado á la guardia imperial.—Com-
 posicion de los ejércitos de Alemania é Italia.—Invitase á
 los principes de la Confederacion á que preparen sus contin-
 gentes.—Primeros movimientos de tropas hacia el Alto Pala-
 tinado, Baviera y el Frioul, destinados á servir de advertencia al
 Austria.—Medios rentísticos puestos en relacion con los milita-
 res.—Efecto que hacen en Europa las manifestaciones de Na-
 poleon.—Disposiciones de la corte de Austria.—Exasperacion

DC201

T5

1848

V. 10



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Colección de libros

Dirección General de

DIRECCIÓN GENERAL D

17078

2483

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

Ratisbona.

Llegada de Napoleón á Paris el 22 de enero de 1809 por la noche.—
 Motivos de su repentino regreso.—Alteracion profunda en la
 opinion pública.—Se aumenta la desaprobacion tocante á la
 guerra de España, sobre todo desde que se cree debe producir
 dicha guerra un nuevo rompimiento con el Austria.—Des-
 gracia de Mr. de Talleyrand, y riesgo de Mr. Fouché.—Ac-
 titud que toma Napoleon con respecto á la diplomacia eu-
 ropea.—Guarda silencio con el embajador de Austria, y se
 esplica francamente con los ministros plenipotenciarios de las
 demas potencias.—Hace esfuerzos por ver de impedir la guerra,
 pero se resuelve á hacerla de un modo terrible si le obligan
 á tomar las armas de nuevo.—Intimidacion de Mr. Romanzoff,
 que se habia quedado en Paris aguardándole.—Pide apoyo á
 la Rusia.—Vastos preparativos militares.—Conscripcion de
 4810 y nuevos llamamientos sacados de las anteriores cons-
 cripciones.—Formacion de 4.º y 5.º batallones en todos los
 regimientos.—Desarrollo dado á la guardia imperial.—Com-
 posicion de los ejércitos de Alemania é Italia.—Invitase á
 los principes de la Confederacion á que preparen sus contin-
 gentes.—Primeros movimientos de tropas hacia el Alto Pala-
 tinado, Baviera y el Frioul, destinados á servir de advertencia al
 Austria.—Medios rentísticos puestos en relacion con los milita-
 res.—Efecto que hacen en Europa las manifestaciones de Na-
 poleon.—Disposiciones de la corte de Austria.—Exasperacion

y desasosiego que de ella se apodera de resultas de los acontecimientos de España.—Los apuros que esta guerra causan á Napoleon parecen una ocasion que no debe desaprovecharse, despues de no haber utilizado la que ofrecia la guerra de Polonia.—Animase con la irritacion de Alemania y la opinion de la Europa.—Armamentos extraordinarios emprendidos hacia tiempo, y llevados ahora á cabo.—Necesidad de tomar una resolucion, y de escoger ó el desarme ó la guerra.—Opta por esta última.—Union del Austria con la Inglaterra.—Esfuerzos que hace el gabinete austriaco en Constantinopla para avenir á los ingleses con los turcos.—Tentativas hechas en San Petersburgo para separar la Rusia de la causa de la Francia.—Enfriase Alejandro con respecto á Napoleon.—Motivos de esto.—Alejandro teme mucho una nueva guerra por parte de Francia contra Austria, y se esfuerza en impedirlo.—No pudiendo lograrlo, y no queriendo aun abandonar la alianza con Francia, adopta una conducta ambigua, calculada bajo el aspecto del interes de su imperio.—Grandes preparativos para acabar la guerra de Finlandia, y volver á comenzar la de Turquía.—Envio de un ejército de observacion á Galicia so pretexto de cooperar con la Francia.—Austria, aunque engañada en las esperanzas que tenia con respecto á Rusia, se lisonjea atraerla al primer triunfo, y se decide á dar principio á la guerra en abril.—Declaracion que hace en Paris Mr. de Metternich.—Napoleon sin temor alguno á la guerra, acelera sus preparativos.—Marcha anticipada de todos los refuerzos.—Distribucion del ejército de Alemania en tres cuerpos militares.—Papeles señalados á los mariscales Davout, Lannes y Massena.—El principe Berthier parte para Alemania con instrucciones eventuales, y Napoleon se queda en Paris para acabar sus preparativos.—Pasan el Inn el dia 10 los austriacos, y el archiduque Carlos se dirige hácia el Isar.—Paso del Isar y toma de Lanshut.—El archiduque Carlos forma el proyecto de sorprender á los franceses antes que se reconcentren, atravesando el Danubio entre Ratisbona y Donauwerth.—Disposiciones para ver de derrotar al mariscal Davout en Ratisbona.—Repentina y venturosa llegada de Napoleon al teatro de las operaciones.—Proyecto atrevido de reconcentracion, el cual consiste en atraer al punto comun de Abensberg á los mariscales Davout y Massena, saliendo el uno de Ratisbona y el otro de Ausburgo.—Dificultades en la marcha del mariscal Davout, espuesto á encontrarse con casi todo el ejército austriaco en masa.—Conducta hábil y firme de este mariscal colocado entre el Danubio y el archiduque Carlos.—Encuentra á los austriacos entre Tengen y Hansen.—Brillante accion de Tengen dada el 19 de abril.—Reúnese con Napoleon el cuerpo de ejército del mariscal Davout.—Napoleon toma la mitad de este cuerpo, con los bávaros y los wurtembergenses, y atraviesa la línea del archiduque Carlos, que se estienda de Munich á Ratisbona.—Batalla de Abensberg dada el 20.—Napoleon prosigue esta operacion marchando sobre el Isar y tomando á Lanshut el 21.—Se apodera así de la línea de operaciones del

archiduque, y reehaza su ala izquierda á Baviera.—Sabiendo en la madrugada del 21 que el mariscal Davout ha tenido que volver á pelear contra el archiduque hácia Lenching, cae por la izquierda sobre Eckmühl, á donde llega á las dos del 22.—Batalla de Eckmühl.—Derrotado el archiduque, se corre á Bohemia.—Toma de Ratisbona.—Carácter de las operaciones ejecutadas por Napoleon durante aquellos cinco dias.—Grandes resultados militares y políticos que producen.

Napoleon salió á caballo de Valladolid el dia 17 de enero de 1809, llegó á Burgos el 18, entró en Bayona el 19, tomó allí un carruage despues de dar algunas cuantas órdenes, y apareció en las Tullerías el 22 á media noche, sorprendiendo á todos con lo inesperado de su llegada. Efectivamente, no se creia volver á verle tan pronto, y esto debia alarmar un tanto no solo á Francia sino á Europa; alarma que se explica por los motivos mismos de su repentino regreso. Habia salido de Valladolid confiando á sus generales, divididos por desgracia, y unidos débilmente, merced á la timidez con que mandaba José, la conclusion de la conquista de España; habia salido porque de todas partes recibia noticias asegurándole que el Austria proseguia con mas empeño que nunca en sus armamentos tantas veces paralizados, y otras tantas vueltas á emprender en el espacio de dos años, porque de Viena, de Munich, de Dresde, de Milan, le suministraban pormenores exactos de esos armamentos, en tal conformidad, que no le quedo ningun género de duda acerca de lo inminente del peligro; porque de Constantinopla se referian (los no vistos esfuerzos que estaba haciendo el Austria con el fin de indisponer á los turcos con Francia, y que se reconciliaran con Inglaterra; porque de Paris, en fin, le decian que se notaba en los ánimos

una agitación desconocida, que se intrigaba en la corte tímidamente, pero á las claras, que se hablaba no poco, y que en todas partes, por último, reinaba la inquietud y el descontento, murmurándose en alta voz. Al saber todo esto, se apoderó de su alma ardiente un repentino impulso de irritación, y no había podido menos que volver inmediatamente á Francia. Los que, tanto de dentro como de fuera, habían provocado su vuelta, debían pagar su enfado, y así lo temían de antemano, esperando un escándalo la diplomacia europea, y recelando la corte asustada tomase medidas de rigor.

Y efectivamente, Napoleon iba á encontrarse la Francia como nunca la había visto; aunque en diez años de reinado bien había podido distinguir por entre la admiración que le inspiraba, desconfianzas y aun desaprobación, jamás la había conocido como se la pintaban en aquel momento algunos servidores fieles; tal, en fin, como él mismo iba á verla. Este cambio se debía absolutamente á la guerra de España, que empezaba á producir sus funestas consecuencias.

Desde luego se había criticado la empresa de por sí, que al parecer iba á añadir un nuevo peso á la ya pesada carga que oprimía al imperio. Habíase criticado la forma, que no era otra cosa sino una perfidia para con unos príncipes desventurados, embrutecidos (1) é impotentes; pero contaron

(1) Duras nos parecen las palabras que emplea Mr. Thiers hablando de la familia real española: cualesquiera que fuesen los errores de los abuelos de nuestra reina, y diese ó no muestras de cordura su augusto padre, no creemos haya derecho para denostar tan severamente su inteligencia. (N. del T.)

con el genio de Napoleon, siempre afortunado, para vencer aquellas nuevas dificultades, se deslumbraron y envanecieron con los homenajes de que se vió rodeado en Erfurt, y de este modo flotaban entre el temor, la esperanza y el orgullo satisfecho. Sin embargo, aquella campaña misma, en que solo bastó su presencia para disipar los levantamientos en masa de los españoles, había inspirado serias reflexiones al ver que hubo que transportar sus valerosos ejércitos del Norte, donde tan necesarios eran, al Mediodía, donde ningún peligro serio amenazaba á Francia; que se vió obligado á dispersarlos en un suelo devorador, donde consumían sus fuerzas en destruir pelotones de gente que no se mantenían en parte alguna, pero que revivían sin cesar convertidos en guerrilla cuando no podían pelear como cuerpos de ejército; que hizo embarcarse á los ingleses, quienes se retiraban defendiéndose vigorosamente, para aparecer á poco en otros puntos de la costa, tan ágiles con sus buques como los españoles con sus piernas. Decíase doquier que aquella era una sima en que irían á sepultarse mucho dinero y muchos hombres, para conseguir un resultado muy inseguro, de desear, sin duda, si se volvía al siglo de Luis XIV; pero infinitamente menos importante en una época en que Francia dominaba el continente; resultado, por otra parte, que se pudo aplazar muy bien á la vista de tantas otras empresas como había que terminar, y que debía hacer mas difícil esa paz general, tan difícil ya y con tanta justicia deseada. Pero lo que ponía colmo á la pública desaprobación, era el estar muy esparcida la convicción de que aprovechándose Austria de la marcha de los

ejércitos franceses para la Península, iba á asir la ocasion de dar nuevamente principio á la guerra con mas probabilidades de buen éxito. Uníase á esta certeza el temor de ver á otras potencias secundarla, convirtiéndose la coalicion en general. De este modo en una falta veían otras mil, encadenándose unas tras otras, y arrastrando consigo una série interminable de consecuencias funestas. Al mismo tiempo los reiterados llamamientos á las armas, que no se entendían con la clase de 1809, sino con la de 1810, reclutada con un año de anticipacion, y aun tambien con las clases anteriores de 1806, 1807, 1808 y 1809, que se habían creído libres con razon, estos llamamientos, decimos, empezaban á producir en las familias universal descontento, haciendo sentir como una molestia grave la guerra que hasta entoncos solo había sido motivo de triunfo, causa de orgullo y medio de hacer que llegasen á las aldeas mas lejanas y recónditas las muestras de la munificencia imperial para con sus veteranos. Los realistas, atraídos en parte, habían callado hasta allí; pero los mas incorregibles hallaban en los acontecimientos de España y Austria, así como en el malestar de las familias, motivo para usar un lenguaje lleno de hiel. El clero, unido por lo regular á ellos en intereses y sentimientos, tenían en lo mal que se trataba al Papa en Roma, una causa de disgusto tan grande como la que los rancios realistas podían encontrar en las renunciaciones forzadas de Bayona. Así hubo curas que usaron un lenguaje muy equívoco en ciertos pulpitos, ya de las ciudades, ya de las poblaciones pequeñas, y so pretexto de predicar la sumision cristiana, comenzábase á hablar á los

pueblos como suele la iglesia en épocas de persecucion.

En los parages públicos se hablaba con extraordinaria libertad, y el vecindario de París, tan versátil, tan turbulento unas veces y otras tan dócil, ora denigrante ora entusiasta, jamás sumiso ni rebelde del todo, en quien es fácil encontrar prudencia en medio de los mayores estravíos, ó insensatez en momentos de la calma mas completa, fastidiado casi de admirar á su emperador, y hasta olvidando que debía estarle agradecido porque derribó el cadalso y restableció los altares, porque atrajo á su seno el reposo, el lujo y los placeres, se complacía en citar sus yerros, en hacer comentarios sobre sus faltas, y por entre la satisfaccion de censurar, se traslucía el temor que abrigaba acerca de lo futuro, temor que revelaba en su lenguaje triste y amargo á menudo. Los fondos públicos, á pesar de la obstinacion con que el tesoro compraba, bajó de los 80 francos, tarifa declarada normal por el emperador para la renta del cinco, y hubieran bajado mucho mas sin los esfuerzos que se hicieron para sostenerlos.

No menos inquietud é indisciplina reinaba en torno del gobierno. El cuerpo legislativo había permanecido reunido todo el tiempo que duró la corta campaña de Napoleon allende los Pirineos, y se había ocupado, como se acostumbraba en aquella época, no de asuntos políticos, sino de negocios rentísticos, y sobre todo de materias legislativas, habiendo tenido que discutir el código eriminal, obra difícil y que podía despertar añejas disensiones. Los individuos de la oposicion, pocos en número entonces, que nunca llegaban á dar mas de

diez ó quince votos en contra de los proyectos que se sometian á su discusion, hicieron frente aquella vez al gobierno, y reunieron hasta ochenta y cien votos negativos, de doscientos cincuenta á doscientos ochenta que componian la cámara, en la deliberacion de los diversos títulos de aquel código. El archicanciller Cambaceres, que con su acostumbrada perspicacia, notó el renacimiento de espíritu de contradicción, y que temió escitarlo si ponía á discusion un código que colocaba frente á frente las inclinaciones de los unos á la libertad, y de los otros al principio de autoridad, avisó el peligro al emperador, procurando disuadirle de terminar aquel año el código criminal. En su concepto, convenia escoger un momento en que se inclinassen mas á aprobarlo, y en que el emperador hubiese podido hallarse presente, porque en su ausencia todos eran mas atrevidos; pero como Napoleón no conocia obstáculos, quiso se pusiese á discusion el código aquel mismo año, y debates empeñadísimos, á los que siguieron votaciones mas compactas que de costumbre, llenaron de asombro á los espíritus reflexivos, contribuyendo á indisponer á un soberano, atento, bien que ausente, á cuanto pasaba en Francia.

Animados con esta ausencia ciertos personajes, dieron tambien rienda suelta á su lengua y á su inclinacion á la intriga, llevando dos de ellos sobre todo su imprudencia hasta olvidar una sumision, á la que al parecer estaban acostumbrados desde hacia pronto diez años. En otra parte hemos dado á conocer el carácter de Mrs. Fouché y de Talleyrand, que es á quienes aludimos, así como el papel que hicieron durante los primeros años del Consu-

lado estos dos personajes tan diferentes entre sí, tan hostiles el uno al otro, y los mas importantes de aquella época despues del archicanciller Cambaceres. Este, aunque no se le consultaba tanto como en otro tiempo, esforzabase siempre en secreto y sin ostentacion, por hacer que prevalecieran en el ánimo de Napoleon pensamientos de moderacion y prudencia, pero lo conseguia muy rara vez, al contrario de antes. Por lo demas, empezaban á cansarle y entristecerle los sucesos, y tendia cada dia mas y mas á retirarse, lo cual es fácil en todos tiempos, porque los actores impacientes que se presentan en la escena del mundo, nunca se disgustan de que se les deje el puesto desocupado. Solo Napoleon lo notaba con sentimiento, apreciando su extraordinario buen juicio, aunque muchas veces le habia importunado. Se pensaba, pues, mucho menos en el príncipe archicanciller, sucediendo lo contrario con Mrs. de Fouché y de Talleyrand, á quienes agradaba mucho que se ocuparan de ellos, y en quienes fijaba toda su atencion un público cuyo único pensamiento habia ocupado hasta allí Napoleon. Mr. Fouché, ministró excelente de policía en los primeros tiempos del Consulado, con su indulgente indiferencia respecto á los partidos, indiferencia que le inclinaba á contemplar á todo el mundo, tenia, sin embargo, dos inconvenientes graves para un ministro de policía, cuales eran el cuidado de hacerse valer á costa del gobierno, y la necesidad de mezclarse en todo. Si contemplaba á este ó á aquel, si prevenia un acto de rigor, se atribuía el mérito para con los interesados, dándoles á entender que á no ser por él hubieran tenido que sentir la tiranía de un monarca violento. Ade-

mas fingia contener el celo precipitado del prefecto de policia Dubois, funcionario personalmente adicto al emperador, se burlaba de los descubrimientos que pretendia hacer, y llamaba complots quiméricos á todos los que denunciaba este agente. Podia tener razon Mr. Fouché en esto, pero tambien él llevaba su celo hasta el esceso, queriendo mezclarse en todo, para en todo aparecer influyente. No hacia mucho que arrastrado por el deseo de darse importancia, habia tomado á su cargo aconsejar el divorcio á la emperatriz Josefina, creyendo que así agradaba á Napoleon con proporcionar un sacrificio que éste no se atrevia á pedir, pero que deseaba con ardor. Estas miras sobrado personales, esta indiscreta intervencion en lo que no le concernia, habia ya faltado poco para perder á Fouché en el ánimo de Napoleon, que no queria, como es natural, se hiciese valer á costa soya; que le pintara á los ojos de los partidos como un hombre duro y cruel, reservándose para sí los honores de la indulgencia; que mintiese incredulidad en materia de complots que podian comprometer la estabilidad de su gobierno; que se propasara, en fin, á tomar la iniciativa en negocios graves de estado ó de familia, que únicamente á él concernian, y cuya madurez solo él podia y queria juzgar.

Una circunstancia reciente le habia proporcionado ocasion para manifestar sobre esto su modo de pensar, y lo hizo de manera que debió pesar á monsieur Fouché. El general Malet, anciano militar y conspirador incorregible, Servan, antiguo ministro de la Guerra, Florent-Guyot, que perteneció á la Convencion, y un empleado en instruccion pública poco conocido, estaban comprometidos en una tra-

ma no muy seria, pero que era asimismo de un principio de resistencia al poder absoluto. Solo habia en el asunto una cosa grave, y nadie lo conoció entonces; la mania del general Malet de pensarque ausentándose como se ausentaba Napoleon tantas veces por motivo de la guerra, era preciso aprovecharse de una de sus ausencias para decir que habia muerto, y provocar un levantamiento. Imposible es decidir si el proyecto del general Malet, realizado mas tarde, estaba en germen entonces solamente, ó habia ya madurado en la trama que monsieur Dubois creía haber descubierto. Lo cierto es que Dubois, de quien se burló mucho Mr. Fouché, trató á su ministro con poco respeto conociendo que le apoyarian; y sabedor Napoleon en España de esta reyerta, no queriendo que el ministro de policia se la echase de incrédulo en materia de complots, ó tal vez se hiciese valer para con los cuerpos del Estado sofocando un asunto en que se hallaban comprometidos muchos de sus individuos, prestó toda clase de apoyo á Mr. Dubois, y mandó se examinara la cuestion en un consejo presidido por el principe Cambaceres. El prudente archicanciller apaciguó la reyerta, decidiendo que si no habia fundamento para proseguir el asunto, lo habia á lo menos para prestar suma atencion á aquellos primeros sintomas del espíritu de rebelion, y Mr. Fouché fué reprendido á griamente de orden del emperador. Acababa de serlo con mas dureza aun con motivo de su proposicion de divorcio. Esta proposicion, hecha espontáneamente á la emperatriz Josefina por el ministro de Policia, se figuró esta que la dictaba el emperador, pues no podia suponer que un ministro se aventurara de por sí á semejante paso, á no es-

tar autorizado; y de esto resultaron disidencias domésticas que afectaron vivamente á Napoleon. Buscando estabilidad, deseaba un heredero, y sentia iba madurando en él poco á poco la resolución del divorcio, pero cuanto mas se acercaba el momento de tomar semejante resolución, tanto menos queria anticiparse un pesar que debía serle tan amargo. Desaprobó, pues, el paso dado por Mr. Fouché, y le condenó á que se disculpase, humillándose para con la emperatriz. Tambien fué el mediador Cambaceres, tambien apaciguó aquella reyerta; pero Mr. Fouché pudo conocer desde entonces que declinaba rápidamente su crédito.

En cuanto á Mr. de Talleyrand, su situación era tambien muy comprometida, por culpa suya igualmente. Mas de una vez habia ya dado motivo de desconfianza y de disgusto á Napoleon; sobre todo dejando el ministerio de Negocios Estrangeros en 1807, por el fútil motivo de convertirse en gran dignatario del imperio. Habia vuelto á granjearse el apoyo imperial haciéndose un instrumento activo de la política que produjo la guerra de España, y Napoleon, ora le habia conducido á Erfurt, ora le habia dejado en Paris, á fin de paliar para con la diplomacia europea la parte odiosa y alarmante que aquella política pudiera tener respecto á las cortes estrangeras; pero Mr. de Talleyrand era el hombre menos capaz del mundo de resistir á la opinion reinante, y cuando la guerra de España acabó por obtener la reprobacion universal, él tambien la desaprobaba. Asi no dejaba de decir que él no la habia aconsejado, fundándose sin duda en que preferia, entre los proyectos propuestos, la desmembracion de España á la usurpacion de la corona. Una vez

entrado en el camino de la desaprobacion, se remontaba hasta el negocio del duque de Enghien, porque en aquel momento de descrédito andaban á vueltas con todas las faltas que Napoleon habia podido cometer, y Mr. de Talleyrand queria no haber sido cómplice de ninguna. Grande era su imprudencia, pues si de todo se murmura pronto en Paris, como á la indiscrecion se unia mas que en ninguna otra época la pérfida inclinacion á agrandar, de todo se murmuraba entonces mas pronto, y Mr. de Talleyrand no podia tardar en ser denunciado al emperador.

No se limitaba su yerro á criticar algunas cosas con poco fundamento, sino que se habia reconciliado con Mr. de Fouché al cabo de haberse odiado y denigrado mutuamente diez años. Trataba éste á aquel de frívolo intrigante, pues queria dirigir una diplomacia, que con la ayuda de la victoria marchaba por si sola; y aquel á éste de que agitaba al emperador con denuncias vulgares, haciendo obstentacion de una policia, facil y aun inútil, gracias á la sumision que en todas partes reinaba. En una palabra, Mr. de Talleyrand despreciaba la vulgaridad de Mr. Fouché, y éste la frivolidad de Mr. de Talleyrand. Sin embargo, como si hubiese ocurrido un suceso grave, ó se hallase Francia en situacion tan peligrosa que fuera preciso de una y otra parte olvidar antiguos resentimientos, merced á hombres oficiosos, habianse reconciliado Talleyrand y Fouché, visitándose públicamente, lo cual causó sorpresa general. El verdadero motivo de su reconciliacion es que podian presentarse muy pronto circunstancias en que su union fuese necesaria á ambos. Efectivamente, estaban persuadidas las gentes que Napo-

leon iba á acabar por encontrar en España la muerte bajo el puñal de un fanático, ó en Austria en una bala de cañon; y Mrs. Fouché y de Talleyrand, inclinados ya á creer en la caída de un órden de cosas que no era ya de su agrado, participaban al parecer de la opinion, de que la persona de Napoleon habia de sucumbir infaliblemente á un peligro harto provocado tantas veces. ¿Qué será de nosotros? ¿qué haremos? eran las preguntas que se habian hecho á sí propios, y á que seguramente no habian contestado; pero exagerando como suelen los mediadores las semiconfianzas que los dos personajes pudieron haberse hecho, sostenian que los dos habian formado nada menos que todo un plan de gobierno para en caso que sucumbiese Napoleon. Hasta les atribuian la idea de trasmitir la corona imperial á Murat, que habia llevado consigo á París, antes de trasladarse á Nápoles, el descontento de no ser rey de España.

Estos fútiles rumores no merecerian que la historia se ocupase de ellos, si no atestiguaran que empezaban á alterarse los ánimos, merced á las faltas de Napoleon, y sobre todo, si no hubieran producido el resultado lamentable de tener á los extranjeros á la expectativa de lo que pasaba en París, persuadiéndoles que la autoridad de Napoleon estaba muy debilitada, que sus medios de accion habian disminuido mucho, y en fin, que habia llegado el momento de declararle otra vez la guerra. Es seguro que el estado de los ánimos en París (1)

(1) Este hecho lo prueban, por desgracia, todas las correspondencias de la época. Es admirable hasta qué punto se repetía en Viena, en Berlin, en San Petersburgo, todo cuanto se decia en París.

obró entonces mucho sobre el estado de los ánimos en Europa, y contribuyó en extremo á volver á encender la guerra, como pronto se verá.

Antes de dejar á Valladolid, conocia ya Napoleon gran parte de cuanto acabamos de referir, y estaba tan irritado con ello que no pudo contenerse. La vispera de su marcha al saber que los granaderos de la antigua guardia murmuraban de que se les dejase en España, por lo menos momentáneamente, y que el general Legendre, uno de los firmantes de la capitulacion de Bailen, debia presentársele en una revista que iba á pasar, se entregó á impulsos de furor que alligieron profundamente á todos los que de ellos fueron testigos. Al recorrer á pie las filas de sus granaderos, que le presentaban las armas, ya oyese algunos murmullos, ya conociése á uno de los descontentos, lo cierto es que le arrebató el fusil de las manos, y atrayéndole hácia sí, le dijo: «¡Infeliz, merecés que te fusilara! y por poco no lo hago.» En seguida, rechazándole hácia las filas, y dirigiéndose á sus camaradas: «¡Hal ya sé, les dijo, que quereis volver á París en busca de vuestras queridas, y para entregarnos á lo demas que teneis de costumbre, pues bien, os he de tener sobre las armas hasta los ochenta años!» Despues, habiendo divisado al general Legendre le cogió la mano y le dijo: «Señor general, ¿cómo no se os secó esta mano al tiempo de firmar la capitulacion de Bailen?» Agoviado bajo el peso de estas palabras el malhadado general se abismó en su afrenta, y todos bajaron su vista ante Napoleon, sin dejar por eso de criticar en secreto estas inalicificables violencias.

En seguida salió para París, á donde llegó, co-

mo hemos dicho, con una rapidez que corria parejas con sus pasiones. Mucho le habian escrito á España, porque ademas de sus ministros tenia un número de corresponsales que le comunicaban cuanto pensaban y averiguaban (1); en el camino supo tambien mucho, y á pesar de la velocidad de su marcha, dió una porcion de órdenes, mandando especialmente arrestar á un abate llamado Anglade, que en la Gironda habia hablado mal desde el púlpito de la conscripcion, y enviando á París al arzobispo de Burdeos, que habia permitido los sermones de dicho abate. Apenas entró en las Tullerías se vió asaltado por millares de relaciones sobre cuanto habia sucedido estando él ausente, y aunque estas relaciones exageradísimas no podian engañar una penetracion tan sagaz como la suya, como se acoge de buen grado lo que lisongea la irritacion que uno siente, Napoleon creyó al parecer muchas cosas inverosímiles. Llamó, pues, al archicanciller Cambaceres y le refirió con sobrada animacion cuanto le habian contado, enfureciéndose sobre todo contra Mrs. Fouché y de Talleyrand, quienes, segun su modo de pensar, no podian haberse reconciliado sino con muy mala intencion. Cambaceres procuró calmarle, pero casi no lo consiguió. Lo que mas ofendia á Napoleon era que dispusieran de su herencia, co-

(1) Entre estos corresponsales se hallaban Mrs. Fievée y de Montlosier, y Mad. de Genlis, que no escribian para denunciar, sino para decir su opinion sobre lo que veian, y lo que estaba pasando á la vista de todos. La correspondencia de Mr. Fievée se ha impreso, y prueba que Napoleon dejaba que le dijese muchas y atrevidas cosas.

mo si fuera segura su muerte; lo que le ofendia mucho mas aun era que desaprobára su conducta politica un hombre que habia sido cómplice en ella, y á quien condujo á Erfurt, ó dejó en París para que fuera su apologista. Asi lo principal de la tormenta debia descargar sobre la cabeza de Mr. de Talleyrand, porque como Mr. Fouché habia recibido ya por escrito severas reprimendas, aunque empezaba á caer en desagrado, no habia colmado bastante la medida para ser sacrificado.

En un consejo de ministros, al que concurrieron muchos grandes dignatarios, que á la sazón se hallaban en París, se quejó de todo y de todos, nada habia de que no estuviere descontento. Habíase perdido en aquella época, en medio de la calma del imperio, el conocimiento de la opinion pública y sus bruscos cambios; creíase que un gobierno podia dirigirla segun tuviese por conveniente, y porque la policia ejercia una autoridad absoluta sobre la prensa, se le atribuía sobre ella un influjo pueril. Quejose Napoleon de haber dejado que se estraviaran los ánimos acerca de los sucesos del dia, y que se interpretara su última campaña, señalada por los triunfos, como fecunda en reveses; arrojó acerados dardos contra los que habian hablado y obrado, como si se tratara de una sucesion inmediata, de un reinado próximo á concluirse. Se quejó, sobre todo, con estremada amargura de los que por censurarle no temian censurarse á sí mismos; en fin, sin contenerse, dando grandes pasos por la sala del consejo, y encarándose con Mr. de Talleyrand, que estaba inmóvil, de pie, y apoyado en una chimenea, le dijo gesticulando con viveza: «¿Cómo osais pretender que no

teneis parte en la muerte del duque de Enghien! como osais pretender que sois extraño á la guerra de España!—¡Estrañó, repetía Napoleón, á la muerte del duque de Enghien! ¿se os ha olvidado que me la aconsejasteis por escrito? ¡Estrañó á la guerra de España! ¿se os ha olvidado que me aconsejasteis en vuestras cartas volyiese á dar comienzo á la política de Luis XIV? ¿se os ha olvidado que habeis sido el mediador en todas las negociaciones que han venido á parar á la guerra actual?» En seguida pasando y volviendo á pasar por delante de Mr. de Talleyrand, dirigiéndole palabras cada vez mas ofensivas, acompañadas de gestos amenazadores, heló de espanto á todos los que se hallaban presentes, y dejó á los que bien le querian llenos de dolor al ver rebajada en aquella escena la doble dignidad del trono y el genio (1). Acto continuo despidió Napoleón el consejo, enfadado de lo que habia hecho, y añadiendo al descontento que tenia de los demas, el justo descontento que debia tener de sí propio.

Mr. de Talleyrand volvió á su casa con una especie de pasmo, y los médicos temieron por su vida, porque no tenia valor para sufrir la desgracia, aunque aparentase impasibilidad. Entretanto Napoleón estaba harto irritado para limitarse á palabras, y quiso que el público supiese oficialmente habia caído de su gracia Mr. de Talleyrand. Este personage, que gustaba de toda clase de honores y distinciones, habia aspirado á ser gran

(1). El honrado y verídico duque de Gaeta, testigo ocular de esta escena, me la contó con todos sus pormenores unos cuantos dias antes de morir.

chambelan cuando desempeñaba las funciones tan graves de ministro de Negocios estrangeros. Hecho gran dignatario, permaneció siendo gran chambelan, y disfrutaba las ventajas pecuniarias de uno y otro puesto; pero al día siguiente de la sesion tempestuosa que se habia celebrado en el consejo de ministros, Napoleón le mandó pedir la llave de gran chambelan, y se la dió á Mr. de Montesquiou, uno de los individuos mas probos del Cuerpo legislativo, que reunia á sus títulos actuales otros antiguos, muy apreciados por Napoleón cuando se añadian á un mérito efectivo. No obstante, conociendo Mr. de Talleyrand que se habia apresurado demasiado conduciéndose con el gobierno imperial como con un gobierno perdido, trató de rescatar con una sumision estremada las hablillas imprudentes que le atribuian, y dos ó tres dias despues concurrió á una gran fiesta que se daba en las Tullerías, brillantemente puesto, inclinándose profundamente ante el soberano, cuyos ultrages acababa de sufrir, queriendo casi hacer dudar á él mismo y sobre todo al público, de cuanto habia pasado. Y en cierto modo lo consiguió, pues desarmado Napoleón con aquella sumision calculada, descubrió el cálculo, pero agradeció la humildad.

Despues que Napoleón reprimió las lenguas de los que le rodeaban; sin reprimir la del público, porque á esta no era posible cartigarla con el desfavor, ocupóse inmediatamente de los graves asuntos que le llevaban á París. Estos asuntos eran la diplomacia y la guerra que era preciso conducir de frente, porque nos hallábamos en visperas de un rompimiento con Austria. Esta potencia, á quien hemos visto tan agitada durante tres años, flotando

unas veces entre el deseo de vengar sus humillaciones y otras entre el temor de nuevos descalabros; buscando sin cesar una ocasion propicia, creyendo que la habia descubierto en el atrevido movimiento de Napoleon hacia el Norte en 1807, dejándola pasar sin aprovecharla, y sintiendo amargamente haberla perdido; creyendo hallar otra en la guerra de España, vacilando por espacio de seis meses entre si se valdria de ella ó no, y en medio de tales fluctuaciones armando tropas con una actividad que cada vez iba en aumento; esta potencia, decimos, debia al fin estallar ó estaba al parecer muy próxima á ello. Todos los preparativos militares que hacia en su vasto imperio, todas las intrigas políticas que ponía en juego para con los gabinetes europeos, revelaban que habia adoptado una resolución, y como se acercaba la primavera, pensó Napoleon que tendria á lo mas tres ó cuatro meses para prepararse á hacerle frente. Era, pues, menester darse prisa si no queriamos que se nos cogiera desprevenidos; pero precisamente sobresalia Napoleon en el arte de emplear bien el tiempo y de crear por medio de milagros lo que no existia, y de ello dió entonces otra prueba notable.

Al mismo tiempo que los preparativos militares, tenia que conducir las negociaciones, las cuales debian evitar la guerra, ó hacer mas seguro su resultado por medio de alianzas bien arregladas. Pocos meses antes, cuando su primer regreso de España, habia tenido con el embajador de Austria esplicaciones tan francas, tan netas, y de tan poco efecto no obstante, que parecia una cosa superflua, y tan poco digna como poco eficaz dar principio de nuevo. Napoleon juzgó que la verdadera con-

ducta que habia que observar y el único modo de provocar reflexiones útiles en Viena, suponiendo que aun fuesen alli capaces de hacerlas, era usar la mayor reserva con aquel embajador, suma franqueza con los demas, y enérgica actividad en el empleo de medios administrativos. Se mostró, pues, urbano, pero frio y sóbrio de palabras con Mr. de Metternich, encargando á su familia, que acogia muy bien á este ministro, imitase su reserva. Con los demas embajadores se mostró al contrario mucho mas franco, confesándoles el motivo de su repentina vuelta á París, declarándoles que Austria la originaba con sus armamentos, y asegurándoles iba á contestar con otros formidables. «Parece, les dijo, que son las aguas del Leteo y no las del Danubio las que corren en Viena, y que han olvidado alli las lecciones de la esperiencia. Si necesitan noticias mias, las tendrán; pero terribles esta vez, lo aseguro. Yo no quiero la guerra, no tengo interés en ella, y la Europa entera es testigo que todos mis esfuerzos, asi como toda mi atencion, se dirigan hácia el campo de batalla que ha escogido la Inglaterra, es decir España. El Austria, que salvó á los ingleses en 1805, en el momento en que iba yo á pasar el estrecho de Calais, los salva otra vez cuando iba á perseguirlos hasta la Coruña; pero pagará caro el distraerme de mi objeto. O desarma sus tropas sin detencion alguna, ó tendrá que sostener una guerra destructora. Si verifica el desarme de modo que no me quede la menor duda acerca de sus intenciones para lo futuro, tambien yo envainaré mi espada, porque solo tengo deseos de sacarla en España, y contra los ingleses. Sino, la lucha será pronta y decisiva, y tal que no vol-

verá Inglaterra á tener aliados en el continente.» El emperador causó en cuantos le oyeron el efecto que deseaba, porque su lenguaje era sincero, y decia la verdad al asegurar que no queria la guerra, pero que la haria de un modo terrible si le obligaban á emprenderla otra vez. Sia dejar de pensar que se la habia atraido con su conducta en España, todos juzgaron que Austria cometia una imprudencia de bulto, y se asustaron por la causa de la Europa de las consecuencias á que iba á esponderse aquella córte.

Desde la entrevista celebrada en Erfurt se habia retenido en Francia, ya con un motivo ya con otro, á Mr. de Romanzoff, ministro de Negocios extranjeros de Rusia, y que, segun hemos dicho mas arriba, se habia trasladado á Paris en pos de Napoleon para vigilar por sí mismo las negociaciones que iban á entablarse con Inglaterra, y apresurar hasta donde fuera posible la adquisicion de las provincias del Danubio. Una vez frustrada la negociacion con Inglaterra, pudo haber marchado á San Petersburgo Mr. de Romanzoff, á fin de reunirse con su joven soberano, que le aguardaba con viva impaciencia; pero un motivo, hijo de sus comunes deseos, habia retenido á Mr. de Romanzoff. Dijéronle en Paris que solo necesitaba dos meses para terminar los asuntos de España, volver el rey José á Madrid, coronarle allí de nuevo, obligar á los ingleses á embarcarse, é inspirar á la Europa pensamientos de resignacion en vez de ideas de resistencia respecto á los designios formados en Erfurt. Podia, pues, haber un interés verdadero en retardar todavia la iniciativa que se trataba de tomar en Constantinopla tocante á Moldavia y Valaquia,

puesto que si Napoleon salia completamente victorioso, Austria no se atreveria á emprender una nueva lucha, la Inglaterra no hallaria aliados en el continente, los turcos no los encontrarían ni en tierra ni en mar, y sin conflagracion europea, Rusia adquiria las provincias del Danubio, así como estaba próxima á adquirir la Finlandia por medio de una guerra, local enteramente y de muy limitada importancia. Este motivo valia la pena de hacer un nuevo esfuerzo de paciencia, porque, así como así, la tardanza solo era de dos meses, y Mr. de Romanzoff creyó útil pasar estos dos meses cerca de los sucesos cuyo resultado aguardaba. Entre tanto observaba con cuidado al coloso, de quien la Rusia era por algun tiempo cómplice mas bien que aliada, estudiaba su fuerza pasajera ó durable, trataba de apreciar el valor de los mil rumores repetidos en San Petersburgo por los ecos de la diplomacia europea, y vivía en la espera en medio de una nube de incienso, porque la córte imperial habia recibido orden de colmar de atenciones al antiguo ministro de Catalina y que en la actualidad lo era de Alejandro, orden obedecida con mas facilidad que ninguna otra en un pueblo como Paris, que tanto gusta de agradar cuando no se complace su orgullo en ofender.

Mr. de Romanzoff pasó en Paris dos meses primero y despues tres, sin advertir el tiempo que iba trascurriendo, y procurando calmar la impaciencia de su soberano, que continuamente le instaba para que regresase. Napoleon cumplió su palabra, pues en dos meses habia dispersado los ejércitos españoles como el viento disipa el polvo, arrojado á los ingleses del continente español, y vuelto á llevar á

Madrid su hermano; sin que nadie se figurara, no obstante, que la guerra de España era un asunto terminado. No era esto lo que él esperó ni lo que prometió sobre todo, pues no podía ya lisonjearse con realizar las grandes adquisiciones proyectadas en Oriente con un simple acto de voluntad. Apenas llegó Napoleón, vio á Mr. de Romanzoff, ejerció sobre él su acostumbrado poder de fascinación, le pintó allí en su imaginación cuanto no había hecho con las armas, se manifestó furioso de ver intervenir otra vez al Austria en el momento decisivo para arrebatárle los ingleses de las manos, porque, al decir suyo, si los hubiera perseguido en persona, no se habría salvado ni uno siquiera, y en fin, se mostró resuelto á tomar por semejante falta de fé (recordaba sin cesar las promesas que le habían hecho en el campamento de Urschitz) una venganza que resonara. Confiando, como confiaba, en los medios inmensos que le quedaban, no se presentó á los ojos del representante de Rusia ni como fanfarrón ni como obsequioso, sino firme y positivo, exigiéndole el cumplimiento de los compromisos contraídos en Erfurt, como hombre dispuesto á batirse todavía con todo el mundo, lo mismo con los que le faltasen á la palabra atacándole, que con los que le faltaran no ayudándole despues que á ello se habían comprometido. «Si vuestro emperador, dijo á Mr. de Romanzoff, hubiera seguido mi consejo en Erfurt, no nos hallaríamos hoy como nos hallamos: si en lugar de simples exhortaciones, hubiésemos apelado á amenazas serias y formales, Austria hubiera procedido al desarme; pero hemos hablado en vez de obrar, y quizá vayamos á tener la guerra; yo porque quiero acabar de una vez en

España, y vosotros porque queréis terminar en Finlandia y principiar en Turquía. En todo caso, cuento con la palabra de vuestro amo, el cual me ha prometido poner á mi disposición un ejército, si el gabinete de Viena se convierte en agresor. Que cumpla sus promesas; que dé mas actividad á la guerra de Finlandia de modo que acabe de una vez para siempre con esa potencia que, á pesar de su pequeñez la tiene apurada; que ponga un ejército suficiente en el Danubio á fin de frustrar para con los turcos todas las intrigas de los austriacos y los ingleses coligados: que ponga, en fin, otro ejército respetable en el Alto Vistula para que el Austria comprenda que con nosotros no se juega. En cuanto á mí voy á reunir en el Danubio y el Pó trescientos mil franceses y cien mil alemanes, y probablemente su presencia obligará al Austria á dejarnos en paz, lo cual desco mas por vosotros que por mí, pues en este caso tendreis la Moldavia y la Valaquia casi sin disparar un tiro, y yo podré acabar de someter la Península sin necesidad de nuevos gastos. Si estas demostraciones no bastan, si es preciso emplear la fuerza, derribaremos para siempre cuanto se oponga á nuestros comunes proyectos. Pero seamos aliados tanto en la paz como en la guerra; seámoslo con franqueza, y de un modo positivo, esto es lo que he prometido, lo que á mí se me ha ofrecido, y lo que espero.» A este lenguaje de un hombre que por nada se intimidaba, agregó Napoleón las atenciones que eran menester para completar el efecto que queria causar, y obtuvo de Mr. de Romanzoff las declaraciones mas satisfactorias. Este no disimuló el pesar que le causaba ver espuesta la Rusia á un rompimiento

con el Austria, aumentada la dificultad de las adquisiciones proyectadas en Oriente con todas las dificultades que la política francesa encontraba en Occidente, estendiéndose, en una palabra, en vez de estrecharse el círculo de la lucha; pero reconoció la necesidad que había de hablar enérgicamente á Viena para evitar la necesidad de obrar; convino en que sería preciso añadir á las palabras algunas demostraciones si se quería que aquellas fuesen eficaces, y prometió en consecuencia que Rusia pondría un ejército en Galicia que estuviese pronto á tomar ó el camino de Praga ó el de Olmutz, los cuales conducen á Viena.

Satisfecho Napoleon de Mr. de Romanzoff, y queriendo probarle hasta qué punto deseaba la paz, y no la guerra, emitió la idea de ofrecer al Austria la doble garantía de Francia y Rusia para la conservación de sus estados actuales, garantía que debía tranquilizarla completamente si era verdadero el temor que decía haber concebido respecto á si propia de resultas de los acontecimientos de Bayona. Efectivamente, si en los motivos que impulsaban al Austria solo entraba el temor personal, podía darse por contenta con la idea de esa garantía, evitándose quizá la guerra. A si es que Mr. de Romanzoff la acogió como asunto que debía comunicarse inmediatamente lo mismo á su córte que á la de Viena.

A sus conversaciones con Mr. de Romanzoff añadió Napoleon mil atenciones delicadas, como la de acompañarle á las fabricas de Gobelins, Sevres y Versalles, enseñándole por todas partes las maravillas de su imperio, y queriendo a cada instante hacerle algun regalo, hasta tal punto, que segun

decía el mismo Mr. de Romanzoff, ya no se atrevía á elogiar nada delante de un soberano tan magnífico, por temor de que le diese mas objetos ya de tapicería, ya de porcelana, ó armas de lujo.

Después de hacer lo que convenia con el embajador de su principal aliado, Napoleon usó un lenguaje tan útil como oportuno con los ministros de la Confederacion del Rhin, diciéndoles, y escribiendo á sus soberanos los reyes de Baviera, Sajonia, Wurtemberg y Westfalia, y á los duques de Bade, Hesse y Wurtzburgo, que no quería exponerlos á gastos prematuros exigiéndoles reuniesen inmediatamente sus tropas, pero que los invitaba á que preparasen la reunion, en vista de lo próximas que estaban las hostilidades: que era preciso, ya para evitar la guerra si aun era tiempo, ya para hacer que fuera afortunada, si es que era inevitable, ponerse en situacion de oponer la fuerza á la fuerza; que en cuanto á él, iba á reunir ciento cincuenta mil franceses é italianos en el Po, y otros tantos en el Alto Danubio; que contaba con cien mil alemanes, y que con estos cuatrocientos mil hombres evitaria la guerra, ó la haria decisiva, libertando para siempre á sus aliados de los amagos que Austria pretendia hacer con las potencias alemanas, dependientes ó sujetas en otro tiempo al yugo de su imperio. Escribió particularmente al rey de Baviera y al de Sajonia, pidiéndoles con toda formalidad reuniesen parte de sus fuerzas alrededor de Munich, Dresde y Varsovia. Desconfiando de Prusia, que podía sentirse con intenciones de imitar al Austria y tratar de reparar sus desgracias por medio de un acto de desesperacion, le notificó que como levantase un solo hombre mas de

los cuarenta y dos mil que estaba autorizada á reunir por tratados secretos, le declararía al instante la guerra. Por último, encargó á Rusia hiciese saber á Koenigsberg que el mas pequeño acto de hostilidad daría ocasion á una nueva lucha tan mortal para unos como para otros, si intentaba juntarse con Austria.

A estas manifestaciones, que debían ser tanto mas significativas cuanto que descansaban en precauciones no menos reales que aparentes, añadió Napoleon movimientos de sus propias tropas, que no eran sino la serie de combinaciones formadas y arregladas en Valladolid mismo. Estas combinaciones fueron tan vastas como lo exigían la situación y el número de enemigos, tanto conocidos como desconocidos, con quienes debía habérselas bien pronto.

Mientras Napoleon permaneció en España, previendo que el Austria, aunque se intimidó al ver en Erfurt á los dos emperadores, aunque no estaba preparada del todo, y no se hallaba, en fin, tan escitada que fuese á perder todo asomo de prudencia, acabaría, sin embargo, por estallar en la primavera, cuidó con sumo esmero de que se ejecutasen sus órdenes, las principales de las que consistían en el llamamiento á las armas de las dos conscripciones autorizadas por el Senado en setiembre de 1808. Una de ellas comprendía á los conscriptos de 1810 alistados segun costumbre con un año de antelación, pero que no podían ser llamados antes del 1.º de enero de 1809, y solo debían servir en el interior aquel mismo año. Este alistamiento era de ochenta mil hombres, pero como, segun sus proyectos de organizacion, no eran bastantes, pensó

Napoleon en volver á las clases anteriores de 1806, 1807, 1808 y 1809, cada una de las cuales nunca dió arriba de ochenta mil hombres. Los ciento quince departamentos de aquella época no contenían una poblacion muy superior á la de los ochenta departamentos de hoy, pues mientras que el alistamiento presenta en la actualidad trescientos veinte mil jóvenes con la edad que exige el servicio, los ciento quince daban trescientos setenta y siete mil. Napoleon sostenía que era poco sacar ochenta mil hombres de trescientos setenta y siete mil, y que podía tomarse cien mil, es decir algo mas de la cuarta parte. De seguro se podía, pero con la condicion de no volver á empezar á menudo, porque no hay poblacion que no pereciera bien pronto si todos los años se le exigiese la cuarta parte de los varones entrados en la edad viril. Quiso pues elevar á cien mil la contribucion anual de la poblacion, lo cual le autorizaba, retrocediendo, á pedir un suplemento de veinte mil hombres á las clases anteriores. Esta idea tenía la ventaja de proporcionarle jóvenes mucho mas robustos que los que solía sacar, puesto que debían tener 20, 21, 22, y 23 años, mientras que los de 1810 solo contaban unos 18; pero era un inconveniente y grave arrebatár á sus hogares hombres que podían creerse exentos del servicio, habiendo como ya habia proporcionado su contingente la clase á que pertenecían. Asi, para disminuir el mal efecto de esta medida, se tuvo cuidado de añadir á la decision del senado que las clases anteriores á 1806 quedaban libres definitivamente, lo cual dejaba espuestas á nuevas levás las infortunadas clases de 1806, 1807, 1808 y 1809. Para minorar todavía

mas el descontento, se renunció á sacar de sus casas los hombres que se hubiesen casado en el intervalo; pero esta atenuacion de la nueva medida calmó poco el disgusto de la poblacion, que veia pedir recemplazos todos los dias; y sucederse los alistamientos sin interrupcion. Por lo demas, á escepcion de algunos departamentos del O. donde un corto número de desobedientes volvió á empezar la vida de chuanes (1), y donde se reprimió la resistencia con tanta prontitud como severidad, la obediencia fué general, y una vez incorporada la gente en las filas, adquiria al instante el enérgico espíritu del ejército francés.

Era preciso emplear aquel numeroso ejército de reclutas, y sabido es que nadie á igualado á Napoleon en materia de organizacion. Hacia dos años que habia mandado se compusieran todos los regimientos de cinco batallones, pero diferentes causas habian impedido hasta entonces la completa ejecucion de esta medida; en primer lugar el número de conscriptos, que aun no era suficiente, y que solo iba á serlo por la llegada á los cuerpos de los ciento sesenta mil hombres recientemente llamados al servicio; en seguida el costo, que no podia dejar de ser grande; y en fin, la movilidad de los regimientos que mudaban de parage á cada paso y empleaban el tiempo, cuando no peleaban, en trasladarse del Vistula al Tajo, ó del Pó al Ebro. Por estos motivos, la mayor parte de los regimientos se ocupaban aun en la formacion del cuarto batallon, y casi ninguno habia formado el quinto.

(1) Nombre dado á los insurgentes de la Vendée.
(N. del T.)

Con enviar á España tres cuerpos del grande ejército: los del mariscal Victor (en otro tiempo primer cuerpo), del mariscal Mortier (en otro tiempo quinto cuerpo), del mariscal Ney (en otro tiempo sexto cuerpo), y las tropas que habian formado el cuerpo del mariscal Lefebvre, y ademas todos los dragones; con separar del ejército de Italia tropas suficientes para triplicar el ejército de Cataluña, Napoleon se debilitó mucho por la parte de Alemania, sobre todo en cuanto á soldados veteranos. Quedábanle bajo el titulo de ejército del Rhin, y á las órdenes del mariscal Davout, seis divisiones de infanteria, las brillantes divisiones Morand, Friant y Gudin (que antiguamente compusieron el tercer cuerpo); la excelente division Saint-Hilaire, que habia formado parte del cuerpo del mariscal Soult; la famosa division de granaderos y cazadores de Oudinot, que se hallaba en la actualidad en Hanau; la division Dupas (esta solo se componia de dos regimientos, que con los holandeses guardaban las ciudades anseáticas); catorce regimientos de coraceros, tropa incomparable, á la cual no habia podido hacer frente ninguna infanteria europea; y en fin, diez y siete regimientos de caballeria ligera, la mejor del mundo por su destreza, y una artilleria formidable. Era preciso agregar á estas fuerzas las dos divisiones Carra Saint-Cyr y Legrand, que habian pertenecido al cuerpo del mariscal Soult, y se dirigian á la sazón hácia Paris para hacer una demostracion por la parte del campo de Boloña, y las dos divisiones Boudet y Molitor, que habian permanecido mucho tiempo sobre el Elba como núcleo del ejército de reserva en 1807, y conducidas despues á Leon en la suposicion de

una expedición, siempre proyectada, mas nunca llevada á cabo, contra Sicilia. Aquellas brillantes tropas, las mejores de Europa, no pasaban, sin embargo, de ciento diez mil hombres, despues de descartar todos los soldados que no podian hacer el servicio ó por su edad ó por sus heridas: y no era con semejantes fuerzas con lo que podia Napoleon reducir á la obediencia la casa de Austria, por muy buenos que fuesen los soldados de que se componian. He aquí como resolvió aumentarlas.

El ejército del Rhin comprendia veinte y un regimientos de infantería que habian recibido sus tres batallones de guerra desde que se habia empezado á formar cuartos batallones. Así que tuvieran cuatro, lo cual sucederia con la creacion de los quintos batallones, aquel ejército del Rhin debia presentar ochenta y cuatro batallones, ó sean setenta mil hombres de infantería. No habia las mismas razones para que existiese el cuerpo de Oudinot, compuesto de compañías de granaderos y cazadores, tomadas en su origen de los regimientos que no formaban parte del ejército activo. Efectivamente, ahora que los regimientos obraban á tanta distancia de sus depósitos, teniendo á un mismo tiempo batallones en Alemania, Italia y España, se hacia difícil desmembrar las compañías de preferencia para enviarlas tan lejos. Teniendo además en la guardia imperial una tropa escogida, que cada día iba recibiendo mas desarrollo, no se veia reducido Napoleon como en otro tiempo á proporcionarse una reuniendo compañías de granaderos y cazadores. Ocurriósele, pues, simplemente convertir el cuerpo de Oudinot en cuatro batallones reunidos, los cuales se sacarian de los

regimientos á que pertenecian, y como aquel cuerpo contenia veinte y dos compañías de cazadores y granaderos pertenecientes al ejército del mariscal Davout, se los envió para que sirviesen de núcleo en la formacion de los cuartos batallones, los cuales debian completarse con las compañías de fusileros que iban á salir cuanto antes de los depósitos diseminados en Alsacia, Lorena y Flandes. Las demas compañías de preferencia del cuerpo de Oudinot, pertenecian á treinta y seis regimientos que habian pasado de Alemania á España, y tambien resolvió Napoleon formar con estas compañías el núcleo de otros tantos cuartos batallones, que por entonces servian en Alemania, á donde se habian trasladado recientemente, sin perjuicio de aproximarlas mas tarde á España, si sus regimientos continuaban sirviendo allí. Las compañías de fusileros debian ir saliendo de los depósitos esparcidos por el N. y el E. de la Francia. Estas tropas debian distribuirse en tres divisiones de doce batallones cada una, formando un total de treinta mil hombres de infantería,

Las cuatro divisiones Carra Saint-Cyr, Legrand, Boudet y Molitor comprendian doce regimientos compuestos cada uno de ellos actualmente de tres batallones de guerra; pero pronto debian tener cuatro, lo cual constituiria cuarenta y ocho batallones, y proporcionaria cerca de treinta mil hombres. De este modo podia subir el ejército del Rhin á ciento treinta mil hombres de infantería, sin contar los cinco mil de que se componia la division Dupas. De la gran leva mandada ejecutar, quiso tomar Napoleon suficientes mozos para hacer que todos los regimientos de caballería tuviesen mil

cien hombres, con lo cual no podían faltarles novecientos combatientes. Los catorce regimientos de coraceros contaban sobre las armas once ó doce mil ginetes; pero tenía esperanza de que ascendiesen á trece ó catorce mil vivos y efectivos, tomando de los depósitos todo lo que en ellos había disponible. El número efectivo de los diez y siete regimientos de caballería ligera se proponía estenderlo hasta catorce ó quince mil ginetes. También resolvió sacar partido de los veinte y cuatro regimientos de dragones que había empleados en España, fuerza mas que suficiente para las necesidades de aquella guerra, atendiendo sobre todo á lo que exigían las demas guerras que se preparaban en el Norte de Europa; además de que estaban atestados los depósitos de dragones recién formados, que Napoleón creía en aquel momento mas útiles en Alemania que en España. Mandó, pues, al E. M. de Madrid que devolviese al depósito el cuadro del tercer escuadrón de campaña, embebiendo en los dos primeros escuadrones los hombres aptos para el servicio, con lo cual quedaba poco mas ó menos la misma fuerza efectiva en España, y se proporcionaban cuadros para utilizar los ginetes ya formados en los depósitos. Su proyecto era ir sacando de estos para el cuadro de los terceros y cuartos escuadrones todos los hombres instruidos y enviarlos en seguida á Alemania, componiendo con estos cuarenta y ocho escuadrones doce regimientos provisionales de dragones de cuatro escuadrones cada uno. Los depósitos de dragones estaban esparcidos por el Langüedoc, la Guyena, el Poitou y Anjou. De este modo esperaba tener Napoleón primero tres mil, luego seis, y hasta doce mil dragones, así

que la conscripción suministrase la gente necesaria. Podía en consecuencia contar antes de dos meses con trece ó catorce mil coraceros, con catorce mil húsares y cazadores, y con tres mil dragones, casi todos veteranos, es decir, treinta mil hombres de caballería. Con ciento treinta mil hombres de infantería, treinta mil de caballería, veinte mil de artillería, cinco mil de la division Dupas, y de quince á veinte mil de la guardia, se prometía reunir doscientos mil franceses en Alemania, los cuales con cien mil alemanes y polacos auxiliares debían asegurarle trescientos mil combatientes en el Danubio.

El mismo sistema de formación iba á proporcionarle cien mil en Italia. Tenía allí Napoleón doce regimientos de infantería, cuya formación en cuatro batallones estaba casi concluida, habiéndose empezado á formar el quinto. Componían dichos regimientos cuatro divisiones, con nueve á diez mil hombres cada una, comprendiendo la artillería. Hallábase la primera en Udino, la segunda en Trevisa, la tercera en Mántua, y la cuarta en Bolonia. Habíase mandado venir del ejército de Dalmacia los terceros batallones de los ocho regimientos que lo componían, destinando los hombres válidos á los dos primeros batallones, y trayendo solo el cuadro del tercero, lo cual no había debilitado de un modo sensible la fuerza efectiva asignada á la guarnición de aquella provincia remota. Por medio de estos ocho cuadros de terceros batallones, y de la creación de otros ocho que resultaban de la nueva organización, se habían reunido diez y seis batallones de infantería, que formaban en Pádua una quinta division, compuesta de doce mil hombres por lo

menos. Debíase la nueva formación y que todo lo á ella relativo estuviese mas adelantado que en otras partes, al descanso de que disfrutaba el ejército de Italia, y al cuidado que habia tenido Napoleón de señalarle en cada conscripción la parte que le correspondía. En fin, con algunos terceros y cuartos batallones del ejército de Nápoles y dos regimientos enteros sacados del mismo Nápoles, se habia compuesto una bonita division que á las órdenes del general Miollis guardaba los estados romanos. Napoleón habia mandado á Murat, convertido en rey de las Dos Sicilias, que distribuyese su ejército en dos divisiones, una de ellas situada entre Nápoles y Reggio, y la otra entre Nápoles y Roma, de manera que pudiendo esta en caso necesario destacar una brigada sobre Roma, quedase disponible la division de Miollis. Estaban harto ocupados los ingleses en España, y debian estarlo bastante en el litoral germánico si volvia á encenderse la guerra en el Norte, para que nos causaran inquietud las tentativas que hiciesen contra el Mediodia de Italia. Podia, pues, reunirse seis divisiones que constasen de unos cincuenta y ocho mil hombres de infantería, la mayor parte de ellos soldados veteranos que hacia mucho tiempo no se habian batido, y tenian grandes deseos de volver á emprender el oficio. Cinco regimientos de dragones y otros cinco de husares y cazadores, lo cual era suficiente en Italia, ofrecian escarvando en los depósitos, un nuevo recurso de ocho mil hombres de caballería, y con seis mil de artillería, estábamos seguros de tener un ejército de setenta y dos mil franceses. Agregando á ellos de diez y ocho á veinte mil italianos, y caso de marchar adelante, diez mil

franceses de la Dalmacia, se podia contar en Italia con unos cien mil hombres, los cuales era fácil trasportar á Alemania. Estas fuerzas reunidas infundian seguras esperanzas de destruir á la casa de Austria con cuatrocientos mil combatientes.

Estas formaciones decretadas mientras Napoleón estaba en España, es decir, en noviembre y diciembre de 1808, y aceleradas en enero de 1809 mientras estuvo situado en Valladolid, recibieron mas actividad que nunca con su regreso á Paris; pero si se efectuaba rápidamente la llegada de los mozos á los depósitos, avanzaban con mayor lentitud otras partes de la organizacion. El material de equipo, en cuya confeccion siempre se tarda, la instruccion que no se improvisa, y la formacion de los nuevos cuadros que exigia gran número de oficiales, sargentos y cabos dotados de capacidad, dejaban mucho que desear. Es verdad que bajo este último aspecto ofrecian nuestros veteranos ejércitos á Napoleón grandes recursos; pero era preciso reunir los elementos de estas diferentes creaciones que habia esparcidos, y aunque las cosas por su naturaleza se prestan mejor al hombre de genio no se someten absolutamente. Podrá emplear el tiempo mejor que otros, pero jamás prescindir de él. Dos ó tres meses con que se contaba todavía no eran suficientes, y debia temerse no estar preparados, si la guerra estallaba demasiado pronto.

Los depósitos habian suministrado á las divisiones del ejército del Rin, asi como á las cuatro de Carra Saint-Cyr, Legrant, Boudet y Molitor, toda la gente disponible, de manera que estas divisiones tenian sus tres batallones de guerra muy completos, tanto en soldados aguerridos como en

jóvenes suficientemente enseñados; empero no marchaban también las cosas respecto á la organizacion de los cuartos batallones. Entonces fué cuando Napoleon sacó un gran partido de la guardia imperial; decidiéndose á confiarle diez mil conscriptos de 1810, y de seis á siete mil de las clases anteriores, para que empleara los momentos desocupados en formarlos, lo cual tenia la doble ventaja de evitar en ella una ociosidad peligrosa, y propagar el excelente espíritu de que se hallaba animada. En Versalles, en Paris y en los pueblos circunvecinos era donde se dedicaba á esta obra tan útil, mientras que los soldados más jóvenes de que se componia, servian en España á la vista del emperador. Habiendo llegado parte de los conscriptos á ella destinados, la guardia en unos cuantos meses los había convertido en soldados que igualaban en instruccion y aplomo á los ya veteranos. Napoleon sacó de aquellos reclutas los hombres más robustos y adelantados en su educacion militar, para convertirlos en compañías de granaderos y cazadores, que envió al cuerpo de Oudinot, á fin de que concurriesen en él á la formacion de los treinta y seis cuartos batallones de que debia componerse, en reemplazo de las veinte y dos compañías ya restituidas al ejército del Rin. Envió igualmente parte de estos granaderos y cazadores á los depósitos del ejército del Rin, para facilitar la organizacion de los cuartos batallones en aquel ejército. Apresuró al mismo tiempo la llegada é instruccion de conscriptos, cuya educacion se debia también á la guardia, á fin de servirse de ellos para reclutar los cuerpos que no encontrasen en sus depósitos recursos suficientes. Envió en pos-

ta al general Mateo Dumas, oficial de E. M. inteligente, exacto y activo, á recorrer todos los depósitos del Mediodía; el Este y el Norte desde Marsella, Grenoble, Leon y Strasburgo, hasta Maguncia y Colonia, con encargo de hacer salir de ellos, sin esperar las órdenes del ministro de la Guerra, las compañías de fusileros que estaban ya dispuestas, y que debian servir para completar los cuartos batallones. Mandó además que así que empezaran á llegar á los depósitos los ocho mil conscriptos de 1810, los regimientos que tenian la delantera sobre los demas procediesen á la formacion de los quintos batallones, á fin de preparar elementos de una fuerte division en el interior y en las costas.

Los depósitos de caballeria abundaban en hombres y caballos, porque Napoleon no había cesado de pensar en ellos y de consagrar fondos á la remonta. Dispuso que marcharan más de tres mil coceros, cazadores y húsares, y prescribió las disposiciones necesarias para que saliese pronto igual número. Mandó comprar doce mil caballos propios para la artilleria, y preparar todos los trenes de esta arma. Ordenó al general Lauriston que añadiese á la artilleria de la guardia una reserva de cuarenta y ocho bocas de fuego, comprando para ello en Alsacia mil ochientos caballos, que tomara la guardia de paso con el material de dicha reserva. Por último, como si adivinara las grandes obras que iba á tener que hacer en las islas del Danubio, y previendo ciertamente el papel que este rio inmenso haria en la próxima guerra, mandó reunir además de las herramientas que acompañan por lo regular al cuerpo de ingenieros, un acopio extraordinario de azadones y palas, los cuales debian traspor-

tarse en pos del ejército en carrozatos. Sacó además de Bolonia un batallón de mil doscientos marinos, que agregó á la guardia. Como necesitaba sobre todo oficiales, sargentos y cabos para los nuevos cuadros, sin contar los oficiales tomados de la guardia, pidió 300 á Saint-Cyr. Quiso también escoger en los colegios, donde solo había adolescentes, y donde los mas avanzados en edad tenían de diez y seis á diez y siete años, á los que por un precoz desarrollo eran aptos para la guerra, y efectivamente sacó diez de cada gimnasio ó liceo. No se limitó á esta medida, sino que mandó á Mr. Fouché hiciera un nuevo censo de las familias nobles que vivían retiradas en sus haciendas sin tener ninguna clase de relaciones con el gobierno, á fin de alistar á sus hijos que quisiesen que no, y enviarlos á las escuelas militares. — «Si se quejan, escribía, direis que así se me ha antojado;» y añadió una razon menos disparatada, la de que no porque hubiese en el país lamentables divisiones, era justo que parte de las familias se sustrajese á los esfuerzos que hacia la generacion presente por la gloria y la grandeza de la generacion futura (1).

(1) He aquí esta carta estraordinaria, que es una de las que escribió cuando empezaba desde España mismo á mandar hacer los primeros preparativos.

Al ministro de Policía.

Benavente 31 de diciembre de 1803.

«Sé que las familias de los emigrados sustraen sus hijos á la conscripcion; manteniéndolos en una ociosidad lamentable y criminal. Es un hecho que las familias anti-

Tomó también algunos sargentos de los vélites y fusileros de la guardia, tropa ya muy aguerrida, aunque mas jóven que el resto del mismo cuerpo. Teniendo mucha caballería, y proponiéndose hacer gran uso de ella contra la infanteria austriaca, hizo venir de España á los dos oficiales de aquel arma que mas apreciaba, los generales Montbrun y Lasalle, llamó al mariscal Lannes que se hallaba en Aragon y acababa de terminar el sitio de Zaragoza, y se llevó á su lado al mariscal Massena.

Sin querer cometer todavia ningun acto de hostilidad, porque hasta entonces no se habia permitido hacerlo el Austria; creyó sin embargo, útil acercar sus tropas al que suponía iba á ser teatro de la guerra, lo cual ofrecia dos ventajas, la de conducir las sin fatigarlas hacia los puntos de concentracion, y la de dar al Austria un aviso significativo, que quizá la haria reflexionar y volver al camino de la prudencia. En su consecuencia mandó que la division Dupas dejase las orillas del mar Báltico para acercarse á Magdeburgo; hizo que las tro-

guas y ricas que no están por el sistema, evidentemente están en contra. Deseo que mandéis formar una lista de diez de estas principales familias en cada departamento, y de cincuenta en Paris, haciendo constar la edad, los bienes de fortuna, y la calidad de cada uno de sus individuos, pues tengo la intencion de dar un decreto enviando al colegio militar de Saint-Cyr, los jóvenes pertenecientes á esas familias, que pasen de diez y seis años y no hayan cumplido los diez y ocho. Si hicieron alguna objecion, no hay sino contestarles que así se me antoja, porque la generacion futura no debe sufrir las consecuencias de los odios y mezquinas pasiones de la generacion actual. Si pedis noticias á los prefectos, hacedlo en este sentido.»

pas polaco-sajonas remplazasen todos los destacamentos franceses que aun habia en Dantzig, Stettin, Custrin y Glogaut, ordenó al mariscal Davout que se encaminase de Sajonia hácia la Franconia, que fijase en Wurtzburgo su cuartel general, y dirigiese sobre Bayreuth una de sus divisiones; previno al general Oudinot que se trasladase con consentimiento del rey de Baviera, de Hanau á Augsburgo, á las divisiones Carra Saint-Cyr y Legrand que pasaron de las cercanías de Paris á los alrededores de Metz, y á las divisiones Boudet y Molitor que avanzasen de Leon sobre Strasburgo. Estos tres puntos de reunion, Wurtzburgo, Augsburgo y Strasburgo, debian ser para Austria sumamente significativos. Recomendó al principe Eugenio, no que hiciese acampar sus tropas, lo cual no permitia aun la estacion, sino que fuese reuniendo hácia el Frioul sus cuatro primeras divisiones, el material de artilleria y la caballeria, de modo que pudiera presentar en veinte y cuatro horas unos cincuenta mil hombres en batalla. Renovó á Murat la orden de llevar sus fuerzas hácia Roma, á fin de que quedara disponible la division de Miollis. Decidió armar todas las plazas de Italia, y acabar los trabajos mas urgentes en Osopo, Palma Nova, Venecia, Mantua y Alejandria. En fin, envió al general Marmont, que se hallaba mandando en Dalmacia, orden de concentrar su ejército sobre Zara, dejando únicamente en las bocas del Cattaro y en algunos puntos interesantes las guarniciones indispensables; de construir en Zara un campo atrincherado que se abasteciera para un año; y de prepararse allí de este modo ó á hacer frente durante muchos meses á fuerzas considerables, ó á mar-

char adelante para juntarse con el ejército de Italia.

A estas manifestaciones militares que no constituian aun actos ofensivos, añadió Napoleon una manifestacion diplomática, mandando al general Andreossy embajador en Viena, que dejase aquella capital no pidiendo sus pasaportes, lo cual hubiera parecido una declaracion de guerra, sino alegando que acababa de conseguir una licencia que tenia solicitada. Esta retirada disimulada proporcionaba á Napoleon, ademas de la ventaja de manifestar su descontento, la de suprimir una causa de irritacion entre los dos gabinetes, porque Andreossy odiaba á la corte de Viena, y esta le pagaba en la misma moneda. En su regreso debia recorrer todos los cantones austriacos, para poder dar á su llegada noticias exactas de los medios militares con que contaba el enemigo. Estas disposiciones tan activas y previsoras, prueban, por lo tanto, que Napoleon ponía tanto cuidado en evitar la guerra, como en prepararla. Desgraciadamente la guerra habia llegado á ser en él una necesidad fatal, gracias á su politica ambiciosa, cuando sus inclinaciones no se la brindaban ya como un placer.

A estos vastos preparativos era preciso adaptar los medios rentísticos. Ya hemos hecho notar que la guerra de España, disminuyendo desastrosamente las fuerzas militares de Francia, por medio de su dispersion, disminuía en igual grado, sus recursos rentísticos, por la escesiva multiplicacion de las causas de gasto. Aunque el haber creado la caja de servicio, y del tesoro del ejército, ponía á Napoleon al abrigo de todo apuro actual, los recursos empezaban, sin embargo, á no ser tan abundantes, y era facil prever se acaba-

rian, como se acabaría el poder de la Francia, si no nos deteníamos bien pronto en esa carrera de empresas exorbitantes.

Mantenidos los presupuestos rigorosamente en los límites prefijados, lo cual era fácil, puesto que el único escedente posible, hijo del estado de la guerra, se cubría por medio de anticipos del tesoro del ejército, tendían á la nivelación de gastos é ingresos. Los presupuestos anteriores á 1806, solventados por medio de bonos de la caja de amortización (los cuales no eran, como se recordará, sino una enagenación lenta de bienes nacionales), caminaban á liquidación definitiva. Los de 1806 y 1807, fijados en 730.000,000 para los gastos generales, y en 40 para los gastos departamentales ó provinciales, lo cual formaba, con los 120 á que ascendía el coste de recaudación, un total de 890 á 900.000,000, no inspiraban inquietud alguna tocante á su realización, sobre todo, si se continuaba pagando con las contribuciones de Prusia los ejércitos allende el Rhin. No sucedía lo mismo con el presupuesto de 1808, fijado, como los demas, en 730.000,000 de gastos generales, y 40 de gastos especiales, pagándose por, supuesto, hasta 31 de diciembre el ejército del Rhin con las contribuciones de guerra. Pero si el equilibrio entre las necesidades y los recursos no se rompía con la subida de gastos, iba á serlo por un movimiento retrógrado en los ingresos, desconocido hasta entonces bajo el reinado de Napoleon, y que no se hacía sentir en las contribuciones indirectas ni en los encabezamientos, lo cual revelaría disminución en la prosperidad interior, sino en las aduanas y las ventas de bienes nacionales. Los decretos de Milan

habian reducido la importacion de géneros exóticos, y habia fundados temores de que este ramo de las rentas públicas disminuyera en 25.000,000. Los plazos que debian y no habian satisfecho los compradores de bienes nacionales, y la notable paralización que se notaba en las ventas de estos bienes, habian privado tambien al tesoro de unos 15.000,000. Añadiendo á esto el esceso que se esperaba y no se obtuvo en el presupuesto de 1807, el cual, sin embargo, figuraba en los ingresos fijados para 1808, por 3 ó 4.000,000 y unos cuantos por correos, pólvora y sal, así como por los ingresos esteriore de Italia, ascendía el total deficit del año de 1808 á 47 ó 48.000,000.

Esto no era sino parte de la dificultad, pues los presupuestos anteriores de 1807, 1806 y 1805 podian ser considerados como equilibrados, siempre que se contara como valores efectivos, valores, buenos sin duda, pero de remota realización, como por ejemplo, el débito de los comerciantes reunidos, que era todavía de 18 ó 19.000.000, el empréstito para España, que se habia fijado en 25.000,000 y no habia pasado de 7 ú 8 el dinero que habia amontonado en Bayona, como medida provisional pero que iba haciéndose tan permanente como la guerra allende los Pirineos, y en fin, los adelantos para las tropas rusas y napolitanas, que ascendían á 2 ó 3.000,000 y no se habian reembolsado. El cómputo de estas sumas formaba un total de atrasos de unos 40.000,000. que unidos á los 47 ó 48 que resultaban de menos en los presupuestos de 1808, constituían un deficit general de cerca de 90.000,000. Debemos advertir, que para que las tropas pudieran ponerse en estado de eje-

cutar sus preparativos de guerra, había sido preciso pagar mas pronto que de costumbre las cantidades que se resultaba en deber sobre 1808, lo cual originaba que este presupuesto tuviese contra sí atrasos en los ingresos y adelanto en los gastos, lo cual aumentaba en un doble la dificultad de momento.

Los apuros, por lo demás, nada tenían de graves respecto á lo presente, porque la caja de servicio y la del ejército bastaban perfectamente á subvenir á los gastos. Nuestros lectores se acordarán sin duda de la creacion de la caja de servicio ideada por Mr. Mollien, y del principio en que se fundaba. En vez de encargar, ó al banco, ó á una compañía de hacendistas, que tomasen á descuento las obligaciones de los recaudadores generales, instituyó el tesoro una caja en la que tenían estos que poner los fondos luego de recibidos, y conforme á los reglamentos hasta lo que no debían aun (1). Por ello se les pagaba un interés hasta el

(1) Esto les parecerá oscuro á los lectores que no recuerden lo que se ha dicho en los tomos anteriores, ó que carezcan de conocimientos rentísticos, y se preguntarán, cómo es que pueden los recaudadores tener obligación de poner en caja fondos que no deben todavía. Hé aquí la esplicacion de esto, que parece una singularidad. Las contribuciones directas, que constiuyen en Francia el principal ramo de las rentas públicas, se cobran por meses, es decir, por dozavas partes. Ahora bien, ciertos contribuyentes pagan por semestres, y aun por años adelantados, mientras que otros se atrasan. Los recaudadores públicos forman un balance entre los atrasos y los adelantos, y además, se les interesa en que sean exactos en la entrega de caudales, dándoles dos ó tres meses de plazo,

dia que debieran por obligación hacer la entrega de caudales, consistiendo el reembolso en obligaciones vencidas. Con esta operacion no había que dar á descuento las obligaciones; pero no obstante, como todos los años no se recaudaban 125.000,000 sino en los cuatro ó cinco primeros meses del año siguiente, no se hubiera podido evitar el descuento en parte, si Napoleon no hubiese prestado al tesoro en nombre de la caja del ejército 84.000,000 que había en ella. De esta suerte la caja, con los adelantos que obtenia de los recaudadores generales, y los 84.000,000 que se le había prestado, había podido abstenerse de dar á descuento los 125.000,000 de obligaciones, cuyo vencimiento era el año siguiente, y conservadas estas en cartera, dejaron de figurar en la plaza. No teniendo ya los capitalistas el recurso de estas obligaciones para emplear sus capitales, iban á tomar los billetes de la caja de servicio, y así estos reemplazaban las obligaciones con mucha mas ventaja para el tesoro, mas orden, y sobre todo el beneficio de haber traído á los que tomaban á descuento á hacer las entregas del impuesto apenas le recibían. Gracias á esto, aquella caja había llegado á proporcionarse recursos considerables, y no se veía apurada por tener que hacer frente á un *deficit* de 50 y aun de 100.000,000. Si lo hubiese, por ejemplo, de 40.000,000 de atrasos, correspondientes á los presupuestos anteriores

que se llaman *bonificaciones*, lo cual les constituye en el goce de intereses. Así es como se explica porque podían poner en caja fondos que aun no debían. Estos fondos son los que tuvieron que entregar en las cajas, mediante el pago de interés hasta el dia que les debiesen realmente.

res, la caja podría suplirlos, mediante un interés mientras durase este anticipo. Si habia en el presupuesto de 1808 de 48 á 50,000,000 de *deficit*, podia tambien cubrirlo, siempre que no se tardase en crear un valor correspondiente; y con efecto, no dejó de hacerlo Napoleon, mandando buscar, ya en las fincas de Francia pertenecientes al Estado, ya en las de Piamonte y Toscana, bienes por valor de 50.000,000, cuya enagenacion, confiada á la caja de amortizacion, y ejecutada con lentitud, debia cubrir la suma en que los presupuestos de 1808 no correspondian á los cálculos formados. Asi es como la caja de servicio proporcionaba recursos inmediatos, y los bienes nacionales de Francia é Italia recursos definitivos para llenar el *deficit* del presupuesto de 1808.

Para 1809 se propuso igual cantidad que para 1808 y 1807, es decir 730.000,000 de gastos generales y 40 de gastos departamentales, ó, lo que es lo mismo, 890 con el coste de recaudacion; pero tanto en 1807 como en 1808 habia pagado el tesoro del ejército las tropas de allende el Rhin, y menester era que sucediese lo mismo en 1809. Ya hemos dicho estaban solventados hasta 31 de diciembre de 1808 todos los gastos de nuestros ejércitos de Alemania; quedaba ademas en el tesoro del ejército cerca de 300.000,000, 20 de los cuales provenian de la guerra con Austria, y 280 de la de Prusia. Despues redujo Napoleon en 20.000,000 la contribucion de esta última potencia, á peticion del emperador Alejandro; pero diferentes rectificaciones que se hicieron en otros productos los aumentaron, y el total activo del tesoro del ejército subia definitivamente en enero de 1809 á

292.000,000, de ellos 84 prestados al tesoro público y representados en igual suma de papel de la renta, 40.000,000 en excelentes bienes inmuebles que provenian de la liquidacion de la compañía de negociantes, 24 en especies ó en recaudacion, 64 que vencian el año de 1809, 106 en los años de 1810 y 1811, y 3 ó 4 que Napoleon habia dado á préstamo á diferentes personas á quienes queria socorrer. Eran, pues, valores, ó bien colocados, ó liquidos, ó de inmediato cobro. Los 24.000,000 en especies ó en recaudacion, unidos á los 64 que vencian en 1809, constituian un recurso inmediato de 88.000,000, acerca del cual habia ya tomado Napoleon ciertas disposiciones. Acababa de dar 4.000,000 de gratificacion á ciertos cuerpos, habia pagado 1.000,000 á las poblaciones que habian agasajado al ejército, y prestado 800.000 francos á la ciudad de Burdeos, 2.500,000 á los dueños de viñas en la Gironda, 8 á la municipalidad de Paris, y uno á la universidad. Habia ademas consagrado 1.000,000 á secundar las expediciones marítimas, 10.000,000 á la adquisicion del canal del Mediodía, 12.000,000 á recoger papel para sostener la renta, y en fin unos cuantos centenares de miles de francos á la creacion de bolsas particulares en los liceos ó colegios. La mayor parte de esta inversion no podia ser mejor, porque al mismo tiempo que se hacia un servicio á los establecimientos públicos ó al crédito del tesoro, se dotaba á los individuos del ejército que Napoleon queria recompensar. Reducia no obstante en unos 50.000,000 los recursos del año, es verdad que no se necesitaba mas para las necesidades inmediatas de la guerra. De continuar pagando con los fondos del

tesoro del ejército las tropas que se hallaban en Alemania, hubiera necesitado Napoleón, para que no resultara *deficit* en el presupuesto de 1809, que bastante tenía con pagar los ejércitos de España é Italia, 77.000.000 para el año, 22 de los cuales había que separarlos de los vastos almacenes que nos habían quedado, y 55 de los valores en dinero; pero Napoleón se contentó con tomar lo necesario para la manutención del ejército del Rin durante tres meses, lo cual exigía cerca de 20.000.000. Limitóse pues á sacar inmediatamente del tesoro del ejército estos 20.000.000, que con las sumas anticipadas á los cuerpos sobre el presupuesto ordinario debían ponerlos en situación desahogada. Napoleón pensaba que en los primeros meses de 1809 estarían ya sus tropas en territorio enemigo, donde vivirían ricamente, y que la victoria volvería á abrir el manantial de las contribuciones de guerra, indemnizando ámpliamente al tesoro del ejército de los sacrificios que se veía obligado á imponerle. De los 12.000.000 de papel de la renta (en capital, por supuesto) recién comprados, distribuyó al instante 7.000.000 entre sus generales, queriendo proporcionarles algunas satisfacciones antes de llevarlos otra vez á la muerte.

Por manera que, según acabamos de decir, el presupuesto de 1808 iba á encontrar en la venta de bienes nacionales lo que le faltaba por haber disminuido las rentas; el de 1809 iba, como los anteriores, á libertarse, merced al tesoro del ejército, de la carga que era tener que subvenir á los gastos de los tropas de Alemania; y en cuanto á las atenciones corrientes, hasta que se realizaran los valores creados, la caja de servicio, que tenía un gran cré-

dito, y la del ejército, en la que continuamente estaban entrando los productos de las contribuciones de guerra, iban á proveer á ellas inmediatamente. Empero si todavía no se hacían sentir los apuros, entreviase ya que los recursos se acabarían, y era tiempo de detenerse, si no se quería la ruina de la hacienda lo mismo que la del ejército. Napoleón mismo lo conocía así, porque mientras que suspendía el empréstito consentido para con España, y no daba á su hermano otros recursos que el producto de las lanas tomadas en Castilla y algunos centenares de miles de francos en plata acuñada, interrumpió las compras de papel que se habían venido haciendo desde agosto hasta diciembre de 1808, con intención de sostener la renta. Se habían comprado 46.000.000, 10 de ellos por cuenta del Banco, 11 por la de la caja de servicio, y 25 por la de amortización (esta obraba tanto por su cuenta como por la del ejército). Preseñiando de estas sumas, el Banco había adquirido ya 16 por sí propio, lo que hacía subir á 62.000.000 las compras de aquel año, cantidad enorme, si se la compara con la masa de rentas inscriptas en el gran libro, que era en 1809 de 52.000.000, su capital 900.000.000. Había sido preciso hacer este esfuerzo para sostener contra el mal efecto de los sucesos de España la renta al 80, tipo á que Napoleón llamaba normal bajo su reinado; confesión penosa, porque después de lo de Tilsit y antes de lo de Bayona, este tipo era de 94. En enero de 1809, como los acontecimientos de Austria diesen un nuevo golpe al crédito, y volviera á presentarse con fuerza la tendencia á la baja, Napoleón no quiso minorar los recursos de que podía disponer para contener un

deserédito que no debía ya imputarse á la guerra de España, sino á la de Austria. El mal efecto, segun decia, debía recaer sobre unas potencias perjuras que, vencidas, le prometian la paz y principiaban otra vez la guerra apenas se reponian de su derrota. En esto se engañaba, porque todos achacaban la guerra de Austria á la de España, y él iba á ser responsable del deserédito actual que no queria combatir, asi como del anterior que habia sabido contener á fuerza de dinero. Su mejor justificacion á mayor abundamiento estribaba en la victoria, y, efectivamente, nada perdonaba para que fuese segura, por que, segun se acaba de ver, los conscriptos llegaban en abundancia á los depositos, se organizaban los nuevos cuadros, y los principales ejércitos avanzaban hácia el Alto Palatinado, Baviera y el Frioul, para obligar al Austria á que reflexionara lo que iba á hacer, ó para batirla completamente si de las amenazas se pasaba á las obras.

Desgraciadamente estaba ya aquella potencia muy metida en el paso para que retrocediese, porque nunca habia podido consolarse de haber perdido en quince años (desde 1792 hasta 1806) los Países Bajos, las posesiones imperiales de Suabia, el Milanesado, los Estados Venecianos, el Tirol, la Dalmacia, en fin, la corona imperial. Tal vez si el mundo hubiese sentado de un modo fijo, permanente, como en 1713 despues del tratado de Utrech, ó como en 1815 despues del tratado de Viena, se hubiera sometido á la ley de la necesidad ante la inmovilidad general; pero como Napoleon esponia diariamente á nuevos azares la suerte de la Europa y la suya, no podia menos que estreme-

cerse aquella córte á cada coyuntura que se ofrecia, y por mas oligárquica que fuese, por poco que se comunicase con sus pueblos, no sentia una emociion de que no participase la nacion austriaca, porque sea cual fuere la forma de sus instituciones, ninguna nacion se muestra indiferente á la suerte de su gobierno; sin que sea necesario que posean instituciones liberales para tener orgullo y ambicion. Asi, cuando Napoleon pasó por el riñon de la Prusia para lanzarse en Polonia, dejando tras sí una mitad del continente, Austria pensó en aprovecharse de la ocasion para acometerle por la espalda; pero esta resolucion era tan grave, que daba tanto que hacer antes de haber reconstituido los ejércitos austriacos, habia obrado Napoleon con tal celeridad, que la ocasion apenas vislumbrada se desvaneciò al instante, y se sintió por ello en Viena un despecho, casi una desesperacion que se conocia asi en los actos como en el lenguaje. Esta primera ocasion, que fué á mostrar la fortuna y que perdió la prudencia con sus vacilaciones, produjo una irritacion universal contra los hombres prudentes que hacian frustrar todas las oasiones que de obrar se presentaban, segun decian, habiendo sido preciso entonces que Napoleon devolviese Braunau al Austria para que se calmase un instante. Calmóse en efecto durante algunos meses, desde fines de 1807 hasta principios de 1808, al ver que Napoleon llevaba á otra parte su incansable actividad, que se le unia la Rusia, y que Inglaterra daba motivo de queja á toda la Europa con la bárbara espedicion de Copenhague: hasta dió á entender á esta última potencia que era preciso mantenerse tranquilos á lo menos por algun tiempo;

pero duró poco semejante resignacion. El atentado cometido contra la corona de España despertó sus pasiones, se indignó verdaderamente, y lo demostraba con tanto mas gusto quanto que Napoleon aparecia por la vez primera ruboroso de su conducta. La repentina vuelta de este en agosto último despues de los sucesos de Bayona, la acritud con que hablo á Mr. de Metterach, y la intimidad que en Erfurt trabó con el emperador de Rusia, contuvieron, mas no calmaron al Austria, quien al contrario se resintió del misterio que con ella se guardaba, aumentándose su despecho é inquietud. Sin saberlo, adivinó que Napoleon habia tenido que sacrificar en Erfurt las provincias del Danubio para pagar la alianza rusa, y esto no podia contribuir á tranquilizarla. Por último, la campaña que acababa de hacer en España Napoleon encendió mas bien que enfrió su ardor. No hay duda que habia derrotado á los ejércitos españoles, lo cual no era un milagro, habiendo como habia opuesto á paisanos sin disciplina sus mejores ejércitos; pero estos paisanos estaban dispersos mas bien que vencidos, y de ningun modo los habia sometido. En cuanto á los ingleses, Napoleon los habia obligado á embarcarse sin destruirlos; y si la capitulacion de Bailen habia perjudicado en gran manera al prestigio de la Francia, la débil persecucion de los ingleses por parte del mariscal Soult no le perjudicaba mucho menos en aquel momento. Se elogiaba á los ingleses con estrema exageracion, y se repetia en Viena con tanta satisfacion como hubiera podido suceder en Londres, que al fin habian hallado los franceses en el continente un ejército capaz de hacerles frente. A estas razones que em-

pleaban en Viena para animarse, se agregaban otras de igual influencia, cual era el espíritu general de Alemania exasperada contra los franceses, que no contentos con haberla batido y humillado tantas veces, la ocupaban y devoraban hacia ya demasiado tiempo. Es seguro que la presencia de nuestras tropas en los países vencidos, unida á los amargos recuerdos de los últimos años, causaba un sentimiento de irritacion extraordinario. La accion odiosa de Bayona y las dificultades que tocábamos en España, al mismo tiempo que habian escitado indignacion, así en Alemania como en Austria, habian vuelto la esperanza. Y no solo aborrecian sino despreciaban una perfidia que no habia conseguido sus fines, y decian era preciso tomase Europa la venganza. La Prusia, privada de su rey, quien desde lo de Jena vivia en la oscuridad en Koenigsberg, no atreviéndose á dejarse ver de sus súbditos, á los cuales nada tenia que anunciar sino la necesidad de pagar todavía 120.000.000 de contribuciones, la Prusia, decimos, estaba próxima á insurreccionarse en masa, desde el paisano hasta el alto aristócrata, desde Koenigsberg hasta Magdeburgo. La retirada de los franceses, que se miraba, no como el fiel cumplimiento de un tratado, sino como una consecuencia de sus reveses en España, les valia desprecios tan injustos como imprudentes. Los últimos destacamentos de nuestras tropas que salieron de las plazas del Oder escoltando los almacenes de víveres y municiones que se reunian en Magdeburgo, fueron insultados en todas partes, y no pudieron atravesar las aldeas sin que les arrojasen lodo y piedras. Los franceses apenas se atrevian á presentarse en público en

Berlin, mientras que un gefe de bandas sueltas, el mayor Schill, que en 1807 nos habia incomodado por medio de algunos merodeos en el sitio de Dantzig, era recibido y festejado con trasportes de júbilo, como si un gefe por el estilo pudiese arrebatar á Napoleon la Alemania.

No se encontraban en mejor disposicion los países aliados de Francia. En Sajonia, aunque habiamos devuelto á la casa reinante la Polonia y un titulo de rey, se decia que por interés personal hacia traición el monarca á la causa de la Alemania, y abrumaba á sus súbditos de impuestos y quintas, porque la conscripcion era ya una llaga europea que en todas partes se imputaba á Napoleon. En Westfalia, donde habia reemplazado á la antigua casa de Hesse un principe jóven de la familia de Bonaparte, quien por su brillante lujo, mucho mas que por su prudencia en el mando, formaba un contraste singular con aquella casa avara en todos tiempos, nos tenian sumo rencor. En Baviera, en Wurtemberg, en el país de Baden, donde los príncipes habian adquirido títulos y territorios, y cuyo engrandecimiento pagaban los pueblos con alojamientos de tropas, quintas y contribuciones, se quejaban en alta voz de unos soberanos que sacrificaban el país á su interés personal. En todos estos pueblos el sentimiento de la independencia nacional despertaba el sentimiento de la libertad, y se hablaba de emanciparse de unos príncipes que no sabian sacudir el yugo de Napoleon. Aun iban mas lejos, pues habia ya hombres de imaginación ardiente que formaban sociedades secretas para libertar á la Europa de su opresor, y á las naciones de sus gobiernos absolutos. Empezaba

tambien á presentarse un fenómeno aterrador: inflamados ciertos espíritus en la llama general, alimentaban en secreto, como se verá bien pronto, el espantoso pensamiento de asesinar á Napoleon, á quien la admiracion y el odio del mundo pintaban como el único promovedor de los sucesos del siglo.

En Tirol, donde subsistia de antiguo un cariño hereditario á la causa de Austria, sufrían con impaciencia el yugo de Baviera, impaciencia que mostraban con osadía, reuniéndose en casa de los posaderos, principales personajes de aquellas montañas como sucede en las de Suiza, y preparando una insurreccion general para el dia que principiarian las hostilidades. Un sin número de emisarios, sin ocultarse de las autoridades bávaras, sobrado débiles para hacerse respetar, iban todos los días á Viena á anunciar estas disposiciones. Es verdad que todo aquello no era otra cosa que arrojarse en los pueblos alemanes, pues faltábales aun que sufrir mucho, asi como á los franceses que experimentar muchos descalabros, antes que se atrevieran á insurreccionarse contra el que pasaba por un Atila; pero si Austria enarbolaba su estandarte y conseguia de-de luego algun triunfo, no hay duda que la insurreccion podia no tardar en ser general en Alemania, y que hasta nuestros aliados nos abandonarían escandalosamente.

Estos hechos transmitidos á Viena y exagerados como era natural, llevaron allí á su colmo la exaltacion, habiendo quien decia habia llegado el tiempo de obrar y de no dejar pasar las ocasiones como se hizo en 1807; que si no se aprovechaba la circunstancia de la insurreccion española, no volveria á presentarse; que aquellos momentos eran tanto

mas favorables cuanto que Napoleon no tenia sino ochenta mil hombres de tropas en Alemania (lo cual era inexactisimo), diseminados desde el Báltico hasta el Alto Danubio; que hasta Italia habia quedado desprovista por la Cataluña; que la conscripción se hacia con la mayor dificultad; y que el tirano de la Europa lo era tambien de la Francia, puesto que se veia obligado para contener á sus conciudadanos, súbditos al principio y luego esclavos, á castigar hasta á sus mejores servidores (en esto se aludia á Mrs. de Talleyrand y Fouché que se decia habian caído de su gracia). Añadian que Napoleon no podria reemplazar las tropas enviadas allende los Pirineos; que se le cogeria de improviso; que á la primera señal se separarian de él los estados alemanes sus aliados; que los estados alemanes enemigos suyos se sublevarian con entusiasmo; que Prusia pondria en movimiento toda su gente sin esceptuar un solo hombre; que el emperador Alejandro, comprometido en una política que condenaba la nación rusa, abandonaria al primer descalabro una alianza que adoptó porque era poderosa, no porque le gustase; que, en una palabra, solo se necesitaba dar la señal; que dada esta señal, el mundo todo se levantaria, y que de este modo iban á ser los autores de la salvacion universal.

A estas razones muy plausibles se añadian para escitarse razones de mucho menos peso, pues sostenian que no solo era preciso obrar cuanto antes para levantarse de su postracion, sino para salvarse, porque estaba resuelta la ruina de la casa de Habsburgo, despues de la de Borbon. Decian que el emperador de los franceses queria renovar todas

las dinastías, y colocar en los tronos de Europa dinastías creadas por él, y citaban, insistiendo en ello singularmente, las palabras que Napoleon dirigió á los españoles al pie de las murallas de Madrid, cuando usó de cierta afectacion en hacerles esperar la vuelta de su hermano José. «Si no lo queréis por rey, les dijo, no trato de imponéroslo, por que tengo otro trono que darle; y en cuanto á vosotros, os trataré como á pais conquistado.» Estas palabras eran hijas de las circunstancias y tendian á causar un efecto momentáneo; y si es que Napoleon pensaba verdaderamente en otro trono que el de España al decir esto, pensaba cuando mas en el trono de Nápoles que José le habia pedido con ahinco, y de que Murat, enfermo entonces, no habia tomado aun posesion. Empero, de creer á la alta sociedad de Viena, aquel otro trono no era sino el de Austria. Era preciso pues, ó perecer vergonzosamente sometiéndose, ó sucumbir gloriosamente resistiendo, con probabilidad á lo menos de salvarse. No habia, segun aseguraban, mas alternativa que esta, y era preciso tomar un partido, pero tomarlo cuanto antes. Viena, en fin, ofrecia en 1809 la imágen de Berlin en 1806.

A este impulso hijo de los resentimientos que habian ido acumulándose, se agregaba otro que nacia de los mismos armamentos, llevados á tal estremo desde 1808, que era absolutamente preciso, ó valerse de ellos, ó renunciar á su uso. Despues de sus reveses militares, Austria habia pensado como es natural, en averiguar la causa y poner remedio. En su consecuencia confió el ministerio de la Guerra al archiduque Carlos, encargándole reorganizarse el ejército de tal suerte, que á la primera ocasion

favorable pudiera otra vez darse principio á la lucha contra Francia con probabilidades de buen éxito. Este príncipe, dedicándose concienzudamente á desempeñar su tarea, aumentó desde luego los cuadros, completando los terceros batallones de cada regimiento de tal manera que llegasen á ser aptos para convertirse en batallones de guerra. En seguida ideó la *landwehr*, una especie de milicia imitada de nuestros guardias nacionales, que se componía de la nobleza y el pueblo, una de las cuales servía de cuadro á la otra, y á la que se convocaba en ciertos puntos determinados para formar allí cuerpos de reserva. Instruíase á esta milicia con mucha actividad, y todos los domingos jóvenes de todas clases y condiciones, con su uniforme correspondiente, con sus bigotes, y dándose el aire militar que Napoleón infundía en toda la Europa, maniobraban en las poblaciones de Austria, dirigidos por nobles retirados del servicio hacia mucho tiempo por su edad, pero dispuestos á volver á servir á una dinastía á que eran adictos. Los extranjeros que hubiesen conocido al Austria, tan tranquila, tan descontenta de la guerra, no la hubieran conocido ya al verla tan agitada, tan belicosa. Acababa de estar reunida la dieta de Hungría, y el gobierno le había pedido lo que se llamaba la *insurrección*, especie de leva en masa, compuesta más que todo de caballería, é independiente de los regimientos regulares que se reclutan con soldados húngaros. La dieta había votado esta insurrección, y además fondos extraordinarios para los gastos; de modo que no se tomaban el trabajo de disimular sus preparativos, y aun los aceleraban, como para una guerra que debiera estallar en la primavera,

es decir dentro de dos ó tres meses. Contaban con cerca de trescientos mil hombres de tropas activas, en cuya organización había invertido tres años el archiduque Carlos, con doscientos mil hombres de tropas de reserva, comprendiendo lo mejor que bajo el aspecto militar contenía la *landwehr*, y, en fin, con una fuerza que era imposible valuar, la de la *insurrección* húngara. Habían ya empezado á reunir los regimientos en Carintia, en la Austria Alta y en Bohemia, para proceder á la formación de los cuerpos de ejército; preparaban la artillería, y la ya arreglada la conducían á la luz del sol por medio de las calles de Viena, precedida ó seguida de regimientos de infantería, al compás de las aclamaciones del vecindario de aquella capital; y hacían obras de consideración en tres plazas que debían entrar en el plan de operaciones. Estas plazas eran la de Enns, situada en la confluencia del Danubio y el Ens, con un puente en Mauthausen, para cubrir á Viena contra una invasión por la parte de Baviera; la de Bruch sobre el Muhr, para protegerla por aquella parte si la invasión venía de Italia; y en fin la de Comorn, para preparar una gran plaza de depósito en caso de tener que retirarse á Hungría, indicando con esto que se quería llevar la guerra á sangre y fuego, y no mirar la lucha como terminada una vez perdida Viena, cuya ciudad, por otra parte, armaban públicamente, colocando cañones en las murallas.

El lenguaje adoptado para explicarse á sí propios y explicar á los demás semejante conducta en plena paz, es que la destrucción de la casa de España presagiaba una próxima tentativa contra la de Austria; que debían, pues, estar preparados para

el mes de marzo ó de abril; que infaliblemente iban á ser atacados, y con semejante certeza, era preciso no dejarse coger desprevenidos, sino adelantarse á un enemigo pérfido; y que importaba poco saber quien dispararía el primer cañonazo, porque el verdadero agresor seria á los ojos de los hombres de bien el autor del atentado de Bayona. La mayor parte del pueblo creia estos discursos con entera buena fé: la corte creia poco ó nada, aunque se habia alarmado seriamente con el destronamiento de los Borbones; pero estaba sobre todo exasperada con sus reveses, y despues de haber dejado pasar la ocasion de la guerra de Polonia, temia sucediese lo mismo con la de la guerra de España. Toda la nobleza era de este parecer, movida á un mismo tiempo por justos sentimientos nacionales y por las malas pasiones de la aristocracia alemana; además de que los muchos emisarios de la Inglaterra que entraban en Viena oficiosamente, la escitaban á cual mas podia. No se mostraban menos entusiasmados los archiduques en aquella especie de cruzada, escepto, no obstante el principal y mas responsable entre ellos, el archiduque Carlos, que destinado á mandar en gefe, se estremecia, no con la idea de las balas, porque no habia militar mas valiente que él, sino con la de tener que habérselas otra vez frente á frente con el vencedor del Tagliamento, jugando la suerte de la monarquía austriaca. Segun tenia por costumbre, preparaba la guerra sin desealarla, con cuyo motivo, para picar su valor, le daban un nombre tomado de los sucesos de España, el de *Príncipe de la Paz*. El emperador Francisco, sensato siempre pero poco enérgico, se abandonaba á lo mismo que

criticaba, contentándose con arrojar algunos dardos satíricos contra las faltas que dejaba que cometieran, sobre todo, cuando estas faltas eran obra de sus hermanos. Recien casado de segundas nupcias con una princesa de la casa de Módena, la cual era la que estaba mas imbuida en las preocupaciones austriacas, tenia la ventaja, cómoda para su debilidad de ánimo, de hallar en el seno interior de su familia cabal conformidad con la tendencia de que él se dejaba arrastrar, y de ver asi á todos sus deudos, escepto él mismo, aprobando lo que iba á prevalecer. Esto bastaba á su reposo y su carácter.

De este modo, armando tropas siempre, habiendo, exaltándose unos á otros durante meses, los principes y nobles que gobernaban el Austria, habian llegado á un estado de abierta hostilidad, y tenian precision absoluta de adoptar una resolucion. A mayor abundamiento, la repentina vuelta de Napoleon á París, el llamamiento hecho á los principes de la Confederacion del Rin, y los movimientos de tropas francesas hácia el Alto Palatinado y la Baviera, hacian pensar que tambien Francia se preparaba para la guerra con la cual habian creído sorprenderla. No hay duda que podian tener esplicaciones, y para hacerlo asi, se hubiera encontrado el medio en la oferta de garantía hecha en París por la diplomacia rusa y francesa; pero este género de desenlace estaba gastado, porque ya habia servido despues de lo de Tilsit para salir de un mal paso por el mismo estilo, siendo difícil salir otra vez de semejante posicion por otro simulacro de reconciliacion. Era preciso, pues, adoptar el partido de la guerra, ó proceder inme-

diatamente al desarme, porque además de que no se podía ya dar esplicaciones de algun fundamento acerca de unos preparativos tan adelantados, se hacia imposible soportar su coste. Empero era imposible tambien teniendo al frente la Alemania y la Inglaterra que tanto empujaban, decir de pronto que no habia cuidado despues de haberse alarmado al parecer hasta tal extremo, abandonar á los que ellos llamaban heróicos españoles, y volver á dejar pasar la mas brillante de las ocasiones, al decir suyo. Nada, era preciso vencer ó perecer con las armas en la mano; además de que, segun decian, tenian en su favor muchas probabilidades de buen éxito; como por ejemplo, el ejército austriaco reorganizado y mas floreciente que nunca; la Alemania exasperada, haciendo votos fervientes y dispuesta á pasar de los votos al auxilio mas activo, al primer triunfo; la Inglaterra, ofreciendo subsidios; la Rusia titubeando; la Francia empezando á pensar lo que pensaba la Europa, y debiendo dar menos apoyo que hasta alli al conquistador que la dejaba exhausta porasolar el mundo; el ejército francés, en fin, disperso del Oder al Tajo, de las montañas de Bohemia á los montes de Sierra Morena, diezmado por diez y ocho años de incesantes guerras, y débilmente reforzado por jóvenes arrebatados á sus desesperadas familias cuando frisaban en la edad de la adolescencia. Bajo el imperio de estas mil razones, un dia, sin saber como, se encontraron arrastrados por la pasion general, y se decidió la guerra, mandando reunir cinco cuerpos de tropas en Bohemia, dos en la Alta Austria, otros dos en Carintia y uno en Galicia, de los cuales debia ser generalisimo el archiduque Cár-

los. A los esfuerzos de la administracion militar se agregaron los de la diplomacia para preparar otro medio de guerra, el de las alianzas.

Anudáronse con Inglaterra relaciones que solo se habian roto en la apariencia; aceptáronse los subsidios que ofrecia á manos llenas, y se continuó la obra ya empezada de su reconciliacion con los turcos, ideóse, en fin, ensayar una tentativa cerca del emperador Alejandro, para atraerle de nuevo á lo que llamaban el interés de la Europa y su propio interés bien entendido.

Mucho tenia que hacer en Constantinopla la diplomacia austriaca: alejar los turcos de la Francia, unirlos á Inglaterra y disponerlos á arrojar sobre la Rusia si seguia marchando de acuerdo con Napoleon, ó á dejarla en paz si rompía con éste, de modo que solo tuvieran que habérselas con el enemigo comun de la Europa, era una politica muy bien calculada, y que merecia seguirse con actividad. Por lo demas las revoluciones continuas de la corte de Turquía prestaban materias á todas las intrigas esteriore.

Desde que cayó del trono el sultan Selim, habian ensangrentado el serrallo nuevas catástrofes presentando á la Turquía como un imperio que, en medio de sus convulsiones interiores, sucumbe bajo su propio peso. El famoso pachá de Butschuk, Mustafá-Baraictar, ya fuese, como sostenia, adicto á su amo Selim, ya se ofendiera de que una faccion fanática, compuesta de genizaros y ulemas, hubiese dado el cetro sin consultarle, habia ido á situarse en Andrinópolis á la cabeza de un ejército obediente, y no parecia sino que desde alli gobernaba el imperio, pues todos los pachás le ha-

hian dirigido diputados, ó se habian trasladado allí en persona, para informarse de cual era su voluntad, y hasta el nuevo sultán Mustafá habia mandado enviados á su campamento, como poniéndose á discrecion suya. De este modo, so pretesto de conferenciar sobre la suerte del imperio, disponia de él Mustafá-Baraictar, quien no tardó en ir á acampar al pie de los muros de Constantinopla, hasta que al fin un día se dirigió al serrallo para volver á colocar en el trono á Selim, que vivia encerrado con las mugeres y guardado por los eunucos; pero en el momento que iba á ejecutar este proyecto, arrojaron á sus pies la cabeza de su infortunado amo, el príncipe mejor que habia reinado en Constantinopla desde hacia mucho tiempo. Por vengar á Selim, depuso Baraictar á Mustafá despues de un reinado de corta duracion, y á falta de otro, se vió obligado á tomar por soberano á Mahmouh, hermano del mismo Mustafá, de veinte y cuatro años de edad, que no carecia de buenas cualidades, y que habia adquirido al lado de Selim cuando este se hallaba prisionero, aficion á la civilizacion europea. Realizada esta revolucion, Mustafá-Baraictar gobernó el imperio durante unos cuantos meses con una autoridad absoluta, en nombre del jóven sultán; pero otra rebelion de genizaros hizo que cesara aquel despotismo añadiendo catástrofe sobre catástrofe. Sorprendido Baraictar por los genizaros antes de que pudiera acogerse al serrallo se ocultó en un subterráneo de su palacio, al cual habian puesto fuego, y allí pereció bajo las cenizas y las ruinas.

Mahmouh, en quien se unia el talento con la osadia, y que tenia cierta astucia, tomó alguna

parte en esa última revolucion. Libre ya de un magnate insolente, se habia dedicado á gobernar por sí su vacilante imperio, y lo procuraba en el momento mismo que la Francia y el Austria iban á medir otra vez sus fuerzas á orillas del Danubio. Atraer los turcos á su causa para disponer de ellos segun su conveniencia, era, como acabamos de decirlo, de gran importancia para el Austria, porque podia, ó arrojar un enemigo mas en brazos de los rusos, si estos seguian siendo aliados de Francia, ó liberrar á estos de un enemigo incómodo, si consentian en unirse á lo que llamaban la causa europea.

La cosa se hacia fácil desde la nueva posicion de Francia respecto á los turcos. Efectivamente, estando como estaba unida á la Rusia, le era imposible seguir obteniendo la confianza de aquellos. Para cohonestar el cambio ocurrido despues de lo de Tilsit, tomó al principio por excusa la caída de su escelente amigo Selim, y á esto contestó Mustafá que este cambio no debia enfriar á Francia, porque la Puerta continuaba siendo su mejor amiga. Napoleon replicó entonces, que puesto era así, se ocuparia en arreglar una buena paz entre los rusos y los turcos; pero no se atrevió á hablar de las condiciones. Sin embargo, como los rusos insistiesen, sea antes, sea despues de lo de Erfurt, en que se terminase la contienda con los turcos y se les pidiera las provincias del Danubio; como, por su parte, los turcos se quejaban con respecto á la Francia de que no se les procuraba la paz prometida, Napoleon, siempre corriendo de Bayona á París, de París á Erfurt, de Erfurt á Madrid, para que unos y otros tuviesen algo en que ocuparse,

acabó por insinuar á los turcos, dando muestras del pesar mas intenso, que no eran ya capaces de defender la Valaquia y la Moldavia; que harian bien por lo tanto en renunciar á ellas, asegurándose á este precio una paz sólida, y en concentrar todos sus recursos en las provincias que estaban fuertemente asidas al imperio; que si á este precio querian terminar una guerra que amenazaba serles fatal, él les prometia hacer inmediatamente se tratase un arreglo, saliendo garante la Francia de la integridad del imperio otomano. No puede darse una idea de la revolucion que causó en los ánimos este comienzo de parte de la diplomacia francesa: aunque se empleó el mayor miramiento, y no se dijo sino lo que no podia menos que decirse despues de los compromisos contraidos con la Rusia, llegó á su colmo la ira del sultan Mahmouh, del divan, de los ulemas, de los genizaros, y esta simple insinuación conmovió hasta tal estremo al ministerio turco, que la emocion se comunicó con la rapidéz del rayo á la nacion entera. Al instante se habló de armar trescientos mil hombres, hasta de levantar en masa al pueblo otomano y de sacrificar hasta el último discipulo del Profeta antes que ceder. No quisieron ver en la Francia una amiga que, con el corazon partido, hacia conocer á unos aliados á quienes bien queria una necesidad dolorosa, sino que se obstinaron en ver en ella únicamente una amiga pérfida que hacia traicion á sus antiguos aliados para entregarlos á un vecino insaciable. El Austria, que presenciaba el espectáculo de aquellas vicisitudes con suma impaciencia por aprovecharse de ellas, el Austria, que habia interpretado la entrevista de

Erfurt como debia serlo, afirmó á los turcos que el secreto de aquella famosa entrevista no era otro que el sacrificio de las bocas del Danubio, prometidas á los rusos por los franceses; que á fin de asegurarse la indulgencia de la Rusia en los asuntos de España, Francia le entregaba la Puerta, y de este modo, despues que habia hecho traicion á sus amigos los españoles, trataba de que se lo perdonasen haciendo tambien traicion á sus amigos los turcos; es decir, que salia del apuro amontonando traicion sobre traicion. A esta negra pintura añadió Austria un relato inexactisimo de lo que sucedia en España, mostrando los franceses batidos por paisanos insurreccionados, y sobre todo por los ejércitos ingleses, y como los musulmanes miran la victoria con supersticioso respeto, causó en ellos la impresion mas decisiva el ver á Napoleon juzgado por los resultados, es decir, condenado por Dios. De todas estas alegaciones Austria sacó para con los turcos la deducción que la Puerta debia separarse de la Francia, unirse otra vez á la Inglaterra, borrar el recuerdo del paso reciente de los Dardanelos por el almirante Duckworth, apoyarse, en fin, en los ejércitos austriacos é ingleses para resistir á la ambicion de un vecino formidable y á la traicion de un amigo pérfido.

Estos discursos, dirigidos á hombres cuyo corazon estaba exasperado, penetraron en él con increíble prontitud, y en poco tiempo se causó en Constantinopla una revolucion en la política estrangera, tan estraña como las que habia habido en la política interior. Mientras que un año antes, rodeando los turcos á los franceses de aclamaciones, levantaban bajo su direccion formidables baterias

contra los ingleses, y arrojaban á estos últimos bala rasa y gritos de odio, veíaseles ahora prodigar ultrages á los franceses, hasta el punto de no poder estos presentarse en las calles de Constantinopla sin que los insultaran, y de ser llamados los ingleses por los votos de la población toda. Atenta el Austria á todos estos movimientos de un pueblo ardiente y fanático, avisó á los ingleses el buen éxito de sus manejos, é hizo ir á Mr. Adair á los Dardanelos. Este ancló allí con una fragata inglesa, y no tuvo que esperar mucho tiempo el permiso para aparecer en Constantinopla. Habiéndole dirigido una invitación á instancia de la diplomacia austriaca, pasó á la ciudad, y despues de algunas conferencias preliminares, celebrada la paz con Inglaterra, se firmó en los primeros dias de enero de 1809. Desde este mismo instante la Puerta se puso á disposición de la nueva coalicion, dispuesta á hacer cuanto le inspirasen por la causa comun Austria é Inglaterra.

No eran menos activos en San Petersburgo los manejos del Austria, pero allí no podian tener el mismo buen resultado. La córte de Viena escogió para que la representase en aquellas circunstancias al príncipe de Schwarzenberg, bravo militar, poco ejercitado en las astucias de la diplomacia, pero capaz de imponer por su lealtad y de engañar acerca de las verdaderas intenciones de su córte, que apenas conocia. Tenia encargo de afirmar que las intenciones del Austria eran rectas y desinteresadas, que no queria emprender nada, que lo único en que pensaba, al contrario, era en defenderse contra empresas semejantes á las de Bayona; y que si el emperador Alejandro quisiera volver á apreciar mejor los intereses europeos y rusos, ha-

llaria en ella una amiga segura, en nada envidiosa, y que no pretenderia disputarle ningun engrandecimiento compatible con el equilibrio del mundo. Mr. de Schwarzenberg tenia encargo sobre todo de hacer valer el gran argumento del momento, la perfidia cometida con España, perfidia que ya no permitia á nadie, sino deshonrándose verdaderamente, continuar siendo aliado del gabinete francés. Por lo que respecta á esto, Mr. de Schwarzenberg, que era un hombre de bien á carta cabal, debia tratar de despertar en el corazon del emperador Alejandro toda su honrosa susceptibilidad. En fin, si conseguia hacerse oír, debia, segun se asegura (1), ofrecer la mano del heredero del imperio de Austria para la gran duquesa Ana, lo cual no podia encontrar ningun obstáculo por parte de la emperatriz madre, y hubiera restablecido la intimidad entre las dos córtes imperiales.

En aquella época, no era ya el emperador Alejandro sincero en sus relaciones con Napoleon, bien que lo fuese en los primeros tiempos, cuando llevado del entusiasmo que le causaban proyectos quiméricos, todo lo aprobaba en su aliado. Entonces admiraba sinceramente el genio y las cualidades personales de Napoleon, que valian la pena de ser admirados, y como el interés prestaba ayuda al entusiasmo, se convirtió en aliado cordial en un todo. La ilusion de los grandes proyectos desapareció desde que ya no se trató de Constantinopla, sino solamente de Bucharest y de Jassy. La con-

(1) La mision del príncipe de Schwarzenberg, que en aquella época tuvo gran importancia, fué completamente conocida del gabinete francés por las confidencias del emperador Alejandro con Mr. de Caulaincourt.

quista de las provincias del Danubio, conquista no realizada aun en nuestros días, era sin duda de bastante interés para la Rusia; pero, no obstante, ese interés, mas positivo aunque menos deslumbrante, dejaba á Alejandro mas tranquilo, y le daba en que pensar acerca de los medios de ejecucion. Parecia al principio que el consentimiento de Napoleon seria suficiente para obtener las provincias del Danubio; pero en el momento de ir á realizar este voto, las dificultades prácticas se mostraban mucho mas serias que lo que se imaginó desde luego. Si, sometiendo Napoleon rápidamente la España y causando á los ingleses una derrota que resonara en los ámbitos del mundo, hubiera impedido al Austria hasta concebir un pensamiento siquiera de resistencia; si desde entonces los turcos no hubiesen tenido otro remedio que suscribir á lo que se decidiera de sus provincias, el emperador Alejandro hubiera podido conservar, á falta del entusiasmo que le inspiraran sus primeros proyectos, el fervor de una alianza de que reportaba ventajas tan seguras y prontas. Pero por grande que fuera el genio de Napoleon, por muchos que fuesen sus recursos, se habia creado tales dificultades, que habia engendrado en toda clase de enemigos valor para atacarle de nuevo. Por su parte la Rusia no habia obtenido en Finlandia todos los triunfos con que se contó, tanto en San Petersburgo como en París. Aquel vasto imperio, Hércules en la cuna cuyo porvenir es inmenso, pero cuyo estado presente está muy lejos de igualar á su porvenir; jamás habia podido enviar arriba de cuarenta mil hombres vivos y efectivos á Finlandia durante la campaña del verano, y habia empleado la prima-

vera en hacer contra los suecos un género de guerra que se adaptaba muy poco á su grandeza. La guerra de Suecia, en una palabra, guerra que en cuanto á moralidad de principios corria parejas con la de España, no habia tenido un éxito mas decisivo, y los dos emperadores, aunque muy superiores á sus enemigos, no habian alcanzado de la fortuna favores que envanecieran. Así pues en manera alguna estaba envanecido el emperador Alejandro: advertia que tenia que conquistar por medio de esfuerzos penosos lo que Napoleon abandonaba en sus manos, y el desengaño que tan pronto obraba en él siempre, iba apoderándose de su ánimo conocidamente. Juzgaba á Napoleon bastante poderoso todavia para que no hubiera seguridad alguna en indisponerse con él; pero no lo juzgaba ya bastante victorioso para que hubiera las mismas ventajas en ser aliado suyo, ni sobre todo bastante puro para que hubiera la misma honra. Y como, por otra parte, probablemente no conseguiria del Austria é Inglaterra las conquistas que seguian siendo su pasion dominante, es decir, las provincias del Danubio, como se hubiera deshonrado de haber una nueva revolucion en sus amistades, estaba resuelto á persistir en la alianza francesa, pero sacando de esta alianza el mayor beneficio posible, y pagando los menos que pudiera (1).

(1) Los que han pintado á Alejandro obrando siempre con falsedad hácia Napoleon, se han equivocado, ni mas ni menos que los que le han representado obrando siempre con sinceridad. Fue sincero mientras duraron su infatuacion y la fortuna prodigiosa de Napoleon; no lo fué tanto cuando á la conquista del imperio turco sucedió allá en sus sueños la de Valaquia y la Moldavia, y sobre todo cuando le pa-

En semejante disposicion, aquella guerra de la Francia con el Austria debia ser para Alejandro la circunstancia mas inoportuna y alarmante, porque iba á dificultar mas y mas la conquista de las provincias turcas, exigir un esfuerso costoso, si es que era preciso ayudar á Napoleon con el envío á Galicia de un ejército, y añadir una nueva guerra á las cuatro que ya habia empeñadas contra los suecos, los ingleses, los persas y los turcos. Esta guerra iba ademas á poner á la Rusia en contradiccion aun mas chocante con sus antecedentes, porque podia esponerla á tener que combatir en los campos de Austerlitz en favor de los franceses contra los austriacos, y proporcionar nuevos motivos de queja á la aristocracia rusa que criticaba la intimidacion con la Francia. En fin, en la próspera ó la mala fortuna, debia producir un resultado funesto; si lo primero, porque podia inspirar á Napoleon el fatal pensamiento de destruir á Austria, suprimiendo con esto toda potencia intermedia

reció Napoleon menos irresistible y no tan constante su buena suerte. Entonces reemplazó el cálculo al entusiasmo, para dar lugar mas tarde á un sentimiento peor todavia; pero es preciso confesar que Napoleon se atrajo este cambio, siendo difícil pronunciar una condenacion moral contra uno ó contra otro. Las conversaciones que tuvo en secreto Alejandro con Mr. de Caulaincourt, y que este ponía sumo cuidado en referir, revelan estos cambios sucesivos con una verdad notable, por entre todas las lisonjas de que Alejandro salpicaba sus discursos. Verificábase el cambio con una sencillez que prueba que al hombre mas astuto (y Alejandro lo era mucho), le cuesta mucho trabajo ocultar la verdad. El mismo Napoleon, aunque de lejos, no podía engañarse sobre ello, y todo prueba en efecto que no se engañó lo mas mínimo.

entre el Rhin y el Niemen; y si lo segundo, porque debia poner en ridiculo, darle un carácter de peligrosa, y hacer infructifera á lo menos, la alianza contraída con Francia, con gran escándalo de toda la Europa antigua. No hay peor posicion que la de no poder desear ni el bueno ni el mal éxito de una guerra, y lo mejor que hay que hacer entonces es tratar de impedirlo. Esto era efectivamente lo que Alejandro estaba dispuesto á procurar por todos los medios imaginables.

Mr. de Romanzoff habia vuelto á San Petersburgo seducido con el proceder de Napoleon, lo mismo que lo estaba Mr. de Caulaincourt con el de Alejandro; pero ambos soberanos eran harto superiores á sus ministros para no librarse de las seducciones que tenian engañados á estos últimos. Alejandro dejó que Mr. de Romanzoff le contara las maravillas de Paris, y las atenciones de que le habia colmado Napoleon, lo mismo que dejaba Napoleon que Mr. de Caulaincourt le contara la amabilidad con que todos los dias le obsequiaban; pero esto no le desvió de sus resoluciones. Arregló de acuerdo con Mr. de Romanzoff su lenguaje y conducta respecto á Francia, y tuvo con Mr. de Caulaincourt varias conferencias muy importantes, en las que casi nada disimuló acerca de la situacion de las cosas, hablando imparcialmente de Napoleon, y con modestia de sí propio. Convino en que la guerra de Finlandia no habia sido bien conducida, pero manifestó el sentimiento que abrigaba de que Napoleon por su parte no hubiese alcanzado contra los ingleses triunfos mas decisivos: hasta pensaba al parecer, que despues de todo solo habian sido los ingleses los que habian ganado algo de la

empresa de España, puesto que iban á tener á su disposicion las colonias españolas, lo cual bien valia la conquista, dudosísima por lo demas, de Lisboa y Cádiz para los franceses. Manifestó abiertamente el pesar que sentia de tener que combatir contra antiguos aliados á cuyo lado se halló en Austerlitz, y los apuros que iba á causarle esta singular situacion en San Petersburgo, en la alta aristocrácia, y aun en la nacion. Confesó la dificultad que tendria en reunir, ademas de un nuevo ejército en Finlandia, tropas de observacion á lo largo del Báltico; un gran ejército conquistador contra Turquia y otro auxiliar de los franceses contra el Austria; dificultad no solo militar, sino sobre todo rentística. Llegó, en fin, en sus conversaciones confidenciales á decir, que aun el buen éxito de la nueva guerra le inspiraba cuidado, porque veria alarmado desaparecer el Austria, y no se prestaría á que se la reemplazase con una Polonia. Declaró que él necesitaba la paz; pero que tambien la creía necesaria á Napoleon, porque, segun decia, no se le escapaba que Francia empezaba á desealarla y á cambiar de sentimientos para con su glorioso soberano. Estas eran otras tantas razones para que se le dejase obrar en libertad con respecto al Austria, y para que él (Alejandro) hiciera cuanto pudiese para impedir una guerra que le disgustaba extraordinariamente solo en pensarlo. Añadió que, por desgracia, estaba lejos de creer como Napoleon, que bastaba amenazar, sentar *ultimatums* en nombre de las dos potencias mas grandes del universo, para contener á hombres despavoridos, dominados por el odio y el terror, en los cuales habia, mezclado con la exageracion en el lenguaje,

una parte de temor sincero, que era preciso tomar en cuenta. En su consecuencia, pedia que se le permitiera tranquilizarlos é intimidarlos á un mismo tiempo; tranquilizarlos negando perentoriamente el proyecto que se atribuía á Napoleon de tratarlos como á España, intimidarlos mostrándoles las consecuencias funestas que iba á acarrearles una nueva guerra. Alejandro se negó ademas á confiar, como hubiera querido Napoleon, el cuidado de este asunto á los dos ministros de Rusia y Francia en Viena. Creía Napoleon, deseoso tambien de la paz, que estos dos ministros serian mas perentorios, y desde luego mas escuchados; pero Alejandro creía, al contrario, que irian á parar á la guerra en derecho. — «Nuestros ministros lo embrollarán todo, dijo á Mr. de Caulaincourt; que se me deje á mí obrar y hablar, y si puede evitarse la guerra la evitaré: si es inevitable, cuando lo vea, obraré con lealtad y franqueza. »

No habia, pues, sino dejarle obrar, puesto que en definitiva, siendo, como eran sus miras enteramente pacíficas, se hallaban en completa armonia con las de Napoleon, que deseaba ardientemente evitar la guerra. Lo deseaba, hasta tal punto, que habia autorizado en secreto á Alejandro á que prometiese, no solo la doble garantia de Rusia y Francia en favor de la integridad de los estados austriacos, sino la evacuacion completa del territorio de la confederacion del Rhin, lo cual significaba que no habria en Alemania un soldado francés.

Cumpliendo su palabra Alejandro, se espresó con la mayor franqueza delante de Mr. de Schwarzenberg. Pero dueño de dominar su confusion

cuando el ministro austriaco (1) le echó en cara que se hacia cómplice de la indigna conducta observada en Bayona, no se conmovió con la invocacion hecha á sus sentimientos en favor de la causa europea, y oponiendo á la política austriaca todas las mentiras, todo el disimulo de que se habia hecho culpable desde hacia dos años, porque no habia cesado de hablar de paz cuando preparaba la guerra, acabó por declarar que tenia compromisos formales, contraídos únicamente por el interés de su imperio, y á los cuales no se proponia faltar; que si cometian la locura de apelar á un rompimiento, serian destruidos completamente por Napoleon; pero que obligarian tambien á la Rusia á intervenir, y habiéndolo prometido, cumpliria su palabra uniendo sus tropas á las tropas francesas; que no alcanzarían la emancipacion de la Europa, de que se hablaba sin cesar; que obligando á nuevos esfuerzos al que llamaban coloso destructor, no lograrían sino hacerle mas terrible; que el único resultado que obtendrian seria dar á la Inglaterra, que era otro coloso asolador en el mar, medios para alejar la paz, de que tan urgente necesidad habia; que por lo tocante á él, la paz era lo único que queria, (hubiera podido añadir que comprendiendo en ella las provincias danubienses); que era preciso, en fin, llegar á conseguirla; que tendria por enemigo á todo el que contribuyera á alejar el momento deseado, y que emplearia contra él, cual-

(1) Mr. de Schwarzenberg se alababa de haber hecho bajar los ojos á Alejandro cuando le recordó que se hacia cómplice de un despojo odioso secundando al autor de la guerra de España.

quiera que fuese, todas las fuerzas de su imperio. Alejandro descartó toda insinuacion relativa á una alianza de familia con la Rusia, porque no iria á cometer la impolítica de dar á un archiduque en matrimonio una princesa que casi habia prometido á Napoleon.

El ministro austriaco se quedó aterrado con una declaracion tan franca, bien es verdad, que la alta sociedad de San Petersburgo, no tan ardiente de seguro como la de Viena, le habia hecho esperar otro resultado, pues á todos los habia encontrado del partido europeo contra la Francia; aunque no se atrevian á hablar abiertamente por temor de contrariar al emperador, y habia además adquirido la certeza de que la familia imperial abrigaba los mismos sentimientos, con lo cual se lisonjaba de hallar mejor acogida en el emperador. Un embajador de mas experiencia que el de que nos ocupamos, hubiera visto que bajo la capa de sentimientos reales y efectivos, de que hasta cierto punto participaba Alejandro mismo, habia intereses ligados en aquel momento con los de Francia; que si la aristocrácia rusa y la familia imperial podian dejarse llevar de su capricho, usando el lenguaje que mas cuadraba á sus preocupaciones, el emperador y su gabinete tenían que observar otra conducta; y que si ellos podian adquirir un buen territorio mientras Napoleon destruía á los Borbones, naturalmente estaba indicado el papel que debían hacer, cual era dejar que dijese los cortesanos y las mugeres, y hacer su negocio á favor del imperio, procurando ganar en aquel trastorno las márgenes tan deseadas del Danubio.

El principe de Schwarzenberg, que era un su-

geto excelente, no comprendió absolutamente nada de aquellas contradicciones aparentes, y poblaba en San Petersburgo los aires con sus lamentaciones, mientras que escribía á su córte despachos que debieran haberla contenido, si hubiera podido tenerse la todavía en la pendiente que la arrastraba. Viendo Alejandro que habia causado cierta impresion al representante de Austria, se complació en concebir la esperanza de que quizá ganaria éste alguna cosa de su córte, pero sin contar con ello no obstante, y se preparó para una guerra próxima. Tenia empeño en terminar cuanto antes la guerra de Finlandia, y con este objeto envió un refuerzo que hacia subir á cerca de sesenta mil hombres las fuerzas que operasen en aquellas provincias. Mandó la marcha sobre el centro de Suecia á través del mar Glacial. Una columna debia costear el golfo de Bothnia para dirigirse por Uleaborg sobre Tornea y Umea; otra debia atravesar, marchando sobre el hielo, el golfo de Bothnia, partiendo de Wasa: para que se diera la mano con la primera al pie de Umea; y la tercera, que era la principal, debia caminar tambien sobre el hielo, y marchar por las islas de Aland sobre Stokolmo. La guardia y dos divisiones estaban destinadas á permanecer entre San Petersburgo, Revel y Riga, para vigilar allí las tentativas de los ingleses contra el litoral del Báltico. Cuatro divisiones de infanteria y una de caballeria, que formaban sesenta mil hombres, tenían encargo de entrar en Galicia para mantener allí la balanza de los sucesos, mas bien que para secundar á los ejércitos franceses. En fin, era natural que los mayores esfuerzos de la Rusia se dirigiesen hácia la Turquía, porque si Alejandro que-

ria ser moderador en Occidente, queria ser conquistador en Oriente, y habia enviado ocho divisiones sobre el Bajo Danubio, una de las cuales formaba una reserva de tres batallones. Esta debia seguir una media direccion entre la Transilvania y la Valaquia, de modo que pudiera, ó ayudar al ejército de invasion que marchaba contra los turcos, á caer sobre el ejército de Galicia, á fin de concurrir con él de cualquier modo á los sucesos que surgiesen de aquella parte. Esta division se dijo á Mr. de Caulaincourt que era una de las consagradas al servicio de la alianza. El total de las tropas que iban á operar en aquella direccion ascendia á unos ciento veinte mil hombres. De este modo, á terminar la conquista de Finlandia, hacer frente á los ingleses, conquistar las bocas del Danubio, y moderar los sucesos de Alemania, fué á lo que Alejandro dedicó los doscientos ochenta mil hombres de tropas activas de que podia disponer. Si no hacia mas, lo imputaba al estado de la hacienda, estado de que se quejaba continuamente á Mr. de Caulaincourt, hablando sin cesar de las cinco guerras que iban á pesar sobre él, y, aunque fiero siempre en su actitud, humillándose casi cuando se hablaba de dinero, y pidiendo que le ayudaran á contraer empréstitos sea en Francia sea en Holanda. La conducta de la Rusia desconcertó mucho al gabinete de Viena, que esperaba seria menos contraria á sus miras, porque habia juzgado del gobierno por el lenguaje de la nobleza rusa en los círculos de San Petersburgo. Con todo, aunque tuvo por frustrada la mision del principe de Schwarzenberg, se lisonjeó con la idea de que aquel gabinete no resistiria mucho tiempo á la opinion nacional, y

sobre todo al primer triunfo que alcanzasen los ejércitos austriacos, persuadiéndose que este primer triunfo, que debía, según ellos, arrastrar tras sí á la Alemania, arrastraría también á todo el continente, y que bastaría dar la señal, darla con fortuna, para que les siguiesen. Los sesenta mil hombres enviados á la Galicia los tuvieron por un simple cuerpo de observación, al cual bastaría oponer fuerzas muy inferiores, encargadas igualmente de observar mas bien que de operar. No tomaron, pues, ni el lenguaje ni las demostraciones armadas de la Rusia como un argumento contra la guerra, y se decidieron al contrario á precipitarlo todo, á fin de conseguir contra las tropas francesas, diseminadas todavía de Magdeburgo á Ulm, ese primer triunfo que debía arrastrar á las demas potencias. Hallábanse en una de esas situaciones en que, no pudiendo ya retroceder, se toma cualquier circunstancia, hasta lo que debiera desaminar, por una razón para avanzar.

Invertido el mes de febrero y parte del de marzo en los preparativos de la guerra, y en idas y venidas por parte de la diplomacia, querían estar en el teatro de las operaciones á principios de abril, es decir, en los primeros dias en que es posible la guerra en Austria, porque apenas debía haber allí entonces yerba en los campos. Fijaron, pues, en Viena el plan de campaña que había que adoptar, estableciendo desde luego que hacia la Italia y la Galicia solo harían operar las menos fuerzas del imperio, resolviendo enviar, al mando del archiduque Juan, unos cincuenta mil hombres para secundar la insurrección del Tirol, y ocupar con su presencia á las fuerzas de los fran-

ceses en Italia, añadiendo allí de ocho á diez mil hombres para batallar con el general Marmont en Dalmacia, y destinando al archiduque Fernando con cuarenta mil hombres á contener el ejército polaco-sajón, reunido bajo los muros de Varsovia, y observar á los rusos que avanzaban hacia Galicia.

La principal masa, la que contenía las mejores y mas numerosas tropas, debía operar en Alemania por el Alto Danubio, y acometer la osada empresa de sorprender á los franceses antes que se reconcentraran. El archiduque Carlos era quien debía mandarla como generalísimo, y quien la había organizado como ministro de la Guerra, no habiendo perdido nada en ella de consiguiente. Se componía de cerca de doscientos mil hombres sobre todo de infantería, que el archiduque Carlos se había dedicado á hacer que fuera excelente, y también de artillería, que siempre había sido muy buena en Austria; no estaba tan provista de caballería, pues el archiduque Carlos no la había aumentado, quizá porque, aunque corta en número, era tan valiente como bien enseñada. Estaba dividida en seis cuerpos de ejército y en dos de reserva, repartidos en Bohemia y la Alta Austria. El total de tropas activas, comprendiendo las destinadas á operar en Italia y Galicia, era de trescientos mil hombres. Detrás de esta masa principal, la reserva, lo mismo que la *insurrección* húngara, debían proteger á Viena, y si se perdía esta ciudad, penetrar en Hungría, para recoger allí los restos del ejército activo y prolongar la guerra. Esta segunda porción, compuesta de mas de doscientos mil hombres de milicias poco aguerridas, pero ya pasaderamente instruidas, hacia subir á mas de quinientos mil hom-

bres los recursos del Austria, que jamás había desplegado tantas fuerzas.

Tratábase de saber cómo se emplearían los doscientos mil hombres que componían la masa principal, destinados á operar en Alemania y dar el primer golpe. Al Consejo áulico, reputado por la causa de los reveses del Austria, porque, según decían, paralizaba la autoridad de los generales, se le había privado de su influencia en beneficio del generalísimo, sin que de ello debiera resultar mas unidad en el mando, pues solo hay unidad allí donde reina una voluntad enérgica dirigida por un hombre dotado de temple de ánimo. El archiduque, aunque prudente, ilustrado y valeroso; aunque el mejor capitán que tenía Austria, carecía de la fuerza de ánimo y de carácter necesaria para asegurar la unidad del mando, y la tirantez que ya no se encontraba en el Consejo áulico, debía presentarse alrededor suyo, entre los oficiales influyentes de su E. M. Es verdad que quedaba la ventaja de establecer esta tirantez, cualquiera que fuese, mas cerca del campo de batalla, y esta ventaja no era seguramente de desdeñar.

Dos pareceres traían dividido en aquel momento al E. M. del archiduque Carlos con motivo de cuál era el mejor plan que había que seguir. Consistía el uno en tomar la Bohemia como punto de partida, y suponiendo á los franceses diseminados todavía en Sajonia, Franconia y el Alto Palatinado, desembarcar sobre Bayreuth, es decir, sobre el centro de la Alemania, batirlos en detalle, y sublevar las poblaciones germánicas con esta súbita aparición y este pronto triunfo. Este plan atrevido, que conducía los austriacos por Bayreuth y Wurzburg hasta las

puertas de Maguncia, tenía la ventaja de llevarlos sobre el Rhin por el camino mas corto, de introducir el desorden en los cantones franceses, y de conmover vivamente la Alemania; pero por lo mismo que era atrevido, suponía en la ejecución un carácter que solo tienen por lo general los capitanes dotados de superioridad, quienes regularmente son afortunados, y porque lo son confían en el buen éxito de cuanto emprenden. Ninguno por este estilo había entonces ni en Alemania ni en parte alguna, excepto en Francia: además este plan suponía un grado de adelanto en los preparativos militares del Austria, que aun no había conseguido darles su administración, mas laboriosa que espeditiva. Cuando mas, los cuerpos que debían reunirse en Bohemia, se reconcentrarían allí á principios de marzo, porque á muchos regimientos les faltaban los terceros batallones y no habían llegado todavía los trenes para la artillería. Este plan, destinado á sorprender á los franceses, habría sido bueno sin duda si se les hubiese sorprendido en efecto, y si lo osado de la ejecución hubiera correspondido á lo atrevido del pensamiento; pero en caso de no sorprenderlos completamente, podía ser funesto, porque si tenían tiempo de trasladarse del Elba al Danubio, y de reunirse entre Ulm y Ratisbona, estaba espuesto el ejército austriaco á tenerlos por su flanco izquierdo, ganando á Viena por el Danubio, dispersando todos los departamentos que había dejado en Baviera, y cortando quizá tambien su línea de operaciones. Con un general tan fecundo en maniobras imprevistas como era Napoleón, esta última probabilidad era muy de temer.

El segundo plan, mas modesto pero mas seguro, consistia en tomar el camino ordinario, el del Danubio, por donde los franceses debian naturalmente llegar, á causa de la facilidad de las comunicaciones á lo largo de aquel gran rio, en hacerles frente en dicho camino con doscientos mil hombres en masa, y en aprovecharse de estar mas preparados que ellos, no para sorprenderlos sino para batirlos, antes que fuesen en número suficiente para disputar la victoria. Este plan no daba lugar á ninguna de esas combinaciones repentinas de Napoleón, que por lo regular frustraban todos los cálculos, y no esponia á ningun riesgo sino el del campo de batalla, bastante peligroso siempre contra semejante capitán y unos soldados como los suyos.

Los dos planes de que se trata se debatiéron largo tiempo entre dos oficiales del E. M. del archiduque Carlos, los generales Meyer y Grunn, y dividieron á los militares mas ilustrados del Austria; pero, como sucede siempre en semejantes circunstancias, se dejó que los sucesos decidieran la cuestion, y se tomó un partido cuando los espías escapados en medio de las tropas francesas revelaron la marcha del general Ondinot sobre Ulm, y del mariscal Davout sobre Wurtburgo. Entonces comprendieron que llegarían demasiado tarde para que el éxito fuese bueno antes que malo, y que si desembocaban por la Bohemia sobre Bayreuth, tendrían á los franceses por su flanco izquierdo, ganando á Viena por el Danubio. Tomaron, pues, bruscamente la resolución de volver á conducir hacia la Alta Austria los cuerpos que debían en el principio reunirse en Bohemia. Solo que hicieron tambien lo que se hacia siempre cuando la direc-

cion de una empresa es mediana, conservaron algo del plan primitivo, y el segundo se adoptó únicamente reduciendo la masa principal de las fuerzas que debería ser consagrada á su ejecucion. De este modo dejaron en Bohemia unos cincuenta mil hombres al mando de los generales Bellegarde y Kollowrath, y unos ciento cincuenta mil se encaminaron á la Alta Austria, para dirigirse por medio de Baviera hácia Ratisbona, al encuentro de los franceses. El primero de estos grupos de tropas debía desembarcarse por el Alto Palatinado sobre Bamberg, estendiendo su izquierda hácia Ratisbona, y el segundo debía invadir la Baviera, y volver á subir el Danubio estendiendo su derecha sobre Ratisbona, de manera que puestas en comunicacion á lo largo del rio las dos masas, pudieran reunirse en caso de necesidad, pero con mucho riesgo tambien de que se frustrara esta reunion. De esta suerte fué como avanzaron á caballo sobre el Danubio, suspendidos, por decirlo así, entre dos planes, siempre con la esperanza de obrar antes que los franceses, y de libertarse contra su marcha de costado por el derrame de una parte de las fuerzas austriacas de la Bohemia á Baviera. El general Meyer, que, segun decían, habia sostenido el primer plan, salió enviado del E. M. del archiduque Carlos al del archiduque Juan para que emplease en Italia los talentos de que no se habia querido hacer uso en Alemania, y el general Grunn, que habia sostenido el segundo, se quedó solo al lado del archiduque Carlos, como su principal consejero.

En consecuencia de este nuevo sistema, el primer cuerpo que se habia formado en Saatz á las ordenes del teniente general Bellegarde, y el so-

gondo formado en Pilsen al mando del general de artillería Kollowrath, conservaron los mismos puntos de reunion, y recibieron orden de ir á pasar con cincuenta mil hombres por la extrema frontera de la Bohemia sobre Bayrenth hácia los primeros dias de abril. Los cuerpos de Hohenzollern, de Rosenberg y del archiduque Luis, que se habian formado en Praga, Piseck y Budweis, asi como el primer cuerpo de reserva del principe Juan de Liechtenstein que se habia formado en Iglan, y se componia de granaderos y coraceros, recibieron orden de pasar de Bohemia á Austria por el camino de Budweis á Linz, atravesar el Danubio por el puente que hay en esta última poblacion y trasladarse delante del Inn, frontera de la Baviera, á principios de abril. Allí debian reunirse con el cuerpo de tropas del teniente general Hiller, formado en Wels sobre el rio Traun, y con el segundo cuerpo de reserva del general Kienmayer, formado en Enns sobre el Enns. Estos cuerpos debian marchar juntos sobre Baviera, dando la derecha al Danubio, y tendiendo de este modo á encontrar de nuevo hácia Ratisbona la izquierda de Bellegarde y de Kollowrath. Se habia dado también la señal de las primeras hostilidades en Italia y en Polonia, lo mismo que en Baviera y en Bohemia para el principio de abril.

Sin embargo, no se podia, sin llevar el disimulo mucho mas allá de los limites permitidos, seguir hablando de paz, cuando se ponía á los ejércitos en marcha, y se les daba orden de atravesar las fronteras en unos quince dias. Esto hubiera sido imitar demasiado en tierra la conducta que los ingleses observaban por mar, apoderándose regularmente del comercio del enemigo sin ninguna

declaracion anterior. Por otra parte, no se estaba tan seguro de conseguir la victoria, que se atrevieran á quebrantar de este modo el derecho de gentes en la esperanza de infringir sus reglas impunemente. En su consecuencia, se mandó á Mr. de Metternich que hiciese al gabinete francés una declaracion prévia, que sirviera de transicion entre el lenguaje de la paz, y el hecho mismo de la guerra.

Efectivamente, el dia 2 de marzo se presentó en Paris Mr. de Metternich á Mr. de Champagny, ministro de Negocios Estrangeros, y le declaró en nombre de su corte, que la repentina llegada del emperador Napoleon á Paris, la invitacion que habia dirigido á los principes de la Confederacion para que reunieran sus contingentes, ciertos artículos de periódicos, y varios movimientos de tropas francesas, la decían á sacar á sus ejércitos del pie de paz en que hasta entonces se habian mantenido, pero que no adoptaba esta resolucion sino porque se veia forzada á ello con la conducta del gobierno francés, y que por lo demas, tomaba estas precauciones indispensables, sin apartarse todavía de sus pacíficas intenciones.

Mr. de Champagny respondió á esta comunicacion con tibieza é incredulidad, diciendo que aquel pase del pie de paz al pie de guerra databa de seis meses; que hacia seis meses, en efecto, que se preparaba el Austria para próximas hostilidades; que el emperador Napoleon estaba convencido de ello, y por su parte, habia tomado sus medidas; que las alarmas que afectaban hoy sentir no podian ser sinceras, porque cuando los franceses ocupaban la Silesia con ejércitos formidables, no se ha-

bia creído amenazada el Austria, mientras que al presente, que habian pasado á España la mayor parte de las tropas francesas, se fingía vivamente inquieta; que aquel lenguaje no podia ser de buena fé; que era evidente que habia prevalecido en Viena la política inglesa; que se creían allí dispuestos, y obraban porque suponían habia llegado el momento favorable, pero que no se sorprendería á la Francia, y á nadie se imputarían, sino á ellos, las consecuencias de la guerra, si estas consecuencias eran desastrosas.

Mr. de Metternich, obligado con esto á explicarse mas, se quejó entonces, no solo del silencio que con él habia guardado el emperador Napoleon, sino de que se hubiese dejado al Austria ignorar las negociaciones de Erfurt, y al parecer, atribuyó únicamente á falta de esplicaciones amistosas la mala inteligencia que amenazaba con venir á parar á la guerra. Mr. de Champagny replicó con altivez, que el emperador no hablaba con un embajador á quien la corte de Austria engañaba, ó que engañaba á la corte de Francia, porque nada de lo que habia prometido se habia cumplido, ni la suspensión de los preparativos militares, ni el reconocimiento del rey José, ni el volver á entrar en disposiciones pacíficas; que eran, pues, inútiles las esplicaciones con el representante de una corte, con cuyas palabras no se podía ya contar; que no se trataba con tanta frialdad á Mr. de Metternich personalmente, sino al representante de un gobierno infiel á todas sus promesas; que el Austria habia salvado á los ingleses pasando el Ynn en 1805, cuando Napoleon se aprestaba á pasar el estrecho de Calais; que acababa de salvarlos otra vez, impi-

dicando á Napoleon que los persiguiera en persona hasta la Coruña; que de este modo habia impedido en dos ocasiones el triunfo de Francia sobre su rival, y el establecimiento de una paz sólida, necesaria al universo; que pagaría la pena, y que no hallaría á Napoleon ni menos pronto ni menos preparado, ni menos terrible que en otro tiempo.

Despues de algunas otras quejas de igual indole, separáronse los dos ministros sin dar ningun paso que permitiera esperar no se turbaria la paz, deplorando al parecer la guerra Mr. de Metternich, porque su imaginacion le hacia ver en ella consecuencias funestas, y su situacion en Paris le hacia sentir tener que dejar aquella capital, y no temiendo al parecer Mr. de Champagny una nueva lucha, sino mostrando ademas la irritacion de un súbdito fiel que nunca encontraba sinrazon en su soberano (1).

Aunque inclinado Napoleon á creer en la paz por el deseo que tenia de conservarla, de hoy mas no pudo continuar en su creencia despues de la comunicacion que acababa de hacer Mr. de Metternich al ministro de relaciones exteriores. Asi, pues, se apoderó de él ese ardor extraordinario que sentia cuando se agravaban los sucesos, y en los dias 3 y 4 de marzo dió sus órdenes con sin igual actividad. El deseo y la esperanza de la paz no habian obrado en él como en las almas débiles, induciéndole á paralizar ó descuidar sus preparativos: al

(1) Trazamos esta conferencia con arreglo á documentos positivos, pues al momento la copió y comunicó al emperador Mr. de Champagny en forma de preguntas y respuestas. Existe en los archivos de Negocios extranjeros.

contrario, se habia portado como los hombres de corazon fuerte, que sin dejar de entregarse al placer de esperar lo que les agrada, se conducen tomando por mira lo que les disgusta. Como se hallaba en la persuacion al principio que el Austria no podria operar antes de fines de abril ó á principios de mayo, habia designado como punto de reunion Augsburgo para el general Oudinot, Metz para las divisiones Carra Saint-Cyr y Legrand, Strasburgo para las de Boudet y Molitor, y Wurzburg para el mariscal Davout. Habia escogido estos puntos porque en sus profundas combinaciones convenian mejor para la reunion de todos los elementos que debian concurrir á lo que acababa de crear nuevamente; pero al instante escogió otros mas inmediatos al enemigo, y aceleró todos los envios de gente y de material hacia estos nuevos puntos. Ulm se designó para que allí se reuniesen las cuatro divisiones de Boudet, Molitor, Carra Saint-Cyr y Legrand. Las dos primeras, que se hallaban ya en camino de Leon á Strasburgo, recibieron orden de ladearse hacia Befort, y trasladarse via recta á Ulm, atravesando la Selva Negra por el camino mas corto, y las divisiones de Carra Saint-Cyr y Legrand recibieron orden de no detenerse en Metz y de marchar por Strasburgo á Ulm sin pérdida de momento. Los refuerzos y los envios de material se dirigieron inmediatamente sobre la linea que aquellas divisiones debian seguir á fin de incorporarse en el camino y completar las de marcha y todo: afortunadamente estas tropas eran bastante veteranas para que fuese á resentirse su organizacion de semejante precipitacion. No tenia tan buenas condiciones el cuerpo de Oudinot, que se hallaba ya

en marcha sobre Augsburgo. De una reunion accidental de granaderos y cazadores, habia tenido que pasar á formar cuatro batallones. El emperador hizo salir con diez dias de antelacion á los granaderos y cazadores provenientes de la guardia para proporcionar las dos compañías de preferencia de estos cuartos batallones, y los fusileros sacados de los depósitos para habilitar con ellos las cuatro compañías del centro; pero á lo mas podia esperarse que al abrirse las hostilidades tendria este cuerpo sus batallones con cuatro compañías en vez de seis, que fuese de dos divisiones en vez de tres, y de veinte mil hombres en vez de treinta mil. Ademas debia formarse casi á presencia del enemigo; pero el espíritu militar de la época, la experiencia de los oficiales, de los soldados, de los generales, el ardor que animaba y sostenia á todos, debia suplir lo que faltaba.

Con respecto al cuerpo de tropas del mariscal Davout, llamado tambien ejército del Rhin, Napoleon no mudó el punto de reunion. Lo que hizo fué dirigir allí con toda premura los refuerzos destinados á completar los tres primeros batallones de guerra, y los destacamentos que debian ser el primer elemento de la composicion de los cuartos batallones. Cada una de las divisiones de caballeria é infanteria que tuviese que pasar por Wurzburg debia hallar allí el material y la gente que le pertenecian; pero mandó al mariscal Davout, cuyo cuartel general estaba en Wurzburg, que dirigiese al instante sus divisiones al Alto Palatinado, de modo que tuviese pronto una en Bayrouth, otra en Bamberg, otra en Nuremberg, y otra en Ratisbona, á fin de hacer frente á las tropas austriacas de Bo-

hemia. Mostrábase tan diligente Napoleón, que para apresurar la marcha de los reclutas, recurrió á una medida irregular, y que bajo otra administración que la suya hubiera tenido graves inconvenientes y producido singular confusión. Abundaban ciertos depósitos en conscriptos instruidos y equipados, mientras que otros se hallaban faltos de ellos, y mandó que los conscriptos ya dispuestos marchasen á los regimientos que los necesitaban, pertenecieran ó no á estos regimientos, cuidándose únicamente, luego que hubiesen llegado al cuerpo, de cambiar los botones del uniforme, para que llevasen los números de los regimientos en que iban á embeberse. Empleó además la precaución Napoleón de no dar á conocer á los gefes de los depósitos el destino de los conscriptos que les pedía por temor de que, dejando ya de interesarse por ellos, no fueran á darles equipo de deshecho. Lo mismo dispuso con respecto á la caballería lijera, haciendo salir cuantos cazadores y húsares había ya formado, sin cuidarse más de enviarlos á los regimientos á que pertenecían; únicamente mandó que se procurara, al incorporarlos en las filas, uniformar hasta donde fuese posible los colores. Sin embargo, como no se podía mezclar húsares con cazadores, á causa de la gran diferencia de uniforme, además de que había húsares que no se podían emplear, compuso con ellos escuadrones de guías, destinados á servir en el E. M. de cada cuerpo de tropas, á fin de ahorcar á la caballería lijera el servicio de escoltas, que la condena á dividirse en muchos destacamentos y á diseminarse de un modo sensible.

Damos estos pormenores con la intención de

que se comprenda qué expedientes se veía reducido á adoptar Napoleón por haber enviado sus principales recursos á España. Terminadas todas estas operaciones en cuanto á la parte dispositiva, se ocupó en organizar los quintos batallones. Destinaba estos, como hemos dicho, además del natural papel que hacían en los depósitos, á formar reservas, sea para librar las costas de las tentativas de la Inglaterra, sea para que quedase disponible cierto número de cuartos batallones empleados actualmente en el campo de Boloña, sea, en fin, para acudir á las diferentes eventualidades de la guerra. Después que ya había pedido ochenta mil hombres sobre la conscripción de 1810, quiso sacar todavía treinta mil para elevar el número efectivo de plazas de los quintos batallones á mil doscientos hombres cuando menos, y además resolvió tomar de las conscripciones pasadas, á pesar de las reiteradas sacas que acababa de hacerseles, diez mil hombres robustos para su guardia. Ordenó que á los primeros quintos batallones que se formaran se les reuniera en medio brigadas provisionales, de dos, tres, ó cuatro batallones cada una, en Pontivy, Paris, Boloña, Gante, Metz, Maguncia, Strasburgo y Milan. En cuanto á los diez mil conscriptos tomados de las clases anteriores, quiso emplearlos en dar un nuevo desarrollo á la guardia imperial. Había añadido en 1807 á los regimientos de granaderos y cazadores que componían la antigua guardia dos regimientos de fusileros, que sirvieron muy bien; acababa de idear los tiradores, é ideó todavía los conscriptos, variando los nombres según las circunstancias. Se decidió, pues, á crear cuatro regimientos de tiradores y otros cuatro de conscriptos,

lo cual debía hacer subir á veinte mil hombres por lo menos la infantería de la guardia, y á veinte y cinco mil todo el cuerpo, inclusa su magnífica caballería y artillería, aumentada con cuarenta y ocho piezas. Bien pronto debían en él ser iguales en cuanto á espíritu militar los soldados bisoños y los veteranos, siendo además los primeros superiores en fuerza física, prenda natural de la juventud. Nada atestiguaba mejor el profundo conocimiento que Napoleón tenía de los ejércitos, y la inagotable fecundidad de su genio organizador. Además lo dispuso todo para hacer venir en posta la antigua guardia de Bayona á París y de París á Strasburgo.

Solo había dirigido un aviso á los príncipes de la Confederación del Rin; pero á partir del día 2 de marzo, les dió órdenes como jefe de dicha Confederación. Pidió á la Baviera cuarenta mil hombres, á fin de tener de ella treinta mil, que puso á las órdenes del anciano mariscal Lefebvre, quien sabía el alemán, y en las batallas continuaba siendo digno del gran ejército. El rey de Baviera hubiera deseado que su hijo (1) mandase las tropas bávaras, pero Napoleón no quiso. «Es preciso, le dijo, que vuestro ejército se bata seriamente en campaña, porque se trata de conservar y aun de estender el territorio que ha recibido Baviera. Vuestro hijo podrá mandar cuando haya hecho con nosotros seis ó siete campañas. Entre tan-

(1) El que hemos visto de rey en unos tres días y arrastrado por los acontecimientos abdicó la corona para consagrarse al culto de las artes, á las cuales ha prestado en su país grandes servicios.

to que venga á mi E. M.; se le acogerá en él con todos los miramientos debidos, y aprenderá nuestro oficio.»—Por vía de transacción concedió Napoleón á aquel joven príncipe el mando de una de las divisiones bávaras. El emperador fijó Munich, Laudthut y Stranbing como puntos de reunión de aquellas tres divisiones, bastante detrás del Ynn para que no fuesen sorprendidas por los austriacos, y bastante delante del Lech y el Danubio para cubrir nuestros pelotones. Pidió al rey de Wurtemberg doce mil hombres, que debían reunirse en Neresheim y servir á las órdenes del general Vandamme, á cuya elección se resistía el rey de Wurtemberg, pero que Napoleón le impuso escribiendo estas mismas palabras: «Conozco los defectos del general Vandamme, pero es un verdadero militar, y en el dificultoso oficio de la guerra es preciso perdonar mucho á las grandes cualidades.» Napoleón reclamó del gran duque de Baden una división de ocho á diez mil hombres, é igual número de fuerzas del duque de Hesse-Darmsthat, las cuales debían reunirse á fines de marzo en Pforzheim y en Mergentheim. En cuanto á los príncipes de menor escala, los duques de Wurzburg, Nassau y Sajonia, les exigió una división compuesta de sus contingentes aglomerados, la cual debía reunirse en Wurzburg con el cuartel general del mariscal Davout. Al rey de Sajonia le pidió que pusiera veinte mil sajones delante de Dresde, y veinte y cinco mil polacos delante de Varsovia. Estos contingentes formaban un total de ciento diez á ciento quince mil hombres; en realidad de cien mil; ochenta mil de los cuales eran alemanes y veinte mil polacos. El mariscal Berna-

dote, que habia salido de las ciudades anseáticas con la division Dupas, estaba encargado de tomar el mando de los sajones y de incorporarse en seguida sobre el Danubio al grande ejército. Los polacos, protegidos por la proximidad de los rusos, habian para guarnecer á Varsovia. Como los sucesos de la guerra podian producir el abandono momentáneo de Dresde y de Munich, mandó decir Napoleon á los dos soberanos que reinaban en estas capitales, estuviesen dispuestos á dejar su residencia para dirigirse al centro de la Confederacion, ofreciéndoles, si gustaban hacer un corto viaje por Francia, poner á disposicion suya todas las habitaciones imperiales con su magnífica servidumbre. Ordenó además á su hermano Gerónimo que reuniera veinte mil hessenses, y á su hermano Luis veinte mil holandeses, doble fuerza con que contaba muy poco, porque el primero administraba sin economia su nuevo reino, y el segundo al contrario, administraba el suyo con toda la parsimonia holandesa.

Preparadas así estas fuerzas, hé aqui la organizacion que les dió Napoleón. Solo tenia á mano parte de sus mariscales, puesto que cuatro de ellos, Ney, Soult, Victor y Mortier, servian en España. Entre los de que podia disponer habia tres á quienes apreciaba mas que los otros, que eran los mariscales Davout, Lannes y Massena: entre ellos resolvió dividir la masa general del ejército francés, ensanchando su papel y su mando, y confiándoles cincuenta mil hombres á cada uno. Massena habia ya mandado mayores fuerzas, pero aun no habian tenido esta honra Davout y Lannes, dignísimos de ello por otra parte. El mariscal Davout

debía conservar del ejército del Rhin sus tres antiguas divisiones, Morand, Friant, Gudin y los coraceros de San Sulpicio, una division de caballería ligera, y una cuarta division de infantería á las órdenes del general Demont, compuesta de los cuartos batallones de aquel cuerpo; en todo cincuenta mil soldados aguerridos, los primeros, sin comparación alguna, que poseia Francia en aquella época. Este cuerpo, situado entre Bayreuth, Amberg y Ratisbona, tenia esta última ciudad por punto de reunion. La division Saint-Hilaire, segregada del ejército del Rhin, con una porcion de caballería ligera y los coraceros del general España, unida á las tres divisiones de Oudinot, debía componer otro cuerpo de cincuenta mil hombres al mando del ilustre mariscal Lannes, y reconcentrarse en Augsburgo. Napoleón añadió á ella una brigada de mil quinientos á dos mil portugueses, escogidos en lo mejor que habia entre las tropas de aquella nacion acantonadas en Francia, fastidiadas de no hacer nada, y mejor colocadas en el ejército que en el interior. Le añadió tambien los cazadores corsos y los del Pó, tropa valiente y experimentada. Las cuatro divisiones Carra Saint-Cyr, Legrand, Boudet y Molitor, con una bonita division de caballería ligera, con los hessenses y los badenses, debian componer otro cuerpo de la misma fuerza, y reunirse en Ulm bajo el mando del héroe Massena. Los coraceros y los carabineros, á las órdenes del general Nansouty, una numerosa division de caballería ligera, y los dragones, organizados, como hemos dicho en otra parte, debian componer bajo el mando del mariscal Bessieres, en ausencia de Murat, una reserva de catorce á quince mil caballos. La guardia,

compuesta de unos veinte mil hombres, debía hacer subir á ciento noventa mil franceses, comprendiendo los parques, aquella masa principal reconcentrada entre Ulm, Augsburgo y Ratisbona. Los bárbaros, á las órdenes del mariscal Lefebvre, formaban mas adelante un excelente cuerpo auxiliar de unos treinta mil hombres. El mariscal Augereau formaba otro detrás con los courtembergenses, los badenses y los hessenses. En fin, mas detrás, el príncipe Bernadotte, como se ha visto, debía mandar los sajones. Eran, por consiguiente, cinco cuerpos franceses, dos de ellos de reserva, teniendo un cuerpo auxiliar delante y dos detrás, el todo mezclado de soldados bisonos y veteranos, animados del ardor de Napoleon, no dejando nada que desear bajo el aspecto del valor, dejando mucho que desear bajo el aspecto de la esperiencia y la edad, pero, tales cuales eran, perfectamente á propósito para mantener la gloria de la Francia en su actual altura. El príncipe Berthier fué nombrado mayor general, y Mr. Daru intendente de aquel ejército, del cual se constituyó Napoleon comandante en jefe, dándole el título de ejército de Alemania, y no ya el de grande ejército, porque éste se hallaba desgraciadamente, no en Alemania ni en Italia, sino en España.

Era el proyecto de Napoleon marchar en derecha de Ratisbona sobre Viena por la carretera del Danubio, y confiar á este río el material, los enfermos, los estropeados, la parte pesada, en fin, de su ejército, lo cual suponía que desde el principio iba á descargar un golpe terrible á los austriacos. Con esta mira habia mandado comprar en todos los rios de Baviera machos barcos, para irlos

haciendo bajar al Danubio, á medida que fuese atravesando las confluencias de aquel gran río. Con esta mira tambien habia sacado de Boloña mil doscientos marineros de los mejores de la flotilla, para agregarlos á la guardia.

En Ratisbona era, pues, donde tenia intencion de reconcentrar sus fuerzas, descuidando el Tirol y dejando á los austriacos que se metieran allí segun tuvieran por conveniente, seguro de envolverlos y cogerlos entre su ejército de Alemania y el de Italia, sino se apresuraban á retrogradar. No obstante, mandó hacer obras en Augsburgo, ahondar y llenar de agua los fosos, empalzar el recinto, y construir puentes sobre el río Lech, á fin de cubrir su flanco derecho por medio de un puesto fortificado, mientras que marchase izquierda adelante. Esta fué la única precaucion proyectada por la parte del Tirol, y bastaba perfectamente.

Adoptábase el punto de partida de Ratisbona en la suposicion de que los austriacos no tomasen la ofensiva antes de fines de abril, pues si sucedia de otro modo, y operaban mas pronto, Napoleon habia fijado la vista en un punto de partida menos avanzado en Baviera, y en vez de llevar de Augsburgo á Ratisbona las tropas que se hubiesen formado en este primer punto, para juntarlas con las que hubiesen llegado de Wurzburg á las órdenes del mariscal Davout, se proponia escoger un punto intermedio, tal como Donauwerth ó Ingolstadt, para hacer bajar allí el peloton de Augsburgo y subir el de Ratisbona. Asi es que quiso tener almacenes de viveres y municiones, no solo en Augsburgo, sino en Donauwerth y en Ingolstadt, que podian ser eventualmente el sitio de la reconcentracion

general, y punto de partida de a marcha sobre Viena. De esta suerte, Ratisbona, en caso de que se retardaran las hostilidades, y Donauwerth ó Ingolstadt, en caso de que estas empezasen inmediatamente, iban a ser sus primeros cuarteles generales. El mayor general Berthier, enviado de antemano, partió con estas instrucciones, y Mr. Daru las recibió iguales por lo que respecta á los movimientos del material. Estableciéronse servicios de estafeta entre Augsburgo y Strasburgo de una parte, y entre Wurzburg y Maguncia de la otra, para reunir las líneas telegráficas de la frontera, y mandar todos los días á París noticias del teatro de la guerra. Dispúsose además que hubiese paradas de posta para que Napoleón pudiera atravesar rápidamente la distancia que media del Sena al Danubio. Así preparado, esperó los movimientos de los austriacos, queriendo quedarse en París el mayor tiempo posible, á fin de animar con su voluntad el gobierno de la guerra, antes de ir á animar con su presencia el ejército destinado á combatir bajo su mando.

A estas disposiciones hay que añadir algunas otras relativas á la Italia, la España y la marina. Napoleón reiteró á Murat la orden de encaminar una brigada sobre Roma, para que quedara disponible la division Miollis. Trazó al príncipe Eugenio la dirección, según la cual debía atacar á los austriacos, mandándole tapar con algunas tropas ligeras el camino de la Carniola por Laybach, y dirigir las cinco divisiones francesas Seras, Broussier, Gremier, Lamarque y Barbou, de Udina á la Pouteba, para ir á parar por Tarvis sobre Klagenfurth, á la Carintia, camino directo de la Lombardia á

Viena. Hizo salir de Tolon algunos buques para el Adriático, con instrucción de guardar los mejores aparejados, y desarmar los demás, á fin de proporcionarse en Venecia de mil doscientos á mil quinientos marineros franceses, que serian muy útiles en la defensa de la plaza. Previno á su hermana Elisa, gobernadora de la Toscana, vigilase la tranquilidad de aquella comarca, porque ya traía agitada á la Italia el descontento, esparciéndose de los países enemigos á los territorios amigos. Napoleón envió allí una columna de gendarmes franceses, para organizar una gendarmería italiana, y mandó poner en estado de defensa los castillos de Florencia, Siena y Liorna, á fin de tener lugares de refugio contra nuevas visperas sicilianas: hasta tal punto conocia él mismo en su prevision los peligros de su imprudente conducta política.

En cuanto á España, mandó á José que continuase los preparativos de la expedición de Portugal que debía ejecutar el mariscal Soult con cuatro divisiones, y que no encaminara al mariscal Victor sobre la Andalucía sino cuando el mariscal Soult hubiese pasado de Oporto. Recomendó cuidara bien las divisiones Valence, Leval, Dessoles y Sebastiani, que habian quedado en Madrid como recurso principal de la monarquía española, y sobre todo, que procurase el mariscal Ney con sus dos divisiones contuviera vigorosamente el Norte de la Península. Confió al general Suchet el antiguo cuerpo de Moncey, que acababa de terminar el sitio de Zaragoza, mandándole se preparase á marchar sobre Valencia, luego que el general Saint-Cyr hubiera concluido sus operaciones en Cataluña. Se trajo el quinto cuerpo mandado por el mariscal Mortier,

de Zaragoza hácia Burgos, para que pudiese en caso de necesidad, ó darse la mano con el mariscal Ney contra el Norte [de España si esta region tomaba un aspecto alarmante, ó pasar á Francia si exigia nuevos recursos la guerra de Alemania.

Ocupándose, en fin, de hacer que concurriera la marina á sus operaciones, mandó Napoleon al almirante Wullaumez que saliese de Brest con dos navios de ciento veinte cañones, y seis de setenta y cuatro; que se trasladase delante de Lorient y Rochefort, donde se hallaban cada uno con una division los contra almirantes Troude y Lhermitte; que los condujese hasta las Antillas, á donde estos debian llevar víveres, municiones y reclutas, recibiendo en cambio géneros coloniales; que volviera enseguida á Europa, y se reuniera con el almirante Ganteaume en Tolón para tomar parte allí en varias expediciones al Mediterráneo. Mientras que el almirante Wullaumez iba á ejecutar esta correría, el almirante Ganteaume debia salir de Tolón con su escuadra y llevar á Barcelona gran provision de pólvora, proyectiles y granos. En el Escalda recibió orden el contra-almirante Allemand de hacer salir la escuadra de Flessingue y tenerla en la rada, dispuesta siempre á hacerse á la vela, lo cual no dejaría de deslumbrar á los ingleses, y de ocupar una parte notable de sus fuerzas. Napoleon previno además á la administracion de la marina que reuniese cierto número de lanchas cañoneras en las bocas del Escalda y la Charente, para guardar allí todos los pasos, y vigilar las tentativas de destruccion que los ingleses iban á ensayar probablemente contra las escuadras ancladas en aquellos parages.

Al ministro Decrès le encargó que partiese para las costas el día mismo que él saliese para Alemania, á fin de presidir la puntual ejecucion de estas diversas instrucciones.

De repente, mientras que Napoleon tomaba asi sus últimas disposiciones, se supo que los austriacos habian llevado el atrevimiento hasta apoderarse en Braunau de un correo francés que llevaba pliegos de la legacion de Viena á la de Munich: era un antiguo oficial francés establecido en Viena, y que abandonando aquella capital en el momento de la guerra, se habia encargado de varios pliegos para los ministros de su nacion. El haberle arrebatado, á pesar de sus protestas y del sello de las dos embajadas que debieran haber respetado, los pliegos que conducia, le pareció á Napoleon que equivalia á un rompimiento, y se enfureció en estremo, mandando dirigir violentas interpelaciones á Mr. de Metternich, y á título de represalias, detener inmediatamente los correos austriacos en todos los caminos. Ejecutadas sus órdenes con rigor y sin tardanza, le proporcionaron en el camino de Strasburgo la captura de despachos muy importantes, los cuales leyó con suma atencion, deduciendo de su lectura que las hostilidades principiarían á mediados de abril. El haber pedido sus pasaportes Mr. de Metternich, acabó de revelarle lo inminente del peligro, y entonces mandó al mayor general Berthier que se trasladase á Donauwerth, ya para reunir el ejército en Ratisbona, si habia tiempo, ya para replugarlo detrás del Lech hácia Donauwerth, si no lo habia, sin perjuicio de ocupar á Ratisbona con una division del mariscal Dassout. Por lo demas, fija siempre la vista en el telégrafo,

Napoleon se mantuvo dispuesto á partir á la primera señal.

Las hostilidades cuyo comienzo designaba para el 13 ó 20 de abril, empezaron algo mas pronto que lo que habia creído. Efectivamente estaba dada la orden en Italia, en Baviera y en Bohemia, para abrir la campaña del 9 al 10 de abril. El teniente general de Bellegarde, que mandaba los cincuenta mil hombres destinados á desembarcar por la Bohemia, pasó la frontera del Alto Palatinado por dos puntos, Tirschenreitr y Wernberg. Los cuatro cuerpos de tropas de los tenientes generales Hohenzollern, Rosenberg, archiduque Luis é Hiller, y los dos cuerpos de reserva al mando de Juan de Licchtenstein y Kienmayer, que formaban con la artillería una masa de cerca de ciento cuarenta mil hombres, se hallaban, el 1.º de abril, á lo largo de Traunn, y el 9 á lo largo del Inn, frontera franco-bávara, cuya violacion iba á decidir la guerra y á producir una de las campañas mas cruentas del siglo. El 9 por la noche, el archiduque Carlos, que se habia puesto á la cabeza de sus tropas, y á quien seguía el emperador, que habia ido á Linz para estar mas próximo al teatro de la guerra, envió un ayudante de campo al rey de Baviera con una carta en que anunciaba tenia orden de marchar adelante, y de tratar como enemigas á todas las tropas que le resistiesen. Añadía que se complacía en creer no pondria obstáculos ninguna tropa alemana al ejército que iba á libertar la Alemania de sus opresores. Esta carta fué la única declaracion de guerra dirigida á la Francia y á sus aliados. Por toda respuesta dejó el rey de Baviera su capital á fin de trasladarse á Augsburgo, y las tropas

bávaras que estaban acampadas sobre el Isar en Munich y Landshut, recibieron orden de resistir. El mariscal Lefebvre habia ya tomado el mando de ellas para conducir las al enemigo.

El 10 de abril por la mañana se puso en movimiento todo el ejército austriaco para atravesar el río y principiar la guerra. No sabia exactamente donde estaban los franceses; pero se le habia informado que los habia en Ulm, en Augsburgo, sobre todo en Ratisbona, á donde se dirigia el mariscal Davout, y esperaba poder sorprenderlos en este estado de disposicion, llegar al Danubio antes que se reconcentrasen definitivamente, pasarlo entre Donauwerth y Ratisbona, unirse por la derecha con el cuerpo de Bellegarde é invadir victoriosamente el Alto Palatinado, la Suavia y el Wurtemberg. El cuerpo de Hiller, el del archiduque Luis, y el segundo de reserva, que formaban cincuenta y ocho mil hombres en masa, y á cuya cabeza se hallaba el príncipe generalísimo, atravesaron el Inn en Braunau mismo, el 10 de abril por la mañana. El cuerpo de Hohenzollern, compuesto de veinte y siete á veinte y ocho mil hombres, lo pasó en el mismo instante mas abajo de Muhlheim. En fin, el cuarto cuerpo con el primero de reserva, presentando unos cuarenta mil hombres en masa efectuó el paso en Scharding, bastante cerca del punto donde el Inn desagua en el Danubio. En la estrema izquierda, la division Jellachich, de unos diez mil hombres, despues de pasar el Salza, se dirigió sobre Wasserburgo para atravesar allí el Inn y marchar sobre Munich. A la estrema derecha, la brigada Veersay, que contaba cinco mil hombres y se componia de tropas ligeras, debían

costear á lo largo del Danubio para avisar lo que hubiera al ejército sobre su derecha y ocupar Passau, plaza importante situada en el punto en que confunden sus aguas el Inn y el Danubio. Conociendo la importancia de este punto, no habia cesado Napoleón de encargar con ahinco á los bávaros pusieran la plaza de Passau en estado de defensa, y hasta habia enviado oficiales franceses con los fondos necesarios para costear las obras; pero nada se habia hecho á tiempo, y el comandante bávaro no tuvo otro remedio que rendirse á los austriacos. Sensible era haberles entregado por descuido un punto de apoyo, del que podian sacar mas tarde un partido ventajosísimo.

Atravesado el Inn, marcharon los austriacos en tres columnas para acercarse al Isar, donde debian encontrarse con las tropas bávaras y disparar los primeros tiros. Aunque se habian dedicado á hacer mas ágil su ejército, avanzaron lentamente por costumbre al principio, por el mal tiempo en seguida, y en fin, embarazados con sus almacenes. Pensando en hacer la guerra de invasion y no sabiendo vivir por todas partes como los franceses, habian ideado sustituir á sus inmensos depósitos de géneros de boca, almacenes ambulantes, que debian seguirles en sus movimientos. De esta suerte esperaban poder imitar mas fácilmente las concentraciones súbitas y decisivas por lo regular de Napoleón. A estos almacenes se juntaban un bonito tren de puentes y un inmenso material de artillería. Permanecieron, pues, hundidos en el barro por espacio de algunos dias entre el Inn y el Isar, y hasta el 15 no llegaron delante de este último rio. Hasta entonces no habian visto sino pa-

trullas de caballería bávara, á las que fingieron no atacar para prolongar una ilusión que les agradaba, y que les persuadia no encontrarían hostilidad por parte de los alemanes. El archiduque se prestó á pasar el Isar delante de Landshut al dia siguiente 16, y esta vez no podia ya hacerse ilusiones ni causarlas á nadie, porque los bávaros cubrian las márgenes del rio, con todas las apariencias de hombres resueltos á defenderse.

Cambió un poco la disposicion de sus columnas para aquella operacion importante, que era la primera de la guerra, y que por este motivo era preciso hacer pronta y decisiva. Separó de su izquierda el cuerpo de Hiller, hácia Moosburgo, á fin de preservar la operacion que iba á hacerse delante de Landshut de toda oposicion por parte de Munich. Aproximó al cuerpo del archiduque Luis, que se quedaba solo por la separacion del de Hiller, el de Hohenzollern, y les mandó á los dos que forzaran el paso del Isar delante de Landshut mismo. Situó en columna, detrás, los dos cuerpos de reserva. Ordenó el cuerpo del príncipe de Rosenberg, que tenia la derecha, pasar el Isar hácia Dingolfing, punto en que no habia que temer ninguna resistencia, y enviar sus tropas ligeras á Ebelsbach para quitar al enemigo el valor de mantenerse firme en Landshut al ver que habian pasado el Isar por mas abajo. En fin, la brigada Vecsay lanzada ya á lo largo del Danubio, debia llevar sus correrías hasta Straubing, muy cerca por consiguiente de Ratisbona, á fin de adquirir noticias de los franceses.

El 16 por la mañana, el archiduque Carlos, dirigiendo él mismo el cuerpo del archiduque Luis,

cuya vanguardia mandaba el general Radetzki, avanzó sobre Landshut para pasar allí el Isar. Viendo por el camino de Brannau, como sucedía á los austriacos, se baja por unas colinas cubiertas de bosques, que hay en las orillas del Isar, cuyo río atraviesa la linda poblacion de Landshut, y se esparce en seguida por verdes praderas. La mitad de la poblacion está situada sobre la vertiente de las colinas, y la otra mitad sobre la orilla del río, que atravesandola se divide en dos brazos. La division bávara Dervy ocupaba á Landshut, y tenía encargo de disputar el paso. Después de evacuar la poblacion alta, y toda la parte que está en la margen derecha del río, habia cortado el puente del ancho brazo, llenado de numerosos tiradores el barrio de Seligenthal, y formándose en batalla al otro lado de las praderas, sobre las alturas cubiertas de bosque de Altdorf, que hacen frente á las por donde se va á parar á Landshut. El general Radetzki, que se dirigió desde la poblacion alta sobre la orilla del ancho brazo, y delante del puente cortado, fué recibido con un fuego muy vivo de tiradores, al que contestó con el de los tiradores del regimiento de los Gradiscanes. Por su parte, el archiduque, aprovechándose de las alturas para hacer jugar su formidable artillería, destruyó el barrio de Seligenthal, situado en la otra orilla del Isar, redujo á ruinas aquella parte de la poblacion de Landshut, y la dejó de modo, que los bávaros emboscados en ella no podian sostenerse allí. En seguida mandó restablecer el puente, cuya parte de delante estaba aun en pie sobre sus pilares y lo pasó sin hallar resistencia en el barrio evacuado. A eso de mediodía el cuerpo del archiduque Luis

desembocó con una numerosa caballería, seguido á poca distancia del cuerpo de Hohenzollern, y fué á desplegarse delante de la division bávara Dervy, que estaba formada en batalla, frente por frente de las alturas de Altdorf. Un vivo cañoneo se trabó entre los austriacos y los bávaros, pero estos al recibir la noticia que aquellos habian pasado el Isar, mas arriba de Moosburgo, y por debajo de Dingolfing, se retiraron en buen orden por medio de los bosques, dirigiéndose por la calzada de Landshut á Neustadt sobre el Danubio. Habian perdido entre unos y otros un centenar de hombres. Los bávaros, aunque luchaban entre dos sentimientos contrarios, el disgusto de batirse por franceses contra alemanes, y la envidia con que de antiguo miraban á los austriacos que querian quitarles el Tirol, se condujeron muy bien, no obstante. Replegaron sobre el Danubio en la selva de Dürnbach, á donde ya se habian retirado la division del príncipe real viniendo de Munich, y la del general de Wrede viniendo de Straubig. Allí estaban cerca de los franceses, aguardándolos con viva impaciencia.

El archiduque Carlos habia atravesado el Isar en Landshut con dos cuerpos, los de los archiducos Luis, y el príncipe de Hohenzollern. Seguió inmediatamente sus dos cuerpos de reserva; Juan de Lichtenstein y Kienmayer. Habia ademas ocupado á su izquierda á Moosburgo con el cuerpo del general Hiller, y á su derecha á Dingolfing con el cuerpo de Rosenberg. Se hallaba, pues, á la otra parte del Isar con los seis cuerpos de ejército destinados á operar en Baviera, y con ciento cuarenta mil hombres en masa, No tenía mas que dar al-

gunos pasos para encontrarse con los franceses, porque del Isar al Danubio solo hay una docena de leguas, y por allí no llevaba mucha agua, mas para atravesar estas doce leguas habia que pasar riachuelos, tales como el Abens á la izquierda, y á la derecha el grueso y el pequeño Laber, ribazos, bosques, pantanos, un país en fin, intrincado, oscuro y dificultoso. Era preciso pensarlo mucho antes de penetrar en aquella region peligrosa, con el riesgo de tropezar á cada instante con el ejército francés, siempre muy temible, aunque no se hallaba aun á su cabeza Napoleon. A la izquierda tenia el archiduque Carlos, Augsburgo y Ulm, y á la derecha Ratisbona, reduciendose todo lo que sabia á que habia franceses en Augsburgo y Ulm, sin poder decir cuales y cuantos, y otros en Ratisbona, estos mas conocidos, porque era el cuerpo del mariscal Davout, cuya llegada en aquella direccion se habia anunciado hacia ya mucho tiempo. El generalissimo austriaco formó el proyecto de avanzar por via recta por medio del país que se estiende del Isar y el Danubio, é ir á parar á este último rio hácia Neustadt y Kelheim, siguiendo la doble calzada que de Landshut conduce á estos dos puntos. Llegado y Neustadt y Kelheim, debia hallarse entre los dos pelotones de franceses conocidos, el de Augsburgo y el de Ratisbona: desde allí podian caer sobre este último punto, derrotar al mariscal Davout, tomar á Ratisbona, y darse la manó con el general Bellegarde. Disponiendo, como disponia entonces, de cerca de doscientos mil hombres, le era fácil marchar sobre el Rhin á través del Wurtemberg, barriendo delante de sí á los franceses, sorprendidos y derrotados antes de haber podido reu-

nirse; pero era preciso atravesar aquel país impenetrable antes que los franceses se reconcentraran, y de la llegada de Napoleon, y era ya algo tarde para realizar este proyecto ambicioso, muy de aprobar por lo demas, si se ejecutaba tan bien como se habia concebido.

Entrando en aquella region, el archiduque Carlos hallaba á su izquierda el Abens, corriendo directamente hácia el Danubio, y desaguando en él cerca de Neustadt, despues de atravesar Siegenburgo, Biburgo y Abensberg. A la derecha corrian, pasando por su frente, el pequeño y el grueso Laber, que debia atravesar hácia su origen, porque nacen en las cercanias para ir á desaguar en el Danubio. Debia avanzar así pues entre el Abens que costearia por la izquierda, y los dos Laber; que pasaria por su derecha, marchando por dos calzadas, la que va de Landshut á Neustadt, y la de Landshut á Kelheim. Si no quería llegar hasta Kelheim y Neustadt, podia trasladarse á Ratisbona por un camino mas corto, tomando á la derecha la calzada llamada de Eckmülh, la cual, despues de atravesar la pantanosa madre del Laber, mas abundante en Eckmülh mismo, sube por medio de unas gargantas cubiertas de bosques, y despues baja á la llanura de Ratisbona, en medio de la cual se ve el Danubio desplegar y cambiar de direccion, porque es sabido que despues de correr desde su nacimiento al N. O. se dirige constantemente al E. pasado Ratisbona. ®

El archiduque Carlos resolvió tomar el dia 17 las dos calzadas que de Landshut conducen á Neustadt y Kelheim. Para ello dió al general Hiller la comision de marchar de Moosburgo á Mainburgo

sobre el Abens, para resguardarse de los franceses que se sabía estaban en Augsburgo, mientras que la division Jellachich, situada mas á la izquierda, vendria de Munich á Freising para reunirse á ese mismo cuerpo de Hiller, á que pertenecia. Algo menos á la izquierda, debía avanzar el archiduque Luis por la calzada de Neustadt, atravesar Pfeffenhausen, y costear igualmente el Abens, á fin de vigilar á los bávaros, amontonados en la selva de Dürnbach. En el centro, y siguiendo la calzada de Landshut á Kelheim por Rottenburgo, el cuerpo de Hohenzollern, después que hubiera pasado los dos Laber, debía dirigirse sobre Kelheim seguido de los dos cuerpos de reserva, mientras que á la derecha el cuerpo de Rosenberg y la brigada Versay, intentarian, por el camino trasversal de Eckmülh, un reconocimiento hácia Ratisbona.

De este modo, con dos cuerpos á la izquierda, tres en el centro, uno en la derecha, y distantes entre sí veinte leguas, avanzó el archiduque Carlos del Isar al Danubio, por medio del terreno quebrado que acabamos de describir, y que está comprendido entre los puntos de Landshut, Neustadt, Kelheim, Ratisbona y Straanbing. Al teniente general Bellegarde, que habia desembarcado en el Alto Palatinado, le mandó empujase vivamente sobre Ratisbona la cola del mariscal Davout, á fin de preparar la union general de todas las fuerzas austriacas.

El archiduque marchó el 17 con paso mesurado y menos lentitud que de costumbre, pero sobrado lentamente todavía para las circunstancias. Se encaminó sobre Pfeffenhausen por una parte, y hácia Rottenburgo por la otra. El mal tiempo, los

almacenes ambulantes que esperaba, su gran tren de puentes, y el material de artillería arrastrados por caminos estropeados con las lluvias, esplicaban si no justificaban, semejante lentitud. Durante la travesía solo encontraron la caballería ligera bávara, con la cual anduvieron á sablazos, no teniendo ya que contemplarla desde que en Landshut se habían batido contra los alemanes de la Confederacion del Rhin.

El 18, el archiduque Carlos, mal informado siempre sobre su izquierda, habiendo sabido unicamente que por aquella parte habia bávaros detrás del Abens, y franceses hácia Augsburgo, pero mejor informado sobre su derecha, pues sabia que el mariscal Davout se acercaba á Ratisbona, adquirió la conviccion de que los franceses estaban divididos en dos masas, y se confirmó en el pensamiento de arrojarle desde luego sobre el mariscal Davout. Incierto todavía de si iria en derecha á Kelheim al borde del Danubio, para bajar en seguida á lo largo de este rio hácia Ratisbona, ó si iria al instante á Ratisbona, tomando el camino trasversal de Eckmülh, dió un paso mas, formando su izquierda á lo largo del Abens los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis, formando el centro alrededor de Rohr Hohenzollern y los dos cuerpos de reserva, formando Rosenberg la derecha hácia Langwaid, sobre el ancho Laber, y en fin, haciendo la brigada Versay al extremo de la línea reconocimientos sobre Ratisbona por Eckmülh y Egglofsheim. Acercábase el momento de los sucesos mas decisivos, porque por todas partes estaba rodeado el archiduque de franceses y bávaros en un terreno de una oscuridad casi impenetrable; donde podia en-

contrarse de pronto frente á frente del enemigo. Trescientos ó cuatrocientos mil hombres, austriacos, franceses, bávaros, wurtembergenses, badenses y hessenses, iban á embestirse en aquel espacio estrecho durante cinco dias consecutivos, con un encarnizamiento nunca visto, debiendo quedar la ventaja no solo por el mas valiente, pues unos y otros lo eran, sino por el que supiera mejor manejarse en medio de aquel caos de bosques, pantanos, colinas y valles.

Mientras que los austriacos, habiendo de este modo tomado la delantera á los franceses se disponia á sorprenderlos, afortunadamente estos con lo acostumbrados que estaban á la guerra, y lo firmes que se mostraban en el peligro, no eran hombres que se desconcertaran, aunque no estuviesen aun en posesion de todas sus ventajas. El campo de batalla á que llegaban por el lado opuesto, se les aparecía en sentido contrario, pero tan confuso igualmente. A nuestra derecha, y á la izquierda de los austriacos, el mariscal Massena reconcentrado sobre Ulm con las divisiones Boudet, Molitor, Carra Saint-Cyr y Legrand, marchaba sobre Augsburgo, para reunirse allí con el cuerpo de Oudinot. Massena, de orden del mayor general Berthier habia tomado el mando de todas aquellas tropas, que no pasaban de cincuenta y cinco á sesenta mil hombres, porque aun no habian llegado los refuerzos. A veinte y cinco leguas de allí hacia Ratisbona, y de consiguiente, á nuestra izquierda y á la derecha de los austriacos, desembocaba el mariscal Davout con el ejército del Rhin, compuesto de las divisiones Morand, Frian, Gudin y Saint-Hilaire, los coraceros de San Sulpicio y la caballe-

ria lijera de Montbrun, cuyas fuerzas ascendian á cerca de cincuenta mil soldados, los mejores del ejército. La caballeria pesada del general España y la del general Nansouty, le habian ya dejado, la primera para reunirse con el cuerpo de Oudinot, y la segunda para ir á formar la reserva de caballería. Se ve, pues, que aun no se habia efectuado la distribucion en tres cuerpos, porque la division Sain-Hilaire debia hallarse en aquel momento con el general Oudinot, para completar el cuerpo del mariscal Lannes, y Massena solo debia tener sus cuatro divisiones, con los hessenses y los badenses.

En fin, entre estas dos masas, pero mas cerca de Ratisbona que de Augsburgo, hacia Kelheim y Neustadt, se hallaban los bávaros protegidos por el Abens, y refugiados en la selva de Bümbach, en número de veinte y siete mil hombres: allí llegaban tambien por Ingolstadt los wurtembergenses en número de doce mil. Era, pues, una masa dispersa de ciento cuarenta á ciento cincuenta mil hombres, cien mil de ellos franceses, y cerca de cuarenta á cincuenta mil alemanes. Aun no habia llegado la guardia imperial; pero todos los caminos de la Suavia y de Wurtemberg presentaban largas columnas de hombres, caballos y material.

El mayor general Berthier habia permanecido mucho tiempo en Strasburgo para cuidar de la organizacion del ejército, no creyendo hubiese llegado el momento de hacerle entrar en accion; pero el 11 de abril supo en Strasburgo la marcha de los austriacos hacia el Rin, y al instante partió para las márgenes del Danubio, llegando el 13 por la mañana á Gmünd, y por la noche á Donauwerth.

Por el camino, en medio de las noticias contradictorias que recibia, dió órdenes contrarias muchas veces, dedicándose siempre á adaptar los sucesos al plan de Napoleon, que consistia, como hemos dicho, en reunir desde luego el ejército sobre Ratisbona si habia tiempo, ó sobre Donauwerth si empezaban las hostilidades mas pronto que lo que se habia supuesto. En Donauwerth supo el mayor general que el mariscal Davout ocupaba á Ratisbona, que el mariscal Massena y el general Oudinot se hallaban en Augsburgo, que los austriacos habian marchado con lentitud, y que de consiguiente era ejecutable el plan de Napoleon. Entonces colocando á las órdenes del mariscal Davout cuantas tropas habia alrededor de Ratisbona, y poniendo bajo el mando del mariscal Massena todas las que habia alrededor de Augsburgo, creyó que debia verificar la reconcentraci6n del ejército sobre Ratisbona, y dispuso que el general Oudinot se encaminase allí; pero como recibiese de pronto el día 14 un despacho de Paris, despacho muy ambiguo en que Napoleon, previendo el movimiento anticipado de los austriacos, le encargaba reuniese todo el ejército en Augsburgo, dejando no obstante al mariscal Davout sobre Ratisbona con parte de sus fuerzas, contramandó el movimiento prescrito al general Oudinot, y permaneció en presencia del enemigo hasta el 17, con el ejército dividido en dos masas, una en Ratisbona y otra en Augsburgo, teniendo los bávaros en medio. En el intervalo se ocupó de poner los cuerpos en órden, pero no se atrevió á tomar un partido hasta la llegada del emperador (1).

(1) Ciertos historiadores han tratado muy mal al ma-

Afortunadamente Napoleon supo á tiempo lo que pasaba, gracias á los medios de comunicaci6n que habia preparado de antemano. Efectivamente, el 12 por la noche, al saber el paso del Inn, se metió en un carruaje, permaneció el 15 unas cuantas horas en Strasburgo, el 16 hizo lo mismo

por general Berthier por las órdenes que dió durante aquellos días; pero yo he leído estas órdenes con mucho cuidado, las he comparado con las de Napoleon día por día y hora por hora, y no he encontrado justicia en la crítica hecha del mayor general. Habiendo salido de Paris enterado en confianza del plan de Napoleon, que consistia en reconcentrarse sobre Ratisbona, quiso proceder á ello mandando el 13 al general Oudinot marchase sobre aquella ciudad; pero al recibir en el camino un despacho telegráfico de Napoleon, quien le ordenaba replegar todas las tropas sobre el río de Lech y sobre Augsburgo en caso de hostilidades prematuras, y dejar en todos los casos al mariscal Davout en Ratisbona, permaneció en aquella posición hasta que llegara el emperador. Esto prueba solo una cosa, lo difícil que es dirigir desde lejos las operaciones militares, porque de cerca, Napoleon hubiera ordenado á Berthier lo que él mismo ordenó al llegar á los parages donde se operaba. ¿Empero, podia tomar sobre sí Berthier el dar una órden tan otrevida como la de reconcentrar el ejército por medio de un doble movimiento de costado ejecutado á presencia del enemigo? Nadie podrá imaginarlo. Napoleon mismo, de simple jefe de E. M. en vez de ser comandante en jefe, probablemente no se hubiera atrevido á hacerlo. Lo único que se puede decir aquí del uno y del otro, es que Berthier tenia órdenes de que no se atrevió á apartarse, y que Napoleon estaba demasiado lejos para modificarlas con arreglo á los hechos que habian sobrevenido. Nos sorprendieron los acontecimientos, de lo cual tenia la culpa la política, mucho mas que la direcci6n dada á las operaciones militares.

en Stuttgard, vió y tranquilizó, de paso, á los reyes alemanes, sus aliados, y llegó el 17 por la mañana á Donauwerth, bastante á tiempo para repararlo todo.

Aunque no le era menos difícil que al archiduque Carlos penetrar la verdad, en medio de muchos informes contradictorios, y en un país tan cubierto como el en que se operaba, supo por los bávaros el paso de los austriacos en Landshut, y adivinó con su acostumbrada perspicacia que el principal ejército austriaco iba á dar sobre el Danubio, con la esperanza de pasar entre los franceses reunidos en Augsburgo y los que lo estaban en Ratisbona. Algunos instantes le bastaron para desenmarañar esta verdad, y en seguida tomó su determinación con increíble prontitud.

Dos planes se le ofrecían en aquel momento. Si hubiera podido saberlo todo exactamente, lo cual nunca sucede en la guerra, si hubiera podido adivinar, por ejemplo, que el archiduque iba á dirigirse sobre Ratisbona con varios cuerpos mal ligados entre sí, no tenía mas que dejarle marchar sobre dicha ciudad, donde el mariscal Davout le hubiera detenido con cincuenta mil soldados durante todo el tiempo necesario, y luego, con las fuerzas en masa reunidas alrededor de Augsburgo, con Oudinot, Molitor, Boudet, los bávaros y los wurtembergenses, es decir, con noventa mil combatientes, arrojarle sobre la retaguardia del general austriaco; cogerle entre dos fuegos, y apoderarse hasta del último de sus soldados. Hubiera habido no obstante que correr muchos riesgos, porque Napoleón habría dejado al archiduque la ventaja de la posición concéntrica, lo cual era con-

trario á los verdaderos principios de la guerra, que él había profesado mas que ningun capitán, y que han ilustrado inmortales ejemplos. Efectivamente, el archiduque, colocado entre las dos masas del ejército francés hubiera podido batirlas una tras otra, y hacer sufrir á ambas lo que Napoleón había hecho sufrir tantas veces á enemigos tan diversos. Por otra parte, para semejante plan, hubiera sido menester saber mas que lo que sabia Napoleón acerca de la situación de las cosas, del estado moral y material de los dos ejércitos austriaco y francés, de lo que podia temerse del uno y esperar del otro, en fin, acerca de la marcha del enemigo, por que cuanto mas atrevido se quiere ser, tanto mas es preciso conocer con quien y en qué va uno á meterse. Así, después de pensar un momento en este plan (1), prefirió el segundo como mas seguro, que era aprovechar el tiempo que le quedaba para reconcentrar el ejército, trayendo el mariscal Davout de Ratisbona hácia Neustadt, y de Augsburgo hácia el mismo punto el mariscal Massena. Entonces con ciento cuarenta á ciento cincuenta mil hombres á la mano, estaba seguro Napoleón de destruirlo todo, cualesquiera que fuesen los riesgos, porque jamás los hay muy terribles para un ejército bien reconcentrado, que puede presentarse enteramente en masa por cualquier parte que se le embista. Prefirió pues, en la ignorancia en que se hallaba

(1) Este hecho se descubre por una conversacion habida con el duque de Roxigo, quien la refiere sin poder juzgar su alcance, no sabiendo, como no sabia, ni los sucesos que estaban pasando ni las órdenes que Napoleón habia dado.

de todo, aplicar verdaderos principios á las eventualidades mas brillantes que se le ofrecian; pero aquella súbita reconcentraci6n debia verificarse por medio de una doble marcha de los mariscales Davout y Massena; en frente del enemigo, y esto presentaba tambien graves riesgos. A vencerlos aplicó Napoleon todo su genio, ejecutando una de las operaciones mas bonitas de su larga y prodigiosa carrera.

Llegado el 17 á Donauwerth, sin guardia, sin servidumbre militar, sin caballos, sin estado mayor, dió inmediatamente sus órdenes, dedicando para que las trasmitiesen á los primeros oficiales recién venidos que halló á mano, porque el mayor general Berthier estaba en aquel momento en Augsburgo.

Mandó lo primero al mariscal Massena que dejase á Augsburgo al día siguiente 18 por la mañana, para bajar por el camino de Pfaffenhofen sobre el Abens en el flanco izquierdo de los austriacos, reservándose en seguida dirigir la marcha de aquel mariscal hácia el Danubio ó hácia el Isar, hácia Neustadt ó hácia Landshut, siguiendo la posici6n que el ejército ocupase á su llegada. Le previno que dejara en Augsburgo un buen comandante, dos regimientos alemanes, toda la gente enferma y cansada, viveres, municiones, en fin, lo necesario para mantenerse firme quince días; que se posesie en marcha difundiendo la voz de que iba al Tirol, y que luego bajara hácia el Danubio á toda prisa. Sobre esto le decia el emperador que jamás habia necesitado como entonces su adhesi6n, y terminaba con estas palabras el pliego: *actividad y presteza*. En el mismo instante mandó al mariscal Davout

que abandonara inmediatamente á Ratisbona dejando allí un regimiento para proteger la ciudad, subiera al Danubio con su cuerpo de ejército, caminara con prudencia pero con resolucion entre el rio y los austriacos en masa, y fuera á reunirse por Abach y Ober-Saaal en las cercanías de Abensberg, por donde el Abens desagua en el Danubio. El mariscal Davout, despues de lo que habia ya separado de sus tropas para componer los demas cuerpos, podia conservar cerca de cincuenta mil hombres, muy capaces afortunadamente de batirse contra cualquier número de austriacos. Acercándolos al Abens, detras del cual estaban ya acantonados los bávaros, y á donde acababa de dirigir los wurtembergenses, los coraceros de Nansouty y España, la division Demont, compuesta de los cuatro batallones del cuerpo de Davout, y el gran parque de artilleria, Napoleon iba á tener á mano cerca de noventa mil hombres, muy suficientes para esperar á Massena que debia llegar con cuarenta ó cincuenta mil. Verificada esta última reuni6n, se hallaba en estado de destruir el gran ejército austriaco, cualquiera que fuese la posici6n que hubiera tomado, y la maniobra que hubiera ejecutado.

Una vez arregladas estas disposiciones y comunicadas á los que debian cumplirlas, Napoleon dejó á Donauwerth por Ingolstadt á fin de acercarse al punto de reconcentraci6n que queria escoger. Como sus órdenes, espeditas al momento, no tenian que andar mucho para llegar á Augsburgo, Massena pudo ocuparse inmediatamente de sus preparativos en la tarde del mismo día, á fin de partir al día siguiente 18 por la mañana; pero como

la distancia era mas que doble de Donauwerth á Ratisbona, el mariscal Davout no recibió las órdenes que le concernian, hasta muy avanzada la noche. Este mariscal se hallaba en aquel momento en las cercanias de Ratisbona con cuatro divisiones de infantería, una de coraceros, y cuatro de caballería lijera, cuyo total era, como acabamos de decir, de cincuenta mil hombres poco mas ó menos. Los generales Nansouty y España con la caballería pesada y una porcion de caballería lijera, y el general Demont con los cuartos batallones y el gran parque, habían tomado la izquierda del Danubio.

Para reconcentrarse al rededor de Ratisbona, habia tenido el mariscal Davout mas de una dificultad que vencer. En efecto, la division Friant, en su tránsito de Bayreuth á Amberg, tuvo un corto choque con los cincuenta mil hombres del teniente general Bellegarde; pero hizo frente á la tormenta valerosamente, rechazando enérgicamente la vanguardia de los austriacos; y mientras que les resistia, lo restante del cuerpo, precedido de la division de Saint-Hilaire, se corrió hácia Ratisbona, á lo largo del Wils y del Regen. El dia 17, que fué el en que Napoleon espidió sus órdenes, se invirtió completamente en un vivo fuego de cañon contra los austriacos al pie de las murallas de Ratisbona, para dar tiempo al general Friant de reunirse. La division Morand, ocupando Stadtam-hof mas allá del Danubio, en las confluencias del Regen, los detuvo con su soberbio continente, devolviéndoles muchos cañonazos. Los proyectiles arrojados de las alturas, enfilando las calles de Ratisbona, nos mataron algunos hombres de las tropas que atravesaban la ciudad para pasar el Danubio, y hasta re-

ventó una bomba entre las piernas del caballo del mariscal Davout, matando ó hiriendo en torno suyo los caballos de sus ayudantes de campo. Los soldados veteranos de la division de Morand, Gudin, Friant y Saint-Hilaire, sintiéndose animados de las pasiones propias del ejército francés, estaban exasperados, y hubo tirador que á la vista del mariscal corrió tras otro tirador austriaco, y despues de provocarle á que le disparara, luego que éste lo hizo sin tocarle, le hundió el sable en el pecho.

Necesitaba el mariscal Davout todo el dia 18 para acabar de reunir la division Friant y llevar la totalidad de sus tropas sobre la derecha del Danubio, mientras que la division Morand seguia formada en batalla bajo los muros de Ratisbona para contener á los austriacos de Bellegarde y proteger el paso del rio. Las divisiones Saint-Hilaire y Gudin pasaron aquel dia de la orilla izquierda á la orilla derecha del Danubio. La caballería pesada de San Sulpicio hizo otro tanto, y la caballería lijera, al mando del bravo é inteligente Montbrun, ejecutó reconocimientos en todas direcciones, sobre Stranbing, sobre Eckmühl, sobre Abanch, para adquirir noticias del archiduque, porque el mariscal Davout se hallaba entre los cincuenta mil hombres llegados de Bohemia, y la masa principal austriaca que llegaba de Landshut por Eckmühl. Estos reconocimientos tenían por objeto esplotar todos los caminos de la márgen derecha por los que se proponia subir el Danubio el mariscal Davout. Hubiera podido sin duda subirlo por la márgen izquierda, hácia la cual no habían penetrado todavia los austriacos, y que estaba cubierta de destacamentos y convoyes nuestros; pero los ca-

minos se hallaban allí intransitables, é iban á parar bastante lejos del punto de reconcentraci6n designado por Napoleon, entre Ober Saal y Abensberg. El mariscal Davout prefiri6 seguir la orilla derecha, aunque espuesta al enemigo, porque las comunicaciones estaban allí transitables y conducian mas directamente al objeto. Sabia muy bien que el archiduque iba á flanquearle durante aquella marcha, pero tenia á sus órdenes tropas tan firmes, que no temia ser atacado, ni aun siquiera ser arrojado hacia el Danubio; y estaba seguro que si iban á embestirles, devolverian choque por choque, y no por eso dejarian de reunirse con el emperador en la cita indicada.

Era preciso tomar el vértice de las alturas cubiertas de bosque que separan del Danubio los valles del ancho y pequeño Labert, atravesarlas y descender á la vista de los austriacos sobre la pendiente opuesta, lo que conducia á la meseta del Abens á Abensberg, á donde Napoleon se esforzaba por llevar las partes dispersas de su ejército. Varios caminos se presentaban para ejecutar este tránsito: á la derecha del mariscal Davout, se ofrecia en primer lugar la gran calzada de Ratisbona á Ingolstadt, costeano constantemente á lo largo de la orilla del Danubio, y yendo á parar por Abach y Ober-Saal á Abensberg; era ancha y hermosa, pero encajonada entre las alturas el Danubio. El mariscal Davout, hubiera podido seguirla; pero si le sorprendia el enemigo en el desfiladero que formaba se esponia á un desastre. La reserv6, pues, para sus bagages y grandes trenes de artilleria, haciendo que la protegiese un batallon de infantería que con antelacion habia ido á ocupar los pasos

principales. A la izquierda se presentaba la calzada trasversal de Ratisbona á Landshut, pasando el ancho Laber en Eckmühl: tambien era un camino ancho y hermoso; pero iba á dar al centro del enemigo, y tomarla era lo mismo que desear una gran batalla, lo cual no se queria, puesto que era el objeto la reconcentraci6n. El mariscal Davout envi6 allí su vanguardia, compuesta de cuatro regimientos de cazadores y húsares, y de dos batallones del 7.º de lijeros, mandados por el general Montbrun, para que observara á los austriacos y los ocupara durante la marcha que se iba á ejecutar. Entre estas dos grandes calzadas reserv6 para el grueso del ejército unas sendas que pasaban de una parte á otra de las alturas. Las dos divisiones Friant y Gudin, formando la primera columna, precedida y seguida por los coraceros de San Sulpicio, debian marchar por Burg-Weinting, Wolkering, Saalhaupt y Ober-Feking. Las dos divisiones Saint-Hilaire y Morand, formando la segunda columna, precedida y seguida por los cazadores de Jacquinot, debian marchar por Ober-Isling, Gebraching, Peising, Tengen y Unter-Feking. Estas dos columnas, caminando de este modo al lado una de otra, debian llegar á la parte opuesta de las alturas que separan el ancho Laber del Danubio, reunirse á la salida del desfiladero de Abach, hacia Ober-Saal, con la columna de bagages, y desembocar frente por frente á Abensberg, cerca de los bávaros, con probabilidades hasta de no ser vistas por los austriacos, merced á lo enmarañado, montuoso y oscuro del terreno. La vanguardia, metida en la carretera que va de Eckmühl á Landshut, y espuesta de consiguiente á dar de frente con los

austriacos en masa, que iban de Landshut, debía avanzar con prudencia, y despues de servir de cortina á las dos columnas de infanteria, cayendo á la derecha para alcanzar el punto de cita señalado á todos los cuerpos del ejército.

Tomadas estas disposiciones con tanta firmeza como prudencia, el mariscal Davout ordenó la marcha para el 19 por la mañana. El dia anterior acabó de atravesar á Ratisbona, y por la noche la division Friant, habiendo cruzado los puentes de aquella ciudad, pernoctó con el ejército en la orilla derecha. El mariscal Davout habia reservado al 65.º de línea el papel peligroso de proteger á Ratisbona contra los ejércitos numerosos que iban á atacarla por las dos orillas; y le mandó cerrar las puertas, formar barricadas en las calles, y defenderse á todo trance, hasta que se le sacara del apuro, lo cual no podia dejar de suceder bien pronto.

El 19 al rayar el dia empezaron las cuatro columnas del ejército la marcha difícil que se les habia mandado emprender, yendo los bagages por la derecha á lo largo del Danubio, dos columnas en el centro por sendas, y la vanguardia en la izquierda por la carretera de Ratisbona á Landshut por Ekmühl. Los franceses, saliendo de este modo al amanecer y atravesando colinas cubiertas de bosques, no divisaron al principio ningun enemigo; sin embargo, no podia tardar el encuentro, porque era imposible que maniobrando á tres ó cuatro leguas unos de otros, centenares de miles de hombres, no acabaran por juntarse y batirse. En aquel momento, efectivamente el archiduque Carlos, habiendo pasado el dia en el campamento de Rohr, sobre la meseta que separa el Abens del ancho Le-

ber, por la parte opuesta tambien de las alturas que los franceses estaban ocupados en salvar, habia al fin arreglado sus resoluciones. Sabiendo á cada paso de un modo siempre mas positivo, que el mariscal Davout estaba en Ratisbona, habia tomado el partido de marchar allí el 19, disponiendo lo siguiente: el general Hiller, que formaba la estrema izquierda con su cuerpo y la division Jellachich, tenia orden de venir de Mainburgo sobre Siegenburgo, y reunirse con el archiduque Luis, que se habia quedado delante de Abensberg con su cuerpo y el segundo de reserva para guardar el Abens. El archiduque Carlos, seguido del cuerpo de Hohenzollern, menos algunos batallones colocados de observacion en Kirchdorf bajo el mando del general Thierry, del cuerpo de Rosenberg, del primer cuerpo de reserva y de la brigada Vessay, ó lo que es lo mismo, setecenta mil hombres en masa, debía dirigirse sobre Ratisbona, despues de dejar á su izquierda á las órdenes del general Hiller y el archiduque Luis, mas de sesenta mil. Asi, pues, mientras Napoleon hacia los mayores esfuerzos por reconcentrar su ejército, el generalismo austriaco dispersaba el suyo de Munich á Ratisbona en mas de treinta leguas.

Púsose en movimiento el 19 por la mañana, al mismo tiempo que el mariscal Davout, y en un orden de marcha casi semejante. Dos columnas de infanteria, una de ellas compuesta del cuerpo de Hohenzollern, y la otra del de Rosenberg y los granaderos de la reserva, debian dejar el campo de Rohr y avanzar por medio de las alturas que atravesaban los franceses, la primera por Gross-Muss, Hausen y Tengen, y la segunda por Lanqwaid,

Schneidart y Saalhaupt. La brigada Vessay, la caballería ligera, una brigada del archiduque Luis, y la caballería pesada segregada de la reserva, debían, por el camino de Laudshut á Ratisbona, es decir, por Eckmühl, marchar sobre Ratisbona y tener que habérselas probablemente con la vanguardia del general Montbrun.

Habíamos salido al rayar el día. De nuestras cuatro columnas, la de los bagages, siguiendo la orilla del Danubio, resguardada por las alturas y nuestras divisiones de infantería en masa, no podía encontrar ningún enemigo. Las dos columnas de infantería, una á la izquierda compuesta de Gudin y Friant, y la otra á la derecha compuesta de Morand y Saint Hilaire, ambas precedidas y seguidas de la caballería, caminaron bastante tiempo sin descubrir nada. A las nueve de la mañana, la cabeza de las dos columnas salvó las alturas, bajó á la parte opuesta, y apenas entrevió algunos tiradores austriacos. La division Gudin, que formaba la cabeza de nuestra columna de izquierda, y que había esparcido á lo lejos los tiradores del 7.º de lijeros, fué la única que vino á las manos con los tiradores austriacos del príncipe de Rosenberg. Se disputó con bastante brío la aldea de Schneidart; pero como nuestras tropas tenían orden de marchar, no se detuvieron, y mientras que los tiradores del 7.º de lijeros hacían fuego obstinadamente, Morand y Gudin que formaban con una porción de caballería la cabeza de las dos columnas, desfilaron de orden del mariscal Davout, que acudió á galope para acelerar la marcha de sus tropas. Estas divisiones se apresuraron á ganar Ober-Feking y Unter-Feking, lo cual debía reunir las á la columna de

bagages salida del desfiladero de Abach, muy cerca de la cita general señalada al ejército. Los tiradores del 7.º siguieron á Gudin después de batirse denodadamente, y cedieron Schneidart á los austriacos, que creyeron la habían conquistado (1). Como los austriacos seguían avanzando, las divisiones Saint-Hilaire y Friant, que formaban la cola de nuestras dos columnas de infantería no podían menos que encontrarse con ellos. Mientras que el cuerpo de Rosenberg, después de haber tenido que habérselas con el 7.º de lijeros, atravesaba Schneidart y se dirigía sobre Dinzing, el cuerpo de Hohenzollern se acercaba á Hausen que acababan de evacuar las últimas compañías del 7.º, entraba en ella é iba á ocupar una masa de bosque que se extendía en forma de herradura frente por frente á Tengen.

En aquel momento el general Saint-Hilaire, que atravesaba á Tengen con su division, dividió frente á sí en la linde de los bosques, las masas austriacas de Hohenzollern, precedidas de una nube de tiradores. Habiendo el 10.º lijeros replegado los tiradores enemigos, el mariscal Davout que se hallaba en aquel instante cerca del general Saint-Hilaire, dirigió el 3.º de línea á la derecha y el 57.º á la izquierda, para apoderarse de aquellas alturas cubiertas de bosque que describían delante de él un semicírculo, en cuyo centro se veía la granja de Roith. El 3.º avanzó rápidamente cargando sus fusiles bajo el fuego; pero como atacase con demasiada precipitación, y antes de haber tenido tiem-

(1) Así es como lo cuenta el general Stutterheim en su excelente narración de la campaña de 1809, donde da á entender que nos tomaron Schneidart.

po de formarse, no consiguió el objeto, y se vió obligado á hacer un movimiento retrógrado bajo una lluvia de metralla y balas. En tal estado las cosas, el 37.º formó sus columnas de ataque, fué á ponerse á la izquierda del 3.º y rechazó el enemigo de los cerrillos que ocupaba delante de los bosques. El 3.º, vuelto á entrar bien pronto en línea, apoyó este movimiento, y los dos regimientos consiguieron empujar á los austriacos á los bosques, situándose solidamente en el terreno disputado. Durante este tiempo, los otros tres regimientos de la division, los 10.º, 72.º y 103.º estaban formados en fila á derecha é izquierda, detrás de Tengen, dispuestos á sostener á los dos primeros. Desgraciadamente la artillería, á causa del mal estado de los caminos, se había retardado, y solo teníamos seis piezas que oponer á la artillería enemiga en masa. Viendo el mariscal Davout (1) bien trabado el combate en aquel punto, corrió á las divisiones Gudin y Morand, que ya habían desfilado á fin de asegurarse de que habían llegado sin novedad á Unter y Ober-Feking, para colocarlas en el extremo de su derecha, é impedir de este modo que el enemigo, cuya posición ignoraba, viniese por allí á penetrar hasta el Danubio.

(1) A menudo me ha costado mucho trabajo desenmarañar la verdad entre las aserciones contradictorias de los testigos que refieren los acontecimientos militares; pero nunca lo he tenido tanto como en esta ocasion, especialmente por lo que respecta al combate de Tengen. Tenemos la narración prudente, clara y modesta del general Stutterheim, y además muchas relaciones alemanas. Tenemos, por parte de los franceses, el general Pelet y las narraciones manuscritas de los generales Saint-Hilair-

En el extremo opuesto, es decir, en la izquierda, el general Friant, detenido en su marcha por los malos caminos, había ido al fin á desembocar sobre Saalhaupt, entre doce y una de la tarde, y al oír un fuego violento hácia Tengen, se apresuró á ir á tomar posiciones á la izquierda de la division Saint-Hilaire, con la intencion de sostenerla. Después mandó avanzar el 13.º de ligeros, y el 48.º de línea á las órdenes del general Gilly, para penetrar en el bosque, y libertar el flanco de la division Saint-Hilaire; y situó en la llanura, entre Saalhaupt y Tengen, la segunda brigada de coraceros de San Sulpicio, con los regimientos 33.º, 108.º y 114.º para defender el extremo de su línea. El general Piré, que mandaba un regimiento de caballería ligera, fué el encargado de enlazar la division con la vanguardia del general Montrun hácia Dinzing. Apenas estuvo al alcance del fuego quiso el general Gilly hacer evacuar los bosques á la izquierda de la division Saint-Hilaire, y para ello penetró en él el jefe de la batalla Sarraire, con cuatro compañías del 15.º, desalojando á los austriacos. El 15.º y el

re, Friant, Montrun, y lo que vale mas, del mismo mariscal Davout. Todos estos relatos se contradicen en cuanto á los sitios, las horas y los cuerpos que tomaron parte en la acción. Después de leerlos y releerlos hasta cinco y seis veces uno por uno, he conseguido fijar los hechos tales como los refiero, y creo que mi relato se acerca á la verdad todo lo posible. De lo que estoy seguro es de haber conservado al suceso su verdadero carácter, y esto es lo que importa principalmente en historia. Las notas que he reunido sobre este particular formarían de por sí una memoria como las que se redactan para la Academia de Inscripciones.

48.º tomaron así posiciones sobre el flanco de la división Saint-Hilaire, y se hizo salir de los regimientos todas las compañías de zapadores, los cuales empezaron contra los tiradores austriacos, que les correspondían muy bien, un fuego espantoso.

Mientras que se verificaban estos movimientos sobre las alas de la división Saint-Hilaire, el combate sobre el frente de la división había cambiado de aspecto varias veces. El 33.º á la derecha, y el 57.º á la izquierda de la herradura, en cuyo fondo se veía la granja de Roith, perdieron mucha gente, y agotaron las municiones, las cuales no era fácil renovar, porque aun no habían llegado los carros de la artillería. El general Saint-Hilaire mandó que reemplazaran en línea el 72.º al 33.º, y el 105.º al 57.º, volviendo á empezar desde entonces el fuego con suma violencia. El príncipe de Hoenzollern llevo hácia adelante los regimientos de Manfredini y Wurzburg, conducidos por el príncipe Luis de Liechtenstein. Estos regimientos hicieron, para desembocar por los extremos de la herradura, cuyo centro ocupaban los franceses, esfuerzos inauditos, saliendo heridos en aquella tentativa todos los gefes. El mariscal Davout, que había vuelto á donde se hallaba la división Saint-Hilaire, situándose en el centro con un batallón del 33.º, se arrojaba sobre todo lo que intentaba desembocar por los extremos, haciendo prisioneros cada vez que asomaban los austriacos.

Los generales enemigos quisieron entonces hacer un esfuerzo sobre la izquierda de Saint-Hilaire, hácia el punto de union con la división Friant. El príncipe Luis de Liechtenstein, poniéndose á la cabeza del regimiento de Wurzburg, y enarbolan-

do una bandera, desembocó en columna, marchando derecho á los franceses; pero el general Gilly, con los granaderos del 43.º y un batallón del 141.º, salió al encuentro del príncipe, le atacó á la bayoneta y le rechazó. El príncipe Luis de Liechtenstein volvió á la carga; pero recibió muchos disparos y quedó fuera de combate, teniendo los austriacos que volverse. Sobre el frente de la división Saint-Hilaire intentó un nuevo esfuerzo el príncipe Hoenzollern; pero nuestra artillería, que llegaba en aquel momento, inundó á los austriacos de metralla y logró contenerlos. Entonces, cargando á la bayoneta el 10.º de lijeros, penetró en los bosques que se extendían en semicírculo delante de nosotros, empujó á los austriacos hácia Hausen, y los obligó á replegarse allí. Toda nuestra línea apoyó este movimiento, y los austriacos iban á ser arrojados sobre Hausen, cuando el príncipe Mauricio de Liechtenstein, á la cabeza del regimiento de Kautz, detuvo la furiosa persecucion de los franceses. Este príncipe salió herido al salvar su cuerpo de ejército.

El día caminaba á su fin, y en medio de la confusion de aquel encuentro, los franceses ni mas ni menos que los austriacos no querían comprometerse en el lance del todo. El mariscal Davout, á quien bastaba haber cumplido su comision ganando sano y salvo las cercanías de Abensberg, y que ya tenía su derecha formada por las divisiones Gudín y Morand, en el lugar de la cita comun, y su izquierda, formada por Saint-Hilaire y Friant, dueño del campo de batalla de Tengen, se contentó con pasar allí la noche como vencedor, aguardando para los movimientos ulteriores las órdenes de Na-

poleon. Por todas partes se había verificado su marcha con buen éxito; porque el valiente Montbrun, que se encontró el cuerpo de Rosenberg, le resistió valerosamente, y se replegaba al anochecer sobre el cuerpo de ejército sin haber sufrido descalabro.

Por su parte el archiduque Carlos, espectador de aquel combate, había permanecido inmóvil sobre las alturas de Grub con doce batallones de granaderos, los cuales pertenecían al primer cuerpo de reserva. Viendo que se combatía á su izquierda con Hohenzollern, y á su derecha con Rosenberg, temió tener delante de sí la principal masa de los franceses, y queriendo agrupar todas sus tropas antes de trabar una batalla general, dejó que se combatiera sin socorrer al cuerpo de Hohenzollern. Era su intención dar nuevamente principio á la lucha á la mañana siguiente, despues de atraer así el archiduque Luis, apostado delante del Abens, y hecho tomar al general Hiller la posición que dejaría vacante el archiduque Luis.

Aquella jornada había sido muy sangrienta, pues hubo combate no solo en Dinzing entre Montbrun y Rosenberg, y en Tengen entre Saint-Hilaire, Friant y Hohenzollern, sino entre los puestos intermedios dejados por los franceses y los austriacos para enlazar las dos estremidades de su línea. Nosotros habíamos perdido doscientos hombres en la vanguardia del general Montbrun, trescientos en la división Friant, mil setecientos en la división Saint-Hilaire, unos cuantos hombres solamente en la división Morand, y ciento ó doscientos ginetes por parte de los bávaros, en todos mil quinientos hombres. Los austriacos perdie-

ron quinientos en Dinzing, cerca de cuatro mil quinientos en Tengen, y algunos centenares en Buch y Aruhofen, total cerca de seis mil (1); además se les dispersó un número considerable de soldados. Mucho mas importante era, por lo que hace á la posición de los dos ejércitos, el resultado general, porque el mariscal Davout, á quien el enemigo hubiera podido detener en su marcha de Ratisbona hácia Abensberg y quizá arrojar al Danubio, se había deslizado afortunadamente entre el río y los austriacos formados en masa, había llegado por su derecha á las cercanías de Abensberg, y chocado victoriosamente por su izquierda con el centro de los austriacos. Si el archiduque Carlos hubiera marchado en masa mas cerrada, si no hu-

(1) Aquí renuevo la advertencia de que estos números no pueden ser mas que apreciativos. Los boletines, y los historiadores que los han copiado, hablan con una seguridad singular de números mucho mas subidos, pero yo creo que todos son inexactos. Con respecto á las divisiones Friant y Saint-Hilaire, tengo un estudio auténtico de las pérdidas. En cuanto á los austriacos, los números que nos da el general Stutterheim están desmentidos por la pérdida total confesada al fin de las operaciones que ocurrió alrededor de Ratisbona. Despues de muchas comparaciones es como he llegado á fijar los guarismos que presento aqui, y los creo tan cercanos á la verdad como es posible serlo. No volveré á repetir semejante advertencia, que servirá para todo lo que sigue de mi historia. Me limito á repetir que en los relatos de hechos de guerra, sobre todo cuando se trata de números, nunca se puede obtener sino la verdad aproximativa, y no tengo la pretension de dar otra; pero añado que nada he perdonado para traer hasta donde es posible la verdad aproximativa á la verdad absoluta.

quiera vacilado tanto, por temor á los sitios y á Napoleon, hubiera podido, dirigiendo su reserva de granaderos sobre Friant y Saint-Hilaire, aniquilarlos, ó á lo menos, porque merced á su firmeza, era esto difícil, causarles una derrota de gravedad, pero vió únicamente en aquella confusión de razones la de que debía esperar á que las cosas se aclaráran, y que su izquierda se acercase á él.

De otro modo hizo uso Napoleon de las ventajas conseguidas por el mariscal Davout. Como bajase de Ingolstadt á Vohburgo durante la noche del 19, supo los sucesos del día, y montando al punto á caballo, corrió á Abensberg para reconocer los sitios personalmente. Desde lo alto del cerrijo á donde había hecho ir las tropas del mariscal Davout, reconoció que los austriacos no tenían sino una cadena de puestos avanzados, poco numerosos y mal dispuestos, para unir las masas que habían combatido en Tengen con las que estaban esparcidas á lo largo del Abens. No sabía precisamente donde se hallaba el archiduque Carlos con el cuerpo de ejército principal, si delante de Tengen contra las divisiones Saint-Hilaire y Friant, ó á lo largo del Abens delante de los bávaros; pero veía claramente que el generalismo había estendido singularmente su línea, y aprovechándose de las ventajas de la reconcentración que empezaban á estar de parte suya desde el feliz movimiento del mariscal Davout, pensó en hacer experimentar á los austriacos las consecuencias de la dispersión á que se habían espuesto imprudentemente. Tomó, pues, sin tardanza las disposiciones siguientes: Segregó momentáneamente del mariscal Davout parte de su cuerpo, y dejándole las divisiones victoriosas

de Saint-Hilaire y Friant, con las tropas ligeras de Montbrun (en todo veinte y cuatro mil hombres), se apoderó de las divisiones Morand y Gudin que vivaqueaban entre Unter y Ober-Feking, de los coraceros de San Sulpicio y de los cazadores de Jacquinet, para colocarlos por un tiempo dado á las órdenes del mariscal Lannes, que acababa de llegar. Encargó al mariscal Davout que se hiciese firme en Tengen, resistiendo cualquier nuevo ataque, porque el ejército iba á girar perpendicularmente sobre aquel punto, para penetrar las filas del enemigo, y rechazarle sobre Landshut. Mandó al mariscal Lannes que marchara rectamente adelante con los veinte y cinco ó veinte y seis mil hombres puestos á su disposición, y tomara á Rohr, que al parecer formaba el centro de posición de los austriacos. Teniendo él mismo á mano los wurtembergenses que en aquel momento iban desembocando en el campo de batalla, los situó hácia Arnhofen, entre Lannes y los bávaros. A estos últimos les previno pasaran el Abens en Abensberg, y fueran á tomar á Arnhofen: la división de Wrede especialmente, establecida detrás del Abens desde Biburgo hasta Siegenburgo, debía esperar á que la línea enemiga se pusiese en movimiento para pasar el Abens á viva fuerza, y desembocar en nuestra derecha sobre el flanco izquierdo de los austriacos. Cada uno de estos ataques se dirigía sobre uno de los puntos avanzados de los austriacos, que formaban una línea de operaciones del Abens al Laber. Una vez formados todos estos puestos, Napoleon quería empujar hasta Landshut, y apoderarse allí de la línea de operaciones del archiduque, ya cayendo sobre su retaguardia, ya arrojándose sobre

este mismo príncipe si se replegaba en persona hacía Landshut. Así, para asegurar mas la operacion, se apresuró á modificar la marcha de Massena, á quien habia hecho bajar sobre Pfaffenhofen perpendicularmente al flanco izquierdo de los austriacos, reservándose replegar su marcha ó sobre el Isar, ó sobre el Danubio, segun las circunstancias. Pensando que tenia á su lado bastantes fuerzas, puesto que tenia el mariscal Davout, que guardaba á Tengen con veinte y cuatro mil hombres, el mariscal Lefebvre que se preparaba á atacar á Arahofen y Offensteten con cuarenta mil wurtembergenses y bávaros, y en fin la division de Mont y los coraceros Nansouty que llegaban sobre la retaguardia, dirigió á Massena sobre Landshut por Freising y Moosburgo, mandándole estar allí el 21 en la madrugada, á fin de cortar á los austriacos la vuelta sobre Landshut. Podia ser que, si Massena llegaba á tiempo, se apoderaran los nuestros de todo lo que hubiese entre el Danubio y el Isar.

Mientras que Napoleon se disponia á emplear así el día 20, el archiduque Carlos, detenido en su movimiento sobre Ratisbona por el encuentro con las dos divisiones Saint-Hilaire y Friant, tan poco informado como su adversario acerca de la marcha del enemigo, pero no adivinando tan bien como él lo que tenia que temer, se habia imaginado que la violenta resistencia que acababa de experimentar revelaba la presencia de Napoleon en Tengen con todas sus fuerzas, y habia resuelto traer hacia sí el cuerpo del archiduque Luis, que se habia quedado delante del Abens, encargando al general Hiller, que debia haber caminado todo el día 19, ocupase la posicion abandonada por el archiduque Luis.

Tomó pues, la resolucion de esperar á que el 20 se le reuniera su izquierda, para renovar el combate con el mayor vigor. No obstante, dejó al archiduque Luis en libertad de interpretar esta orden, y de combatir donde se hallase, si le atacaban por la parte del Abens.

Esta prevision se re lizó efectivamente. En la mañana del 20 descubrió el archiduque Luis masas que desembocaban, unas del Abens por Abensberg y Arnhofen: eran los wurtembergenses, los bávaros, Demont y Nansouty; otras del camino de Ratisbona por Reising y Buchhofen: eran Morand, Gudin, Jacquinet y San Sulpicio. Vió que iba á ser formalmente atacado, y en vez de maniobrar para reunirse con su hermano el generalismo, pensó en defenderse allí donde se hallaba, mientras que el cuerpo de Hiller, traído de Mainburgo sobre el Abens, iria á socorrerle.

Napoleon, situado en aquel momento en la meseta delante de Abensberg, vió desfilar en su presencia los wurtembergenses y los bávaros que iban á colocarse en linea, y á quienes el orgullo de combatir á las órdenes de aquel grande hombre llenaba de sentimientos enteramente franceses. A unos tras otros los arengó (oficiales wurtembergenses y bávaros traducian sus palabras), y les dijo que no los hacia combatir por él, sino por ellos, contra la ambicion de la casa de Austria desolada con no tenerlos ya bajo su yugo; que esta vez les devolveria bien pronto y para siempre la paz, con tal aumento de poderio, que en lo sucesivo podrian defenderse ellos mismos contra las pretensiones de sus antiguos dominadores. Su presencia y sus palabras electrizaron á aquellos alemanes aliados,

vanagloriados con verle en medio de ellos, enteramente entregado á su lealtad, porque en aquel instante solo tenia de escolta destacamentos de caballería bávara.

Entre las ocho y las nueve, toda la línea se puso en movimiento de la izquierda á la derecha, de Ober-Feking y Buchhofen á Arnhofen y Pruck. Lannes en la izquierda avanzó resueltamente con los veinte mil infantes de Morand y Gudin, los mil quinientos cazadores de Jacquinet, y los tres mil quinientos coraceros de San Sulpicio, sobre Bachel, camino de Rohr, por medio de un terreno plantado de bosques y cortado por muchos desfiladeros. Se encontró con el general austriaco Thierry seguido de su infantería solo, porque como la caballería marchaba con mas rapidez estaba ya cerca de Rohr; y mandó le diesen una carga los cazadores de Jacquinet, los cuales se precipitaron sobre él á rienda suelta. La infantería austriaca buscó á toda prisa un abrigo en los bosques; pero alcanzada antes de llegar á ellos, y acuchillada antes que pudiera formarse en cuadro, dejó en nuestras manos muchos hombres muertos ó prisioneros, y se retiró en desórden sobre Rohr, refugiándose de bosquecillo en bosquecillo. Era una lástima semejante derrota, siendo tan desproporcionada la masa de los acometedores con la de los acometidos.

En Rohr, habiéndose reunido los generales Thierry y Schusteck, procuraron ayudarse entre sí. Las dos divisiones de infantería de Lannes marchaban apresuradamente sobre ellos, llevando á la cabeza los cazadores y los coraceros. Los húsares de Kienmayer cargaron con vigor á los cazadores de Jacquinet; pero un regimiento de coraceros

franceses lanzado sobre estos húsares, los desordenó completamente, obligándolos á replegarse hácia la aldea de Rohr. En aquel momento llegó á la aldea la infantería de Morand, y el 30.º sostenido por los coraceros, la atacó de frente, mientras que los 13.º y 17.º maniobraban para pasar al otro lado. Al ver esto, los generales Schusteck y Thierry se pusieron de nuevo en retirada, y despues de un fuego de fusilería sin efecto se replegaron de Rohr sobre Rottenburgo, por una de las calzadas que conducen del Danubio al Isar, la de Kolheim á Land-hut. Mas allá de Rohr, como el país fuera mas despejado y la retirada se hiciera mas difícil, la caballería austriaca hizo nobles esfuerzos para proteger su infantería. A los húsares de Kienmayer acababan de reunirseles cuatro escuadrones de dragones de Levenehr segregados del segundo cuerpo de reserva, y unos y otros cargaban á cada paso con notable valor; pero si lograban alguna ventaja sobre nuestros húsares, nuestros coraceros caían sobre ellos y los acuchillaban sin compasión, haciendo prisionera toda la infantería que encontraban en el camino. Asi se llegó hácia la caída de la tarde á Rottenburgo, aumentándose cada vez mas el desorden por parte de los austriacos. El general Thierry, que se había apeado del caballo para reunir sus tropas, fué sorprendido por nuevas cargas y forzado en su posición con tres batallones enteros. Los húsares de Kienmayer y los dragones de Levenehr pagaron su decisión con una destruccion casi completa, y los generales Schusteck y Thierry, despues de haber perdido de cuatro á cinco mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, hubieran perecido to-

talmente si el general Hiller, cercano al archiduque Luis por las órdenes que habia recibido, no hubiese hecho afortunadamente para ellos un movimiento que le llevó muy á punto á prestarles socorro. En vez de bajar el Abens hasta Siegenburgo y Biburgo, donde combatia el archiduque Luis, el general Hiller, descubriendo de lejos la derrota de los generales Thierry y Schusteck, se ladeó á la derecha, cortó perpendicularmente la calzada que va de Neustadt á Landshut por Pfeffenhausen, y siguiendo su marcha en la misma dirección sobre la que va de Kelheim á Landshut, tomó posiciones en Rottenburgo.

Lannes podia, con las fuerzas de que disponia, atacar el cuerpo de Hiller y dar buena cuenta de él; pero habia ejecutado una larga marcha sin que se le hubiera reunido todavía la derecha, compuesta de wurtembergenses y bávaros, y se detuvo, cuando ya el día estaba muy avanzado, esperando nuevas órdenes. Apenas habia perdido doscientos hombres por cuatro ó cinco mil muertos ó cogidos al enemigo. Además habia recogido cañones, bagages y casi todos los heridos del combate de Tengen, esparcidos en las aldeas que acababa de recorrer.

Mientras que Lannes empujaba así en desorden sobre una de las dos calzadas que va del Danubio al Isar, á los generales austriacos Thierry y Schusteck, los wurtembergenses y los bávaros llegaban con extraordinario vigor á las posiciones de Kirchdorf, defendidas enérgicamente por las tropas de los generales Reuss y Bianchi á las órdenes del archiduque Luis. El combate debia ser aquí mas disputado, porque las tropas austriacas eran mas nume-

rosas, tenían unas posiciones muy fuertes, y aunque bien atacadas, no lo eran, sin embargo, como hubieran podido serlo por las divisiones Morand y Gudin.

Los wurtembergenses habian marchado sobre Offenstetten, enlazándose por su izquierda con el mariscal Lannes, y por su derecha con los bávaros. Estos habian marchado por Pruck sobre Kirchdorf, y precisamente el general austriaco Bianchi se habia replegado de Biburgo sobre Kirchdorf, á fin de reunirse con las tropas del príncipe de Reuss, mientras que el archiduque Luis hacia batir á cañonazos Siegenburgo para impedir que la division bávara de Wrede fuese á parar mas allá del Abens. El combate fué muy vivo alrededor de Kirchdorf, donde los austriacos se defendieron con gran energía. Varias veces fueron rechazados los bávaros, ya por el fuego de fusilería, ya á la bayoneta cuando se acercaban demasiado; pero por la tarde, habiendo tomado los wurtembergenses una aldea que protegía la derecha de los austriacos, y habiendo al mismo tiempo el general de Wrede pasado el Abens sobre su izquierda, el archiduque Luis se vió obligado á retirarse por la calzada de Neustadt á Landshut, pasando á Pfeffenhausen. Las divisiones bávaras le persiguieron vivamente, y no se detuvieron hasta muy tarde en las cercanías de Pfeffenhausen, delante de los granaderos de Aspre, que formaban el resto del segundo cuerpo de reserva y que hicieron á los generales Reuss y Bianchi el servicio que el general Hiller acababa de hacer á los generales Thierry y Schusteck. Por aquel lado perdieron los austriacos unos tres mil hombres entre muertos y prisioneros, y los bávaros y los wurtembergenses cerca de 4,000.

La jornada del 20, que Napoleon ha calificado con el nombre de batalla de Abensberg, aunque fué mucho menos disputada que la del 19, costó á los austriacos, contando las pérdidas sufridas en las dos direcciones, de siete á ocho mil hombres, de suerte que ya eran trece ó catorce mil en las dos acciones. Empero tenia como manobra inmensa importancia, y decidia de la suerte de aquella primera parte de la campaña, porque separaba al archiduque Carlos de su izquierda, rechazando esta sobre el Isar, mientras que él mismo iba á ser obligado á retroceder sobre el Danubio hácia Ratisbona. Mirada bajo este aspecto, merecia todos los títulos que podian dársele. Napoleon, que llegó por la noche á Rottenburgo, estaba sumamente contento al ver á su adversario rechazado sobre el Isar desde el principio de las operaciones, y á los austriacos desmoralizados como los prusianos despues de lo de Jena. Aun no sabia claramente todo lo que le reservaba la fortuna, porque no habia podido discernir en las respuestas de los prisioneros interrogados donde se hallaban los diversos archiduques; pero suponiendo que el archiduque Carlos podia estar delante de él sobre el camino de Landshut, resolvió marchar sobre este punto, para sorprenderle al tiempo de ir á pasar el Isar, y aniquilarle allí, si Massena, que se dirigia á aquel sitio, llegaba á tiempo. Se decidió, pues, á trasladarse allí el 21 por la mañana, y á empujar á los austriacos á todo trance. Por lo que habia visto durante el dia, debia estar inducido á deducir que todo huia hácia el Isar, y que el mariscal Davout, convertido en el eje de la izquierda, no tenia mas que seguir adelante para recoger

los restos. En ésta creencia le mandó que rechazase las pocas tropas que suponía situadas delante de Tengen, de modo que siguiera el movimiento de toda la línea francesa sobre el Isar, sin perjuicio de volver á caer ulteriormente sobre Ratisbona para destruir á Bellegarde, cuando se hubiera hecho lo mismo con el archiduque Carlos. No sospechaba que las pocas tropas que parecian estar delante de Tengen, eran nada menos que el archiduque Carlos con la masa principal de las fuerzas austriacas.

Este, en efecto, esperó todo el dia 20 á que se renovase el combate de Tengen y se le reuniera el archiduque Luis; pero no habiéndose verificado ni lo uno ni lo otro, y habiéndose al contrario dejado ver muchos franceses sobre las dos calzadas que conducen del Danubio al Isar, empezó á temer con respecto á su izquierda, y tomó una posicion de espera á fin de procurar reunirlos, si es que no habia sufrido un desastre. Imaginó, pues, establecerse sobre las alturas cubiertas de bosques que separan el ancho y el pequeño Laber del valle del Danubio, á través del camino que de Landshut conduce á Ratisbona por Eckmühl. Toda la reserva de cocereros recibió orden de situarse en el lado opuesto de aquellas alturas, á la entrada de la llanura de Ratisbona, los granaderos en la cumbre y los cuerpos de Hohenzöllern y Rosenberg en la pendiente de la parte del Laber, á derecha é izquierda de Eckmühl. En esta posicion, el archiduque iba á apoyar la espalda en Ratisbona, dando frente hácia Landshut, dispuesto á cambiar de línea de operaciones si su izquierda quedaba definitivamente separada de él, y á reforzarse con el cuerpo de Be-

llegarde si se veia privado del de Hiller. Por su parte, el teniente general Hiller, que mandaba ademas de su cuerpo, el del archiduque Luis por razon de antigüedad, viéndose empujado á todo trance sobre las calzadas de Neustadt y Kelheim que van á parar á Landshut, creyó que no podria llegar demasiado pronto á este último punto, porque esperaba con razon á que se le reuniera el archiduque Carlos, y temia no tomáramos hasta Landshut, donde se acababa de reunir todo el material del ejército con una inmensa cantidad de heridos. En su consecuencia mandó á las columnas que seguian aquellas dos calzadas se trasladaran alli durante la noche, de modo que llegaran muy de madrugada.

En la madrugada del 20, los austriacos asomaron sobre Landshut por aquella doble comunicacion, y los franceses casi tan madrugadores como los austriacos, se precipitaron alli como dos torrentes.

Sin haberse desnudado Napoleon, y habiendo apenas dormido algunas horas sobre una silla, estaba á caballo al rayar el dia 21, á fin de dirigir él mismo la persecucion sobre el camino de Landshut. Aunque seguia ignorando siempre la presencia del archiduque Carlos hácia Eckmühl, habia hecho nuevas reflexiones sobre este particular, y de resultas de estas reflexiones habia separado la division Dement, los coraceros de Nansouty y las divisiones bavaras del general Deroy y del principe real sobre su izquierda, hácia el ancho Laber, no queriendo en una situacion tan insegura, dejar reducido el mariscal Davout á veinte y cuatro mil hombres. Con los veinte y cinco mil de Lannes,

continuó persiguiendo á los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis sobre el camino que va de Rottenburgo á Landshut, mientras que el general bávaro de Wrede los empujaba por el camino de Pfeffenhausen. Contaba con la llegada de Massena á Landshut, á lo menos con treinta mil hombres.

Marchando con la infanteria de Morand, los coraceros San Sulpicio y la caballeria lijera, desembocó muy temprano sobre Landshut, recogiendo á cada paso fugitivos, heridos, cañones y bagages. Al llegar á Altdorf, en el desembocadero de los bosques, desde donde se dominaba la verde llanura del Isar y la poblacion de Landshut, se descubrió una confusion indecible. La caballeria de los austriacos se dirigia hácia los puentes apretada contra la infanteria, saliendo una y otra por las dos calzadas que seguian los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis. Aumentaba todavia el estorbo el material del ejército, y especialmente un soberbio tren de pontones conducido en carros para pasar el Danubio, y aun el Rhin, si el cielo favorecia aquel levantamiento contra Francia. Bessieres, lo mismo que Lannes, y aun que el emperador, llegó de improvisto (teniendo apenas uno ó dos ayudantes de campo á su disposicion), con los coraceros de San Sulpicio, los cazadores de Jacquinet y el 13.º lijeros de la division Morand; y al ver el espectáculo que se le presentaba, mandó á sus cazadores que cargaran á la caballeria austriaca. Esta, á pesar del desorden, el estorbo, y el terreno pantanoso y resbaladizo, se defendió con valor; pero cargándola en masa los coraceros franceses, la obligaron á replegarse. Entonces los generales austriacos se apresuraron á dejar la pasar los puen-

tes, delante de los cuales nos opusieron su infantería, para dar tiempo á que desfilaran los bagages. Colocaron los granaderos de Aspre en Landshut mismo, y sobre todo en cuarteles elevados de la población; pero toda la division Morand llegó á muy poco, y el 13.^o de lijeros y el 17.^o de línea embistieron á la infantería austriaca, mientras que la caballería francesa le cargaba de nuevo. No pudo resistir á estos ataques reiterados, y se vió obligada á replegarse á toda prisa sobre los puentes de Landshut, para pasarlos á tiempo, como los pasó efectivamente, dejando en los prados muchos prisioneros, una cantidad considerable de trenes de batir, y el de pontones de que acabamos de hablar. El 13.^o y un batallón del 17.^o se arrojaron en el barrio de Selingenthal, el cual tomaron bajo un vivo fuego de fusilería. Quedaba por pasar el gran puente construido sobre el brazo principal del Isar, y los austriacos le habian puesto fuego; pero el general Mouton, ayudante de campo del emperador, á la cabeza de los granaderos del 17.^o á quienes animaba con el gesto y la voz, los llevó espada en mano al puente incendiado, lo atravesó por medio de las llamas bajo una lluvia de balas, y subió con ellos las calles escarpadas de Landshut situadas en la orilla opuesta del Isar. En aquel momento llegaba Massena con las divisiones Molitor y Boudet, una de las dos de Oudinot, y la caballería lijera del general Marulaz, demasiado tarde para impedir la retirada de los austriacos, pero bastante pronto para precipitarla. Al ver aquella reunión aterradora de fuerzas, los austriacos evacuaron á Landshut, abandonándonos, además de un material inmenso, seis á siete mil prisioneros, y algu-

nos muertos y heridos. Les habiamos quitado pues su línea de operaciones, y habian perdido en ella cuanto se pierde en riqueza militar cuando se deja arrebatár el camino principal por el que se ha marchado al enemigo.

Mientras que Napoleón ejecutaba esta persecución triunfante con su centro aumentado con una parte de las fuerzas de Massena, oíanse cañonazos á su izquierda, por el lado del mariscal Davout, á quien habia mandado acosar lo que tuviera delante, y acababa de volver á encontrarse las masas del archiduque Carlos. Los cañonazos efectivamente resonaban muy fuerte, aunque estabamos á ocho ó nueve leguas de Landshut, y eran para alarimar á Napoleón, que al mismo tiempo que creía perseguir al grueso del ejército austriaco, no estaba bien seguro de no haber dejado una fuerte parte que combatir á Davout. Aun cuando éste no hubiera tenido que habérselas sino con el ejército de Bohemia, era mucho para las dos divisiones de que podia disponer. He aquí por lo demas lo que habia sucedido.

Habiendo recibido la noche anterior, como se ha visto, la orden de barrer, digámoslo así, las débiles fuerzas que se suponía haberse quedado sobre el Laber, despues de la batalla de Abensberg, se puso en movimiento á la mañana siguiente, en el mismo instante en que Napoleón marchaba sobre Landshut. Las dos divisiones Saint-Hilaire y Friant, despues de haber descansado el 20 del combate del 19, dejaron á Tengen el 21 á las cinco de la mañana, siguiendo á los cuerpos de Hohenzollern y de Rosenberg, que iban á tomar las posiciones que les habia señalado el archiduque Carlos

sobre la pendiente de las alturas entre el valle del ancho Laber y la llanura de Ratisbona. La vanguardia de nuestras dos divisiones, al desembocar del valle de Tengen en el del ancho Laber, encontró á la retaguardia de los austriacos sobre una meseta cubierta de bosques entre Schneidart y Paring. Los tiradores del 10.º se esparcieron adelante para rechazar los del enemigo, mientras que nuestros húsares cargaban á su caballería lijera. Se obligó á los austriacos á retrogradar, y á poco una batería rodada traída á galope, los cubrió de metralla, haciéndoles retirarse á toda prisa. Los cuerpos de Rosenberg y Hohenzollern, temiendo tener que habérselas con una parte considerable del ejército francés, creyeron debian replegarse inmediatamente, para no perder ni el tiempo ni el medio de ocupar los puestos que les estaban señalados sobre la calzada de Landshut á Ratisbona, á la derecha é izquierda de Eckmühl. Nuestras dos divisiones avanzaron pues, la de Saint-Hilaire á la derecha costeano al pie de las alturas cubiertas de bosques que formaban uno de los lados del valle. La division Friant, al costear aquellas alturas llenas de tiradores de Rosenberg, tuvo mucha mas dificultad que la division Saint-Hilaire en recorrer el valle abierto del grueso Laber. Queriendo el general Friant desembarazarse de estos tiradores, mandó salir de los regimientos una masa considerable de zapadores, los cuales, conducidos por el valiente capitán de ingenieros Henratz, desalojaron á los austriacos é hicieron evacuar los bosques que amenazaban nuestra izquierda.

Siguieron marchando de este modo, Friant á lo largo de las colinas, y Saint-Hilaire al borde

del rio. Avanzando, se presentaron á la vista dos aldeas, la de Paring al pie de unas rocas, y la de Schierling al borde del agua. Preciso era tomar á ambas, y para ello, mientras que nuestros tiradores penetraban en los bosques, el general Friant encaminó el 48.º hácia la aldea de Paring. En el momento de estar dando sus órdenes con su acostumbrada resolucion y actividad, teniendo á su costado el mariscal Davout, una bala de cañon le mató el caballo. Al instante montó otro, hizo tomar á su vista la aldea de Paring á la bayoneta, y en ella recogió cuatrocientos prisioneros. En el mismo instante, el general Saint-Hilaire, dirigiendo igual ataque sobre la aldea de Schierling, la hizo tomar con el mismo vigor, y tambien se apoderó allí de algunos centenares de hombres. Entonces se descubrió á los bávaros, á la division Demont y á los coraceros de Nansouty, llegando en direccion á Landshut, gracias á las previsoras órdenes de Napoleón. Eran las doce del día, y la hora precisamente en que Napoleón acababa de entrar en Landshut.

Mientras que Friant y Saint-Hilaire avanzaban así, los cuerpos de Rosenberg y de Hohenzollern habian ido á tomar posiciones sobre las alturas que rodean al ancho Laber, en el punto mismo en que la calzada transversal de Landshut á Ratisbona corta aquellas alturas. Esta calzada, atravesando aquí el ancho Laber delante del castillo de Eckmühl, subia formando rampas por enmedio de los bosques, y desembocaba en seguida por Egglosheim en la llanura de Ratisbona. A la izquierda de esta calzada y mas arriba de Eckmühl, habia dos aldeas, las de Ober-Leuchling y Unter-Leuchling

apoyadas una en la otra y dominando un corto barranco que va á dar al ancho Laber. El cuerpo de Rosenberg había ido á situarse en estas dos aldeas, y el de Hohenzollern, teniendo una vanguardia mas allá del ancho Laber con direccion á Landshut, estaba amontonado sobre la calzada misma, á lo largo de las rampas que suben hacia Eekmühl. Se le veía perfectamente en aquella fuerte posicion, interceptando el camino que estaba encargado de defender.

El mariscal Davout se acercó, y vino á desplegarse en frente de los austriacos, á tiro de cañon, teniendo Friant á la izquierda, delante de las aldeas de Ober y de Unter-Leuchling, y Saint-Hilaire y los bávaros á la derecha, en los terrenos bajos que baña el ancho Laber. Mientras que nos desplegabamos delante de aquella posicion, avanzó una columna de húngaros como para hacer una salida contra nosotros; pero el mariscal Davout, colocado á la cabeza de su vanguardia, tenia á mano una bateria rodada, y mandó que rompiese el fuego al punto con tanta oportunidad, que la columna austriaca, agobiada bajo una lluvia de metralla, se replegó en desórden sobre la posicion por donde había querido desembocar. Los nuestros se situaron entonces en frente de los austriacos á un corto tiro de cañon, y se rompió por una y otra parte un espantoso cañoneo el cual duró varias horas sin resultado, porque no teniendo los austriacos otra mision que la de cubrir los puestos avanzados de la llanura de Ratisbona, no eran hombres que fueran á tomar la ofensiva; y por su parte el mariscal Davout, sospechando que tenia delante fuerzas considerables, probablemente al archiduque á

la cabeza de su principal ejército, no quería trabar una batalla decisiva sin órden del emperador, y sin medios suficientes. Se contentó, pues, con regularizar su posicion, con hacerla segura por aquella noche, y cómoda para el ataque de la mañana siguiente, si, como estaba persuadido de ello, ordenaba Napoleon tomar la ofensiva con medios proporcionados á la dificultad. Cuando llegó la noche, mandó cesar un fuego inútil, y los austriacos se apresuraron á seguir este ejemplo para descansar, de lo cual tenian gran necesidad. El general Friant se situó en frente de Ober-Leuchling, apoyando la izquierda en las cumbres cubiertas de bosques que nos separaban de la llanura de Ratisbona. El general Saint-Hilaire, apoyado levemente en la izquierda, se colocó delante de Unter-Leuchling, separado de los austriacos por el barranco que iba á dar en el grueso Laber. Los bávaros y la caballeria se estendieron en la llanura al borde del rio. Aquella jornada, mezclada de combates de retaguardia, toma de varias posiciones, y de un largo cañoneo, costó todavía mil cien hombres á la division Friant, y trescientos á la division Saint-Hilaire, total mil cuatrocientos, y á los austriacos tres mil á lo menos. Añadiendo con la toma de Landshut trescientos hombres por nuestra parte, y unos siete mil por parte de los austriacos, ascendió la pérdida del 21 de abril, á mil seiscientos con respecto á nosotros, y á diez mil respecto á los austriacos, entre muertos, heridos y prisioneros. Los hombres á quienes esta série de reveses desanimaba, induciéndoles á desbandarse, eran tambien numerosos por parte del enemigo.

Concluida la jornada, el mariscal envió al mo-

mento el general Piré al emperador, para que le informara con exactitud de lo que había pasado, y le manifestara lo que se descubría acerca de la posición y las fuerzas de los austriacos, en aquel laberinto de bosques y ríos, comprendidos entre Landshut y Ratisbona. El emperador, con cuidado al oír el cañoneo que sonaba á su izquierda hácia Eckmühl, no se había acostado, á fin de recibir las noticias que no podían dejar de llegarle de todos los cuerpos. Con su prodigiosa penetración, había ya descubierto en parte el estado de las cosas, y empezaba á no dudar de la posición tomada por el enemigo. En efecto, Massena que venía de Angsburgo por Pfaffenhöfen sobre Landshut, solo se había encontrado un cuerpo de algunos miles de flanqueadores, á quienes había empujado hácia adelante, y llevádoslos en desórden hasta mas allá del Isar. Las masas del archiduque Luis y del general Hiller, á las cuales se había perseguido en medio de la población de Landshut, no denotaban, ni por su número ni por ninguna otra cosa, la presencia del ejército principal. El último combate del mariscal Davout, cuya noticia acababa de llegar, aclaró del todo aquella situación. Napoleon entrevia claramente que tenía sobre su izquierda, á lo largo de la calzada que va de Landshut á Ratisbona por Eckmühl, ó al archiduque Carlos con la masa principal de sus fuerzas, ó por lo menos el ejército de Bohemia, trasportado por el puente de Ratisbona de la izquierda á la derecha del Danubio. En el primer caso, era preciso dirigirse á Eckmühl con todas sus fuerzas; en el segundo, era preciso reforzar considerablemente al mariscal Davout. Como los hombres dotados de energía de espíritu

comunican á sus resoluciones todo el calor de sus pensamientos, Napoleon, por lo que supo del combate de Leuchling, mandó partir á las dos de la madrugada los coraceros de San Sulpicio y los wurtembergenses al mando del general Vandamme, que se habían quedado algo atrás de Landshut, y tenían de consiguiente menos camino que andar para retrogradar hácia Eckmühl. Envió en seguida el general Piré al mariscal Davout, con el anuncio de este refuerzo, y la promesa de otros mas considerables cuando se hubiera aclarado definitivamente la situación.

Efectivamente, los indicios que para otro cualquiera hubieran sido una cosa confusa, se multiplicaban por momentos, y acababa de formar su convicción (1). Entre otros, le llegó uno que dissipó todas sus dudas, cual era la toma de Ratisbona por el ejército austriaco. Se acordarán nuestros lectores que Napoleon mandó al mariscal Davout dejase en Ratisbona un regimiento para guarnecer aquella ciudad, lo cual hubiera sido una falta, porque un regimiento no era bastante, sin la urgencia de marchar hacia Abensberg con la ma-

(1) La correspondencia que sostuvo durante aquella noche, y que forma una larga série de cartas, las cuales no han llegado á noticia de los historiadores, da á conocer con la mayor exactitud la multitud de ideas por las que fué pasando antes de tomar un partido, y disponer definitivamente lo que correspondía para la batalla de Eckmühl. Esa correspondencia de algunas horas es un espectáculo curiosísimo é instructivo para el estudio del espíritu humano. Yo la he leído muchas veces con cuidado, y de ellas he deducido los hechos que refiero.

vor masa posible de fuerzas. El mariscal Davout habia, pues, dejado el 65.º, regimiento escelente mandado por el coronel Coutard, con orden de establecer barricadas en las puertas y las calles de la ciudad, porque Ratisbona no tenia mas que un simple revestimiento por toda fortificacion, y de defenderse alli á todo trance. El coronel Coutard, tuvo que habérselas el 19 con el ejército de Bohemia, y le resistió á fusilazos con extraordinario vigor, con tanto, que mató mas de ochocientos hombres al enemigo; pero al dia siguiente 20, vió aparecer sobre la orilla derecha el ejército del archiduque Carlos que venia de Landshut; y se encontraba sin cartuchos, habiendo gastado todos los suyos en el combate de la víspera. Avisado el mariscal Davout le envió por el camino de Abach dos cajones de municiones conducidos por su valiente ayudante de campo, Trobriant, los cuales fueron apresados sin que pudiera entrar en Ratisbona un solo paquete de cartuchos. El coronel Coutard, acosado por dos ejércitos, no teniendo ya ni un tiro que disparar, y no pudiendo desde lo alto de los muros ó de las calles tapiadas defenderse con las bayonetas, se vió obligado á rendirse. El archiduque Carlos era, pues, dueño de Ratisbona, de las dos orillas del Danubio, y del punto de reunion con las tropas de Bohemia, lo que le indemnizaba en parte de haber sido separado del archiduque Luis y del general Hiller, pero no le indemnizaba ni de los veinte y cuatro mil hombres que ya habia perdido en tres dias, ni de su linea de operaciones arrebatada, ni sobre todo del ascendiente moral, destruido enteramente, y pasado el lado de su adversario. Asi que Napoleon supo la desgracia

del 65.º, al mismo tiempo que sintió deseos de vengarse, adquirió la conviccion que el archiduque Carlos estaba á su izquierda entre Landshut y Ratisbona, puesto que el 65.º se habia visto cogido entre dos ejércitos; que el mariscal Davout tenia delante de si en Eckmühl la mayor parte de las fuerzas austriacas, y que era preciso al instante mismo caer á la izquierda con todas las tropas de que se pudiera disponer, para apoyar al mariscal Davout y aniquilar al archiduque Carlos. Napoleon habia espedido por la noche, como se acaba de ver, el general San Sulpicio con cuatro regimientos de coraceros, y el general Vandamme con los wurtembergenses. Hizo partir inmediatamente el mariscal Lannes con los seis regimientos de coraceros del general Nansouty, y con las dos brillantes divisiones de los generales Morand y Gudin, mandándole caminar toda la noche, de modo que estuviera en Eckmühl á eso de mediodia, y pudiera dar una hora de descanso á las tropas antes de combatir. Como Napoleon nada hacia á medias, porque no comprendia á medias la verdad, quiso hacer mucho mas todavia; quiso partir él tambien con el mariscal Massena, y las tres divisiones que mandaba este mariscal, agregando ademas la soberbia division de coraceros del general España. El mariscal Davout con las divisiones Friant y Saint-Hilaire, muy reducidas por los combates del 19 y del 21, con los bávaros y la division Demont, contaba treinta dos ó treinta y cuatro mil hombres. Los generales Vandamme y San Sulpicio le llevaban trece ó catorce mil. El mariscal Lannes, con las divisiones Morand y Gudin, y los coraceros de Nansouty, le llevaba veinte y cinco mil, lo cual

formaba un total de setenta y dos mil hombres. Napoleon, seguido del mariscal Massena y los coraceros de España, iba á hacer subir á noventa mil el total de combatientes delante de Eckmühl. Era esto mas de lo que se necesitaba para aniquilar al archiduque Carlos, aun cuando estuviese ya reunido con el ejército de Bohemia. Napoleon mandó decir al mariscal Davout que llegaria con todas sus fuerzas entre doce y una del dia, que indicaria su presencia con varias salvas de artilleria, y que era preciso atacar al momento que oyese esta señal.

Antes de partir en persona, Napoleon tomó aun algunas disposiciones. Dió al mariscal Bessieres, encargado de perseguir mas alla del Isar á los dos cuerpos de Hiller, y del archiduque Luis, ademas de la caballeria ligera de Marulaz, y una porcion de la caballeria alemana, la division bávara de Wrede, y la brillante division francesa Molitor. No limitó á esto sus precauciones. Como quedaban disponibles la division Boudet, una de las cuatro de Massena, y la division Tharreau, que era la segunda de Oudinot, Napoleon las escalonó entre el Danubio y el Isar, de Neustad á Landshut, para vigilar todo lo que pudiera sobrevenir entre los dos rios, y dirigirse, ó á Neustad sobre el Danubio, si parte del ejército de Bohemia trataba de amenazar nuestra línea de operaciones, ó á Landshut sobre el Isar, si el archiduque Luis y el general Hiller, separados del generalissimo, querian reparar su derrota por medio de un cambio ofensivo contra el mariscal Bessieres.

Espedidas estas órdenes, Napoleon partió á galope acompañado del mariscal Massena, para diri-

girse á Eckmühl, uno de los campos de batalla inmortalizados por su genio. Partió al amanecer del 22. Desde el 19 no se habia dejado de combatir; pero iba á hacerse en aquel dia memorable con mucho mas vigor y mucha mas gente que los dias anteriores.

De una y otra parte, en efecto, todo se preparaba para una accion decisiva. El archiduque Carlos no podia ya conservar ninguna esperanza de atraer á sí su izquierda rechazada hasta mas allá del Isar: no debia tener mas que un deseo, el de reunirse con el ejército de Bohemia, lo cual era fácil desde la toma de Ratisbona; pero quiso á su vez intentar algo que en caso de buen éxito hubiera restablecido las probabilidades y devuelto á Napoleon lo que habia hecho á los austriacos, quitándole su línea de operaciones. Concibió, pues, el singular proyecto de intentar un ataque en tres columnas sobre Abach en la misma direccion que el mariscal Davout habia seguido para subir nuevamente de Ratisbona sobre Abensberg. Teniendo como tenia ahora vuelta la espalda hacia Ratisbona, y dando el frente hacia Landshut, con solo hacer un movimiento por su derecha sobre Abach ejecutaba este proyecto que le colocaba sobre la línea de comunicacion de los franceses; y como por otra parte hacia Abach no habia mas que la vanguardia del general Montbrun, la cual despues de haber combatido el 19 en Dizling contra el cuerpo de Rosenberg, no cesaba de escaramucear con las tropas ligeras austriacas, hubiese sido posible penetrar y desembocar sobre nuestra retaguardia. Empero el archiduque, vacilando siempre, ya por el temor de lo que podia suceder á toda empresa atre-

vida ante un adversario como Napoleón, ya por el de comprometer un ejército en el cual descansaba la salvación de la monarquía, anduvo tan á tuestas en la ejecución de aquella nueva empresa, que hizo imposible el éxito. Desde luego, para dar al general Kollowraht, separado del ejército de Bohemia, tiempo de pasar el Danubio, decidió que el ataque no empezaría hasta de doce á una, momento escogido por Napoleón para forzar el paso de Eckmühl. A sus tropas las distribuyó en tres columnas: la primera, compuesta del cuerpo de Kollowraht, y teniendo por vanguardia parte de la brigada Vecsay, debía marchar de Burg-Weinting sobre Abach; constaba de veinte y cuatro mil hombres. La segunda, compuesta de la división Lindenau y el resto de la brigada Vecsay, debía marchar por Weilhoe sobre Peising, mandada por el príncipe Juan de Liechtenstein; tenía doce mil hombres, y á su frente el archiduque generalísimo. La tercera, en fin, que constaba de cerca de cuarenta mil hombres y se componía del cuerpo de Rosenberg que estaba situado en las aldeas de Ober y de Unter-Leuchling, de cara al mariscal Davout, del cuerpo de Hohenzollern, que interceptaba la calzada de Eckmühl, de los granaderos de la reserva y de los coraceros que guardaban la entrada de la llanura de Ratisbona hacia Egglofsheim, debía permanecer inmóvil y defender contra los franceses el camino de Landshut á Ratisbona, mientras que las dos columnas harían un esfuerzo sobre Abach. El archiduque se preparaba, pues, á tomar la ofensiva por su derecha, compuesta de treinta y seis mil hombres, mientras que su izquierda, compuesta de cuarenta mil, se mantendría á la defensiva en la mitad de la

cuesta de las alturas que separan el ancho Laber del valle del Danubio. Napoleón por su parte, yendo á socorrer al mariscal Davout sobre Eckmühl iba á caer sobre esta izquierda con todas sus fuerzas, de modo que los dos generales enemigos operaban sobre las comunicaciones de unos y otros; pero el primero titubeando, y el segundo con vigor irresistible. Esta izquierda del archiduque, que debía disputarnos el camino de Ratisbona en las cercanías de Eckmühl, estaba dispuesta como sigue. El cuerpo de Rosenberg se hallaba situado en la mitad de la cuesta sobre las alturas que rodean el Laber, detrás de las aldeas de Ober-Leuchling y Unter-Leuchling, flanqueando la calzada de Ratisbona. Algo más lejos y más abajo se hallaba el cuerpo de Hohenzollern ocupando los bordes del ancho Laber, el castillo de Eckmühl y las rampas que forma la calzada de Ratisbona más arriba de este castillo. A la parte opuesta, en medio de la llanura de Ratisbona, se mantenían los coraceros y granaderos en masa, delante y detrás de Egglofsheim. Frente á las dos aldeas de Ober y Unter-Leuchling, después en la calzada de Eckmühl, y al fin en la llanura de Ratisbona, era, pues, donde debía darse la acción.

Hasta las ocho envolvió una espesa niebla aquel campo de batalla, de un aspecto sumamente agreste, y donde iba á correr la sangre de tantos miles de hombres. Así que se desvaneció la niebla, se prepararon de una y otra parte, unos á la defensa, y otros al ataque. El mariscal Davout dispuso hacia su izquierda la división Friant para dirigirla sobre las cumbres cubiertas de bosques en que se apoyaban las dos aldeas Ober y Unter-Leuchling,

y hacia su derecha la division Saint-Hilaire para atacar de frente las dos aldeas que los austriacos ocupaban en número considerable. Mas á la derecha y mas bajo, sobre el borde del ancho Laber, formó en fila la caballeria bávara y de wurtembergensa, y detrás las divisiones de coraceros franceses que habian ya llegado. Los austriacos por su parte se situaban lo mejor que podian sobre las alturas que tenían que defender. El principe de Rosenberg habia mandado tapiar la aldea de Unter-Leuchling, que era la mas amenazada de las dos, colocado parte de sus fuerzas en lo interior de estas dos aldeas, y el resto sobre una meseta cubierta de arbolado que las dominaba. Para enlazarse con la calzada de Eckmühl, que pasaba detrás de él, habia desplegado sobre una colina el regimiento de Czartorisky, con mucha artilleria, de modo que pudiera surcar con sus disparos todo el valle por donde debian presentarse los franceses. La brigada Biber, del cuerpo de Hohenzollern, estaba en masa cerrada á lo largo de la calzada por encima de Eckmühl, mientras que Wukassovich ocupaba con varios destacamentos la otra orilla del ancho Laber, esperando á los franceses que vinieran de Lands-hut. Antes de medio dia ni un tiro turbó los aires; solamente se divisaban movimientos de hombres y caballos, y sobre aquellas colinas cubiertas de bosques, en medio de aquellas praderas húmedas y verdecidas, se veia destacarse en largas líneas blancas las masas del ejército austriaco.

A eso de medio dia aparecieron en direccion de Landshut espesas columnas de tropas: eran las divisiones Morand y Gudin precedidas de los wurtembergenses y seguidas de los mariscales Lannes

y Massena, asi como de Napoleon, que acudian á galope. Las tropas francesas que llegaban de Landshut desembocaban por Buchhausen, de una cordillera de colinas situada frente por frente á Eckmühl, y que formaba el ribazo opuesto del valle del ancho Laber. Sin que se hubiera hecho la señal convenida, el encuentro de las vanguardias anunció el principio del combate. Los wurtembergenses, al desembocar de Buchhausen, fueron acogidos con metralla, disparada por una batería de Wukassovich, y con cargas de su caballeria ligera. Rechazados al pronto, pero conducidos de nuevo al momento por el valiente Vandamme, y sostenidos por las divisiones Morand y Gudin, tomaron á Lintach, rodearon el ancho Laber delante de Eckmühl; y se enlazaron por su izquierda con la division Demont y los bávaros. A su derecha, los puestos avanzados de la division Gudin vinieron á esparcirse entre Deckenbach y Zaitzkofen, frente por frente á Eckmühl y Rohing.

Al primer cañonazo disparado en las vanguardias el intrépido Davout puso en movimiento sus dos divisiones. La artilleria francesa vomitó desde luego una lluvia de proyectiles sobre todo el frente de los austriacos, y los obligó á encerrarse en las aldeas de Unter y Ober-Leuchling. Las divisiones Friant y Saint-Hilaire avanzaron en orden la primera á la izquierda sobre los bosques en que se apoyaba la derecha del cuerpo de Rosenberg, y la segunda á la derecha sobre las aldeas de Ober-Leuchling y Unter-Leuchling, situadas ambas á un tiro de fusil. Un fuego mortífero de mosqueteria cayó sobre la division Saint-Hilaire en su movimiento contra las dos aldeas, pero no estremeció

siquiera á aquella tropa veterana, mandada por el valiente Saint-Hilaire, conocido en el ejército por el sobrenombre de *el caballero sin miedo y sin tacha*. La aldea del Ober-Leuchling, mas hundida en el barranco y menos difícil de abordar, fué la primera que se tomó. La de Unter-Leuchling, mas afuera, mas escarpada y tapiada interiormente, fué defendida enérgicamente por los austriacos. El 10.º de lijeros, que estaba encargado de dar el ataque, espuesto al doble fuego de la aldea y del bosque que habia sobre ella, perdió en un instante quinientos hombres entre muertos y heridos. Sin turbarse penetró en la aldea, á pesar de las barricadas, mató á bayonetazos todo cuanto se le resistió é hizo varios centenares de prisioneros. Los regimientos de Bellegarde y de Reus-Graitz que nos habian disputado las dos aldeas, se retiraron entonces hácia atrás sobre la colina cubierta de bosques y allí se defendieron con nuevo vigor. Durante este tiempo habia atacado la division Friand en la izquierda los bosques con los que estaban enlazadas las dos aldeas, y habia rechazado á los regimientos de Chasteler, el archiduque Luis y Coburgo, que formaban la derecha del príncipe Rosenberg. Despues de un fuego mortífero de tiradores, el 48.º y el 111.º conducidos por el general Barbanegre, se arrojaron, con bayoneta calada, en todos los claros de los bosques ocupados por las masas austriacas y deshicieron á estas. El cuerpo de Rosenberg empujado así por una parte hácia los bosques que coronaban la cordillera, y por otra hasta mas allá de las dos aldeas, sobre la meseta cubierta de bosques que las dominaba, fué rechazado hácia la cortadura por medio de la cual pasaba

la calzada de Eckmühl, y retirado á aquel punto, procuro mantenerse en él. En este momento, abajo, á la derecha y delante del Eckmühl, empezaban los ataques con igual vigor. Mientras que la caballería de los hávaros, apoyada por nuestros coraceros, cargaba en la pradera á la caballería de los austriacos, los peones wurtembergenses se habian lanzado sobre Eckmühl para quitárselo á la infantería de Wukassovich. Asaltados por una lluvia de balas disparadas desde las murallas del castillo, no se desanimaron, y volviendo á la carga, lo tomaron. Entonces se descubrió la calzada cuyas rampas subian al monte, cubierta de espesas masas de infantería y de caballería. Por un lado en la izquierda se veían los restos de Rosenberg defendiendo la meseta situada por cima de las aldeas de Ober y Unter-Leuchling, y por el otro á la derecha las alturas cubiertas de bosque de Roking, donde estaba situada parte de la brigada Biber. Era preciso, pues, tomar aquellos puntos, y partir en dos las masas que interceptaban la calzada.

Napoleon, acompañado de Lannes y Massena, ordenó el ataque decisivo, mientras que el general Cervoni, bravo oficial, al desdoblar un mapa á su vista, caía herido por una bala de cañon. Lannes condujo á la derecha la division Gudin sobre las alturas cubiertas de bosques de Roking, y esta division pasó el ancho Laber en el punto de Stanglmühle, por un lado trepó directamente á las alturas de Roking, y por el otro, prolongando su movimiento á derecha, dejó atrás aquellas alturas, y se las quitó una tras otra á la brigada Biber, que las disputó palmo á palmo. Sobre la calzada, la caballería se lanzó á su vez hácia aquel terreno que

presentaba una cuesta bastante empinada y que estaba cubierta de una espesa columna. Los ginetes bávaros y wurtembergenses fueron los primeros que cargaron y que tuvieron un choque con la caballería ligera de los austriacos. Precipitándose esta con valentía sobre un terreno que formaba una cuesta, acosó á nuestros aliados hasta el borde del ancho Laber; pero los coraceros franceses acudieron en su socorro, subieron la cuesta á galope y llegaron á la cumbre de la calzada en el momento en que la infantería de Gudin, dueña de la altura de Roking, aparecía en la cima. Esta infantería, al ver á los coraceros franceses subir la calzada á galope, y romper las filas de los austriacos á pesar de la desventaja del terreno, se puso á palmotear, gritando: ¡vivan los coraceros!

En la izquierda continuaba la lucha entre Saint-Hilaire y los regimientos de Bellegarde y de Reuss-Gratz, que se disputaban la meseta cubierta de bosques mas arriba de Leuchling. Saint-Hilaire penetró en él al fin, arrojó de allí á los dos regimientos, y los rechazó sobre la calzada. Al ver esto los valientes generales Stutterheim y Sommariva se lanzaron con la caballería ligera de Vincent y los húsares de Stipsicz sobre la infantería de Saint-Hilaire; pero esta los detuvo presentándoles la bayoneta, los llevó al borde de la calzada de Ratisbona, y la coronó por una parte, mientras que la infantería de Gudin la coronaba por la otra. La caballería austriaca, amontonada entonces en la calzada, hizo nuevos esfuerzos contra la masa de nuestros ginetes, cargó, sufrió una carga á su vez, y acabó por ceder el terreno.

A aquellas horas el obstáculo estaba forzado

por todas partes, y la calzada de Ratisbona nos pertenecía, porque en la izquierda, atravesando Friant el bosque que coronaba la cordillera descendía ya sobre el vértice de las alturas, y en la derecha Gudin, salvando tambien esta cordillera empezaba á desembocar en la llanura de Ratisbona hácia Gailsbach. Las tropas de Rosenberg y Hohenzollern que asomaban á derecha é izquierda, fueron á buscar un abrigo detrás de la masa de coraceros austriacos que estaba formada en batalla en Egglofsheim; y nuestra caballería los siguió al trote, teniendo á la izquierda la infantería de Friant y Saint-Hilaire, y á la derecha la de Gudin. Eran las siete de la tarde y se acercaba la noche, cuando detrás de los ginetes bávaros y wurtembergenses, nuestros aliados, desembocaban en masa, haciendo resonar la tierra bajo el peso de los caballos, los diez regimientos de coraceros de Nansouty y de San Sulpicio. Era inevitable un terrible choque entre las dos caballerías, la una queriendo cubrir la llanura en la que se replegaba en aquel momento el archiduque Carlos, y la otra queriendo conquistar esa llanura para terminar en ella su victoria al pie de los muros de Ratisbona. Mientras que nuestros coraceros avanzan por la calzada flanqueados por la caballería aliada, contra los coraceros austriacos situados tambien en la calzada, y flanqueados por su caballería ligera, la masa de enemigos se pone en movimiento á la luz del crepúsculo. Los coraceros de Gottesheim caen á galope sobre los coraceros franceses. Estos, esperando con sangre fría á sus adversarios, hacen una descarga general, y luego, lanzándose á su vez parte de ellos, cogen de costado á los coraceros

enemigos, los deshacen y los persiguen á muerte. Entonces, los coraceros austriacos llamados del Emperador, vienen á socorrer á los de Gottesheim; pero los nuestros los reciben y los rechazan. Los valientes húsares de Stipsicz quieren prestar apoyo á su caballería pesada, y no temen arrojarse sobre nuestros coraceros; pero despues de un honroso esfuerzo, son arrollados como los demás, y dispersa toda la masa de caballería austriaca, huye hasta mas allá de Egglofsheim sobre Kofering. Mientras que nuestros ginetes siguen la calzada á galope, los de los austriacos, hallando la llanura pantanosa, quieren volver á ganar la calzada, se mezclan así al torrente de los nuestros, y caen en nuestras filas. Entonces se traban una multitud de combates particulares al tibio resplandor de la luna, y en medio de la oscuridad que empieza no se oye otra cosa que el ruido de los sables sobre las corazas, el grito de los combatientes y las pisadas de los caballos. Cubiertos nuestros coraceros por todas partes con sus dobles corazas, les cuesta menos trabajo defenderse que á los austriacos, quienes llevando únicamente coraza en el pecho, caen en gran número á los golpes de punta que reciben por la espalda. Una multitud de estos desventurados son así heridos: hacia veinte años que no se habia visto una escena de desolacion como aquella.

Entretanto, siendo ya completamente oscuro, se hace prudente detener el combate, porque al avanzar se puede encontrar en desorden al ejército del archiduque replegándose sobre Ratisbona, y arrojarlo al Danubio; pero tambien se puede encontrarlo formado en orden de batalla y en masa al pie de las murallas de aquella ciudad, y en posi-

cion de detener á unos vencedores que desembocan sin uniformidad á través de varias salidas del valle del ancho Laber. Napoleon llega en este momento á Egglofsheim con Massena y Lannes, y despues de unos cuantos instantes de deliberacion, llevado del partido mas prudente, deja para la mañana siguiente el dar una segunda batalla, si el archiduque se mantiene firme delante de Ratisbona, ó el perseguirle mas allá del Danubio si se retira detrás de este río. Da, pues, la orden de vivaquear cada uno en el sitio que ocupa. Esto era obrar con prudencia, porque las tropas se morian de cansancio, sobre todo, las que venian de Lands-hut. Ademas, solo habian llegado los wurtembergenses, Morand y Gudin, porque las tres divisiones de Massena se hallaban todavia atrás.

La jornada del 22, llamada batalla de Eckmühl, y que merece el título de batalla por el número de tropas que en el lance tomaron parte, y por la importancia decisiva del suceso, nos costó unos dos mil quinientos hombres fuera de combate, la mayor parte de ellos pertenecientes á las divisiones Friant y Saint-Hilaire, las cuales por su conducta en aquellos cuatro dias obtuvieron para su gefe el título de duque de Eckmühl, título glorioso bien justamente adquirido. A los austriacos les costó cerca de seis mil muertos ó heridos, gran número de bocas de fuego, y de tres á cuatro mil prisioneros cogidos por la noche en las aldeas que atravesaban los nuestros á medida que el ejército austriaco iba batiéndose en retirada. Esta batalla habia separado definitivamente al archiduque Carlos de los cuerpos de Hiller, y el archiduque Luis, y le habia rechazado en desorden sobre la Bohe-

mia, despues de quitarle su línea de operaciones, la Baviera y el camino real de Viena.

Napoleon, por la primera vez, al cabo de cuatro dias, pudo tomar un momento de descanso, y lo tomó bien corto, porque queria acabar á la mañana siguiente la serie de sus grandes y brillantes operaciones. Sospechaba, por lo demas, que no tendria que dar batalla, y que el archiduque Carlos pasaria el Danubio á toda prisa, pero pretendia hacerle difícil, y aun funesto el paso, á ser posible.

Por su parte, el archiduque Carlos, que se habia detenido en su movimiento sobre Abach al saber la desgracia de su izquierda, y que nada habia hecho á tiempo para evitarla, consternado y sintiendo vivamente entonces no haber perseverado mas en su resistencia á la política de la guerra, no tenia otra cosa que hacer sino atravesar pronto el Danubio para reunirse con el ejército de Bohemia, cuya mitad habia ya reunido bajo el mando de Kollowrath, y bajar en seguida el ancho rio austriaco por una orilla, mientras que Napoleon lo bajase por la otra. Dar una batalla con el Danubio á la espalda, hubi ese sido una falta contra las reglas de la guerra, y una falta que no tenia absolutamente disculpa en el estado del ejército austriaco, que aunque se hubiese conducido bien, conocia su inferioridad respecto al ejército francés. La caballeria del archiduque Carlos, por otra parte, era muy poco numerosa para disputar á la caballeria francesa la vasta llanura en que se hallaba. El archiduque resolvió, pues, pasar sin tardanza el Danubio, sea por el puente de piedra de Ratisbona, sea por uno de barcas echado algo mas aba-

jo de aquella ciudad, por medio de un material de pasage que el ejército de Bohemia habia llevado consigo. Se decidió que el cuerpo de Kollowrath, dirigido sobre Abach por la mañana, y vuelto por la noche de Abach sobre Burg-Weinting, protegeria la retirada, porque no habiendo aun trabajado, estaba menos cansado que los demas. El grueso del ejército debia atravesar á Ratisbona, y pasar el Danubio por el puente de aquella ciudad, mientras que el cuerpo de reserva pasaria por el puente de barcas echado mas abajo, y la caballeria evolucionaria en la llanura, para ocupar á los franceses andando á sablazos con ellos.

A la mañana siguiente, 23, se ejecutaron las disposiciones del archiduque con bastante orden y buen éxito. Mucho antes que amaneciera los diferentes cuerpos del ejército atravesaron á Ratisbona, mientras que el general Kollowrath, retirándose lentamente hácia la ciudad, daba tiempo para desfilar á las tropas del archiduque. Los granaderos se habian aglomerado mas arriba de Ratisbona para verificar el paso, y la caballeria maniobraba entre Ober-Traubling y Burg-Weinting.

Los franceses por su parte, se pusieron en movimiento muy temprano, despiertos con la victoria casi tanto como los austriacos con la derrota. Asi que se pudo distinguir los objetos, la caballeria lijera, por mandado de Napoleon, se adelantó, como por via de reconocimiento sobre la caballeria austriaca, para saber si habia que dar una batalla, ó que perseguir á fugitivos. La caballeria austriaca, que en aquellas circunstancias no habia cesado de conducirse con la mayor abnegacion, se precipitó sobre la nuestra, y se trabó en-

tre las dos una nueva lucha, en la que se confundieron espantosamente todas las armas. Los ginetes austriacos perdieron por este noble entusiasmo cerca de un millar de hombres; pero retirándose siempre sobre la ciudad, por medio de la cual desfilaban á galope, llamaron nuestra atención por aquella parte, y consiguieron de este modo impedirnos que viéramos el puente de barcas, por el que iban pasando los granaderos. Un destacamento de caballería ligera lo descubrió al fin, y señaló el hecho á la artillería de Lannes, la cual acudió á galope y se puso á batir á los austriacos. Se mató allí gran número de granaderos, se ahogó á muchos otros, y se destruyó el puente, cuyas barcas desunidas e incendiadas no tardó en arrastrar el Danubio; pero el grueso de las tropas pudo retirarse, á escepcion de algunos centenares de hombres que perdieron. El mariscal Davout en la izquierda con las divisiones Friant y Saint-Hilaire, el mariscal Lannes en la derecha con las divisiones Morand y Gudin y la caballería en el centro, no desembocaron sobre la ciudad hasta el momento en que los últimos batallones austriacos la atravesaban. Inmediatamente se cerraron las puertas á nuestros zapadores.

Napoleon queria entrar allí el mismo dia, ya para vengar la derrota del 65.º de línea, ya para tomar el puente del Danubio, y asegurarse de este modo el medio de seguir á Bohemia al archiduque Carlos. Estaba circuida la ciudad de una simple muralla, con torreones de distancia en distancia, y un ancho foso. No podia dar lugar á un sitio regular; pero defendida por mucha gente, podia sostenerse algunas horas, hasta algunos dias, y entibiar

singularmente nuestra persecucion. Napoleon mandó que la artillería de los mariscales Davout y Lannes, sacada de las filas, se colocara en línea abierta para derribar los muros de aquella desgraciada ciudad. Un gran número de piezas de grueso calibre empezó á vomitar bombas al momento, y varios cuarteles se incendiaron.

Impaciente Napoleon por acabar de una vez con aquella resistencia, se habia acercado á Ratisbona, en medio de un fuego de tiradores que sostenian los austriacos desde las murallas, y los franceses al pie del foso; y mientras que observaba los parages con un anteojo, recibió una bala en el tobillo. «Estoy herido», dijo con la sangre fria propia de un veterano. Lo estaba efectivamente, y de un modo que hubiera podido ser peligroso, porque si la bala hubiese dado mas arriba, le hubiese roto el pie, y hubiera sido inevitable hacerle la amputacion. Los cirujanos de la guardia acudieron á donde se hallaba, sacáronle la bota, y le pusieron un ligero aparato sobre la herida, la cual era poco grave. Al saberse que el emperador estaba herido, los soldados de los cuerpos mas inmediatos rompieron filas espontáneamente, para dirigirle de mas cerca ruidosas muestras de cariño, porque no habia uno que no creyera estaba ligada su existencia á la suya. Napoleon, dando la mano á los que estaban mas próximos, les afirmó que no era nada, volvió á montar á caballo inmediatamente, y recorrió el frente del ejército para tranquilizarlo. Fue aquello un delirio de júbilo y entusiasmo: todos le victorearon, saludando en él al dichoso vencedor de Eckmühl, á quien la muerte acababa apenas de rozar, para hacer saber al ejército que

el peligro era comun, y que si prodigaba su vida, no miraba por la suya. Pasó por delante de los cuerpos que mejor se habian portado, hizo salir de las filas á los oficiales y aun á los soldados distinguidos por su valor, y á todos les dió recompensas. Hubo simples soldados que recibieron dotaciones de 500 francos de renta.

Sin embargo, como no todo se reducía para él á felicitaciones, y era preciso acabar de vencer, enviaba ayudantes y mas ayudantes de campo al mariscal Lannes para acelerar la toma de Ratisbona. Aquel intrépido mariscal se habia acercado á la puerta de Straubing, y hecho asestar todos los disparos de su artillería sobre una casa saliente que dominaba el circuito. Derribada á poco esta casa por las bombas, cayó en el foso; y lo llenó en parte. Desde entonces no era ya tan difícil vencer el obstáculo, pero quedaba siempre que salvar un doble escarpado, sea para bajar al foso, sea para subir á la muralla frente por frente, cuando todavía estaba á medio derribar. Habiéndose proporcionado algunas escalas, apoderáronse de ellas granaderos del 85.^o, y las colocaron al borde del foso, pero cada vez que aparecía uno de ellos, disparos hechos con gran puntería, le derribaban en tierra. Despues de haber sido heridos de este modo algunos hombres, los otros empezaron como á vacilar. Entonces Lannes, avanzando enteramente cubierto de condecoraciones, cogió una de las escalas, y gritó: «Ahora vereis que vuestro mariscal, por muy mariscal que sea, no ha dejado de ser un granadero.» Al ver esto sus ayudantes de campo Marbot y Labedoyere, se lanzan y le arrebatan la escala de las manos. Los granaderos

los siguen, toman las escalas, se precipitan en tropel sobre el borde del foso, y bajan á él. Los tiros del enemigo, disparados á un tiempo sobre mayor número de hombres y con mas precipitación, no tienen ya la misma puntería, de suerte que se pasa el foso, y se escala el muro medio derribado por nuestras bombas. Los granaderos del 85.^o, siguiendo á Mrs. Labedoyere y Marbot, penetran así en la ciudad, se dirigen hácia una de las puertas, y la abren al 85.^o, que entra en Ratisbona formado en columna. La ciudad es nuestra: nuestros soldados corren de calle en calle bajo el fuego de fusilería, recogiendo por todas partes prisioneros; pero de pronto se detienen al oír un grito de terror que sale de los austriacos. «¡Tened cuidado, porque si no todos vamos á volar por los aires!», esclama un oficial. Habia efectivamente en una calle barriles de pólvora que habian dejado allí, y que podian saltar con el fuego hecho por una y otra parte. De comun acuerdo se paran, echan á rodar estos barriles de modo que puedan ponerlos al abrigo del incendio, y se libertan tanto unos como otros de un peligro mortal. Los austriacos se retiran en seguida, y abandonan la ciudad á nuestras tropas.

Aquella jornada costó al enemigo unos dos mil hombres fuera de combate, y de seis á siete mil prisioneros. Era la quinta desde que se abrió la campaña. Echemos una mirada sobre esos cinco dias tan ricos en hechos de armas. El 19 de abril, el mariscal Davout volviendo á subir el Danubio de Ratisbona á Abensberg, se encontró en Tengen al archiduque Carlos, le hizo frente, y le obligó á pararse. El 20, Napoleon, reuniendo la mitad del

cuerpo del mariscal Davout á los bávaros y wurtembergenses, mientras que atraia el mariscal Massena al punto comun de Abensberg, rompió hácia Rohr la línea de los austriacos, y separó al archiduque Carlos del general Hiller y del archiduque Luis. El 21 siguió este movimiento, y separó definitivamente las dos masas enemigas, tomando Landshut y la línea de operaciones de los austriacos, mientras que el mismo día el mariscal Davout, formando á la izquierda la perpendicular de sus movimientos, volvía á encontrar y contenía al archiduque Carlos en Leuchling. El 22, advirtiéndole que el archiduque Carlos no se habia retirado por Landshut, sino que se encontraba á su izquierda hácia Eckmühl delante del cuerpo del mariscal Davout, tomó repentinamente una determinación, cayó sobre Eckmühl, y, en aquella batalla, dada al extremo de la línea enemiga, des hizo y acosó á los austriacos hácia Ratisbona. El 23, en fin, terminaba esta lucha de cinco dias tomando á Ratisbona y arrojando á Bohemia al archiduque Carlos, reunido al ejército de Bellegarde, pero separado del de Hiller y del archiduque Luis. Además de la ventaja de abrirse el camino de Viena que defendian á lo mas de treinta y seis ó cuarenta mil hombres desmoralizados, de haber cogido el inmenso material que se hallaba en la línea principal de operaciones del enemigo, de haber rechazado al archiduque Carlos á los desfiladeros de la Bohemia, donde debia estar paralizado por mucho tiempo, de haber vuelto, en fin, á sus armas todo ascendiente, Napoleón habia destruido ó hecho prisioneros unos sesenta mil hombres, y apoderándose de unas cien piezas de artillería. De estos se-

senta mil hombres, cerca de cuarenta mil habian sucumbido bajo el fuego de nuestros infantes, ó acuchillados por nuestros ginetes (1). Y todo esto lo habia conseguido Napoleón gobernándose en medio de una confusión nunca vista de sitios y hombres, según los verdaderos principios de la guerra. No hay duda que dando mas á la casualidad, dejando al archiduque correrse sobre Ratisbona, sin atraer á sí al mariscal Davout, hubiera podido Napoleón arrojarle por la espalda sobre el enemigo por Laneqwaid y Eckmühl, y quizá hacer prisionero en un dia á todo el ejército austriaco, pero además de que era preciso adivinar el secreto de esta situación, lo cual á nadie le es dado, Napoleón hubiera faltado á los buenos principios permaneciendo dividido en presencia de un enemigo reconcentrado, y proporcionándole con esto la posibilidad de un gran triunfo. Al contrario, trayendo á un punto comun al mariscal Davout por su izquierda, y al mariscal Massena por su derecha, se puso en estado de hacer frente á todo, cualesquiera que fuesen los riesgos de los acontecimientos, y pudo cortar delante de él la línea enemiga, penetrar hácia Landshut luego caer por la izquierda, y destruir definitivamente en Ratisbona al gran ejército austriaco. Si nos atreviéramos á ello, añadiríamos que vale casi mas haber triunfado algo menos conformándose con los verdaderos principios de la guerra, los cuales no son despues de todo sino las reglas del buen sentido, haber triunfado algo menos, declamos, pero sin correr ningun riesgo gra-

(1) Doy estos números despues de haber reducido todas las exageraciones de los boletines.

ve, que haber triunfado mas dejando demasiado á la casualidad. Nunca hubiera sucumbido Napoleon, si hubiese dirigido la política como en esta época dirigió la guerra. Por lo demas, el Austria iba á quedar abatida con tan terribles golpes, comprimi- da la Alemania, y la Europa contenida. Nunca me- jor que entonces mereció Napoleon ser favorecido por la fortuna, la cual en aquellos cinco dias se le mostró al parecer otra vez propicia del todo.



LIBRO TREINTA Y CINCO.

Wagram.

Empiezan las hostilidades en Italia.—Entrada imprevista de los austriacos por el Pontebu, Cividala y Goriza.—Sorpresa del principe Eugenio que no esperaba le atacasen hasta fines de abril.—Se repliega sobre el Livenza con las dos divisiones que tenia á mano, y consigue reunir allí parte de su ejército.— Toma en Pordenona de la vanguardia del general Sahuc.—El ejército pide la batalla á voz en grito.—El principe Eugenio, arrastrado por el calor de sus soldados, se decide á combatir antes de haber reunido todas sus fuerzas y en un mal terreno.— Batalla de Sacila perdida el 16 de abril.—Retirada hácia el Adridge.—Levantamiento del Tirol.—El ejército francés reconcentrado detras del Adridge, se reorganiza allí bajo la direccion del general Macdonald dado por consejero al principe Eugenio.— La noticia de los acontecimientos de Ratisbona obliga al archiduque Juan á tomar retirada.—Acósale el principe Eugenio.— Paso del Piava á viva fuerza, y pérdida considerable por parte de los austriacos.—Sucesos de Polonia.—Hostilidades impre- vistas en Polonia lo mismo que en Baviera y en Italia.—José Poniatowski da al pie de las murallas de Varsovia un combate obstinado con los austriacos.—Abandona esta capital de resul- tas de un convenio, lleva la guerra á la derecha del Vistula, y hace sufrir á los austriacos numerosos descalabros.—Insurrec- cion en Alemania.—Desercion del mayor Schill.—Conducta de Napoleon despues de los sucesos de Ratisbona.—Su inquietud

ve, que haber triunfado mas dejando demasiado á la casualidad. Nunca hubiera sucumbido Napoleon, si hubiese dirigido la política como en esta época dirigió la guerra. Por lo demas, el Austria iba á quedar abatida con tan terribles golpes, comprimida la Alemania, y la Europa contenida. Nunca mejor que entonces mereció Napoleon ser favorecido por la fortuna, la cual en aquellos cinco dias se le mostró al parecer otra vez propicia del todo.



LIBRO TREINTA Y CINCO.

Wagram.

Empiezan las hostilidades en Italia.—Entrada imprevista de los austriacos por el Pontebu, Cividala y Goriza.—Sorpresa del principe Eugenio que no esperaba le atacasen hasta fines de abril.—Se repliega sobre el Livenza con las dos divisiones que tenia á mano, y consigue reunir allí parte de su ejército.—Toma en Pordenona de la vanguardia del general Sahuc.—El ejército pide la batalla á voz en grito.—El principe Eugenio, arrastrado por el calor de sus fuerzas y en un mal terreno.—Batalla de Sacila perdida el 16 de abril.—Retirada hácia el Adridge.—Levantamiento del Tirol.—El ejército francés reconcentrado detras del Adridge, se reorganiza allí bajo la direccion del general Macdonald dado por consejero al principe Eugenio.—La noticia de los acontecimientos de Ratisbona obliga al archiduque Juan á tomar retirada.—Acósale el principe Eugenio.—Paso del Piava á viva fuerza, y pérdida considerable por parte de los austriacos.—Sucesos de Polonia.—Hostilidades imprevisas en Polonia lo mismo que en Baviera y en Italia.—José Poniatowski da al pie de las murallas de Varsovia un combate obstinado con los austriacos.—Abandona esta capital de resultados de un convenio, lleva la guerra á la derecha del Vistula, y hace sufrir á los austriacos numerosos descalabros.—Insurreccion en Alemania.—Desercion del mayor Schill.—Conducta de Napoleon despues de los sucesos de Ratisbona.—Su inquietud

al saber las noticias de Italia, que el príncipe Eugenio tarda demasiado en comunicarle.—Avanza no obstante en Baviera, seguro de repararlo todo por medio de una marcha rápida sobre Viena.—Motivos por que no persigue al archiduque Carlos en Bohemia y se dirige al contrario hácia la capital de Austria por la línea del Danubio.—Marcha combinada de un modo admirable.—Paso del Inn, el Traun y el Ens.—El archiduque Carlos quiere volver á pasar de Bohemia á Austria, y reunirse con el general Hiller y el archiduque Luis detras del Traun, pero se le anticipa Massena en Linz.—Espantoso combate de Ebersberg.—No pudiendo llegar á tiempo el archiduque Carlos ni á Linz ni á Krems, los cuerpos austriacos que defendían la Alta Austria se ven obligados á pasar otra vez el Danubio en Krems, y á dejar sin protección la ciudad de Viena.—Llegada de Napoleón al pie de las murallas de esta capital el 10 de mayo, al mes de haberse roto las hostilidades.—Entrada de los franceses en Viena después de una resistencia muy corta por parte de los austriacos.—Efecto que este suceso causa en Europa.—Miras de Napoleón para acabar de destruir los ejércitos enemigos.—Cómo escalona sus cuerpos para impedir que los archiducos hagan una tentativa por la espalda, y para preparar una reconcentración súbita de sus fuerzas con el fin de dar una batalla decisiva.—Necesidad que hay de pasar el Danubio para juntarse al archiduque Carlos, que está acampado frente por frente á Viena.—Preparativos para ese paso difícil.—En este intervalo, desahogado el ejército de Italia con los progresos del ejército de Alemania, ha tomado la ofensiva y marchado adelante.—El archiduque Juan vuelve á pasar los Alpes Norisicos y Julianos medio debilitado, y dirige las fuerzas que le quedan hácia Hungría y la Croacia.—Evacuación del Tirol y sumisión momentánea de esta provincia.—Toma Napoleón la resolución definitiva de pasar el Danubio, y acabar de destruir al archiduque Carlos.—Dificultad de esta operación en presencia de un ejército enemigo de cien mil hombres.—Escoge la isla de Lobau, situada en medio del Danubio, para disminuir la dificultad del paso.—Puentes echados sobre el ancho brazo del Danubio en los días 19 y 20 de mayo.—Puente echado el 20 en el brazo angosto.—Empieza á pasar el ejército.—Apenas está en movimiento, cuando le sale al encuentro el archiduque Carlos.—Batalla de Essling, una de las más terribles del siglo.—El paso interrumpido muchas veces por una avenida repentina del Danubio, se imposibilita definitivamente por la ruptura total del puente grande.—Privado el ejército francés de la mitad de sus fuerzas y desprovisto de municiones, sostiene el 21 y el 22 una lucha heroica, para no verse arrojado en el río.—Muerte de Lannes y Saint-Hilaire.—Conducta memorable de Massena.—Al cabo de cuarenta horas de esfuerzos impotentes, desesperando el archiduque Carlos de poder arrojar en el Danubio al ejército francés, lo deja entrar pacíficamente en la isla de Lobau.—Carácter de esta batalla espantosa.—Inercia del archiduque Carlos, y prodigiosa actividad de Napoleón durante los días que se siguieron

á la batalla de Essling.—Esfuerzos que hace este último para restablecer los puentes con el fin de que el ejército francés volviera á pasar á la margen derecha del Danubio.—Feliz empleo de los marinos de la guardia.—Napoleón se ocupa en crear nuevos medios de paso, y atraer á sí los ejércitos de Italia y Dalmacia, para terminar la guerra con una batalla general.—Marcha afortunada del príncipe Eugenio Macdonald y Marmont para reunirse con el ejército grande en el Danubio.—Posición que Napoleón hace tomar al príncipe Eugenio sobre el Raab, con el doble objeto de atraerle donde él está y alejar al archiduque Juan.—Encuentro del príncipe Eugenio con el archiduque Juan al pie de los muros de Raab, y victoria conseguida el 14 de junio.—Toma de Raab.—Reunión definitiva del príncipe Eugenio, Macdonald y Marmont al ejército grande.—Alternativas en el Tirol, Alemania y Polonia.—Precauciones de Napoleón relativas á estas diversas comarcas.—Inacción de los rusos.—Napoleón, en posesión ya de los ejércitos de Italia y Dalmacia, y pudiendo contar con los puentes del Danubio que ha hecho construir, piensa al fin en dar la batalla general que proyecta hace tanto tiempo.—Obras prodigiosas ejecutadas en la isla de Lobau durante el mes de junio.—Puentes fijos en el ancho brazo del Danubio; puentes volantes en el angosto.—Vastas posiciones y poderosas fortificaciones que convierten la isla de Lobau en una verdadera fortaleza.—Escena extraordinaria del paso en la noche del 5 de julio.—Desembarca de pronto el ejército francés á la otra parte del Danubio, antes que el archiduque Carlos hubiera podido oponerse á ello.—Replegado el ejército austriaco sobre la posición de Wagram, se defiende allí contra un ataque del ejército de Italia.—Refriega que solo dura un momento de la noche del 5.—Planes de los dos generales para la batalla del día siguiente.—Jornada del 6 de julio, y batalla memorable de Wagram, la más grande que hasta entonces se había dado en los tiempos antiguos y modernos.—Ataque temible contra la izquierda del ejército francés.—Prontitud de Napoleón en llevar sus fuerzas de derecha á izquierda, á pesar de la vasta extensión del campo de batalla.—El centro de los austriacos.—Atacado con cien bocas de fuego y dos divisiones del ejército de Italia á las órdenes del general Macdonald, es roto.—Toma de la colina de Wagram por el mariscal Davout.—Pérdidas casi iguales por ambas partes, pero resultados decisivos en favor de los franceses.—Retirada sin orden ni concierto de los austriacos.—Persecución hasta Znaim y combate al pie de sus muros.—No pudiendo continuar la guerra los austriacos, piden suspensión de armas.—Armisticio de Znaim y comienzo en Altenburgo de las negociaciones sobre la paz.—Nuevos preparativos militares de Napoleón para apoyar las negociaciones de Altenburgo.—Bonito campamento de sus ejércitos en el centro de la monarquía austriaca.—Carácter de la campaña de 1809.

La intencion que tenian los austriacos de asaltar á los ejércitos franceses cuando estos se hallaban esparcidos desde las márgenes del Vistula á las del Tajo, se hubiera quizá realizado á pesar de la lentitud, hija de la costumbre, con que obraron, si llegando de improviso Napoleon no hubiese frustrado con su presencia, prontitud y vigor aquel arriesgado proyecto de sorpresa. En cinco dias de combate derrotó el principal peloton de tropas austriacas, rechazó sus desunidos restos sobre las dos orillas del Danubio; pero si allí suplió todo lo que todavía faltaba á sus ejércitos con su actividad, su energia y su genio superior, no podia suceder lo mismo donde él no se hallaba, y no se hallaba en Italia, á donde marchaba el archiduque Juan con los cuerpos octavo y noveno, ni en Polonia, á donde se dirigia con el sétimo el archiduque Fernando.

En Italia no fué feliz el estreno de la campaña, y seguramente hubiera ejercido este estreno mala influencia sobre el conjunto de los acontecimientos, si no hubiesen sido tan grandes nuestros triunfos entre Landshut y Ratisbona. Efectivamente, opuesto allí el espíritu temerario é inconsecuente del archiduque Juan al espíritu prudente pero falto de experiencia del principe Eugenio, triunfó por un momento de la valentia de nuestros soldados. Siguiendo el archiduque Juan la costumbre de los que mandan en una comarca, hubiera querido atraerlo todo á ella y convertir la Italia en teatro principal de la guerra; pero como no podia hacer que el Danubio cesara de ser para Napoleon el camino directo á Viena, tampoco podia hacer que el grueso de las fuerzas austriacas estuviese

en el Tagliamento, en vez de estar sobre el Danubio. Envidioso de su hermano el archiduque Carlos, y rodeado de un estado mayor envidioso del estado mayor general, suscitó mas de una cuestion sobre el plan que debia seguirse. Quería desde luego entrar directamente en el Tirol por el Pus-Ther-Thal, pasando del punto donde nace el Drava á la madre del Adige, bajar hácia Verona por Brixen y Trento, y derribar así todos los puestos avanzados de los franceses, dirigiéndose de un tirón hácia la línea del Adige por el camino de las montañas, que le abriría la insurreccion de los tiroleses. No temiendo hallar sobre la meseta del cerro de Rivoli al general Bonaparte ó al intrépido Massena, y pudiendo contar con la solícita asistencia de los tiroleses, tenia excelentes motivos para adoptar semejante proyecto, que entre otras ventajas, encerraba la de mantenerse no muy distante de Baviera, y en estado de tomar parte en las operaciones del Danubio; pero, como sucede siempre con los planes debatidos entre autoridades rivales, este dió lugar á un plan medio, que consistia en invadir el Tirol por un cuerpo separado, y la Alta Italia por el grueso del ejército. Con arreglo á estas miras se distribuyeron las fuerzas destinadas á operar en Italia. El octavo cuerpo se reunió en Villach, poblacion de la Carintia, á las órdenes del general Chasteler, á quien desde el principio estaba destinado, y el noveno en Laybach, de la Carniola, bajo el mando de Ignacio Giolay ban de Croacia. El general Chasteler, que conocia bien el Tirol, se separó del octavo cuerpo con unos doce mil hombres, pues se le comisionó para operar por el Pusther-Thal, avanzando por los montes del E.

al O., mientras que el grueso del ejército seguiría en la llanura igual dirección. Con esos doce mil hombres y la asistencia de los tirolese, tenía Chasteler bastantes fuerzas contra los bávaros, que en el Tirol apenas eran cinco ó seis mil. Mientras él caminara hacia Briven por Lienz y Bruncken, los cuerpos octavo y noveno, el uno partiendo de Villach, y el otro de Laybach, debían desembocar sobre Udino. Estos cuerpos presentaban, comprendida la artillería, una masa de cerca de cuarenta y ocho mil hombres de tropas excelentes. Unos veinte mil hombres de *Landwehr*, bien equipados, animados de un buen espíritu; pero poco instruidos, debían quedarse en la frontera, guardar esta, cubriría de obras de campaña, y formar con sus mejores batallones una reserva que estaría á disposición del ejército operador. Un destacamento de siete á ocho mil hombres, al cual debía reunirse la insurrección de Croacia, tenía encargo de observar la Dalmacia, por donde se temía fuera á desembocar el general Marmont. No obstante, como esperaban sorprender á los franceses en Frioul, lo mismo que en Baviera, como sabían igualmente que las recomendaciones de familia, no menos exigentes en la corte de Napoleón que en las más antiguas de Europa, habían valido al príncipe Eugenio el mando del ejército de Italia, con esclusión de Massena, que era el jefe natural de ese ejército, se lisongeaban de estar bien pronto sobre el Adige, y aun sobre el Pó, manteniendo al general Marmont encerrado en Dalmacia. Hasta tenían ya preparada la intimación que iban á hacerle, creyendo que la única dificultad que habría sería discutir y firmar una capitulación.

No solo se fiaban en la fuerza de las armas para avanzar victoriosamente hacia Italia, sino también en manejos ocultos, puestos en juego desde las montañas del Tirol hasta el estrecho de Mesina. Sostenía á los austriacos en su temeraria tentativa la persuasión que la Europa entera, así como la Francia, estaba ya cansada del poder de Napoleón, opinión que habían sacado de los sucesos de España; y no solo contaban con el Tirol, adicto en todas épocas al Austria, sino con los demás Estados venecianos que todavía lamentaban su reciente ruina; con el Piamonte, convertido mal su grado en provincia francesa; con los Estados de la Iglesia, unos de los cuales eran departamentos del imperio, y los demás testigos de la esclavitud del papa, y por último, con el reino de Nápoles, privado de sus antiguos soberanos, separado de la Sicilia, y deseando recobrar su dinastía y su territorio. Tenían, pues, inteligencias en todos estos países, ya con los nobles, descontentos con el régimen de igualdad introducido por los franceses, ya con los sacerdotes, que echaban de menos la supremacía de la Iglesia, ó deploraban la humillante opresión del Padre Santo. Sin embargo, aunque la dominación francesa disgustara á los italianos por ser una dominación extranjera, aunque les costase mucha sangre y dinero, tenía para la mayoría de ellos méritos que no desconocían, y que aun no habían olvidado del todo con los padecimientos de la guerra. No se podía, pues, tumultuar á los italianos con tanta facilidad como á los tirolese; pero en cuanto á estos, era estremada la impaciencia que sentían por ver aparecer nuevamente el pabellón austriaco. No puede nadie formarse una idea

de la adhesión que entonces profesaban al Austria aquellos sencillos montañeses. Bien es verdad que acostumbrados como estaban al gobierno puramente paternal de la casa de Habsburgo, pasaron no sin horror en 1806 al dominio de Baviera, que era para ellos un vecino aborrecido. Esta, conociendo que sus nuevos súbditos no la querían, les devolvió odio por odio, y los había tratado siempre con una dureza que exaltó más y más su resentimiento. Así no habían cesado de estar enviando á Viena emisarios prometiendo sublevarse á la primera señal, y ofreciendo, por las relaciones que tenían con los grisonos y los suizos, preparar un movimiento que se comunicaría bien pronto á la Suabia por una parte, y al Piamonte por otra. Hasta habían contribuido con su ardor á engañar á la corte de Viena, persuadiéndola que en toda la Europa solo se mostraban impacientes por sacudir el yugo del moderno Atila los tirolese y los españoles. Un empleado muy activo del ministerio de Negocios estrangeros en Viena, llamado Mr. de Hormaller, que tenía en sus manos el hilo de aquellas intrigas tirolese, alemanas é italianas, recibió el encargo de acompañar al archiduque Juan para que pusiera en juego á su lado los resortes secretos de la política, mientras que el príncipe ponía en juego los resortes de la guerra sin disfraz ni rebozo. Como era natural, se había medio confiado á los ingleses estas esperanzas y manejos, y ellos prometido cooperar activamente con los austriacos luego que estos, invadiendo la Lombardia hasta Pavía, hubiesen abierto el litoral del Adriático desde Trieste á Ancona.

Todo estaba dispuesto para obrar en Carintia

el mismo día que en Baviera, es decir, el 10 de abril, y efectivamente, este día, mientras que la vanguardia del archiduque Carlos atravesaba el Inn, se presentaba la del archiduque Juan en los desembocaderos de los Alpes Carnicos y Julianos, sin ninguna declaración preliminar de guerra. Creyeron poder suplirla enviando á los puestos avanzados franceses hácia el Ponteba, un trompeta portador de una declaración del archiduque Juan, en la que decía este príncipe iba á entrar en Italia, y que se le dejara pasar, porque de no, emplearía la fuerza. Media hora despues precipitáronse unos destacamentos de caballería y de infantería lijera sobre nuestros puestos avanzados, y hasta se apoderaron de algunos. Usando todavía menos política respecto á los bávaros, poseedores del Tirol, la vispera, es decir, el 9 de abril, invadió el general Chasteler la region montuosa llamada el Pustherthal, que separa la Carintia del Tirol italiano.

Presentábanse á los austriacos para invadir el Frioul dos caminos reales; el que viniendo de Viena á través de la Carintia, baja de los Alpes Carnicos hácia el Tagliamento, y por Villach, Tarvis y el Ponteba, va á parar á Osopo; y el que, viniendo de la Carintia, descende de los Alpes Julianos hácia el Isonzo, que atraviesa entre Gorizia y Gradisca, y cae sobre Palma-Nova ó Udino. Napoleon había tomado precauciones en uno y otro camino contra las invasiones austriacas, construyendo en el primero el fuerte de Osopo, y en el segundo la importante plaza de Palma-Nova; pero este fuerte y esta plaza, muy suficientes para servir de apoyo á un ejército, no podían suplirlo,

no siendo un obstáculo insuperable, sino una dificultad; porque como las tropas del príncipe Eugenio no estaban reunidas todavía, era fácil desfilarse por debajo de las baterías de Osopo y Palmanova, bloquearlos y pasar adelante.

Con todo, el archiduque Juan no quiso servirse ni del uno ni del otro de estos dos caminos, bien que esperanzado, como se hallaba, de sorprender al ejército francés, no debía temer serios obstáculos en ninguno de los dos. Prefirió un camino intermedio, el que pasando por el punto en que nace el Isonzo, desembocaba por Civilata en Udino. Este camino era difícil, sobre todo para un ejército numeroso, cargado de un grueso material, pero á causa de esto le parecía que debía estar menos defendido que los demás. Penetró en él, pues, con el grueso de su ejército, compuesto de los cuerpos octavo y noveno, y solo envió dos vanguardias á los caminos de Carintia y Carniola. Un oficial hábil, el coronel Wockmann, debía, con algunos batallones y escuadrones, abrirse paso hacia el Ponteba, haciendo allí la guerra de montaña contra nuestros puestos avanzados, mientras que pasando el Isonzo, el general Gavassini con un destacamento, mas arriba de Gradisca, marcharía hacia Udino, punto comunal á que iban á converger las diversas partes del ejército austriaco.

Todas estas combinaciones eran superfluas, porque como el príncipe Eugenio no esperaba ser atacado hasta fines de abril, solo tenia á mano la division Broussier delante del Ponteba, y la de Seras delante de Udino. En cuanto á él, estaba ocupado en revistar personalmente sus puestos avanzados, siguiendo el consejo de Napoleon,

quien le habia encargado visitase los sitios donde bien pronto tendria que dar batallas. Los austriacos no tuvieron, pues, otra cosa que hacer, que arrollar simples puestos avanzados en todos los caminos en que se presentaron. El 40, el coronel Wockmann replegó hasta Portés la vanguardia de la division Broussier, el general Gavassini atravesó el Isonzo sin dificultad, y el cuerpo principal desembocó con menos dificultad todavía sobre Udino, donde se hallaba una division francesa solamente.

Sorprendido el príncipe Eugenio con aquella súbita aparición, y poco acostumbrado á mandar, aunque ya lo estaba mucho á pelear á las órdenes de su padre adoptivo, le conmovió en extremo una situación tan nueva para él. De las ocho divisiones que componían su ejército, se hallaban únicamente á su lado las dos divisiones francesas Seras y Broussier. Algo detrás tenia, entre el Livenza y el Tagliamento, las divisiones francesas Grenier y Barbou, así como la division italiana Severoli, y mas lejos, cerca del Adige, la division francesa Lamarque, la division italiana Rusca, y ademas los dragones que constituían el fondo de su caballería. En cuanto á su sexta division francesa, la de Miollis, se hallaba todavía muy atrás, detenida por la situación de Roma y Florencia. En semejante estado, el príncipe Eugenio, no tenia mas que tomar la determinacion de reconcentrarse rápidamente retrogradando hacia lo principal de sus fuerzas. Por muy desagradable que fuera en, ezar por un movimiento retrógrado, era preciso resolverse á ello con prontitud, porque jamás debe disgustar la resolución que conduce á un buen

resultado. Es verdad que para arrostrar ciertas apariencias pasajeras, se necesita un general afamado, mientras que el príncipe Eugenio era bisoño, y sin otra gloria que el cariño merecido de su padre adoptivo. Se decidió, pues, á retrogradar; pero con una pena que debia serle fatal bien pronto, impidiéndole llevar su movimiento de reconcentraci6n hasta donde era preciso. Mandó á las divisiones Seras y Broussier que volvieran á pasar el Tagliamento, y se dirigieran hasta el Livenza, á donde debian llegar, apresurando el paso, las divisiones Grenier, Barbou, Severoli, Lamarque y Grouchy. El general Seras no tuvo que hacer otra cosa, sino retroceder sin combatir. El general Broussier tuvo que dar combates muy vivos contra el coronel Wockman, que le disputó con mucha habilidad los valles del alto Tagliamento; pero se retiró sembrando de muertos el terreno que abandonaba. Afortunadamente los austriacos, aunque habian querido sorprendernos, no marchaban con toda la lijereza posible: asi tardaron cuatro dias en trasladarse de la frontera al Tagliamento, lo cual nos dejaba, para verificar nuestra reconcentraci6n, un tiempo que hubiera aprovechado mejor que lo hizo el príncipe Eugenio un general de experiencia.

Al volver á pasar el Tagliamento para ganar el Livenza, reunió las divisiones francesas Grenier y Barbou, asi como la division italiana Severoli, y luego se detuvo entre Pordenona y Sacila, porque los austriacos le perseguian con flojedad. Llegado alli, cometió la falta de dejar en Podernona, demasiado lejos de él y de todo apoyo, una fuerte retaguardia, compuesta de dos batallones del 35.º y de

un regimiento de caballeria lijera á las órdenes del general Sahuc. Este general, que no mostró entonces la vigilancia precisa en toda vanguardia, cuando se marcha adelante, y en una retaguardia cuando se emprende la retirada, este general, decimos, en vez de desatinar en la exploracion, cometió el disparate de no explorar siquiera su propia tropa, y de encerrarse con ella en Pordenona (1). Los austriacos, enterados de que habia una retaguardia francesa en Pordenona, avanzaron con un destacamento de infanteria, y fuerzas considerables de caballeria, conducidos por el gefe de estado mayor, Nugent, oficial dotado de mucha inteligencia, y partidario exaltadísimo de la guerra. Con su caballeria envolvió completamente á Pordenona, cortando todas las comunicaciones entre este punto y Sacila, y con la infanteria atacó la poblacion, sorprendiendo en ella á las tropas francesas, medio dormidas y mal guardadas. Estas, atacadas antes de que pudieran ponerse en defensa, se vieron obligadas á retirarse de prisa y corriendo, y á buscar su salvacion en una fuga precipitada; pero en vez de encontrar el camino franco al dejar á Pordenona, lo encontraron ocupado por una numerosa caballeria que les acometió por todas partes. Nues-

(1) Tan grande fué el enfado que esta circunstancia causó á Napoleon, que escribió varias cartas al príncipe Eugenio, y quiso castigar al general Sahuc, sobre todo, despues de la batalla de Raab, donde este general no rescató la falta de Pordenona. «El general Sahuc, escribia, es de los que están hartos de la guerra.» Desgraciadamente cada dia iba en aumento su número por culpa de Napoleon.

tros húsares procuraron abrirse paso cargando á galope, y algunos se escaparon; pero los demas fueron acuchillados ó hechos prisioneros. En cuanto á la infantería, buscó su salvacion en una valerosa resistencia. Los dos batallones del 35.º; regimiento veterano de Italia, se formaron en cuadro, y recibieron á los ginetes austriacos de un modo tal, que los hubieran rechazado á no ser estos tantos en número. Deribarron muchos á tiros, y sembraron el campo de hombres y caballos; pero á poco les faltaron cartuchos, y no tuvieron otro remedio que oponer la punta de las bayonetas á una caballería que era la mejor del Austria. Quinientos de nuestros infelices soldados espieron, cayendo á los golpes de los austriacos, la incuria de su general; los demas quedaron prisioneros.

Esta lamentable aventura enfureció mucho al ejército francés, y disminuyó la confianza que tenia en su general en jefe. De contra, aumentó el ardor de las tropas austriacas, que por la vez primera en mucho tiempo veian á los franceses retroceder ante ellas, y empezaban á abrigar la esperanza de vencerlos.

Lo mejor que podia hacer en aquella circunstancia el príncipe Eugenio, puesto que habia tomado el partido de retirarse, era insistir en él, hasta hallar una línea sólida que defender, y todas sus fuerzas reunidas detrás de esa línea. Entonces hubiera logrado el desquite de haber tenido que estar algunos dias en una actitud penosa, y dado un sentido honroso á su movimiento retrógrado; pero era jóven, lleno de honor y susceptibilidad, y las habilllas de los soldados que habian conservado todo el orgullo del ejército veterano de Italia, le

desgarraban el corazon. Aunque querian al príncipe, hijo de su antiguo general, juzgaban, discernian su falta de experiencia, se quejaban de ella en alta voz, no perdonaban tampoco á los generales que militaban á sus órdenes, y pedian que se les condujera á un enemigo que tenia la insolencia de perseguirlos, y delante del cual no estaban acostumbrados á huir. A las habilllas de los soldados se juntaba la desesperacion de los habitantes; que siendo antiguos súbditos venecianos vueltos á unirse á Francia en su mayor parte, asustados al ver que se acercaba el ejército austriaco, suplicaban no se les entregase á su venganza. Eugenio reunió á sus generales, y los halló tan desconcertados como él, porque si habian contraído bajo el mando de Napoleon la costumbre de batirse heroicamente, no la de mandar. Estaban dispuestos á morir en caso necesario, pero no á dar dictámen sobre una cuestion tan grave como la de saber si era preciso trabar la batalla. Lo mas prudente á todas luces era continuar retirándose hasta haber reunido sus fuerzas, y hallado un terreno ventajoso para combatir. Yendo hasta el Piava, se les hubieran ido incorporando sucesivamente cinco divisiones de infantería francesa y una de infantería italiana, ademas de dos bonitas divisiones de dragones, y la guardia real lombarda que era una buena tropa. En fin, hubieran encontrado en el mismo Piava una buena línea que defender; pero Eugenio no tenia ni bastante experiencia ni bastante reputacion para arrostrar en paciencia las habilllas del ejército. Picado con el silencio de sus generales y la indiscrecion de sus soldados, resolvió detenerse delante del Livenza, entre Sacila

y Pordenona, en un terreno que no conocia, que no presentaba ninguna circunstancia ventajosa, y sobre el cual no habian tenido todavia sus tropas tiempo de reconcentrarse.

El 15, por la tarde, despues de la derrota de Pordenona, mandó hacer alto, y tomar la ofensiva en todos los puntos. Al retrogradar hasta allí, habia reunido a las divisiones Broussier y Seras las divisiones Grenier, Barbon y Sereroli, que encontró delante del Livenza. Estas cinco divisiones podian presentar una fuerza de cerca de treinta y seis mil hombres, unos de ellos soldados veteranos del ejército de Italia, y los otros bisonos pero instruidos, que componian los cuartos batallones de los ejércitos de Napoleon y Dalmacia. La fuerza de los austriacos, al contrario, ascendia á cerca de cuarenta y cinco mil hombres de sus mejores tropas: la desproporcion era, pues, muy grande. Es verdad que el principe Eugenio contaba con un refuerzo de diez mil peones y ginetes que debian llevarle los generales Lamargne y Grouchy, en camino á la sazón para incorporarsele; pero esta incorporacion no era segura, y ademas el terreno muy poco favorable. A nuestra derecha teniamos, entre Tamai, Palsa y Porcia, aldeas, cercados, un suelo inundado de aguas y varios canales, fuertemente ocupados por los austriacos. En el centro, alzándose el terreno formaba como una espina que se extendia rectamente delante de nosotros, y en la cual se habia abierto el camino que va de Saisla á Pordenona. Nosotros poseiamos en este camino la aldea de Fontana-Fredda, frente por frente á Pordenona, tomada aquella mañana por los austriacos. En fin, á nuestra izquierda, en la vertiente de aquella co-

mo espina, se extendia el terreno en llano hasta el pie de los Alpes. Dos aldeas se descubrian allí, la de Roveredo, que ocupaban los franceses, y la de Cordenones, donde los austriacos habian establecido el vivac. Asi el terreno que se iba á disputar se reducía, en la derecha, á un suelo cortado y herizado de obstáculos; en el centro á un camino real que se dirigia perpendicularmente de nuestra linea á la del enemigo, y en la izquierda á un llano. Ofreciase en verdad una circunstancia favorable que hubiera sido preciso adivinar, como lo sabia hacer Napoleon al menor indicio, cual era que los austriacos estaban separados en dos masas, una formada con el octavo cuerpo y situada en las aldeas de Tamai, Porcia y Palsa, detras de los obstáculos que el terreno presentaba á nuestra derecha, y otra formada con el noveno cuerpo y la caballeria, situada en el llano á la izquierda, esto es, en Cordenones. Ahora bien, como de Cordenones á Pordenona no habia mas que una legua de distancia mal guardada y peor defendida, conocida esta circunstancia, habria sido menester dejar las divisiones Saras y Severoli, atacar en nuestra derecha á Tamai, Palsa y Porcia, y atraer allí á los austriacos; luego con las divisiones Grenier y Barbon, que estaban en el centro en el camino real, y con la division Broussier que estaba á la izquierda en el llano, formar veinte y cuatro mil hombres en masa, marchar por el camino real de Fontana-Fredda sobre Pordenona, cercar esta última aldea, separarla de Cordenones, donde se hallaba el noveno cuerpo, y dividir de este modo al ejército austriaco en dos mitades: una vez hecho esto, se hubiera dado buena cuenta del octavo cuerpo, de

refriega con nuestra derecha, y esto tanto mas cuanto que se hubiera penetrado hasta lo mas enmarañado de los terrenos dificultosos que componian aquella parte del campo de batalla.

Desgraciadamente el principe Eugenio con su gefe de E. M. Vignolle, mostrando tan poca reflexion en el arreglo del plan de batalla como en resolverla, mando todo lo contrario de lo que aconsejaban el terreno y la posicion del enemigo. Sin reconocer siquiera el uno ni el otro, decidió que al día siguiente, 16 de abril, al amanecer, partiesen de Tamar los generales Seras y Severoli para dirigirse sobre Palsa y Porcia, cuyas poblaciones procurarian tomar á toda costa; que en el centro y en el camino real, se situase la division Grenier delante de Fontana-Fredda, pero sin operar ofensivamente hasta que los generales Seras y Severoli hubiesen superado los muchos y dificiles obstáculos que tenían que vencer; y, en fin, que detrás apoyase la línea francesa el general Barbou: plan vicioso, que dejaba á los austriacos espacio para rectificar su posicion, mientras que nuestra derecha consumiera sus fuerzas luchando contra obstáculos enteramente materiales; y nuestro centro, nuestra izquierda, nuestra retaguardia, perderian el tiempo en no hacer nada. ¡Asi es como con semejante modo de entender las cosas se prodiga á menudo la sangre tan preciosa de los soldados, y se juega la suerte de los imperios! ¡Asi es como lo mismo los reyes que las repúblicas, confian, unos á hijos ó á hermanos incapaces, otros á favoritos de la multitud incapaces tambien, la vida de los hombres y la salvacion de los Estados! El principe Eugenio era un oficial valiente lleno de modestia y

abnegacion, á proposito algun dia para conducir una division, pero no para mandar un ejército, y sobre todo para dirigir una campaña.

No sabiendo nuestros soldados á donde se les llevaba, pero satisfechos con pelear contra un enemigo á quien no tenían la costumbre de temer, marcharon resueltamente al fuego el 16 de abril por la mañana, que era domingo. Los franceses que mandaba Seras, y los italianos que tenía á sus órdenes Severoli, se arrojaron valerosamente sobre Palsa y Porcia, y vencieron los primeros obstáculos que se les oponian. En aquel momento se hallaba en misa con todo su estado mayor el archiduque Juan, principe que aunque con mas esperiencia y mas pretensiones que el modesto principe Eugenio, no mostró mas juicio que su adversario, puesto que despues de haber sorprendido á los franceses la vispera en Pordenona, se esponia á que le sorprendieran á él en el mismo parage. Montó inmediatamente á caballo con su estado mayor, corrió á las afueras de Pordenona, y al ver delante de él en el camino de Fontana-Fredda, el general Grenier en nuestro centro, y el general Broussier en nuestra izquierda formar en masa tropas que aparentaban mas gracias á lo despejado del terreno, se imaginó que íbamos á replegar nuestra izquierda sobre el centro, y este sobre nuestra derecha, no sacó de lo que creia estar viendo, mas que la inspiracion de volver á caer el noveno cuerpo de Cordenones sobre Fontana-Fredda, para impedirnos que ejecutáramos el movimiento que suponía, dejó ademas el espacio siempre abierto entre Cordenones y Pordenona, y no se cuidó al parecer de su octavo cuerpo, ocupado en luchar con los generales Seras y

Severoli, en medio del terreno quebrado que habia entre Tamai, Palsa y Porcia.

Allí fué efectivamente donde tuvo lugar, bajo la direccion de dos generales en jefe de poca penetracion, y entre soldados de estremado valor, una lucha sangrienta y encarnizada. El octavo cuerpo austriaco, mucho mas numeroso que las divisiones Seras y Severoli, no estaba por abandonarles el terreno de que habian conquistado una parte. El general Colloredo se arrojó sobre ellas con una division austriaca, les quitó bajo un fuego mortífero Porcia y Palsa, y restableció así el combate. El general Seras, que tenia arreglada una reserva, se puso á su frente, la llevó adelante y volvió á entrar en las aldeas perdidas, conduciendo á ellas á un mismo tiempo los franceses y los italianos, los cuales se situaron en aquellas dos desgraciadas aldeas, teatro de tanta furia. Entonces los austriacos, aprovechándose de los mas mínimos obstáculos, y defendiéndose de casa en casa, de cercada en cercada, opusieron á nuestros soldados una resistencia de que no habian dado ejemplo desde la batalla de Marengo. El general Grenier, condenado á no hacer nada en el camino real que va de Fontana-Fredda á Pordenona, separó dos batallones en su derecha, para ayudar á la conquista definitiva de Porcia, y el general Barbou envió á los mismos puntos dos de la retaguardia. No hay duda que estos refuerzos compensaban la inferioridad de nuestra derecha con relacion al octavo cuerpo, á quien tenia que combatir; pero en aquel terreno sembrado de obstáculos que tan difícil era perder como conquistar, nada decidian, permaneciendo como permanecian inmóviles nuestra izquier-

da y nuestro centro. De una y otra parte se combatia con encarnizamiento, cuando el noveno cuerpo, avanzando oblicuamente de Cordenones sobre Fontana-Fredda, se aproximó á la division Broussier que formaba nuestra izquierda. El valiente general Broussier habia colocado formando escalones los regimientos de linea números 9º, 84º y 92º, regimientos soberbios con cuatro batallones, de que se componia su division. Aguardó con sangre fria á la infanteria enemiga, y haciéndole desde muy cerca fuego de fusileria con gran puntería, derribó en tierra casi toda una linea; luego, como la soberbia caballeria austriaca aprovechase el llano para darle una carga, la recibió formado en cuadro, cubrió la tierra de cadáveres enemigos, y á pesar de todo su valor, la hizo retirarse no muy contenta con sus tentativas. Entre tanto el noveno cuerpo, que era numeroso, dejaba atrás nuestra izquierda, y como que comenzaba detrás de Fontana-Fredda la aldea de Sacila, donde se hallaba el puente principal que hay en el Livenza. El principe Eugenio, que solo tenia resolucion en el combate, se alarmó por sus medios de comunicacion, y aunque todavia incierta la lucha, ordenó la retirada con tan pocos motivos como los que habia tenido para ordenar la batalla.

Después de haber matado tanta gente como habian perdido, retiráronse nuestros soldados hacia Livenza, afligidos con el papel vergonzoso que se les obligaba á hacer. Nuestra derecha se dirigió sobre el puente de Bruñera, el cual pudo ganar sin desorden, porque el terreno, sumamente dificultoso por aquella parte, no se prestaba á la persecucion, y los austriacos estaban agobiados de cau-

sancio con la terrible lucha que habian sostenido. Todos los esfuerzos del enemigo durante aquel movimiento retrógrado se dirigieron contra nuestra izquierda, que se retiraba por un terreno despejado. La division Brussier salvó el ejército con su soberbio continente, ya esperando á infanteria enemiga para hacer contra ella disparos de fusileria á boca de jarro, ya recibiendo formada en cuadro, á la caballeria, á la cual detenia con las bayonetas. Luego que nuestro centro y nuestra retaguardia desfilaron por Sacila, ella entró la última dejando á los mismos enemigos llenos de admiracion con su brillante conducta.

Hasta entonces solo habiamos perdido algunos muertos y heridos, y pocos prisioneros, teniendo tambien artilleria desmontada; pero como creyese el príncipe Eugenio aquella noche que debia seguir la retirada hasta Conegliano, para resguardarse lo mas pronto posible del Piava, el mal tiempo, el atascamiento de los trenes de la artilleria y los bagajes, y el haberse cruzado las tropas con ellos, produjeron un desórden lamentable. Los soldados, poco vigilados por sus gefes en medio de aquella confusion, se esparcieron por las casas, esponiéndose á ser cogidos, y el ejército que habia perdido en el campo de batalla unos tres mil y tantos hombres, pérdida casi igual á la de los austriacos, perdió otros tres mil hombres, prisioneros ó estraviados. Aumentado bien pronto el desórden de resultas de un tiempo espantoso que hizo salir de madre los rios y puso los caminos intransitables, llegaron mas alla del Piava en un estado que honraba muy poco á aquel ejército de Italia, tan admirable en otro tiempo. Afortunadamente los austria-

cos, poco acostumbrados á vencerlo, deseosos de disfrutar su victoria, y retardados por el tiempo, que hacia su persecucion tan difícil como nuestra retirada, permanecieron varios dias sin atacar al príncipe Eugenio, con lo cual le dieron lugar para reponerse de su derrota, y contener sus consecuencias. En el camino se le habian reunido, pero demasiado tarde, la division de infanteria Lamarque y la division de caballeria Grouchy. Le llegó además lo que en aquel momento valia mas que un refuerzo, es decir, un general, y este general fué el ilustre Macdonald, uno de los mejores oficiales de la revolucion, á pesar de haber perdido la batalla del Trebbia. Sus relaciones con Moreau le habian tenido condenado á vivir durante varios años en una especie de desgracia, y á vegetar en la inaccion, mientras que sus iguales en edad ó servicios, y aun algunos inferiores suyos, obtenian brillantes fortunas. La gran necesidad que habia de generales y oficiales de resultas de las guerras continuas, obligaba á valerse de muchos de los que habian sido postergados, y no queriendo Napoleon enviar á Italia á Massena por temor de reducir al príncipe Eugenio á un papel secundario, se prestó á que se le enviara el general Macdonald, para que le sirviese de guia y sosten. Este general, uno de los hombres mas intrépidos que ha habido en nuestros ejércitos, dotado de experiencia, que sabia muy bien manio-
brar, obraba con sangre fria y se hacia obedecer, fué recibido con confianza por los soldados, y con disgusto por algunos generales, que veian con sentimiento dispuesta á caer sobre ellos una mano firme, y que creyéndole además en desgracia, temian no fuese nada ventajoso prestar servicios

bajo sus órdenes. El general Lamarque especialmente, que se distinguía en el ejército por su carácter tumultuario, murmuró en alta voz, diciendo que el emperador no enviaba el general Macdonald á Italia sino para perderle, y que los que sirviesen bajo su mando estaban espuestos á participar de la misma suerte. Hasta el uniforme del general Macdonald, arreglado á los trages de los primeros tiempos de la revolucion, fué motivo de burla para los oficiales jóvenes en quienes ya habia empezado á ejercer la moda su imperio; pero como no hay burlas que valgan con hombres del temple de Macdonald, no tardó en hacer entrar en la senda de la sumision á los que iban separándose de ella. Con todo, no queriendo el príncipe Eugenio darse un tutor demasiado visible en la persona de aquel militar, no lo hizo su gefe de E. M., y se contentó, para crearle un puesto decente, con distribuir su ejército en tres comandancias, una de la izquierda, otra del centro y otra de la derecha. El mando de la derecha, que era el mayor y más importante de los tres, compuesto de las divisiones Broussier y Lamarque, y de los dragones de Pully, lo confió al general Macdonald. El del centro, que comprendia la division Grenier, la cual pasó á las órdenes del general Pacthod, y la division Durutte, que contenia parte de la division Barbou, lo dió al general Grenier. El resto de esta última division habia sido conducida á Venecia para guarnecerla. El mando de la izquierda, se confirió al general Baraguey d' Hilliers, y se componia de italianos y de algunos franceses mezclados con ellos para darles ejemplo. Con la division Seras, la guardia italiana, y los dragones de Grouchy, se formó el

príncipe Eugenio una reserva de unos diez mil hombres. El total de su ejército ascendía á sesenta mil hombres, diez y siete mil de los cuales tenia á sus órdenes el general Macdonald, con lo cual pudo ejercer un verdadero influjo sobre los sucesos, sin ninguna apariencia de comandante en gefe. Sin embargo, el príncipe Eugenio, que era tan modesto como prudente, no dejó de consultarle en todas las ocasiones importantes, y tuvo motivos para alegrarse de ello (1). El general Macdonald hizo que prevaleciera la resolucion de retirarse lentamente, y marchando hácia el Adige, donde se debia recuperar las fuerzas para volver á tomar la ofensiva y trasladarse allí con mas asiento. Los nuestros se dirigieron efectivamente hácia el Adige, descansaron allí, pusieron en orden, y á poco eran mas dignos que nunca de pertenecer al ejército de Italia cuyo glorioso nombre comprometieran un instante.

Mucho peor andaban las cosas en la region montuosa que dominaba las llanuras de la Alta Italia, y los austriacos obtenian en el Tirol ventajas aun mas notables que en el Frioul. El general Chasteler traspasó la frontera un dia antes de lo resuelto, es decir el 9 de abril, y pasando de Carintia el Tirol, se dirigió á Lientz. Aunque se habia convenido por los que manejaban las intri-

(1) Doy estos pormenores con arreglo á documentos auténticos, y plenamente seguro de que son una verdad. La correspondencia del príncipe Eugenio, asi como la de Napoleón, y unas memorias manuscritas muy preciosas del mariscal Macdonald, revelan de un modo mucho mas circunstanciado todo cuanto refiero aqui de la campaña de Italia en 1809.

gas que tenían por objeto insurreccionar el Tirol, esperar al 12 ó el 13 de abril, no pudieron contenerse, y la rebelion estalló el 11: bien es verdad que era muy natural el motivo de esta prematura esplosion. Imposibilitados los bávaros de disputar el Tirol á las tropas austriacas, procuraron valerse de los obstáculos locales destruyendo los puentes; pero los habitantes no quisieron permitirlo, á fin de conservar en sus montañas estos medios indispensables de comunicacion. Insurreccionáronse, pues, todos á la par, con una espontaneidad que solo nace de viveza de pasiones. En todos los valles del Tirol italiano, de Lientz á Brixen, de Meran á Brixen, en fin, desde Brixen hasta Rívoli, no hubo mas que entusiasmo, no se oyó mas que un grito enmedio de aquellas elevadas y hermosas montañas. En el vértice de la gran cordillera del Brenner, en el Tirol alemán, el levantamiento fué tan pronto como general. En aquella comarca lo mismo que en Suiza, como los posaderos, por las relaciones que tienen con los estrangeros, son los mas ricos é ilustrados, un personaje de esta profesion llamado Andrés Hofer, habia adquirido sobre sus compatriotas un ascendiente irresistible. Algunos militares retirados que se habian formado al servicio del Austria, eran igualmente agentes activos de la rebelion, distinguiéndose mucho entre ellos un mayor llamado Teimer. A todo esto habia exigido Francia que se reuniese sobre el Isar todo el ejército bávaro, y solo habian quedado en Tirol unos cinco mil bávaros, esparcidos por las dos vertientes del Brenner, desde Brixen hasta Inspruck. En cuanto á tropas francesas, hallábase allí, en dos columnas, un peloton de cerca de cuatro mil cons-

criptos que iban de Italia á Alemania á cubrir las bajas de las divisiones Boudet y Molitor, los carceros de España, y los cazadores de Marulaz. Eran soldados que nunca habian visto una bala, que estaban encerrados en cuadros provisionales de marcha, ó iban mandados por oficiales de depósito, la mayor parte de ellos viejos ó cansados. Mas de veinte mil montañeses intrépidos, entusiastas, y tiradores temibles, juntos á doce mil austriacos, no podian encontrar una resistencia muy larga combatiendo á cuatro ó cinco mil bávaros y tres ó cuatro mil conscriptos franceses.

En efecto, al acercarse el general austriaco Chasteler, todos los puestos bávaros fueron tomados desde Lientz hasta Brunecken, y habiéndose reunido los que pudieron salvarse en la acuosa llanura de Sterzing, al extremo del Tirol italiano, hácia el pie del Brenner, fueron allí acometidos por Andrés Hofer y un monton de gente del Meran. Envueltos por todas partes, atacados con furia, acabaron por deponer las armas, y como aquella era una guerra nacional, casi una guerra de raza, multiplicáronse bien pronto de un modo aflictivo escosos contrarios al derecho de gentes. Por una y otra parte se pasaba á cuchillo los prisioneros, sin que se supiera quien era el primer culpable. Los tiroleses decian por via de excusa que se habia puesto fuego á sus chozas, y muerto á mugeres, viejos y aun niños; pero los bávaros contestaban que se habian asesinado á sus prisioneros, y que ellos no habian hecho mas que defenderse. Sea lo que sea, lo cierto es que despues de la derrota de Sterzing se ejecutaron venganzas atroces, y desde entonces el Tirol italiano quedó enteramente libre hasta

Roveredo, donde se hallaba el general francés Baraguey-d'Hilliers con una division italiana.

En aquel mismo momento la larga fila de reclutas franceses que se estendia de Verona à Inspruck, se vió cortada en dos porciones por la insurreccion, y parte se replegó sobre Verona, donde se puso fuera de todo peligro, mientras la otra porcion se arrojó mas allá del Brenner, lisonjeándose de encontrar en Inspruck los puestos avanzados franceses. Con esta esperanza marchó siguiéndole la cola Chasteler y Andres Hofer que pasaban el Brenner para ir à libertar el Tirol alemán; pero lo mismo en el Norte que en el Mediodia del Brenner, así sobre el Inn como sobre el Adige, el levantamiento era furioso y general. Asaltados al mismo tiempo por todas partes los puestos bávaros, de unos se apoderó el enemigo ó los pasó á cuchillo, y arrollados otros en Inspruck, tuvieron que rendirse, entregando Inspruck, antiguo centro de la dominacion austriaca. Los franceses que llegaban à Inspruck en el momento que esta poblacion pasaba à poder del enemigo, perseguidos por las hordas victoriosas del Tirol italiano y por el corto ejército del general Chasteler, no podian defenderse, sobre todo formados y mandados como lo estaban. Se vieron pues obligados à capitular unos tres mil, lo cual era doblemente de sentir, porque ademas de ser una derrota moral para nuestras armas, privaba à varios cuerpos de un refuerzo indispensable. Tuvimos, à mayor abundamiento, que deplorar, con respecto à algunos de esos infelices franceses confundidos con los bávaros, actos de barbarie, que produjeron por parte de Napoleon terribles represalias contra el general Chasteler.

Viendo este libre de enemigos el Tirol alemán, creyó que debia volver con Andrés Hofer hácia el Tirol italiano, para concurrir a las operaciones del archiduque Juan. Regresando por el Brenner sobre Trento, se presentó con todos los insurrectos en masa del Tirol, y siete ú ocho mil austriacos delante de la posicion que ocupaba el general Baraguey-d'Hilliers. Inclinado el general francés hácia el lado de los valles laterales, no pudo guardar à Trento y se replegó sobre Roveredo. Cogida tambien por allí la vuelta, se vió obligado à replegarse sobre Rivoli, donde apoyado en el ejército de Italia, que estaba ocupado en reorganizarse, no tenia ya que temer peligros formales. Así en unos veinte dias pasaron à manos del enemigo los dos Tirol y el Frioul.

No solamente era en Italia, Tirol y Baviera donde se combatia en aquel momento, sino en todo el Norte de la Europa, en el cual habia acalorado los ánimos la declaracion de guerra del Austria, inspirando locas esperanzas, y haciendo que estallaran votos prematuros, porque si bien habia ya cometido Napoleon grandes faltas, todavia no las que debian perderle, y hasta entonces su potente génio era mas fuerte que el odio de los pueblos sublevados contra su ambicion. En toda la Alemania, segun ya hemos visto, causaban indignacion los príncipes uncidos à su carro por el temor ó el interés, y aunque la dominacion francesa llevaba oculta en su seno la civilizacion moderna, se rechazaba un bien que se presentaba bajo la forma de invasion estrangera.

En Baviera, la antipatia de vecindario que de antiguo reinaba entre ella y el Austria, habia ate-

nuado mucho estos sentimientos; pero en Suabia, en las provincias austriacas un tiempo, en Franconia, en los pequeños estados arrancados á la templada autoridad de los príncipes eclesiásticos, en Sajonia mismo, donde la agregacion de una corona polaca solo lisonjeaba á la familia reinante, en Hesse donde reinaba Gerónimo Napoleón, el odio, contenido en un principio, empezaba á estallar al saberse la osada empresa del Austria. A medida que se alejaba uno del Rhin y de la mano de la Francia, el atrevimiento iba siendo mayor, y se convertía en manifestaciones hostiles. Hordas de insurrectos habían ya bajado de las montañas del Hesse á las orillas del Elba, y llegado hasta las puertas de Magdeburgo, como si esperaran una súbita aparición por la parte de Prusia, de la cual aguardaban un esfuerzo patriótico y vigoroso.

Efectivamente, la exasperacion llegaba á su colmo en toda la Prusia, donde se juntaban á los padecimientos generales de los alemanes otros enteramente personales á la nacion prusiana. Ella era quien había perdido las famosas batallas en que pereció la independencía de la Alemania; ella era la que había visto desmembrar el imperio de Federico el Grande, y eclipsar por un momento su gloria; y si le hacian mella tanto las penas materiales como las morales, en las abrumadoras contribuciones de guerra que le quedaban por pagar, tenia la amarga prueba de la dominacion extranjera. Asi llevóse en Prusia la audacia á donde no se había llevado en ninguna otra parte. Un convoy francés de artillería, que iba de las orillas del Vistula á encerrarse en Magdeburgo, fué asaltado, insultado y maltratado de un modo indigno. En Ber-

lin se anunció en alta voz la guerra de Austria antes que se hubiera declarado, anunciándose igualmente desde el principio que seria feliz, que el mundo entero tomaria parte en ella, y que si el rey Federico Guillermo, por abatido ó desmoralizado, se negaba á asociarse á ella, los prusianos saldrian mal su grado á recibir á los ejércitos austriacos. En fin había llegado tambien la audacia al extremo de que cuando empezaron las operaciones, sin aguardar el resultado, el comandante de Berlin dió por consigna á la guarnicion *Cárlos y Ratisbona*.

Había en Berlin un oficial muy conocido con el nombre de el mayor Schill, que en 1806 y 1807 hizo con fortuna la guerra de partidas contra nosotros durante los sitios de Dantzic, Colberg y Stralsund, y que formaba parte de la guarnicion de Berlin á la cabeza de alguna caballería. Su valor muy renombrado, y el rencor con que públicamente miraba á los franceses, le habían convertido en ídolo del pueblo, el cual decia que él era el que debía enarbolar el estandarte de la rebelion en nombre del patriotismo alemán, y unir sus esfuerzos á los de un príncipe de la casa de Brunswick, el duque de Brunswick-Oels, que en aquel momento recorria la Sajonia y la Silesia, embaucando por todas partes á los oficiales prusianos ociosos, y atrayéndolos á Bohemia para formar alli guerrillas germánicas. Asi es como había entrado en todas las cabezas el fanatismo de los españoles, y se creia poder hacer de los tardos y pacíficos alemanes hombres amigos de correr aventuras, como los ágiles contrabandistas de la Peninsula. Una tarde, en medio de aquella exaltacion universal, se supo de pronto que el mayor Schill, que se ocu-

paba de algunos dias á aquella parte en pasar revistas á su cuerpo, prolongándolas hasta una hora muy avanzada, habia desaparecido á la cabeza de quinientos caballos que componian la caballeria de la guarnicion. Se dijo que marchaba al Elba, para reunirse con los insurrectos de la Hesse, y dirigirse en seguida á recibir á los austriacos que avanzaban sobre Sajonia. Este suceso causó, como era de esperar, una sensacion extraordinaria, obstinándose todo el mundo en creer que el gobierno prusiano era cómplice en él, pero se engañaban, pues aquel hecho se debía al estado del espíritu público. Asi es que asustados los ministros corrieron en busca del embajador francés, protestando que lo sentian amargamente, declarando que no tenian parte en una conducta tan insensata como criminal, afirmando, y era verdad, que el rey nada habia sabido del complót, y anunciándose iba á desplegarse el mayor rigor contra los hombres que asi comprometian al gobierno de su patria. Mientras hablaban así, la infanteria, imitando la conducta de la caballeria, dió iguales pruebas de insubordinacion, y compañías enteras se escaparon en pos del mayor Schill. Desgraciadamente no se podia perseguir á los insurrectos sino con caballeria, y el mayor Schill se habia llevado toda la que existia en Berlín. Era pues preciso esperar á que hubiera tropas bastantes prudentes y bien mandadas que obedecieran las órdenes de su gobierno, cualesquiera que fuesen, porque no le toca al ejército decidir la politica exterior de un pais, como tampoco la politica interior. Empero entrelando estos actos estraños iban á producir en Alemania una sensacion general, que solo podia

calmar Napoleon con sus brillantes hechos de armas.

En el Vistula ocurrían sucesos no menos graves. El sétimo cuerpo austriaco, mandado por el archiduque Fernando, y compuesto de treinta y siete á treinta y ocho mil hombres, marchaba hacia Varsovia al Vistula. Formando en la Galicia, poco camino tenia que andar para invadir la Polonia, ademas de que habia salido muy temprano, así como todos los cuerpos austriacos, pues que sus operaciones como las de Alemania é Italia, dieron principio el 10 de abril. El príncipe José Poniatowski, héroe que habia permanecido largo tiempo sumido en la molicie, y que, á ejemplo de muchos compatriotas suyos, vivia ocioso en brazos de las hermosas mugeres de su pais, acababa de despertar al estruendo de las armas francesas, y habia abrazado, como recordará el lector, la causa de la Francia, que creia con razon era la de Polonia, si Polonia podia renacer. Mandaba el ejército polaco, al cual habia consagrado poco tiempo Napoleon, ocupado en los preparativos de los terribles golpes que queria descargar personalmente sobre la casa de Austria. Todas las tropas regulares que se habian podido reunir se limitaban á unos quince mil hombres, y á un corto destacamento sajón que quedó en Varsovia. Napoleon no se habia inquietado en manera alguna con semejante inferioridad de fuerzas en Polonia, porque confiaba en que todo lo decidiria en Viena, y, aunque no se formaba grandes ilusiones acerca de la asistencia de los rusos, creia no obstante que su presencia en las fronteras del gran ducado bastaria á paralizar el cuerpo austriaco del archiduque Fernando. Empe-

ro la asistencia de los rusos era todavía mas nula que lo que él había supuesto, pues el emperador Alejandro tuvo buen cuidado, observando hasta donde lo permitia el decoro el tratado de alianza, de enviar sus principales fuerzas á Finlandia y Moldavia, para acabar de conquistar á la una, y dar comienzo á la conquista de la otra, y solo destinó por consiguiente á la guerra de Austria unos sesenta mil hombres, que apenas estaban reanidos en aquel momento, por varias razones, bastante fundadas en su mayor parte, pero fáciles de interpretar mal. En primer lugar, Rusia, lo mismo que Napoleon, no había creído que las hostilidades estuviesen tan próximas, y no se apresuró lo bastante en sus preparativos. En segundo lugar, su administración, á la cual había costado tanto trabajo hacer llegar á Finlandia, y eso que se trataba de un interés eminentemente ruso, fuerzas suficientes, no encontró modo de ser mas activa en favor de un interés esclusivamente francés. La estación, además, había sido espantosa, y las lluvias que por espacio de tantos dias habían estado cayendo á manera de diluvio, pusieron casi intrasitables los vastos espacios que separaban el Niemen del Vistula. Por último, el emperador y Mr. de Romanzoff, entibiados ya respecto á la alianza francesa, eran no obstante los únicos que la querian, y tenían que dominar todas las voluntades para hacerse obedecer, cuando se trataba de prestar asistencia á Napoleon. Hasta se había entablado correspondencia entre los oficiales rusos y austriacos, para manifestar á estos toda clase de simpatías, y el deseo de que se hallaban animados de marchar, no contra ellos, sino á su favor.

Dificil era efectivamente conseguir que los rusos marchasen contra los austriacos en favor de franceses, á fin de contribuir al restablecimiento de la Polonia. Es verdad que el precio de esa asistencia era la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia, y que si grande era el sacrificio, tambien lo era la recompensa. A mayor abundamiento, la asistencia de los rusos no urgía mientras Napoleon continuara siendo vencedor en el Danubio; el mayor inconveniente de esa falta de asistencia era la desconfianza que de ello debía resultar entre ambos emperadores y ambos imperios.

Asi es como se explica que el principe Poniatowski, que esperaba, con fundamento, si no la asistencia directa de sesenta mil rusos, á lo menos su asistencia indirecta (y estaba seguro que si se hubieran dirigido á la Galicia, habrian retenido allí á los austriacos), se halló el 10 de abril con el archiduque Fernando al frente, como Napoleon con el archiduque Carlos, y el principe Eugenio con el archiduque Juan. Efectivamente, bajando el archiduque Fernando el Vistula, cuyo nacimiento está situado entre la Silesia y la Galicia, en el vértice de la Moravia, avanzó por la orilla izquierda de este rio hácia Varsovia, prodigando á los habitantes las protestas mas amistosas, y diciendo, segun el lenguaje adoptado de mancomun, que iban á libertar á todos los pueblos, lo mismo á los polacos que á los demas, de un dominio, casi tan oneroso para sus amigos como para sus enemigos.

No eran hombres los polacos á quienes se fuera á enganar con semejantes discursos, pues har-to conocian que los antiguos compárticipes de su

patria no podian ser sus libertadores, y que únicamente Francia podia ser una amiga, amiga no hay duda, mas ó menos en estado de ser socorrida, pero sincera, porque era imposible que no lo fuese. Asi el principe Poniatowski avanzó con resolucion al frente de unos doce mil hombres, marchando al encuentro del archiduque Fernando. Esos hombres eran los mismos polacos que empezaron la carrera de las armas con nosotros en 1807, y que juntado á su valor natural y á su ardiente patriotismo principios de educacion militar, adquiridos en nuestra escuela, componian ya una tropa excelente que oponer á los austriacos. Por desgracia, era su número tan desproporcionado, comparado con estos, que en manera alguna podia esperarse de su parte sino una defensiva honrosa y enérgica, mas no victoriosa. El principe Poniatowski, despues de algunas escaramuzas de caballeria, resolvió disputar los aproches de Varsovia con el grueso de sus tropas, y para ello, el 19, el mismo dia en que el mariscal Davout daba el combate de Tengen, el principe polaco se detuvo en la posicion de Raszyn, posicion formada, como todas las que pueden ser defendidas ventajosamente en su pais, por bosques entrecortados por pantanos. Durante ocho horas disputó estos bosques y pantanos con doce mil polacos contra treinta mil austriacos, perdió unos mil doscientos á unos mil quinientos hombres entre muertos y heridos, pero destruyó muchos mas al enemigo, y temiendo le ganara éste la delantera hácia Varsovia, retrogradó con direccion á aquella capital.

¿Era preciso defenderla, privada como se hallaba de medios de resistencia, esponiéndola á

ser destruida infaliblemente; ó valia mas evacuarla de resultas de un convenio que suavizara las condiciones de la ocupacion enemiga, y que le permitiera retirarse intacto á posiciones mas fáciles de conservar? Tal era la cuestion grave y dolorosa que el principe Poniatowski tuvo que resolver despues del combate de Raszyn. Los polacos mas enérgicos querian se hiciese una defensa obstinada, sin tener en cuenta para nada las consecuencias; la muchedumbre inofensiva temia un trastorno; los patriotas mas ilustrados, y no menos valientes, apetecian que se fuese, asegurando la retirada por los pantanos de Pultusek, á buscar un punto de apoyo invencible entre Modlin y Sierock, en el triángulo del Narew y del Vistula, detrás de unas obras importantes construidas de orden de Napoleon, y que se salvara de este modo la cápital, entregándola provisionalmente en manos del enemigo. Es raro que un sacrificio por el estilo sea prudente; sin embargo, esta vez lo era, y el resultado lo probó muy luego. Lleno de dolor el principe Poniatowski, entregó á Varsovia, despues de estipular honrosas condiciones, y se dirigió hácia la márgen derecha del Vistula entre Modlin y Sierock; con el objeto de arrojarse sobre todos los cuerpos que se atrevieran á pasar el rio delante de él, y firmemente resuelto á defender por medio de combates parciales la patria desventurada, que ya no podia defender por medio de batallas campales. Su denuedo, y el noble lenguaje que usó al tener que hacer este sacrificio, eran mas á propósito para exaltar que para entibiar el celo de los polacos, de suerte que no dejaron de acudir á su voz, á fin de ayudarle á recobrar la ca-

pital, que acababa de ceder momentáneamente á los austriacos.

Así pues, en Italia nos habíamos replegado hácia el Adige; en Tirol nos veíamos acometidos por todas partes; en Alemania se nos amenazaba y ultrajaba por pueblos irritados, y en Polonia perdían nuestros aliados la capital que les había devuelto el tratado de Tilsit. Todas estas noticias fueron á sorprender y conmovieron muy poco á Napoleón, triunfante en Ratisbona. Es verdad que casi no había contado con la asistencia de los rusos, y únicamente tenía empeño en probar á la Europa que estaban por él y no por los austriacos, lo cual no daba lugar á duda, supuesta la marcha de su ejército, por muy lenta que fuese. En cuanto al gran ducado de Varsovia sabía que en Viena haría y desharia de nuevo todos los estados creados por él, y que importaba poco permanecieran en pie ó viniesen á tierra durante su victoriosa marcha hácia aquella capital. Lo que le afectó algo fueron los sucesos italianos, porque dejaban al descubierto su flanco derecho, esponían sus estados de Italia á los males de la guerra, y perjudicaban á la novel reputación de su hijo adoptivo, á quien quería con ternura. Una circunstancia particular casi convirtió en enfado su pesar. Temiendo más á su padre adoptivo que á la opinión pública, el príncipe Eugenio, apenas se atrevió á darle cuenta de sus descabros, y se limitó á escribirle: *Padre mio, necesito vuestra indulgencia, porque temeroso de que me reprendieseis si retrocedía, he aceptado la batalla y la he perdido!* Ni una esplicación siquiera seguía á estas cortas palabras para decir en qué estado se hallaban las

cosas, y este silencio duró algunos días, lo cual traía apurado á Napoleón por no saber qué pérdidas eran aquellas, qué progresos había hecho el enemigo en Italia, y qué peligros podían amenazarle por su flanco derecho durante su marcha sobre Viena. «Me alegro que esteis convencido, le contestó Napoleón en varias cartas; yo debía esperarlo al nombrar general á un joven sin experiencia, mientras que no he querido que los príncipes de Baviera, Sajonia y Wurtemberg manden las tropas de su nación. Por lo que hace á vuestras pérdidas, os enviaré con que repararlas: respecto á las ventajas del enemigo, sabré neutralizarlas; pero sería preciso para ello estar instruido, y nada sé, viéndome obligado á buscar en los boletines estrangeros la verdad que debierais manifestarme. Estoy haciendo lo que nunca he hecho, y lo que debe repugnar extraordinariamente á un capitán que tenga juicio; marchó con las alas en el aire, sin saber lo que sucede en mis flancos. Afortunadamente lo puedo arrostrar todo, gracias á los golpes que he descargado; pero es cruel hallarse en semejante ignorancia.» Napoleón añadía estas magníficas palabras, que citamos testualmente, porque importan á la gloria del mas grande de sus lugartenientes, de Massena: «la guerra es un juego formal en que se compromete la reputación, las tropas y la patria. El hombre dotado de raciocinio debe conocerse y saber si ha nacido ó no para el oficio que emprende. Sé que haceis gala en Italia de despreciar á Massena (1); pero si lo hu-

(1) Estas palabras aluden á las habillitas en que se andaba á la sazón, una juventud, brillante, pero frívola,

biera enviado allá no habria sucedido lo que lamentamos. Massena tiene talentos militares, ante los cuales debeis prosternaros todos vosotros, y si posee defectos es preciso olvidarlos; porque todos los hombres los tenemos. He cometido una falta en confiaros mi ejército de Italia; debi haberos enviado Massena, y daros el mando de la caballeria bajo sus órdenes. Ahí tenéis el príncipe real de Baviera mandando una división á las órdenes del duque de Dantzig.... Creo que si urgen las circunstancias debeis escribir al rey de Nápoles para que vaya á ese ejército: entonces le entregais el mando, y os poneis bajo sus órdenes. Es una cosa muy sencilla que no tengais tanta esperiencia de la guerra como un hombre que la viene haciendo por espacio de diez y ocho años. (Burghausen, 30 de abril de 1803.)

Conociendo barto bien Napoleon que todas las ilusiones de sus enemigos, todo su valor, vendrian á tierra al saberse los sucesos de Ratisbona, resolvió, avanzando vigorosamente, detener primero, y despues obligar á retrogradar las fuerzas que operaban por sus flancos ó su retaguardia. Entonces,

que habia acudido, restaurado el trono, á los campos de batalla y á las antecámaras de Napoleon, mostrándose tan valientes en aquellos como elegantes en estas, y que murmuraba con placer de los generales de la revolucion, particularmente de Massena. Este último reunia á mucho talento natural un carácter sencillo, pero rudo y poco comunicativo. La corte de Milan, compuesta de jóvenes, temiendo lo enviaran á mandar el ejército de Italia, se expresaba muy desfavorablemente con respecto á él, y lo mismo habia sucedido en Nápoles, donde no pudo permanecer.

como en 1805, el medio mas seguro de romper todas las coaliciones nacidas y por nacer, era caer sobre Viena.

Presentábase, no obstante, una de esas cuestiones graves de que depende la suerte de los imperios, y que solo se han hecho para los grandes hombres, formados en el molde de Anibal, César, Federico y Napoleon: ¿era preciso seguir impetuosamente la ancha via que conduce á Viena, esto es, la del Danubio, dejando á la izquierda en Bohemia al archiduque Carlos, persiguiendo por delante los restos del general Hiller y el príncipe Luis, trayendo, en fin, hácia la derecha al archiduque Juan que se hallaba detrás, con el impulso de una marcha victoriosa sobre la capital; ó bien seria preciso dejar que Bessieres arrollase con su caballeria y la infanteria de Molitor los restos del general Hiller y el archiduque Luis sobre el Inn, arrojándose Napoleon en Bohemia tras del príncipe Carlos, encarnizándose en perseguirle, y procurando herir en su persona, no en Viena, á la monarquía austriaca? (1) Napoleon pensó en ella (su correspondencia lo atestigua); pero si era propio de un gran capitán como él pesar todas las alternativas, tambien lo era no vacilar despues de haberlo reflexionado, y caminar al verdadero objeto: Viena. Efec-

(1) El general Grün, principal oficial de estado mayor del archiduque Carlos, y hombre de mucho talento, ha tratado varias veces esta tesis en cartas y escritos anónimos publicados en Alemania, pero siempre en provecho de su jefe, y con la intencion de hacer resaltar su conducta á costa de la de Napoleon. Nosotros creemos que sus razones son en extremo débiles, y están destruidas con las que presentamos en este relato.

tivamente, empeñándose en perseguir sin tardanza á través de la Bohemia, al archiduque Carlos, tenia la probabilidad de aumentar la desorganizacion del principal ejército austriaco, acarrear mas pronto su disolucion, é impedir que, reconstituido mas tarde, fuese protegido por el Danubio, á disputarle el imperio de Austria en las sangrientas jornadas de Essling y Wagram. Esto es cierto, y los panegiristas del archiduque Carlos han deducido de aqui que todo lo sacrificó Napoleon á la vanidad de entrar en Viena; pero es un juicio falso formado sin tener en cuenta la realidad de las cosas. Es verdad que rechazado por Ratisbona hasta mas allá del Danubio el principal ejército austriaco, se bamboleaba y podia ser destruido con un nuevo golpe; pero el novel ejército de Napoleon, aunque esaltado con el triunfo, estaba agobiado de cansancio con los cinco dias de combate. Solo podia soportar aquella prolongacion de fatiga el cuerpo del mariscal Davout, y tambien estaba exhausto de fuerzas, habiendo como habia gravitado sobre él el peso de esas cinco jornadas. Era preciso, pues, con unos cincuenta mil hombres perseguir á los ochenta mil del archiduque Carlos, quien, hiciérase lo que se hiciera, tendria dos dias cuando menos de adelanto, hallaria algunos viveres en los caminos ya agotados de la Bohemia, mientras que los franceses no encontrarían ni una migaja de pan, indudablemente perderia en su precipitada retirada la gente cansada y los enfermos; pero sin dejar por eso de salvar las dos terceras partes de su tropa, y despues de haber arrastrado tras de sí á Napoleon, volveria infaliblemente por Lintz hácia el Danubio, pasaria otra vez este rio, reuniría á él los

cuarenta mil hombres del cuerpo de Hiller y el archiduque Luis, los diez ó doce mil de Casteler, y los cuarenta mil del archiduque Juan, y tendria de este modo en la verdadera linea de comunicaciones los ciento cuarenta mil hombres mejores del ejército austriaco: suposicion, que nada tiene de quimérica, puesto que mas tarde los archidukes, aunque separados por Napoleon que se habia quedado en el Danubio, no cesaron de pensar en su reunion, debiendo para ello venir el uno de la Bohemia por Lintz, y el otro de la Italia por Inspruck y Salzburgo. Es, pues, evidente, que si Napoleon hubiera querido perseguir al archiduque en Bohemia, habria dejado desocupado el camino del centro, es decir, el del Danubio, que entonces hubiese sido segura la reunion de los archidukes, y que de obrar estos principes con algun atrevimiento, hubieran podido volver sobre el Isar, y aun sobre el Alto Danubio y cortar á los franceses la retirada oponiendo ciento cuarenta mil hombres reunidos á Napoleon que no tenia ya ni con mucho este número de soldados despues de los cinco dias de combates que acababa de sostener. Costear las orillas del Danubio, seguir de esta suerte la linea mas corta para ir á Viena, porque los caminos de la Bohemia describen por Ratisbona, Pilsen, Budweis y Lintz un gran arco cuya cuerda es el Danubio; mantenerse en este camino que no solo era el mas corto, sino el mas central; guardar bien, por último, permaneciendo en el espresado camino, lo mas precioso para un general, á saber, su linea de comunicaciones, la en que tiene sus enfermos, sus municiones, sus viveres, sus reclutas, y la posibilidad de retirarse en caso de un descalabro, era,

pues, la única resolución prudente, la única digna de un hombre de genio como Napoleón, la que adoptó en fin sin ninguna indecisión.

Una vez tomado su partido de seguir el Danubio y marchar via recta hacia Viena, empleó Napoleón los medios mas convenientes para ejecutar sus designios. No conocia el plan de los austriacos; todo lo que sabia acerca de él, es que la mayor parte de ellos, mandados por el archiduque Carlos, se hallaban sobre la izquierda del Danubio por Ratisbona, y que la porcion mas corta mandada por el general Hiller y el archiduque Luis habia sido empujada por Landshut sobre la derecha del rio mas allá del Isar. De esto dedujo que al mismo tiempo de marchar hacia adelante, y de perseguir de cerca á la porcion que se retiraba por Landshut sobre la margen derecha del Danubio, era preciso tomar grandes precauciones con respecto á la que se retiraba sobre la orilla izquierda, es decir, en Bohemia, mucho mas considerable, y á la cual íbamos á tener siempre por el flanco ó por la retaguardia. Era menester, vigilando cuanto pudiera intentar contra la seguridad del ejército, llevar hacia adelante una masa bastante poderosa para poder destruir al general Hiller y al archiduque Luis, y bastante rápida para poder llegar antes que ellos á los puntos de paso del Danubio, é impedir de este modo á los dos ejércitos enemigos que se reunieran delante de Viena para protegerla. Con arreglo á esta doble condicion calculó Napoleón todos sus movimientos con una prevision admirable, y una habilidad de que nunca ha dado ejemplo ningun capitán antiguo ni moderno.

El 23 por la tarde fué cuando entramos en Ra-

tisbona, y tanto en aquel mismo dia como en la mañana del 24, todo lo dispuso Napoleón. Desde luego ya el dia 22, al dejar á Landshut para dirigirse á Eckmühl, habia encaminado el mariscal Bessieres con la caballeria ligera del general Marulaz y parte de la caballeria alemana, mas allá de Landshut, á fin de perseguir á muerte á los dos cuerpos derrotados del general Hiller y el archiduque Luis. Le habia añadido la division de Wrede, y para mas seguridad todavia, la division Molitor, una de las mejores y de las mejor mandadas del ejército francés. Gracias á este último apoyo estaba seguro que si el enemigo volvía á tomar la ofensiva seria enérgicamente rechazado. Al dia siguiente 23, mientras que nuestros cañones derribaban los muros de Ratisbona para poder entrar en ella á viva fuerza, quiso fuese ocupada la línea del Danubio por uno de sus mas intrépidos lugartenientes, por Massena, á fin de que este último siguiese siempre el borde del rio, y pudiera impedir cualquiera reunion de los archiduques, ya procurasen pasar de Bohemia á Baviera, ya de Baviera á Bohemia. Napoleón mandó al general Massena que bajase sobre Straubing con las divisiones Boudet, Legrand y Carra Saint Cyr, y para indemnizarle de la falta de la de Molitor, le agregó una de las divisiones de Oudinot, la division Claparede. Así, pues, dos columnas debían perseguir á los austriacos sobre la derecha del Danubio, la del mariscal Bessieres, encargada de marchar por el centro de Baviera y de hostigar fuertemente al general Hiller y el archiduque Luis en el paso de todas las confluencias del Danubio, y la del mariscal Massena, encargada de costear este rio y ocupar de-

lante de los archiduques los pasos importantes de Straubing, Passau y Lintz, que formaban los puntos de comunicacion entre Baviera y Bohemia.

Tomadas estas precauciones en el frente y la derecha, Napoleon dispuso del cuerpo del mariscal Davout para guardar su izquierda y su retaguardia, contra un movimiento ofensivo por parte del archiduque Carlos, en caso de que este príncipe tuviese la intencion de atacarnos por el flanco ó por la cola. Napoleon devolvió á este mariscal las brillantes divisiones Gudin y Morand, que le habia tomado momentáneamente para la accion de Abensberg, y le quitó la division Saint-Hilaire, destinada con las dos divisiones del general Oudinot á formar el cuerpo del mariscal Lannes. Las tres divisiones Friant, Morand y Gudin, acostumbradas á servir con el mariscal Davout desde el campamento de Boloña, y que desde aquella epoca siempre habian estado fuera de Francia, componian una verdadera familia á la vista de un padre, inflexible, pero cariñoso con sus hijos, y ofrecian un modelo cabal de la infanteria á propósito para la guerra en grande. No saqueaban, no carecian de nada por lo mismo que no saqueaban, nunca tenian un hombre rezagado, jamas retrocedian tampoco, y vencian á todos los enemigos, enalesquiera que fuesen, que encontraban al paso. Con la caballeria lijera del general Montbrun, y á pesar de sus pérdidas, contaban todavia veinte y nueve ó treinta mil hombres. Napoleon ordenó al general Davout que dejase á Ratisbona el 24, siguiera las huellas al archiduque Carlos hasta las fronteras de Bohemia, procurase saber si las habia traspasado, luego que adquiriera esta certeza, se acercara al Danubio, y bajarse por la

márgen derecha, mientras que el general Montbrun bajaria por la márgen izquierda con su caballeria lijera, registrando sin cesar el Böhmerwald, larga cordillera de montes cubiertos de bosques, que separa la Bohemia de la Baviera. El mariscal Davout debia pues, una vez bien informado acerca de los movimientos del archiduque Carlos, seguir la marcha general del ejército costeando el Danubio detrás del mariscal Massena, y ocupar á Straubing cuando dicho mariscal marchase sobre Passau, y esta poblacion cuando se dirigiese hácia Lintz. El general Dupas con una division de cuatro á cinco mil hombres y los contingentes de los príncipes de menor escala, en todo diez mil hombres, recibió orden de dirigirse inmediatamente á Ratisbona, á fin de reemplazar allí al mariscal Davout, cuando éste dejase la ciudad para bajar el Danubio, debiendo seguirle, á su vez, y reemplazarle en Straubing, en Passau, en Lintz, en todos los puntos en que el mariscal Davout hubiese reemplazado al mariscal Massena. En fin, el príncipe Bernadotte con los sajones debia pasar á Dresde, á cuya poblacion no amenazaba ningun enemigo, subir á Sajonia, atravesar el Alto Palatinado y entrar en Ratisbona para reemplazar allí á la division Dupas. De este modo el Danubio no podia menos que estar bien guardado, pues que los dos mejores cuerpos del ejército, los de los mariscales Massena y Davout, escollados por otros dos cuerpos aliados, debian seguir su curso mientras que por el centro de Baviera una fuerte vanguardia mandada por el mariscal Bessieres hostigaria á los cuerpos de Hiller y el archiduque Luis. Napoleon resolvió marchar en persona con la brillante division Saint-Hilaire,

la division Demont, la mitad disponible del cuerpo de Oudinot, la guardia que acababa de llegar y los catorce regimientos de coraceros, y escoltar á Bersieres por Landshut, para apoyar á este último si encontraba alguna dificultad por parte de los cuerpos de Hiller ó el archiduque Luis, ó para caer sobre el borde del rio si el archiduque Carlos intentaba volver á pasarle sobre nuestro flanco ó nuestra retaguardia. Para completar este conjunto de precauciones, Napoleon dirigió los bávaros hácia la derecha, con encargo de que ocuparan á Munich, condujesen allí á su rey, arrollásen la division Jellachich, que, como recordarán nuestros lectores, habia sido segregada del cuerpo de Hiller, la rechazaran de Munich sobre Salzburgo, y penetraran en seguida en el Tirol, para volver este país al dominio de la casa de Baviera. Esta última medida de llamar los bávaros á su país, tenia la ventaja de advertir la marcha del ejército por la parte de Italia, y ponerla en guardia contra cualquier tentativa del archiduque Juan. Los cuerpos que debian costear el Danubio recibieron orden de detener los barcos, traerlos á la orilla derecha, y componer con ellos convoyes para el transporte de viveres, municiones, enfermos y reclutas, preparar en todos los puntos hornos, harinas y galleta, y poner en fin á Straubing en estado de defensa, así como á Passau y Linz de manera que se pudiese guardar el rio con pocas fuerzas cuando se hubiera posado los diversos escalones.

Ocupóse en seguida Napoleon en proporcionar á sus cuerpos los refuerzos que habian menester, ya para reparar sus pérdidas, ya para completar el número efectivo de plazas proyectado. Por una

parte, estaban muy debilitados con los combates de aquel primer período, pues si habiamos quitado á los austriacos cincuenta ó sesenta mil hombres, habiamos perdido de doce á quince mil, de los cuales solo un tercio debia volver á aparecer en las filas; y, por otra, los cuerpos habian entrado en accion antes de haber recibido el complemento de su efectividad de plazas. Las antiguas divisiones organizadas hácia mucho tiempo, como las del mariscal Davout, las cuatro no tan antiguas del mariscal Massena, y la division Saint Hilaire, no habian recibido de sus depósitos los conscriptos que se les debian, y los nuevos cuerpos, como el de Oudinot, formado de cuartos batallones, estaban muy lejos de poseer todos sus cuadros. Efectivamente, muchos de estos cuartos batallones no tenian mas que dos, tres ó cuatro compañías, de seis que se les habia destinado. En fin, los reclutas que iban de Italia para los cuerpos que tenian sus depósitos en aquella comarca, habian sido cogidos en Tirol, y era preciso reemplazarlos con otros. Napoleon dió las órdenes necesarias para que los conscriptos sacados de los depósitos, y las compañías que todavía faltaban en los cuartos batallones se encaminaran pronto hácia aquella ruta tan bien escalonada de Baviera, y para que la caballería recibiese los caballos que necesitaba mas que nada. Acababan de reunirse los granaderos, cazadores, fusileros y tiradores de la guardia, y con tal motivo reiteró sus órdenes para la pronta organizacion de los cuatro regimientos de conscriptos de su guardia, y del nuevo destacamento de artillería que debia en ella hacer subir el número de piezas á sesenta. Escribió al mismo tiempo á los reyes de

Baviera, Sajonia y Wurtemberg anunciándoles sus brillantes triunfos, y apelando á su celo para cubrir las bajas de sus cuerpos. A sus hermanos Gerónimo y Luis les manifestó tambien por escrito que apresurasen la reunion de sus tropas, á fin de proveer la seguridad de la Alemania contra los movimientos insurreccionales que estallaban por todas partes. Mandó pedir esplicaciones al rey de Prusia sobre la singular aventura del mayor Schill, y al participar sus victorias á Mr. de Caulaincourt, no le envió carta para el emperador Alejandro, queriendo dar á entender á este príncipe con semejante silencio lo que pensaba acerca de la sinceridad de su asistencia. Además prohibió á nuestro embajador que oyera una palabra siquiera relativa á la suerte futura del Austria, y á las condiciones de paz que podrian resultar de triunfos tan rápidos.

Mientras que sus cuerpos caminaban delante de él, Napoleon se quedó en Ratisbona para esperar las infinitas órdenes que exigian el arreglo de operaciones tan vastas y la gobernacion del imperio, que ni aun estando ausente descuidaba. El 23 de abril por la tarde, habia entrado en Ratisbona, permaneció en ella los dias 24 y 25, y partió el 26 para Landshut, á fin de reunirse al ejército y dirigirlo en persona. En el camino se encontró á la guardia y los coraceros, y con estas brillantes tropas marchó en pos de Bessieres y Lannes, que, como hemos dicho, avanzaban por el centro de la Baviera, mientras que en la derecha costecaban los bávaros al pie de los Alpes tiroleses, y en la derecha bajaban el Danubio Massena á la cabeza, y Davout en la cola, seguidos de Dupas y Bernadotte.

Durante este tiempo, los generales austriacos adoptaban poco mas ó menos el plan de retirada que Napoleon les habia atribuido. El archiduque Carlos, rechazado al Alto Palatinado con cerca de ochenta mil hombres, no tenia, de hecho, otro partido que tomar, sino retirarse por Bohemia, atravesar esta provincia lo mas pronto posible, pasar el Danubio ya en Lintz ya en Krems, reunirse allí con el general Hiller y el archiduque Luis, y aun, si podia, traer á aquel punto al archiduque Juan por el Tirol insurreccionado. El general Hiller y el archiduque Luis, rechazados por Landshut hasta mas alla del Isar en Baviera, con cerca de cuarenta mil hombres, no tenian por su parte otra cosa mejor que hacer sino disputar las lineas del Inn, el Traun y el Ens, confluentes del Danubio, retardar de esta manera la marcha de Napoleon, y dar tiempo á los archiduques Carlos y Juan á que se reuniesen á ellos, para proteger á Viena con todas las fuerzas de la monarquía. Este es, en efecto, el plan que adoptó el archiduque Carlos, y que prescribió á sus hermanos, lo cual acababa de justificar completamente la marcha de Napoleon á lo largo del Danubio, puesto que le ponía en el camino recto de Viena entre todos los archiduques, de modo que los aislaba á unos de otros, y se les adelantaba sobre todos los puntos de reconcentracion.

Conforme al plan adoptado, dejando el archiduque Carlos á Ratisbona, se apresuró á ir á tomar posiciones en Chám, á la entrada de los desfiladeros de la Bohemia, y se situó entre los dos caminos de Futh y Roetz, que conducen á Pilsen, teniendo el cuerpo de Rosenberg á la izquierda,

el de Hohenzollern á la derecha, el de Kollovrath en medio, el príncipe Juan de Liechtenstein detras con los granaderos y coraceros, y en fin, el cuerpo de Bellegarde destacado en el convento de Schoenthal. Aquella posición era muy fuerte, valia la pena de ser disputada, si se le perseguía vivamente: el príncipe Carlos aguardó pues en ella el material, la gente cansada y los estraviados; resuelto á defenderse con los ochenta mil hombres que le quedaban, si los franceses volvian á atacarle. El mariscal Davout, le fué siguiendo por Nittenau, no con intención de dar una batalla, sino con la de observar su marcha y conocer sus proyectos. Queriendo no obstante, sin trabar un combate, conservar el ascendiente de las armas, arrolló de pronto los puestos avanzados de los austriscos hasta cerca de Cham, y se presentó en ademan de estar dispuesto á venir á las manos. Ora porque no quisiese el archiduque correr el riesgo de otra batalla, ora porque creyera habia esperado bastante, levantó el campo, dejando al mariscal Davout muchos carros, enfermos y rezagados, de que este se apoderó. Siendo el proyecto retirarse, mas hubiera valido hacerlo antes, pues habiendo como habia salido el generalismo austriaco el 24 por la mañana de las cercanías de Ratisbona, permaneció en Cham tomando posiciones hasta el 28, y de este modo perdió dos dias de cuatro que habia tenido, lo cual era de sentir, puesto que su interés principal estaba en alcanzar el puente de Lintz, por el que podia reunirse con los cuerpos de Hiller y el archiduque Luis. Como el camino interior de Bohemia forma un arco por Pilsen, Budweis y Lintz, tenia que dar un largo rodeo, mientras que

Napoleon, siguiendo los bordes del Danubio, marchaba directamente al punto tan importante de Lintz por un camino soberbio, y con el auxilio del rio que trasportaba parte de su carga mas pesada. El príncipe austriaco hubiera hecho de consiguiente muy bien en apresurarse, á riesgo de dejar atras mucha gente, porque mas valia seguramente llegar con menos fuerzas á Lintz, lugar de la cita, que no llegar con muchas ni con pocas.

Sea lo que fuere, el hecho es que el archiduque Carlos se retiró á Bohemia, decidido á recoger en el camino todos los refuerzos que hallase, y volver á ocupar lo mas pronto posible la orilla derecha del Danubio. Sospechando, no obstante, que no lograría marchar con bastante celeridad, envió el general Klenau con nueve batallones y el general Stutterheim, con algunas tropas lijeras, para que por los caminos mas cortos fuesen á destruir, si no podia ocuparlos, los puentes que hay sobre el Danubio en Passau y Lintz. Tomadas estas precauciones, como no podía menos que desanimarse al ver una guerra que empezaba tan mal, propuso al emperador de Austria, que, sobreesto de un cange de prisioneros, diese un paso en favor de la paz. El emperador Francisco, que habia consentido en la guerra aunque sin estar bien convencido de que debía hacerse, y que veia lo desanimado que estaba ya su hermano el generalismo, no se negó á dar aquel paso, asi como no se habia negado á la guerra, pero pidiendo no obstante, no se demostrara demasiada debilidad al principio de las hostilidades. En su consecuencia, el archiduque Carlos mandó á su gefe de estado mayor Grün estender una carta en que felicitaba al emperador Napoleon por su arribo al

cuartel general francés, según había podido colegir, (así le decía con modestia) del giro que tomaban los sucesos, y le proponía un cango de prisioneros para suavizar los males de la guerra, añadiendo que se tendría por dichoso si desde el comienzo de las hostilidades podía dárseles un carácter menos violento y acerbo. En seguida continuó su marcha atravesando la Bohemia, después de haber prevenido á su hermano Juan, que pasara á Baviera, y á su hermano Luis, y á su lugarteniente Hiller que disputaran tenazmente aquella comarca á los franceses, para dar tiempo á que todas las tropas austriacas verificasen su reunion detrás del Traunn, en las cercanías de Lintz.

Así que el mariscal Davout vió penetrar en Bohemia al archiduque Carlos, varió de direccion, volvió hacia Ratisbona, pasó otra vez el Danubio, y empezó á bajar este rio por la orilla derecha, mandando al general Monbrun esplorase la orilla izquierda. Se encaminó hácia Passau en pos del mariscal Massena, que debía encaminarse sobre Lintz, y dispuso se reemplazase en Ratisbona el general Dupas con diez mil hombres, mitad alemanes mitad franceses.

Mientras que el archiduque Carlos daba á su retirada la direccion que acabamos de indicar, el general Hiller y el archiduque Luis, aun antes de haber recibido orden de disputar palmo á palmo el terreno en Baviera, se habian decidido á ello, y creyendo que Napoleon se obstinaba en perseguir al archiduque Carlos, resolvieron hacer un movimiento ofensivo contra la vanguardia del mariscal Bessieres, á fin de atraer el enemigo hácia ellos y dejar libre al generalismo. Esta resolucion era

honrosa y bien entendida, porque podian sorprender á Bessieres antes que se le hubiese reunido el refuerzo que le enviaba Napoleon, en ese estado de imprudente confianza que la victoria inspira muchas veces.

Tenian los dos generales austriacos todavía, incluyendo en el número total de plazas vivas y efectivas los restos de la reserva de Kienmayer y la division Jellachich, cerca de cincuenta mil hombres. El general Jellachich se hallaba hacia Munich, con orden de retirarse sobre Salzburgo, pero aun sin su asistencia, habiéndoseles reunido un regimiento de Mitrowski y algunos húsares de Stipcitz, debian poseer de treinta y ocho á cuarenta mil soldados; y si marchaban sobre el mariscal Bessieres que apenas tenia trece ó catorce mil, y avanzaba con suma temeridad, podian derrotarle. Efectivamente, el 24 por la mañana, antes que el archiduque Carlos hubiera realizado definitivamente su movimiento de retirada hácia Bohemia, y mientras que el mariscal Bessieres penetraba hasta mas allá de Isar, llevando la caballería ligera de Marulaz á la cabeza de su columna, los bávaros del general de Wrede en el centro, y la infantería de Molitor en la retaguardia, los dos generales austriacos volvieron hácia adelante, con la intencion de rechazar la vanguardia de los franceses hasta los pantanos del Roth, cerca de Neumarkt. Presentáronse formados en tres columnas, y se encontraron desde luego á la caballería de Marulaz, la cual les dió varias cargas con extraordinaria valentía, pero sin poder obtener triunfos formales contra treinta mil hombres en masa que marchaban con resolucion. Rechazada la caballería

de Marulaz, le llegó su turno al general de Wrede, y tuvo que resistir con seis ó siete mil hombres de infantería á mas de treinta mil. Los bávaros no eran indignos de medir sus armas con los austriacos, aunque inferiores á ellos, y se mostraban bastante animados en aquella guerra; pero les era imposible mantenerse firmes contra la masa que iba á estrecharlos de frente y por los costados, sin tener otro refugio, en medio del terreno húmedo y plantado de bosques que rodea el riachuelo de Roth, que un puentecillo, que temblaba con el peso, y era incapáz de sostener las fuertes masas que lo atravesaban á paso acelerado. Detrás estaba situada la poblacion de Neumarkt, donde Bessieres se hallaba comiendo a la sazón, mientras que su vanguardia, rechazada hácia el centro, corría el riesgo de ser arrollada. Afortunadamente el general Molitor, oficial de infantería formado en la escuela del Rhin, y el primer teniente general de aquel tiempo, llegaba seguido de su division, y conociendo el peligro lo participó al mariscal Bessieres: éste viendo que aquella era cosa de la infantería, tuvo la prudente modestia de dejarle obrar. El general Molitor pasó al instante el puente de Roth con sus cuatro regimientos, y descubriendo sobre la izquierda una altura cubierta de bosque desde donde se podia proteger la retirada, se apresuró á ocuparla con el segundo de línea, arrojando de ella un destacamento de tropa austriaca que la defendía. Luego formó en fila á la derecha los regimientos núm. 16.º y 37.º en una posición ventajosa para servirse de su su fuego. En aquel momento la caballería ligera que habia sido rechazada volvía á pasar el Roth

después de haber sufrido pérdidas, y el general bávaro de Wrede se las habia con el enemigo, encarnizado en destruir uno de sus batallones; pero de pronto fué á calmar el ardor de los austriacos la actitud de la division Molitor. Los disparos hechos de arriba abajo y con gran puntería por los regimientos 16.º y 37.º de línea, y la fuerte posición del 2.º los contuvieron, teniendo mal de su grado que dejar á los bávaros pasar tranquilamente el Roth. Los regimientos 16.º y 37.º desfilaron en seguida, protegidos por el 2.º que tuvo con los austriacos un choque terrible. Tan obstinado estaba este regimiento en luchar que al general Molitor le costó sumo trabajo hacerle retroceder. Antes de pasar el puente dió varias cargas á la bayoneta, y obligó de este modo á los austriacos á dejarle verificar su retirada, que fué el último en ejecutar con una serenidad que causó admiración hasta á los enemigos.

Aquella accion costó á los bávaros algunos centenares de hombres, y al general Marulaz algunos caballos. A no ser por la prevision de Napoleon que habia hecho de modo que el general Molitor apoyase al mariscal Bessieres, el lance pudo ser fatal á la vanguardia entera. Con todo, aunque detenidos el general Hiller y el archiduque Luis en las orillas del Roth, no hubieran renunciado á su movimiento ofensivo, si no hubiesen sabido por la noche en toda su estension los desastres del generalismo, así como su retirada á Bohemia, y si no hubieran conocido la necesidad que habia de retirarse por la parte en que se hallaban porque Napoleon no podia menos que caer sobre ellos bien pronto con terribles fuerzas for-

madras en masa. Resolvieron, pues, replegarse sobre el Inn, y del Inn sobre el Traun, que abrigan la esperanza de defender mejor que el Inn, porque debian tener mas tiempo de situarse en él, y ademas tenían alguna probabilidad de hallar allí a uno de los archiduques, á Carlos ó Juan.

Napoleon llegó en el interior, seguido de la guardia y los coraceros, y precedido por Lannes con las tropas de los generales Saint-Hilaire, Demont y Oudinot. Condujo de nuevo hácia adelante el mariscal Bessieres, y dió á la persecucion tal vigor que parecia un torrente que sale de madre. Toda la gente, de derecha á izquierda marchó sobre el Inn, dirigiéndose, los bávaros hácia Salzburgo por Munich y Wasserburgo, el mariscal Lannes hácia Burghausen por Mühlendorf, y el mariscal Bessieres hácia Braunau por Neumarkt. Apoyando este movimiento á lo largo del Danubio, el mariscal Massena penetraba en Passau, que arrebató bruscamente á los austriacos, los cuales no habian tenido tampoco, lo mismo que los bávaros, la prevision de situarse allí de un modo sólido.

El 28 y el 29 de abril, al cabo de diez dias de haber empezado las hostilidades, habiamos llegado por todos los puntos á la línea del Inn, y nos ocupábamos en restablecer los puentes que en cada camino habian ido los austriacos destruyendo ó quemando hasta flor de agua cuando tenían tiempo para ello. Napoleon entró el 28 en Burghausen, y tuvo que esperar allí dos dias á que se restaurara el puente, de gran importancia y que habia sido incendiado completamente. Habiendo recibido la pacífica carta del archiduque Carlos, la envió á Mr. de Champagny, que seguia el cuartel general,

y le mandó que no contestase. Lleno de confianza en el resultado de la campaña, y no previendo todas las dificultades que podria encontrar mas tarde, creia que tenia en sus manos el destino de la casa de Austria, y no queria fuese a contener sus ambiciosos pensamientos un impulso de irreflexiva generosidad. Prescribió, pues, el silencio, á lo menos por el momento, reservándose contestar mas tarde segun las circunstancias.

Habiendo entrado en Passau el mariscal Massena, y seguidole de cerca el mariscal Davout, mientras que el ejército entero se hallaba sobre el Inn desde Braunau hasta Salzburgo, era preciso marchar sin tardanza sobre el Traun. Esta era la línea esencial que habia que conquistar, porque se comunicaba con el desembocadero de Lintz, por el cual podia el archiduque Carlos reunirse al general Hiller y al archiduque Luis. Conquistada esta línea antes que hubiese llegado á ella el generalismo austriaco, quedábale á éste otra segunda probabilidad, y era la última, de juntarse delante de Viena, cual era alcanzar á tiempo el puente de Krems y venir á situarse en Saint-Polten para cubrir la capital. Napoleon resolvió arrebatarle desde luego la primera de estas dos probabilidades, dirigiéndose hácia Lintz con impetu. Así que llegó con todos sus cuerpos al Inn y vió restablecidos los puentes el 30 de abril, ordenó el movimiento general para 1.º de mayo, mandando á Massena que marchase rápidamente de Passau á Efferding, y en Efferding hácia Lintz; que una vez allí se apoderase desde luego de esta última poblacion, y en seguida del puente que hay en el Danubio sino el habian destruido, y que ocupada aquella, se di-

rigiese en derechura al Traun, que corre dos leguas mas abajo. Este rio, que es para los austriacos una de las líneas mas importantes siempre que quieran detener á un ejército que se dirija á Viena, descende lo mismo que el Ens de los Alpes Noricos, y va á desaguar en el Danubio algo mas allá de Lintz, costeando al pié de una meseta que se estiende hasta el mismo Danubio, y en la cual puede tomar posición ventajosamente un ejército, para oponerse á los progresos de una invasion. Asi es que el puente del Danubio, el que servia de comunicacion militar entre Bohemia y la Alta Austria, estaba colocado, no en Lintz mismo sino mas abajo de la confluencia del Traun en el Danubio, es decir, en Mauthausen. Resguardabanlo, pues, el Traun y la meseta de que acabamos de hablar, en cuya cumbre se descubrian la poblacion y el castillo de Ebersberg.

Massena recibió, pues, el 1.º de mayo orden de dirigirse vivamente de Passau á Lintz, y de Lintz á Ebersberg, pero como podia haber grandes dificultades si los treinta y seis mil hombres que les quedaban á los dos generales austriacos iban á apostarse en Ebersberg, queria Napoleon llegar al Traun por varios puntos á la vez, esto es, por Ebersberg, Wels y Lambach. En su consecuencia, dirigió todas las columnas del Inn al Traun, de tal suerte que pudieran llegar allí el 3 de mayo por la mañana. El general de Wrede, teniendo que atravesar á Salzburgo con su division, debia, despues de haber sido allí reemplazado por el resto de los bávaros, encaminarse por Straswalchen hácia Lambach en la orilla del Traun. El mariscal Lannes con las tropas de los generales Oudinot,

Saint-Hilaire y Demont, debia trasladarse á Wels, para pasar por allí el Traun, en el punto inmediato á Ebersberg. El mariscal Bessieres, en fin, con la guardia, los coraceros y la caballeria lijera, debia, ó pasar á Wels, ó caer sobre Ebersberg, si oia hácia aquel punto fuego de cañon que hiciera suponer una resistencia formal. Al mayor general Besthier se le mandó hiciera saber á Massena, y asi lo verificó, que si por la parte donde él se hallaba se presentaban obstáculos de gravedad, hallaria en el paso del Traun, efectuado mas arriba de él, ya en Wels, ya en Lambach, un socorro que le ayudaria á superarlos. Le encargó, no obstante, asi en aquella orden como en las anteriores, que no perdonase medio para apoderarse prontamente, no solo de Lintz y el puente que esta poblacion tenia en el Danubio, sino tambien del puente de Mauthausen, colocado, segun acabamos de decir, en la confluencia del Traun, y protegido por el castillo de Ebersberg (1).

Nuestras columnas avanzaron en el orden indicado, y el 4.º de mayo todas se hallaban mas allá del Inn despues de haber restablecido los puentes, dirigiéndose Massena de Passau hácia Efferdin, y Lannes y Bessieres de Burghausen y Braunau hácia Ried, no sin que recogieran por el camino un

(1) Analizo aqui fielmente las cartas que Napoleon y el principe Berthier escribieron al mariscal Massena, para que se pueda apreciar bien hasta qué punto está motivado el combate de Ebersberg, uno de los mas terribles de nuestras largas guerras, y que al mismo tiempo que hace resaltar la prodigiosa energia de Massena, ha sido criticado, sin embargo, como una efusion de saugre inútil.

número considerable de carromatos y dos ó tres mil prisioneros. Massena, que marchaba por la izquierda del Danubio, encontró en todas partes la retaguardia de los cuerpos de Hiller y el archiduque Luis, y descubrió á la otra parte del rio, las tropas del archiduque Carlos que atravesaban los desfiladeros de la Bohemia para ocupar ó destruir el puente de Lintz. Conocia pues mas y mas á cada paso lo importante que era llegar antes que el generalísimo, sea á Lintz, sea á Ebersberg, no tanto para conquistar estos sitios como para quitárselos al enemigo, é impedir detrás del Traun que se reunieran todas las fuerzas de la monarquía austriaca.

El 2 de mayo por la tarde contestó Massena delante de Efferding con unos cuantos tiros de fusil al fuego de la retaguardia del general Hiller; hizo unos cuantos prisioneros y se preparó á marchar á la mañana siguiente hácia Lintz. El 3 por la mañana salió precedido de la caballería ligera de Marulaz y seguido de la division Claparède del cuerpo de Oudinot, apareciendo delante de Lintz al rayar el dia. Entrar allí, arrollar algunos puestos avanzados que se retiraban de prisa y corriendo, y apoderarse de la poblacion, fué obra de un instante; de suerte que los destacamentos de Klenau y Stutterheim, enviados por el archiduque Carlos para ocupar el paso, solo pudieron destruir el puente de Lintz y llevarse las barcas de que se componia á la orilla izquierda. Con haberse apoderado de Lintz, estaba, pues, seguro Massena que aquel puente del Danubio no podía ya servir para que se juntaran los archiduques; pero el puente verdaderamente á propósito para la reunion era el de Mauthausen, situado dos leguas mas abajo y protegido, co-

mo hemos dicho, por el Traun. Mientras no fuésemos dueños de éste, era posible que el archiduque Carlos se sirviese de él para reunirse al general Hiller y el archiduque Luis, y no se sabia efectivamente si los destacamentos que se descubrian mas allá del Danubio eran la vanguardia del principal ejército austriaco, ó simples destacamentos sin apoyo. Eran las diez de la mañana cuando Massena, sin vacilar, atravesó á Lintz á la carrera y se dirigió hácia el Traun, es decir, delante de Ebersberg. Entoncez se ofreció á la vista aquella posicion con una apariencia formidable.

Velase delante correr el Traun de derecha á izquierda para ir á desaguar, á través de islas cubiertas de arbolado, en el inmenso lecho del Danubio, y en este rio se descubria un puente de mas de doscientas toesas de estension. Mas allá se divisaba un cerrillo escarpado, sobre el cual se hallaba la pequeña poblacion de Ebersberg, mas arriba un fuerte castillo erizado de artilleria, y, en fin, ya delante del puente, ya en la meseta del cerrillo, tropas en masa que se podia calcular ascenderian á treinta y seis ó cuarenta mil hombres. Cualquiera otro dotado de diferente carácter que Massena se hubiera moderado, ocurriéndosele la idea de esperar, sobre todo si se hacia la reflexion muy sencilla que á algunas leguas mas arriba de Ebersberg, debian varias columnas francesas efectuar aquel mismo dia ó á la mañana siguiente el paso, y cojer la vuelta á la posicion. Empero esta certeza no impedia que quizá se reuniesen los archiduques por el puente de Mauthausen, si se dejaba en su poder. Interesaba pues verdaderamente quitárselo sin tardanza, tomando la poblacion y el castillo

de Ebersberg: además, con semejante carácter, mucho más que con el raciocinio, es como el hombre se decide á pelear, y al encontrarse Massena al enemigo, con quien no había tenido ocasión de luchar en aquella campaña cuerpo á cuerpo, no sintió sino un deseo, el de arrojarle sobre él para apoderarse de una posición que se tenía por decisiva. Estos fueron los motivos porque dispuso inmediatamente el ataque.

Delante del puente de Ebersberg y alrededor de la aldea de Klein-Munchen, había unos tiradores austriacos y algunos puestos avanzados de caballería ligera, y el general Marulaz mandó cargar, dispersando á sablazos á unos y otros: los ginetes pasaron el puente, y los tiradores se parapetaron en los jardines y las casas de Klein-Munchen. Detrás de la caballería ligera de Marulaz marchaba la primera brigada de Claparede, mandada por el intrépido Cohorn. Este general, de quien ya hemos tenido ocasión de hablar, descendiente del célebre ingeniero holandés Cohorn, encerraba en un cuerpo delicado y pequeño el alma más fogosa y enérgica de que Dios ha podido dar jamás á un guerrero: era digno de ejecutar los impetuosos mandatos de Massena. Apenas llega al sitio de la refriega, corre á la cabeza de los zapadores de su brigada hácia la aldea de Klein-Munchen, se apodera primero de los jardines, se arroja después en las casas, hace prisioneros ó pasa á cuchillo á cuantos enemigos encuentra, va á pasar al otro lado de la aldea, y se dirige á la entrada del puente, que tenía según hemos dicho, doscientas tocas de largo á lo menos, que estaba cargado de faginas incendiarias, y en el que iban á dar los disparos del enemigo. Otro

que no hubiese sido el general Cohorn, se hubiera detenido á esperar órdenes del mariscal Massena; pero el audaz general, con la espada en la mano, penetra antes que ninguno en el puente, lo atraviesa á la carrera, mata ó coge prisioneros á cuantos procuraban disputarle el paso, y es verdad que se deja en las tablas del puente muchos de su gente muerta ó herida, mas sigue avanzando, y una vez salvado el desfiladero, lanza sus columnas de ataque sobre el cerrillo, que estaba cubierto de masas de infantería austriaca. Cohorn, bajo una lluvia de balas, trepa con el mismo empuje la rampa escarpada que conduce á Ebersberg, penetra en la población, desemboca en una gran plaza á la cual domina el castillo, y obliga, en fin, á los austriacos á replegarse en las alturas de detrás. Por desgracia conservan el castillo y desde las murallas hacen un fuego destructor sobre la población que acabábamos de conquistar.

Durante esta serie de actos temerarios, Massena que se había quedado al pie de la posición, toma sus medidas para apoyar á Cohorn, que hasta entonces solo había tenido que habérselas con la vanguardia de los austriacos, y que bien pronto iba á tenerlos á todos al frente. Para contrarrestar á la formidable artillería del cerrillo, trae las bocas de fuego de todo el cuerpo, las situa lo más ventajosamente posible. Nuestros oficiales de artillería tan intrépidos siempre como inteligentes, procuran suplir con la puntería del tiro y la buena elección del sitio, la desventaja de la posición; y de este modo se traba de una orilla á otra del Traun un espantoso fuego de cañon. Hecho esto, lanza Massena por el largo desfiladero del puente las

otras dos brigadas de Claparede, las de Lesuire y Ficatier, mandándoles trepar al cerrillo para ir á socorrer en Ebersberg al general Cohorn. En seguida despacha un tropel de ayudantes de campo á fin de apresurar la llegada de las divisiones Legrand, Carra Saint-Cyr y Boudet, que tanto se necesitan para salir de aquel terrible trance. Por lo demás, se mantiene en medio de las balas y las bombas dando órdenes y proveyendo á todo.

Las dos brigadas Lesuire y Ficatier llegaban muy á tiempo, pues marchando de nuevo hácia adelante el general Hiller se habia arrojado con fuerzas considerables sobre Cohorn, y le habia obligado primero á entrar en Ebersberg, y luego á evacuar la plaza. Los franceses la recobran, vuelven á arrojar de ella á los austriacos, é intentan apoderarse del castillo, al cual se acercan sin poder penetrar en él; pero los austriacos que conocian la importancia de aquel puesto, tornan en mayor número, lo cual les era fácil, puesto que eran treinta y seis mil contra siete ú ocho mil, caen en masa sobre el castillo, alejan de él á los franceses, se introducen en la poblacion, la atraviesan, y desembocan otra vez en la plaza. El valiente Claparede se refugia entonces con sus oficiales en las casas que la rodean por tres partes, se situa en ellas, y desde las ventanas arroja sobre el enemigo una lluvia de balas. Disputanse aquellas casas con furor bajo la artillería del castillo, la cual lo mismo dispara sobre los austriacos que sobre los franceses, y algunas bombas prenden fuego á aquella desgraciada poblacion, fuego tan abrasador á poco tiempo que casi no se puede respirar allí.

La espantosa matanza continua, y siendo igual

la furia al valor, la ventaja va á quedar por el mayor número. Los franceses iban á ser precipitados en el Traun y á recibir el castigo de su audacia, cuando felizmente empieza á aparecer la division Legrand, precedida de su intrépido general. Este, tranquilo siempre, siempre arrogante en el peligro, y llevando pintada en su hermoso y varonil semblante la espresion de sus cualidades militares, llegaba á la cabeza de dos regimientos veteranos, el 26.º de infanteria lijera y el 18.º de linea, y penetra en el puente atestado de muertos y heridos. Para poder pasar es preciso arrojar al Traun una multitud de cadáveres y quizá de heridos que todavia respiráran: al fin lo atraviesa, y se encuentra á la otra parte un nuevo estorbo formado por combatientes arrollados que se retiran, ó heridos que conducen á hombros. Un oficial quiere esplicar la situacion al general Legrand, pero este le interrumpe diciéndole; «Yo no necesito consejos, sino sitio para mi division.» Al fin forma esta, y avanza, llevando uno de sus regimientos á la derecha, para dejar atrás á los austriacos que habian cercado á Ebersberg, y otro en el centro por la calle ancha de la poblacion. Mientras que varios de sus batallones, formados en columnas de ataque, arrollan á los austriacos que rodean la poblacion, los demas la atraviesan por medio, logran desembocar en la plaza, la hacen evacuar á la bayoneta, y libertan á Claparede que ya no podia más. Legrand ataca en seguida el castillo y sube á él bajo un fuego mortífero; estaban cerradas las puertas, pero manda que las derriben á hachazos sus zapadores, penetra en lo interior, y pasa á cuchillo á toda la gento que encuentra allí. Desde este mo-

mento somos dueños de Ebersberg, pero es un monton de humeantes ruinas, de donde sale un hedor insoportable, el de los cadáveres consumidos por las llamas. Los nuestros se apresuran á dejar atrás aquel sitio tan espantoso de ver como difícil habia sido de conquistar, y marchan contra los austriacos formados en batalla sobre una línea de alturas que hay detras. Viendo estos allá á lo lejos en llano, entre Lintz y Ebersberg, llegar las largas hileras de las divisiones Carra-Saint-Cyr y Boudet, viendo ademas á su izquierda una masa de caballeria francesa que habia atravesado el Traun en Weldes, creyeron que no debian prolongar aquella furiosa lucha, y se retiraron, abandonándonos de este modo la confluencia del Traun, y el importante desembocadero de Mauthausen. Por lo demas, el puente establecido en aquel parage habia desaparecido como el de Lintz, pues los batidores del archiduque Carlos lo habian destruido, enviando las barcas hácia Krems.

La caballeria que se divisaba era unos mil ginetes, que Lannes, despues de haber pasado el Traun en Wels sin dificultad, despachó á las órdenes del general Durosnel, para que fuesen á salir mas allá de la prision que ocupaban los austriacos. Es, pues, seguro, que si Massena hubiera podido adivinar que el archiduque Carlos, no estaba en Mauthausen con su ejército, y que algo mas arriba de los pasos ya efectuados, habia de derribar tan pronto la posicion de Ebersberg, debia haber ahorrado la sangre vertida en aquel terrible ataque. El campo de batalla estaba espantoso, y la poblacion de Ebersberg tan incendiada, que no se podian sacar los heridos, habiendo sido preciso,

para impedir que el incendio se propagara al puente, cortar la parte de tablazon de las dos estremidades, de suerte, que la comunicacion quedó interrumpida por algunas horas entre las tropas que habian pasado el Traun y las que llegaban en su socorro. La refriega nos costó mil setecientos hombres entre muertos, ahogados, quemados y heridos. Los austriacos perdieron tres mil hombres fuera de combate, cuatro mil prisioneros, y muchas banderas y cañones, retirándose aterrados con tanta audacia. Aquella cruel jornada nos causó mucho daño, de consiguiente, y el efecto moral que produjo, fué igual al efecto material.

Atraido Napoleon por la violencia de los cañozos, habia acudido á galope, y á pesar de lo muy acostumbrado que estaba á los horrores de la guerra, le repugó bajo todos aspectos aquel espectáculo abominable, no justificado lo bastante por la necesidad de combatir. A no ser por la admiracion que le causaba el genio bélico de Massena, y el caso que hacia siempre de la energia, hubiera quizá censurado lo que acababa de pasar. No lo hizo, pero no quiso permanecer en Ebersberg, y se situó fuera, en medio de su guardia.

El archiduque Carlos, á pesar del firme plan de reunirse á sus hermanos detras del Traun por Lintz ó Mauthausen, no habia marchado bastante aprisa, ni calculado bastante bien sus movimientos, para llegar á Lintz en tiempo hábil, y se hallaba solamente en Budweis, en Bohemia, cuando Massena penetraba con tanto impetu en Lintz y Ebersberg; por manera que no le quedaba sino el desembocadero de Krems á que poder llegar. El general Hiller, y el archiduque Luis, iban á tras-

ladarse á él por Enns, Amstetten y Saint-Polten, continuando en el proyecto de destruir todos los puentes que habia en los rios que corren de los Alpes Nóricos al Danubio. En cuanto al archiduque Juan, era todavía menos probable que pudiera llegar bastante pronto, y hasta que se atreviera á penetrar en los Alpes, dejando á su izquierda al príncipe Eugenio, y esponiéndose á encontrarse por la derecha con el ejército de Napoleon, en el cual hubiera caído como en un abismo. Era, pues, preciso, no contar con él en manera alguna; pero bastaba para tener alguna probabilidad ventajosa, que el archiduque Carlos se diese la mano por Krems con el general Hiller y el archiduque Luis, quienes verificaban su retirada á lo largo del Danubio, porque despues de haber empleado mucho tiempo en reunir rezagados, recoger *landwehr*, é incorporar los terceros batallones de los regimientos gallicianos, llegaba con mas de ochenta mil hombres, y podia, reunido con sus dos lugartenientes que tenian treinta mil cuando menos, hallarse en Saint-Polten con ciento diez mil combatientes. Entonces era posible disputar allí la victoria á Napoleon, y si se ganaba, el imperio francés, en vez de ser derribado como lo fué en 1814, lo hubiera sido en 1809.

Encantado Napoleon al ver que habiamos quitado á los archidukes la principal probabilidad que tenian de reunirse ocupando á Lintz y Mauthausen, se apresuró á marchar sobre Krems para quitarles este último recurso, y alcanzar á Viena, antes que ningun obstáculo pudiera prohibirle la entrada.

Despues del Traun, se presentaba el Ens, que

corre paralelamente á este rio, bañando en su curso la otra parte del cerrillo que acababamos de atravesar; pero todos los puentes estaban radicalmente destruidos, y se necesitaba para restablecerlos veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas por lo menos; contrariedad sensible, mas inevitable. Asi es, que aunque el 4 por la mañana se hallaba Lannes en Steyer sobre el Ens con las divisiones Demont y Saint-Hilaire, y Bessieres ocupaba la poblacion de Enns con la caballeria lijera, el cuerpo de Oudinot y una division de Massena, hubo que aguardar todo el dia 5, ocupados en reconstruir los puentes quemados á flor de agua, y hasta el 6 por la mañana, no se pudo atravesar el Ens para dirigirse hacia Amstetten. Bessieres, con la caballeria y la infanteria de Oudinot, fué el primero que pasó, seguido bien pronto por Massena, y habiéndosele reunido Lannes que vino á embeberse en la columna principal, por quedar ya únicamente un camino al ejército entre los Alpes y el Danubio. Por la tarde se entró en Amstetten sin disparar un tiro, y la mañana siguiente continuó su marcha el ejército hacia Molk, bonita posicion sobre el Danubio, que corona la magnífica abadía de Molk, y donde situó Napoleon su cuartel general. Quedaba, pues, solo una jornada para llegar á Krems, donde se encuentra el puente de Mautern, el último por el cual podia el archiduque Carlos reunirse al general Hiller y el archiduque Luis. Estabamos ya seguros de llegar á él sin obstáculo, porque nada anunciaba la presencia de un ejército enemigo delante. El 8 se dirigió nuestra vanguardia á Saint-Polten, posicion importante y muy conocida sobre los flancos del Kahlenberg, que es un estribo de

los Alpes, trazado hasta el Danubio, y detrás del cual está situada Viena. Allí es donde debieron haberse reunido los austriacos, si los archiduques hubieran tenido tiempo para juntarse, porque en Saint-Polten se halla resguardado por una fuerte posición militar, el empalme de los caminos de Bohemia, Italia, Austria Alta y Baja, y en fin, el desembocadero que va á dar á Viena, atravesando las gargantas del Kahlenberg; pero solo se descubrieron pelotones de retaguardia que iban en retirada, unos á nuestra izquierda replegándose hácia el puente de Krems para ponerse á cubierto detrás del Danubio, y otros delante de nosotros replegándose sobre Viena á través del Kahlenberg. Era pues, evidente, que nos íbamos á encontrar con tener que dar una gran batalla delante de la capital, y que no había mas que arrostrar las dificultades de un ataque á viva fuerza, si se defendía Viena. Bien es verdad que estas dificultades podían ser muy engorrosas, si el archiduque Carlos seguía bajando el Danubio por la margen izquierda, llegaba antes que nosotros á la altura de Viena, pasaba allí el río por el puente del Tabor, y venía á brindarnos la batalla respaldado en aquella gran ciudad. Afortunadamente no era de temer en vista de lo que había sucedido.

Efectivamente, habiendo perdido el archiduque Carlos en Cham dos días cuando menos, y unos cuantos mas por el camino de Cham á Budweis, llevado, esto es verdad, del deseo de reunir el ejército y reforzarlo, no llegó hasta el 3 de mayo por la mañana á las cercanías de Budweis, en el mismo momento en que Massena tomaba á Ebersberg. Con la vaga esperanza de juntarse en Lintz, lo cual

era poco presumible, avanzó de Budweis á Freystadt, cerca del Danubio, en vez de marchar via recta hácia Krems, lo cual le hubiera ahorrado un nuevo rodeo y una nueva pérdida de tiempo. Al acercarse al Danubio, supo la ocupacion de Lintz y el Traun, y conociendo entonces lo imposible que era verificar la reunion por aquel desembocadero, volvió á tomar la ruta de lo interior de Bohemia por Zwoettel, conservando todavía la falsa esperanza de llegar á Krems y á Saint-Polten antes que nosotros. Previendo no obstante el caso de que no llegara, autorizó á los dos generales que defendían la orilla derecha, á que pasaran á la orilla izquierda si se sentían demasiado acosados, sin perjuicio de destacar sobre Viena las fuerzas necesarias para poner aquella capital al abrigo de un golpe de mano. Esto es efectivamente lo que acababan de ejecutar el general Hiller y el archiduque Luis que habían llegado á Saint-Polten, pues temiendo les atacaran fuerzas superiores antes que hubiesen llegado á Viena, y les causarían una derrota parecida á la de Ebersberg, pasaron como en 1805 el Danubio por el puente de Krems, destruyeron este puente, replegaron todas las barcas á la orilla izquierda, y enviaron únicamente por el camino recto de Saint-Polten un fuerte destacamento sobre Viena, á fin de concurrir á su defensa con la población y algunos depósitos.

Tales habían sido las resoluciones de los generales austriacos, segun revelaba el simple aspecto de las cosas, pues, como acabamos de decir, se veía á la izquierda gruesas masas de tropas acabando de pasar el Danubio hácia Krems, y por delante columnas que penetraban en las gargantas

del Kahlenberg para ir á tomar el camino de Viena. Napoleon, consecuente con su plan de estar al pie de las murallas de Viena antes que los archiduques, y de añadir al efecto moral que causaria su entrada en aquella capital, el efecto material de ocupar un depósito tan vasto, tomó todas las disposiciones necesarias para llegar á ella inmediatamente. He aquí las medidas que adoptó en la abadía de Molk, donde se hallaba su cuartel general.

Como no podia tomarse á Viena con caballería, y era preciso de consiguiente traer allí infantería, el mariscal Lannes debía marchar el 9 de mayo con los peones de los generales Oudinot y Demont; siguiéndoles inmediatamente el mariscal Massena, mientras que el grueso de la caballería costearia el Danubio para observar lo que hubiese en sus orillas, frustrar cualquiera tentativa que hiciera el enemigo para pasar, y resguardarse de las tropas reunidas en masa en la margen opuesta. La caballería lijera se esparció entre Mautern, Tullan y Klosterneuburgo, siguiendo las vueltas y revueltas que da el rio al pie del Kahlenberg. Los coraceros se acantonaron detrás entre Saint Polten y Sieghardskirchen. Tomadas estas precauciones en nuestra izquierda, el general Bruyere debía en nuestra derecha con su caballería lijera y unos cuatro mil hombres de la infantería alemana subir por Lilienfeld sobre el camino de Italia, para desarmar las montañas de la Styria y vigilar los movimientos del archiduque Juan. Napoleon siguió á Lannes y Massena con la guardia y parte de los coraceros. El mariscal Davout, que ya se habia trasladado de Passau á Lintz, recibió orden de

dirigirse de Lintz á Molk, y de Molk á Saint-Polten, á fin de oponerse delante de Krems á las tentativas que para pasar pudieran hacerse á nuestra espalda, ó bien marchar hácia Viena, si teniamos que dar una gran batalla al pie de los muros de aquella capital. Con todo, como Passau y Lintz importaban casi tanto como Krems, el general Dupas debía permanecer en Passau, esperando á que llegara el mariscal Bernadotte, y el general Vandamme con los wurtembergenses recibió el encargo de guardar á Lintz. Al mismo tiempo puso Napoleon el mayor cuidado en que llegasen los convoyes por el Danubio, para lo cual les arregló en todas partes, en la orilla que ocupábamos, puertos en que descansar, ponerse al abrigo de cualquier contratiempo, y tomar lenguas. Estos convoyes, compuestos de barcos recogidos en el Danubio y sus confluentes llevaban galleta, municiones y los hombres cansados. Además de los puntos de Passau y Lintz, ocupados ya militarmente, Napoleon mandó establecer puestos fortificados en Ips, Waldsée, Molk y Mautern, debiendo allí sus convoyes volver á tomar el camino de tierra por Saint-Polten, por ser el mas corto y el único seguro, corriendo como corria el Danubio desde aquellos parages, demasiado cerca de los austriacos, y sobrado lejos de los franceses. En fin, pensando que no bastaria para resguardarse interceptar el paso del Danubio, y juzgando al contrario que el mejor medio de estar seguro por la espalda era tener medios de pasar el rio, á fin de proporcionar al enemigo las inquietudes que nos causaba á nosotros, y obligarle de este modo á diseminar sus fuerzas, Napoleon mandó esta-

blecer dos puentes de barcas, uno en Lintz y otro en Krems, con los materiales que pudiéramos haber.

Evacuadas estas atenciones, Napoleon que llegó el 8 á Saint-Polten, hizo marchar á su ejército el 9 hácia Viena por Sieghardskirchen y Schönbrunn. Lannes y Bessieres avanzaban en primera línea, Massena en segunda, y la guardia y los coraceros en tercera. El mariscal Davout iba detrás de ellos, dejando á su espalda los puestos que hemos indicado de la izquierda del Danubio, y los que habia en la derecha en los caminos de Italia.

El 9 pernoctó el general Oudinot en Sieghardskirchen, y el 10 de mayo por la mañana, la brigada Couroux, del cuerpo del espresado general, desembocó por el camino de Schönbrunn, delante del arrabal de Maria-Hilf, justamente al mes de haberse roto las hostilidades. Aquella marcha ofensiva, tan inteligente como rápida, era digna de la de 1805 en los mismos parages, y de la de 1806 á través de la Prusia, sin que haya en la historia una que la aventaje. Eran las 10 de la mañana, cuando Napoleon acudia á caballo para dirigir personalmente las operaciones contra la capital del Austria, que queria tomar de seguida, pero sin destruirla. Aquí, lo mismo que en Madrid, habia mil razones para hacer que se nos abrieran las puertas sin derribarlas por medio de las armas y el incendio.

Habiendo perdido tiempo el archiduque Carlos en inútiles rodeos, no se hallaba el 10 por la mañana en estado de ir á socorrer á Viena; y eso que esta capital podia ser defendida. Ya hemos

descrito en otra parte su forma y sus fortificaciones: no haremos, pues, ahora mas que recordarlas. El centro de Viena, es decir, la poblacion antigua, está revestida de una fortificacion regular, la que en 1683 resistió á los turcos. Despues, con el no interrumpido aumento de casas se han formado varios magníficos arrabales, cada uno de los cuales es tan grande como la ciudad principal. Tambien estos arrabales están protegidos por un muro de terraplen de poco relieve, formando zig zag, y desprovisto de obras avanzadas, pero capaz de resistir muchos días. Por último, habia en Viena lo que Napoleon consideró siempre como el medio mas poderoso de defensa, madera que los Alpes y el Danubio suministraban en cantidad prodigiosa. Podian, pues, atrincherarse allí, y con una gente tan animada contra el extranjero, como era en aquel momento los vienenses, encontrar fácilmente numerosos trabajadores. El arsenal de Viena contenia quinientas piezas de artilleria: la Hungría podia hacer refluir en ella inmensas cantidades de viveres, y gracias á este conjunto de medios, era fácil hacer durar la resistencia lo bastante para que los archiduques llegaran antes que se hubiese rendido. No se comprende, pues, que teniendo que habérselas con Napoleon, con un conquistador de capitales tan temible, no hubieran los austriacos pensado en defender á Viena.

Mucho se ha hablado de las faltas que el archiduque Carlos cometió en aquella campaña; pero seguramente es la mas grave la de no haber puesto á Viena en estado de defensa. Encerrados el general Hiller y el archiduque Luis en el recinto de aquella capital, detrás de todas las obras que

se pudieran haber reparado ó construido de nuevo, hubieran hecho á Viena inespugnable, y reunidos en seguida al pie de sus muros los ejércitos de Italia y Bohemia, no habria sido fácil batirlos. Ganar á campo raso una gran batalla contra Napoleon, era indudablemente una pretension temeraria, sobre todo, si para esta accion decisiva era preciso valerse de hábiles y atrevidas maniobras; pero aceptar á la cabeza de todas las fuerzas de la monarquía austriaca, y pegado á los muros de la capital, una batalla defensiva, era preparar á Napoleon la única derrota contra la cual podia estrellarse entonces su omnipotente suerte.

En vez de esto, nada habian dispuesto en Viena para defenderse, ora por imprevision, ora por repugnancia de acudir á semejantes precauciones, ó por temor de convertir la capital en un campo de batalla. No habian pensado en poner á cubierto los arrabales por medio de la muralla terraplenada que los rodea, y se habian contentado con artillar la antigua plaza fuerte, que no podia servirse de los cañones sino tirando sobre los arrabales. Los defensores se reducian á gente amotinada del populacho, á la cual habian dado fusiles, y que añadia cuando mas dos ó tres mil desarmados á la guarnicion. Esta, mandada por el archiduque Maximiliano, se componia de algunos batallones de *landwehr*, algunos depósitos, y un destacamento del cuerpo de Hiller, en todo once ó doce mil hombres. El gefe de aquella guarnicion, jóven brioso, pero falto de esperiencia, no habia estudiado las partes fuertes ó débiles del puesto importante que tenia que guardar, y habia agotado todo su patriotismo en proclamas tan violentas como estériles.

Apenas la caballería de Colbert y la infantería del general Couroux (de la division Tharreau), aparecieron en la puerta del arrabal de Maria-Hilf, cerrada por medio de una verja de hierro, estalló una especie de tumulto popular en las calles inmediatas. Se habia engañado á aquella poblacion diciéndole que los franceses estaban en derrota; que el archiduque Carlos era vencedor, y si todavía se hallaba en Bohemia era de resultas de hábiles maniobras; que sin duda podria Napoleon destacar una division sobre Viena para amenazar á la capital, pero que esta division seria destruida inmediatamente con la vuelta del victorioso archiduque, y que de consiguiente era preciso oponerse á una tentativa de este género si se verificaba, porque no podia ser otra cosa que una temeridad y una insolencia por parte del enemigo. Así el populacho se dió á recorrer las calles prorumpiendo en gritos de furor, y asustando, mas que á los franceses á los habitantes pacíficos. Cerráronse las tiendas y las casas, y un parlamentario que enviáramos al estado mayor de la plaza, fué acometido y herido, sirviendo su caballo para pasear en triunfo á un mozo de carnicero, que fué el que cometió aquella violacion del derecho de gentes. Durante este tiempo la columna del general Tharreau estaba parada delante de la verja del arrabal esperando á que se la abrieran, cuando un oficial francés, el capitán Roidot, escala de repente la verja, y con el sable desenvainado obliga al guarda á entregarle las llaves. Entonces entran nuestras columnas, á galope la caballería de Colbert, y á paso de carga la infantería de Couroux: llegan de este modo, arrollando la guarnicion, hasta la ciu-

dad antigua, cuyo recinto está atrincherado y armado, pero apenas se hallan en la esplanada que separa los arrabales de la ciudad, la artillería de los muros vomita metralla y algunos de los nuestros son heridos, entre ellos el general Tharreau. Se embiste á la plaza por todas partes, se la intima la rendición, y la única respuesta es recibir una lluvia de balas de cañon que solo causan daño á las hermosas habitaciones de los arrabales.

Entre tanto Napoleon, viendo que ni aun forzando el ataque se acabaria en un dia, fué á situarse en Schœnbrunn para esperar allí la llegada del grueso del ejército, y nombró gobernador de Viena al general Andréossy, que habia sido embajador suyo en Austria y conocia aquella capital tanto como á él le conocian. Con esto queria indicar Napoleon que no era su intencion acudir al rigor, pues para semejante papel no se hubiera escogido un hombre que habia vivido muchos años en medio de la poblacion vienense. A este nombramiento añadió Napoleon una proclama en que recordaba la excelente conducta que el ejército observó en 1805, y prometia sucederia lo mismo si se hacian merecedores los habitantes con su buen comportamiento á ser bien tratados.

El general Andréossy se trasladó á los arrabales sin tardanza, organizó en cada uno de ellos municipios compuestos de los principales habitantes, formó una guardia de paisanos encargados de mantener el orden, y procuró entablar comunicaciones con la ciudad antigua, á fin de poner término á una defensa que solo podia ser desastrosa á los mismos vienenses. Como continuara el fuego y causara algunos daños, una diputacion de los ar-

rabales propuso iria á ver al archiduque Maximiliano para pedirle cesara en una resistencia imprudente; pero antes de dar semejante paso, se avistó con Napoleon, y oyó de sus labios las palabras que para tranquilizarlos importaba se hicieran llegar á oídos de los habitantes de la ciudad fortificada. En seguida penetró en lo interior de Viena el 11 de mayo por la mañana; pero la respuesta que dieron á aquel paso conciliatorio, fué volver á empezar los disparos de cañon. Napoleon, furioso entonces, resolvió emplear el hierro y el fuego, si bien ahorrando hasta donde fuese posible á los malhadados arrabales las resultas de un combate que iba á darse entre la ciudad antigua y la moderna.

Nuestras tropas habian llegado al arrabal de Maria-Hilf por Sieghards Kirchen y Schœnbrunn; pero Napoleon buscó otro punto de ataque, recorriendo á caballo con Massena el circuito de la plaza, y dirigiéndose por la parte del E. al sitio en que se junta con el Danubio. Allí un brazo secundario, separándose del ancho rio, la costea suministrando agua á los fosos, y dividiéndola del famoso paseo llamado el Prater. Por aquella parte se podia establecer baterias que enfilando la ciudad fortificada, tenian la ventaja para la poblacion de atraer el fuego sobre habitaciones construidas acá y allá, y sobre las islas que forma el rio. Ademas, verificando el paso de aquel brazo, nos apoderábamos del Prater, y subiendo un poco al N. E. se aislaba á Viena del gran puente del Thabor, que conduce á la orilla izquierda. De este modo se la separaba de todo socorro exterior; se quitaba al archiduque Carlos la posibilidad de entrar en ella; y, en fin, se arrebatava á sus defensores el valor de encerrarse allí,

porque tenían la certeza de caer prisioneros sin que se escapase uno. El archiduque Maximiliano particularmente no podía resignarse á quedarse en la ciudad, estando seguro de ser prisionero nuestro antes de cuarenta y ocho horas.

Napoleon mandó al punto á unos nadadores de la division Boudet que se arrojasen en el brazo del Danubio que se trataba de pasar, y fuesen en busca de algunas lanchas á la orilla izquierda. Asi lo hicieron guiados por un valiente ayudante de campo del general Boudet llamado Sigaldi, que fué el primero en tirarse al rio. Condujeron las lanchas bajo el fuego de fusilería que les hacian los puestos avanzados enemigos, y de esta suerte proporcionaron á dos compañías de volteadores el medio de trasladarse á la otra orilla. Se apoderaron estas del pequeño pabellon de Lusthaus, situado en el Prater y del cual podriamos valernos como si fuera un punto atrincherado, y arrojando á los granaderos austriacos, se situaron alli de manera que aquel pabellon se convirtiera en la cabeza del puente que se apresuraron á echar con barcas recogidas en las inmediaciones. Al mismo tiempo Napoleon mandó armar en la orilla que ocupábamos una batería de quince bocas de fuego para batir la orilla opuesta, cogiendo como con una faja la avenida por donde se iba á pasar al pabellon de Lusthaus. De este modo teníamos medio de socorrer á las dos compañías de volteadores esperando que, acabado el puente, pudieran ir á reunirseles fuerzas mas numerosas. Se construyó tambien, y simultáneamente, una batería de veinte obuses, en la estremidad del arrabal de Landstrass, cerca del brazo que se acababa de atravesar.

A las nueve de la noche despues de otra intimacion, y mientras que continuaban los trabajos para habilitar el paso, se empezó contra la ciudad fortificada un fuego devastador, arrojándose en unas cuantas horas sobre aquella infeliz poblacion mil ochocientas bombas. Como las calles son alli estrechas, y las casas altas, estando amontonado el vecindario, segun sucede en todos los recintos fortificados donde falta espacio, no tardó en estallar el incendio por todas partes. A todo esto el pueblo bajo vociferaba en las calles, y la clase acomodada, luchando entre dos temores, el que le inspiraba el extranjero y el que le causaba la muchedumbre, no sabia que desear, cuando se supo en el estado mayor de la plaza que habiamos empezado á pasar el pequeño brazo del Danubio. Era preciso impedir esta tentativa, cuyo buen éxito hacia imposible todo socorro, y condenaba á todos los que defendiesen á Viena á caer prisioneros. Dos batallones de granaderos se dirigieron durante la noche hácia el pabellon de Lusthaus, para ver de tomar aquel punto de apoyo del puente que preparaban los franceses; pero los volteadores de Boudet estaban en guardia, y establecidos en el pabellon, resguardados con derribos de casas, esperaron á los dos batallones, recibéndolos con descargas mortíferas á boca de jarro. Al mismo tiempo la artillería, colocada en la orilla que ocupábamos, rompió un fuego de metralla sobre el flanco de aquellos dos batallones, y los puso en derrota. Entonces retrocedieron hácia lo alto del Prater.

Desde aquel momento era seguro el paso del brazo de rio y el poder cercar á Viena; de suerte que asustado el archiduque Maximiliano con la

perspectiva de caer prisionero, salió el 12 por la mañana de aquella capital que había comprometido con tanta torpeza. Al retirarse se llevó la mejor parte de la guarnición, y solo dejó al general O'Reilly, encargado de reemplazarle, una mezcla de malos soldados, y algunos paisanos á quienes se había tenido la imprudencia de armar. Por lo demás, después que pasó el Danubio, destruyó el puente del Thabor. El general O'Reilly no tenía otra conducta que observar, si no quería que la ciudad ardiera inútilmente, sino capitular: pidió, pues, en la mañana del 12 que se suspendiera el fuego, lo cual se le concedió, y firmó la rendición, en la que se estipuló se respetarian las personas y las propiedades, respeto que Napoleon hacia gala de observar siempre, y del que no se hubiera apartado, aunque la ciudad no hubiese exigido condicion alguna. Convino que el 13 por la mañana entrarían los franceses en Viena, y efectivamente entraron en medio de la sumision general, y de los últimos estremecimientos de un pueblo al que en vano se había agitado sin adoptar los medios verdaderos de utilizar su patriotismo.

Así pues, en treinta y tres días, Napoleon, sorprendido por súbitas hostilidades, dividió en dos porciones con su temible espada la masa de los ejércitos austriacos en Ratisbona, y derribó de otro golpe las puertas de Viena. Establecido ya en el seno de aquella capital, era dueño de los principales recursos de la monarquía; pero no por eso estaba todo concluido ni en Austria ni en Alemania, y aun tenía que desplegar mucho vigor y genio para esterminar los enemigos de todo género que había suscitado en su contra. Indudablemente

no podian los archiduques presentarle á la cabeza de ciento cuarenta mil hombres una batalla defensiva al pie de Viena, y de seguro era un resultado importante haber impedido semejante concentracion de fuerzas en un punto de apoyo como aquel; pero quedaba por vencer una dificultad grave y decisiva, una de las mayores que pueden darse en la guerra, cual era pasar un rio inmenso delante del enemigo, y dar la batalla con este rio á la espalda: dificultad que Napoleon no habia podido evitar, y era necesariamente hija de la índole de las cosas. Con efecto, al dejar á Ratisbona debia tomar el camino mas corto, que mantenía á los archiduques aislados unos de otros, y que á él le acercaba al príncipe Eugenio en caso de que ocurrieran nuevas desgracias en Italia. Debía de consiguiente seguir la margen derecha del Danubio, abandonando la orilla izquierda á los austriacos, sin perjuicio de quitarles, para asegurárselos á sí propio, los medios de pasar de una orilla á otra. En Viena ya, al bajar el rio, iba á tener delante de sí el archiduque Carlos, reforzado con los restos del general Hiller y el archiduque Luis, pero debilitado por la necesidad de dejar fuerzas á la espalda, y pudiendo, no obstante, presentar en línea cien mil hombres cuando atravesáramos el Danubio para ir á combatirle. En 1805, los austriacos, de resultas de los acontecimientos de Ulm, no llegaron á Viena sino con restos de tropas, y tenían en Olmutz un gran ejército ruso: era pues natural que se alejasen, y que fueran á reunirse con aquel ejército á cuarenta leguas de la capital, para probar en Austerlitz la suerte de las armas; pero esta vez teniendo el grueso de sus fuerzas

frente por frente á Viena, sin ningun socorro que esperar mas lejos, no habia otra conducta que observar sino constituir á Napoleon en infractor de las reglas de la guerra, reduciéndole á tener que pasar el Danubio delante de ellos, y á dar la batalla con este rio á la espalda. No ya en Austerlitz, sino allí frente por frente á Viena, en la orilla izquierda del Danubio, entre Essling, Aspern y Wagram, nombres inmortales, debia decidirse el destino de una de las guerras mas grandes de los tiempos modernos. Mas tarde se verá todo lo que hizo Napoleon para conjurar las dificultades de aquella operacion gigantesca, porque las reglas que se trataba de quebrantar se habian sentado en épocas en que habia habido que pasar rios de 100 ó 450 toesas, con ejércitos de treinta á cuarenta mil hombres. Esta vez se trataba de una corriente de agua de 500 toesas, y de ejércitos de ciento cincuenta mil hombres cada uno, pasando con quinientas ó seiscietas bocas de fuego delante de fuerzas iguales que las aguardaban para precipitarlas en un abismo; pero el general que habia vencido los Alpes, sabia como vencer el Danubio, por muy ancho é impetuoso que fuera este rio. Sin embargo, antes de ocuparse de semejante operacion, tenia muchas atenciones preliminares de que cuidar, atenciones no menos urgentes que la de ir á acabar de destruir á sus enemigos en la otra orilla del Danubio.

Desde luego era preciso establecerse sólidamente en Viena, pero establecerse de manera que se pudiese aprovechar los grandes recursos de aquella capital, no hubiese que alarmarse por las comunicaciones, se nos incorporará el príncipe Eu-

genio, é impidiéramos al archiduque Juan que se reuniera con el archiduque Carlos. Importaba mucho, en efecto, que atraidos á Viena los dos ejércitos beligerantes de Italia con el movimiento dado á las operaciones, se arreglara la reunion del uno con Napoleon, sin procurar la del otro con el archiduque Carlos. Este era un problema difícil que se resolvió de un modo admirable, despues de alternativas cuyos sangrientos resultados se verán bien pronto.

Napoleon habia entrado en Viena con las tropas de los generales Saint-Hilaire, Demont y Oudinot al mando del mariscal Lannes, con las cuatro divisiones Boudet, Carra Saint-Cyr, Molitor y Legrand, mandadas por el mariscal Massena, y con la guardia y la reserva de caballería. Obligado á hacer frente al enemigo, ya delante de Viena, en el momento en que fuera preciso pasar el Danubio, ya mas arriba, en Krems por ejemplo, si el archiduque se presentaba allí haciendo una tentativa sobre nuestra retaguardia, dispuso el cuerpo del mariscal Davout de modo que pudiera en una jornada dirigirse todo él ó hacia Krems ó hacia Viena. Con este objeto, le señaló Saint-Polten por cuartel general, debiendo esparcirse una division de Mautern á Molk, y reconcentrarse las otras dos en el mismo Saint-Polten. Los treinta mil hombres del mariscal Davout podian así, reuniéndose en el Danubio hacia Mautern ó Molk, oponerse á cualquier tentativa que hiciera el enemigo para pasar, y si la hacia con medios considerables, dar tiempo á que el ejército volviese de Viena sobre el punto amenazado. Podian igualmente, trasladándose á Viena en una jornada, hacer

subir el ejército principal á noventa mil hombres cuando menos, fuerza suficiente para dar al archiduque Carlos una batalla decisiva á la otra parte del Danubio.

Con todo, era posible que el peligro se presentase mas atrás todavía, es decir, en Lintz y aun en Passau, y aunque era menos probable ver dirigirse allí al archiduque Carlos á causa de la distancia, Napoleon dejó en Lintz al general Vandamme con diez mil wurtembergenses, comisionándole para restablecer el puente de aquella población, crear cabezas de otros, y hacer continuamente reconocimientos en Bohemia. Colocó además en el punto tan importante de Passau al mariscal Bernadotte, que llegaba con los sajones. Este mariscal, que habia sido hecho príncipe de Ponte-Corvo, á título de pariente del emperador (estaba casado con una hermana de la reina de España), se mostraba sin embargo descontento de su suerte, creía que no era digno de él hallarse á la cabeza de los sajones, y daba sobre estas tropas informes en extremo desfavorables, ya que no injustos, pues si no valian tanto como las tropas francesas, y si se hallaban sobre todo animadas ya de los sentimientos que se albergaban en el corazón de los alemanes, era no menos cierto que se mantenían firmes delante de los austriacos, y podían cumplir con su deber tan bien como los bávaros ó los wurtembergenses. Con algunos franceses que los animaran y les dieran ejemplo, debían valer casi tanto como esos mismos franceses: así para contentar al príncipe Bernadotte que le importunaba con sus quejas, Napoleon dividió en dos la division Dupas, y dejando las tropas alemanas de los príncipes de

menor escala en Ratisbona á las órdenes del general Rouyer, dirigió hácia Passau la brigada francesa mandada por el mismo general Dupas, con lo cual tenia el mariscal Bernadotte en aquel punto cuatro mil franceses, y de quince á diez y seis mil sajones, que componían un cuerpo excelente de cerca de veinte mil hombres. De este modo con seis mil alemanes en Ratisbona, veinte mil sajones y franceses en Passau, diez mil wurtembergenses en Lintz, y treinta mil franceses, soldados veteranos, en Saint-Polten, Napoleon estaba resguardado completamente por la espalda, conservando medios de dar la batalla por su frente.

Por lo demás, no era su intencion dedicar siempre tantas tropas á custodiar las comunicaciones, y se proponía, luego que los bávaros hubieran sometido el Tirol, y los austriacos evacuado la Italia, traer todavía mas fuerzas al punto decisivo, es decir, al pie de las murallas de Viena, con cuyo motivo mandó hacer en Ratisbona, Passau, Lintz, Molh y la abadía de Gottweit cerca de Mauern, obras inmensas, y tales que cualquier cuerpo, por débil que fuese, pudiera con artillería defenderse allí muchos dias consecutivos. En Ratisbona habia poco que hacer, puesto que existía un puente de piedra, y bastaba con poner en mejor estado de defensa la muralla que rodeaba la plaza; pero en Passau, situado en la confluencia del Danubio y el Inn, dispuso trabajos importantísimos, que debían ser como el cimiento de los que queria exigir mas tarde á Baviera, á fin de que tuviera en aquel sitio una plaza de primer orden contra el Austria. Decidió se construyeran allí puentes de dos cabezas en el Danubio y el Inn, un campo atrincherado

para ochenta mil hombres, hornos para cien mil raciones diarias, una provision considerable de granos y municiones, y hospitales vastisimos. Este aumento de precauciones alrededor de Passau tenia por objeto proporcionar, en caso de que el ejército hiciese un movimiento de retroceso, un apoyo sólido, detrás de las dos líneas del Danubio y el Inn, pues ese capitan que en política tenia la imprudencia de no suponer nunca habia de correr mala suerte, siempre lo suponía en la guerra, y tomaba admirables precauciones contra aquella. En Lintz, que era otro desembocadero de la Bohemia, mandó igualmente establecer un puente de dos cabeceras, hornos, acopio de viveres y hospitales. En la hermosa abadía de Molek, que sin ser desembocadero por la parte de Bohemia, dominaba ventajosamente el Danubio, y contenia vastos edificios, mandó construir, con madera y obras de mamposteria, una corta plaza armada con diez y seis piezas de artillería, y que mil doscientos hombres podian defender muy bien: tambien debia contener un hospital para muchos miles de soldados. Un puesto igual decidió se estableciese en la abadía de Gottweit, frente por frente á Krems, en una posicion elevada, desde la cual se descubria todo lo que pasaba á muchas leguas de distancia en las dos orillas del Danubio. Por fin en Krems debia establecerse un puente por medio de barcas, recogidas á lo largo del rio, de dos cabeceras, á fin de poder interceptar el paso al enemigo, conservándolo libre para nuestro propio uso. Con este sistema de hábiles precauciones tenia Napoleon guardados del mejor modo todos los bordes del Danubio, puesto que lo estaban al mismo tiempo que defen-

siva ofensivamente, y puesto que impidiendo al enemigo el paso podia él pasar, teniéndole de esta suerte en un estado continuo de alarma. Además, para en caso de retirada, existia una série de escalones en un camino que era una línea de almacenes y hospitales, y hácia los que se dirigian con anticipacion los heridos y enfermos. Habia en fin una porcion de puertos para los convoyes por agua, y un conjunto de obras en la línea de comunicacion, que con poca gente se podia defender, lo cual permitia llevar de la cola á la cabeza, ó de la cabeza á la cola, una reconcentracion rápida para los dias de grandes batallas. He aqui lo que puede un genio vigilante para asegurar las operaciones mas difíciles y delicadas.

A estas precauciones en el rio, es decir, en la izquierda, era preciso añadir algunas otras en las montañas, esto es á la derecha, contra la agitacion que se estendia desde el Tirol hasta la Stiria. Napoleon habia encargado desde luego al mariscal Lefebvre que sometiera el Tirol con veinte y cuatro mil bávaros, despues de dejar seis mil en Munich, y dispuesto que terminada esta obra, se dirigiesen los bávaros á Passau en reemplazo de los sajones, que podrian trasladarse entonces á Viena. Mas cerca de él la Stiria, habia ya enviado Napoleon el general Bruyere con unos mil caballos hácia el camino de Italia por Lilienfeld; y ahora encargó á su ayudante de campo Lauriston observar aquel camino, para lo cual le dió además de los mil caballos del general Bruyere, dos ó tres mil peones badenses, buenos soldados, y que como hablaban el alemán, eran á propósito para persuadir al pais tanto como para intimidarle, y

hacerle entrar en calma prometiéndole se le trataría bien. Para el desempeño de su comision debia el general Lauriston subir hasta Mariacell, y volver á Viena por Neustadt.

Tenia este movimiento otra ventaja, la de explorar los caminos de Italia, por los cuales era de esperar apareciese bien pronto el archiduque Juan, pues no habiendo ido este príncipe á reunirse con el archiduque Carlos ni en Lintz ni en Krems, solo podia juntarse con él en las cercanías de Viena, atravesando la Carintia, la Stiria y la Hungría por Klagenfurth, Gratz y OEdenburgo. Dos cosas tenia que hacer Napoleon con respecto á él: la primera, impedirle que cayese de improviso sobre Viena, desembocando de pronto por el camino de Léoben y Neustadt; la segunda á obligarle á dar el mayor rodeo posible para reunirse con el archiduque Carlos, como, por ejemplo, tener que pasar por Güns, Raab y Komorn, mas bien que por OEdenburgo y Presburgo, pues cuanto mayor fuese el círculo que recorriera, tantas mas probabilidades tendria Napoleon de traer hácia sí su ejército de Italia, y de impedir al archiduque Carlos que trajese el suyo el dia de la batalla decisiva. Estendiendo hábilmente sus puestos en torno suyo por medio de su numerosa caballería, consiguió Napoleon este doble objeto.

Así, mientras que el general Lauriston debia ir por Mariacell á situarse en Neustadt, que es el camino recto de Italia, el general Monthron, desmembrado del mariscal Davout que ya no lo necesitaba, se colocó por via de exploracion con dos brigadas de caballería lijera en Bruck, algunas jornadas mas allá de Neustadt, en el mismo camino.

El general Colbert, con tropas de la misma arma se acantonó de Neustadt á OEdenburgo, y el general Marulaz á lo largo del Danubio hasta Presburgo y mas abajo aun teniendo unos y otros órden de andar siempre de reconocedores alrededor del lago de Neusiedel, para observar lo que ocurriera por la parte de Hungría. Detrás de ellos se acantonó la caballería pesada desde Haimburgo hasta Baaden, con órden de sostenerlos en caso necesario. Gracias á esta red tan bien tendida, nada podia aparecer sin que lo supiésemos inmediatamente, y al mismo tiempo se veia obligado el archiduque Juan á dar un gran rodeo, y llegar al Danubio mas bien por Komorn que por Presburgo, lo cual disminuia las probabilidades de cooperar á la gran batalla que se preparaba al pie de los muros de Viena.

Mientras que Napoleon impaciente por darla, todo lo disponia para asegurar su buen éxito, los ejércitos que en Italia y en Polonia debian concurrir de cerca ó desde lejos á sus combinaciones, estaban ocupados lo mismo que él en marchar y combatir. Los austriacos, que habian llegado hasta el Adige con tantos fieros, aunque tan lentamente, se detuvieron delante de aquel limite, no atreviéndose á atacarle, en primer lugar por lo fuerte que era de suyo, en segundo porque el ejército de Italia se habia reorganizado y reforzado, y en fin, por la incertidumbre que reinaba en aquella época sobre los sucesos de Alemania; pues era muy sencillo que antes de intentar allende el Adige una operacion en extremo arriesgada, quisiera saber el archiduque Juan si su hermano el generalísimo habia tenido buena ó mala suerte en el Danubio. El príncipe Eugenio, inspirado por el general Macdonald,

se aprovechó de aquel retardo para tomar aliento, y familiarizar con la vista del enemigo, no á sus soldados, que no lo necesitaban, sino á sus lugartenientes, y aun á sí propio, intimidados con la derrota de Sacila. Con este objeto se dedicó á hacer en el Alto Adige frecuentes reconocimientos que muchas veces se convirtieron en verdaderos combates. Este príncipe empezaba efectivamente á reponerse, cuando el 1.º de mayo, en uno de sus reconocimientos, divisó el general Macdonald allá en el horizonte un número inmenso de carros, que al parecer retrocedían hácia el Frioul. En aquella fecha nada se sabía aun en el cuartel general del príncipe Eugenio de los sucesos de Ratisbona, y los ánimos estaban inquietos por la Alemania tanto como por la Italia; pero no pudiendo atribuir el general Macdonald semejante movimiento sino á alguna derrota que los austriacos hubiesen sufrido en Baviera, corrió á galope hácia el príncipe Eugenio, y cogtiéndole la mano, le dijo: «Victoria en Alemania; llegó el momento de marchar adelante.» El príncipe, enagenado de gozo le apretó la mano, y corriendo ambos á los puestos avanzados, vieron por sus propios ojos, y no tardaron en saber, por los informes que adquirieron, que los austriacos tocaban retirada. Así es como se hacia sentir á larga distancia el potente impulso de Napoleón, cuya marcha victoriosa en Baviera obligaba al archiduque Juan á retroceder y regresar al Frioul. Bien hubiera querido el príncipe austriaco atravesar los Alpes para ir á socorrer á su hermano, trasladándose al Danubio; pero (1) no se

(1) El general Mayer, oficial agregado al estado ma-

atrevió á intentarlo, porque si es verdad que podía caer sobre Napoleón por el costado, lo cual hubiera sido sumamente ventajoso en caso de que todos los archiduques hubiesen ido á converger en un mismo punto, también se esponía á caer él solo en sus manos, y á ser ahogado entre ellas. En tal situación, el archiduque Juan se apresuró á retroceder, llevando, cuando mas, el pensamiento de aparecer á tiempo bajo los muros de Viena, y lo que es mas probable, el de reunirse á su hermano por bajo de aquella capital, por la Stiria y la Hungría. Sea lo que sea, el ejército austriaco tocó retirada el 4.º de mayo, y el príncipe Eugenio, que no tenía otra cosa que hacer sino seguirle, se puso efectivamente á seguirle los alcances, para causarle el mayor daño posible. En aquel mismo instante iba á decaer el moral de los austria-

yor del archiduque Juan, aficionado, como es justo, á mirar por su gloria, y que no lo es tanto respecto á la del archiduque Carlos, sostiene, en una narracion de que ya hemos hablado, que el archiduque Juan queria pasar á través de los Alpes, y arrojarse en Baviera, pero que lo impidió la precipitacion con que el general Chasteler abandonó el Tirol italiano. Según esta narracion con apresurarse demasiado el general Chasteler á acudir al Tirol alemán para hacer frente allí á los bávaros, entregó al ejército francés de Italia el camino de los Alpes, ó imposibilitó el movimiento del archiduque Juan hácia el archiduque Carlos. Debo decir que nada justifica este aserto, inspirado por el celo de un lugarteniente hácia su jefe, cuya fama trata de enaltecer, y que todo prueba al contrario que al saber el archiduque Juan los sucesos de Ratisbona, no pensó sino en retirarse á Hungría, para que con el movimiento de Napoleón hácia Viena, no le tomasen la delantera.

cos, y á crecer el de los franceses; en aquel mismo instante, como los austriacos no tenían ya en definitiva otro objeto que evacuar el país, debían disputarlo con poca energía, y como los franceses querían vengarse de sus derrotas, debían al contrario atacar con mas osadía y viveza. En efecto, desde las primeras marchas se vió á estos batirse mejor que aquellos, y todas las tardes conducían los franceses á su línea numerosos prisioneros que habian hecho y bagages considerables de que se habian apoderado, mientras que los austriacos no llevaban ninguno á la suya.

El príncipe Eugenio, conservando la organizacion que ya hemos descrito, de tres cuerpos y una reserva, marchó con Macdonald á la derecha en la llanura, Grenier en el centro sobre el camino real del Frioul, Baraguey d'Hilliers en la izquierda á lo largo de las montañas, y la reserva detrás, componiendo un total de cerca de sesenta mil hombres. Los dragones de Grouchy y de Pully galopaban á la cabeza, para apresarse los destacamentos ó los convoyes mal guardados; pero aun estaban malos los caminos, los puentes habian sido cortados, y la marcha no era tan rápida como hubiese sido de desear.

Avanzaron los nuestros por el vértice meridional de los Alpes del Adige al Brenta, y del Brenta al Piava, como Napoleon por el vértice septentrional del Isar al Inn, y del Inn al Traun, y al mismo tiempo, poco mas ó menos. El 7 de mayo por la tarde nos hallábamos al borde del Piavo, cuyos puentes habia cortado el enemigo, y resolvimos vadearlo para arrojarnos sobre los austriacos, que habian hecho alto, al parecer para dar

tiempo á que desfilaran sus bagages. A la mañana siguiente los dragones de Grouchy y de Pully pasaron con una vanguardia de infanteria y cayeron sobre los austriacos. Estos fueron rechazados al principio; pero como tenían que defender sus bagages, resolvieron resistir y tornaron á dirigirse en masa contra la vanguardia del príncipe Eugenio, quien se hallaba personalmente en los puestos avanzados, y vió con terror arrolladas en desorden sobre el Piava su caballeria é infanteria. Aun no habia pasado el rio el ejército, y las tropas que ya lo habian verificado podian experimentar una derrota grave, pero afortunadamente llegaba á toda prisa la derecha, mandada por el general Macdonald, y éste la hizo entrar con osadía en el rio, y tomar posicion á la parte opuesta. En seguida vino el general Grenier, y todos juntos marcharon sobre los austriacos, los cuales fueron rechazados al instante, dejando en nuestro poder muchos cañones y bagages, dos mil quinientos hombres entre muertos y heridos, y un número casi igual de prisioneros. De consiguiente, eran ya siete mil los soldados que habia perdido en unos cuantos dias el archiduque Juan.

El 9 de mayo entramos en Conegliano, y el 10 llegamos delante del Tagliamento, que se pasó por el vado de Valvassono. En seguida se envió la caballeria á la derecha hácia Udine para bloquear á Palma Nova, mientras que el grueso del ejército marchó á la izquierda, volviendo á subir el Tagliamento hácia San Daniel y Osopo. Los austriacos que habian llegado á las gargantas de los Alpes Carnicos, por las cuales desembocaran, se vieron obligados á disputar todavia el terreno para salvar sus

bagages, y perdieron otros mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Los días 41 y 42 de mayo, en el momento en que Napoleón ocupaba á Viena, no quedaban ya enemigos en Italia, pues el archiduque Juan, que habia penetrado en aquella comarca, con cerca de cuarenta y ocho mil hombres, salia de ella, y salia con treinta mil á lo mas, habiéndole abandonado para apoderarse del corazon de su jóven adversario, la confianza que abrigaba al principiar las hostilidades.

El principe austriaco, rechazado hasta mas allá de los Alpes, repartió otra vez sus fuerzas, destacando de Villach sobre Laybach por el camino transversal que va de la Carintia á la Carniola, el ban de Croacia Ignacio Giulay, con algunos batallones de línea, diez y ocho escuadrones y varias baterías, comisionado para sacar la *insurreccion* croata, apoyar en seguida al general Stoichevich, que debía contrarrestar al general Marmont, y proteger de este modo á Laybach contra los ejércitos franceses de Italia y Dalmacia. Con esta medida solo conservaba el archiduque Juan unos veinte mil hombres. Aun así y todo, estaba resuelto á dirigirse por Villach sobre Lilienfeld y Saint-Polten, á fin de cooperar á la reunion tan proyectada de los archiduques, ó si ya no era tiempo, reunir á si los generales Chasteler ó Jellaehich por Léoben y encaminarse con ellos de Léoben sobre Gratz, para reunirse en Hungría con el gran ejército austriaco, y concurrir á la defensa de la monarquía, segun miras que debía concertar con el generalísimo; pero perseguíale vivamente el victorioso principe Eugenio, é iba á dar en la red de caballería tendida por Napoleón desde Bruck Presburgo.

La marcha del archiduque Juan mandaba en cierto modo la del principe Eugenio, viéndose éste obligado á vigilar á un mismo tiempo los movimientos del archiduque Juan y los del ban de Croacia, para que el primero se juntase lo mas tarde posible y con las menos fuerzas que ser pudiera al archiduque Carlos, y para que el segundo no impidiera la reunion del general Marmont con el ejército francés de Italia. Dificil era acudir á todo lo que exigiese esta situacion, si continuaba marchándose en una masa solo, pues por muy pronto y bien que se maniobrara, podia ser que si nos dirigiamos inmediatamente sobre Viena para reforzar á Napoleón, el archiduque Juan y Giulay reunidos derrotasen al general Marmont, y que si, al contrario, dábamos un rodeo hácia Laybach para apoyar al general Marmont, el archiduque Juan, en libertad de correr sobre Presburgo, fuese á arrojar en la balanza el peso decisivo del ejército austriaco de Italia. En semejante duda tomó el principe Eugenio un partido medio que convenia bastante á las circunstancias. Dio al general Macdonald quince ó diez y seis mil hombres de tropas escelentes, que debían seguir la ruta de Laybach, bloquear á Palma Nova, ocupar á Trieste, agregarse el general Marmont, formar con él de veinte y seis á veinte y siete mil hombres, y con esta fuerza respetabilísima reunirse por Gratz al ejército de Italia en el camino de Viena. En cuanto á él se reservó de treinta á treinta y dos mil hombres, y tomó la ruta que debía conducirle mas directamente hácia Napoleón. No obstante, este plan ofrecia inconvenientes, pues el archiduque Juan, si hubiese sido un verdadero general, hubiera podido, maniobrando entre aque-

los diversos cuerpos, batirlos unos tras otros; pero este príncipe, hombre agudo, concebía en la guerra multitud de ideas, y ninguna seguía con ánimo resuelto. Además, tenía tropas desmoralizadas, y poco capaces de hacer esos movimientos rápidos que suponen por parte de los soldados tanta confianza en el general, como ciega obediencia á sus designios. El plan del príncipe Eugenio no presentaba, pues, los inconvenientes que hubiera podido tener frente á otro adversario. Aquellas dos porciones del ejército de Italia se separaron el 14 de mayo para no volverse á ver sino en las llanuras de Wagram.

El general Marmont con diez ú once mil hombres de tropas veteranas, enviadas á Iliria después de la batalla de Austerlitz, atravesaba en aquel momento los terrenos montuosos de la Croacia para trasladarse por la Carniola á Stiria, y reunirse con el ejército grande de Alemania. Entre sus columnas conducía un convoy de viveres en caballerías del país, las cuales debían llevar sus enfermos y sus heridos luego que se las descargase de los granos consumidos por el ejército. Después de haber dispersado las hordas del general Stoichevich, avanzaba con prudencia en medio de una especie de oscuridad, no sabiendo á quien se encontraría entre los franceses y austriacos, que podían presentarsele de improviso como amigos ó enemigos, y en número muy superior. Se comportaba en aquella marcha difícil con juicio y firmeza, procurando adquirir noticias, del general Macdonald, quien por su parte procuraba adquirirlas suyas, sin que ni el uno ni el otro pudieran lograrlo.

Estos sucesos ocurridos en Italia habían producido en el Tirol otros por el estilo. El general

Chasteler, atraído del Tirol italiano al Tirol alemán por el riesgo que en el Danubio corrían los austriacos, corrió á Inspruck, y de Inspruck á Kufstein, llevando algunos puestos avanzados hacia el camino de Salzburgo por Lofen y Reichenthal. Otro cuerpo austriaco, el del general Jellachich, á quien vimos al principio de la campaña marchar de costado al cuerpo de Hiller, siguió, retirándose como si avanzara, el camino que costea al pie de las montañas, y se replegó sobre Salzburgo, y de Salzburgo sobre Léoben, después de defender contra la división de Wrede los puestos de Luegpas y Obtenau. Los tropas reunidas de Jellachich y Chasteler ascendían de diez y seis á diez y siete mil hombres sin contar los tiroleses, y, bien mandadas, así como resueltas á encerrarse en las montañas, hubieran podido atacarnos por la derecha y la retaguardia, distrayéndonos de un modo sensible; pero habían recibido orden de juntarse á las masas que operaban, estaban divididas en varios cuerpos independientes unos de otros, reinaba mala armonía entre ellas y los tiroleses, y no podían por lo tanto hacerse muy temibles. El mariscal Lefebvre, después de haber arrollado en el valle del Ens Superior al cuerpo de Jellachich, oponiéndole la división de Wrede, atrajo esta división hacia sí, volvió sobre el fuerte de Kufstein que estaba bien defendido por una guarnición bávara, hizo levantar el bloqueo, y mandando á la división Deroy que subiera de Rosenheim sobre Kufstein, penetró con estas dos divisiones en el Tirol alemán, que tenía encargo de someter. Aquel oficial ya anciano, poco capaz de conducir una operación en grande, era excelente para dar con vigor é inteligencia una

serie de cortos combates : rechazó, pues, en todas partes los puestos avanzados austriacos, y al fin el 13 de mayo encontró al general Chasteler en la posición de Worgel. Este se había atrincherado en unas alturas teniendo detrás de unas obras las tropas austriacas, y á lo lejos en las alas los tirolese insurreccionados, que tiraban con gran puntería, y empujaban enormes rocas. El anciano Lefebvre, después de intentar hácia sus dos alas un combate desventajoso de tiradores, acometió de frente al enemigo, tomó á Chasteler sus posiciones bajo un fuego terrible, hizo cerca de tres mil hombres prisioneros, dispersó el enjambre de insurrectos, y puso á los austriacos en completa derrota. Luego prendiendo fuego á algunas aldeas tirolese que encontró al paso, se dirigió hácia Inspruck, cuya población le prometieron entregarle con ciertas condiciones; pero consiguió entrar en ella sin conceder nada, gracias á que los tirolese estaban en desacuerdo, queriendo unos rendirse y otros resistir á todo trance. Dueño de Inspruck, podía decirse que lo era de la sumisión del Tirol, á no ser por el posadero Hofer y el mayor Teimer, los cuales se retiraron hácia las cimas inaccesibles que separan el Tirol alemán del Tirol italiano, dispuestos á bajar de ellas si la ocasión volvía á serles favorable. El general Chasteler con su tropa muy reducida, y el general Jellachich con la suya, muy reducida también, se pusieron en marcha para retirarse con disimulo hácia Hungría, cortando transversalmente el camino que conduce del Friol á Viena, espuestos á encontrar en aquel peligroso tránsito ó la cabeza ó la cola del ejército del príncipe Eugenio.

Así, después de sufrir al principio un descabro en Italia, y de haberse alterado la tranquilidad en Tirol, todo salía á medida de los deseos del conquistador, cuya fortuna, abatida un momento, se alzaba merced á su genio omnipotente. No menos había mejorado en Polonia la situación de las cosas, merced al príncipe José Poniatowski que acababa de observar en aquellas comarcas una conducta tan hábil como feliz. Habiendo entregado con Varsovia la orilla izquierda del Vistula á los austriacos, se prometió hacerles pagar caro esta ventaja cuando quisieran pasar á la orilla derecha cuya posesion se había reservado. Efectivamente, como algunos cuerpos austriacos intentasen atravesar el rio, los sorprendió y destruyó. Luego, mientras que el archiduque Fernando, ganoso de triunfos fáciles, seguía bajando por la izquierda del Vistula de Varsovia á Thorn, y hacia una intimación inútil á esta última plaza, el príncipe Poniatowski volvía á subir por la derecha del rio, se dirigía sobre Cracovia para conquistar esta antigua metrópoli de la nacionalidad polaca, é iba á alzar en Galicia el estandarte de la insurrección. Allí también latían en secreto los corazones por la independencia de Polonia, y al ver al héroe polaco había estallado una viva agitación. Si los rusos, mas celosos ó mas diligentes hubieran secundado al valiente Poniatowski, atravesando el Vistula en Sandomir ó en Cracovia, habrían cortado la retirada al archiduque Fernando, y nunca hubiese vuelto éste á pasar la frontera que había traspasado con tanta temeridad.

Tales fueron los sucesos que hasta el 15 ó 18 de mayo ocurrieron en Italia, Austria y Polonia; pero la ocupacion de Viena de resultas de las ter-

ribles operaciones de Ratisbona, devolvieron todo su ascendiente á la fortuna de Napoleon. La Alemania, aunque temblaba de ira en secreto, se contenía mas que al principio; el mayor Schill, obligado á abandonar el Alto Elba y á refugiarse hácia el litoral del Báltico, hallaba en todas partes corazones amigos, pero en ninguna brazos dispuestos á secundarle; y la Prusia, intimidada con las noticias del Danubio, negadas primero, mas á las que luego se les dió ascenso, mandó perseguir al mayor Schill, y dirigió al gabinete francés protestas de amistad y cariño. Habiéndose situado Napoleon en Viena de un modo estable, y escalonado hábilmente su camino con la presencia de los alemanes de los principes de menor escala en Ratisbona, de los sajones en Passau, los wurtembergenses en Lintz, y el cuerpo de Davout en Saint-Poltea, quiso acabar de una vez pasando el Danubio para arrojarle sobre el archiduque Carlos, que habia ido á situarse en frente de él con su principal ejército. Pudiendo agregarse el mariscal Davout, y proporcionarse así noventa mil combatientes, tenia medios de terminar la guerra, sin necesidad de esperar ni al príncipe Eugenio, ni al general Maedonald, ni al general Marmont. El archiduque Carlos reforzado con algunos batallones que habia recogido en Bohemia, y los restos del general Hiller y el archiduque Luis, no podia oponerle arriba de cien mil hombres. No era esto para intimidarse, y la única dificultad, pues, que habia para terminar la guerra estaba reducida como siempre á atravesar el Danubio.

¿Pero cómo se habia de atravesar semejante rio, en una estacion como aquella, con masas tan

grandes, y contra otras masas no menos considerables? Hé aqui sobre lo que no cesaba Napoleon de meditar. La primera cuestion se reducía á saber si era preciso pasar mas abajo de Viena; pero esta cuestion la tenia resuelta en su imaginacion. Volver atrás, á Krems, por ejemplo, para ocultar á la vista del enemigo la operacion de paso, era imposible, pues siendo como era Viena adicta á la casa imperial, y estando mal reprimida, al instante hubiera llamado al archiduque Carlos, á no ser que se la contuviera con una fuerza que habria hecho falta el día de la batalla decisiva. Napoleon hubiera corrido así el riesgo de perder á un mismo tiempo la capital, los recursos que contenia, sus medios de comunicacion con el príncipe Eugenio, y el ascendiente moral de las armas. Bajar mas, era menos practicable aun, pues al peligro de ausentarse de Viena se hubiera unido otro mas grave, el de alargar la linea de operaciones, crearse de consiguiente un punto mas que guardar, y privarse de veinte y cinco á treinta mil hombres, indispensables para dar la batalla. Viena era, pues, el punto obligado del paso, y en él se fijaban ambos adversarios, Napoleon por las razones que acabamos de decir, y el archiduque Carlos porque estaba allí Napoleon.

Pero se podia pasar una legua mas arriba ó mas abajo, sin faltar á las graves consideraciones que preceden. Los oficiales de ingenieros habian reconocido el Danubio desde Klosterneuburgo, punto en que este rio sale de las montañas para estenderse por la magnífica llanura de Viena hasta las cercanías de Presburgo, y averiguado que eran muy diversas las dificultades que se presentaban para el

paso, pues delante de Viena y algo mas abajo se estendia el Danubio y se dividia en una porcion de brazos, con lo cual se hacia mas ancho, pero menos rápido y profundo; mientras que mas abajo de Eberdsdorf, ya cerca de Presburgo, volvia á encajonarse haciéndose no tan ancho y cortado, pero mas profundo y rápido, y rodeado de orillas escarpadas, lo cual era un gran inconveniente para establecer puentes.

Napoleon escogió para su operacion la parte del Danubio mas inmediata á Viena, queriendo mejor encontrar el rio ancho que rápido y profundo, y sobre todo, encontrarle dividido en muchos brazos y sembrado de islas, porque con esto hallaba minorada la dificultad, como sucede con una carga que dividiéndola se la hace manual. Napoleon pensó particularmente en servirse de las islas que forman los brazos al separarse, como una ayuda para pasar. Por ejemplo, si se presentaba un islote bastante estenso para poder contener un ejército numeroso, en que pudiera desembarcarse con seguridad al abrigo de las miradas y las bombas de los austriacos, y detrás del que no hubiera ya mas que un corto brazo que atravesar para desembocar frente al enemigo, debía disminuirse muchísimo la dificultad del paso. Aunque fuese preciso para abordar á él atravesar el caudal mas abundante de aguas del Danubio, lo cual era inevitable si se queria no tener sino un corto brazo que pasar delante del enemigo, valia la pena de intentarlo, puesto que la parte mas peligrosa de la operacion se ejecutaria bajo la proteccion de aquel islote, de sus bosques y de su profundidad. Dos islas habia con estas condiciones, la de Schwarce-Laken, frente

por frente á Nusdorff, mas arriba de Viena, y la de Lobau, dos leguas mas abajo, frente por frente á Enzersdorf. Napoleon fijó la vista en una y otra, y quiso doblar las probabilidades, tanteando si podia servirse de las dos; pero la tentativa hecha sobre la primera, mas bien á título de alarde que de empresa formal, se frustró por ejecutarla con muy pocos medios y casi ninguna vigilancia. El general Saint-Hilaire envió alla quinientos hombres y un gefe de batallon, sin reparar en un espolon que unia la isla con la orilla izquierda que ocupaban los austriacos. Nuestros quinientos hombres trasportados en lanchas, y creyéndose á cubierto con el corto brazo que quedaba que atravesar, se mantuvieron firmes contra el fuego de fusileria y cañon; pero bien pronto se vieron acometidos inopinadamente por varios batallones que habian pasado al espolon, y despues de una resistencia heroica, no pudiendo volver á pasar el ancho brazo, fueron muertos ó hechos prisioneros. Teniamos en esta derrota una compensacion, cual era llamar la atencion al enemigo sobre el punto de Nusdorff, y alejarle de la isla de Lobau, que era por donde Napoleon estaba resuelto á hacer su principal tentativa de paso.

La isla de Lobau de que se trata, isla eternamente célebre por los prodigiosos sucesos de que fué teatro, se adaptaba afortunadamente á no poder mas á los proyectos de Napoleon. Estaba poblada en parte de bosques y presentaba en toda su estension una cortina continua de hermosos árboles entre el enemigo y nosotros: ademas era vastisima, pues tenia una legua de largo y media de ancho, de donde resultaba, que aun hallándose en el cen-

tro se estaba libre de las bombas austriacas. De llegar á la isla de Lobau, no habia mas que atravesar un brazo de sesenta toesas, dificultad grande tambien, aunque sin pasar de los límites de las proporciones ordinarias; pero era preciso trasladarse á aquella isla con un ejército numeroso, y cruzar para ello el gran Danubio, compuesto de dos brazos inmensos, uno de doscientas cuarenta toesas y otro de ciento veinte, separados por medio de un banco de arena. Echar un puente en semejante caudal de agua corrediza era una operacion dificilísima; pero como se debia emprender de improviso, antes que los austriacos pudieran echarlo de ver, invadiendo de pronto con lanchas la isla de Lobau, podia establecerse ese puente, puesto que la operacion debia verificarse sin tener delante al enemigo, en cuya presencia solo se trataba de construir el último puente, el que era preciso colocar en el brazo de sesenta toesas, que separaba la isla de Lobau de la orilla izquierda. Dividida de este modo la operacion, tenia probabilidad de salir bien, quedando únicamente una dificultad verdaderamente grave, la de reunir materiales. Con efecto, se necesitaba setenta ú ochenta barcas de buena dimension, muchos miles de maderos, y sobre todo fuertes amarras, para sujetar el puente contra una corriente en extremo rápida. Ahora bien, los austriacos, á los que era facil preveer que la operacion importante de la guerra seria el paso del Danubio, solo habian tenido al dejar á Viena la prevision necesaria tocante á este objeto, y habian quemado ú echado á pique la mayor parte de los barcos grandes, haciendo ir hácia Presburgo los que no habian destruido. La madera abundaba, pero las

cuerdas gruesas eran muy raras: en una palabra, se carecia casi absolutamente de medios de sujecion, pues los puentes que existian antes delante de Viena eran puentes de estacas, y de consiguiente nunca habian exigido amarras, como los puentes de barcas. Habria sido menester, ó clavar estacas para sujetar á ellas las barcas, lo cual hubiera sido largo y el enemigo lo hubiese advertido, ó proporcionarse áncoras fuertes; pero en aquella parte del Danubio la navegacion no usaba anclas y era muy dificil obtenerlas: solo en Presburgo ó en Komorn se hubiera encontrado número suficiente de ellas. No obstante, Napoleon se esforzó en suplir por varios medios el material que le faltaba, ayudándole en sus esfuerzos los generales Bertrand y Pernetti, uno de ingenieros y el otro de artillería.

En cuanto á barcas, se descubrió algunas en Viena, pues los barcos que bajaban por el Danubio como convoyes eran generalmente de una forma que no convenia, ó bien los habian retenido los nuestros para los puentes de Passau, Lintz y Krems. Se sacó tambien cierto número de debajo del agua, cuidando de volverlas y repararlas, y de este modo se reunió cerca de noventa, unas destinadas á llevar el puente, y otras á conducir los materiales hasta el sitio en que debian ser empleados. A fuerza de buscar en aquella gran ciudad, se descubrió cordage, pues la navegacion de un rio como el Danubio debia exigir siempre una provision bastante considerable de ese género. En los bosques abundantes en aquel pais, se aserraron maderos, y, por último, en cuanto á las anclas, pudieran haberse mandado fabricar en las fraguas

de Stiria, no lejos de Viena; pero esa fabricacion hubiera acarreado bastante pérdida de tiempo, y como Napoleon creia que tenia á mano las fuerzas necesarias para batir al archiduque Carlos, quería acabar de una vez tan pronto como lo permitiera la prudencia. En su consecuencia ideó suplir las anclas arrojando en el rio materias muy pesadas, como cañones de grueso calibre que encontró en el arsenal de Viena, ó bien cajas llenas de balerío; medio que podia bastar si el rio no crecia de pronto, como sucede cuando los calores son precoces. Fiados en esto, se dispuso de antemano los objetos pesados que debian reemplazar á las anclas, para no tener otra cosa que hacer en el último momento sino tomarse el trabajo de arrojarlos en el rio.

Estando todo dispuesto en Viena para el 16 ó 17 de mayo, se hizo que bajáran los materiales á la altura de la isla de Lobau, frente por frente á Ebersdorf, y al mismo tiempo se dió orden de que se reconcentraran las tropas que iban á combatir á la otra parte del Danubio. Toda la caballeria, escepto una division de cazadores que quedó de observacion en la frontera de Hungria, pasó de Presburgo y OEdemburgo á Viena, figurando en el número de los regimientos llamados, los catorce de coraceros. El mariscal Davout que debia al principio dirigirse con todo su cuerpo sobre Viena, recibió orden de conducir allí dos divisiones solamente, las de Friant y Gudin, y de repartir á la division Morand entre Molk, Mautern y Sain-Polten, para oponerse á las tentativas del cuerpo de Kollowrath que el archiduque Carlos habia situado en Lintz. Con los cuerpos de Lannes y Mas-

sena, la guardiá, la reserva de caballeria, y las dos terceras partes del cuerpo del mariscal Davout, Napoleon podia poner en linea contra los austriacos cerca de ochenta mil hombres, y esto era bastante, pues el archiduque Carlos no se hallaba en estado de reunir arriba de noventa mil.

El material de paso y las tropas destinadas á combatir fueron traídos del 18 al 19 de mayo hácia Ebersdorf, poblacion corta, siendo el primero que se encaminó á aquel punto el cuerpo de Massena, y especialmente la mejor de sus divisiones, la de Molitor. El 18 comenzó la operacion á la vista de Napoleon, que habia dejado Schœnbrunn para establecer su cuartel general en Ebersdorf. La division Molitor entró en unas barcas, y fué transportada sucesivamente á través de los dos grandes brazos del Danubio á la isla de Lovau. Algunos puestos avanzados austriacos ocupaban la parte que mira á Ebersdorf, pero el general los arrolló, y no pasó del centro de la isla, á fin de no suministrar al enemigo la idea de que se trataba de una empresa seria. Se contentó con disponer sus tropas detrás de un pequeño canal, que apenas tenia de doce á quince toesas de ancho, fácil de vadear, y que solo corre á través de la isla de Lobau cuando las aguas van muy erecidas. Mientras que operaba de esta suerte, el general de artilleria Perneti trabajaba en establecer el puente grande, empleando en ello cerca de setenta barcas de buen tamaño, para atravesar los dos grandes brazos, que forman en aquel punto casi todo el rio. Fué preciso repetir una misma obra muchas veces para amarrar las barcas que la corriente arrastraba sin cesar, y por desgracia esta se hacia cada vez

mas rápida, de resultas de una avenida, cuyos progresos eran amenazadores. Al fin, á fuerza de sumergir en el rio enormes pesos á falta de anclas, se acabó por fijar las barcas, y se pudo establecer con maderos la tablazon del puente. Todo el día 19 y la mitad del 20 se invirtieron en terminar esta vasta obra. Hecho esto, el paso á la isla de Lobau estaba asegurado, á no ser que ocurriesen contratiempos extraordinarios. Los nuestros se apresuraron en seguida á echar un puente de pontones en el pequeño canal de doce á quince toesas que atraviesa la isla de Lobau, y que aunque seco por lo regular, iba llenándose ya con la avenida de aguas. La division Boudet, que era una de las cuatro de Massena, pasó al instante, y fué á reunirse con la de Molitor: luego vinieron la division de caballería ligera de Lasalle, y varios trenes de artillería. Esto bastaba para limpiar de enemigos la isla de Lobau, como lo ejecutó el general Molitor, haciendo algunos prisioneros. Atravesamos la isla en toda su anchura, y llegamos al último brazo, que tenia sesenta toesas, poco más ó menos como el Sena mas abajo de Paris en tiempo ordinario. La operacion era, pues, practicable, aun en presencia del enemigo, siempre con todo que no cayese en masa contra las tropas que la ejecutasen; pero era evidente que todavía no estaba avisado el archiduque Carlos, y hasta allí solo teníamos que habérnoslas con una vanguardia. El general Molitor encontró un punto sumamente favorable para el paso, y lo designó al emperador, que aprobó completamente su eleccion: era un punto entrante que el brazo que debíamos atravesar formaba hacia nosotros, de manera que colo-

cando artillería á derecha é izquierda se podria cubrir de tanta metralla el terreno en que se debia desembarcar, que el enemigo no podria permanecer allí. Esto se hizo sin tardanza, si bien por otra parte no era necesario siquiera, pues habia únicamente en el punto entrante de que íbamos á servirnos para desembocar, unos cuantos tiradores. El teniente coronel Aubry, del cuerpo de artillería, estaba encargado de emprender en la tarde del 20 el establecimiento del último puente, para el cual se habia reservado el equipage de pontones cogido en Landshut y trasportado en carromatos. Mr. de Sainte-Croix, ayudante de campo del mariscal Massena, y Mr. Baudru, que lo era del mariscal Bessieres, se arrojaron en barcas con doscientos volteadores, arrollaron á los tiradores austriacos, y fijaron el cable en que debia apoyarse el puente. Quince pontones fueron suficientes, porque en aquel punto la estension de agua solo era de cincuenta y cuatro toesas; de suerte que á las tres horas estaba establecida la comunicacion. Inmediatamente pasó el general Lasalle á la orilla opuesta con cuatro regimientos de caballería, y le siguieron los volteadores de las divisiones Molitor y Boudet. Atravesado el puente, habia un bosquecillo que se estendia de izquierda á derecha, é iba á parar á los dos lados del pedazo de tierra entrante formado por el rio: se le registró, y se arrojó de él á algunos destacamentos austriacos que lo ocupaban. Mas allá del bosque se ensanchaba el terreno, y se encontraba á la izquierda la aldea de Aspern, y á la derecha la de Essling, sitios inmortales en la historia de los hombres, que no hay duda suscitan recuerdos lúgu-

bres para la humanidad, pero que tambien despertan recuerdos eternamente gloriosos para las naciones francesa y austriaca. A uno y otro lado de aquellas dos aldeas se estendia una especie de foso poco profundo, lleno de agua solamente cuando el rio sale de madre, y que la caballeria podia atravesar, porque mas bien que foso era una depresion del terreno. El general Lasalle lo atravesó á galope con su caballeria, dispersó los puestos avanzados, y limpió aquella llanura llamada de Marchfeld, que por medio de una pendiente suave de dos ó tres leguas va elevándose insensiblemente hasta unas alturas, que se conocen con otros nombres inmortales: Neusiedel y Wagram.

Tocando á su fin aquel dia, propio verdaderamente de primavera por lo cálido y puro, no se podia distinguir en la oscuridad sino una fuerte vanguardia de caballeria. Esta vanguardia hizo ademán de arrojarse sobre el general Lasalle, quien se retiró, volvió á pasar la especie de foso que acabamos de describir, y evitó de este modo un choque inútil. Algunos centenares de nuestros volteadores emboscados en el pliegue del terreno recibieron á la caballeria austriaca con un fuego hecho á boca de jarro, cobrieron el suelo de heridos, y la obligaron á retirarse. Así empezó el 20 de mayo por la tarde la sangrienta batalla de Essling.

Habiamos atravesado el Danubio, y si los austriacos, cuya vanguardia hemos visto, se presentaban á la mañana siguiente, teniamos, á menos que no ocurriesen lances imprevistos, la certeza de desembocar y desplegarlos, antes que pudieran hacer esfuerzos para acosar el ejército hacia el Danubio. Con todo, no era imposible sobreviniese un contra-

tiempo, y efectivamente, la misma tarde del 20, mientras que pasábamos el pequeño brazo delante del enemigo, el puente grande establecido en los dos brazos principales, se rompió por haber arrebatado el agua algunas barcas, que sujetas, no á anclas sino á materias pesadas, cedieron á la violencia de la corriente. Una avenida repentina de tres pies, producida por el derretimiento prematuro de la nieve en los Alpes, causó aquel contratiempo, y podia producirle otra vez. La caballeria lijera del general Marulaz se vió cortada en dos por la ruptura del puente, pues mientras que una porcion habia llegado hasta la isla de Lobau, la otra se quedó en Ebersdorf. Afortunadamente los generales Bertrand y Perneti se pusieron á trabajar con suma actividad, y aquella misma noche volvió á establecerse el puente.

Aunque sin estar bien resuelto á dar la batalla con medios tan inseguros como los de que disponia Napoleon para pasar, no queria abandonar el resultado de la operacion principiada, y estaba decidido á guardar aquella importante comunicacion sin perjuicio de perfeccionarla mas tarde, haciéndola mas segura y menos intermitente. En el punto entrante que formaba el brazo pequeño, y que una fuerte artilleria protegia con sus fuegos por derecha é izquierda, teniamos un terreno excelente para desembocar, así como las dos aldeas de Aspern en la izquierda, de Essling en la derecha, ligadas por una especie de foso, eran preciosos apoyos para que el ejército pudiera desplegarse. Semejante posicion valia pues la pena de ser conservada, retardárase ó no la batalla. En su consecuencia la division Molitor fué á pernoctar en As-

pern, y la division Boudet en Essling; la caballería del general Lasalle vivaqueó entre las dos aldeas delante del bosquecillo, y Napoleon con un destacamento de su guardia se situó en el mismo sitio, durmiendo tranquilamente y vestido segun costumbre. Varios oficiales que pasaron durante la noche á reconocer el campo, volvieron con noticias contradictorias, diciendo unos que los austriacos estaban en el Marchfeld enteramente dispuestos á combatir, y afirmando otros que no teniamos delante ejército enemigo, y que lo que se divisaba equivalia á lo mas á una fuerte vanguardia de caballería. En medio de estos asertos tan diversos, se esperó al dia siguiente, estando todo preparado para la batalla si el ejército conseguia pasar, ó para la retirada á la isla de Lobau, si no se podia atravesar el Danubio con fuerzas suficientes.

Reparado durante la noche el puente grande, la caballería del general Marulaz, los coraceros del general España, la division de infantería Legrand, y parte de la artillería, pudieron pasar el 21 por la mañana; pero como solo existia un puente lo mismo sobre el brazo grande que sobre el pequeño, y era preciso atravesar toda la isla de Lobau, tan ancha, el desfile era muy lento. A eso de mediodía el mayor general Berthier subió á la torre de Essling, y distinguió claramente el ejército del archiduque Carlos, que bajaba el plano inclinado del Marchfeld, y describia un ancho semicírculo alrededor de Aspern y Essling. El mayor general Berthier era un hombre que apreciaba mejor que ninguno de su tiempo á una simple ojeada, la estension de un terreno, y el número de hombres que lo cubrian: valuó, pues, el ejército austriaco en cerca

de noventa mil hombres, y conoció harto bien que iba para batir al ejército francés al tiempo que pasara. Efectivamente, avisado el archiduque Carlos el dia 19 de la aparicion de los franceses en la isla de Lobau, no pensó en reconocerlos hasta la mañana del 20 á la cabeza de su caballería, y convencido de su intencion, despues de observarlos de cerca, puso en movimiento sus tropas el 21 por la mañana, de modo que pudiera estar formado en línea la tarde del mismo dia. Si hubiera aparecido el 20 en la tarde, ó el 21 por la mañana entre Aspern y Essling, la porcion del ejército francés ya trasportada á la otra parte del rio se hubiera visto en inmenso peligro.

El mayor general dió parte al momento á Napoleon, quien solo vió en lo que se le decia lo que habia deseado, es decir, la ocasion de batir una vez mas á los austriacos, y acabar de una vez con su ejército, pero de pronto fueron á anunciarle que el puente grande habia vuelto á romperse, á causa de la avenida que se aumentaba por horas, como que el Danubio, que desde la vispera habia subido tres pies, acababa de subir á cuatro, y todas las amarras cedian á la corriente. Napoleon en aquel momento (la tarde del 21) solo tenia consigo las tres divisiones de infantería Molitor, Boudet, y Legrand, las divisiones de caballería ligera Lasalle y Marulaz, la division de coraceros del general España, y parte de la artillería, lo cual representaba una fuerza de veinte y dos á veinte y tres mil hombres (1), que constituian, es cierto,

(1) Para valuar las fuerzas empleadas en aquellas dos grandes jornadas del 21 y 22 de mayo, que se conoce en

tropas excelentes, pero sobrado poco numerosas para que fuese posible con ellas dar una batalla contra un ejército de noventa mil hombres. Mandó,

Francia con el nombre de batalla de Essling, y en Alemania con el de batalla de Aspern, he hecho esfuerzos concienzudos, así como para las demás grandes jornadas de aquella época. Existen sobre este asunto, en clase de documentos, obras impresas, tanto en Francia como en el extranjero, y que en uno y otro sentido contienen los asertos mas exagerados. Hay además los estados del archivo de la guerra, que se formaban demasiado lejos de los hechos (en París) para que puedan ser exactos, y en fin, las libretas del emperador, estendidas en el estado mayor general por las oficinas, á cargo de Berthier, y que por este motivo se aproximan mas á la verdad. Con todo, aun estas mismas han incidido en error por los asertos de los generales que no siempre se atribuyen en sus relatos el número de combatientes que les atribuian las oficinas de Berthier. Comparando estos documentos, se ve que los austriacos han supuesto que todo el ejército francés pasó el Danubio, y se han dado setenta mil hombres contra ochenta ó cien mil. Los historiadores franceses al contrario, han hablado de cuarenta mil franceses luchando dos dias contra cien mil austriacos. Entre estos dos extremos está la verdad y hela aqui reproducida con la exactitud posible.

Las tropas que pasaron el 20 y el 21 por la mañana fueron:

La division Molitor con. . .	6,500	hombres.
La division Boudet con. . .	5,000	
La division Legrand con. . .	4,500	
Las divisiones de caballería ligera Marulaz y Lasalle. . .	4,500	
Los coraceros de España. . .	2,000	
	22,500	hombres.

pues, abandonar á Aspern, y Essling, y volver á pasar el puente del brazo pequeño, sin destruirlo no obstante, pues era fácil, gracias á la punta entrante del rio, protegerle contra el enemigo por medio de una masa formidable de artillería. Allí podia aguardar

Es decir, de veinte y dos á veinte y tres mil hombres. Los estados presentan mayor número, pero evidentemente son inexactos.

La tarde del 21 pasaron:

La division Carra Saint-Cyr con.	6,000	hombres,
Los coraceros de Saint-Ger- main con.	1,500	
	7,500	hombres.

Lo cual hace subir las fuer- zas respecto al primer dia á un total de. . . .	22,500	{ que pasaron el 21 por la mañana.
	7,500	{ que pasaron el 21 por la tarde.
	30,000	hombres.

En la mañana del 22 pasaron:

Las dos divisiones de Oudinot con.	11 ó 12,000	hombres.
La division Saint-Hi- laire con.	8,000	
La guardia con.	6 ó 7,000	
La division Demont con.	3,000	
Total.	60,000	hombres.

Así en realidad, la primera jornada de Essling, la del 21,

darse, bajo la proteccion de una corriente de agua de sesenta toesas, rapidisima y profunda, á que el puente grande estuviese bien afirmado y á que bajaran las aguas lo bastante para preparar una operacion segura y decisiva. Empezaba á ejecutarse aquella órden, cuando los generales de division hicieron objeciones muy naturales contra el abandono de unos puntos como Essling y Aspern. El general Molitor manifestó al emperador, que la aldea de Aspern, en que habia pernoctado su division tenia una importancia inmensa; que el volverla á tomar costaria torrentes de sangre; que al contrario, una fuerza poco considerable seria suficiente para defenderla largo tiempo contra grandes esfuerzos, y que era preciso reflexionarlo bien antes de resolverse á semejante sacrificio (1). Lo mismo podia decirse con respecto á Essling: si se abandonaba aquellos dos puntos, debia renunciarse á pasar por un parage tan favorable, aplazar, para no se sabe cuando, la operacion tan urgente del paso, descuidar los trabajos hechos, esponerse, en una palabra, á inconvenientes muy graves. Mientras que Napoleon pesaba estas observaciones, fueron á decirle que el puente grande estaba restable-

empezó con veinte y dos á veinte y tres mil hombres, y se acabó con treinta mil. La segunda, y la mas terrible, la del 22, se dió con sesenta mil hombres contra cerca de noventa mil; pero, como se verá mas tarde, no fueron las fuerzas las que faltaron, sino las municiones. Con esos sesenta mil hombres hubiera ganado la batalla Napoleon, si hubiesen podido llegarle los convoyes de artillería.

(1) Estos pormenores los he adquirido de boca del mismo mariscal Molitor, quien me los dictó el dia que los apunté para conservarlos en la memoria.

cido definitivamente, que las aguas bajaban, que los convoyes de artillería cargados de municiones empezaban á desfilar, y que de consiguiente, se podia mirar como cosa segura el tener todos los recursos dentro de algunas horas. Con tal que tuviese veinte mil hombres mas, especialmente los coraceros, y sobre todo abundante repuesto de municiones, Napoleon nada temia, y por lo tanto, aprovechó con júbilo la ocasion que habia estado un momento si se le escapaba, de derrotar al principal ejército austriaco. En su consecuencia mandó al general Boudet, que no habia dejado á Essling, lo defendiese enérgicamente, y autorizó al general Molitor, cuya division habia ya salido de Aspern, volyese á entrar allí á la fuerza, antes que el enemigo tuviera tiempo de situarse en aquel punto. El mariscal Lannes, aunque su cuerpo no habia atravesado todavía el Danubio, quiso estar donde aun no estaban sus soldados, y tomó el mando del ala derecha, es decir, de Essling y de las tropas que debian ir llegando allí. La caballería se puso á sus órdenes, con lo cual iba á ser subordinado suyo el mariscal Bessieres, que la mandaba. Massena se encargó de la izquierda, esto es, de Aspern, que iba á volver á ocupar la division Molitor. La division Legrand debia situarse detras de Aspern con la caballería lijera de Marulaz; la division de caballería lijera de Lasalle, y la division de coraceros de España llenaron el espacio que habia entre Aspern y Essling; toda la artillería ocupó los huecos, y una nube de tiradores se esparció por aquella especie de foso de que se ha hablado, y que era la madre ya seca de un brazo de agua, que en otro tiempo corria de Aspern á Ess-

ling. Estos tiradores aguardaban con el arma cargada á que los austriacos estuviesen á tiro de fusil. De este modo veinte y dos ó veinte y tres mil hombres iban á combatir contra cerca de noventa mil.

El archiduque Carlos había dividido su ejército en cinco columnas, la primera, al mando del general Hiller, debía avanzar á lo largo del Danubio por Stadlau, atacar á Aspern, y procurar apoderarse de ella de consuno con la segunda columna. Esta mandada por el teniente general Bellegarde, debía marchar por Kagran é Hirschstatten sobre la misma aldea de Aspern, que apoyada en el Danubio, parecía que resguardaba el puente del ejército francés. La tercera, mandada por Hohenzollern, marchando por Breitenlée hacía el mismo punto, debía atacarlo también para mas certeza de tomarlo por asalto. Las columnas cuarta y quinta, formadas del cuerpo del Rosenberg, debían completar el semicírculo trazado alrededor del ejército francés y atacar una á Essling y otra á Enzersdorf, población corta situada á la otra parte de Essling. Como Enzersdorf, débilmente ocupada por los franceses, no debía al parecer prestar grandes obstáculos, ambas columnas tenían orden de reunir sus esfuerzos sobre Essling. Para ligar las tres columnas de la derecha con las dos de la izquierda, el archiduque había colocado en batalla entre aquellas dos masas la reserva de caballería del príncipe de Liechtenstein. Mucho mas detrás, en Breitenlée, se hallaban como segunda reserva los granaderos de preferencia. Los restos del cuerpo del archiduque Luis, muy debilitados con los destacamentos que dejó en el Alto Danubio, estaban de

observacion hacia Stammersdorf, frente por frente á Viena. Por último, el cuerpo de Kollovrath se hallaba en Lintz, segun hemos visto. Las cinco columnas de operacion, con la caballería de Liechtenstein y los granaderos, podían presentar cerca de noventa mil combatientes (1) y unas trescientas piezas de artillería.

Aunque el archiduque hubiera reunido grandes fuerzas contra Aspern, que era el punto esencial que habia que tomar, puesto que resguardaba el puente pequeño, no obstante el semicírculo trazado alrededor de Aspern, Essling y Enzersdorf,

(1) Todavía es mas difícil aproximarse á la verdad para valuar las fuerzas austriacas que para fijar el número de tropas francesas. Sin embargo, un relato de la batalla de Essling, suministrado por el archiduque Carlos, presenta los siguientes batallones y escuadrones.

Hiller, 1. ^a columna. . . .	19 batallones,	32 escuadrones.
Bellegarde, 2. ^a columna. . .	20	— 16
Hohenzollern, 3. ^a columna. . .	22	— 8
Rosenberg, 4. ^a columna. . .	13	— 8
Rosenberg, 5. ^a columna. . .	13	— 16
Granaderos.	16	— »
Reserva de caballería.	»	— 78
Total.	105	148

La dificultad consiste en valuar la fuerza de los batallones, fuerza que probablemente se ignoraba en el estado mayor austriaco el día de la batalla, que era de mil á mil doscientos hombres al abrirse la campaña y que debía ser cuando menos seiscientos á setecientos hombres el 21 y 22 de mayo. Suponiendo seiscientos cincuenta hombres por batallon, y ciento veinte á ciento treinta en cada escuadron, tenemos cerca de sesenta y cinco mil hombres

era débil en el centro, y podia romperse con una carga de nuestros coraceros, en cuyo caso, dividido en dos el ejército austriaco, hubiera visto volverse contra él la suerte tan amenazadora en un prin-

de infantería y veinte mil de caballería; y suponiendo cinco mil de artillería para doscientas ochenta y ocho bocas de fuego, cálculo moderadísimo, se llega á unos noventa mil hombres. Los boletines franceses hablan de una fuerza mas considerable, pero evidentemente son inexactos. Noventa mil hombres me parece el aserto mas verosímil. Es imposible en este género conseguir averiguar la verdad absoluta, como he dicho tantas veces. Al historiador debe exigirse que se acerque á ella lo mas que pueda, y no pedirle lo que no sabian ni aun los gefes de los ejércitos combatientes; ademas de que dos ó tres mil hombres importan poco y no cambian el carácter del suceso. Ningun gobierno, ni aun el mejor servido, esto es, el que mejor contabilidad tiene, sabe cuando paga cien mil hombres, que están verdaderamente en las filas, cuantos hay que sirven útilmente el dia de una batalla, pues hay que descartar unos que están destacados, otros que se quedan enfermos en el camino, estos que enferman el dia antes, aquellos que caen postrados por la mañana, y en fin, los á quienes por igual motivo se da de baja aquella misma noche. La historia no puede por lo tanto pretender saber mas que los gobiernos que pagan los ejércitos. Lo que importa es conservar el carácter de aquellos grandes sucesos, y esto se logra esforzándose todo lo mas que se pueda en ponerse en la verdad tocante á los números, las distancias, la duracion de tiempo y los pormenores circunstanciados. Tengo mi conciencia satisfecha de que nada he descuidado con respecto á esto, y creo haber reunido mas documentos trabajando mas sobre ellos, que cuantos me han precedido. Jamás descuíso, lo afirmo, cuando queda en alguna parte un documento que yo no he poseido, y no me doy por satisfecho sino cuando he podido consultarlo.

cipio respecto á nosotros. Napoleon lo conoció á la primera ojeada, y resolvió aprovecharse de ello luego que sus principales fuerzas hubiesen atravesado el Danubio. Por el pronto solo pensó en guardar bien su desembocadero, defendiendo vigorosamente á Aspern en su izquierda, y á Essling en su derecha, y protegiendo con la caballería el espacio que quedaba entre las dos.

Apenas habia autorizado Napoleon al general Molitor á que volviera á ocupar á Aspern, y al general Boudet á que conservase á Essling, cuando se trabó la lucha á eso de las tres de la tarde con suma violencia, pues la vanguardia de Hiller, á las ordenes del general Nordmann, habia marchado sobre Aspern y penetrado en ella, aprovechándose del movimiento de retirada de la division Molitor. Lo mas grave era que tambien habia penetrado en una pradera cubierta de árboles á la izquierda de Aspern, la cual se estendia desde esta aldea al Danubio, y rodeada de un corto brazo del rio, presentaba una especie de islote. Apoderándose de este islote, podia pasar el enemigo entre Aspern y el Danubio, coger la vuelta á nuestra izquierda, y correr al puente pequeño, única salida que teniamos para desembocar ó retirarnos. El general Molitor, á la cabeza del 46.º y 67.º de linea, regimientos magníficos mandados por dos de los mejores coroneles del ejército, Marin y Petit, entró á paso de carga en la calle que formaba el centro de Aspern á fin de desalojar de allí á los austriacos. Los dos regimientos penetraron con bayoneta calada en aquella calle anchísima, pues las aldeas de Austria son vastas y están construidas con mucha solidez, rechazaron cuanto se les opuso, siguieron

adelante, é hicieron evacuar las inmediaciones de la iglesia, situada al extremo de la calle. El general Molitor colocó en seguida sus dos regimientos detrás de un espaldon de tierra que rodeaba á Aspern, y aguardó á la columna de Hiller, que iba á socorrer su vanguardia. Dejó que se le aproximara y luego empezó desde muy cerca un fuego mortífero que derribó en sus filas un número de hombres considerable. Después de sostener aquel fuego algún tiempo, el valiente general Molitor hizo salir sus soldados del espaldon que los resguardaba, los lanzó á la bayoneta sobre la columna austriaca y la rechazó á lo lejos. En un instante quedó limpio el terreno y el primer ataque fué rechazado con brio. Ejecutado este acto de vigor, el general Molitor, empleando hábilmente los otros dos regimientos de su division, dirigió el 37.º á la izquierda sobre el islote de que se acaba de hablar, lo recobró, y aprovechándose de todas las condiciones del terreno, se aplicó á hacerlo inaccesible. Situó el segundo á la derecha de la entrada de la aldea, á fin de impedir le cogiesen la vuelta; Massena, que presenciaba aquellas disposiciones, formó á la derecha detrás de Aspern la division Le-grand para lanzarla cuando fuese necesario; la caballería del general Marulaz, compuesta de cuatro regimientos franceses y dos alemanes, formaba el enlace con la caballería de los generales Lasalle y España hácia Essling, por cuya parte la division Boudet no tenia aun que habérselas sino con la vanguardia de Rosenberg, que estaba en marcha hácia Enzersdorf.

Todo esto no era mas que el preludio de aquella espantosa jornada, pues rechazado Hiller vuel-

ve bien pronto á la carga, apoyado por la columna Bellegarde. Esta así que entró en línea, se estrechó á la columna de Hiller, y ambas embistieron en masa á la aldea de Aspern, por la parte inmediata al Danubio y por el centro. Los regimientos 46.º y 67.º de línea, situados delante de Aspern, haciendo á muy corta distancia un fuego no interrumpido, inmolaron al pie del espaldon miles de hombres; pero las columnas austriacas, reparando sin cesar sus pérdidas, avanzaron hasta aquel espaldon, y se lanzaron á él á pesar de los dos regimientos del general Molitor, á los cuales obligaron á tener que replegarse á lo interior de la aldea. El general Vacquand llegó hasta apoderarse de la mitad de la ancha calle en que se hallaba situada la iglesia; pero al ver esto el general Molitor, con el 2.º que estaba de reserva se precipita sobre el general Vacquand. Entonces se establece un flujo y reflujo entre austriacos y franceses, quienes unas veces vencidos, otras vencedores, van y vienen de un extremo á otro de la larga calle de Aspern. Nuevas fuerzas se acercan por fuera, pues las columnas de Hiller y Bellegarde cuentan cuando menos treinta y seis mil hombres, contra los cuales lucha con siete mil la division Molitor. Massena, para mantenerlos distantes, arroja sobre ellos los seis regimientos de caballería ligera del general Marulaz. Este, que era uno de los oficiales mas valientes y entendidos de su arma formados en nuestras largas guerras, se lanza á galope sobre las líneas de la infantería austriaca que se forman en cuadro para recibirle, y rompe muchos de los cuadros, pero detiéndenla masas profundas que se hallan mas allá. Obligado á retroceder, se

lleva algunas piezas de artillería que ha cogido, y aunque no puede hacer que el enemigo evacue el terreno, se lo disputa sin embargo, obligándole á dirigir todas sus fuerzas sobre Aspern. En lo interior de la aldea, el general Molitor, parapetado en las casas con tres de sus regimientos, se vale para resistir de todos los objetos que encuentra á mano, como coches, carretas, é instrumentos de labranza, y defiende el puesto que le han confiado con una furia igual á la que emplean los austriacos en asaltarlo.

Durante este encarnizado combate tanto dentro como fuera de Aspern, Lannes tomaba en Essling hábiles disposiciones para conservar esta aldea, que atacada al principio no con tanta fuerza, acabó por serlo con igual violencia, luego que las columnas cuarta y quinta, compuestas del cuerpo de Rosenberg, consiguieron reunirse. La quinta, que formaba la extrema izquierda de los austriacos, y hacia frente á nuestra extrema derecha hacia Enzersdorf despues de haber tomado este puesto poco defendido, desembocó por él para arrojarse sobre Essling. Entonces se puso en movimiento la cuarta, y ambas comenzaron el ataque contra nuestro segundo punto de apoyo. Lannes las recibió como se hizo en Aspern, resguardándose con un espaldon de tierra que rodea á Essling, y acribillando á balazos y metralla á los acometedores, los cuales se detuvieron al pie de aquel obstáculo sin atreverse á pasarlo.

Empero el combate iba á ser mas terrible, por que la columna de Hohenzollern, que era la tercera, y constituía el centro de la linea austriaca, entraba al fin en accion, sostenida por la reserva

de caballería del príncipe Juan de Liechtenstein. Marchando como marchaba sobre nuestro centro, podia, si penetraba entre Aspern y Essling, aislar estos dos puntos uno de otro, asegurar su conquista, y hacer que nuestra pérdida fuese infalible. Al ver esto Lannes, que estaba fuera de Essling observando los movimientos del enemigo, se decide á emplear un poderoso empuje de caballería. Tenia á su disposicion los cuatro regimientos de coraceros del general España, y otros tantos de cazadores del general Lasalle, á las órdenes todos los ocho del mariscal Bessieres, y sin tomar en cuenta el grado de este último, le manda con imperio que cargue á la cabeza de los coraceros, pero que *cargue á fondo*. Aunque ofendido de esta expresion, porque segun decia, no estaba acostumbrado á cargar de otro modo, Bessieres se pone en movimiento con el general España, el primer oficial de caballería pesada del ejército, y deja á Lasalle de reserva para que le sirva de apoyo. Bessieres y España se lanzan á galope á la cabeza de diez y seis escuadrones de coraceros, se apoderan desde luego de la artillería enemiga á cuyos hombres acuchillan, y se precipitan en seguida sobre la infantería, rompiendo varios cuadros; pero despues de haber hecho retroceder á la primera linea, encuentran otra segunda que no pueden alcanzar. De pronto ven aparecer la caballería austriaca en masa, que el archiduque Carlos lanzaba sobre ellos: nuestros coraceros, sorprendidos durante el desorden de la carga que acaban de ejecutar, son asaltados con violencia, y obligados á volverse. Lasalle, con ese golpe de vista y ese vigor que le distinguen vuela á socorrerlos, empuñando en la lu-

cha al 46.º de cazadores tan á tiempo y con tanto vigor, que este regimiento arrolla á los ginetes austriacos encarnizados en perseguir á nuestros coraceros, y acuchilla á un buen número. En medio del tumulto el valiente España cae muerto de un balazo, y envuelto Bessieres con su ayudante de campo Baudru por los húsaros, dispara las dos pistolas, y desembaina el sable para defenderse, cuando conociendo los cazadores de Lasalle el peligro, vienen á sacarle de él. Los coraceros se forman, vuelven á la carga, apoyados como siempre por Lasalle, y de este modo acometen muchas veces á la caballería austriaca, la contienen é impiden á Hohenzollern penetrar nuestro centro entre Essling y Aspern, y enviar un refuerzo á las dos columnas de Hiller y Bellegarde, que no han cesado de encarnizarse sobre Aspern.

Pero estas dos columnas son suficientes por sí solas para destruir en Aspern á los siete mil hombres de la division Molitor, que tiene ya una mitad fuera de combate, y se sostiene únicamente por el heroísmo de los coroneles Petit y Mariu, y del mismo general Molitor, que dando sin cesar ejemplo á sus soldados, se presentan á la cabeza en todos los ataques. Al fin el general Vacquand, bien secundado, consigue penetrar en Aspern, y apoderarse de ella casi del todo, despues de una lucha que dura cinco horas. El general Molitor va á ser rechazado de lo interior de aquella aldea, de tanto precio para nosotros, pues si la perdemos, somos arrollados sobre el puente del brazo pequeño, y quizá arrojados al Danubio. Afortunadamente con haber restablecido el puente grande, pasa á la caída de la tarde una brigada de coraceros de Nan-

souty, la de Saint-Germain, asi como la division de infantería Carra Saint-Cyr, cuarta de Massena. Quedan pues recursos para hacer frente á los contratiempos imprevistos, y Massena puede disponer de la division Legrand que habia formado en fila detrás de Aspern como de reserva. Sitúa á Carra Saint-Cyr detrás con orden de vigilar el puente, y á la cabeza de la division Legrand entra en Aspern. El heróico Legrand, seguido del 26.º de infantería lijera y el 18.º de línea, los mismos regimientos con que habia tomado á Ebersberg, va á socorrer á Molitor sin fuerzas ya, atraviesa á paso de carga la calle ancha de Aspern, arrolla las tropas de Bellegarde al otro extremo de la aldea, y obliga al general Vacquand á tener que encerrarse en la iglesia. En el centro, Lannes, queriendo dejar espedito el punto medio de la línea, manda dar nuevas cargas á Bessieres. La division España ha perdido la cuarta parte de su gente; pero Nansouty, con la brigada de coraceros de Saint-Germain, ocupa el puesto de los coraceros de España, carga vigorosamente á la infantería austriaca, y prolonga la resistencia, la cual no es posible en aquel punto sino con caballería. Desbarátase de nuevo á la infantería de los austriacos, pero vuélvese á atraer su caballería, que se arroja sobre nuestros coraceros, y Marulaz reemplazando á Lasalle agobiado de cansancio, empieza á hacer con el 23.º de cazadores lo que Lasalle ha hecho dos horas antes con el 46.º: socorre á nuestros coraceros, rechaza á los del enemigo, y cae en seguida sobre varios cuadros. Dentro de uno de ellos, pierde el caballo, y vá á ser cogido ó muerto, cuando sus cazadores, atraídos por sus gritos, lo libertan, le dan

un caballo, y regresan pasando por en medio de una línea de infantería.

Hacia seis horas que duraba aquella lucha obstinada, disputándose la infantería en Aspern y Essling ruinas ó casas ardiendo; y la caballería entre las dos aldeas la llanura, una encarnizada-mente y otra á sablazos. El archiduque Carlos creyendo que bastante había hecho con detener al ejército francés en el desembocadero del puente, y lisonjeándose de arrojarlo al Danubio á la mañana siguiente, tomó el partido de suspender el fuego, para proporcionar á sus tropas descanso, acercar las masas, y sobre todo traer á la línea de formación la reserva de los granaderos que se había quedado en Breitenlée.

Napoleón por su parte, habiendo asistido personalmente á aquella primera batalla, bajo las balas de cañon que se cruzaban entre Aspern y Essling, había conservado toda su confianza. Aunque la mitad de la división Molitor yacía en tierra en las calles y casas de Aspern, aunque había perecido bajo una lluvia de metralla la cuarta parte de los coraceros de España, y los cazadores de Lasalle y Marulaz, no dudaba del resultado, si podía hacer ir todavía unos veinte mil hombres, y especialmente los parques de municiones, por los puentes del Danubio. Los nuestros pasaban por el puente grande, á pesar de la avenida cada vez mas fuerte, y á pesar de los cuerpos flotantes que el Danubio fuera de madre arrastraba en su curso. Ya eran troncos de enormes árboles arrancados de raíz por las aguas, ya barcos que estaban en seco en la orilla, y que el rio ponía á flote con la crecida, ya, en fin, gruesos molinos inflamados que

lanzaba el enemigo con la intención de destruir nuestro único medio de comunicacion, siendo menester á cada momento ó apartar aquellas masas flotantes, ó reparar las brechas que hacían en nuestros puentes, empleando para ello barcas de reposito. El paso continuo contribuía tambien á cansar aquellos puentes, y se veía de vez en cuando las barcas casi sumergidas con el peso de los trenes de batir, teniendo nuestros soldados que pasar con los pies en el agua, lo cual era causa de que el desfile fuese mas lento. Sin embargo, los generales Pernetti y Bertrand estaban asegurando siempre, que mantendrían corriente el paso, y que al abrir el día habrían llegado á Ebersdorf el cuerpo de Lannes, la guardia, quizá las dos divisiones del mariscal Davout, y sobre todo el parque de artillería cargado de municiones. Aunque Napoleón no hubiera tenido sino parte de sus tropas, como tuviese sus parques estaba seguro de acabar de una vez con el enemigo, y decidir entre Aspern y Essling la suerte de la casa de Austria. Mandó, pues, aprovechar el respiro que nos dejaba el enemigo para conceder á las tropas que se habían batido un descanso que tanto necesitaban, y vivaqueó detrás del bosque delante del puente pequeño, para presenciar el paso de sus cuerpos de ejército, que debían emplear toda la noche en desfilar. En el momento en que él tambien iba á tomar un poco de descanso no se lo permitió una fuerte disputa que se había trabado entre dos de sus principales lugartenientes: era Bessieres que se quejaba del lenguaje que Lannes había usado al darle órdenes. Massena, que estaba presente, tuvo que contener á aquellos dos hombres valerosos, que despues de

haber sufrido un día entero el fuego cruzado de trescientas piezas de artillería, estaban dispuestos á echar mano á la espada en defensa de su orgullo ofendido. Napoleon calmó su reyerta que el enemigo debía terminar al día siguiente del modo mas cruel para ellos y para el ejército.

El desfile interrumpido á menudo, continuó durante parte de la noche; pero á eso de las doce volvió á romperse el puente grande, y ya era la tercera vez que esto sucedía. El Danubio, que al principio subió siete pies, acababa de subir otros siete mas, de suerte que la crecida era de catorce pies. La fortuna volvía, pues, á dar á Napoleon muestras de inconstancia, ó por mejor decir la naturaleza de las cosas, que no se pliega á la voluntad de los conquistadores, le daba nuevos avisos! Empero si era una falta haber querido pasar el Danubio en la estacion de súbitas avenidas, y con un material insuficiente, no era cosa de retroceder ahora, y habiendo como habia pasado una porcion del ejército, era preciso sostenerla y salir de aquel mal paso á fuerza de energía. Los generales Bertrand y Pernetti volvieron á emprender la obra para reparar el puente grande, y afirmaron una y otra vez que mantendrian corriente el paso. Efectivamente, antes del amanecer, estaba reparado el puente y la comunicacion restablecida. La brillante division Saint-Hilaire, las dos divisiones de Oudinot (las tres componian el cuerpo de Lannes), la guardia de á pie, una segunda brigada de coraceros de Nansouty, toda la artillería de los cuerpos de Massena y Lannes, una reserva de artillería agregada á los coraceros, dos divisiones de caballería lijera, y, por último, la corta division De-

mont, formada con los cuartos batallones del cuerpo de Davout, pasaron antes que se concluyera la noche y empezara á alborear, continuando el desfile los parques tambien entre los huecos de cada cuerpo. De este modo los veinte y tres mil hombres con que habia empezado la batalla el día antes y que por la noche ascendian á treinta mil con la llegada de la division Carra Saint-Cyr y los coraceros de Saint-Germain, se aumentaron hasta unos sesenta mil con las tropas que efectuaron el paso el 22 por la mañana. Esto era bastante para vencer; pero desgraciadamente la artillería no era suficiente, pues Lannes, Massena y la caballería pesada no tenian arriba de ciento cuarenta y cuatro piezas, y era preciso contrarestar el empuje de trescientas bocas de fuego que los austriacos podian poner en batería. Con todo, si con treinta mil hombres y cincuenta piezas de artillería, se habia contenido á los austriacos la vispera, se debia batirlos hoy con sesenta mil y ciento cincuenta bocas de fuego. La cosa era segura siempre que no faltasen las municiones. Por lo demas, el puente se mantenía firme, y estas seguian llegando.

Al rayar el día todo el mundo estaba en pie en ambos ejércitos, y desde las cuatro de la madrugada se habian estado haciendo fuego los tiradores. Napoleon, que casi no habia descansado, estaba á caballo, rodeado de sus mariscales, y dándoles órdenes con la mayor confianza, pues al ver cuanto habia pasado no dudaba acabaria la guerra aquel mismo día. Massena debia volver á ocupar á Aspern enteramente, y conquistar la iglesia, que habia quedado en poder del general Vacquand. Lannes estaba encargado de rechazar todos los ataques

que iban á renovarse contra Essling, y luego, aprovechando la disposicion del enemigo que consistia como siempre en un vasto semicírculo, debia atravesarlo por el centro con un empuje vigoroso de nuestra derecha llevada bruscamente hácia adelante. El mariscal Davout, dos de cuyas divisiones se hallaban en Ebersdorf á la otra parte del Danubio, y á quien se esperaba dentro de algunos instantes, debia, dirigiéndose detrás de Lannes, protegerle por la derecha, durante el movimiento que este iba á hacer.

Con arreglo á estas miras, corrieron Massena Lannes, uno á Aspern y otro á Essling. Apreciando en todo su valor la necesidad que habia de ligar bien á Aspern con el Danubio, Massena habia colocado toda la division Molitor en el corto islote de la izquierda, pues aquel puesto con sus débiles medios de defensa, un pequeño canal que lo resguardaba, los árboles, y un espaldón de tierra que el ingeniero Lazowski habia levantado por la noche bastaba á la energia de la division Molitor, aunque habia quedado reducida de siete mil hombres á cuatro mil. La division Legrand se habia batido al anoecer del dia anterior en Aspern, y manteniéndose allí: Massena le dió por apoyo la division Carra Saint-Cyr, á la cual reemplazó la division Demont en la custodia del puente pequeño. Tambien dirigió Napoleon sobre Aspern los tiradores de la guardia imperial, con cuatro piezas de artillería, á fin de que aquella tropa bisoña y recién formada, hiciese su estreno á las órdenes del intrépido Massena.

En Essling, dejando Lannes al general Boudet que cuidara de guardar lo interior de la aldea, si-

tuó á la izquierda y por delante, en el hueco que quedaba entre Aspern y Essling, la division Saint-Hilaire primero, y luego mas á la izquierda, hácia el centro las dos divisiones de Oudinot, los coraceros, los húsares y los cazadores: estos últimos sirvieron de enlace con el cuerpo de Massena por debajo de Aspern. Detrás en el centro, se quedaron de reserva los fusileros de la guardia y la misma guardia veterana. No obstante, esta hermosa tropa formó un corchete hácia Essling, para cerrar el espacio que separaba á la aldea del Danubio, espacio abierto, por el que podia tener el enemigo intenciones de penetrar desde que era dueño de la corta poblacion de Enzersdorf. Ademas se proveyó tambien á este peligro por medio de una fuerte batería de á 12, que colocada al otro lado del brazo pequeño, cogia en banda el terreno de que se trata. La artillería se dispuso en los huecos de aquella línea de batalla, para secundar el empuje de todas las armas.

En este orden es como volvió á principiar la lucha por la mañana. Massena resolvió desalojar al general Vacquand de la iglesia, situada al extremo occidental de Aspern, donde éste se habia atrincherado, y con tal objeto envió al general Legrand el auxilio de dos regimientos de la division Carra Saint-Cyr: estos regimientos eran el 24.º de lijeros y el 4.º de línea, acostumbrados á servir juntos. El coronel Pourarailly, oficial excelente, marchó con la celeridad que permitian los cadáveres amontonados en la ancha calle de Aspern, y se dirigió sobre la iglesia, donde se hallaban desde muy temprano los generales Hiller y Bellegarde, encargados como siempre de obrar contra Aspern. Mien-

tras que el regimiento núm. 24.º venía á las manos con ellos, vió le habia dejado atrás á lo largo de una calle lateral una columna austriaca que atravesaba la aldea en direccion contraria. El 4.º regimiento, mandado por el valiente coronel Boyeldieu, dando un rodeo á la derecha, cortó la columna que habia avanzado paralelamente, y se apoderó de los dos batallones que la componian. Luego los regimientos 24.º y 4.º, conducidos por Legrand, se arrojaron sobre la iglesia y el cementerio, y echaron de allí á los austriacos. Por su parte la division Molitor, situada en el islote á la izquierda, y resguardada con derribos, mataba á balazos á todos los tiradores austriacos que llevaban su atrevimiento hasta ponerse al alcance de sus fusiles.

Habia llegado el momento de ejecutar el movimiento ofensivo proyectado sobre el centro de los austriacos, pues mientras que los generales Hiller y Bellegarde eran rechazados de Aspern, Rosenberg, formado como siempre en dos columnas, tenia que mantenerse distante de Essling por los fuegos de la division Boudet, y en medio del semicírculo que presentaba el ejército austriaco solo se veia el cuerpo de Hohenzollern débilmente ligado con el de Rosenberg por la caballeria de Liechtenstein y apoyado desde muy lejos por la reserva de granaderos. Era dudoso que el centro de los austriacos pudiera resistir á veinte mil infantes y seis mil caballos que Lannes iba á arrojar sobre él.

Efectivamente, Lannes, así que Napoleon da la señal, se pone en movimiento para ejecutar el ataque de que está encargado, y dejando á Boudet en Essling, avanza llevando la derecha á la ca-

beza, sobre el centro de los austriacos. La division Saint-Hilaire es la primera en el orden de marcha, y va formada en columnas cerradas, disposicion que ofrece asidero á las bombas, pero que presenta una solidez á prueba de todo choque. Mas á la izquierda, y algo detrás, las dos divisiones Clapartede y Tharreau avanzan en seguida en el mismo orden, presentando una serie de escalones. Mas á la izquierda y mas detrás, la caballeria forma el último de estos escalones dirigidos sobre el centro del enemigo.

Lannes las pone en movimiento con el vigor que despliega en todos sus ataques. El 57.º de línea de la division Saint-Hilaire, regimiento el mas temible de todos, situado en la extrema derecha, marcha á paso de carga bajo el fuego de metralla y fusileria, y obliga á la infanteria austriaca á replegarse. Toda la division apoya al 57.º, y á medida que los demás regimientos formados en otras tantas columnas cerradas, llegan á tiro del enemigo, se paran á hacer fuego, luego vuelven á avanzar, y ganan terreno sobre las tropas que tienen al frente. Las dos divisiones de Oudinot, toman puesto á su vez en aquel movimiento ofensivo, y comunicándose bien pronto el impulso á toda la línea, estrechados vivamente los austriacos, empiezan á retirarse en desorden. Al ver esto el archiduque Carlos, como todos los capitanes indecisos por tomar un partido, que son valientes en el campo de batalla, demuestra la abnegacion propia de un príncipe heroico: acude en persona á evitar la catástrofe que amenaza á su centro. Por un lado manda á los granaderos que estaban en Breitenlée que se acerquen; por otro ordena á Bellegarde que

vuelva á dirigirse de Aspern hácia Essling, para reforzar el centro de su linea, y mientras no ejecutan estas órdenes, coge en la mano la bandera del regimiento de Zach, al cual conduce adelante. Sus oficiales mas valientes son heridos á su lado, especialmente el conde de Colloredo, á quien vió caer bajo aquel fuego espantoso y á quien estrechó la mano con dolor.

Lannes, que lo mismo que él está á la cabeza de sus soldados, prosigue su marcha ofensiva, y al ver á la infantería austriaca en movimiento, lanza sobre ella á Bessieres con los coraceros. Estos se precipitan sobre el cuerpo de ejército de Hohenzollern, desbaratan varios cuadros, y cogen soldados, cañones y banderas. Tocamos ya á Breitenlée, punto en que el archiduque habia colocado su reserva de granaderos, y no dudando Lannes del éxito, envia á Napoleon el oficial de estado mayor César de Laville, para que le informe de sus progresos, pidiéndole proteja su retaguardia, mientras que subiendo por aquella llanura, va á dejar un espacio tan vasto entre su cuerpo y la aldea de Essling.

César de Laville corre á toda prisa para llevar al emperador aquel parte, y le encuentra en un silio llamado el Tejar (1), entre Essling y Aspern, presenciando con frialdad aquel grande espectá-

(1) El general César de Laville, excelente oficial oriundo del Piemonte, dotado de tanta energía como talento, y digno bajo todos aspectos de su valerosa nacion, ha muerto recientemente en Francia, donde se habia establecido. De su propia boca he recogido las pormenores que refiero aqui, y para estar mas seguro de mi memoria, le rogué me los escribiese, lo cual hizo en 1844 desde

culo, cuya formidable direccion corria á su cargo. Napoleon no manifiesta al oír el relato que le hace César de Laville la satisfaccion que debiera sentir, á causa de un nuevo contratiempo que acababa de suceder. Despues de esfuerzos inauditos por parte de los generales Bertrand y Perneti para mantener corriente la comunicacion entre las dos orillas del Danubio, la creciente cada vez mayor, los árboles arrancados de raiz, los barcos hinchados con la elevacion de las aguas, y los molinos inflamados que arrojaba el enemigo, causaron al fin la ruptura completa del puente grande, establecido entre Ebersdorf y la isla de Lobau. Aquella ruptura ocurrió en el momento en que se preparaban á desfilas seis brillantes regimientos de coraceros, las dos divisiones del mariscal Davout y los arcones de la artillería, habiendo escuadron de coraceros que dividido en dos fué arrastrado en las barcas por la corriente, yendo á parar, unos hácia la derecha y otros hácia la izquierda. Sin embargo, no era la privacion de tropas lo que mas

San Salvador, en una carta curiosa de veinte y cuatro páginas, que he conservado como un monumento histórico interesante. Tambien me he valido de un documento no menos curioso, de Mr. Baudru, ayudante de campo del mariscal Bessieres, que ha tenido la bondad de escribirme igualmente todo lo que él vió. Otros pormenores los he recogido de boca del mariscal Molitor, el general duque de Mortemart, el general Petit, el general Marbot, y el mariscal Reille, presentes todos ellos en Essling y Wagram, y he completado con sus noticias la multitud de documentos manuscritos que obran en el archivo de la guerra. Por lo demas me he limitado siempre á los pormenores que eran auténticos completamente.

debía sentirse, pues los sesenta mil hombres que habían pasado en los dos días anteriores eran suficientes, sobre todo con el empuje dado, para arrollar al ejército austriaco; sino la privación de municiones, porque ya se había consumido una cantidad prodigiosa, y pronto debían faltar.

Cuando Napoleón sabe por Mr. de Mortemart esta triste noticia, demasiado prudente quizá después de haber sido demasiado temerario, teme verse privado de pronto de municiones en aquel vasto campo de batalla, y no tener que oponer al enemigo sino bayonetas y sables. También teme estando como estaban comprometidas en el trance todas las tropas, y no teniendo sino la guardia de á pie y los fusileros para proteger la retaguardia del mariscal Lannes, verse sin recursos contra un cambio repentino de fortuna, cambio que sería desastroso al borde del abismo á que estaba arriado. Resuélvese pues, á un sacrificio doloroso, y renuncia á una victoria segura casi, por no exponerse á riesgos que la prudencia no permite arrostrar. Tomado en un instante este partido tan cruel con la resolución propia de un buen guerrero, Napoleón ordena á Mr. de Laylle que vuelva con la misma celeridad que ha venido al lado del mariscal Lannes, y le diga que suspenda su movimiento y vaya replegándose poco á poco, sin alentar demasiado al enemigo, sobre la línea de Essling y Aspern. Le encarga también que economice las municiones, pues no tardarán en hacer falta (1).

(1) En una carta curiosa dirigida al mariscal Davout en medio de la batalla, dice el mayor general Berthier

Al recibir esta orden Lannes y Bessieres, se ven obligados aunque con gran sentimiento, á pararse en medio de aquella llanura inmensa del Marchfeld, inundada de fuegos. El archiduque, acosado tan vivamente hácia Breitenlée, ve que nuestras columnas se quedan inmóviles de pronto, sin poder explicarse la causa, y se aprovecha de aquel momento de respiro para volver á conducir de derecha á izquierda parte del cuerpo de Bellegarde, y formar en fila detrás del cuerpo de Ho-

que á las diez de la mañana faltaron municiones. Citamos esta carta, que da á la jornada su verdadero y siniestro carácter.

El mayor general al duque de Auerstedt, en Viena.

«Orilla izquierda del Danubio, á la cabeza del puente, 22 de mayo de 1809 á las doce y media.

«La interrupción del puente nos ha impedido renovar las provisiones, y á las diez ya no teníamos municiones. El enemigo lo advirtió, y volvió á marchar sobre nosotros, causándonos mucho daño con doscientas bocas de fuego, á las que desde dicha hora no podíamos contestar.

«En tal estado de cosas, es sumamente importante componer los puentes, enviarnos municiones y víveres, y vigilar á Viena. Escribid al príncipe de Ponte-Corvo que no se comprometa en Bohemia, y al general Lauriston que se disponga á acercarse á nosotros. Ved á Mr. Daru á fin de que nos envíe artículos para los hospitales ambulantes y toda clase de víveres.

«Al punto que el puente esté listo, ó esta noche, venid á avistaros con el emperador.

ALEJANDRO.»

henzollern los diez y seis batallones de granaderos que formaban su reserva, además de una masa enorme de artillería, pues poseía cerca de trescientas bocas de fuego, y podía reunir doscientas en aquel punto tan amenazado. Repuesto así de su primera alarma, mandó dirigir sobre Lannes un cañoneo espantoso. La división Saint-Hilaire, mas avanzada que las otras dos, y colocada en el aire por decirlo así, recibe de frente y por el costado un fuego de metralla continuo, pero retrocede lentamente con la serenidad natural en regimientos veteranos de que se compone, y en un jefe tan caballeresco como Saint-Hilaire. Por desgracia este valiente oficial, antiguo amigo de Napoleón, cae herido de muerte de un balazo: su división, traspasada de dolor, se mantiene firme sin embargo; Lannes acude á reemplazar á Saint-Hilaire, y á traerse su división á un sitio menos espuesto. Retrocede, pero como un león al que es peligroso perseguir, pues los cuerpos que quieren estrecharle de cerca sufren duras cargas á la bayoneta, y son rechazados con violencia. Pasando de la división Saint-Hilaire á las dos de Oudinot, Lannes las conduce con el mismo vigor delante de un adversario á quien nuestra retirada ha llenado de confianza. Desgraciadamente los soldados de Oudinot sufren mas que los otros por no haber querido el jefe desplegar en frente del enemigo tropas tan bisonas: formados en columna muy cerrada, pierden con las bombas filas enteras. Poco á poco va trayendo Lannes su línea á la altura del foso que se estiende desde Essling hasta Aspern, y que presenta una especie de abrigo detras del cual puede ponerse á cubierto su infan-

tería. Su artillería, aunque inferior en número y provisiones á la del enemigo, es la única que queda en la parte saliente de aquel foso, á fin de contener el movimiento de las columnas austriacas que avanzan para hacer una tentativa desesperada. Con efecto, se ve al cuerpo de Hiller y á parte del de Bellegarde volver sobre Aspern, á las dos columnas de Rosenberg acercarse de nuevo á Essling, y en fin el cuerpo de Hohenzollern reunido, reforzado con parte del de Bellegarde, los granaderos y la caballería de Liechtenstein, preparar contra nuestro centro un esfuerzo como el que Napoleón ha intentado sobre el centro de los austriacos.

Efectivamente, sobre nuestro centro se dirige desde luego al parecer la tormenta, pues el cuerpo de Hohenzollern, los granaderos y la caballería de Liechtenstein avanzan formando una masa compacta. Napoleón lo advierte, lo avisa á Lannes que también lo ha echado de ver, y ambos piden á la división Saint-Hilaire, á las divisiones de Oudinot, y á la caballería, que se sacrifiquen otra vez por salvar el ejército. Lannes, disponiendo en primera línea las divisiones Saint-Hilaire, Claparede y Tharreau, en segunda los coraceros y en tercera la guardia antigua, deja acercar la masa espesa del cuerpo de Hohenzollern y los granaderos hasta medio tiro de fusil. En seguida ordena un fuego de fusilería y metralla, ejecutado de tan cerca y con tanta puntería, que bien pronto se ve clarearse las filas del enemigo. Luego lanza los coraceros á escape sobre la infantería austriaca, que cediendo en varios puntos, se entreabre como una pared en la que se ha abierto brecha. El valero-

so príncipe de Liechtenstein precipitase á su vez con su caballería sobre la de Bessieres; pero Lassalle y Marulaz vienen con sus cazadores y sus húsares á socorrer á nuestros coraceros, y aquel vasto terreno no presenta bien pronto sino una confusión inmensa de quince mil caballos franceses y austriacos, dándose cargas con furia unos contra otros, unidos cuando se lanzan á la pelea, desunidos cuando vuelven; y formándose sin cesar para cargar de nuevo.

Después de aquella larga refriega, el movimiento del enemigo sobre nuestro centro parece como suspendido, y el cuerpo de Hohenzollern, como paralizado se detiene en frente del paredon que se estiende de Essling á Aspern. Nuestra artillería desmontada en parte, queda en el borde del foso, disparando con puntería pero con lentitud á causa de la escasez de municiones, y espuesta al fuego de mas de doscientas piezas de cañon. Nuestros infantes se resguardan en el foso, y nuestra caballería, formando una cortina detrás y llenando el hueco que existe entre Essling y Aspern, sufre con admirable impasibilidad un cañoneo incesante. Así lo exige la imperiosa necesidad: es preciso mantenerse firme hasta la noche, sino se quiere ser arrojado en el Danubio que sigue creciendo. En aquel momento viene á caer sobre el ejército una desgracia terrible: mientras que Lannes corre á galope de un cuerpo á otro para sostener el valor de sus soldados, un oficial, al verle espuesto á tantos peligros, le ruega eche pie á tierra para no ser el blanco de los tiros. Sigue este consejo, aunque muy poco acostumbrado á mirar por su vida, y como si el destino fuera un sobera-

no á cuyo poder nadie se escapa, en el mismo instante una bala de cañon le rompe las dos rodillas. El mariscal Bessieres y el gefe de escuadron César de Laville lo recogen anegado en sangre y casi desmayado. Bessieres, á quien habia tratado muy mal la vispera, le estrecha la mano desfallecida, pero volviendo la cara por temor de ofenderle con su presencia. Tiéndesele sobre la capa de un coracero, y lo trasportan por espacio de media legua hasta el puente pequeño, donde habia un hospital ambulante. Esta noticia, sabida á poco en todo el ejército, siembra en él una tristeza profunda; pero no es tiempo de llorar pues el peligro se acrecienta por momentos.

Los esfuerzos del enemigo, contenidos en el centro, se vuelven con furia sobre las alas, contra Aspern y Essling. Por la parte de Aspern, los generales Hiller y Vacquand dirigen ataques repetidos contra esta malhadada aldea, que no es ya sino un monton de ruinas y cadáveres: allí no se camina sino sobre escombros, vigas ardiendo ó moribundos, cuyos padecimientos nada importan en vista del peligro que á todo el mundo amenaza. Los tiradores de la guardia, que Napoleon habia confiado á Massena, á pesar de su juvenil ardor y de los oficiales veteranos que los mandan, son empujados fuera de la aldea. Legrand al punto con los restos de su division, y Carra Saint-Cyr con la mitad de la suya, recobran aquel monton de humeantes ruinas á la vista de Massena, que está en medio de ellos agobiado de cansancio, pero haciéndose superior á la flaca naturaleza con su fuerza de alma. Legrand, eucargado de ejecutar sus órdenes, se presenta en todas partes, con la copa

del sombrero arrancada por una bala de cañon , y obligado muchas veces a recurrir á la espada para alejar de su pecho las bayonetas enemigas. En la izquierda, Molitor arroja en el brazo de agua, detrás del que están apostados á los austriacos que quieren invadir el islote. Gracias á esta heroica resistencia, Aspern queda por nosotros; pero el archiduque alimenta todavía una esperanza, la de tomar á Essling. Manda envolver esta posicion por las dos columnas de Rosenberg , y dirige con los granaderos, á quienes conduce en persona, un ataque furioso sobre el centro mismo de la aldea. Bessieres, que ha reemplazado á Lannes, ve el nuevo peligro , y se ocupa en pararlo. Napoleon queriendo socorrerle, le envia los fusileros de la guardia , tropa soberbia , formada durante las campañas de Polonia y España, y rayando en esa perfeccion que se encuentra entre una juventud estremada y una vejez estremada tambien. El encargado de mandarlos es el general Mouton, á quien dice el emperador: «Valiente Mouton, haced un esfuerzo por salvar al ejército; pero acabad de una vez, porque despues de los fusileros, no tengo mas que los granaderos y los cazadores de la antigua guardia, último recurso que es necesario no emplear sino en un desastre.» Mouton parte, y se dirige sobre la izquierda de Essling, donde el ataque de los granaderos austriacos parecia mas de temer. Bessieres, situado mas cerca de los sitios, ve el peligro á la derecha , entre Essling y el Danubio , y no vacila en cambiar la direccion indicada por el emperador , enviando parte de estos cuatro batallones á Essling, y parte á la derecha entre la aldea y el rio. Este socorro era urgente, pues de fren-

te se veia amenazado Essling , por los granaderos, y en la derecha por las columnas de Rosenberg, dispuestas á pasar entre Essling y el Danubio. El general Boudet era el que defendia á Essling desde la vispera: cinco veces habian vuelto al ataque los granaderos conducidos por el feld-mariscal de Aspre, y otras tantas habian sido rechazados, ya por el juego de fusilería, ya por cargas á la bayoneta. No obstante, en la derecha de la aldea, que defendia muy poca gente, el enemigo cogió la vuelta á Boudet, y envuelto éste por una de las dos columnas de Rosenberg , se vió obligado á retirarse á un granero, vasto edificio almenado como una fortaleza. Manteniase allí con una tenacidad indomable; pero asaltado por todas partes, iba á sucumbir cuando llega Mouton con los fusileros de la guardia. Aquella brillante juventud arrebatá á los granaderos de Aspre, parte de la aldea, y detiene á los soldados de Rosenberg á lo largo del espacio que se estiende hasta el Danubio. Sin embargo, este primer acto de energia no es suficiente contra un enemigo cuatro veces mas numeroso, y resuelto á intentar los postreros esfuerzos por conseguir su fin; pero Raap acude con otros dos batallones de esos mismos fusileros, y propone al general Mouton den una carga general á la bayoneta. Apretandose la mano los dos, adoptan este modo de acabar de una vez, y caen sobre los austriacos con bayoneta calada. Tan fuerte es el choque que al instante los arrollan de un extremo á otro de la aldea, empujan á los soldados de Aspre sobre los de Rosenberg, y los rechazan á todos hasta mas allá de Essling. Al mismo tiempo la artillería de la isla de Lobau cogiendo en banda á las masas que

habian pasado entre el rio y la aldea, las cubren de metralla, y de este modo queda libre Essling.

Hacia treinta horas que duraba esta lucha, cuando sin fuerzas el archiduque Carlos, desesperando de poder arrojarnos al Danubio, y viendo que á él tambien empezaban á faltarle las municiones, toma al fin el partido de suspender aquella cruenta batalla, una de las mas espantosas del siglo y se decide á cerrar la jornada con el envio de cuantos proyectiles y bombas le quedan, sobre los cuerpos situados entre Aspern y Essling. Tambien, mientras que en Aspern los generales Hiller y Bellegarde se encarnizan todavía en disputar algunos restos de aquella desventurada aldea, hácia el centro y hácia Essling manda el archiduque Carlos cesar los ataques, y se limita á traer la artillería para tirar sobre nuestras líneas desesperadamente. A un peligro de esta especie no hay mas que oponer una fria inmovilidad. Nuestra artillería, desmontada en gran parte, se para como ya lo habia hecho en el borde del foso que nos resguardaba, disparando de intervalo en intervalo para dar tiempo á que concluya el día. La infantería se situa detrás medio cubierta con el terreno, y mas atrás todavía nuestra hermosa caballería, presentando dos frentes, uno de Essling á Aspern para proteger el centro de la posicion, y el otro á la vuelta para cubrir el espacio entre Essling y el rio. Por último, la guardia imperial, presentando dos frentes paralelos á los de la caballería, permanece impassible bajo las bombas, y solo se oye en medio del cañoneo este grito de los oficiales: «Estrechad las filas!» Efectivamente, es la única maniobra que puede ejecutarse hasta que llegue la noche, porque es

imposible ni alejar al enemigo, ni librarse de sus tiros por el puente que conduce á la isla de Lobau. Esta retirada por una sola salida no puede verificarse sino á favor de la oscuridad, y, en el mes de mayo, es preciso esperar algunas horas todavía las bienhechoras tinieblas que deben favorecer nuestra partida.

Napoleon no habia cesado durante el día de mantenerse en el ángulo que describia nuestra línea de Aspern á Essling, y de Essling al rio, á donde iban á dar tantas balas. Varias veces le habian instado que pudiese á cubierto una vida de la que dependia la de todos; pero no quiso mientras pudo temerse un nuevo ataque. Ahora que exhausto el enemigo se limitaba á un cañoneo resolvió reconocer por sus propios ojos la isla de Lobau, escoger en ella el mejor sitio para el ejército, y tomar, en una palabra, todas las disposiciones para la retirada. Seguro de poseer á Essling que ocupaban los restos de la division Bonnet y los fusileros, mandó preguntar á Massena si podia contar con poseer á Aspern, pues con tal que estos dos puntos quedaran por nuestros, era segura la retirada del ejército. El oficial de estado mayor Cesar de Laville, enviado á Massena, le halló sentado en unos escómbros, muerto de fatiga y con los ojos inflamados, pero lleno como siempre de energía. Le comunicó la orden, y Massena, levantándose respondió con un acento extraordinario: «Decid al emperador que me mantendrá aquí dos horas, seis, veinte y cuatro si es preciso, mientras sea necesario para salvar al ejército.»

Tranquilizado Napoleon con respecto á aquellos dos puntos, se dirigió al instante hácia la isla

de Lobau, mandando decir á Massena, Bessieres y Berthier que así que pudieran dejar el puesto confiado á su custodia, fuesen á reunirse con él á fin de concertar la retirada que debia verificarse por la noche. Corrió al brazo de río mas pequeño, que se desliza entre la orilla izquierda y la isla de Lobau, y vió se habia convertido en un gran río, sabiendo tambien que varias veces habian puesto en peligro el puente que servia para atravesarlo los molinos que arrojaba el enemigo. El aspecto de sus bordes era para desgarrar el corazón. Largas hileras de heridos, unos arrastrándose como podian, y otros llevados en brazos de los soldados, ó puestos en el suelo esperando que los trasportaran á la isla de Lobau; ginetes desmontados tirando las corazas para andar con mas facilidad; una multitud de caballos heridos dirigiéndose por instinto hácia el río para saciar su sed, y enredándose en las amarras del puente no sin ponerlo en peligro; centenares de trenes de artillería medio rotos; una confusion indecible y ayes de dolor, tal era la escena que se ofrecia, y que traspasó de pena á Napoleon. Apeóse del caballo, cogió agua con las manos para refrescarse el rostro, y descubrió una litera formada con ramas de árboles en la que yacia Lannes á quien acababan de hacer la amputacion: corrió á él, le estrechó en sus brazos, le manifestó esperaba viviria, y le encontró, aunque heroico como siempre, sintiendo amargamente verse arrebatado tan pronto á la carrera de la gloria. «Vais á perder, le dijo Lannes, á vuestro mejor amigo, á vuestro mas fiel compañero. Vivid y salvad al ejército.» La malevolencia que empezaba á desencadenarse contra Napoleon, y á la cual harto habia

él provocado por desgracia, esparció entonces la voz de que Lannes le reconvinó en su hora postrera, pero no hay nada de esto. Lannes acogió con una especie de satisfaccion convulsiva los abrazos de su soberano, y espresó su dolor sin mezclar una palabra amarga siquiera. Tampoco era necesario, porque ¿qué mas reconvenciones, qué reconvenciones mas crueles podia haber para Napoleon, si recordaba lo que tantas veces habia dicho sobre los peligros de aquellas guerras continuas, que el espectáculo de dos piernas cortadas á Lannes, la muerte de otro héroe de Italia, Saint-Hilaire, herido aquel dia, y la horrible hecatombe de cuarenta á cincuenta mil hombres tendidos por tierra? Napoleon, despues de volver á abrazar á Lannes, y díchose seguramente á sí propio lo que el héroe moribundo no le dijo, pues el genio que ha cometido faltas es el juez mas severo de sí mismo, montó á caballo, y quiso aprovechar lo que quedaba de dia para visitar la isla de Lobau, y tomar sus disposiciones de retirada. Despues de recorrer la isla en todas direcciones y de examinar por sus propios ojos los diversos brazos del Danubio, que convertidos en verdaderos brazos de mar, arrastraban los restos que el agua arrancaba en la parte alta de las orillas, adquirió la conviccion que el ejército hallaria en la isla de Lobau un campo atrincherado en que seria inespugnable, y en que podria resguardarse dos ó tres dias esperando se volviera á establecer el puente grande. El brazo pequeño que la separaba de los austriacos, era imposible que estos lo atravesaran teniendo á Massena delante, dispuesto á disputarles el paso; la anchura de la isla no permitia al enemigo hacerla

por medio de las bombas, inhabitable para nuestros soldados; por último, empleando cuantos barcos habia en la orilla derecha, se conseguiria llevar víveres y municiones, de manera que el ejército tuviese medios con qué subsistir y defenderse. Tomadas estas medidas tan pronto como las concibió, Napoleon volvió por la noche hácia el brazo pequeño, al cual se habia trasladado Massena luego que creyó podia confiar á sus oficiales la custodia de Aspern. El mariscal Bessieres, el mayor general Berthier, unos cuantos gefes de cuerpo, y el mariscal Davout, habian acudido en barcas de la orilla derecha, y estaban reunidos en el lugar designado al borde del Danubio, en medio de los restos de aquella siniestra jornada, para celebrar un consejo de guerra. No tenia Napoleon por costumbre convocar esa especie de consejos, en los cuales busca, sin encontrarlas, resoluciones que no sabe tomar el hombre de ánimo vacilante. Aquella vez necesitaba, no pedir parecer á sus lugartenientes, sino manifestarles su modo de pensar, inculcarles sus ideas, animar á los que estaban decaidos, pues es seguro que aunque nunca se turbaba su valor bélico, su espíritu no abarcaba lo bastante las dificultades y recursos de la situacion, para que hasta cierto punto no se mostraran sorprendidos, turbados, abatidos; porque es mas raro tener carácter para soportar los reveses que heroísmo para arrostrar la muerte. Napoleon, tranquilo, confiado, porque veia en lo sucedido un puro contratiempo que nada tenia de irreparable, provocó á los oficiales que estaban presentes á que dijeran su modo de pensar, y al oirles, pudo convencerse que aquellas dos sornadas habian causado una fuerte impresion, y

que algunos de sus lugartenientes eran partidarios de la resolucion de volver á pasar sin tardanza, no solo el brazo pequeño á fin de retirarse á la isla de Lobau, sino tambien el brazo mas ancho á fin de reunirse lo mas pronto posible al resto del ejército, á riesgo de perder todos los cañones, todos los caballos de la artilleria y los de remonta, doce ó quince mil heridos, y en fin el honor de las armas. Apenas se dejó entreveer semejante pensamiento, tomó la palabra Napoleon con la autoridad que le correspondia, y con la confianza, no fingida sino sincera, que le inspiraba la estension de sus recursos, espuso de este modo la situacion de las cosas. Dura habia sido la jornada, dijo, pero no podia considerarse como una derrota, puesto que se habia conservado el campo de batalla, y era maravilla retirarse sanos y salvos despues de semejante lucha, con un rio inmenso á la espalda y con los puentes destruidos. En cuanto á los heridos y muertos, grande era la pérdida, mayor que ninguna de las que habiamos sufrido en nuestras largas guerras; pero la del enemigo debia ser una tercera parte mas considerable: podia, pues, estarse seguro, afirmó Napoleon, que los austriacos se mantendrian tranquilos durante largo tiempo, y que habria espacio para reunir el ejército de Italia que llegaba victorioso á través de la Stiria, traer á las filas las tres cuartas partes de heridos, sacar de Francia los numerosos refuerzos que estaban de marcha, y establecer en el Danubio puentes de madera tan sólidos como los de piedra, y gracias á los cuales el pasar el rio seria una operacion ordinaria. Añadió Napoleon que asi como así, cuando los heridos hubiesen vuelto á las filas, serian solo diezmil hom-

bres los que tendríamos de menos, mientras que por parte del contrario serian quince mil; que todo estaria reducido á que la campaña durase dos meses mas; y que á quinientas leguas de París sosteniendo una gran guerra en el seno de una monarquía conquistada, hasta en medio de su capital, un contratiempo de aquella especie no era de admirar para hombres de valor, sino muy natural, y aun venturoso, si se pensaba en las dificultades de la empresa, la cual consistia en pasar delante de un ejército enemigo el rio mas grande de Europa, para ir á dar una batalla á la parte opuesta. No habia, pues, motivo, segun él, ni para alarmarse ni para desmayar, sino, por conveniencia y necesidad, hacer un movimiento de retroceso, esto es, volver á pasar el brazo pequeño del Danubio, para encerrarse en la isla de Lobau, y aguardar allí á que bajaran las aguas y se hubiesen establecido puentes en el brazo ancho; movimiento fácil que se haria de noche, sin inconveniente, sin perder ni un herido, ni un caballo, ni un cañon, y sobre todo el honor de las armas. El movimiento retrógrado tan deshonoroso como fatal, seria volver á pasar no solo el brazo pequeño, sino el grande, teniendo que hacerlo con respecto á este, ya bien ya mal, con barcas que solo podrian trasportar á los hombres válidos, sin un cañon, ni un caballo, ni un herido, renunciando sobre todo á la isla de Lobau, que era una conquista preciosa, y el verdadero punto para el paso ulterior. De obrar de esta suerte, si en vez de sesenta mil hombres con que habia salido, se volvía con cuarenta mil, sin artillería, sin caballos, y abandonando diez mil heridos por lo menos capaces de servir dentro de un mes, se haria bien en

no presentarse á los vieneses, quienes colmarian de desprecio á sus vencedores y no tardarian en llamar al archiduque Carlos para arrojar á los franceses de una capital en que ya no eran dignos de permanecer. Y en este caso era preciso prepararse, no á emprender una retirada sobre Viena, sino sobre Strasburgo: entonces el príncipe Eugenio, que caminaba hácia Viena, hallaria allí al enemigo en vez del ejército francés, y pereceria en aquella madriguera; los aliados que ahora estaban asustados, se convertirian en traidores por debilidad, y se volverian contra nosotros; la fortuna del imperio vendria á tierra, y la grandeza de la Francia quedaria destruida en unas cuantas semanas. En una palabra, Napoleon anunció con claridad como si debiera realizarse dentro de quince dias, cuanto su política le atrajo cinco años mas tarde, si en vez de retirarse con fortaleza de ánimo á la isla de Lobau, se tenia la flaqueza de atravesar precipitadamente el Danubio, dejando en la otra orilla á sus camaradas heridos, el material y la honra. Por otra parte para obrar como él aconsejaba, pocos esfuerzos se necesitaban, reduciéndose todo á que Massena se mantuviese en Aspern hasta media noche, desfilase en seguida con el ejército por el puente pequeño, defendiese la isl. de Lobau á la mañana siguiente contra las empresas del enemigo, y esperara detrás del brazo angosto del Danubio los viveres y las municiones que se le iba á enviar en barcos. Durante este tiempo se restableceria el puente grande, y si, contra toda verosimilitud, el archiduque Carlos se atrevia á hacer una tentativa, bajando hácia Presburgo ó subiendo hasta Krems para trasladarse á la orilla derecha, y venir

á disputarnos Viena, el Mariscal Davout le haría frente con sus treinta mil hombres que valian por sesenta mil austriacos, con el resto de los coraceros, y la caballería de la guardia que aun no habian pasado los wurtembergenses, los bávaros y los sajones. «Ea pues, Massena, y vos, Davout, les dijo, vivid y salvareis al ejército, mostrándoos dignos de lo que ya habeis hecho.» Massena descontento á menudo, y que hasta habia criticado amargamente la precipitacion con que se habia pasado el Danubio, entusiasmado al ver tanta razon y firmeza, cogió la mano á Napoleon, y le dijo: «¡Señor, sois un hombre de valor, y digno de mandarnos! No, no huiremos como unos cobardes á quienes se ha vencido. Mal nos ha servido la fortuna, pero somos victoriosos no obstante, porque el enemigo, que debería habernos precipitado en el Danubio, ha mordido la tierra delante de nuestras posiciones. No perdamos nuestra actitud de vencedores, limitemonos á volver á pasar el brazo pequeño del Danubio, y os juro que anegaré en él á cuantos austriacos quieran pasarlo tras de nosotros.» Davout prometió por su parte guardar á Viena, y reechar cualquier ataque que viniese por Presburgo ó por Krems, durante la operacion de restablecer los puentes, operacion despues de la cual, reunido el ejército en una sola orilla, nada tendria ya que temer del archiduque Carlos.

Todos los corazones alentaron con aquel consejo celebrado al borde del Danubio, bajo las últimas bombas lanzadas por los austriacos, y se convino en que Massena tomara el mando en jefe del ejército, y emplearia la noche en pasar el brazo pequeño, mientras que Napoleon, volviendo á pasar

el ancho brazo con Berthier y Davout, iria á dirigir en persona las dos operaciones que mas urgian, el envío á la isla de Lobau de municiones de guerra y de boca, y el restablecimiento del puente grande. En fin, separáronse consolados, resueltos y confiados unos en otros. Mientras que Massena volvia á Aspern, Napoleon se trasladó á través de la isla de Lobau hácia la márgen del brazo principal del Danubio, despues que dió todas sus órdenes. Trabajo le costó atravesar varios arroyos que se habian formado en lo interior de la isla de resultas de la avenida de aguas, pero llegó entre once y doce de la noche al borde del Danubio, y quiso pasarlo inmediatamente. Grave era el peligro, porque ademas de que reinaba una oscuridad profunda, era preciso arrostrar los enormes cuerpos flotantes que arrastraba la corriente, y que tropezando en la frágil barca en que iba á entrar Napoleon, podian sumergirla; pero no habia que vacilar en presencia de los grandes deberes que faltaban por cumplir, y con la misma confianza que César, en medio de las olas del Epiro, Napoleon se embarcó en una lancha, acompañado de Berthier y de Savary, conducido por unos cuantos pontoneros intrépidos, que le trasportaron sano y salvo á la otra orilla. Apenas desembarcó en Ebersdorf dió sus primeras órdenes para traer á aquel punto todas las barcas disponibles, llenarlas de galleta, vino, aguardiente, cartuchos de cañon, y objetos de vendaje, y dirigirlas sobre la isla de Lobau. Los barcos desatados del puente grande, bastaban por el momento para llevar lo necesario al ejército á la otra parte del rio: aquella misma noche, pues, se dió principio á la operacion, ó mas bien, continuó con actividad,

porque despues de la ruptura del puente, ya se habia recurrido á este medio durante el dia.

Entretanto, Massena, con la investidura de gefe, corrió á Essling y Aspern para preparar la retirada. Los ataques directos contra estos dos puntos habian cesado, y los austriacos se entretenian en hacer fuego de cañon, cada vez mas lento, á medida que se iba acercando la noche, y que de vez en cuando, aqui ó alli, hacian algunas victimas en la oscuridad. Nuestros adversarios muertos de cansancio, se dejaban caer sin fuerzas en aquel campo, que era una carniceria, mientras que la vigilancia, indispensable en nuestra critica posicion, nos obligaba á nosotros á mantenernos en pie, bien, que en cuanto á cansados, lo estábamos lo mismo que los austriacos. A eso de media noche, Massena hizo que principiara la retirada por la guardia imperial, que era la que se hallaba mas inmediata al rio, disponiendo que cada cuerpo desfilara por el puentecillo con sus heridos y cañones: solo debian dejar los muertos, cuyo número, por desgracia, era harto considerable. Despues de la guardia vino la caballería pesada, y como muchos soldados habian arrojado las corazas, Massena las mandó recoger á los ginetes desmontados, no queriendo abandonar al enemigo, sino los menos trofeos posibles. Parte de la caballería ligera permanecia en línea con los volteadores para aparentar resistencia delante de Essling y Aspern. Luego desfilaron á su vez las divisiones Saint-Hilaire y Oudinot, llevándose cada una de ellas los heridos que todavia le quedaban en el campo. Siguiéron las divisiones Legrand, y Carra Saint-Cyr, y por último, al rayar el dia 29, dejando á Essling y As-

pern los generales Boudet y Molitor, penetraron en el bosque que cubria el punto entrante del rio, escoltado por un enjambre de sus tiradores. Agobiado de fatiga el enemigo no advirtió el movimiento de retroceso de nuestras tropas: únicamente á las cinco ó las seis de la mañana, viendo que nuestros puestos avanzados iban desapareciendo poco á poco, concibió la sospecha de que habiamos emprendido la retirada, y pensó en seguirnos, pero lo hizo lentamente, sin inquietarnos mucho. Con todo, entró en Essling, y así que llegó á la márgen del rio pudo descubrir el puentecillo por el que iban pasando nuestras últimas columnas. Al punto dirigió sus disparos de cañon hácia aquella parte, mientras que desembocando sus tiradores á través del bosque, nos breaban á balazos. Massena, con algunos oficiales de su estado mayor se habia quedado en la orilla izquierda, resuelto á pasar el último, y aunque no faltó quien le manifestase que nuestros puestos empezaban á ser acosados vivamente, que él podia ser asaltado de pronto, y que habia llegado el momento de replegar el puente, y poner fin á aquella resistencia sin ejemplo, nada quiso oír mientras descubrió en la orilla izquierda algo que salvar. Corriendo en todas direcciones, se aseguró por sí mismo de que no se dejaba un herido, un cañon, un objeto de algun valor, con cuya posesion pudiera enorgullecerse el enemigo. Mandó recoger tambien todos los fusiles que pudo, todas las corazas arrojadas á lo largo del Danubio, y como viese aqui y allí caballos heridos y sin dueños, que vagaban al borde del agua, hizo que los echaran hácia el rio para obligarlos á que lo atravesaran á nado. Al fin, no teniendo ya nada que hacer en aquella orilla,

convertida en terreno enemigo, y bajo una lluvia de balas disparadas por los tiradores, se embarcó el último, tan arrogante como cuando salía de Génova en una simple embarcación bajo el fuego de la escuadra inglesa. En seguida mandó cortar las amarras del puente, al que la corriente llevó bien pronto á la otra orilla, y al cabo de unos cuantos minutos se hallaba en la isla de Lobau, contentándose los austriacos con presenciar la retirada voluntaria de sus adversarios.

Así terminó aquella batalla de dos días, una de las más sangrientas del siglo, y que comenzó la serie de esas abominables matanzas de los últimos tiempos del imperio, en que se destruía en una jornada el equivalente de la población de una gran ciudad. Difícil es fijar el número de muertos y heridos respecto á esta lo mismo que respecto á las demás. La pérdida de los austriacos puede calcularse en veinte y seis ó veinte y siete mil muertos y heridos (1), y en quince ó diez y seis mil de los franceses. Por nuestra parte, la penuria de los recursos en la isla de Lobau durante los primeros momentos, debía hacer que las heridas fuesen en extremo peligrosas. La enorme diferencia en las pérdidas se explica en que los austriacos siempre combatieron á pecho descubierto, y nosotros al contrario, estuvimos resguardados durante parte de

(1) Su boletín oficial confesaba veinte mil, y como se sabe hasta qué punto desfiguraban la verdad en ventaja suya, debe suponerse un número infinitamente más considerable. Con arreglo á diversos documentos que existen en el archivo de la Guerra, y que emanan de los mismos austriacos, me fijó en el número indicado aquí.

aquellos dos días con algunos obstáculos propios del terreno. En cuanto á prisioneros, no los hubo por ninguna parte; á escepcion de algunos centenares cogidos en Aspern y Essling y enviados á la isla de Lobau. Era una batalla sin otro resultado que una abominable efusión de sangre, efusión, como se acaba de ver, mas grande por lo que respecta al enemigo que con respecto á nosotros, y que nos dejaba todos nuestros medios de paso, puesto que nos dejaba la isla de Lobau. La consecuencia de mayor gravedad de aquellas dos jornadas de Essling, era lo que se iba á decir de ellas, las exageraciones de nuestros enemigos, prontos á publicar en Alemania y en toda Europa que los franceses estaban vencidos, derrotados completamente y en plena retirada. Ahora bien, combatiendo como combatía Napoleon en medio del continente dispuesto á insurreccionarse contra él, obligado á mantenerse en el seno de la capital enemiga, donde cuatrocientos mil habitantes no aguardaban otra cosa que una señal para sublevarse, y teniendo como tenia necesidad la retaguardia de caminos seguros para traer sus refuerzos, no podia pasarse sin el prestigio de su invencibilidad. Materialmente, era mas fuerte puesto que habia perdido menos que su contrario, y habia templado el corazón de su hermoso ejército en una prueba formidable; pero moralmente era mas débil porque sus enemigos iban á triunfar de una pretendida derrota, que en realidad era una victoria, pues sostener semejante lucha con los puentes destruidos era lo mismo que vencer. En cuanto á su conducta como general, no se podia menos que admirar la elección de la isla de Lobau, elección que habia hecho

fuese posible una operacion impracticable en cualquier otro caso, y que permitia que una posicion desastrosa, de donde no debia haberse salido sino anegados ó prisioneros, acabara por ser una retirada fácil y poco combatida. Empero debia censurarse la precipitacion con que Napolcon se empeñó en atravesar el rio en semejante estacion, antes de haber reunido medios suficientes para verificar el paso: seguramente era censurable en esto, pero escusaban tantos motivos su impaciencia de ocupar las dos orillas del Danubio, que puede perdonarsele haber contado demasiado con la fortuna, por el deseo de ahorrar tiempo. Su verdadero error, su error eterno era esa política desenfadada que despues de haberle llevado al Niemen de donde volviera á fuerza de milagros, le habia llevado en seguida al Ebro y al Tajo, de donde habia vuelto dejando allí sus tropas mas brillantes, y lo arrastraba ahora de nuevo al Danubio, donde no lograba sostenerse sino por medio de otros milagros, milagros cuya serie podia interrumpirse al primer momento, viniendo á parar en desastres. Este es, lo repetimos, su error, pues si como general cometia faltas, lo hacia por la influencia fatal que ejercia en él una política imprudente.

En cuanto al archiduque Carlos, muy criticado despues, por sus compatriotas sobre todo, porque regularmente donde se recoge cosecha mas abundante de amargura es entre sus conciudadanos, desplegó gran energia, digase lo que se diga, y aquel á quien le parezca asombroso que no hubiese precipitado al ejército francés en el Danubio, olvida lo fuerte de las posiciones escogidas por su adversario, y la imposibilidad de arrancar las

aldeas de Essling y Aspern á sesenta mil franceses mandados por Lannes y Massena y reducidos á vencer ó morir; olvida las ventajas de la isla de Lobau, á la que, quedando por nosotros Essling y Aspern, era fácil volver, convirtiéndose entonces en un asilo inviolable. Querer forzar el brazo estrecho delante de Massena sin tener puente, y aun teniendo uno, hubiera sido en el generalísimo austriaco una empresa insensata, por cuyo no intento le han censurado mucho hombres que habrian sido incapaces de ejecutarla. Lo que con mas razon han dicho ciertos jueces imparciales, es que durante la batalla estendió demasiado el semicírculo trazado alrededor de los franceses, y que lo estendió hasta el punto de ser cortado por el centro, así como que reconcentrándose mas á su derecha y empleando todas sus fuerzas en abrir un portillo hácia Aspern, hubiera tenido tal vez mas probabilidad de interponerse entre nosotros y el Danubio. Al repetir estas críticas, preciso es añadir tambien que si hubiera obrado de esta suerte, habria hallado probablemente en Aspern las fuerzas que no hubiese atraído á otra parte, y que se hubieran dirigido hácia el punto que esclusivamente atacase. Despues de una lucha tan atroz y de tan heróicos esfuerzos, es menester saber admirar la abnegacion y callar, cualquiera que sea el resultado, ante actos de energia y que raramente han igualado los hombres.

Durante los días que se siguieron es cuando el archiduque Carlos hubiera podido ejecutar cosas que ni siquiera intentó. Efectivamente, el ejército francés dividido en dos por el caudal principal de aguas del rio, estando una parte de él en la isla de

Lobau, y otra en la orilla derecha del Danubio, se hallaba en una posicion crítica. De seguro que Napoleon cuando en su juvenil ardor proseguia con tanta actividad sus triunfos siendo general de Italia, no hubiese dejado escapar la ocasion que se ofrecia en aquel instante. Con efecto, si al archiduque Carlos le era imposible forzar el brazo pequeño del rio que le separaba de la isla de Lobau, y forzarle teniendo delante á Massena con los cuarenta y cinco mil hombres que le quedaban, no era ni con mucho tan imposible intentar mas arriba ó mas abajo de Viena una de esas operaciones de paso que Napoleon temia tanto, y contra cuya realizacion habia empleado tantas y tan ingeniosas precauciones.

Si en efecto, el archiduque Carlos hubiera marchado sobre Presburgo, atravesado el Danubio, y subiendo la orilla derecha, ido á atacar al mariscal Davout, quien no hubiese tenido cuarenta mil hombres que poder oponerle, no hay duda que hubiera contado con soberbias probabilidades de hacernos sufrir un desastre; pero tambien hubiera tenido alguna que otra de sufrirlo él, pues hubiera necesitado nada menos que dos dias para bajar el Danubio, y otros dos para volver á subirle, siendo muy probable que en estos cuatro dias, restablecido momentaneamente el puente grande, permitiese al ejército francés pasar otra vez á la orilla derecha. En este caso el archiduque Carlos se hubiera encontrado con ochenta mil hombres que combatir, no pudiendo él llevar sino setenta mil á lo más, pues la batalla de Essling le habia costado veinte y seis ó veinte y siete mil: podia pues, ser arrollado, destruido, y arrojado á Hun-

gria hecho trizas. Otra operacion tan arriesgada pero mas decisiva aun, si salia bien, quedaba por intentar, cual era, en vez de bajar el Danubio, volver á subirle al contrario, reunir los veinte y cinco mil hombres de Kollovrath, con lo que hubiera ascendido el ejército austriaco á noventa y cinco mil combatientes, atravesar el rio por uno de los puntos que se hallan entre Krems y Linz, sorprender allí el paso contra los sajones de Bernadotte ó los wurtembergenses de Vandamme, y desembocar á espaldas de Napoleon. Aqui era menos seguro el paso, puesto que habia que disputarlo, pero ofrecia grandes probabilidades de buen éxito contra las tropas que guardasen el rio, se hacia con veinte y cinco mil hombres mas, producía una concentracion de fuerzas superior á todas las que Napoleon podia ejecutar en aquel momento, no exigia sino dos ó tres dias, proporcionaba el medio de batir en detall, antes que se reunieran, á los sajones, los wurtembergenses y las divisiones del mariscal Davout dispersas entre Saint-Polten, Viena y Ebersdorf, y, en fin, en caso de salir bien, colocaba á Napoleon en la posicion del general Melas despues de la batalla de Marengo. Empero tambien poniendo á semejante adversario y á un ejército como aquel en semejante apuro, provocaba de su parte esfuerzos extraordinarios, un denuedo del que era preciso lisonjearse poco poder triunfar, y de consiguiente peligros inmensos. Por lo mismo que este plan era mas decisivo sobre ser mas arriesgado, era menos de presumir por parte del archiduque.

Sea lo que fuere de estas diferentes combinaciones, lo cierto es que el archiduque Carlos discurs-

rió, ó por mejor decir, obró de otra manera, pues en estas ocasiones no se discurre, sino se obra por instinto con arreglo al carácter de cada cual; y no hubiera sido un error si siguiendo el plan mas conforme á su carácter, hubiese hecho el generalísimo todo lo posible y conveniente en el sistema que adoptase. Hasta el 23 de mayo, esto es, á la mañana siguiente de las dos jornadas del 21 y el 22, no supo si era vencedor ó no, y si bien escribió á todas partes diciendo que si lo era, no estaba sinceramente convencido de ello, pues al mismo tiempo que habia impedido á Napoleon ir á parar á la otra parte del Danubio, no habia podido impedirle que se retirara pacíficamente á la isla de Lobau, guardara su campo de batalla, y sobre todo conservar á medios para pasar el rio ulteriormente. Además de que podia tenerse por dudosa su victoria, resentíase cruelmente el archiduque de aquellas dos jornadas de combates encarnizados. Su ejército disminuido en cerca de una tercera parte, estaba exhausto de fuerzas, y en un estado de abatimiento que no tienen en cuenta los que juzgando á los generales despues de un hecho de armas, les echan en cara el no haber seguido planes en que no habia que pensar siquiera de tocar la realidad de las cosas. Lo que es en cuanto á su persona, hallábase poco dispuesto á volver á empezar, pues siendo la vez primera que luchaba frente á frente con Napoleon sin haber succumbido, asombrado de este triunfo inusitado, queria gozarse en él antes de correr nuevos riesgos. En sus pérdidas, en lo insuficiente de las fuerzas que le quedaban, y en la destruccion de sus municiones consumidas enteramente, tenia motivos

para esperar, y gozar descansado del placer que causa un triunfo que no se aguarda, siendo preciso reconocer no faltan algunas consideraciones sensatas que poder hacer valer en favor de este modo de conducirse. Con efecto, podia decirse que el tiempo era una ventaja para él, y que no perecer era mucho batiéndose como se batia en su país con recursos á mano y rodeado de todas las simpatías de la Alemania, la cual no pedia mas que una ocasion para alzarse. Podia decir que Napoleon al contrario, á muchos centenares de leguas de su frontera, viviendo en medio de poblaciones enemigas, en el seno de una capital conquistada y que se estremecía de cólera, manteniéndose en ella únicamente por el prestigio de su invencibilidad, necesitaba para poder mantenerse estando continuamente brillantes golpes, y sobre todo acabar pronto para acabar de una vez de salvar su honra; que con respecto al general francés, pasar el Danubio era condicion indispensable de cualquier hecho favorable definitivo, siendo una derrota moral tanto como material habérsele frustrado el paso; y que valia mas de consiguiente, insistir en oponerse un género de obstáculo que era el único que hasta entonces le habia detenido, y perseverar en una táctica que habia salido bien, que ir á ofrecerse por blanco de sus tiros, y aventurar batallas dudosas, intentando un paso arriesgado mas arriba ó mas abajo de Viena. El archiduque Carlos podia hacerse, y se lo hizo, estos racionios prudentes y que hasta merecian ser aprobados, si, adoptando un plan por el estilo, lo seguia en todas sus consecuencias, y si empleaba el tiempo que iba á trascurrir en reforzar el ejército aus-

triacó, en hacer el Danubio cada vez mas difícil de pasar, y en promover en torno de Napoleon las resistencias de todo género que cualquiera ventaja conseguida sobre él debia suscitarle naturalmente. Esto es al parecer cuando menos lo que hizo en los primeros momentos, empeñándose en guardar mas fuertemente que nunca su posición frente por frente a Viena, dedicándose a aumentar las dificultades de todo paso ulterior del Danubio, concentrando en aquel punto el mayor número de fuerzas posible, dando al archiduque Juan la orden de que fuera á reunirse con él cuanto antes, y sobre todo cantando victoria en Alemania, escribiendo á todas partes que los franceses habian sido batidos y casi destruidos, hablando de treinta á cuarenta mil hombres entre muertos y heridos, y otros tantos prisioneros, de suerte que si estas voces hubiesen sido ciertas no habria quedado un soldado á Napoleon, diciendo era inevitable para los franceses tener que retirarse inmediatamente hacia Lintz, Passau y Strasburgo, y por último, prometiéndole á todos libertarlos pronto y de un modo seguro si la Europa y particularmente la Alemania, queria secundar al Austria con solo un esfuerzo. Afortunadamente para Napoleon, lo mejor que supo hacer el archiduque para utilizar su victoria, fué alabarse del triunfo conseguido, y, dejando aparte la vanidad, en cierto modo era útil, como se verá bien pronto, alabarse hasta pasar de los límites de la verdad y el comedimiento.

Efectivamente, Napoleon tenia que temer mucho menos la consecuencia material de la batalla de Essling que las consecuencias morales. Realmente, aunque se le habia frustrado, como ya he-

mos dicho, el intento prematuro de pasar el Danubio, con guardar la isla de Lobau conservaba la base de todo paso ulterior, y habia causado al enemigo muchas mas bajas que las que él habia tenido, pero lo que se iba á decir en Alemania, en Francia, en Europa de aquellas dos grandes jornadas, podia provocar resistencias imprevistas, y disminuir el ascendiente moral que necesitaba para que le obedecieran, y para llevar hacia sí, todos los recursos de su imperio. Sin embargo, no se inquietó sino lo preciso por la ventaja que iba á sacar el enemigo de los últimos sucesos, y escribió á todas partes para encaminar la opinión, y para que se mirara como debia las dos jornadas de Essling. Mas que nada, tomó medidas vigorosas para reparar aquella derrota aparente ó efectiva, y aun sacar de ella dentro de muy poco tiempo resultados inesperados y decisivos.

El primer riesgo á que habia que hacer frente, era una tentativa por parte del archiduque Carlos para pasar el brazo pequeño del Danubio, é invadir la isla de Lobau. Napoleon no lo temia en manera alguna, siempre que los cuarenta y cinco mil hombres que permanecian en aquella isla inmensa al mando de Massena tuvieran viveres, municiones y vendajes. Su primer cuidado, como se acaba de ver, fué enviarles la noche misma del 22 y al día siguiente los espresados artículos, para lo cual sirvieron los barcos del puente grande destruido que quedaban. Gracias á esto, á las treinta y seis horas Massena tenia bastantes cartuchos de cañon y fusil para contener cualquiera tentativa de paso, y bastante galleta para preservar á sus soldados del hambre. Los ciervos y corzos, en que

abundaba la isla de Lobau, debian suministrar carne á aquella tropa de cuarenta y cinco mil cazadores. De este modo, merced al entusiasmo de los pontoneros, que á pesar de la avenida del Danubio, y de los enormes cuerpos flotantes cuyo choque era preciso arrostrar, no cesaron de trabajar en medio de los mayores peligros: durante aquel continuo tránsito, penoso en extremo, tuvo el ejército lo necesario para defenderse y vivir.

El segundo peligro de que habia que ocuparse al instante era la posibilidad de verificar el paso hácia Presburgo, único á que Napoleon daba algun crédito, por ser el que menos audacia exigia; mas para contrarrestarlo, era preciso haber superado una dificultad grave, cual era, establecer el puente sobre el brazo mas ancho, aunque solo fuese provisionalmente, pues sin este puente el mariscal Davout estaba espuesto á encontrarse solo con dos de sus divisiones, y con la porcion de la guardia y de la caballería pesada que todavía no habia pasado, para resistir al archiduque Carlos. La tercera division del mariscal Davout, mandada por Morand y que habia quedado entre Saint-Polten y Viena, seria evidentemente indispensable para contener la capital mientras combatieran los dos ejércitos. Es verdad que aquel valeroso lugarteniente de Napoleon habia respondido con su cabeza que detendria con veinte y cinco ó treinta mil hombres á todas las fuerzas que se presentaran por la parte de Presburgo, y se podia esperar del vencedor de Awerstaedt que realizaria su promesa; pero era aquella una posicion muy crítica, é importaba muy mucho volver á establecer pronto las comunicaciones entre la orilla derecha y la isla

de Lobau, para que todo el ejército pudiera reunirse en caso necesario en la otra orilla. Napoleon se dedicó á ello sin descanso, aunque sabia el estado en que dejaba al ejército austriaco al pasar él á la isla de Lobau, y le bastaba la doble experiencia que tenia de la guerra y del carácter de su adversario, para estar cierto de que despues de dos jornadas como las de Essling, no era de temer ocurriera otra inmediatamente. Los marinos de la guardia, traídos de Boloña á Strasburgo y de Strasburgo á Viena, acababan de llegar afortunadamente, y de ellos se valió el emperador para acelerar el establecimiento de nuevas comunicaciones. Consagrados á esto con su celo y habilidad de costumbre, cruzando continuamente el Danubio, ya para trasportar municiones, ya para detener los cuerpos flotantes que nos arrojaba el enemigo, ayudaron á dominar el obstáculo que presentaba aquel rio inmenso, tan rápido como un torrente y tan ancho como un brazo de mar. Mientras se construía el puente, se dió principio al pase en barcos de parte de la infantería de la guardia, de la isla de Lobau á Ebersdorf. El 23, por medio de pontones que habian servido para pasar el brazo pequeño, y de barcos recogidos en el rio, se consiguió establecer un puente, con el cual era preciso contar para emprender una operacion ofensiva, pero bastante sólido para una retirada que fuese haciéndose por intervalos. Cada destacamento que se trasportaba á la margen derecha, ponía al mariscal Davout en situacion de resistir mejor un ataque hácia Presburgo, y en cuanto al que pudiera dirigirse contra la isla de Lobau, visiblemente no era ya de temer cuando no se habia intentado el 23 ó el 24.

Después de la guardia pasó la division Demont, en seguida la caballería ligera que importaba mucho enviar de exploradora á los contornos de Presburgo, luego la caballería pesada, y en fin todo el cuerpo de Lannes, que desde que este fué herido mortalmente estaba á las órdenes del general Audinot, y no podía estar en mejores manos. Así que acabaron de pasar estas tropas, lo cual sucedió el día 27 de mayo, nada había ya que temer, pues el mariscal Davout tenía bajo su mando sesenta mil hombres por lo menos, y ninguna tentativa del archiduque Carlos sobre la orilla derecha presentaba desde entonces probabilidad de buen éxito. Napoleón dirigió á Lasalle y Marulaz sobre Haimburgo, para vigilar y contener con nueve regimientos de caballería ligera lo que pudiera venir de Presburgo, ora fuese el ejército del archiduque Carlos, ora simplemente la insurrección de Hungría que empezaba á reunirse. A Monbrun lo dirigió sobre Oedenburgo, al otro lado del lago de Nensiedel, para que observara los caminos de la Hungría é Italia, por donde podía aparecer el archiduque Juan, en retirada delante del príncipe Eugenio. El general Lauriston no había cesado de mantenerse en Bruck con los badenses y la caballería del general Bruyere, para tender la mano al príncipe Eugenio metido en los caminos de la Siria. Napoleón situó, como ya lo había hecho, á la caballería pesada detrás, á fin de sostener á la caballería ligera. Por último, el mariscal Davout, con las dos divisiones Friand y Gudra, la division Demont, todo el cuerpo de Oudinot y la guardia, es decir, con cincuenta á sesenta mil hombres, estaba en Ebersdorf, dispuesto á arrojarse sobre el archidu-

que Carlos, por cualquier lado que se presentara.

Resolvió Napoleon llevar mas fuerzas aun sobre Viena, y pensando que los bávaros serian suficientes para defender su pais, no solo por la parte de las montañas del Tirol, sino hacia el Danubio, mandó al mariscal Lefebvre enviarse una division hávára á Lintz para que reemplazara allí á la division Dupas y á los sajones, que á las órdenes del mariscal Bernadotte guardaban aquel punto. El general Vandamme debia quedarse con los wurtembergenses en Krems, mientras que el mariscal Bernadotte, con sus diez y ocho mil hombres, recibia orden de avanzar sobre Viena para aumentar las tropas amontonadas allí. El cuerpo de Massena, de que no hemos hablado en esta enumeracion, quedó en la isla de Lobau á fin de guardar aquel punto, que á pesar del uso que se acababa de hacer de él, era todavía el sitio mas á propósito para pasar el Danubio. Napoleon, cuya profundidad de pensamientos no tenia límites, había buscado y encontrada ya medio de servirse de él de un modo tan nuevo que el enemigo, aun estando advertido por medio de una tentativa anterior, seguramente se hubiera engañado. Calculó que ya para reunir y emplear el material necesario, ya para dejar venir la estacion de la corriente de aguas natural, necesitaba todo un mes, y que hasta fines de junio ó principios de julio no estaria preparado para dar el golpe que debia poner término á la guerra. Este era tambien el tiempo que había menester para recibir sus refuerzos, organizar mas por completo su línea de operaciones, y llevar á Viena el ejército del príncipe Eugenio. Dispuso, pues, el complemento de estos diversos designios con una sangre

fria imperturbable, una actividad increíble y una actitud tan arrogante como hubiera podido demostrar al día siguiente de una gran victoria.

Desde luego se ocupó en preparar por todas partes materiales, y como Viena estaba llena de madera, mandó buscarla, escogerla y trasportarla mas abajo de Ebersdorf. Luego, viendo que los obreros de Viena no tenían trabajo, resolvió emplearles pagándoles en papel moneda austriaco, del cual estaban atestadas las arcas públicas que habíamos cogido. Llevó á la isla de Lobau constructores, y aun los hizo ir de Francia trasladándolos en posta. Encargó barcos de todas formas y dimensiones con arreglo á un plan que daremos á conocer cuando llegue el momento de ello. En fin, sin perder un solo día, dió las órdenes siguientes para aumentar el ejército. Como habia tenido cuidado de henchir los depósitos, ya con la ayuda de una anticipacion sobre la conscripcion de 1810, ya con el auxilio de un nuevo alistamiento sobre las clases anteriores, podia sacar hoy la gente llamada antes á las armas, seguro de que la remplazarian los recién llamadas. En su consecuencia mandó encaminar hácia Strasburgo todos los conscriptos ya instruidos, reuniéndolos en batallones de marcha que debian llevar los números de las divisiones militares en que estabau situados los depósitos. Otro medio mas seguro aun tenia de proporcionarse inmediatamente hombres formados del todo, cual era tomarlos de las semibrigadas provisionales que habia organizado en el Norte, en las fronteras del Rhin, y aun en Italia, componiéndolos de cuartos y quintos batallones. Mandó, pues, sacar de ellas numerosos reclutas para los cuerpos de Massena, Oudi-

not y Davout, enviando unos directamente á su regimiento, é incorporando los demas á los regimientos á que no pertenecian por haber sido destinados á ellos desde un principio. Ya habia recurrido Napoleon á este último medio, pero insistió en emplearle en vista de lo urgente de las circunstancias, y lo aplicó á tres regimientos que habian vuelto hacia un año de Portugal, y quedándose en las costas de Bretaña, donde se les habia provisto ámpliamente de soldados jóvenes. De ellos sacó tres ó cuatro mil hombres perfectamente instruidos, y que, mediante su incorporacion en otros regimientos podian servir para reclutar aquellos cuyos depósitos carecian de conscriptos. De este modo designó de veinte á veinte y cinco mil infantes que debian suministrar los depósitos de Francia, y de seis á ocho mil los de Italia. Iguales medidas adoptó respecto á la caballeria, la cual tenia en sus depósitos recursos de consideracion, en vista de que hasta entonces no se habia sacado mucho de ellos, y mandó dirigir numerosos escuadrones de marcha del Rhin al Danubio. Trabajó sobre todo en remontarla, porque habia perdido mas caballos que gente, y con este objeto mandó formar dos depósitos, uno en Baviera para comprar caballos alemanes de caballeria pesada y mediana; y otro en Hungria para hacerse con caballos de caballeria lijera. Ocupóse, en fin, con particular esmero de aumentar su artilleria, y como la del enemigo le habia causado tanto daño en Essling, para reforzar la suya recurrió á un ensayo que no justificó la esperiencia, cual era dar á los regimientos de infanteria cañones servidos por los mismos regimientos, los cuales tenian infantes adiestrados en este ser-

vicio. La dificultad de sacar artilleros de los depósitos en número suficiente y en tiempo hábil le decidió á hacer este ensayo que con su tacto superior hubiera rechazado en cualquiera otra circunstancia; pues era fácil preveer que en materia de armas especiales con nada se podia reemplazar una instruccion prolongada, y sobre todo, que nunca sabria la infanteria cuidar el material como era capaz de hacerlo un cuerpo esclusivamente destinado á este objeto. Napoleon resolvió dar doscientas bocas de fuego á la infanteria, al pie de cuatro por cada regimiento, consagrando á este uso las piezas de calibre inferior, como por ejemplo, las de á tres y á cuatro. Quiso además que la reserva de artilleria de la guardia ascendiera de sesenta piezas de cañon que entonces tenia, á ochenta y cuatro, sacando de Italia y Strasburgo las compañías de artilleros que necesitase. De este modo contaba con proporcionase setecientas piezas de artilleria, masa de fuego terrible, que suponía cuatro piezas por cada mil hombres, y pasaba de todas las proporciones admitidas hasta aquel dia. Estas diversas medidas debian llevar de Francia é Italia, dentro de un mes ó dos unos cuarenta mil hombres; refuerzo que compensaba con mucho todas las pérdidas de la campaña, sin el cual podia pasarse en rigor para dar una batalla decisiva, porque en aquel momento iban llegando los reclutas pedidos despues de lo de Ratisbona, pero que en todo caso pondria á Napoleon en situacion de continuar la guerra, cualesquiera que fuesen sus alternativas.

Además de esto, que hizo Napoleon respecto á los diversos cuerpos del ejército en general, se ocupó particularmente de la guardia imperial. Tenia

consigo los granaderos y cazadores que componian la guardia antigua, y los fusileros y tiradores que componian la moderna. Habia mandado organizar conscriptos, formados como ya hemos dicho, no tomando del ejército gente escogida, sino eligiendo buenos chicos en la conscripcion. Dos de estos regimientos de conscriptos, uno de granaderos y otro de cazadores, se hallaban en Augsburgo, desempeñando allí una doble tarea, la de instruirse y la de servir de reserva contra los movimientos insurreccionales del Tirol y de Suabia. Napoleon mandó dirigir hácia Viena los dos regimientos que estaban en Augsburgo, y hácia Augsburgo los dos que se formaban en Strasburgo. De este modo no debia disminuirse la reserva de Augsburgo, reserva que interesaba mucho á Napoleon, en la prevision de lo que podia suceder á su espalda, de resultas de las conmociones que causaran las jornadas de Essling; y que se componia de los destacamentos enviados para reclutar el ejército, los cuales iban alternando en su permanencia en Augsburgo, del regimiento número 65, reorganizado desde su contratiempo en Ratisbona, tanto con conscriptos, como con prisioneros rescatados por medio de un cange, y por último, de seis regimientos provisionales de Dragones, formados con los terceros escuadrones de los regimientos que servian en España. Las semibrigadas provisionales, que no debian ser disueltas para reclutar el ejército, se reunian con el mismo objeto en Wurzburg, Hanau y Maguncia. El cuidado que se tomaba Napoleon por recomponer en Augsburgo al 65, se lo tomaba tambien en Italia para recomponer el 35.º sorprendido en Pordenona, y que se habia hecho

ilustre con su heroísmo en aquella desgraciada ocurrencia. Contando con poder sacar de los depósitos de Italia, gracias á las medidas que había prescrito, siete ú ocho mil hombres con su material correspondiente, envió el general Lemarois á Osopo, para que se ocupara en promover todo esto, pues sabía que sin un jefe especial encargado de ello espresamente, muchas veces falta la atención necesaria en los objetos mas esenciales, y que de descuidar los pormenores suelen resultar de vez en cuando catástrofes. Habiendo ya sido hecho prisionera una columna de conscriptos en el Tirol, mandó que las demas contuviesen cuatro mil hombres, cuando menos bajo el mandó de un general de brigada, y que fuesen por el camino de Carintia, el mismo que debía seguir el príncipe Eugenio en su marcha sobre Viena.

Efectivamente el príncipe Eugenio acababa de llegar á aquel camino, y el efecto moral de su reunion con Napoleon iba á compensar la impresion producida por las jornadas de Essling en ánimos prevenidos, que creían en nuestros reveses porque los deseaban.

El virey había tomado el camino de Carintia en pos del archiduque Juan, y el general Macdonald el de la Carniola, tras de Ignacio Giulay, ban de Croacia, continuando esta persecucion durante los dias que trascurrieron antes y despues de la batalla de Essling, con la misma ventaja para los franceses, y las mismas pérdidas para los austriacos. El 16 de mayo consiguió el príncipe Eugenio entrar en las gargantas de los Alpes Carnicos, por delante del fuerte de Malborghetto, que interceptaba absolutamente el paso á la artillería, mientras que el ar-

chiduque Juan acampaba al otro lado, sobre la posicion de Tarvis. Se entró con bayoneta calada en la aldea de Malborghetto, y se contentó con bloquear el fuerte que impedía el paso del camino real. En seguida la infantería y la caballería dejaron atrás á Malborghetto para dirigirse hácia Tarvis, á donde llegaron sin artillería en presencia de los austriacos, que tenían mucha. Era preciso salir de semejante situacion, que podía hacerse crítica, y el príncipe Eugenio salió de ella por medio de un golpe de vigor. A fuerza de dar vueltas al fuerte de Malborghetto, se acabó por descubrir una posicion en la que se logró levantar una batería compuesta de varias bocas de fuego. Despues de batir bien el fuerte se resolvió tomarle, á pesar de las obras de relieve, y se consiguió, gracias á la osadía de las tropas que escalaron fortificaciones regulares bajo la metralla, perdiendo, cuando mas, ciento á doscientos hombres. Animados nuestros soldados con la dificultad, pasaron á cuchillo á parte de los desgraciados defensores del fuerte, hicieron prisioneros á los demas, y enarbolaron la bandera francesa en la cima de los Alpes Carnicos. Este acto atrevido ocurrió el 17 de mayo. Marchóse el mismo dia hácia Tarvis, con la artillería, á la que ningun obstáculo detenía ya, y los austriacos, que nos creían sin cañones, quisieron defender las escarpadas orillas del rio Schlitzza; pero pronto se desengañaron con la metralla que llovía sobre ellos. Acometidos vivamente por las tropas, á las que llenaban de entusiasmo las ventajas conseguidas, perdieron tres mil hombres y quince piezas de artillería. En aquel mismo momento, el general Seras, destacado hácia el camino

de Cividala, tomaba el fuerte de Predel, con igual vigor é igual éxito.

Perseguido de este modo el archiduque Juan, no podía ya penetrar en la Alta Austria, como pensó en un principio, y aun recibió la orden, cuando se le aconsejaban los archiduques poder reunirse sobre Lintz, ó sobre Saint Polten, delante de Viena. Dirigiéndose el ejército francés en su rápida marcha hacia los caminos del Tirol y la Austria Alta, no quedaba al príncipe austriaco otro partido sino encaminarse hacia Hungría, donde tenía probabilidad de prestar todavía útiles servicios, ya reforzando al archiduque Carlos, ya impidiendo que el ejército de Alemania se reuniera con el príncipe Eugenio y con los generales Macdonald y Marmont. Este último papel era el que mas convenia á la afición que tenía ó aislarse, y adquirirse de por sí una gloria en aquella guerra; pero su hermano el generalísimo, deseoso de que todo concurriera á la acción principal, ora de diferente parecer, y queria que fuera á formar detrás del Danubio en Presburgo, dejando á la insurrección húngara y al ban Giulay que dieran en que ocuparse al príncipe Eugenio, y á los generales Macdonald y Marmont. El archiduque Juan, colocado entre sus deseos personales y las instrucciones de su hermano se retiró hacia Gratz, á esperar allí las nuevas órdenes que había solicitado. Habiendo perdido en aquella campaña cerca de quince mil hombres, y dado al ban Giulay unos diez ó doce mil no le quedaban mas que quince mil al marchar sobre Gratz; pero contaba con rehacer su ejército por medio de algunas incorporaciones de tropas. Pensando no había que prometerse mucho de los tiro-

leses desde el combate de Worgel, creyó que debía retirar del Tirol al general Chasteler, que se había encerrado allí con nueve ó diez mil hombres, y al general Jellachich, que se había refugiado allí tambien con ocho ó nueve mil. Mandó, pues, á los dos que se abrieran paso por el ejército del príncipe Eugenio, arrojándose de improviso, ó sobre su vanguardia ó sobre su retaguardia, de modo que fueran á desembocar por Léoben sobre Gratz. Suponiendo que estos dos generales dejasen algunos destacamentos en Tirol, para que sirvieran de apoyo á los insurrectos, podía traer á Hungría unos quince mil hombres, que añadidos á lo que él conservaba, le formarían un cuerpo excelente de cerca de treinta mil combatientes. Con los diez ó doce mil de Giulay, con la insurrección húngara y croata, y con algunos batallones de *landwehr*, esperaba poder proporcionarse todavía unos cincuenta á sesenta mil hombres, y mantener el campo ocupando á todas las fuerzas francesas de Italia y Dalmacia.

Este era un sueño como tantos otros que no había cesado de forjar el archiduque Juan durante aquella campaña, sueño que suponía vencidas todas las dificultades que quedaban por superar para efectuar tan diversas incorporaciones de tropas, en presencia de las del príncipe Eugenio y los generales Macdonald y Marmont. Con efecto, mientras que el príncipe austriaco se había retirado sobre Gratz, enviando á los generales Jellachich y Chasteler la orden de reunirsele, el príncipe Eugenio, instado á reunirse á Napoleon al pie de los muros de Viena, había marchado hacia Léoben, siguiendo el camino real que del Frioul desemboca por la Carintia y la

Stiria sobre la baja Austria. El general Jellachich, conformándose con las órdenes que habia recibido, se apresuró á dejar el Tirol al instante, y procuró deslizarse por entre el ejército francés de Italia, ocultándose en las gargantas de las montañas, al acecho de una ocasión favorable. Llevando como llevaba consigo nueve mil hombres, podía pasar por en medio de una vanguardia, ó de una retaguardia, y bajar en seguida sobre Gratz. De este modo llegó el 25 de mayo, tres dias despues de la batalla de Essling, á la posición de San Miguel, delante de Léoben, mientras que el príncipe Eugenio se hallaba algo á la derecha por la parte de Gratz, á donde se habia dirigido para observar la marcha del archiduque Juan hácia Hungría. Las patrullas de caballería manifestaron bien pronto á unos y otros el descubrimiento que acababan de hacer, y separado Jellachich del archiduque Juan por el príncipe Eugenio, no halló medio de evitar el combate. Tomó posiciones en las alturas de San Miguel cerca de Léoben, lisonjeandose, gracias á los sitios, poder resistir á fuerzas infinitamente superiores; pero el ejército del príncipe Eugenio, que aun despues de haber destacado al general Macdonald no bajaba de treinta y dos á treinta y tres mil hombres, y que, por otra parte, estaba de nùmen en esto de alcanzar triunfos y cometer actos de temeridad afortunados, no podia en manera alguna detenerse delante de un cuerpo tres veces menos numeroso que él. Era preciso atravesar un rio, y luego trepar montañas para embestir á los nueve mil hombres de Jellachich; pero todo esto se ejecutó con una audacia extraordinaria, á pesar del fuego de fusilería y la metralla, y rotas las tropas de Je-

lachich, perdió en unas cuantas horas cerca de dos mil muertos y heridos, y cuatro mil prisioneros. Mucho trabajo le costó, dispersándose en todas direcciones, y á favor de un país adicto enteramente al Austria, salvar tres mil hombres que condujo hácia Gratz al archiduque Juan.

Menos probabilidades habia aun respecto á la reunion del general Chasteler, quien no podia llevar mas de cinco ó seis mil hombres, despues de los destacamentos que dejaba en el Tirol, y que debia encontrar definitivamente ocupado por los franceses el camino de Carintia y Estiria. El archiduque Juan, veia pues, que sus fuerzas ascendian á diez y ocho mil hombres cuando mas con la reunion de los restos del general Jellachich, y no sabia todavia lo que sucederia al ban Giulay, que con su destacamento y los croatas insurreccionados tenia que habérselas con los generales Macdonald y Marmont. Creyendo prudente acercarse á Hungría, puso guarnicion en la fortaleza de Gratz, y se dirigió hácia el Raab, esperando siempre órdenes de su hermano el generalísimo, y dejando al victorioso príncipe Eugenio marchar sobre Viena, á donde ningun obstáculo podia impedirle llegar, puesto que el destacamento del general Lauriston estaba en Bruck para darle la mano. Efectivamente, en las cercanías de Bruck se reconocieron las vanguardias francesas, abrazáronse, y desde entonces quedó consumado el hecho tan importante de la reunion de los ejércitos de Italia y Alemania.

No menos afortunadamente habia marchado el general Macdonald hácia el camino que va de Udino á Laybach, con los 16 ó 17 mil hombres que se le habian confiado. Pasó el Isonzo, dió la vuelta al

fuerte de Prevald que mandó derribar de paso, y fué á desembocar á Laybach, apoderándose de un batallon entero que encontró en el camino: durante este tiempo un destacamento suyo ocupaba á Trieste. Al llegar delante de Laybach, despues de haber recogido muchos prisioneros, el general Macdonald se halló allí con un vasto campo atrincherado, construido á mucha costa, y defendido por una fuerte columna de tropas que hacía fuese casi imposible el tomarlo. El general francés vacilaba entre si lo atacaria ó no con las fuerzas que tenia, temiendo debilitarse por medio de una tentativa infructuosa, y no poder en seguida mantener el campo. Iba pues á pasar adelante, teniendo como tenia prisa de reunirse al príncipe Eugenio, cuando, asustado el comandante, le dirigió proposiciones de entrega. El general Macdonald las aceptó, y de este modo hizo de paso cuatro ó cinco mil prisioneros, ocupó las excelentes obras de Laybach y llegó al camino de Gratz, donde esperaba encontrar al grueso del ejército de Italia, el 30 de mayo, habiendo atravesado con fortuna una vasta estension de terreno, y llevando por delante de siete á ocho mil prisioneros recogidos en Prevald, en Laybach, y por el camino. En Gratz se detuvo esperando ordenes del virey y envió patrullas á los caminos de la Carniola para adquirir noticias del general Marmont, quien, por lo demas teniendo como tenia consigo diez mil soldados y de los mejores, nada podia temer de las tropas del ban Giulay, y de los pelotones de insurrectos esparcidos en su camino.

En esta reunión de fuerzas que proporcionaba á Napoleón cerca de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres de refuerzo, y cuando mas de quince

á diez y ocho mil al enemigo, tenia aquel un medio seguro de vengarse de las jornadas de Essling. Queriendo indemnizar á su hijo adoptivo del perjuicio que habia podido causarle la jornada de Sacila, teniendo gusto en recompensarle por sus triunfos durante su marcha de Verona á Léoben, y dando sobre todo gran importancia á la publicacion de las preciosas ventajas que debian resultar de la reunion de todos los ejércitos franceses, redactó una brillante orden del dia, en la cual pagó al ejército de Italia un justo tributo de elogios, y espuso sus altos hechos de armas con cierta exageracion, que no distaba mucho, por otra parte, de la verdad, pues desde Verona el príncipe Eugenio y el general Macdonald habian arrebatado al enemigo (1) entre muertos, heridos y prisioneros, nada menos que veinte mil hombres, contra cuatro ó cinco mil, cansados ó heridos que se habian dejado en el camino.

Suponiendo que el príncipe Eugenio pudiera suministrar treinta mil hombres vivos y efectivos y

(1) Preciso es que sea así para explicar y justificar el aserto de los narradores austriacos, los cuales no dan arriba de doce mil hombres al archiduque Juan cuando llegó Gratz, mientras que seguramente tenia cuarenta y tantos mil hombres al pie de los muros de Verona. Con el destacamento del ban Giulay, no le quedaban mas que veinte ó veinte y cuatro mil: no hay, pues, exageracion en la valuacion de las pérdidas que damos aquí, despues de haber atenuado en mucho los partes del príncipe Eugenio y el general Macdonald, partes llenos, por lo demas, de notable modestia, y que forman singular contraste con los relatos fastuosos de los generales austriacos.

el general Macdonald quince mil, era, sin contar el general Marmont, á quien se podía dejar en caso necesario en Estiria ó en Hungría, una fuerza de cuarenta y cinco mil hombres, ó de cuarenta mil cuando menos, la que se añadía al ejército francés al pie de las murallas de Viena. Agregándolos á las cien mil que debían proporcionar la reunion del mariscal Davout, el mariscal Massena, el general Oudinot, la reserva de caballería, la guardia imperial y los sajones, Napoleon iba á tener á mano, aun antes que llegaran sus refuerzos, la enorme masa de ciento cuarenta mil hombres, muy suficientes para dar una batalla decisiva allende el Danubio. No se hallaba el archiduque Carlos en situacion de reunir otro tanto, ni de tan buena calidad, aunque tuviera el talento, y no era de presumir en él de manera alguna, de reconcentrar sus fuerzas el día de la batalla, como estaba seguro que sabría hacerlo Napoleon, cuando llegase el momento oportuno. Tenía, pues, Napoleon medio para acabar la guerra, así que estuviesen concluidos los inmensos preparativos que se hacían para pasar el Danubio. Sin embargo, resuelto esta vez á pujar sobre seguro, no quería dar aquella accion decisiva, que debía ser la postrera, sino cuando por una parte se hubiese dominado el Danubio con obras de completa solidez, y por otra el príncipe Eugenio y los generales Macdonald y Marmont, estuvieran dispuestos á concurrir directa ó indirectamente á las operaciones delante de Viena.

A este fin iban encaminadas todas las instrucciones que dió al príncipe Eugenio, á quien dirigió, así que lo tuvo á su alcance, como á un hijo, como á un discípulo, cuyo talento tenía gusto en

hacer brillar, impaciente por asegurar su cooperación en los grandes sucesos que se preparaban. «Ahora debeis proponeros varios objetos, le escribió en una serie de cartas admirables: el primero es, acabar de perseguir al archiduque Juan, á fin de que no quede en la derecha del Danubio ni en la frontera de Hungría ningun peloton de tropas capaz de inquietarnos, mientras que maniobremos alrededor de Viena; el segundo, hacer retroceder á este príncipe hacia el Danubio, y obligarle á tener que pasar el rio en Kollomorn mas bien que en Presburgo, de manera que siendo lo mas estenso posible el arco que describa, tenga menos probabilidad que vos de hallarse presente en la próxima batalla; el tercero, separar al archiduque Juan de Chasteler, Giulay, y cuantos puedan engrosar su peloton mientras que vos al contrario, haced que os reunan Macdonald y Marmont; el cuarto, por último, ocupar la orilla del Raab, rio que desaguando en el Danubio cerca de Komorn, forma una barrera, con la cual se puede estar á cubierto contra la Hungría, y apoderarse para esto de la plaza de Raab, que domina este rio hacia su embocadura, y de la ciudadela de Gratz que la domina cerca de su nacimiento, de modo que unos destacamentos dejados en esa línea puedan defenderla, mientras que, ocultando su marcha á los ojos del enemigo el ejército de Italia, venga á formar al pie de los muros de Viena una de las alas del ejército grande.» Estos eran los objetos principales que Napoleon señalaba al príncipe Eugenio, designándole como objetos accesorios que aprovechará para sí y para el ejército grande los vastos recursos que ofrecía Hungría en granos, forra-

ges, ganado, caballos y material de navegacion. Respecto á la ejecucion de estos designios, le encargó Napoleon, que despues que concediera algun descanso á sus tropas, dejara destacamentos en Klagenfurth y Léoben á fin de escalonar su camino, dirigiéndose luego sobre OEdemburgo al O del lago de Neusiedel, donde debia encontrar al general Lauriston con los badenses, y la caballeria de Colberg y de Montbrun, lo cual iba á proporcionarle un refuerzo de tres mil infantes y cuatro mil caballos; que se trasladara en seguida sobre el Raab, esplorara el terreno hasta mas allá de este rio, para saber á punto fijo que marcha seguiria el archiduque Juan, y una vez bien enterado, maniobrara siempre de tal manera que colocara á este principe entre el mariscal Davout que andaba hácia Presburgo, y el ejército de Italia, para impedir cayera sobre Macdonald ó sobre Marmont; que mantuviera reunidas sus fuerzas á fin de tener á mano treinta mil hombres, y treinta y seis mil con Lauriston, cuando volviera á luchar con el archiduque Juan; que apresurara la toma de Gratz, y la reunion de Macdonald y Marmont; que vigilara con cuidado hácia su espalda, á fin de coger á Chasteler como se habia cogido á Jellachich al salir del Tirol; que dirigiera á Viena, ó volviera á enviar á Osopo, toda la gente enferma y herida que no se hallase en estado de entrar en las filas; que formara grandes acopios de víveres, y á la mitad del camino de Viena, espidiera los arcones del ejército de Italia que estuviesen vacios, para que el parque general los llenara de municiones, y, por último, que estuviera siempre dispuesto, sea á dar una nueva batalla contra el ar-

chiduque Juan, sea á concurrir con los generales Macdonald y Marmont á la gran batalla que iba á darse en las orillas del Danubio contra todas las fuerzas de la monarquía austriaca. Napoleon prescribia ademas al principe Eugenio que mirara con contemplacion á los húngaros si se mostraban pacíficos y benévolos con los franceses, y si no que los sometiera á las condiciones ordinarias de la guerra, es decir que viviera sobre el país, pero tratándolos en todos los casos con mas miramiento que á los austriacos. Efectivamente, los húngaros merecian esta diferencia de tratamiento, porque no manifestaban á los franceses la misma animosidad que los demas subditos de la casa de Austria, y aunque mas de una vez habian dado pruebas de adhesion á esta casa, eran sin embargo, contrarios al ejercicio directo de su autoridad, y veian en Napoleon al representante de la revolucion francesa, revolucion que habia escitado en ellos mucha simpatía. Habíase ademas esparcido por el país una voz vaga sobre que Napoleon pensaba en la emancipacion de la Hungría lo mismo que en la de Polonia, y los hombres cuyo espíritu propendia á las ideas nuevas, habian manifestado en su favor una especie de inclinacion, independiente de la admiracion que á todo el mundo causaba su prodigiosa carrera. No obstante, las instancias del archiduque palatino, la presencia de la corte, y la accion que esta ejercia en la alta nobleza, contrabalancearon las influencias opuestas, y Hungría se habia alzado á la voz de los archiduques, pero, segun informes, no tanto por entusiasmo como por cálculo. A creer informes so pretesto de levantarse en masa, querian exceptuarse de las cargas regu-

lares que en hombres y dinero hubieran pesado sobre ella, de haber sido tratada como las demas provincias de la monarquía. Preciso es reconocer que con el alzamiento en masa no habia suministrado arriba de unos veinte mil hombres, de ellos siete ú ocho mil de caballería noble, y doce mil de mala infantería, compuesta de alemanes pagados por los nobles como substitutos en el contingente de la insurrección.

Conociendo Napoleon estas disposiciones ambiguas habia dirigido á los húngaros proclamas amistosas, prometiéndoles en tiempo de paz independencia, y durante la guerra exención de toda especie de carga, si renunciaban á tomar las armas contra él. El efecto de estas proclamas fué, no separarlos de la casa de Austria, pero si entibiar su celo por el gobierno austriaco y predisponerlos á acoger á los franceses con menos hostilidad.

A este estado de cosas es á lo que se referian las instrucciones que Napoleon dió al príncipe Eugenio tocante á Hungría, instrucciones sumamente acertadas, lo mismo que todas las que acerca de la guerra dirigia diariamente á aquel príncipe. Este, como se verá, las siguió lo mejor que pudo con arreglo á su capacidad, y poco mas ó menos tan bien como podia desear Napoleon para el resultado general de la campaña.

Situado en Neustadt y luego OEdemburgo en los primeros dias de junio, á unas cuantas jornadas de Viena, y hácia la frontera de Hungría, el príncipe Eugenio dió descanso á su ejército, acercó á sí los diferentes cuerpos de que se componia, y reunió á los generales Lauriston, Colbert y Montbrun. Luego, fiel cumplidor del plan que le habia

trazado Napoleon, se dedicó á averiguar el paradero del archiduque Juan, procurando colocarle entre el mariscal Davout, y el ejército de Italia, con la intencion siempre, de impedirle se arroja sobre los generales Macdonald y Marmont. Asi que supo que archiduque estaba en Kormond hácia la parte alta del Raab, á donde debian llegarle las nuevas órdenes del generalísimo, marchó hácia Guns, y luego hácia Stein-am-Anger, á fin de alcanzarle y combatirle. Al mismo tiempo participó su posicion y sus proyectos al general Macdonald, para que este pudiera reunirse lo mas pronto posible. El general Macdonald se habia detenido en Gratz esperando al general Marmont, y procurando apoderarse del fuerte de Gratz, que dominaba la poblacion y de consiguiente la comarca; pero este fuerte, bien armado, y situado de un modo que era muy difícil atacarlo, no podia ser sitiado sino con artillería gruesa, de la que el general Macdonald carecia absolutamente. Trató de batir las murallas con obuses, y luego de asustar al comandante con amenazas, mas todo era inútil: éramos, pues, dueños de la poblacion, y hubo que bloquear la ciudad que constituía su principal fuerza. El general Macdonald, así que recibió las comunicaciones del príncipe Eugenio, se apresuró esperando de participar de las operaciones que se preparaban á ponerse en camino con la division Lamarque, los dragones de Pully, dos batallones de la division Broussier, y la mayor parte de la artillería. Al general Broussier lo dejó delante de Gratz, con ocho batallones solamente, dos regimientos de caballería lijera, y diez piezas de campaña, encargándole cuidara de llevar á cabo lo que

debía haber ejecutado todo el cuerpo: tomar la ciudadela de Gratz, reunir el ejército de Dalmacia, é impedir al austriaco Chasteler que pasara del Tirol á Hungría. Por fortuna eran excelentes las tropas, y podian, como lo probaron bien pronto, resistir á fuerzas infinitamente superiores.

El general Macdonald, que salió de Kormond el 9 de junio, se reunió allí con el príncipe Eugenio hácia el Raab, donde uno y otro se alegraron en extremo de volver á verse sanos y salvos, al cabo de un mes de movimientos divergentes y peligrosos, en medio de comarcas enemigas. Lo mas sencillo hubiera sido marchar en adelante juntos para combatir al archiduque Juan, y, haciéndole sufrir el postrer descabro, llevar á los generales Broussier y Marmont el auxilio poderoso aunque indirecto de una batalla ganada á su lado, pero conociendo vagamente el príncipe Eugenio el inconveniente que resultaría de dejar solo en Gratz al general Broussier, creyó obviarlo dejando al general Macdonald solo en Papa, para que este estuviera á tiro de los generales Broussier y Marmont, con lo cual, lejos de atenuar, agravaba la falta cometida, puesto que se iba á estar divididos en cuatro destacamentos, el general Marmont con diez mil hombres, el general Broussier con siete mil, el general Macdonald con ocho, y el príncipe Eugenio con treinta. Al general Macdonald se le envió, pues, hácia Papa mientras que el príncipe Eugenio de Stein-am-Anger sobre Sarbar, bajaba el Raab en pos del archiduque Juan, con veinte y nueve ó treinta mil hombres de su ejército, y de seis á siete mil del destacamento de Lauriston.

Durante estas marchas del virey, el archiduque

Juan despues de vagar entre el Muhr y el Raab, ejecutando sus movimientos con menos precision y exactitud aun que su contrario, acabó por ceder á las repetidas órdenes del generalísimo, y aproximarse al Danubio. Su deseo, como se ha visto, hubiera sido obtener facultad para obrar aisladamente en la frontera de Hungría, reunir á las suyas las tropas de los generales Chasteler y Giulay, arreglarse de este modo un cuerpo de ejército de cincuenta á sesenta mil hombres, comprendiendo la insurreccion húngara, batir por turno á Eugenio, Macdonald y Marmont, y, en fin, ir á situarse en la derecha descubierta de Napoleon, para clavarle por el costado la punta de la espada. No hay duda que de haber sido segura semejante serie de hechos afortunados, ó solamente probable, valía la pena de imponerse sacrificios para procurársela, pues privando á Napoleon de los cincuenta mil buenos soldados que le llegaban de Italia y Dalmacia, y amenazándole además por la derecha y la retaguardia, se le reducía á la imposibilidad de intentar nada decisivo alrededor de Viena y de reparar el primer paso del Danubio con otro mas feliz. Empero para obrar como lo proyectaba el archiduque Juan, era menester un acierto, una rapidez en las maniobras, que no debía esperarse sino del capitán mas hábil, de las tropas mejores; y puesto que no se podia contar con ello en manera alguna, valia mas limitarse á molestar á Napoleon ostigando su derecha con las insurrecciones húngaras y croatas, y disponer de los diez y ocho ó veinte mil hombres que quedaban al archiduque Juan, para estar en situacion de dirigirse hácia Viena á la primera indicacion. Repetidas veces

pues se había mandado al príncipe austriaco dejara al general Stoichevich, al ban Giulay y á Chasteler, que acosasen á Napoleon hácia Húngria, pusiera una guarnicion en Presburgo, y se situara en seguida con las mejores tropas de Italia detrás del Danubio, para concurrir á la lucha, que tarde ó temprano debia trabarse otra vez en las márgenes de aquel gran río.

Obligado por órdenes tan positivas, el archiduque Juan se había visto precisado á acercarse al Danubio, lo cual hizo siguiendo los bordes del Raab por Kormond, Sarvar, Papa y la misma poblacion de Raab. Esta poblacion fortificada, pero descuidada desde hácia mucho tiempo, y pobremente armada en aquel momento, estaba situada en la orilla del mismo nombre, no lejos de su desembocadero en el Danubio, entre Presburgo y Komorn, y un campo atrincherado tenía enlace con la plaza, ofreciendo una buena posicion sobre el Raab. Al archiduque Juan se le había reunido allí su hermano el archiduque palatino con las fuerzas de la insurrección húngara, y los dos príncipes podian presentar á los franceses cerca de cuarenta mil hombres, la mitad de los cuales eran tropas regulares llegadas de Italia y el Tirol, y la otra mitad tropas apenas formadas de la insurrección húngara. Estas se dividian en doce mil hombres de infantería, la cual era una especie de revoltillo de todas las poblaciones magyares ó alemanas del país, y en ocho mil hombres de caballeria noble, poco acostumbrada á las rudas guerras de aquella época. Con estos cuarenta mil hombres, tan desiguales en calidad fué con lo que quisieron los dos archidukes hacer frente otra vez al príncipe Eugenio, an-

tes que abandonarle la orilla derecha del Danubio, y retirarse á la orilla izquierda.

Ya en los días 12 y 13 de junio fueron ostigados por el príncipe Eugenio, y el 13 por la tarde se apostaron alrededor de Raab, seguros de tener á la mañana siguiente una accion muy reñida sino consentian en batirse en retirada. Pareciéndoles ventajosa la posicion, se establecieron en la meseta de una colina, apoyada la derecha en el río Raab, vuelta la espalda al Danubio que corria unas cuantas leguas detrás, y la izquierda en unos pantanos que se estendian á lo lejos. La tarde del 13 y la mañana del 14 las emplearon en rectificar su posicion, y sobre todo en mezclar unas con otras las tropas regulares y las de la insurrección, para que las primeras diesen á estas la debida consistencia. En ello siguieron una orden formal del archiduque Carlos, orden muy acertada, pero que en aquella ocasion les hizo perder mucho tiempo, de suerte que no estuvieron dispuestos para combatir hasta las once de la mañana del 14.

Afortunadamente para ellos, el príncipe Eugenio, aunque marchaba con muy buenas ganas de alcanzarlos, no estaba tampoco en situacion de poder acometerlos antes de las once y media.

Lo mismo que los dos príncipes austriacos, había costeadado las orillas del Raab, río que corre casi perpendicularmente al Danubio, y que en lo alto de la poblacion solo dista de él unas cuantas leguas. Avanzaba dando la izquierda al río, donde los austriacos tenían su derecha, y dando la derecha á la pantanosa llanura en que los austriacos tenían su izquierda. Marchaba en varios escalones, formando el primero á la derecha la division Se-

ras, el segundo en el centro la division Durutte, y el tercero á la izquierda la division italiana Severoli. La division Paethod y la guardia italiana colocadas detrás componian una doble reserva, y la caballería estaba repartida en las alas. Esta disposicion la exigia la naturaleza de los sitios y la distribucion de las fuerzas enemigas en la meseta que se iba á atacar. En la pantanosa llanura y á nuestra derecha se descubria la caballería húngara en masa, presentando cerca de siete á ocho mil giacetes, de un aspecto brillantísimo, pero no tan terribles como vistosos. Sosteníanles los húsares, no tan brillantes pero experimentados en la campaña de Italia, á las órdenes todos del general Meuzery. Algo menos á la derecha, y tirando hácia el centro, detrás de un arroyo fangoso, se veia á la infantería de Jellachich y Colloredo, ocupando los edificios solidísimos de una gran hacienda de campo llamada Kismegyér, y de la aldea de Szabadhegy. Por último, de esta última aldea al Raab, es decir, hácia nuestra izquierda, se divisaba la infantería de Frimout, que formaba hácia el rio y el campo atrincherado la derecha de los austriacos. Cuatro ó cinco mil hombres, no tan buenos soldados como los demas, defendían aquel campo atrincherado que bloqueaba el general Lauriston con los bádeuses.

El príncipe Eugenio, despues de ponerse de acuerdo con los generales Grouchy, Montbrun, Grenier, Seras y Durutte, convino en tomar las disposiciones siguientes. Mientras que la caballería de Montbrun desplegada en batalla ocultaría los movimientos de nuestra infantería, avanzando por escalones las tres divisiones Seras, Durutte y

Severoli, debian atacar por turno la granja de Kismegyér y la aldea de Szabadhegy, embistiéndoles por uno y otro lado. La division Paethod y la guardia italiana, que quedaban de reserva, estaban encargadas de apoyar el escalon que necesitase auxilio. Grouchy y Montbrun en la derecha debian caer sobre la caballería enemiga, mientras que Sahuc en la izquierda ligaria el ejército con el destacamento de Lauriston. El príncipe Eugenio, conociendo entonces, pero algo tarde, lo acertado de los consejos de Napoleon, envió ayudantes y mas ayudantes de campo al general Macdonald para que le llevase de Papa los ocho mil hombres que tan bien le venían en aquel momento, pues solo tenia treinta y seis mil contra cuarenta mil situados en una fuerte posicion. Y eso que Napoleon le habia estado repitiendo sin cesar que aun con las mejores tropas era preciso para no dejar nada á la casualidad maniobrar de modo que se fuese mayor en número que el enemigo en el terreno en que se diesen las batallas. Por fortuna Macdonald, previendo que podria ser útil en Raab, mientras que en Papa nada hacia ni en favor de Broussier ni en favor de Marmont, se habia puesto espontáneamente en camino, y ya se le veia á lo lejos precedido por los dragones de Pully. Habia allí, pues, un recurso contra una desgracia, poco probable, pero posible.

A eso de medio día púsose en movimiento nuestro ejército para atacar la posicion enemiga. No estando aun en línea la division Seras, encargada de formar el escalon mas avanzado á la derecha, Montbrun desplegó sus cuatro regimientos de caballería lijera, y bajo un fuego violento de artillería, hizo con una sangre fria admirable las mismas evoluciones

que hubiera podido hacer en un campo militar. Luego, cuando la infantería de Seras estuvo en línea y le pareció oportuno acometer á la caballería húngara, salió á galope con sus regimientos y cayó sobre la brillante nobleza que, aunque vacilando, había ido á socorrer á la casa de Austria. Por muy valiente que sea una nación, nada suple en ella el hábito y la experiencia de la guerra. En un instante se dispersó aquella tropa ante la caballería ligera de Montbrun, acostumbrada á andar á sablazos aun con coraceros, y dejó descubierta la izquierda de los austriacos. Quedaban los husares regulares del archiduque Juan, que eran dignos de medir sus armas con los nuestros: cargaron, pues, á Montbrun, pero éste les devolvió al punto la carga, y los obligó á replegarse sobre su cuerpo de batalla.

Durante este tiempo, la infantería de Seras, formada en dos filas, había llegado á la meseta que ocupaban los austriacos, dirigiéndose hácia la hacienda de labor de Kismegyer. Antes de llegar á ella, se encontró el arroyo fangoso que cubria la posición del enemigo, y vió que era mas difícil de pasar que lo que se había supuesto al principio, pues tenía profundidad, presentaba poca entrada y estaba defendido por valientes y diestros tiradores. Sin embargo, se consiguió atravesarlo y se marchó sobre el vasto edificio cuadrado que componia la hacienda de Kismegyer, cuyas paredes tenían almenas y estaban defendidas por doscientos hombres de la mejor infantería. Mientras que Seras iba á embestir á aquel obstáculo temible, Durutte con su infantería, formando el segundo escalon, llegaba también al arroyo, lo pasaba, trepaba á la meseta bajo una lluvia de proyectiles, y acometía por

la derecha á la aldea de Szabadhegy, á la que la división italiana Severoli acometía igualmente por la izquierda. En aquel instante se peleaba en toda la línea, y la artillería de los austriacos, unida á su fusilería, hacia sobre nuestras tropas un fuego de los mas mortíferos. El príncipe Eugenio, corriendo de un extremo á otro del campo de batalla, prodigaba su vida como oficial valiente que era, ganoso de compensar con su bravura lo que todavía le faltaba bajo el aspecto del mando.

El general Seras así que se acercó mucho á la hacienda de Kismegyer, sufrió por todas las troneras un fuego tan terrible de fusilería, que en unos cuantos minutos quedaron tendidos en tierra de setecientos á ochocientos hombres, entre ellos unos sesenta oficiales, hasta tal punto, que si sus tropas no temblaron se sobrecogieron á lo menos algo, y fué menester socorrerlas para que recobrasen su ardor y su confianza. El general Seras replegó la primera fila sobre la segunda, y luego así que sus valientes soldados tomaron aliento, los volvió á llevar espada en mano hácia el obstáculo formidable de donde salia un fuego tan destructor. A pesar de las descargas repetidas de la fusilería enemiga, fué á aplicar el hacha de los zapadores sobre la puerta del edificio, las derribó, y entrando con bayoneta calada, vengó en los infelices defensores de la hacienda de Kismegyer la muerte de los setecientos ú ochocientos hombres que habían perecido al pie de sus paredes. Despues de pasar á cuchillo unos cuantos centenares de enemigos, se apoderó de los demas y marchó sobre la izquierda de la línea austriaca, que replegándose á la cima de la meseta, todavía se mantenía firme. Al mismo

tiempo Durutte trepaba á la meseta y atacaba á Szabadhegy en union con la infantería italiana de Severoli. Aqui fué tambien el combate tan obstinado como en la hacienda de Kismegyer: los austriacos se defendieron con vigor detrás de las casas de la aldea, y nos hicieron pagar caro su conquista. Replegaronse un instante, mas para volver á la carga, pues el grueso de las tropas que componian su centro y su derecha, conducido por el archiduque Juan hácia la aldea entró en ella á paso de carga y arrolló hácia el arroyo, por un lado á Durutte, y por otro á los italianos de Severoli. Replegándose la primera fila de estas dos divisiones, pasó por los huecos de la segunda sin que esta se conmoviera ó se dejara arrastrar: lejos de ello, se dirigió hácia adelante llevándose la primera fila consigo. Los generales Durutte y Severoli guiaron sus divisiones á la aldea tan disputada, y la tomaron en union con la primera brigada de la division Paethod, que habia acudido en su auxilio. Desde entonces se avanzó por derecha ó izquierda hasta mas allá de los dos puntos de apoyo de la linea enemiga que acababan de ser tomados. Había llegado el momento de que obrara la caballería, y Montbrun, Grouchy y Colbert, se lanzaron á cortar la retirada á los austriacos que procuraban llegar al Danubio. Montbrun desbarató varios cuadros é hizo muchos prisioneros; pero sin embargo, se detuvo al ver la actitud del ejército austriaco, que se retiraba en masa y en buen orden. En la izquierda, el 8.º de cazadores de la division Sábue, que estaba delante del resto de su division, se precipitó con un ardor extraordinario sobre la derecha de los austriacos en el momento en que se aleja-

ba de Raab, y rompió cuanto halló en su camino. Ya habia hecho deponer las armas á muchos miles de infantes enemigos y apoderándose de una numerosa artillería, cuando conociendo los austriacos que no tenia quien le apoyara, volvieron de su turbacion, hicieron fuego sobre él, é iban á maltratarle gravemente si el resto de la division Sábue conducido tardiamente por su general, no hubiese ido á sacarle del trance. Aquel valiente regimiento conservó no obstante mil quinientos prisioneros y algunos cañones y banderas.

Viendo los archiduques que la batalla estaba perdida del todo, ordenaron al fin la retirada, la cual gracias al terreno y á la obscuridad no fué tan desastrosa como podian temer, y se efectuó por Saint-Irany, hácia las tierras inundadas del Danubio. Aquella jornada que, con respecto al príncipe Eugenio y el ejército de Italia, reparaba gloriosamente la derrota de Sacila, nos costó dos mil hombres entre muertos y heridos, y á los austriacos unos tres mil hombres fuera de combate, dos mil quinientos prisioneros, y dos mil soldados estraviados. Por lo demas, nos libertaba del archiduque Juan y el archiduque palatino, aseguraba la reunion de los generales Broussier y Marmont, y no nos dejaba espuestos en la orilla derecha sino á correrías de húsares, correrías poco temibles, á las que bastaria oponer algunos destacamentos de caballería. Macdonald llegó á la caída de la tarde, para abrazar en el campo de batalla al jóven príncipe en cuyos triunfos se interesaba vivamente.

Mientras que en aquel punto se ejecutaba el plan de Napoleon, á escepcion de alguna leve falta en los pormenores, de un modo tan conforme

á su modo de pensar , tambien se realizaba la reunion de los generales Marmont y Broussier , á pesar de algunos contratiempos , hijos unos de las circunstancias , y otros de malas combinaciones que á la distancia en que se hallaba Napoleon , no podia corregir á tiempo. El general Broussier , que quedó solo en Grätz , hubiera estado muy comprometido si sus tropas no hubiesen sido de las mas sufridas y valientes. Despues de empezar por batir con obuses la ciudadela de Gratz , sin conseguir someterla , viendo que el comandante se mostraba resuelto á no ceder sino ante un ataque formal , tomó sus disposiciones para seguir siendo dueño de la poblacion , independientemente de la ciudadela , y para mantener el campo á lo lejos , á fin de tender la mano al general Marmont que se acercaba. Hizo varias escursiones hácia la Croacia , en la direccion que seguia el general Marmont , hasta doce y quince leguas de distancia , y cada vez que esto sucedia , con cinco ó seis mil hombres trababa contra el ban Giulay combates parciales , en los que lo derrotaba completamente ; pero como de este modo siempre se alejaba de Gratz , no pudo guardar suficientemente los caminos del Tirol , y el general Chasteler , atravesando los puestos del ejército de Italia , llegó á Hungría con cuatro ó cinco mil hombres , más felizmente con mucho que el general Jellachich. A todo esto , el general Marmont , que se habia detenido algunos dias al saber los descalabros del ejército de Italia , prosiguió bien pronto su marcha , avanzó hasta cerca de Gratz con tanta prudencia como atrevimiento , y dió aviso de su próxima llegada al general Broussier. Este asi que recibió la noticia se apresuró á bajar por

el Muhr , con la esperanza de reunirse al general Marmont en Kalsdorf , dejando dos batallones del 84.º en un arrabal de Gratz para guardar la poblacion ; pero mientras bajaba por la márgen derecha del Muhr , el ban Giulay subia por la izquierda á la cabeza de quince mil hombres , la mitad de tropas regulares , y la otra mitad de la insurreccion croata , y se dirigió á acometer de improviso á los dos batallones encargados de defender á Gratz. Estos dos batallones , atacados por todo un ejército , resistieron diez y nueve horas seguidas con un valor heróico , á las órdenes del coronel Gambiu , mataron mil doscientos hombres al enemigo , le cogieron cuatrocientos ó quinientos , y dieron tiempo á que acudiera á socorrerlos el general Broussier. Efectivamente , este general , sabedor del movimiento del ban Giulay , volvió á subir precipitadamente por el Muhr , cayó sobre las tropas de Giulay , las dispersó , y libertó á los dos batallones del 84.º hasta que al fin apareció á una ó dos jornadas de distancia la vanguardia del general Marmont. De este modo aquel cuerpo de diez mil hombres , el mejor del ejército despues del que capitaneaba el mariscal Davout , se reunió con las masas beligerantes , y agregados al príncipe Eugenio los generales Marmont , Brussier y Macdonald , se vieron entonces en situacion de proporcionar á Napoleon el auxilio de todas las fuerzas de Italia y Dalmacia. Los cuerpos de Stolchevich y Giulay estaban ademas completamente dispersos , y los dos archiduques (Juan y el palatino) , habian sido rechazados definitivamente hasta mas allá del Danubio.

Habia en esto con que indemnizar á Napoleon

de las jornadas de Essling, y lo necesitaba, pues animados sus enemigos con aquellas jornadas famosas, se agitaban mas que nunca, y trataban todavía de sublevar el Tirol, la Suabia, la Sajonia, la Westfalia y la Prusia. Al esparcirse la voz de que los franceses habian sido derrotados en Essling, el tirolés Hofer y el mayor Teimer bajaron de las cumbres del Brenner, aunque estaban muy irritados contra el gobierno austriaco porque les habia retirado los dos cuerpos de Jellachich y de Chasteler. El odio que tenian á la casa de Baviera suplía su cariño entibiado para la casa de Austria, y el general bávaro Deroy, que habia quedado solo defendiendo á Inspruck, se vio asaltado en todas las alturas inmediatas por un enjambre de montañeses, malos soldados en la llanura, pero muy buenos tiradores en las montañas, y adversarios muy temibles cuando era preciso batirse en retirada. Obligado á hacerles frente por espacio de algunos dias, el general Deroy agotó casi todas sus municiones, y temiendo le faltaran, pero sobre todo verse privado de viveres de resultas del estrecho bloqueo establecido alrededor de Inspruck, se retiró con su division al fuerte de Kufstein, abandonando por segunda vez la capital del Tirol. Este acontecimiento de poca importancia en sí, causó no obstante profunda impresion en toda la Baviera, y mas que nada en la córte, que temia mucho verse obligada á evacuar otra vez á Munich. Los habitantes del Vorarlberg se mostraban tambien muy tumultuarios, y en las orillas del lago de Constanza, en el Alto Danubio, en toda la Suabia, por último, la agitacion se hacia de notar, siendo evidente que si experimentáramos un

descalabro mas efectivo que el de Essling, nos veriamos seriamente amenazados por la espalda.

Los austriacos que conocian este estado de cosas por ser los autores de él, acababan de agravarlo por medio de una disposicion peligrosísima para nosotros. Dieron al duque de Brunswick-Oels, hijo del famoso duque de Brunswick, medios para sacar un cuerpo compuesto de refugiados de todas las provincias alemanas, particularmente de prusianos. Agregáronle ademas algunas tropas regulares y algunos *landwehr*, formando un total de ocho mil hombres poco mas ó menos, y lo dirigieron de Bohemia á Sajonia, esparciendo antes las voces mas falsas sobre la victoria que sostenian se habia conseguido contra los franceses en Essling. Al mismo tiempo dirigieron otro cuerpo de cuatro mil hombres, mitad tropas regulares y la otra mitad *landwehr* de Bohemia hácia la Franconia, sembrando las mismas voces por el camino. El primer cuerpo avanzó de Praga hácia Dresde, donde entró sin disparar un tiro, despues de obligar, con solo accearse, á la córte de Dresde á que se refugiara en Leipsick. El segundo marchó de Egra sobre Bayreuth, aprovechandose de la desnudez de fuerzas en que habia dejado la guerra del Danubio á nuestros aliados de la Baviera y el Wurtemberg. Era su plan penetrar hasta la Turingia, reunirse allí en un solo cuerpo á las órdenes del general Kienmayer, y entrar en Westfalia para espulsar al rey Gerónimo. Asi es que asustado este del peligro que le amenazaba, se apresuró á pedir á París recursos que no existian, y sus gritos de socorro acabaron por causar allí una alarma.

La aparicion de estas diversas columnas escita-

ron viva agitación en Alemania, pero sin provocar en ella, no obstante, ningún movimiento insurreccional, á pesar de cuanto se habian prometido los austriacos, porque aun estaba intacto el prestigio de Napoleon, se miraba como cosa difícil derribar su poderlo, y al mismo tiempo que difundian la voz de que estaba vencido, no estaban bastante persuadidos de ello para atreverse á tomar las armas. El ejemplo de lo que acababa de suceder al mayor Schill no era para tentar á nadie. Este osado partidario, creyendo que obedecía al pensamiento secreto de su gobierno, desobedeciendo sus órdenes patentes, habia salido de Berlin, como se ha visto, con un cuerpo de caballería prusiana, y se puso á recorrer el campo, en la esperanza de que arrastraria tras sí al ejército y las poblaciones. Bien acogido por todos, sin que nadie le siguiera, y aun desconcertado con las declaraciones severas salidas de Koenigsberg, huyó á Mecklemburgo, luego á Pomerania, y sorprendió la mal guarnecida plaza de Stralsund, con la intención de sostener allí un sitio. Acometido á poco por un cuerpo holandés, y aun por un cuerpo danés, que quiso dar á Napoleon esta prueba de adhesion, no pudo defender una plaza fuerte con caballería, y al tratar de escaparse por una puerta, mientras que las tropas holandesas entraban por la otra, cayó muerto de un sablazo que le dió un soldado de caballería holandés. El infeliz, victima de su desenfrenado patriotismo, vió al morir cogida, destruida ó dispersada su tropa. Este era el único fruto que hasta entonces habian producido las insurrecciones alemanas; pero no por eso estaban menos exasperados los corazones, y no faltaba mas, sino un des-

calabro real y efectivo, para que los pueblos intimidados todavía, estallase de un extremo á otro del continente.

En Polonia, hábilmente conducida la campaña por el príncipe Poniatowski, tuvo resultados inesperados, si bien poco decisivos. Al entregar la orilla izquierda del Vistula á los impacientes austriacos, que, no contentos con ocupar á Varsovia, habian tenido la imprudencia de bajar hasta Thorn, aquel príncipe se reservó la orilla derecha, los rechazó cuantas veces quisieron atravesarla, y luego subió hasta Galicia, para despertar el espíritu de insurreccion que fermentaba sordamente en aquella provincia polaca. Efectivamente, al aparecer él alzaronse parte de los gallicianos, y le ofrecieron víveres, municiones y gente. De este modo entró en Sandomir, y aun amenazó á Cracovia, viéndose obligado el archiduque Fernando á retroceder de resultas de las operaciones del príncipe Poniatowski, y á retirarse rápidamente. Hubiera podido cortársele la retirada, y aun hacer que fuese desastrosa, pasando de la orilla derecha á la orilla izquierda, para contenerle en su movimiento de retroceso, plan que se propuso un cuerpo polaco de cinco mil hombres, mandado por el general Dombrowski, pero era incapaz por sí solo de realizarlo, y corría el riesgo de dejarse destruir sin tener la probabilidad de contener al enemigo. Los rusos, al mando del príncipe de Gallitzin, que entraron en línea á últimos de junio, cuando debieran haberlo verificado en abril, podian ejecutar esta maniobra, y no dejar que volviera á Galicia ni un austriaco. El príncipe Poniatowski les suplicó que obraran así, pero halló en ellos una mala voluntad

evidente, que ya no se esplicaba por la estacion, la salida de madre de los rios, ó lo imperfecto de la administracion rusa. El verdadero motivo de su inaccion es que sentian tal repugnancia en destruir á los austriacos con ventaja de los polacos, que hasta desobedecian las órdenes de su gobierno. El príncipe Gallitzin, reprendido severamente por Alejandro, mostro algo menos frialdad al príncipe Poniatowski; pero nada hizo para domeñar la resistencia de sus oficiales generales, y uno de ellos, el príncipe de Gortschakoff, llegó hasta escribir que iba con la esperanza de reunirse con los austriacos y no con los polacos. Estos interceptaron la carta, y la enviaron con otras muchas á San Petersburgo. En cualquier parte donde se encontraban los puestos avanzados rusos y austriacos, se alargaban la mano prometiéndose servir juntos bien pronto. En una palabra, las divisiones rusas, que al fin habian llegado al territorio de la Galicia, no parecia sino que iban para comprimir la insurreccion galliciana, pues sorpresto de tomar posesion del pais, suprimian en todas partes las autoridades polacas recién puestas, y restablecian las antiguas autoridades austriacas.

Mientras que los rusos faltaban así á su palabra, probablemente contra la voluntad de su soberano, los polacos por su parte faltaban contra la voluntad igualmente de Napoleon, á la que se habia dado á los rusos, y anunciaban en todas sus proclamas el próximo restablecimiento de la Polonia, y eso que Napoleon les habia encargado expresamente que no hablaran sino del gran ducado de Varsovia, y no le enagenaran la voluntad de la Rusia con su lenguaje imprudente. Sin cesar les

habia estado diciendo que ya llegaria el dia en que sin faltar á sus compromisos, ni atraerse mas enemigos que los á quienes se podia combatir á un mismo tiempo, acabaria de reconstituirlos engrandeciéndolo poco á poco el ducado de Varsovia; que no podia hacerlo todo de una vez, que necesitaba para terminar su obra tiempo y ocasion, y que manifestar en aquellos momentos esperanzas, y expresar votos prematuros, era ponerle á él inútilmente en peligro, y ponerse ellos tambien. De estos consejos de Napoleon hicieron los polacos tanto caso como los rusos de los mandatos de Alejandro, aunque es preciso conocer que si á ello se hubiera dedicado con sinceridad, Alejandro hubiese podido más para con los rusos que Napoleon para con los polacos; pero era ruso tambien, y trabajar por el restablecimiento de la Polonia, ayudando á los polacos contra los austriacos, le costaba casi tanto como á sus soldados. El mismo, sin sospecharlo, era el primero que se rebelaba contra su propia politica.

Tal era la irresolucion que reinaba en toda la Europa, mientras que el archiduque Carlos y Napoleon luchaban uno contra otro al pie de los muros de Viena. Aunque en ello habia sintomas graves que deberian servir de advertencia para una politica acertada, nada habia que fuese alarmante, ni que pudiera apartar de su objeto esencial á un tan gran capitán como lo era Napoleon. Progressos ó descabros en Polonia, correrias de partidarios en Sajonia y Pomerania, y otra retirada de los bávaros en el Tirol, eran muy poca cosa. Pasar el Danubio y batir al archiduque Carlos, era la operacion decisiva que debia acabar con todas las disposiciones hostiles, aunque estuvieran

acompañadas de principios de insurrección mas ó menos alarmantes; así pues, Napoleon se inquietaba muy poco con todo eso, y solo daba importancia á lo que pasaba en torno suyo entre Lintz, Leoben, Raab, Presburgo y la isla de Lobau, limitándose á tomar un corto número de precauciones muy acertadas, muy bien concebidas, y sobre todo muy suficientes para en el caso de que saliera bien el intento de dar en Viena el golpe principal y definitivo. Envió á Milan al general Caffarelli, ministro de la Guerra del reino de Italia, queriendo reemplazar al príncipe Eugenio con una autoridad elevada, y le mandó reuniese todos los destacamentos que habia allí disponibles para bloquear el Tirol italiano, ocupando las salidas de las montañas. Ordenó al príncipe Eugenio que dejara á la division Rusca en Klagenfurth para realizar el mismo bloqueo por la parte de la Carintia. El general hávaro Deroz debia hacer otro tanto por la parte de Baviera, ocupando á Rosenheim y Kufstein, á fin de encerrar aquella especie de incendio en limites que no pudiera traspasar, sin perjuicio de ensañarse mas tarde con los tiroleses, cuando se hubiera acabado con el ejército austriaco. En cuanto á la Suabia y al Voralberg tenia Napoleon con que contenerlos en el peloton de tropas formado en Augsburgo, peloton que se componia de los dragones provisionales, el 65.º de linea, los regimientos de conscriptos de la guardia, y en fin, numerosas tropas de paso. Al general Beaumont le mandó se situara con algunas de sus fuerzas en Kempten y Lindau, á lo largo del lago de Constanza, á fin de arrollar lo que intentara desembarcar por las montañas.

El general Bourcier mandaba en Passau el depósito general de caballería, y tenia allí toda la gente á pie, los destacamentos de reclutas, y los talleres de monturas, ocupándose en comprar caballos y en poner en estado de servir á los hombres desmontados, cansados ó enfermos. Napoleon le previno se separara por un momento de aquel depósito, dejara en su lugar un hombre capaz de hacer sus veces, llevara consigo dos regimientos de dragones compuestos de dos mil caballos, el regimiento de caballería de Berg, y ademas de dos á tres mil bávaros sacados de las plazas del Palatinado, y que avanzara hácia Bayreuth. Por su parte el general Rivaud, situado en Wurzburgo á la cabeza de dos semi-brigadas provisionales, debia dirigirse de Wurzburgo sobre Bayreuth, reunirse allí con el general Bourcier, y marchar con él contra el pequeño cuerpo de tropas que acababa de salir de Bohemia. Terminada esta corta expedición, el general Bourcier tenia orden de volver á Passau para tomar otra vez el mando de su depósito de caballería. El general Rivaud debia reunirse con cuatro semi-brigadas que se hallaban en Hanau á las órdenes del mariscal Kellermann, y dirigirse hácia Sajonia contra los austriacos que habian entrado en Dresde. Napoleon escribió á París tanto al ministro de la Guerra Clarke, como al ministro de policia Fouché, reprendiéndoles severamente por los temores que con sobrada facilidad habian concebido de resultados de los acontecimientos de Dresde y de Bayreuth. Efectivamente, los ministros que habian quedado en París se conmovieron mucho al ver lo azorado que se mostraba el rey Gerónimo, y hasta llegaron á creer que la Prusia se preparaba á declarar la

guerra. «Si unas cuantas correrías insignificantes os alarman hasta ese punto, les escribió Napoleon, ¿qué hariais, pues, de sobrevenir sucesos graves, uno de esos sucesos que pueden ocurrir en la guerra sin que se sueumba? Estoy muy poco contento, añadía, al ver que los hombres que pertenecen á mi servicio, demuestran tan poco carácter, y dan la señal del terror mas ridiculo. No pueden sobrevenir acontecimientos serios sino en el teatro en que se opera, y en él estoy yo para dominarlo todo.»

Las alarmas que con tanta facilidad concebían en París eran con respecto á la política de Napoleon una crítica involuntaria que le enfadaba, y que no perdonaba ni aun en sus servidores mas adictos. Por lo demas, tenía razon en decir que nada había importante sino en el teatro de las operaciones, y que si salía victorioso en este teatro lo sería en todas partes. Así no dejaba cabo suelto para serlo pronto y por completo.

Una vez vencedor en Raab el príncipe Eugenio, rechazados allende el Danubio el archiduque Juan y el archiduque palatino, y asegurada la reunion de los ejércitos de Italia y Dalmacia, Napoleon solo tenía ya que ocuparse de un objeto, antes de dar la última batalla, cual era impedir que volviendo á pasar los dos archiduques el Danubio en Presburgo ó en Komorn, siguiesen á los ejércitos franceses de Italia y Dalmacia cuando estos fueran á combatir al pie de las murallas de Viena. Para esto era preciso interceptar á los austriacos el uso del puente de Presburgo, y además ocupar la línea del Raab, destinada á cubrirnos por la parte de Hungría, de modo que pudiera detener á los austriacos por es-

pacio de tres ó cuatro días, tiempo suficiente para ejecutar el movimiento hácia Viena de los ejércitos de Italia y Dalmacia. Los austriacos tenían además del puente de Presburgo una cabecera de puente en la aldea de Engerau, y habían conservado la plaza de Raab, despues de la victoria que el príncipe Eugenio alcanzó en la orilla del rio así llamado.

Napoleon, que había encaminado al mariscal Davout con una de sus divisiones hácia Presburgo, le señaló la tarea de tomar á Engerau y destruir no solo el puente de Presburgo, sino, si es que podía, el de Komorn, situado mucho mas abajo. Al príncipe Eugenio le comisionó para tomar la plaza de Raab, no teniendo su reciente victoria por verdaderamente fructifera mientras no proporecionara esta conquista; y con tal objeto mandó escalear en el camino de Presburgo y Raab todos los caballos de la artillería que no estaban empleados en las obras de la isla de Lobau, para que condujesen cañones de grueso calibre, y de vuelta granos, que abundaban en Hungría. No había un general menos cruel que Napoleon, pero con todo era inexorable en el cumplimiento de sus designios: mandó pues emplear medios de guerra con sumo rigor tocante á Presburgo y Raab, á fin de apoderarse de estos dos puntos. Los medios prescritos eran terribles, pero así lo exigía la salvacion del ejército y del imperio.

El mariscal Davout, situado al pie de los muros de Presburgo desde los últimos días de mayo, empezó por atacar con la division Gudin las trincheras de Engerau que servían para cubrir un puente de barcas echado delante de Presburgo, y apoyado

en varias islas. Componíanse estas trincheras de espaldones de tierra enlazados con la aldea de Engerau y defendidos por una numerosa artillería. El mariscal Davout embistió con el vigor que sus soldados sabían desplegar en todas ocasiones; pero los austriacos, que conocían cuán importante era la posición que defendían, la disputaron con igual energía, ellos perdieron de mil quinientos á mil ochocientos hombres, y nosotros ochocientos delante de aquella simple cabecera de puente. Tomadas las obras avanzadas, el mariscal Davout se hallaba al borde del río; pero la parte del puente que iba á parar á nosotros había sido replegada, y establecidas las porciones restantes entre islas atrincheradas, habría sido preciso ir conquistándolas una tras otra, operación larga y dificultosa. Empleáronse para destruir aquellas porciones de puente todos los medios imaginables: se arrojaron barcos cargados de piedras, y molinos encendidos, como hicieron los austriacos para romper nuestro puente grande, cuando las jornadas de Essling; pero el que tenían en Presburgo, obra que llevaba tiempo de hecha y al que, por otra parte, custodiaban barqueros que detenían los cuerpos flotantes que arrastraba el río, resistía á todas estas tentativas, y ni se estremecía siquiera. Entonces el mariscal Davout, de orden del emperador, dispuso baterías de cañones pedreros, obuses y morteros en la orilla del Danubio, y arrojó sobre las islas una horrible lluvia de fuego y hierro; pero los soldados austriacos soportaron aquel género de ataque con extraña resignación, y no por eso dejaron de permanecer en las islas de cuya defensa estaban encargados. Fuera de sí Napoleon con aquella resis-

tencia, mandó se hiciese una intimación á la ciudad de Presburgo, y que si se negaba ó á rendirse, ó á lo menos á destruir su puente, se la arruinara hasta los cimientos. El mariscal Davout, que era un hombre de bien á carta cabal, pero un militar implacable, empezó sin titubear á poner en ejecución aquella orden cruel. Despues que dirigió la correspondiente intimación al general Bianchi, comandante de Presburgo, dió la señal de hacer fuego, y en unas cuantas horas arrojó una cantidad innumerable de bombas sobre la malhadada ciudad condenada á sufrir todos los horrores de la guerra. Luego que vió ardía la ciudad por varios puntos, volvió á hacer otra intimación al comandante, pidiendo únicamente aquello de que no podía apartarse: la destrucción del puente. El general Bianchi respondió que siendo necesaria la conservación del puente para la defensa de la monarquía austriaca, la ciudad de Presburgo todo lo sufriría primero que consentir en las condiciones que se le imponían en pago de su salvación. El mariscal Davout volvió á dar principio á sus rigores, pero viendo no producirían ningún resultado, pues el general austriaco se obsinaba en su resistencia, se dejó llevar al fin de un impulso de humanidad, y recurrió á medios diferentes para reducir á la nulidad las comunicaciones de una orilla á otra. Así como así, ¿qué es lo que se necesitaba para conseguir el objeto que se proponía? Detener durante tres ó cuatro días al cuerpo austriaco que se presentase por aquella parte, tiempo que bastaba para la reconcentración de las tropas francesas al pié de los muros de Viena. El mariscal Davout estableció pues una serie de atrincheramientos que

se enlazaban con el castillo fortificado de Kittsée, la estensísima isla de Schutt, el rio y la plaza de Raab. Unos cuantos miles de soldados con espionadores de caballería lijera á lo largo de la isla de Schutt y el rio Raab, defendiendo las trincheras de Engerau, y replegándose, si se veian obligados á ello, sobre el castillo de Kittsée, mientras que la plaza de Raab se defenderia por su parte, podia detener al enemigo el número de dias necesarios, y retardar su llegada hasta el momento en que todo se decidiera al pie de los muros de Viena. Conviniendo Napoleon en estas disposiciones, se ejecutaron definitivamente, dispensando el continuar por mas tiempo la destruccion de Presburgo.

En el interin el general Lauriston, secundado por el general Lasalle, habia puesto sitio á Raab dejando que el ejército de Italia cuidara de cubrirle, lo cual permitia á éste descansar de sus fatigas. Careciase de cañones de grueso calibre; pero Napoleon envió algunos de Viena con obuses y piezas de á doce. Por fortuna la plaza, mal reparada, peor armada aun, y ocupada por dos mil hombres cuando mas, no podia mantenerse firme mucho tiempo. Inmediatamente despues de la batalla del 4 de junio emprendiéronse los trabajos, abriendo la trinchera, construyendo baterías de sitio, y dando principio al fuego de brecha; pero al cabo de algunos dias de este ataque improvisado y muy bien dirigido por los generales Lauriston y Lasalle, la plaza ofreció capitular. Como habia poco empeño en conquistarla de este ó el otro modo, y si mucho en que la conquista fuese rápida, no hubo dificultad en las condiciones que pidió la guarnicion, y se entró en Raab el 22 de junio, sin haber causado daño á las

obras de defensa, y sin haber gastado en el sitio ni muchas municiones ni mucha gente.

Con arreglo á órdenes muy terminantes y minuciosas de Napoleon, se volvió á armar la plaza de Raab, y se la puso en mejor estado de defensa que antes, introduciendo en ella municiones de guerra y de boca, dándole una guarnicion formada de todos los hombres cansados ó enfermos del ejército de Italia, y haciendo en las obras las reparaciones indispensables. Luego, por último, Napoleon le escogió un comandante ilustre: el conde de Narbona, ministro de la Guerra que fué de Luis XVI, uno de los postreros descendientes de la antigua nobleza francesa, notable por su valor, su talento, y elegante en sus costumbres. Acababa de adherirse á Napoleon, y éste, antes de emplearle en puestos eminentes, queria hacerle pagar su vuelta al servicio con una comision poco elevada, pero que suponía tenia en él confianza.

Napoleon mandó llevar hacia Viena toda la artillería inútil en Presburgo y en Raab, y replegar á los hospitales de la Lombardia y la Alta Austria los heridos de los ejércitos de Italia y Dalmacia, porque no queria fuese presa del enemigo ni un cañon ni un hombre. Ordenó al príncipe Eugenio y á los generales Maedonald, Broussier y Marmont, que se prepararan para marchar á la primera señal, que no conservaran en las filas ninguna gente cansada ó enferma, que tuviesen su artillería bien arreglada y provista, que hicieran galleta para mantener á sus tropas durante una semana, que se proporcionaran ganado vivo que pudiera seguirles, y por último, que lo dispusieran todo para trasladarse á Viena en tres dias á lo mas.

El príncipe Eugenio, acantonado como se hallaba en Raab, podía salvar en tres días la distancia que lo separaba de Viena. Los generales Marmont, Broussier y Macdonald se escalonaron de modo que pudieran ejecutar la travesía en el mismo espacio de tiempo; y el mariscal Davout, solo tenía que andar dos jornadas. Se convino en que el príncipe Eugenio dejaría al general Baraguey-d' Hilliers con una división italiana delante de Engerau, para guardar los aproches de Presburgo, mientras que el ejército de Italia entero se trasladaría á Viena. No queriendo Napoleón se dedicaran á vigilar simplemente puestos lejanos tropas como las de Montbrun y Lasalle, las escalonó de modo que pudiera atraerlas á sí en cuarenta y ocho horas, y las reemplazó en la línea del Raab con mil doscientos á mil quinientos caballos procedentes de los regimientos de marcha recién llegados. El general Lasalle, que durante el mes de junio no había cesado de recorrer la línea de Presburgo á Raab, y conocía á palmos el terreno, recibió orden de colocar él mismo los puestos antes de replegarse y dar á los comandantes de estos puestos las instrucciones que necesitaran para guardarse bien.

Estando así todo dispuesto en aquella línea para poder ocultarse rápidamente cubriéndose con simples reguardias, tomó Napoleón sus medidas en la parte alta del Danubio, para poder por aquel lado bajar hacia Viena con igual rapidez, y aumentar cuando fuese preciso la masa de tropas destinadas á entrar en batalla. Ya había atraído hacia sí el cuerpo del mariscal Davout esparcido en aquel momento de Viena á Presburgo; el cuerpo sajón del

príncipe Bernadotte, y la división francesa Dupas. Solo había dejado en el Alto Danubio para ocupar á Saint-Polten, Mautern, Molk, Amstetten, Enns y Lintz, los wurtembergenses y los bávaros, reducidísimos tanto unos como otros con aquella campaña tan corta, pero tan activa. Los wurtembergenses á los órdenes de Vandamme estaban distribuidos entre Tulln, Mautern, Saint-Polten y Molk, y los bávaros, encargados de defender la Baviera, se hallaban la división del general Derooy en Munich, Rosenheim y Kufstein, y las dos divisiones del general de Wrede y del príncipe regio en Lintz. Aunque esto no era demasiado para guardar la Barrera en las actuales circunstancias, era mucho en el punto particular de Lintz, desde que queriendo el archiduque Carlos reconcentrar las tropas por su parte, había hecho ir hacia Viena al conde de Kollvrath, dejando únicamente de seis á siete mil hombres diseminados por el Danubio entre Passau, Lintz, Krems, Tulln y Klosterneuburgo. Sospechando Napoleón esta circunstancia en vista de varios reconocimientos ejecutados allende el Danubio por el general Vandamme, mandó al mariscal Lefebvre tuviera dispuesta á marchar la excelente división de Wrede con veinte y cuatro piezas de artillería. Las divisiones del general Derooy y del príncipe regio, y los wurtembergenses eran suficientes con todo lo que estaba de camino y lo que quedaba en Augsburgo, Passau y Ratisbona para mantener durante algunos días la seguridad por nuestra retaguardia. En Ratisbona se hallaba la división Rouyer, compuesta de los contingentes de los príncipes de menor escala. Evidentemente nada había que temer por aquel lado, si se ganaba la

postrimera batalla, y si se perdía contra todo lo verosímil, estaban bastante bien tomadas las precauciones en Saint-Polten, Molk, Amstetten, Lintz y Passau, para que nuestros heridos y enfermos no se vieran comprometidos, y para que al retirarse el ejército hallase en todas partes viveres, municiones y puntos de apoyo completamente sólidos.

Así es como Napoleón había consagrado el mes de junio á preparar la reconcentraci6n de sus tropas en Viena; pero lo empleó también, como ya hemos visto, en preparar el paso del Danubio, y en hacer fuese tan seguro esta vez que no pudiera reproducirse el contratiempo ocurrido á sus puentes durante las jornadas de Essling. Este es el momento oportuno de dar á conocer las obras de gigante con que allanó, casi redujo á la nulidad, la dificultad de atravesar una vasta corriente de agua en presencia del enemigo, y con masas de hombres que ningún capitán antiguo ni moderno ha tenido nunca que mover. Ya se han visto las razones concluyentes que le obligaban á pasar el Danubio delante del archiduque Carlos, para ir á dar la batalla á la otra parte de este gran río. Efectivamente, quedarse en la margen derecha, dejando tranquilos á los austriacos en la margen izquierda, era lo mismo que prolongar la guerra por un tiempo indefinido, perder el prestigio, multiplicar las probabilidades de contratiempo, aumentar en fin la alteracion que en Europa y aun en Francia reinaba en los ánimos. De pasar el río, era preciso hacerlo en Viena, como también hemos dicho, y no mas arriba ni mas abajo; porque hacerlo mas arriba era retroceder detrás de Viena, y abandonar los inmensos recursos de aquella capital, el efecto

moral de su posesion, y el punto principal de interseccion de los caminos de Austria, Italia y Hungría: hacerlo mas abajo era alargar inútilmente nuestra linea de operaciones, tener un punto mas que guardar en el Danubio, y privarse de un cuerpo de ejército necesario el día de la batalla. Era menester, pues, pasar en Viena mismo: nada hacia al caso una legua mas ó una legua menos, pero era absolutamente preciso pasar á la vista de la torre de San Esteban.

Conócese igualmente las propiedades de la isla de Lobau, escogida con tan buena fortuna por Napoleón para facilitar la ejecucion de sus proyectos. Esta espaciosa isla, situada á la parte opuesta del ancho brazo, y separada de la orilla enemiga por un brazo de mediana anchura, reducía la operacion del paso á la empresa de atravesar un río tan ancho como el Sena por debajo de París, en vez de un río tan ancho como el Rin delante de Colonia. La empresa, sin dejar de ser dificultosa, se hacia practicable; pero era preciso para que saliera bien, en primer lugar hacer infalible el paso del brazo principal que conducía á la isla, y en segundo convertir esta en un vasto campo atrincherado provisto de recursos abundantes, disponiéndolo todo allí de antemano para poder atravesar sin peligro en presencia del enemigo el brazo pequeño. En esto es en lo que empleó Napoleón los cuarenta días que trascurrieron desde el 23 de mayo hasta el 2 de julio, con una actividad y una fecundidad de imaginacion, dignas del gran capitán que había pasado el monte de San Bernardo y hecho posible la travesía del estrecho de Calais. ®

El puente de barcas sobre el brazo principal

que servia para comunicarse con la isla de Lobau, se volvió á establecer algunos dias despues de la batalla de Essling, como se ha visto mas arriba, y habia proporcionado el medio de conducir el ejército á la orilla derecha, á escepcion del cuerpo de Massena que quedó en la isla para asegurarnos su posesion. Nuevas barcas que los marinos de la guardia recogieron en las orillas del rio, sujetas con mejores amarras, habian consolidado este puente de manera que inspiraba confianza. Sin embargo, habiase roto otras dos ó tres veces de resultas de las avenidas del mes de junio, y no era con comunicaciones inseguras, si bien mejor establecidas, con lo que Napoleon queria ir al otro lado del Danubio. Resolvió, pues, enlazar la isla de Lobau con el continente de la orilla derecha de tal suerte que formase una sola con esta orilla que debia ser nuestro punto de partida. Para esto no habia sino un medio; echar un puente sostenido por medio de estacas, y Napoleon se decidió á ello, por muy trabajosa que fuera esta operacion en un rio como el Danubio por debajo de Viena. César ejecutó en el Rhin diez y ocho siglos antes una empresa por el estilo; pero la de hoy era mas difícil por los medios de destruccion de que el enemigo disponia. El arma de ingenieros se encargó de hacer esta obra, mientras que la construccion de todos los puentes de barcas corria á cargo de la artillería. Habia en Viena provision considerable de madera que bajaba de la cima de los Alpes por los rios confluientes del Danubio, y todos los soldados de ingenieros, todos los carpinteros desocupados que necesitaban ganarse la vida, todos los caballos de la artillería que habian quedado dis-

ponibles con la interrupcion de los combates, se ocuparon, ya en preparar ya en trasportar esta madera. Llevados de Viena por un brazo pequeño que se comunica con el grande, bajaban en seguida hasta Ebersdorf y alli se les detenia para emplearlos en la obra inmensa que se habia emprendido. Reunióse en Ebersdorf para clavar las estacas muchas mazas que existian en Viena, donde tantas obras se hacen en el rio, y con esto, al cabo de unos veinte dias, se vió alzarse sobre las aguas mas altas sesenta machones de madera, los cuales sostenian un ancho suelo de tablas que podia dar paso á toda la artillería y caballería que se quisiera. Veinte toesas mas abajo de este puente lijo, se conservó, consolidándolo, el puente antiguo de barcas, que se trataba de que sirviera para la infantería, de modo que el desfile de las diferentes armas pudiera verificarse simultaneamente, y fuesen mas prontas las comunicaciones con la isla de Lobau. Proporcionóse gran número de barcas, en Raab se encontró fuertes anclas, y gracias á estos nuevos recursos, aseguradas perfectamente las amarras, no era de temer ya ocurrieran los contratiempos que faltó poco para que perdieran al ejército á fines de mayo.

Aunque estas dos obras se protegian entre sí, puesto que el puente de estacas colocado agua arriba preservaba al de barcas, Napoleon quiso sin embargo ponerlos enteramente á cubierto del choque de los cuerpos flotantes, y para lograrlo se valió de toda suerte de medios, siendo el primero sacar del arsenal de Viena una cadena gigantesca, de la cual se sirvieron los turcos en el sitio de 1683, y que existia como de uno de sus despojos

triumfales. Hoy que nuestros buques poseen esas enormes cadenas, no causarían tanta admiración las dimensiones de la que los turcos dejaron en Viena; pero entonces se tenía por una maravilla en su género. Se resolvió, pues, estenderla sobre el ancho brazo para que pudiera detener los cuerpos que el enemigo arrojaba sobre nuestros puentes, pero hubo que renunciar á ello, por falta de máquinas que la estendieran sobre el agua á igual altura por todas partes. Napoleon ideó construir una basta empalizada, que consistía en una série de gruesas estacas clavadas muy hondo, que en vez de cortar perpendicularmente la corriente del río, la cortáran oblicuamente, para que el agua no tuviera donde hacer tanta fuerza. Esta obra, no menos extraordinaria que el puente de estacas, se acabó casi tan pronto; pero no era al parecer de una eficacia segura; pues mas de una vez se vió que forzaban la línea de estacas, barcos cargados de materiales que se habían escapado de manos de los trabajadores. Napoleon se dedicó entonces á otra cosa, á establecer una vigilancia continua por medio de los marinos de la guardia, los cuales circulando sin cesar en barcas mas arriba de la empalizada, empujaban con arpones á los barcos que bajaban por el río, y los llevaban á las orillas. De esta suerte, si la empalizada no bastaba absolutamente para detenerlos, los marinos acudían á fuerza de remos, los paraban y los hacían variar de rumbo. Con este conjunto de precauciones, las comunicaciones establecidas entre la orilla derecha y la isla de Lobau adquirieron una seguridad infalible.

Empero no bastaba á los ojos de Napoleon ha-

ber puesto sus puentes al abrigo de todo peligro por la parte del río, pues una sorpresa del enemigo, una invasión repentina en la isla de Lobau, quizá una retirada en desorden despues de una batalla perdida, podían esponerlos á una destrucción imprevista é inevitable. Napoleon quiso protegerlos por medio de una vasta cabeza de puente, levantada en la isla de Lobau, de manera que si nos quitasan esta isla, pudieran defenderlos unos cuantos batallones, conservando así nuestro ejército el medio de retirarse seguro al otro lado del río.

Esta série de obras enlazaba de un modo indisoluble la isla de Lobau, lo mismo con la orilla derecha que con la población de Ebersdorf, convertida en nuestra base de operaciones. También era preciso ocuparse de las obras que había que hacer en la misma isla, para que fuera un campo atrincherado, seguro, cómodo y saludable, y estuviera provisto de todo lo necesario para subsistir en él algunos dias. Napoleon satisfizo á esta necesidad con tanta prevision como á las demas.

Habia en la isla de Lobau unos terrenos bajos y pantanosos, espuestos con frecuencia á inundación, y también unos canales secos cuando las aguas estaban bajas, y que se convertían en rios durante las crecidas, de lo cual hubo ejemplo cuando las grandes avenidas de los dias 21, 22 y 23 de mayo. Napoleon hizo levantar calzadas en las partes bajas de la isla, para que sirvieran de paso á las tropas en cualquier tiempo, y echar sobre uno de los canales desecados varios puentes de puntales, á fin de asegurar y multiplicar las comunicaciones, cualquiera que fuese la elevación de las

aguas. Queriendo convertir la isla en un gran depósito, suficiente para sí propia, sucediera lo que sucediera, mandó construir en ella un almacén de pólvora, el cual recibió de los arsenales de Viena una cantidad considerable de municiones elaboradas: también hizo construir hornos, trasladar harinas sacadas de Hungría, y acotar terreno para muchos miles de bueyes conducidos vivos de la misma comarca. En fin, envió vinos en abundancia, y de tal calidad, que excepto en España, nunca los había bebido el ejército tan buenos. La aristocracia austriaca y los conventos de Viena que poseían las bodegas mas ricas de Europa, suministraron un artículo tan precioso. De este modo nada debía faltar á las tropas en aquel campo atrincherado, ni en pan, ni en carne, ni en líquidos. Queriendo que tan fácil fuera atravesar la isla de Lobau de noche como de día, mandó Napoleon alumbrar todos los caminos por medio de faroles colgados en postes de madera, absolutamente lo mismo que hubiera podido hacerse con las calles de una gran ciudad.

Quedaba, y era la última, una operación difícil; preparar el paso del brazo pequeño, el cual debía ejecutarse á viva fuerza enfrente de un enemigo numeroso, que estaba sobre aviso y siempre alerta con nuestra presencia en la isla de Lobau. Por mas ventajas que ofreciera el sitio escogido antes para pasar, puesto que formaba un punto entrante que permitía cubrir de fuego el parage de desembarque, no era de presumir en manera alguna que pudiéramos servirnos de él otra vez, debiendo, como debía el enemigo, haber tomado todas las precauciones para interceptarnos su uso. Efectivamente, acordándose los austriacos de lo

que les sucedió un mes antes, habían amurallado, digámoslo así, aquella puerta, levantando de Essling á Aspern una línea de atrincheramientos, erizados de artillería. Otra razón, en fin, obligaba á renunciar á aquel desembocadero, cual era la falta de espacio para desplegar un ejército considerable. Estaba tan advertido el enemigo de que sería la isla de Lobau por donde se haría la irrupción en la orilla izquierda, que era de esperar se le encontrara formado en batalla frente por frente á nosotros, mientras que la vez primera había habido tiempo de desfilar por el puente del brazo pequeño, atravesar el bosque, y ponerse en fila un cuerpo tras otro, sin hallar ningún obstáculo al desplegarse. Ya no había que esperar sucediera lo mismo, y por tanto era preciso prepararse para desembocar casi en masa, y combatir al momento que se tocara la orilla izquierda.

Por estos diversos motivos el primer punto de paso no convenia ya, y Napoleon pensó en buscar otro, fingiendo que insistía en dar la preferencia al anterior. El brazo pequeño de sesenta toesas que quedaba por atravesar, así que llegaba al extremo de la isla, se ladeaba de pronto para dirigirse perpendicularmente hácia el brazo grande, describiendo de este modo en el costado derecho de la isla de Lobau, una línea recta de dos mil toesas de largo. Si para atravesarle se escogía uno de los puntos de aquella línea, se bajaba á una llanura completamente lisa y muy cómoda para desplegar un ejército numeroso. Por esta llanura efectivamente fué por donde resolvió desembocar Napoleon. Es verdad que allí no debía protegernos ningún obstáculo del terreno, pero pa-

sando en solo una masa, debia protegernos esta misma masa, ademas de que no era imposible suplir la falta de proteccion del terreno con artilleria hábilmente colocada.

A la orilla izquierda, en el punto mismo en que se ladeaba de pronto el brazo pequeño para reunirse con el grande, se hallaba situado Ebersdorf, poblacion poco considerable, cubierta de obras defensivas y de artilleria, como Essling y Aspern: luego, algo mas abajo, se estendian á lo lejos las llanuras de que se acaba de tratar, y en fin, unos bosques frondosos que cubrian el suelo hasta la confluencia de los dos brazos del rio. Entre Enzersdorf y estos bosques resolvió Napoleon verificar el paso.

Antes que nada hizo lo que pudo para persuadir al enemigo que pasaria por el parage antiguo, es decir, por la izquierda de la isla, y con esta mira multiplicó allí los trabajos, juzgando útil ademas tener puentes en todas partes, lo mismo á la izquierda que á la derecha, pues cuantas mas comunicaciones tuviese, mas probabilidades tendria de atravesar el rio, y desplegarse rápidamente una vez atravesado. Empero los trabajos de mayor importancia se amontonaron en la derecha de la isla, á lo largo de la linea, que se estiende de Enzersdorf al parage por donde el brazo pequeño desemboca en el grande. A unas cuantas islas sembradas en medio de aquel brazo pequeño, y que el ejército habia calificado con nombres adecuados á las circunstancias, como *isla de Massena*, *isla de los Molinos*, *isla de España*, *isla de Pouzet*, *isla de Lannes*, *isla de Alejandro*, se las juntó con el continente de la isla de Lobau por

medio de puentes fijos y erizados de baterías de grueso calibre. Estas baterías armadas con ciento nueve bocas de fuego, tanto piezas de á 24 como obuses y morteros, estaban destinadas á cubrir de proyectiles lanzados á gran distancia, todos los puntos en que se presentase el enemigo. Las de las *islas de Massena*, *los Molinos* y *España*, debian arrojar una lluvia de fuego sobre Aspern, Essling, y las obras levantadas por aquella parte; las de la *isla de Pouzet* debian reducir á cenizas en dos horas la desgraciada poblacion de Enzersdorf, y en fin, las de la *isla de Alejandro* debian batir la llanura escogida para desplegarse, y vomitar en ella tal masa de metralla, que ninguna tropa pudiera mantenerse allí. Como no faltaba tiempo, se las estableció con un esmero infinito, provistas de espaldones de tierra, plataformas y polvorines. Las piezas de grueso calibre, que nunca lleva consigo un ejército, se sacaron del arsenal de Viena, y en cuanto á las cureñas se mandó construir las á los trabajadores del arsenal.

Fuera de estos medios ideados para proteger el paso, Napoleon recurrió con el fin de hacerlo mas rápido, simultáneo y fulminante, á combinaciones no conocidas antes que él naciera. Quería que en unos cuantos minutos muchos miles de hombres arrojados al otro lado del brazo pequeño, hubieran caído sobre los puestos avanzados austriacos para sorprenderlos y tomarlos; que en dos horas, se hubieran desplegado en la orilla enemiga para dar una primera batalla, otros cincuenta mil; y por último, que en cuatro horas hubieran pasado para decidir de la suerte de la monarquía austriaca, ciento cincuenta mil soldados, cuarenta mil caba-

llos, y seiscientas bocas de fuego. Jamás se habían proyectado ni ejecutado en una escala tan vasta operaciones semejantes.

Quando se quiere atravesar un río, lo primero que se hace es trasportar inopinadamente algunos soldados resueltos en barcas. Estos soldados bien escogidos y bien mandados, van á desarmar ó matar los puestos avanzados enemigos, y luego á fijar amarras á las cuales se atan los barcos que deben llevar el puente. En seguida el ejército pasa tan pronto como puede, porque un puente es un desfiladero largo y estrecho, que no pueden atravesar sino alargándose mucho, masas de infantería, caballería y artillería.

La mas difícil de estas operaciones á presencia de un enemigo tan numeroso y tan preparado como lo estaban los austriacos, era la primera. Para facilitarla mandó construir Napoleon barcazas, capaces de contener trescientos hombres cada una, debiendo ser conducidas á remo á la otra orilla, y tener, con el fin de resguardar la gente del fuego de fusilería, un mantelete movable que bajándose sirviese para saltar á tierra. Cada cuerpo de ejército se provió de cinco barcazas por este estilo, con lo cual una vanguardia de quinientos hombres podia ser trasportada á un tiempo y de improviso á cada punto de paso. Ahora bien, no era de presumir que no estando el enemigo informado exactamente del sitio en que iba á ejecutarse la operación, pudiera oponernos puestos avanzados tan considerables. Al momento una *sirga* (cable con que se sujetan las barcazas, y á lo largo del cual corren en su movimiento de ida y vuelta) una *sirga* atada á un árbol debía proporcionar el medio

de empezar las idas y venidas, é ir trasladando las tropas. Inmediatamente despues, se debía empezar á establecer los puentes, y como todas las barcas estaban preparadas, dispuestos los aparejos, elegidos los sitios y la gente instruida en lo que tenia que hacer, había fundamento para creer que dos horas serian suficientes para echar un puente de sesenta tocsas, operacion que exigia en otro tiempo doce ó quince horas si se estaba preparado, y veinte y cuatro ó cuarenta y ocho si no se estaba. Napoleon decidió que á lo menos cuatro puentes, dos de barcas, uno de pontones y otro de balsas (este para la caballería y la artillería), se echasen en el brazo pequeño, de manera que desembocaran tres cuerpos de ejército á un tiempo, los del mariscal Massena, el general Oudinot y el mariscal Davout. Así, pues, muchos miles de hombres trasportados en barcazas en unos cuantos minutos, serian suficientes para destruir los puestos avanzados enemigos; cincuenta ó sesenta mil hombres, desembocando en dos horas protegidos por baterías formidables, harian frente á las fuerzas que el enemigo tuviera tiempo de reunir cuando supiese el punto por donde se efectuaba el paso; y en fin, en cuatro ó cinco horas todo el ejército habria desembocado, dispuesto á dar la batalla, y provisto de medios de retirada tan seguros como si no tuviese un gran río á la espalda. Tambien era probable que la operacion terminaria antes que el enemigo hubiera podido turbarla, pues la noche, el fuego de poderosas baterías y la simultaneidad de pasos, debian sumergirle en gran confusion.

Sin embargo, no era bastante para Napoleon haber reducido á dos horas la operacion de esta-

blecer un puente de sesenta toesas, que algunas veces exigía doce, veinte y cuatro, cuarenta y ocho: quería que una columna de infantería pudiera desembocar en un instante, y tan pronto como las vanguardias trasportadas en las barcazas. Para conseguirlo inventó un puente de un género enteramente nuevo, cuya ejecución conió á un oficial muy inteligente, al capitán Dessales. Regularmente, amarrando al lado una de otra una serie de barcas es como se logra establecer un puente; pero él ideó echar uno de una sola pieza, compuesto de barcas ligadas á prevención entre sí con fuertes viguetas, que se bajaría á lo largo de la orilla en que se deseara establecerlo, que se sujetaría por una punta en esta orilla, y que se entregaría en seguida á la corriente, la cual lo llevaría á la orilla opuesta á donde irían á pararlo unos cuantos hombres atravesándolo á la carrera. Hecho esto, no faltaría mas que echar algunas anclas para que le sirvieran de puntos de apoyo en toda su estension. Habiase calculado, y el resultado lo probó despues, que algunos minutos serian suficientes para esta prodigiosa operacion.

Este puente, construido á prevención, tenia un inconveniente, el de indicar por el sitio en que se le preparase el en que se echaría, pero se remedió de este modo. Se habia cubierto de astilleros la isla de Lobau, como hubiera podido estarlo uno de los grandes puertos de Francia, y estos astilleros estaban colocados al borde de varios aguazales que iban á parar al brazo pequeño por medio de canales interiores. Allí era donde se construian los infinitos barcos, pontones y balsas destinados á establecer puentes, sin indicar el sitio en que se verifica-

ría el paso. Detrás de la isla de Alejandro, en el costado derecho de la gran isla de Lobau, por debajo de Enzersdorf y frente por frente á la llanura donde se proyectaba desembocar, habia un canal interior, ancho, largo, bastante hondo, y donde se debia dar la última mano á cada obra. Allí fué donde se dispuso el puente de una sola pieza, con la intencion de soltarle en el postrer momento, para introducirle en el brazo pequeño. Sin embargo, como este canal presentaba un recodo al estremo, Napoleon llevó la prevision hasta hacer adaptar varias articulaciones al puente de una sola pieza á fin de que pudiera encogerse y alargarse, segun las inflexiones del canal en que se habia preparado.

Pensando Napoleon que en el momento mismo de la operacion se haria sentir mucho la necesidad de establecer rápidas comunicaciones entre ambas orillas, y queriendo reparar hasta lo sumo la imprudencia de su primer paso, mandó reunir en estos canales interiores, madera, balsas y pontones preparados del todo, para echar en caso necesario cuatro ó cinco puentes mas, apresurar con esto hasta donde fuese posible el que su ejército se desplegara, y hacer en caso de un descalabro, tan fácil la retirada como en un campo de batalla ordinario.

Habia hecho ir, ademas de los marinos de la guardia, constructores de Francia, y en las orillas del Danubio habia recogido otros que bajo la direccion de los ingenieros franceses concurrían á construir aquella escuadrilla de un nuevo género. De este modo millares de obreros oriundos de varias partes, trabajaban con increíble actividad en aquella isla, convertida en un astillero como los de Amberes, Brest ó Tolon. Curvas procedentes de

los Alpes ó halladas en Viena, enormes viguetas y un sinnúmero de maderos, trasportados por los caballos de la artillería, iban de todos los puntos á embarcarse en el Danubio, que los llevaba hasta Ebersdorf, desde allí se los introducía en los canales interiores de la isla de Lobau, y apoderándose de ellos el hacha del carpintero, tomaban la forma que convenía al destino que se les daba. Los marinos de la guardia en lanchas armadas de obuses, estaban de crucero siempre para vigilar aquellas inmensas obras, registrar las islas y los rincones más ocultos del río, y adquirir de esta manera un conocimiento de los sitios que sería utilísimo el día de la gran operación. Napoleón había recobrado un resto precioso del ejército del general Dupont, al valiente capitán Baste, comandante de los marinos de la guardia en la campaña de Andalucía, tan buen oficial de infantería como hábil oficial de marina, y el único á quien Napoleón había perdonado la catástrofe de Bailen, pues le había ascendido, mientras que perseguía sin compasión á sus compañeros de infortunio. El capitán Baste, que fué hecho coronel, mandaba todavía los marinos de la guardia, y debía hallarse en todas partes en la hora del peligro.

Napoleón, saliendo casi todos los días de Schœnbrunn á caballo, atravesaba á galope el espacio que le separaba de Ebersdorf, iba á vigilar, dirigir y perfeccionar las obras que había encargado, y en cada visita que hacia concebía una idea ó una combinación nueva, para lograr realizar sus proyectos de un modo más seguro. Los vieneses, á cuya vista, y aun con cuyo auxilio algunas veces, se ejecutaba aquella prodigiosa empresa, estreme-

ciábase de furor en secreto, y á no ser por el poderoso ejército que los contenía, habrían acabado por sublevarse, pues si eran pacíficos eran también patriotas, y estaban animados de los sentimientos que conviene abrigar á un gran pueblo; pero Napoleón había puesto sumo cuidado en calmarlos. Observábase rigurosamente la disciplina; no se permitía una voz, un acto ofensivo; y cualquiera infracción se castigaba al instante. Habiendo escasez de comestibles, Napoleón sacó de Hungría cantidades considerables de granos y numerosos convoyes de ganado, de tal suerte que se vivía en Viena sin que costara la manutención demasiado caro. Consintió en emplear la clase media para mantener el orden, porque como nuestras tropas no hablaban la lengua del país, además de ser extranjeras y enemigas, no eran tan á propósito como una milicia nacional para hacerse respetar cuando ocurría un tumulto; pero limitó á seis mil los paisanos empleados en esto, y solo les dejó mil quinientos fusiles, tantos como milicianos entraban de guardia cada día. Napoleón ejercía además una vigilancia severa sobre los habitantes, y sabiendo que muchos soldados de la antigua guarnición se habían ocultado en la ciudad con el traje de paisanos, dispuestos á secundar el primer motín popular que estallara, ordenó algunos actos de rigor, limitándose no obstante á lo indispensable. En cuanto á la gente del pueblo bajo que necesitaba trabajo, se lo proporcionaba pagando un jornal puesto en razón, y no siempre la ocupaba en servicio del ejército, sino muchas veces, al contrario, en utilidad y ornato de Viena, á fin de que no le pareciera demasiado amargo el pan que les proporcionaba.

Tal fué el aspecto que durante el mes de junio presentaron la isla de Lobau y la ciudad de Viena. Dispuesto todo para el 1.º de julio, y habiéndole llegado ó estando para llegar los cuerpos de que se podía disponer, Napoleón dió las órdenes para que empezaran á reunirse las tropas en la isla de Lobau desde el día 3, estuvieran en ella el 4, y pasaran el brazo pequeño aquella noche, para combatir al enemigo el 5 si se le encontraba al desembocar, ó el 6 si no se presentaba inmediatamente. El 4.º de julio abandonó á Schönbrunn, y fué á establecer su cuartel general en la isla de Lobau, dejando ver con esto lo que ya no podía ignorarse, que esta isla sería el punto de salida, pero no dando que sospechar á nadie cual sería el parage de la isla hácia el que se ejecutaría el paso. Como el cuerpo del mariscal Massena se hallaba allí ya, Napoleón mandó ir por turno el cuerpo del general Oudinot, la guardia, el cuerpo del mariscal Davout, la caballería ligera, la caballería pesada, y en fin la inmensa artillería de campaña que había preparado. La caballería y la artillería pasaron el brazo pequeño por el puente de estacas, y la infantería por el de barcas, estando encargado de vigilar personalmente la operacion del desfile, para evitar que la gente se amontonara, el general Mateo Dumas. Unos postes indicaban el recinto señalado á cada cuerpo de ejército. Según las órdenes espeditas, el 4 por la mañana debía llegar el ejército de Italia, y el 5 á más tardar el ejército de Dalmacia y los bávaros. Los sajones que hacía algunos días se habían trasladado á Viena, así como la division francesa Dupas, pasaron á la isla de Lobau con las primeras tropas. Los cuerpos estaban descansados, bien

mantenidos, y animados de las mejores disposiciones. Unos cuantos batallones y escuadrones de marcha que llegaron en junio, y muchos hombres salidos de los hospitales, habían servido para reparar parte de las pérdidas, ya que no todas. La guardia estaba soberbia, y tenía completo su armamento, la artillería sobre todo. Añadiendo las tropas de Massena, Oudinot, Davout, Bernadotte, el príncipe Eugenio, Macdonald, Marmont, el bávaro de Wrede y la guardia, podía suponerse un total de ciento cincuenta mil hombres, de los cuales veinte y seis mil eran de caballería, y doce mil de artillería destinados al servicio de quinientas cincuenta bocas de fuego, fuerza enorme que hasta entonces no había reunido Napoleón en un mismo campo de batalla, y que si se consulta bien la historia del mundo, tampoco había figurado en ninguno. (1) Además de esta fuerza tan considerable, Napoleón tenía á su lado al invicto Massena, lastimado de una caída de caballo, pero capaz de dominar en un día de batalla todos los dolores físicos; al obstinado Davout, al fogoso Oudinot, al intrépido Macdonald, y otros muchos que estaban dispuestos á pagar con su sangre el triunfo de nuestras armas. El heroico Lannes, que murió de resultas de sus heridas en Ebersdorf, entre los brazos de Napoleón y sentido

(1) Los historiadores antiguos y los de la edad media, hablan algunas veces de números de combatientes muchas considerables, pero una multitud de razones que es inútil referir aquí, prueban que son absolutamente exagerados. Creo, pues, ponerme en la verdad cuando digo que no se había visto todavía tantos hombres, armados de medios tan poderosos de destruccion, en un mismo campo de batalla.

por todo el ejército, era el único que faltaba allí. El destino le privaba de poder asistir á una victoria á que tan poderosamente contribuyera con su conducta en aquella campaña, pero también lo dispensaba de ver los espantosos descalabros que más tarde cayeron sobre nosotros: moría dichoso, puesto que moría en el curso de nuestro postrer triunfo.

Ya en la isla de Lobau, Napoleón sintió una inquietud repentina: temió, por algunos indicios, se le hubiera escapado el archiduque Carlos bajando el Danubio hasta Presburgo. Es seguro que el archiduque hubiera podido recurrir á esta maniobra, y la prueba que hubiera sido muy bien pensado de su parte, es que su adversario lo temía singularmente. Es verdad que dejando la posición que ocupaba frente por frente á Viena en las alturas de Wagram, hubiera entregado sin pelear el paso del Danubio; pero con los medios ideados por Napoleón, había pocas probabilidades de impedir este paso, y, penetrando en Hungría obligaba á los franceses á debilitarse con tener que alargar su línea de operaciones, y á dejar un cuerpo que guardara á Viena, mientras que los austriacos se reforzaban con el archiduque Juan y la insurrección húngara. Hubiera podido pues concebir este plan sin cometer una falta, y se le podía atribuir con algún fundamento pensara en él. Napoleón para disipar sus dudas, hizo una tentativa osada, que al mismo tiempo que le ilustraba á él acerca de los proyectos del generalísimo austriaco, estaba destinada á engañar á éste sobre el verdadero punto escogido para el paso.

A la división Legrand, perteneciente al cuerpo de Massena, se la había colocado cerca del punto

entrante que sirvió para el paso primitivo, y un valiente cuanto entendido oficial de pontoneros, el capitán Baillot, recibió el encargo de echar por aquella parte un puente de barcas. A eso de media noche se repartió la artillería á derecha é izquierda del puente entrante, y los volteadores de la división Legrand se embarcaron en lanchas, dirigidos por Sainte-Croix, ayudante de campo de Massena, atravesaron el brazo pequeño, y se apoderaron del desembocadero, á pesar de los puntos avanzados austriacos, los cuales rechazaron. En menos de dos horas, como trabajaba con materiales preparados de antemano y en un terreno bien estudiado, logró establecer un puente de barcas, y pasando por él de prisa y corriendo la división Legrand, atravesó el bosquecillo que se estiende al otro lado, y fué á desembocar entre Essling y Aspern. Después de haber hecho algunos prisioneros y muerto algunos hombres, presentándose á la vista la división, atrajo un vivo fuego de cañón de los reductos enemigos, y así que vino el día descubrió fuerzas que se desplegaban, lo cual no daba lugar á dudas acerca de la presencia en aquellos sitios del principal ejército austriaco. Desde aquel momento ya no podía temer Napoleón hubiera desaparecido el enemigo; al contrario, estaba seguro de tenerle enfrente, y poder bien pronto acabar la guerra en la vasta llanura de Marchfeld.

Efectivamente, el archiduque Carlos se hallaba frente por frente en las alturas de Wagram, flotando entre mil proyectos, no sabiendo cual adoptar, y como es costumbre, no fijándose en ejecutar uno. Los primeros días que se siguieron á la batalla de Essling, los empleó en dejar que le felicitaran

por su victoria, y hasta en prestarse á exageraciones ridículas, que podían no obstante tener un lado serio, el de obrar útilmente en los ánimos; pero nada hizo para ver de procurarse, después de un triunfo dudoso, otro indubitable. No es seguramente de no haber invadido la isla de Lobau, como hemos dicho en otra parte, de lo que se le podía acusar, ni tampoco de no haber intentado más arriba ó más abajo de Viena, el paso del río, paso que hubiera podido ser el causal de la libertad del Austria, pero también de su total ruina; mas sin imponer al generalísimo planes complicados y aventurados, se le podía preguntar ¿por qué, ya que la batalla de Essling le parecía una maravilla, por qué, decimos, no aprovechó la lección para sacar de ella otra batalla de Essling más completa y decisiva? Ese acontecimiento tan alabado por los austriacos, espresaba la dificultad militar que Napoleón tenía que vencer, y que consistía en pasar un gran río para dar una batalla con este río á la espalda. Era preciso por lo tanto no descuidar nada para acrecentar esta dificultad, y hasta hacerla insuperable, si se podía. Este era un asunto sencillo, seguro, probado, y sin necesidad de hacer prodigios, bastaba con detener otra vez á Napoleón al borde del Danubio, para arrojarle bien pronto del Austria. Para esto no había más que tomar dos medidas sencillísimas; la primera, añadir al terreno del combate, conocido de antemano, toda la fuerza que una posición defensiva puede recibir de los esfuerzos del arte; la segunda emplear el recurso de grandes maniobras para reconcentrar allí todos los ejércitos de la monarquía. Ninguna de estas dos medidas tomó el archiduque afortunadamente.

Así como Napoleón había amontonado reductos en todo el circuito de la isla de Lobau para desembocar, protegido por una poderosa artillería de grueso calibre, ¿no era natural levantar frente por frente reductos que hiciesen inabordable la orilla opuesta? Artillería gruesa no faltaba á una potencia que se batía dentro de casa, y que era una de las mejores provistas de material en toda la Europa. Pues bien, el archiduque atrincheró á Essling, Aspern y Enzersdorf porque en estos tres puntos se había combatido, y de Enzersdorf á la confluencia de los dos brazos, en toda la derecha de la isla de Lobau, y en la llanura que había escogido para desembocar, se limitó á construir un reducto, cerca de un sitio llamado *Casa Blanca*, armado con seis cañones, y á alojar algunas tropas en el castillejo de Sachsengang, situado en medio de los bosques. La posibilidad de que desembocáramos por nuestra derecha, combinación que dió en que pensar á Napoleón durante cuarenta días, ni siquiera un momento le llamó la atención el archiduque Carlos, y solo construyó obras verdaderamente tales de Aspern á Essling, y de Essling á Enzersdorf. Y aun así, estas obras no eran tan fuertes que resistieran á unos soldados de tanto empuje como los soldados franceses.

Después de dificultar hasta donde fuese posible el paso del Danubio, cubriendo de fuertes obras la orilla opuesta á la isla de Lobau, aun faltaba crearse detrás, en la llanura de Marchfeld, que inevitablemente era el campo de batalla de los dos ejércitos, una posición defensiva tal, que todas las probabilidades estuvieran de su parte. Ahora bien, suponiendo que el enemigo hubiera logrado atravesar

el Danubio, si se ganaba una batalla defensiva se podía á la mañana siguiente si no el mismo día, pasar de la defensiva á la ofensiva, y tratar, con gran probabilidad de conseguirlo, de arrojarle al Danubio. El terreno ofrecía para esto muchas ventajas, pues la llanura de Marchfeld iba empinándose suavemente por espacio de dos leguas, y luego se alzaba una pequeña cordillera de colinas de Neusiedel á Wagram, cuyo pie bañaba el Russbach, ancho, profundo y pantanoso. Detrás de este arroyo había acampado el archiduque sus principales fuerzas, colocando allí tres cuerpos de ejército, el primero á las órdenes de Bellegarde, el segundo á las de Hohenzollern (1), y el cuarto al mando de Rosenberg, es decir unos setenta y cinco mil hombres. Fácil hubiera sido, aprovechándose de las alturas y del arroyo que circulaba al pie, levantar allí obras formidables, que ningún empuje, ni aun el de los soldados franceses, hubiera podido vencer. Esta posición iba á enlazarse otra vez con el Danubio por medio de otra línea de colinas en forma de semicírculo, pasando por Aderklaa, Gerarsdorf y Stammersdorf, á que no impedía llegar un arroyo profundo, pero que no lo necesitaban, pues por este lado es por donde debiera haberse tomado la ofensiva, mientras que por el otro se hubiera opuesto una defensiva obstinada é invencible. También tenía allí el archiduque sesenta y cinco ó setenta mil hombres, los cuales se componían del tercer cuerpo al mando de Kollóvrath (2), el quinto

(1) Al principio de la guerra lo mandaba Kollóvrath.

(2) Lo mandaba antes Hohenzollern.

á las órdenes del príncipe de Reuss (1), y el décimo á las de Klenau (2): este último guardaba la margen del río. La doble reserva de caballería y de granaderos, acantonada entre Wagram y Gerarsdorf, enlazaba las dos masas del ejército austriaco. La de la izquierda que estaba acampada entre Neusiedel y Wagram, hubiera podido defender las alturas obstinadamente, y durante este tiempo, la de la derecha que se extendía de Gerarsdorf á Stammersdorf, debería haber tomado la ofensiva, dirigiéndose al flanco de los franceses, y separarlos del Danubio ó arrojarlos en este río. El archiduque pensaba efectivamente conducirse de este modo, como se verá bien pronto, pero sin haber construido ninguna de las obras que deberían haber puesto inabordable la posición formada entre Wagram y Neusiedel.

En fin, la última precaución que había habido que tomar hubiera sido reconcentrar sus fuerzas de modo que fuera en el campo de batalla superior en número á su adversario. El movimiento de reconcentración que iba llevando unos tras otros los cuerpos franceses al pie de las murallas de Viena, lo conocía el generalísimo austriaco, aunque la maniobra principal, la que debía hacer que el ejército de Italia concurriese á la gran batalla, se la había ocultado Napoleón hábilmente. Este modo de obrar debería haberle servido de lección, é inducirle á reunir entre la isla de Lobau y Wagram todas las tropas que no eran indispensables en otra parte. Sin embargo, como sucede á todos los hombres de

(1) Mandáballo antes el príncipe Luis.

(2) Mandado antes por el general Hiller.

animo irresoluto, habia seguido muy imperfectamente el ejemplo tan instructivo que le daba su adversario. Efectivamente, hizo ir de Lintz á Wagram el cuerpo de Kollovraht, con lo cual recibió un refuerzo de cerca de veinte mil hombres; pero de estos dejó en el Alto Danubio unos diez mil cuando menos, parte de los cuales hubiera podido llevar á su lado tambien, viendo como era evidente que los franceses no tenian proyecto alguno por aquella parte. Pensaba en hacer ir al archiduque Juan, cuando deberia ya tenerlo á su lado, pudiendo como podia defenderse la ciudad de Presburgo con tres ó cuatro mil hombres de guarnicion. Hubiera podido agregarle el general Chasteler con siete ú ocho mil hombres, pues para pelear en Hungría con los puestos franceses que quedaron en el Raab, bastaba el ban Giulay, con lo cual hubiera ascendido de doce á veinte mil el refuerzo que le hubiese llevado el archiduque Juan. Por último, el archiduque Fernando estaba haciendo en Polonia una campaña inútil, y empleaba de treinta á treinta y cinco mil hombres en correrías ridículas de Thorn á Sandomir. Conservando en aquella parte del teatro de la guerra unos quince mil hombres, no para contener á los rusos, pues eran poco de temer, sino á los polacos, que se mostraban bastante emprendedores, se habria tenido unos veinte mil hombres mas que hubieran podido concurrir á salvar la monarquía austriaca al pie de los muros de Viena.

Así maniobrando como Napoleon, con ese arte que consiste en dejar en cada sitio únicamente lo indispensable, para llevar al punto decisivo todo lo que pueda rennirse en él sin hacer falta en otra parte, hubiera tenido proporcion el archiduque

Cárlos de recibir veinte mil hombres de Presburgo, nueve ó diez mil de Lintz, y veinte mil de Cracovia, lo que hubiera añadido cincuenta mil hombres á sus fuerzas, y quizá decidido la cuestion en su favor. Efectivamente, ¿qué hubiera sucedido si al desembarcar los franceses con ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil hombres, se hubieran encontrado doscientos mil, ochenta de ellos en una posicion inespugnable, y ciento veinte cayendo sobre ellos por el costado durante el ataque de esa misma posicion? Es probable que, á pesar de todo su genio, hubiera hallado Napoleon en la llanura de Marchfeld tres ó cuatro años mas pronto el fin de su prodigiosa grandeza.

Entreviendo, pero no viendo de un modo seguro el archiduque que la cuestion iba á decidirse entre Wagram y la isla de Lobau, nada habia ejecutado de lo que acabamos de decir. Habia acampado sus tropas en las alturas de Neusiedel á Wagram, las habia colocado allí en barracas, las habia maniobrar para instruir los reclutas, las daba de comer en abundancia pan y carne que proporcionaban los judios, pero las dejaba que carecieran de paja, forrage y agua (escepto los cuerpos situados cerca del Russbach), y de consiguiente ni siquiera las habia preservado de las privaciones, aunque estaba en su pais, y le secundaban con su patriotismo todas las poblaciones. Casi nada habia hecho para remontar la caballería, aunque los caballos abundaban en Austria, y no obtenia de un pais adicto todo lo que de él sacaba Napoleon, á quien aborrecian á título de conquistador extranjero (1). Podia valuarle los seis cuerpos de que

(1) Los austriacos han tratado de reducir el número

disponia, añadiendo las dos reservas de granaderos y coraceros, en cerca de ciento cincuenta mil hombres, con cuatrocientas bocas de fuego; contaba además con doce mil del archiduque Juan, lo que hacia poco ó menos ciento cincuenta mil, mien-

de tropas de que podian disponer en la batalla de Wagram. Los relatos publicados por ellos valúan su ejército en ciento quince mil hombres, sin contar el príncipe de Reuss, que estaba en Stammersdorf, frente por frente á Viena, y á quien han omitido porque no trabajó en aquella jornada; pero si no trabajó, culpa fué del general en jefe, sin que dejara por esto de hallarse en el terreno. Calculando su cuerpo en catorce ó quince mil hombres, sería el total de cerca de ciento treinta mil hombres, sin el archiduque Juan; pero estos cálculos son muy inferiores á lo verosímil. El 1.^o cuerpo y el 2.^o (Bellegarde y Kollovrath) habian tomado poca parte en los principales combates de la campaña, y debian contar cincuenta mil hombres ó poco menos. Los cuerpos 3.^o y 4.^o habian sufrido, pero se habian cubierto considerablemente las bajas con reclutas, de suerte que señalando á cada uno de ellos veinte mil hombres, tenemos ya un total de noventa mil. Quedan el 6.^o, mandado por Klenau, el 5.^o mandado por el príncipe de Reuss, y, por último, la doble reserva, cuyo número segun confesion, era de ocho mil infantes y ocho mil caballos. No se puede calcular estos tres cuerpos en menos de cincuenta mil hombres, suponiendo al cuerpo de Klenau veinte mil, al de Reuss quince mil, y á la doble reserva diez y seis mil, lo cual da por resultado un total de ciento cuarenta sin el archiduque Juan, y de ciento cincuenta mil con él. Se puede por tanto decir con la mayor verosimilitud que los dos ejércitos tenian iguales fuerzas. Efectivamente, los cálculos mas rigurosos para valuar las tropas del ejército francés dan un resultado de ciento cuarenta á ciento cincuenta mil hombres vivos y efectivos.

tras que podia haber reunido cerca de doscientos mil. Sus tropas le eran muy adictas, pero al mismo tiempo que apreciaban su valor y conocimientos, y le preferian á su hermano, no tenían en su genio suficiente confianza. Temian verle frente á frente con Napoleon casi tanto como él temia verse á sí propio.

Como la aglomeracion de tropas francesas hacia Ebersdorf anunciaba sucesos inmediatos, el archiduque Carlos, que ya estaba sobre aviso con esa misma aglomeracion, se alarmó al oír el fuego de cañon provocado por la division Legrand, y puso sus tropas en movimiento, persuadido que iba á darse otra vez principio al paso por el mismo punto. Una vanguardia mandada por el general Nordmann ocupaba ya á Enzersdorf, la llanura de la derecha de la isla, el pequeño reducto de *Casa Blanca*, y los bosques situados en la confluencia de los dos brazos del Danubio. Mientras que este punto, el mas amenazado, estaba guardado por una simple vanguardia, el general Klenau con todo el 6.^o cuerpo, ocupaba las obras construidas entre Aspern y Essling, delante de las que se suponía volveria á presentarse el ejército francés para combatir. El archiduque Carlos bajó de las alturas de Wagram á la llanura de Marchfeld con los cuerpos de Bellegarde, Hohenzollern y Rosenberg, para apoyar á Nordmann y Klenau. Hizo bajar tambien del semicírculo de colinas que formaba su derecha de Wagram al Danubio, el cuerpo de Kollovrath (el 3.^o), dejando en posicion al príncipe de Reuss en Stammersdorf, frente á Viena, á fin de observar si los franceses intentaban algo por aquella parte. La doble reserva de infanteria y caballe-

ria se quedó detrás, en las cercanías de Gerarsdorf. Así permaneció tomando posición el 1.º y el 2 de julio, pero luego, viendo que los franceses no aparecían, imaginándose que no se intentaría el paso inmediatamente, y repugnándole tener en aquella llanura, en medio de un calor sofocante, su ejército espuesto á todas las privaciones, lo condujo á las alturas en que estaba acostumbrado á acampar. Mantuvo la vanguardia de Nordmann entre Enzersdorf y *Casa Blanca*, y el cuerpo de Kleinau en las obras de Essling y Aspern, aguardando una demostración mas seria para volver á bajar á la llanura y dar la batalla.

El 3 de julio no hizo otra cosa Napoleon que preparar definitivamente y en secreto, detrás de la cortina que formaban los bosques, el material de paso, y aguardar á las tropas que no cesaban de atravesar los puentes para trasladarse á la isla de Lobau. La aglomeración cada vez mayor de fuerzas podia divisarse desde lejos, y advertido el archiduque Carlos, ordenó el día 4 á la artillería de Aspern, Essling y Enzersdorf que tirara sobre la isla, para arrojar á ella bombas, ninguna de las cuales debía perderse, al caer en medio de semejante monton de hombres. Efectivamente, jamás se habia visto en un espacio de una legua de ancho y tres de circunferencia, ciento cincuenta mil soldados, quinientas cincuenta bocas de fuego y cuarenta mil caballos, amontonados unos sobre otros. Por fortuna la isla era demasiado grande para que los proyectiles arrojados desde Essling y Aspern pudieran causar un efecto mortífero: para ello hubiera sido menester cañones de grueso calibre, como los que Napoleon habia tenido la prevision de

poner en batería, mientras que el archiduque solo tenia en sus obras piezas de campaña. Sin embargo, las tropas de Massena, que eran las mas inmediatas al enemigo, perdieron unos cuantos hombres por las bombas.

El 4 á la caída de la tarde, Massena, Davout y Oudinot, cubiertos con la cortina de bosques, se acercaron á la derecha de la isla, y se colocaron, Massena frente á Enzersdorf, Davout algo mas abajo, frente á *Casa Blanca*, y Oudinot debajo, frente á los espesos bosques de la confluencia. El coronel de los marinos, Baste, ancló cerca de este último sitio con sus lanchas cañoneras, dispuesto á convoyar las tropas de desembarque, y á las nueve empezó á pasar el cuerpo de Oudinot. La brigada Courroux, de la division Tharreau, embarcada en las barcazas de que hemos hablado, y escoltada por la escuadrilla del coronel Baste, salió de los golfos interiores de la isla de Lobau, y se dirigió hacia los bosques de la confluencia. La noche estaba pesada, y el cielo, cargado de densas nubes, anunciaba una furiosa tormenta de verano, lo cual no podia menos que favorecer nuestra empresa. En pocos minutos se atravesó el brazo pequeño, aunque se ensanchaba al acercarse al grande, y desembarcando en la orilla opuesta, se hizo prisioneros á los centinelas enemigos que pertenecian á la vanguardia del general Nordmann, y en seguida se tomó el reducto de *Casa Blanca*, todo en un cuarto de hora, y costándonos unos cuantos hombres nada mas. Al instante se ató á un árbol designado de antemano la sirga, y las barcazas, comenzando sus idas y venidas, transportaron rápidamente el resto de la division Thar-

reau. En el mismo momento el capitán Larue, siempre secundado por el coronel Baste, llevó al punto señalado los materiales del puente que debía establecerse en el embocadero del brazo pequeño en el grande, y dirigió su trabajo de modo que lo terminó en menos de dos horas. Durante este tiempo la división Tharreau se tiroteaba en la otra orilla en medio de la oscuridad con las vanguardias austriacas, á las que no le costó trabajo rechazar, y las divisiones Grandjean (en otro tiempo Saint-Hilaire) y Frere (Clapareda en otro tiempo), que completaban el cuerpo de Oudinot, se formaban en columna cerrada, esperando se echara el puente, para pasar cuando les llegara su vez y juntarse con la división Tharreau.

El mariscal Massena habia recibido orden de no empezar el paso sino cuando el general Oudinot tuviera muy adelantado el suyo, y hubiese tomado tierra en la orilla enemiga. A las once se puso en movimiento con las tres divisiones Boudet, Carra Saint-Cyr y Molitor, pues la de Legrand habia ya atravesado el río entre Essling y Aspern. Quinientos volteadores embarcados en cinco barcazas, escoltados por el coronel Baste y conducidos por el valiente ayudante de campo Sainte-Croix, desembarcaron del canal interior de la *isla de Alejandro* y atravesaron el brazo pequeño bajo el fuego de los puestos avanzados austriacos, que habian atraído los fusilazos de Oudinot. Arrostraron este fuego, y llegaron bien pronto á la orilla opuesta; pero como las barcazas abordaban á ella con dificultad, arrojáronse los soldados al agua hasta la cintura, unos para pelear cuerpo á cuerpo con los tiradores enemigos, y otros para llevar las barcazas á tierra.

Atada á un árbol la sirga, empezó la travesía, y se dió auxilio á los volteadores que luchaban con la vanguardia de Nordmann. En el interin, el puente de una sola pieza, dirigido por el comandante Desalles, salía del canal de la *isla de Alejandro*, se encogia para seguir las vueltas y revueltas de este canal, se desdoblaba despues de atravesarlas, y luego entregado á la corriente iba á pararse cincuenta toesas mas abajo á fin de dejar el paso franco á los materiales de los demas puentes. Unos cuantos pontoneros intrépidos avanzando en una lancha bajo el fuego de la fusileria enemiga, fueron á echar un ancla, sobre la que halaron el puente para enderezarle y colocarle transversalmente. Mientras que se le sujetaba fuertemente por la parte en que nos hallábamos, las tropas de la división Boudet se lanzaron sobre él para sujetarle en la otra orilla. Quince ó veinte minutos fueron suficientes para acabar aquella bonita operacion, y al punto desfiló el resto de las tropas de Massena para ir á tomar posesion de la orilla izquierda, antes que los austriacos tuvieran tiempo de oponer masas al ejército francés al tiempo de desplegarse.

El puente de pontones, y luego el de balsas, salieron sucesivamente del canal de la *isla de Alejandro*, pero en piezas separadas, y se los colocó mas arriba del puente de una sola pieza, á cien toesas unos de otros. El puente de pontones estaba destinado para la infanteria del mariscal Davout, y el de balsas para la artilleria y la caballeria de los mariscales Davout y Massena, debiendo acabarse el primero en menos de dos horas y media, y el segundo en cuatro ó cinco. Los pontoneros trabajaban bajo un fuego continuo sin turbarse ni aljojar.

Una vez descubierto su proyecto, Napoleón mandó á la artillería de los reductos que empezara á tirar, en primer lugar para demoler la villa de Enzersdorf, de modo que no pudiera servir de punto de apoyo al enemigo, y en seguida para cubrir la llanura de mas arriba con tanta metralla que fuese imposible á las tropas de Nordmann mantenerse en ella. Igual orden dió, no solo á las baterías colocadas á la derecha de la isla, sino á las que se habian colocado en la izquierda hacia el punto primitivo de paso, á fin de aturdir á los austriacos con la simultaneidad de estos ataques. De pronto ciento nueve bocas de fuego del mayor calibre poblaron el aire con sus detonaciones, y el coronel Baste, recorriendo el Danubio con sus lanchas cañoneras, tanto por cima como por bajo de la isla de Lobau, se puso á disparar cañonazos donde quiera que veia fuego, hasta el punto de volver loco al enemigo mas tranquilo y resuelto. Bien pronto el cielo juntó sus estampidos á los de Napoleón, y la tormenta de que estaba cargada la atmósfera, rompió en torrentes de lluvia y granizo sobre las cabezas de los dos ejércitos. El rayo surcaba los aires, y cuando dejaba de brillar, millares de bombas y obuses los surcaban á su vez, precipitandose sobre la infeliz poblacion de Enzersdorf. Jamás habia presentado la guerra en su mayor furia un espectáculo tan espantoso. Napoleón, corriendo á caballo de un extremo á otro de la orilla en que se ejecutaba aquella prodigiosa empresa, todo lo dirigia con la calma, con la seguridad de que van acompañados proyectos largamente meditados. Sus oficiales, tan dispuestos como él, no se sentían en medio de aquella noche ni turbados ni embara-

zados, y todo marchaba con completa regularidad á pesar del granizo, la lluvia, las balas, las bombas, el rugido del trueno y el estampido del cañón. Viena, despierta con tan siniestros ruidos, sabia al fin que iba á decidirse su suerte, y que el pensamiento de Napoleón, con que se la habia amenazado durante tanto tiempo, estaba próximo á cumplirse.

A las dos de la madrugada ya tenia el ejército tres puentes, el de la confluencia, el de una sola pieza mas abajo de la isla de Alejandro, y el de pontones enfrente de esta isla. Oudinot pasó por el primero, Massena por el segundo, y dejó libre inmediatamente su uso al mariscal Davout. Las tropas desfilaron con rapidez y en columnas cerradas, no tardando Oudinot en tomar á la derecha los bosques de la confluencia, en rechazar algunos puestos de Nordmann, atravesar un brazo pequeño llamado de Steigbiegh por unos puentecillos de puntales, y dirigir su izquierda á Casa Blanca, su derecha á un lugarejo que se llamaba Muhlleit. En estos diversos choques se apoderó de tres piezas de artillería é hizo algunos centenares de prisioneros. Algo mas á su derecha se hallaba el castillo fortificado de Sachsengang, en el que habia un batallon austriaco, y lo mandó cercar, acibillándolo con disparos de obus. Durante este tiempo habia desfilado Massena con toda su infantería; pero no teniendo todavía sus cañones, se acercó á la orilla del rio, á fin de resguardarse con la artillería de los reductos. Bajo aquella artillería que alcanzaba muy lejos, no podia estarse en la llanura, de suerte que las tropas de Nordmann fueron retirándose poco á poco. El cuerpo del mariscal

Davout atravesó en seguida el puente de que se habían servido las tropas de Massena, y á todo esto continuó un horrible fuego de cañón destruyendo á Enzersdorf, cuyas casas se desplomaban en medio de las llamas.

Cuando la luz del día iluminó las orillas del río, á eso de las cuatro de la mañana, se presentó un espectáculo imponente á la vista de los dos ejércitos. La tormenta se había disipado, y saliendo el sol radiante, hacia relucir millares de bayonetas y cascos. A la derecha aparecía el general Oudinot en la llanura, mientras que su retaguardia fulminaba disparos de cañón contra el castillo de Sachsengang. A la izquierda apoyábase Massena en Enzersdorf, cuya población estaba ardiendo todavía, sin poder devolver el fuego con que se la acibillaba, pues al cabo de algunos instantes su artillería quedó apagada. El hueco que quedaba entre estos dos cuerpos, lo llenaba el de Davout, que había pasado todo entero. Parte de la artillería y la caballería había desfilado por el puente de pontones, y el resto se amontonaba en el puente de balsas, siguiendo la guardia imperial, para pasar cuando le tocara. Setenta mil hombres se hallaban ya formados en batalla en la orilla enemiga, capaces por sí solos de hacer frente á las fuerzas del archiduque Carlos. Bernadotte con los sajones se preparaba á desfilar después de la guardia imperial; los ejércitos de Italia y Dalmacia, y la división bávara, trasportados durante la noche á la isla de Lobau, avanzaban por su parte, y todo marchaba con una homogeneidad maravillosa é irresistible. Los soldados, á quienes se prohibió que encendieran fogatas mientras duró la noche, para

no presentar blanco á los proyectiles del enemigo, y que estaban calados del todo con la lluvia, se enjugaban á los primeros rayos de un sol de julio, y algunos de ellos salían de las filas para ir á abrazar á parientes ó á amigos á quienes hacía años no veían, pues cuerpos llegados, unos del fondo de la Dalmacia, y otros de los confines de Polonia y España, se volvían á ver en aquel campo de batalla, después de haberse separado en Austerlitz para trasladarse á las estremidades opuestas del continente. Bávaros, badenses, sajones, polacos, portugueses é italianos, mezclados con franceses, se hallaban en aquella cita de naciones, dispuestos á batirse por una política que les era estraña. El júbilo de nuestros soldados estallaba por doquier, aunque gran número de ellos no debían existir aquella noche. Animábanles el sol, la confianza que tenían en la victoria, el amor al triunfo y la esperanza de brillantes premios. Sobre todo estaban encantados con haber vencido al Danubio, y admiraban los recursos del genio que los había trasportado tan pronto y en masa tan respetable de una orilla á otra de aquel gran río. Así al divisar á Napoleón que recorría á caballo las filas, ponían los chacos en la punta de las bayonetas, y le saludaban gritando: ¡Viva el emperador! (1).

Con arreglo al mandato de Napoleón, debíamos apoderarnos á la izquierda de la villa de Enzers-

(1) Los pormenores que doy aquí no son invenciones de la imaginación, que siempre me han parecido indignas de la historia. Los saco de una multitud de memorias contemporáneas, publicadas é inéditas, especialmente las de los mariscales Macdonald, Marmont, Davout, etc.

dorf, y á la derecha del castillo de Sachsengang, á fin de no dejar enemigos á la espalda, al desplegarlos en la llanura. Algunas obras de campaña de relieve muy endebles cubrían las puertas de aquella poblacion, medio reducida á cenizas, y un batallon austriaco la defendia; pero casi habia agotado sus municiones, é iba á ser reemplazado por otro, cuando Massena ordenó el ataque. Sus dos ayudantes de campo, Sainte-Croix y Pellet, asaltaron una de las puertas de Enzersdorf con el 46.º, mientras que Lasalle envolviendo la poblacion con su caballeria lijera impidió fueran á socorrerla. La infanteria tomó á la bayoneta las obras levantadas en las puertas, entró en las calles, las cuales estaban ardiendo, y cogió al batallon enemigo toda la gente que no le mató, siendo acuchillados por la caballeria de Lasalle los hombres que trataron de salir.

Por su parte, el general Oudinot, despues de batir á cañonazos el castillo de Sachsengang, le intimó la rendicion, y el comandante, viéndose como anegado en medio de ciento cincuenta mil hombres, se entregó sin hacer resistencia. Desde entonces nada tenia ya el ejército en las alas que debiera inquietarle ó estorbarle, y podia desplegarse en la llanura enfrente del archiduque Carlos, ofreciéndole la batalla al pie de las alturas de Wagram. Este príncipe veia en aquel momento cruelmente burladas todas sus previsiones. Creyendo que los franceses pasarían, como la vez primera, á la izquierda de la isla, solo habia colocado á la derecha á Nordmann, sin apoyo de ninguna obra, y habia formado todo el cuerpo de Klenau detras de las trincheras de Essling y Aspern, de-

lante de las que no debíamos desembocar. Despues de semejante engaño no quedaba mas recurso á su vanguardia que retirarse, pues si se obstinaba Klenau, se le iba á coger la vuelta en los reductos de Essling y Aspern. A mayor abundamiento, el archiduque generalísimo, no juzgando todavía tan grave la situacion como lo era verdaderamente, creyó que solo se habia efectuado el paso en parte, que el ejército frances emplearia veinte y cuatro horas, cuando menos, para atravesar el rio y desplegarse, y que tendria tiempo de acometerle antes que estuviera en situacion de defenderse. Colocado en una altura al lado de su hermano el emperador, que le pedia cuenta de los sucesos, le dijo que era verdad habian forzado los franceses el Danubio, pero que los dejaba pasar para arrojarlos al rio. «Bien está, contestó el emperador con agudeza, mas no dejes pasar un número demasiado grande (1).» El archiduque Carlos, que no tenia ya otro remedio, mandó decir á Klenau que no se comprometiera, y se replegara en orden sobre el grueso del ejército.

Cuando Napoleon tuvo allende el rio las tres cuartas partes de su ejército, no pensó sino en ganar terreno á fin de poder formarse en batalla, y marchando con suma prudencia, ordenó varias precauciones antes de avanzar mas. Aunque tenia bastantes puentes para trasportar sus tropas de una orilla á otra, queria recibir mas pronto el material, y sobre todo tener muchos medios de reti-

(1) Este dicho notable quedó como tradicion entre los militares de aquella época.

rada para en caso de una desgracia. En su consecuencia mandó echar otros tres puentes, que añadidos á los cuatro echados en la noche anterior, hacian siete. Como todos los materiales estaban dispuestos iba á ser obedecido en unas cuantas horas: mandó ademas levantar igual número de cabeceras de puentes, unas de laginas, y otras de sacos de tierra, preparados de antemano, á fin de que alejándose como se alejaba el ejército, no pudiera verse privado de sus comunicaciones por una repentina invasion á la espalda. Por último, confió á un oficial escelente, muy conocido ya, y muy á propósito para la guerra defensiva, al general Regnier, la guarda de la isla de Lobau. Para ello le dejó siete batallones, dos de los cuales debian custodiar los puentes grandes, uno el de la confluencia, y otro los del brazo pequeño, formando los tres restantes una reserva en el centro de la isla. Por supuesto se dió orden de no dejar pasar á nadie al otro lado del rio, á no ser los heridos.

Tomadas estas precauciones, Napoleon empezó á desplegarse en la llanura, permaneciendo inmóvil su izquierda cerca de Enzersdorf y del Danubio, y marchando su derecha para aproximarse á las alturas de Wagram, con lo cual hacia un movimiento de conversion. Estaba formado en dos filas: en la primera se hallaba Massena á la izquierda, Oudinot en el centro, y Davout á la derecha; en segunda fila se veia Bernadotte á la izquierda, Marmont y de Wrede en el centro, y el ejército de Italia á la derecha. La guardia y los coraceros presentaban detrás una reserva soberbia. La artillería avanzaba sobre el frente de los cuerpos, mezclada con algunos destacamentos de

caballería. El grueso de la caballería, como husares, cazadores y dragones, estaba esparcido por las alas. Por último, Napoleon iba en el centro, tranquilo, pero naturalmente algo orgulloso con su poderío, y contando con una victoria segura y decisiva.

Continuó ganando terreno, girando siempre perpendicularmente sobre la izquierda, apartándose unos de otros los cuerpos que estaban en primera fila para ir dejando hueco á los que estaban en segunda, y desplegándose así todo el ejército en forma de abanico delante del enemigo, que se replegaba á las alturas de Wagram. Nuestra artillería tiraba marchando y todo, y nuestra caballería cargaba á la caballería austriaca cuando podia alcanzarla, ó se apoderaba de las retaguardias de infantería que se quedaban rezagadas. El cuerpo de Davout encontró en su camino la aldea de Rutzendorf, contra la cual no servia caballería; la mandó atacar con infantería y la tomó haciendo prisioneros unos cuantos centenares de hombres. La division francesa Dupas, que marchaba con los sajones de Bernadotte, tomó tambien la aldea de Raschdorf, en cuyo punto la caballería austriaca quiso sostener á su infantería, pero fué rechazada por los coraceros sajones, quienes al mando del ayudante de campo Gerard, (despues mariscal), se portaron valerosamente. Massena, que subia con lentitud por los bordes del Danubio, encontró en su movimiento, primero Essling, y luego Aspern, las cogió la vuelta y entró en ellas sin resistencia, retirándose el sexto cuerpo de Klenau por Leopoldau hácia Stammersdorf y Gerarsdorf. Así pues, lo atrevido de nuestra salida por la derecha derribó to-

dos los medios de defensa que el enemigo tenía en la izquierda, y no le quedaba otro recurso que disputarnos la llanura de Marchfeld, dándonos al día siguiente una batalla sangrienta. El 5 á las seis de la tarde, rodeábamos en toda su estension la línea de alturas de Wagram, habiendo perdido para ejecutar esta magnífica operacion, á lo mas unos cuantos centenares de soldados, puesto fuera de combate cerca de dos mil austriacos, y hecho en Sachsengang, Euzersdorf, Raehsdorf y Rutzen-dorf, cerca de tres mil prisioneros (1).

El ejército francés, que se habia desplegado en marcha, no formaba ya sino una larga línea de cerca de tres leguas, paralela á la de los austriacos, la cual era casi recta de Neusiedel á Wagram, pero curva en el centro hacia Aderklaa, y continuaba semicircularmente por Gerarsdorf y Stammersdorf hasta la orilla del Danubio. De Neusiedel, aldea dominada por una torre cuadrada, á Wagram, se estendian por una cuesta suave las alturas en que estaba acampada el ala izquierda del ejército austriaco, en número de setenta y cinco mil hombres, y protegida por un arroyo cenagoso, el de Russbach. Allí es donde se hubiera podido con el auxilio del arte, como ya hemos dicho, levantar trincheras invencibles, pero afortunadamente no se veía sino las barracas del campamento. En Neusiedel, es decir, á la extrema izquierda de los austriacos, se hallaba el príncipe de Rosenberg con la vanguardia de Nordmann y una numerosa

(1) Los boletines de esta jornada hablan de mayor número de prisioneros, pero es una exageracion calculada evidentemente.

caballería; no tan á la izquierda, hacia Baumersdorf, estaba situado el cuerpo de Hohenzollern, y acercándose al centro, en Wagram, el cuerpo de Bellegarde con el cuartel general del archiduque Carlos. Hacia aquel punto es donde la línea de batalla empezaba á encorvarse para juntarse con el Danubio, y donde cesaba la útil proteccion del Russbach. Los austriacos tenían en su centro mismo la reserva de granaderos y coraceros, estendiéndose en semicírculo de Wagram á Gerarsdorf. A su derecha tenían el tercer cuerpo bajo el mando de Kollovrat, el 6.º mandado por el general Klenau, que acababa de retirarse de Essling y Aspern, y en fin el 5.º á las órdenes del príncipe de Reuss entre Gerarsdorf, Stammersdorf y el Danubio.

La línea francesa seguía exactamente las inflexiones de la línea enemiga. Delante del ala izquierda de los austriacos teníamos nuestra ala derecha, es decir, á Davout situado en la aldea de Glinzendorf, dando frente al cuerpo de Rosenberg, y Oudinot, establecido en la aldea de Grosshofen, en frente del cuerpo de Hohenzollern. En el centro se hallaba el ejército de Italia opuesto al cuerpo de Bellegarde. Volviendo á la izquierda, frente por frente á Wagram, se veía en la aldea de Aderklaa á Bernadotte con los sajones encargado de contrarrestar á la doble reserva de granaderos y coraceros, y, por último, enteramente á la izquierda, de Süssenbrunn á Kagram, las cuatro divisiones de Massena, destinadas á contener los cuerpos de Kollovrat, Klenau y Reuss. En el centro, detrás del ejército de Italia y de los sajones, habia guardado Napoleon de reserva el cuerpo de Marmont,

la guardia imperial, los bávaros y los coraceros. Así en aquella vasta línea de batalla, recta, como acabamos de decir, desde Neusiedel hasta Wagram, y curva desde Wagram á Stammersdorf, los austriacos tenían su mayor fuerza en las alas, y la menor en el centro, puesto que la reserva de granaderos y coraceros formaba por sí sola el enlace de las dos masas principales. Nosotros poseíamos al contrario fuerza suficiente en nuestra ala derecha de Glinzendorf á Grosshofen, donde estaban Davout y Oudinot, y una muy módica en nuestra ala izquierda desde Süssenbrunn hasta Kagran, donde estaba Massena solo; pero una considerable en el centro entre Grosshofen y Aderklaa, puesto que en aquel parage, además del ejército de Italia y los sajones, había el ejército de Dalmacia, la guardia imperial, los bávaros y toda la caballería pesada. Esta disposición era seguramente la mejor, la que proporcionaba el acudir mas pronto á las diversas contingencias de la batalla, cayendo rápidamente á derecha ó á izquierda según lo exigiese la necesidad, y la que permitía herir al ejército austriaco en la parte flaca, es decir en medio de la línea. Efectivamente, aquí lo mismo que en Essling, queriendo el archiduque Carlos envolver al ejército francés para impedirle que desembocara, se había debilitado en el centro, y presentaba en aquel punto sitio por donde pudiera penetrar la poderosa espada de su adversario.

Este estado de cosas que no podía escaparse al ojo tan esperto de Napoleon, le inspiró la tentación de acabar de una vez aquella misma tarde por medio de un acto decisivo que le dispensara de verter al día siguiente torrentes de sangre. Todos los in-

formes adquiridos indicaban que el enemigo no se sostenía en parte alguna, y se retiraba con extraña facilidad. En efecto, sorprendido el archiduque Carlos con la súbita aparición del ejército francés, no había tomado disposiciones de ataque, y dejando la batalla para la mañana siguiente, no había dado á sus vanguardias otra instrucción que la de replegarse. Napoleon, concibió pues, la esperanza, creyendo harto lijeramente lo que le decían algunos oficiales, que atacando de repente á la caída de la tarde la meseta de Wagram, se tomaría el centro del enemigo antes que hubiera adoptado suficientes medidas para defenderse, y que cortado en dos el ejército austriaco, se retiraría por sí, con lo cual quedaría reducido el fin de la campaña á perseguir con actividad y de un modo destructor á las fracciones de aquel ejército. No pudiendo el general en jefe ni verlo ni dirigirlo todo personalmente, tenía que fiarse de oficiales que eran unos medianos observadores, y que muchas veces también, como se va á juzgar, obraban sin concierto.

Napoleon mandó, pues, con una imprudencia que no correspondía á la admirable prevision desplegada en aquellos dias, tomar la colina de Wagram, contra la cual podian operar, Oudinot atacando á Baumersdorf, el ejército de Italia pasando el Rössbach entre Baumersdorf y Wagram, y Bernadotte arrojándose por Aderklaa sobre el mismo Wagram. Efectivamente, con arreglo á la orden que recibieron, Bernadotte con los sajones y la division Dupas, Macdonald y Grenier con dos divisiones del ejército de Italia, y Oudinot con todo su cuerpo, avanzaron al anochecer hácia la posición de los austriacos. Oudinot marchó sobre Baumers-

dorf, la batió á cañonazos, la prendió fuego con obuses, y se esforzó en arrebatarla á las vanguardias de Hohenzollern, que tenian en el Russbach un medio poderoso de resistencia. En el lado opuesto, Bernadotte se precipitó con los sajones sobre Wagram, á la cual defendia un destacamento de Bellegarde, y se hizo casi dueño de ella, pero no lo necesario para pasar mas allá. Mientras que Oudinot y Bernadotte luchaban en las dos estremidades de aquel ataque para apoderarse de los dos puntos de apoyo del enemigo, Dupas y Macdonald en medio habia llegado al Russbach para atravesarle; pero este arroyo, profundo si poco ancho, ofrecia bastantes obstáculos que vencer. Dupas, con el 5.º de lijeros y el 49.º de linea, se arrojó á él al grito de ¡viva el emperador! En su premura algunos soldados que dieron en la parte mas honda se ahogaron, pero los otros triunfaron del obstáculo, formáronse despues de haberlo superado, y treparon por las cuestras de la colina bajo las balas y la metralla. Al ver los cuerpos austriacos este ataque repentino, se formaron en cuadro detrás de las barracas del campamento, y parapetados los tiradores en este abrigo, se servian de él para hacer un fuego vivísimo. Los dos valientes regimientos franceses de Dupas desalojaron á los tiradores enemigos, trescientos de los cuales hicieron prisioneros, dejaron atrás las líneas de las barracas, y se precipitaron sobre los cuadros. El 5.º de lijeros, que iba á la cabeza, rompió uno de esos cuadros, le cogió la bandera, y lo hizo prisionero. El 49.º apoyó esta accion vigorosa, secundándola igualmente dos batallones sajones agregados á Dupas, y los granaderos de Rudlof y de Melsch. Ya estaba próxima á

ser cortada la línea austriaca, cuando se recibió por detrás un fuego que causó suma sorpresa y mucha inquietud. Las dos columnas del ejército de Italia, una mandada por Macdonald, y otra por Grenier, despues de haberse arrojado al Russbach y haberle atravesado, subian la colina con el arma al brazo, é iban á juntarse con Dupas, cuando descubriendo á los sajones de éste, los tomaron por enemigos é hicieron fuego sobre ellos. Este ataque inesperado por la espalda, asustó á los sajones, y se replegaron tirando sobre las tropas de Macdonald y Grenier. Estas creyendo que les cargaban de frente, y sufriendo al mismo tiempo por el lado de Baumersdorf, que el cuerpo de Hohenzollern no habia dejado, un ataque de costado, sintieron una alarma que la oscuridad convirtió bien pronto en pánico. Precipitaronse de la colina, seguidas de los sajones espantados, y se dieron á la fuga en un desorden increíble. El único que quedó formando punta con sus dos regimientos franceses fué Dupas; pero le acometió por todas partes el cuerpo de Bellegarde que habia formado el archiduque Carlos mismo, y se vió obligado á ceder el terreno, evacuando la colina bajo cargas repetidas de infanteria y caballeria. Oudinot interrumpió el ataque de Baumersdorf, y Bernadotte abandonó á Wagram que casi habia conquistado, para acercarse á Aderklaa.

Aquella refriega costó á la division Dupas unos mil hombres, la dispersion de sus dos batallones sajones, que se habian entregado á los austriacos con demasiada precipitacion, y como unos mil hombres extraviados al ejército de Italia. Por fortuna la caballeria, lanzandose en todas direcciones,

no tardó en llevar á sus cuerpos los soldados aislados. Nuestro ejército, siempre valiente, tenia sin embargo menos experiencia que el de Austerlitz ó de Friedland, y era demasiado numeroso, estaba mezclado de elementos sobrado diferentes, para que fuera tan firme, sólido y maniobrero como en otro tiempo. Por lo demás, esta era una derrota de poca consecuencia entre el maravilloso paso que acababa de efectuar, y la ruidosa victoria que esperaba con fundamento alcanzar á la mañana siguiente.

Napoleon mandó á todos sus cuerpos que vagueran en las posiciones tomadas al concluir el día, siendo como siempre su centro de una gran fuerza, y capaz de dar auxilio á cualquiera de sus alas que lo necesitase. No habia ninguna leña en la llanura, y no se podia encender lumbre, lo cual era una privacion penosa, pues aun cuando se estaba en el mes de julio, la noche era fria. Cada cual se acostó sobre su capote, despues de haberse alimentado con galleta y aguardiente. Napoleon no tuvo para calentarse en su vivac otro fuego que unos haces de paja, y empleó varias horas en conferenciar con sus mariscales para darles á conocer bien sus intenciones, despidiéndolos antes que fuese de dia, escepto á Davout, á quien conservó á su lado hasta la aurora. Era la tercera noche que pasaba en pie ó á caballo.

Durante este tiempo el archiduque Carlos habia tomado al fin serias disposiciones para la batalla, considerando preciso á la mañana siguiente, ó arrollar al ejército francés hácia el Danubio ó rendir su espada al vencedor de Marengo y Austerlitz. Siempre habia tenido el generalísimo aus-

triacó el pensamiento, inspirado por el estudio antiquísimo de aquel campo de batalla, de oponer al movimiento ofensivo de los franceses su izquierda acampada en las alturas de Neusiedel á Wagram, y luego, mientras que los franceses estuvieran ocupados delante de aquella especie de campo atrincherado, tomar á su vez la ofensiva contra ellos con su derecha recogida por delante, caer así en su flanco, separarlos del Danubio, y cuando los hubiese reducido á tener que tomar la ofensiva, hacer bajar de las alturas de Wagram su izquierda misma, á fin de empujarlos hácia el rio con todas sus fuerzas reunidas. Esperaba además, que mientras que su izquierda defenderia las orillas del Russbach y su derecha atacaria á los franceses de costado, podria el archiduque Juan, volviendo á subir de Presburgo, ir á atacarles por la espalda, y que no se sostendrian contra semejante concurso de esfuerzos. Todo esto hubiera sido posible y aun probable, si maniobrando como Napoleon, hubiera llevado el archiduque al campo de batalla treinta ó cuarenta mil hombres mas que habria podido tener en él; si hubiera advertido con tiempo á su hermano el archiduque Juan; y, en fin, si aprovechándose de la circunstancia de que conocia anticipadamente el campo de batalla, hubiese amontonado entre Neusiedel y Wagram obras que hubiera hecho inespugnable aquel campo atrincherado. Entonces un ataque por el costado contra los franceses, causados ya con una tentativa infructuosa, hubiera producido resultados infalibles; pero, segun se ha visto, nada de todo esto habia hecho el archiduque Carlos; se habia limitado á levantar en el terreno, que era preciso

defender, barracas para sus tropas, y no habia enviado á su hermano el archiduque Juan la orden de reunirse sino la víspera por la tarde, es decir el 4. El obstáculo que estas barracas presentaron en la refriega de aquella noche y el combate del dia siguiente, basta para probar lo que hubiera podido suceder, añadiendo obras considerables á la configuracion de los sitios.

Sea lo que fuere, lo cierto es que en una casa medio incendiada de la aldea de Wagram, evacuada por Bernadotte, dictó sus órdenes el archiduque Carlos. Mandó á su izquierda que no entrara en accion hasta que su derecha, puesta en movimiento desde aquella misma noche, hubiera embestido á los franceses y empezado á hacerles bambolearse con el ataque de costado de que estaba encargada. Esta ala, compuesta de los cuerpos de Klenau y de Kollovrat, debia ponerse en marcha al punto, es decir, á la una ó las dos de la madrugada, precipitarse sobre nuestra izquierda que solo se componia del cuerpo de Massena, y rechazarla de Kagram á Aspern, y de Süssenbrunn á Breitenlee. Luego despues, las reservas de granaderos y cocaceros, formando entre Gerarsdorf y Wagram el enlace de la derecha con el centro, debian avanzar sobre Aderklaa, y juntarse alli con parte del cuerpo de Bellegarde, que para ello bajaria de la meseta de Wagram. Una vez pronunciado este movimiento, la izquierda, compuesta de los cuerpos de Hohenzollern y de Rosenberg, tenia orden de bajar cuando le llegara su vez hacia Baumersdorf y Neusiedel, atravesar el Rüssbach, tomar las aldeas de Grosshofen y de Glinzendorf que ocupaba el mariscal Davout, y completar asi esa doble

maniobra de costado y de frente, que segun el generalísimo debia producir el que los franceses fuesen arrollados hacia el Danubio.

En este plan, no se sabe por qué el cuerpo del príncipe de Reuss, que se hallaba sobre el mismo Danubio, mas inmediato á este rio que el cuerpo de Klenau, y que terminaba cerca de Stammersdorf el ala derecha de los austriacos, no tenia orden de concurrir á las operaciones de esta ala, haciendo asi mas irresistible el ataque que estaba encargada de ejecutar. No era tan grande la necesidad que habia de observar el desembocadero de Viena para ir á paralizar todo un cuerpo, pues era evidente por el paso de los franceses á través de la isla de Lobau, que no meditaban otro por diferente parage. En fin, era menester que las órdenes estuviesen calculadas bajo el aspecto de la distancia y el tiempo, de modo que pudiera obrar cada cuerpo en el momento oportuno, y que la izquierda, por ejemplo, que á causa de su proximidad iba á recibir las órdenes del generalísimo mucho antes que la derecha, no se pusiera en movimiento hasta que esta hubiera producido en los franceses el bamboleo de costado que permitiera atacarlos de frente con buen éxito. Empero en todo, lo mismo en asuntos de guerra que de administracion ó gobierno, solo saben hacerse comprender y obedecer los hombres de imaginacion despejada.

Las órdenes del generalísimo expedidas por la noche en Wagram llegaron en menos de una hora á la izquierda, es decir á los cuerpos de Hohenzollern y de Rosenberg, que estaban una legua de distancia, entre Wagram y Neusiedel, y exigieron mas de dos horas para ser trasmitidas á la derecha,

esto es, á los cuerpos de Kollovrath y de Klenau que se hallaban á mas de dos leguas entre Gerarsdorf y Stammersdorf, y á los cuales hubo que buscar en medio de una gran confusion. Para colmo de desgracia, en la retirada de aquella tarde se habia acercado demasiado á Gerarsdorf el cuerpo de Klenau, y habia ido á ocupar el sitio que estaba destinado al de Kollovrath, siendo preciso de consiguiente, ya para reunirse á obscuras con los cuerpos que componian la derecha, ya para hacerles tomar sus respectivas posiciones de batalla, mas tiempo que el que se supuso en el cuartel general, y eran ya cerea de las cuatro cuando apenas empezaban á entrar en movimiento. Al contrario, la izquierda en aquel mismo instante avisada mas pronto, y que no estaba espuesta á perder tiempo para buscar su posicion, iba á ser la primera que operara, cuando no debia operar sino en segundo turno, y mucho despues que la derecha.

Mientras que en el campamento austriaco todo estaba en movimiento, y las tropas para rectificar posiciones mal tomadas se fatigaban en vez de descansar, reinaba entre los franceses una calma profunda. Acostados en el terreno ocupado la víspera, dormian, gracias á Napoleon, que habiendo reforzado bien su derecha, á causa de que era posible llegara el archiduque Juan, pero mucho mas su centro, donde habia amontonado fuerzas considerables, no tenia que hacer otra cosa sino mantenerse tranquilo, aguardando á que el enemigo se tomara el trabajo de descubrir sus designios. Habia mandado, pues, á sus mariscales que estuvieran sobre las armas al rayar el dia, pero que dejaran

antes de obrar que los austriacos se pronunciasen, para asir con certeza el punto en que pudiera herirseles mortalmente. Inclinábase no obstante á hacer que Davout y Oudinot tomaran las alturas de Neusiedel á Wagram, y á abrirse paso al mismo tiempo por el centro con el ejército de Italia, los sajones y el cuerpo de Marmont, mientras que Massena se limitaria á contener con sus cuatro divisiones la derecha de los austriacos, de Aderklaa al Danubio. Napoleon se reservaba los bavaros, la guardia imperial y la caballería pesada para hacer frente á los casos imprevistos; pero aun estos mismos designios estaban subordinados á lo que dierran de sí los sucesos.

A las cuatro de la mañana del 6 de julio, día para siempre memorable, empezó el fuego desde luego á la izquierda de los austriacos, y á la derecha de los franceses, pues el príncipe de Rosenberg, á quien malamente se le habia señalado las cuatro para entrar en accion, bajó de las alturas de Neusiedel, indicadas desde lejos por una gran torre cuadrada, atravesó el Russbach en la aldea misma de Neusiedel, y se dirigió en dos columnas sobre Grosshofen y Glinzeudorf, que atacó con sumo vigor. El mariscal Davout tenia á su disposicion sus tres divisiones ordinarias, Morand, Friant y Gudín, la pequeña division Puthod, compuesta de cuartos batallones (1), seis regimientos de caballería lijera al mando del general Montbrun, tres de dragones á las órdenes del general Grouchy, los cuatro regimientos de coraceros de España manda-

(1) Habia pasado de las órdenes del general Demont á las del general Puthod.

dos por el general Arrighi (después duque de Padua). La izquierda del general Friant, y la derecha del general Gudin enviaron destacamentos en defensa de la aldea de Glinzendorf, mientras que la división Puthod se encargó de disputar al enemigo la aldea de Grosshofen, detrás de la cual había vivaguacado. De una aldea á otra se estendian fuertes arrecifes, y colocados nuestros soldados hábilmente detrás de esa especie de atrincheramiento natural, hicieron un fuego de fusilería bien sostenido que causó infinito daño á los austriacos, sin que estos nos hiciesen sufrir mucho á nosotros. Al oír aquellas detonaciones, envió Napoleon el general Mateo Dumas con orden de que dijera á sus lugartenientes no aventuraran ningun movimiento ofensivo, y se limitasen á disputar bien el terreno que ocupaban hasta que les diera instrucciones definitivas. Luego corrió á la derecha donde se hallaba el mariscal Davout, y en el camino descubrió perfectamente las dos columnas austriacas que desembocando mas allá del Russbach, atacaban las aldeas de Glinzendorf y Grosshofen. Acompañábale una brigada de coraceros de Nansouty, provista de algunas baterías de artillería lijera, y Napoleon los mandó dirigirse sobre el flanco de la columna que atacaba á Grosshofen, lo cual ejecutado instantáneamente, vino muy á propósito, pues cansada aquella columna de sufrir inutilmente un fuego de fusilería mortífero, habia asaltado la aldea y tomádola á la bayoneta. Pero el general Puthod, resuelto á recobrarla, se arrojó al frente de una reserva, y secundado por la artillería montada de Nansouty, consiguió apoderarse de ella. Los austriacos, rechazados así de frente, y metrallados por

el flanco se vieron obligados á retroceder hasta el Russbach. Lo mismo sucedió á la columna que habiendo desembocado de Neusiedel sobre Glinzendorf, encontró al frente la derecha de Gudin y la izquierda de Friant, y por el costado la artillería lijera de los coraceros del general Arrighi, pues tuvo que replegarse igualmente sobre el Russbach. Esta primera tentativa iba á renovarse con mayor energía por el príncipe de Rosenberg, cuando creyendo con razon el archiduque Carlos que su izquierda principiaba la batalla prematuramente, le mandó allover y no comprometerse todavía demasiado. El príncipe de Rosenberg volvió entonces á tomar su posición en las cuestas de Neusiedel, detrás del Russbach.

En aquel momento se habia hecho general el ruido de los disparos de fusil y de cañon en aquel frente inmenso de tres leguas, á lo largo del cual estaban en presencia unos de otros trescientos mil hombres y mil cien piezas de artillería. Napoleon, que veía por todos lados una especie de ataque simultáneo de parte del enemigo, sin que hubiera aclarado su designio, juzgó no obstante, era preciso en todo caso tomar las alturas de Neusiedel, á fin de ocupar el punto hácia el que podian reunirse el archiduque Carlos y el archiduque Juan. Inspeccionando los sitios, se conocia como era menester componérselas para triunfar de aquella especie de campo atrincherado. Las alturas que componian la meseta de Wagram iban costeano los bordes del Danubio, y en Neusiedel y la torre cuadrada, daban un rodeo por detrás, y alejándose del Russbach, solo presentaban una pendiente muy suave, facilísima de subir. Bastaba pues, para

abarcar la línea de las alturas y coger de costado la posición de los austriacos, pasar el Russbach algo más á la derecha y lejos del fuego del enemigo, y luego desplegarse. La caballería ligera de Montbrun y los dragones de Grouchy fueron los encargados de preparar rápidamente los medios de paso, y en seguida las divisiones Morand y Friant recibieron orden de atravesar el Russbach, avanzar formando un ángulo recto con las divisiones Gudra y Puthód, y atacar la meseta por el costado y por la espalda, mientras que estas la atacarían de frente. Una vez tomado el ángulo cuyo remate señalaba la torre cuadrada, se prometía Napoleón que Oudinot asaltaría á Baumersdorf y el ejército de Italia á Wagram. Apoderados los nuestros de estos diversos puntos, podía aparecer el archiduque Juan en el campo de batalla, pero solo iría á él á presenciar un desastre.

Apenas había arreglado estas disposiciones con el mariscal Davout, cuando una multitud de ayudantes de campo, enviados por Massena y Bernadotte, fueron á anunciar á Napoleón un mal principio de jornada tanto en la izquierda como en el centro, y á reclamar á un mismo tiempo su presencia y sus auxilios.

Efectivamente, en el centro y en la izquierda, como es de adivinar según las disposiciones anteriormente indicadas, habían ocurrido sucesos graves, pero muy remediables. El mariscal Bernadotte que la víspera se había visto obligado á evacuar á Wagram, y á retirarse hácia Aderklaa, se hallaba todavía por la mañana en aquella posición, presentando una punta en el hueco de la línea curva que describían los austriacos. A su derecha veía á Be-

llgarde, que obedeciendo las instrucciones del archiduque Carlos, bajaba de las alturas de Wagram hácia Aderklaa con la mayor parte de su cuerpo de ejército, y á su izquierda á la reserva de coraceros y granaderos avanzar sobre Süssenbrunn. Resolvió, pues, replegarse sobre una colinilla situada detrás de Aderklaa, para acercarse al ejército de Italia por un lado y al cuerpo de Massena por el otro; pero aun antes de que hubiera acabado este movimiento, arrojáronse sobre él las vanguardias de Bellegarde, y se trabó un combate encarnizado con los sajones, incapaces de mantenerse firmes largo tiempo contra semejante ataque. Se vió pues obligado á retroceder mucho.

En el mismo instante las cuatro débiles divisiones de Massena, que á lo más presentaban diez y ocho mil hombres contra los sesenta mil de Klenau, Kollvath y Liechtenstein, tenían que retrogradar para tomar sobre nuestra izquierda una posición no tan estensa. Massena, lastimado todavía de la caída de caballo que dió algunos días antes, asistía á la batalla, como se lo había prometido á Napoleón, y cubierto de vendages, mandaba desde una catesa abierta.

Juzgando Massena que si no se oponía una resistencia enérgica hácia el punto que Bernadotte acababa de abandonar, seríamos bien pronto arrollados, y que no solo se vería comprometida la izquierda sino el centro, se apresuró á dirigir sobre Aderklaa la división Carra Saint-Cyr, división compuesta de dos valientes regimientos que entró en ella sin reparar en el peligro. A pesar del obstáculo de las paredes de jardín y de las casas, el 24.º de lijeros y el 4.º de línea, conducidos con estraor-

dinario vigor, tomaron la aldea, y en vez de pararse allí y establecerse sólidamente, no consultando aquellos dos regimientos sino su ardor, desembocaron al otro lado, y fueron á situarse á campo raso, en la posicion en que Bernadotte con razon no habia querido permanecer, recibiendo por la derecha y de frente el fuego de Bellegarde, y por la izquierda el de la reserva de granaderos. Despues de una obstinacion heroica se vieron obligados á ceder al número y á replegarse sobre Aderklaa, privados de sus dos coroneles. Entouces el general Molitor fué á estrecharse con el general Carra Saint-Cyr para sostenerle; pero Legrand y Boudet que se quedaron solos delante de Klenau y Kollovrath, y que formaban cuando mas diez mil hombres contra cuarenta y cinco mil, se vieron obligados á retirarse sobre la izquierda, y abandonar una gran estension de terreno.

Tal era á las nueve de la mañana el estado de cosas que fueron á anunciar á Napoleon, quien, tranquilo en cuanto á su derecha, donde dejaba al mariscal Davout bien instruido de lo que tenia que hacer, salió á galope seguido de su estado mayor para recorrer una distancia de cerca de dos leguas, y reparar el contratiempo cuyas consecuencias podian comprometer su centro. Halló á Bernadotte muy agitado, lo calmó y corrió en seguida á la calesa de Massena, en derredor de la cual llovian las bombas. En aquel momento los granaderos de Aspe, escitados con la presencia del archiduque Carlos que se habia puesto á su cabeza, atravesaban á Aderklaa despues de habérsela quitado á la division Carra Saint-Cyr, y avanzaban victoriosos, teniendo el general Molitor que desplegarse ante

ellos para atajar el boquete y formarse un flanco con su derecha desplegada, á fin de que no le togaran la delantera.

Poco turbado Napoleon al ver este espectáculo, y contando con los vastos recursos de que disponia, conferenció algunos instantes con Massena y arregló su plan de conducta. Segun la direccion de los fuegos, podia juzgarse que Boudet habia tenido que retroceder mucho, y que el archiduque tocaba por su derecha al Danubio. Hasta llegaron oficiales diciendo que Boudet habia sido arrollado hácia Aspera despues de perder toda su artilleria. Con tropas tan firmes como las de Austerlitz, y que sobre todo no hubieran tenido demasiado presente el recuerdo de la jornada de Essling, se hubiera podido dejar que nos adelantaran en la izquierda, con tal que nos sostuviéramos en el centro y que tuviéramos á la derecha una ofensiva victoriosa. Como Davout debia apoderarse bien pronto del cerro de Wagram, y Aderklaa no podia menos que volver á ser conquistada, toda la ventaja hubiera estado de nuestra parte encontrando la derecha de los austriacos entre nosotros y el Danubio, pues la hubiéramos hecho prisionera, y quizá hubiese sucumbido en aquella jornada la casa de Austria. Napoleon tuvo este pensamiento, y lo manifestó algunos dias despues (4); pero con tropas hisoñas en quienes

(4) Algun tiempo despues, yendo á visitar Napoleon las fuerzas que estaban acampadas en las cercanias de Brunn y haciéndolas maniobrar en el campo de batalla de Austerlitz, hablaba de la calidad de las tropas en general, de los ejércitos que habia mandado y de las batallas que habia dado, y volviendo á la última, á la de Wagram, á la cual comparaba con la de Austerlitz, dijo

hacia mella el recuerdo de Essling, era correr un gran riesgo, pues solo la noticia de que el enemigo estaba en los puentes podía alarmarlas en extremo. Desechó, pues, una combinacion que hubiera sido fecunda, pero que las circunstancias hacian peligrosa, y solo pensó en contener al instante el progreso de los austriacos hácia el centro y la izquierda, por medio de una pronta disposicion de tropas que tenia de reserva.

Aquí fué donde recogió el premio de su profunda prevision. Profesaba el principio que reconcentrando en un mismo punto la accion de ciertas armas especiales, era como se conseguia producir efectos en grande, y este es el motivo porque habia querido proporcionar á la guardia una reserva inmensa de artilleria; y conservar á mano otra reserva de catorce regimientos de coraceros. Mandó, pues, se hiciera avanzar á galope toda la artilleria de la guardia, añadiendo aquella de que se pudiera disponer en los cuerpos. Precisamente llegaba al campo el general de Wrede con veinte y cinco piezas de una artilleria escelente, y pidió se le concediera la honra de concurrir á aquel movimiento decisivo. Napoleon consintió en ello, y quiso que se llevara toda aquella artilleria á la carrera, llamando ademas al general Macdonald con sus tres divisiones del ejército de Italia, los fusileros y granaderos de á ca-

que pensó en ejecutar la maniobra de que se trata aquí, y que lo hubiera hecho si hubiese tenido las tropas del campo de Boloña; pero que con tropas, una parte de las que era muy bisona ó impresionable, no se habia atrevido á aventurar una operacion fecunda que hubiera exigido en sus soldados una sangre fria muy rara, la de dejarse coger la vuelta sin inmutarse.

ballo de la guardia y los seis regimientos de coraceros del general Nansouty. Era su proyecto combatir el centro de los austriacos con cien bocas de fuego, y despues acribillarlo con las bayonetas de Macdonald y los sables de Nansouty. Al mismo tiempo decidió que Massena con las divisiones Carra Saint-Cyr, Molitor y Legrand, formadas en columna cerrada haria un movimiento á la derecha y luego se dirigiria perpendicularmente hácia el Danubio para ir á socorrer á Boudet, ejecutando asi una marcha de costado bajo el fuego de los cuerpos de Kollovraht y Klenau. Por lo demas, las cabezas de puente que habia mandado construir por todas partes, le tranquilizaban suficientemente, y tambien en esto recogia el premio de su prevision; pero no queria que sus tropas bisonas pudieran oír el cañon á retaguardia y alarmarse por las comunicaciones del ejército con el Danubio.

Apenas dió estas órdenes fueron obedecidas al instante: las divisiones Carra-Saint-Cyr, Molitor y Legrand conducidas por Massena, se forman en columnas cerradas por division, dando media vuelta, á la derecha, y luego desfilan en una larga columna para aproximarse al Danubio, recibiendo de costado con heroica impassibilidad el fuego de Klenau y de Kollovraht. Los generales Lasalle y Marulaz, protegiéndolos durante su marcha, cargan y rechazan á la caballeria austriaca, mientras que se ejecuta hácia la izquierda este movimiento. Napoleon en el centro, impaciente porque se le reunieran Lauriston y Macdonald, les envia oficiales y mas oficiales para encargarles apresuraran el paso, y montado en un caballo persa, blanco como la nieve, recorre bajo una lluvia

de balas de cañon aquel terreno abandonado por Massena. Los disparos de artillería han adquirido en este momento la frecuencia de los disparos de fusil (4) y todo el mundo se estremece al ver al hombre en quien descansan tantos destinos, espuesto á ser arrebatado por uno de esos ciegos proyectiles que atraviesan el espacio. Al fin, llegan á galope, y haciendo temblar la tierra, la sesenta bocas de fuego de la guardia, seguidas de otras cuarenta francesas y bávaras. El ilustre Dronot, á una indicación que le hace el emperador se coloca de guion, y las cien piezas de artillería que dirige van á alinearse, comenzando al instante el cañoneo mas espantoso que ha habido en nuestras largas guerras. La línea austriaca presenta de Wagram á Aderklaa, y de Aderklaa á Sussenbrunn, un ángulo abierto, cuyos dos lados lo forman Bellegarde por una parte, y los granaderos y coraceros por otra. Las cien bocas de fuego de Lauristou, tirando sin cesar sobre aquella doble línea, la acribillan terriblemente, y no tardan en desmontar la artillería enemiga. Napoleón mira con el antejo el efecto que causa aquella batería formidable, y se felicita de la exactitud de sus cálculos; pero no hasta artillería para romper el centro del ejército austriaco, se necesitan, bayonetas, y pide cada vez con mas impaciencia, las del ejército de Italia, que acuden á paso acelerado. El intrépido Macdonald, recién salido de la desgracia, marcha á la cabeza de su cuerpo, llenando de asombro á los que no le conocen todavía por su uniforme antiguo de general de la república, y disponiéndose á asombrarlos mu-

(4) Espresion testual del mariscal Molitor.

cho mas con su modo de portarse en el fuego. Desplega en una sola fila parte de la division Broussier y una brigada de la division Seras; forma en columna cerrada sobre las alas de aquella línea, á la izquierda el resto de la division Broussier, y á la derecha la division Lamarque, y presenta así al enemigo un cuadrilongo que cierra con los veinte y cuatro escuadrones de coraceros de Nansouty. Queriendo Napoleón darle un apoyo, situa á su espalda, al mando del general Reille, los fusileros y los tiradores de la guardia imperial, en número de ocho batallones, les añade la caballería de la guardia para caer en el momento oportuno sobre la infantería enemiga, y luego fijando la vista en aquel gran espectáculo, aguarda el éxito de la maniobra que ha ordenado.

Macdonald, adelantándose bien pronto á la línea de nuestra artillería para llegar á donde están los austriacos, avanza bajo una lluvia de fuego, dejando á cada paso el terreno cubierto de sus muertos, y heridos, estrechando sus filas sin inmutarse, y comunicando á los soldados su misma arrogancia. — «¡Qué hombre tan valiente!» esclama Napoleón varias veces al verle marchar así bajo la metralla y las bombas. De pronto pónese en movimiento el príncipe Juan de Liechtenstein con su caballería pesada, para intentar un esfuerzo contra aquella infantería que avanza con tanta decisión sobre el centro del ejército austriaco. Macdonald para entonces su cuadrilongo, manda hacer frente á las dos columnas que formaban los lados, y opone de este modo al enemigo tres líneas de fuego. El suelo retiembla con el galope de los coraceros austriacos, pero son

recibidos con tales descargas de fusilería, que se ven obligados á detenerse, y á retroceder sobre su infantería, á la cual ponen con su fuego en un verdadero desórden. Ha llegado el momento de que cargue nuestra caballería, la cual puede, aprovechándose de ese instante de confusión, hacer prisioneros á millares. Macdonald da la orden á Nansouty, pero este general, obligado á traer su tropa sobre el frente del cuadro, cuya última cara ocupaba, pierde, á pesar suyo un tiempo precioso, y cuando está pronto á lanzarse, se ha reparado en parte el desórden de la infantería austriaca. Con todo, carga y rompe varios cuadros. Impaciente Macdonald, se dirige á la caballería de la guardia, que estaba cerca de él, y á la cual mandaba el general Walther; pero éste no debe recibir la orden sino del mariscal Bessieres, y este mariscal acaba de ser derribado por una bala de cañón. Macdonald se desespera, al ver que con esto se le escapa el fruto de la victoria; sin embargo, si no tiene muchos prisioneros, á lo menos ha obligado al ejército austriaco á retroceder, y hecho inútil la empresa intentada sobre el centro y la izquierda de nuestra línea. El archiduque desesperado de poder arrollarnos hácia el Danubio, empieza á desanimar, y se desquita prodigando su vida en medio del fuego. Sus tropas evacuan poco á poco á Aderklaa por un lado, y á Süssenbrunn por el otro.

En este momento está conjurado el grave peligro que amenazaba al ejército, pues Masena, dirigiéndose sobre el Danubio formado en columna, y recibiendo el fuego del enemigo por el flanco, ha llegado cerca del río hácia Aspern, ha hecho fren-

te á la derecha precedido de su caballería, ha vuelto á tomar la ofensiva contra Kollovraht y Kleinau. Boudet se ha puesto otra vez en línea, y marchando todos hácia adelante, llevan á los austriacos hasta Breitenlée é Hirschstatten. A la cabeza de su infantería ejecutan cargas brillantes Lasalle y Marulaz; pero Lasalle, herido de un balazo, termina su gloriosa carrera viendo huir al enemigo.

Así combatido el centro del archiduque con cien bocas de fuego, y contenido por Macdonald, toca retirada, siguiéndole su derecha en el movimiento de retroceso. Si el mariscal, como se le ha mandado, se apodera á la izquierda de los austriacos, de la posición de Neusidel, están perdidos, pues tomada esta posición, no puede ya sostenerse la línea de las alturas de Neusidel á Wagram, y privado de este último apoyo el archiduque Carlos, va á verse cortado del camino de Hungría, separado del archiduque Juan, y rechazado á Bohemia. Por esto Napoleon tranquilo con respecto á su centro y su izquierda no separa la vista de la derecha hácia la torre cuadrada que domina la aldea de Neusidel, y solo espera que progrese el fuego por aquel lado, para lanzar el cuerpo de Oudinot sobre Wagram. Todavía le queda en caso de que apareciera el archiduque Juan la mitad del ejército de Italia, el cuerpo de Marmont, la guardia antigua y los bávaros. Tiene, pues, suceda lo que suceda, recursos para hacer frente á todas las contingencias de aquella jornada.

La confianza que Napoleon ha puesto en el mariscal Davout, es aquí, como siempre, plenamente justificada. Los generales Montbrun y

Grouchy, uno con la caballería ligera y otro con los dragones de Italia, han preparado el paso del Russbach sobre nuestra estrema derecha, ya para ellos, ya para la infantería. Las divisiones Morand y Friant atraviesan este arroyo en pos de la caballería, y plegadas por medio de un movimiento de conversión sobre el flanco de la posición de Neusiedel, forman un ángulo recto con Gudin y Puthod que han quedado delante del Russbach, de Neusiedel á Baumersdorf. Llegado el momento de atacar, aquellas valientes tropas, dignas de tal jefe, trepan al vértice de la posición de Neusiedel con extraordinaria rapidez. Morand, situado en la estrema derecha, es el primero que avanza, porque la cuesta, mas suave por su lado, presenta una subida mas fácil. Friant, colocado entre Morand y Neusiedel, donde forma el remate del ángulo, aguarda á que Morand haya ganado terreno sobre la estremidad de la línea enemiga, para atacar la altura cuando le tocara su vez, limitándose al presente á un violento fuego de artillería que sostiene con sesenta piezas tomadas de varias divisiones. Morand, secundado en la izquierda por aquel cañonero, y en la derecha por las cargas de caballería de Montbrunn, trepa con serenidad al terreno que se alza por delante de él, y Rosenberg, para hacer frente á este ataque de costado, replega su línea hácia atrás; pero el fuego de fusilería de toda aquella parte de la línea austriaca no detiene á Morand, quien continúa subiendo bajo un fuego mortífero, y luego embiste al enemigo formado en columna de ataque. El príncipe de Rosenberg hace entonces un esfuerzo sobre la izquierda de Morand, formada por

el regimiento de línea número 17.º, y le obliga un instante á ceder. Al ver esto Friant, envía en auxilio del 17.º la brigada Gilly, compuesta del 15.º de ligeros y del 33.º de línea, los cuales se arrojan á la bayoneta sobre la altura, y arrollan á las tropas de Rosenberg. Las divisiones Puthod y Gudin, que habian permanecido en frente del Russbach, entran á su vez en acción, conducidas por el mariscal Davout. Puthod se arroja en Neusiedel con sus cuartos batallones, penetra en las calles de aquella aldea, y las disputa á las tropas austriacas, á las cuales obliga despues de grandes esfuerzos á retirarse á la altura de detrás. En el mismo instante Gudin, que ha atrevesado el Russbach, escala osadamente bajo un fuego mortífero el cerrillo de Neusiedel, mientras que Friant ha ganado ya terreno á espaldas de Rosenberg. Con aquel doble movimiento de Friant y Gudin la torre cuadrada queda atrás, pero no todo ha concluido sin embargo. Hasta ahora solo ha habido que combatir con Rosenberg favorecido por la posición, pero Hohenzollern, que habia permanecido inmóvil mas arriba de Baumersdorf, frente á Oudinot, que no obra todavía, dirige la mitad de sus tropas hácia la torre cuadrada, y la encamina sobre la derecha de Gudin para precipitarla en el Russbach. En vano por entre las barracas del campamento se procura hacer desfilár á los coraceros de Arrighi para lanzarlos sobre la altura que termina en meseta, pues estos coraceros, asaltados por un fuego vivísimo por entre los angostos caminos del campamento, no pueden cargar con ventaja, y son empujados con desórden. El 85.º de línea de la division Gudin, acogido con un violento fuego de

fusilería, es casi contenido en su movimiento; pero los demas regimientos de la misma division acuden á socorrerle. La division entera lucha con Hohenzollern, que puede decirse es rechazado, mientras que Morand y Friant ganan terreno á la espalda de la meseta, persiguiendo á las tropas de Rosemberg y acosándolas muy de cerca.

Mientras el mariscal Davout desempeña asi su tarea, viendo Napoleon que el fuego de sus tropas pasaba de la torre cuadrada, no duda del éxito de la jornada, y esclama: « la batalla está ganada! » mandando comunicar la noticia al mariscal Massena, al príncipe Eugenio y al general Macdonald. Empero no se limita á prorumpir en gritos de victoria, sino ordena al cuerpo de Oudinot marche sobre Baumersdorf y Wagram, y tome aquella parte de las alturas. Las tropas de Oudinot se arrojan sobre la aldea de Baumersdorf que no pudieron ganar la vispera, la atraviesan, y suben al cerrillo, yendo á juntarse con la division Gudin por su derecha. El empuje se hace entonces general, por todas partes se arrolla á la línea austriaca, y alineándose en aquel momento la division Gudin sobre las de Friant y Morand, se ve al cuerpo de Davout no formar sino una línea oblicua que limpia de enemigos en toda su estension la meseta de Wagram.

La division Tharreau del cuerpo de Oudinot se dirigió sobre Wagram, carga á la bayoneta á varios batallones, se apodera de dos, toma la aldea, y hace allí muchos prisioneros. La division Frere (segunda de Oudinot) pasa á la derecha de la aldea; la division Grandjeau, en otro tiempo Saint-Hilaire, sigue este movimiento, rechaza á la

infantería austriaca, y la acomete con brio viendo que intenta resistir; por último, el 1.º de infantería cae sobre un batallon que se habia formado en cuadro, y lo hace prisionero. Viendo Napoleon al ejército austriaco en retirada por todas partes, y que nuestra línea no solo se estiende, sino que se debilita en algunos puntos á medida que va avanzando, envia socorros á donde son necesarios, particularmente al general Macdonald, que se halla aislado de Massena en la izquierda y de Bernadotte en el centro. Dirige hácia él la infantería bávara del general de Wrede y la caballería de la guardia. Macdonald, al acercarse á Süssenbrunn se encuentra á la infantería austriaca que todavía se mantiene firme, toma aquella aldea, y mandando cargar á su caballería lijera, hace de una vez cuatro ó cinco mil prisioneros.

En un frente de tres ó cuatro leguas, á la estrema izquierda delante de Massena, en el centro delante de Macdonald, y en la derecha delante de Oudinot y Davout, no pudiendo sostenerse en parte alguna el ejército austriaco, se retira flotando bajo la persecucion mas ó menos viva de los franceses. Son las tres, y nuestra izquierda ha rechazado á Klenau sobre Jedlersdorf y á Kollovrath sobre Gerarsdorf; nuestro centro ha empujado á Bellegarde sobre Helmfof, y nuestra derecha ha rechazado á Hohenzollern y Rosenberg sobre Bockflüss. Temiendo perder el archiduque Carlos el camino de Moravia, y ser arrastrado lejos del centro de la monarquía hácia Bohemia, da entonces la órden de retirada. Ciento veinte mil franceses persiguen á ciento veinte mil austriacos, dando aqui y allí una multitud de combates parciales, y

recogiendo á cada paso prisioneros, cañones y banderas.

Tal es la célebre batalla de Wagram, que empezó á las cuatro de la mañana, y terminó á las cuatro de la tarde. Napoleon tenia aun de reserva el cuerpo de Marmont, una porcion del ejército de Italia, y la guardia antigua, es decir treinta mil hombres, para en caso que llegara el archiduque Juan queriendo tomar parte en la batalla. Al fin se acercaba este príncipe á la llanura de Marchfeld, é iba á aparecer por la derecha á nuestra retaguardia hácia Siebembrunn. Al encontrarse con los nuestros sus exploradores causaron una especie de pánico, y en un abrir y cerrar de ojos las cantineras y las largas hileras de soldados que llevaban heridos, creyendo se presentaba un nuevo ejército para dar principio otra vez al combate, echaron á correr dando gritos de terror. Entre los fugitivos se hallaban muchos soldados bisonños agobiados con el calor del día, y que, segun costumbre, dejaban el campo so pretexto de recoger los heridos. Tan grande fué el tumulto que los cuerpos que habian quedado de reserva tuvieron que tomar las armas, y Napoleon, que habia hechado pie á tierra para descansar á la sombra de una pirámide formada con tambores, se vió obligado á volver á montar á caballo. Creyó formalmente que desembocaba el archiduque Juan, y se preparaba á detenerlo con las fuerzas que habia guardado intactas, cuando se vió que el peligro se alejaba, y que las cabezas de columna que habian aparecido por un instante desaparecieron allá en el horizonte. Efectivamente, el archiduque Juan, avisado el 5 por la mañana por una orden espedita el 4 en la

noche, para que se trasladase á Wagram, no partió hasta el 5 á medio día, pernotó en Marchegg, volvió á partir algo tarde el 6 por la mañana, y llegaba cuando la batalla habia terminado. Seguramente no habia querido hacer traicion á su hermano, pero habia marchado como los hombres de carácter indeciso que no saben lo que vale el tiempo. Si hubiera llegado antes, habria aumentado la efusion de sangre sin cambiar los destinos de la jornada, pues á los doce mil hombres que llevaba, se podia oponer los diez mil de Marmont, los diez mil que quedaban al príncipe Eugenio, y, en caso de necesidad, la guardia antigua. Habia obedecido mal á la voz de un gefe que habia mandado mal tambien.

Los resultados de la batalla de Wagram; sin ser tan extraordinarios como los de Austerlitz, Jena ó Friedland, eran sin embargo muy grandes, pues se habia matado ó herido á los austriacos cerca de veinte y cuatro mil hombres, entre los cuales se hallaban los generales Nordmann, Aspre, Wagram, Vasay, Rouvroy, Nostiz, Hesse-Homburgo, Vacquand, Motzen, Stutterheim, Homberg y Merville; se les habia hecho nueve mil prisioneros, los cuales formaban con los de la vispera un total de doce mil (1) cuando menos, y se les habia tomado unas veinte piezas de artilleria, causándoles en todo esto una pérdida de treinta y seis mil soldados. Nosotros habiamos perdido entre muertos y heridos de quince á diez y ocho mil hombres, siete ú ocho mil de los cuales no debian volverse á levantar. Era pues una batalla memorable, y la mas

(1) Los boletines supusieron muchos mas prisioneros, pero á costa de la verdad.

grande que Napoleon habia dado, no solo por el número de combatientes, sino por lo importante de sus consecuencias. Lo mas maravilloso de ella no era como otras veces la cantidad prodigiosa de prisioneros, banderas y cañones conquistados en la jornada, sino haber atravesado uno de los rios mas anchos de Europa delante del enemigo con una exactitud, una homogeneidad y una seguridad admirable; haber combatido veinte y cuatro horas en una línea de tres leguas con el rio á la espalda, conjurando cuanto podia tener de peligrosa semejante situacion; haber, por último, tomado una posicion con la que el generalísimo tenia en derrota al ejército francés, vencido al ejército que defendia la monarquia austriaca, y púestole en situacion de no poder sostener la campaña! Estos resultados eran inmensos puesto que terminaban la guerra. Bajo el punto de vista del arte militar, Napoleon habia escedido con el paso del Danubio á quanto se habia ejecutado hasta entonces en este género. En el campo de batalla habia vuelto á llevar con extraordinaria prontitud del centro á la izquierda la reserva que habia arreglado hábilmente, y resuelto la cuestion por medio de uno de esos movimientos decisivos, propios únicamente de los grandes capitanes; y si se habia privado de un resultado importante conteniendo demasiado pronto á los austriacos dispuestos á penetrar entre él y el Danubio, habialo hecho inspirado por una prudencia profunda y digna de admiracion. Si algo se puede reprehender en esos acontecimientos prodigiosos, son las consecuencias que ya se derivaban de la política de Napoleon, como, por ejemplo, la estremada juventud de las tropas, la estension desmesurada

de las operaciones, las torpezas hijas de la reunion de toda clase de naciones, y en fin, un asomo de confusiones que no debe imputarse al que mandaba, sino á la diversidad y cantidad de elementos de que se veia obligado á servirse, para llenar suficientemente la inmensidad de su tarea. Su genio siempre era extraordinario, tanto mas extraordinario quanto que luchaba contra la indole de las cosas; pero podia ya conocerse que si se prolongaba aquella lucha, no seria la indole de las cosas la que quedara vencida.

En cuanto á su adversario, habia sido valiente, adicto á su causa é ingenioso, pero indeciso. Sin recurrir para juzgarle á todos los planes mas ó menos especiosos que se le han echado en cara no haber seguido, como, por ejemplo, asaltar la isla de Lobau despues de lo de Essling, y pasar el Danubio mas arriba ó mas abajo de Viena, es indudable que habia algunas cosas sencillas, seguras, y de un efecto infalible que poder hacer y que no hizo afortunadamente, como multiplicar los obstáculos en el paso del rio en todo el circuito de la isla de Lobau, lo cual le hubiera permitido, despues de haber hecho frente á los franceses, cogellos de costado y estrecharlos contra el rio que habian atravesado, como dar sus órdenes con bastante exactitud para que la accion de la izquierda no se anticipara á la de la derecha, como reunir, en fin, para aquella jornada decisiva todas las fuerzas que hubiese disponibles en la monarquia, y no dejar que cuando menos permanecieran sin hacer nada cuarenta mil hombres en Hungría, Bohemia y Galicia. Por lo regular estas son cosas sencillas, que dicta el sentido y que por omitirlas impru-

dentemente, deciden de las operaciones mas importantes, en la guerra mas que nada. Hubiera habido tambien fundamento para decir que el principe austriaco mandó demasiado pronto emprender la retirada, pues podia aun hacer frente al ejército francés, y persistiendo se hubiera asegurado la aparicion en tiempo oportuno del archiduque Juan en el campo de batalla. Preciso es reconocer que de obstinarse mas, podia ser tan completa la derrota que nada hubiese quedado de un ejército en cuya conservacion iba envuelta la salvacion de la monarquia; y aunque es verdad que de obstinarse tenia mas probabilidades de salir victorioso tambien tenia muchas mas de perecer sin recurso. Sea lo que fuere de estos diversos pareceres, que de medio siglo acá han emitido todos los historiadores sobre aquellas memorables operaciones, no por eso es menos cierto que hasta es glorioso engañarse cuando se bate uno con tanto heroísmo por su país, y toma parte en tamañas cosas. Por otra parte, la guerra tocaba á su término, pues no era posible salvar la monarquia con los doce mil hombres del archiduque Juan, y los ochenta y cuatro mil que le quedaban al archiduque Carlos. Efectivamente, si este último solo habia perdido treinta y tantos mil hombres, entre muertos y prisioneros habia visto desaparecer de las filas de la *landwehr* un número casi igual que recorrian la campiña para regresar á sus hogares. La única esperanza que se podia conservar todavia era retirarse á una de las provincias de la monarquia que fuese á proposito, reacerse allí lo mejor que se pudiera, y mejorar las condiciones de la paz amenazando con prolongar la guerra indefinidamente.

Asi es como apreciaba el resultado de la batalla de Wagram Napoleon, quien al mismo tiempo que miraba como una cosa inmediata el fin de las hostilidades, queria que este fin fuese tal, que la paz dependiera absolutamente de él. Si en vez de enviar á España para que se estrellara allí inutilmente contra obstáculos naturales, el ejército veterano de Boloña, lo hubiera guardado entre el Rin y el Danubio para destruir con él al Austria, hubiera podido borrar á esta potencia del mapa, se entiende mientras durase su reinado; pero obligado á luchar con fuerzas reunidas de prisa y corriendo contra los inmensos armamentos del Austria, habia hecho un milagro en someterla en tres meses, y si conseguia imponerle la paz, castigándola por aquella cuarta guerra con nuevos sacrificios de territorio, gente y dinero, esto bastaba á su gloria personal y al mantenimiento de su grandeza. Asi habia ya renunciado á la idea de destronar á la familia de Haabsburgo, idea que concibió en el primer impulso de cólera, y despues de los prodigiosos triunfos de Ratisbona. Castigar á esta familia reduciendo mas y mas su poderío, y derribar de un golpe la resistencia que habian amenazado estallar en Europa, era en adelante el único pero grande y brillante premio de aquella postrera campaña, la cual debia parecer tan extraordinaria como todas las demas, sobre todo si se comparaba los medios puestos en juego con los resultados conseguidos.

Napoleon no pensó, pues, en perseguir á los austriacos sino para reducirlos á tener que someterse de un modo definitivo: pero ya no le era posible obrar como lo hacia en otro tiempo, esto es, despues de haber combatido un dia entero, volver á

ponerse en marcha inmediatamente á fin de sacar todas las consecuencias de la victoria. Era su ejército sobrado numeroso, tenia demasiados puntos que vigilar y demasiados cuadros nuevos, en los cuales habia gente sobrado bisoña para que pudiera partir de nuevo aquella misma noche ó á la mañana siguiente, sin inquietarse de lo que dejaba tras sí. Efectivamente habia regimientos en que una multitud de soldados estaban entregados al merodeo ó se ocupaban en conducir heridos, habiendo regimiento de dos mil quinientos hombres que tenia quinientos fuera de combate y mil destacados, viéndose, pues, reducido á mil sobre las armas. El calor era escetivo, abundaba el vino en las aldeas, el soldado disfrutaba los goces de la victoria con cierto desorden, y era preciso el inmenso ascendiente de Napoleon para mantener la sumision, hacer que no abandonaran sus banderas, y que cumplieran con su deber. En aquella época, ya todo se habia hecho mas dificil, y Napoleon lo sabia sin decirlo.

A la mañana siguiente, dia 7 de julio, se trasladó á Wolkersdorf, desde donde habia presenciado la batalla de Wagram el emperador Francisco, y situó allí su cuartel general. Concedió aquel dia á los cuerpos para llevar los heridos á los hospitales ambulantes de la isla de Lobau, reunir los soldados separados ó extraviados, reponer los víveres, renovar las municiones, ponerse en fin en situacion de ejecutar una marcha larga y rápida. Entretanto, encaminó los cuerpos que habian quedado intactos hácia el camino en que era verosimil se hallara el enemigo. Lo natural era buscarle en el camino de Moravia, pues estando situada esta co-

marca entre Bohemia y la Hungria, y permitiendo seguir en comunicacion con estas dos grandes provincias, sacar de ellas los recursos que podian contener, y adoptar una ú otra para una resistencia prolongada, parecia que deberia ofrecerse al generalísimo vencido como el sitio mejor para la retirada. Napoleon envió desde luego la caballería del general Montbrun hácia el camino de Nikolsburgo, y mandó que la siguiese el 7 por la tarde el brillante cuerpo de Marmont, que no habiendo combatido en la jornada del 6, se hallaba en estado de marchar inmediatamente. Le agregó los bávaros del general de Wrede, cuya artillería solamente habia tomado parte en la batalla, y señalando á todos el camino de Moravia, les dejó en libertad de caer á derecha ó á izquierda, sobre la Hungria ó sobre la Bohemia, segun se averiguara por los reconocimientos del general Montbrun si el enemigo habia tomado en su retirada una ú otra direccion. Previno á Massena que reuniera sus tropas lo mas pronto posible, y que con las divisiones que habian sufrido menos, especialmente las de Legrand y Molitor, costeara el Danubio para observar el camino de Bohemia por Korneuburgo, Sthockerau y Znaim. Para ello le dejó la caballería de Lasalle, que despues de la muerte de este habia mandado Marulaz y que, habiendo sido herido este último, mandaba el general Bruyere, y le añadió los coraceros de San Sulpicio.

Al dia siguiente 8, no estando todavia perfectamente enterado Napoleon de la marcha de los austriacos, que la caballería lijera señalaba á un mismo tiempo sobre los caminos de Moravia y Bohemia, juzgó como siempre que el de Moravia era el natu-

ralmente indicado, y envió el mariscal Davout, cuyo cuerpo de ejército estaba enteramente repuesto de la jornada del 6, hacia Nikolsburgo, en pos del general Marmont, dejándole los dragones de Grouchy y los coraceros del general Arrighi. Estas tropas con las del general Marmont componían un total de cuarenta y cinco mil hombres á lo menos, capaces de hacer frente á todo el ejército del archiduque Carlos. Napoleon dirigió al mismo tiempo los sajones sobre el March, para vigilar al archiduque Juan, y obligarle á mantenerse mas allá de aquella línea. Al príncipe Eugenio le dejó con una porción de su ejército al pié de los muros de Viena, ya para contener la capital si se amotinaba, ya para detener al archiduque Juan si abandonando la orilla izquierda del Danubio, que acabábamos de conquistar, intentaba algo sobre la orilla derecha desprovista de tropas, para lo cual hubieran podido prestarse auxilio los generales Chasteler y Giulay. Napoleon, por último, encaminó el general Macdonald en pos de Massena, y permaneció todavía veinte y cuatro horas en Wolkersdorf con toda la guardia, los coraceros de Nansouty, y las tropas de Oudinot, para saber con certeza en cuál de los dos caminos, el de Moravia ó el de Bohemia, encontraría al enemigo.

Aunque no creía que los austriacos pudieran prolongar su resistencia, no queriendo, sin embargo, dejar nada á la casualidad mientras que iba á alejarse de Viena, no se limitó á dedicar parte de sus fuerzas á guardar aquella capital, sino que tomó las medidas necesarias para ponerla en estado de defensa. Con este objeto mandó llevar á ella las ciento nueve bocas de fuego de grueso calibre

que habian protegido el paso del ejército, repararlas por las muralla de la ciudad, cerrar todas las golias de baluarte, á fin de que la guarnicion estuviera libre de los ataques interiores y exteriores, reunir víveres y municiones para diez mil hombres y tres meses de tiempo, dirigir rio arriba los muchos barcos que le habian servido para tantas y tan diversas operaciones en la isla de Lobau, construir de nuevo el puente del Thabor, haciéndolo de barcas mientras no lo fuese de estacas, y protegerlo en ambas orillas con dos vastas cabezas de puentes. En cuanto á la isla de Lobau, tenia en adelante lo suficiente con los puentes de estacas echados en el brazo pequeño y en el grande, puesto que ya no era sino un sitio destinado para depósito, en el cual se habian amontonado los prisioneros y heridos. Asegurada la comunicacion delante de Viena y á la altura de la isla de Lobau, tenia Napoleon medios suficientes de paso para todas las eventualidades que podia traer la guerra. Al mismo tiempo mandó se completara el armamento de Raab, y se concluyeran los trabajos de Molck, Lintz y Passau, que tenian por objeto como siempre asegurar su línea de operaciones. En fin, tomadas todas estas precauciones por si se prolongaba la lucha, resolvió sacar de la victoria de Wagram la consecuencia mas esencial de ella, la que debia proporcionarle inmediatamente recursos rentísticos, é impuso á las provincias de la monarquía que ocupaba, una contribucion de guerra de doscientos millones, la cual, una vez decretada, no podria ya ponerse en tela de juicio en una negociacion ulterior de paz, si, como creía, se daba comienzo bien pronto á una transacion de este gé-

nero. Así empleó en Wolkersdorf los días 7, 8, y parte del 9, aguardando el resultado de las exploraciones que había mandado hacer por todas partes.

No se sabe por qué había adoptado el archiduque Carlos la Bohemia para retirarse. Lo cierto es que ora porque la dirección que tomara la batalla de Wagram, temiera no poder llegar á tiempo al camino de Moravia, ora porque quisiera conservar á la monarquía la importante provincia de Bohemia y seguir en relaciones con el centro de la Alemania, pues se tenía como siempre la pretension de insurreccionarla, se retiró hacia el camino de Znaim, que conduce á Praga por Iglan. Estraña era semejante resolución, pues exceptuando la satisfacción que le resultara de separarse de su hermano el archiduque Juan, dejándole que sublevara la Hungría, mientras que él iría á utilizar todos los recursos de la Bohemia, no se ven las ventajas que pudiera producirle. Con dirigirse á Bohemia, se encerraba en una especie de palenque que su adversario podría atravesar en unas cuantas marchas sin alejarse mucho del Danubio, dando lugar á un nuevo é inmediato encuentro del que dependiera la suerte toda de la monarquía, y cuyo resultado no podía ser dudoso. Al contrario, penetrando en Hungría, hubiera reunido todas las fuerzas que quedaban á la casa de Austria, y atraído su adversario á las honduras del imperio, donde el ejército austriaco debía ir aumentando siempre, al paso que disminuyendo el ejército francés, donde hubiera encontrado quizá la ocasión de dar otra batalla no tan desgraciada como la de Wagram, y suscitado en fin á Napoleon la única difi-

cultad con la que se le hubiera podido batir, y con los que se le batió después, la de las distancias. No era tan digno de consideracion el inconveniente de perder los recursos de la Bohemia, pues por una parte casi nada tenía ya que poder dar aquella provincia, y por otra Napoleon no tenía fuerzas que poder dedicar á ocuparla. No puede de consiguiente atribuirse semejante eleccion sino á la turbacion que lleva al ánimo una derrota, turbacion que casi siempre produce las revoluciones mas lamentables y que muchas veces hace que una desgracia acarree bien pronto otras mayores y mas irremediables.

A mayor abundamiento, piénsese lo que se quiera de los motivos que tuvo el archiduque Carlos, tomó el camino de Praga por Znaim, y por este camino, al cual llegó por Korneuburgo y Stockerau, marchó con los cuerpos de Bellegarde, Kollorath y Klenau, y con la reserva de granaderos y de la de caballería, todo lo cual no formaba arriba de sesenta mil hombres. El cuerpo del príncipe de Reuss, que había perdido el día 6 en observar el desembocadero de Viena, y que no había sufrido en la batalla, estaba encargado de la retaguardia. Por el camino de Moravia, esto es, por Wilfersdorf y Nikolsburgo, dejó el archiduque Carlos que se retiraran los cuerpos de Rosenberg y Hohenzollern, para flanquear al ejército principal, y esto da lugar á suponer que en aquella circunstancia hubo una cosa peor que una mala revolucion, es decir, falta de resolución, y que cada uno de los cuerpos tomó la ruta á que le arrojó la batalla que se acababa de perder. Efectivamente, la izquierda, compuesta de Hohenzollern y de Ro-

senberg, había sido empujada hacia el camino de Moravia, y el centro y la derecha, compuestos de Bellegarde, de las reservas de infantería y caballería, de Kollovrath, de Reuss y de Klenau (3.º, 5.º y 6.º cuerpos), fueron arrollados hacia el de Bohemia. Así es como muchas veces no ha habido siquiera motivos en lo que la historia se afana en buscarlos, y en vez de cálculo falso, solo hay simplemente falta de cálculo.

Sin embargo, esas dos marchas que colocaban lejos del archiduque Carlos acaso veinte ó veinte y cinco mil hombres de sus mejores tropas, tenían una ventaja momentánea, la de dejar á Napoleon en completa incertidumbre sobre el camino que el enemigo seguía, y se espuso á que se equivocara en la dirección que dió á sus columnas. Así, hacia el camino de Moravia, por Wolkersdorf y Nikolsburgo, envió Montbrun, Marmont, de Wrede (1) y Davout, es decir, cuarenta y cinco mil hombres contra veinte y cinco mil, y hacia el camino de Znaim, Massena, Macdonald, Marulaz y San Sulpicio, esto es, veinte y ocho mil hombres contra sesenta mil. Bien es verdad que situado él entre los dos con la guardia, Nansouty y Oudinot, podía llevar en unas cuantas horas el auxilio de treinta mil combatientes á aquel de sus lugartenientes que lo necesitara.

Massena por un lado y por el otro Marmont, siguieron el itinerario que se les había señalado.

(1) El general de Wrede había salido herido, y su división era la que seguía á Marmont. Por eso le conservamos el nombre; pero le había reemplazado en el mando el general Minuti.

El 8 de julio acosó Marmont á la retaguardia de Rosenberg, recogiendo por todas partes despeados, heridos y principalmente hombres de la *landwehr* que abandonaban las filas del ejército, y el 9 llegó á Wilfersdorf, donde supo por los reconocimientos de Montbrun, ejecutados como siempre con tanta inteligencia como audacia, que el príncipe de Rosenberg había dado vuelta á la izquierda, y que abandonaba el camino de Moravia por el de Bohemia. En efecto, los dos lugartenientes del archiduque Carlos, con el fin de incorporarse al grueso del ejército austriaco, se volvían á dirigir del camino de Moravia al de Bohemia, obedeciendo en esto á una voluntad, cuyas extrañas incertidumbres se verán bien pronto. El general Marmont, á quien Napoleon dejó en libertad de seguir el camino en que creyese hallar al enemigo, adoptó el verdadero partido que convenia á las circunstancias, cual fue separarse de la Moravia, imitando al cuerpo que perseguía, y tomar por Mistelbach y Laa la dirección de Znaim. Solo que teniendo que dar parte al mariscal Davout de su nueva marcha, no se atrevió á atraerle á sí, porque ignoraba si era el grueso del enemigo el destacamento cuyos pasos seguía. Le informó de que se pasaba á la izquierda, sin hacer nada para impedirle que continuara sobre Nikolsburgo y la Moravia.

El 9, á la mitad del camino de Laa, se encontró mil doscientos caballos y dos batallones de Rosenberg, los arrolló y les hizo algunos centenares de prisioneros, llegando por la tarde á Laa, situada sobre el Taya, río que pasa por Znaim primero, y luego por Laa, y va á desaguar en el Morava,

atravesando el centro de la Moravia. Hacia un calor sofocante en aquella provincia abrigada del viento Norte por las montañas de la Bohemia, la alta Silesia y la Hungría; las bodegas del país se hallaban abundantemente provistas, y a pesar de lo bien cuidadas que estaban las tropas del general Marmont, se desbandaron impulsadas por el cansancio, el calor, la afición al vino, y también la excesiva confianza que les inspiraba la victoria. Cuando Marmont llegó a Laa no tenía en las filas la cuarta parte de su gente; pero reunió a los oficiales, les espuso se corría el peligro de comprometer con una negligencia criminal, el resultado de una gran campaña, fusiló dos soldados para dar ejemplo, y al rayar el día pudo formarse sus tropas á fin de marchar hacia Znaim. Pronto á partir, faltó poco para que un nuevo cambio del enemigo le sumiera en funesta incertidumbre, pues el cuerpo de Rosenberg, que habia tomado á la izquierda para ganar el camino de Znaim, tomaba ahora á la derecha para ganar el de Brünn, y el generalísimo austriaco, continuando atrayendo á sí el cuerpo de Hohenzollern, volvía á enviar al contrario el de Rosenberg hacia la Moravia, verdaderamente no se sabe por qué, en atención á que este cuerpo no tenia en manera alguna fuerzas para defender aquella provincia, si los franceses ponian empeño en ocuparla. Esta era una prueba mas, de que á los dos cuerpos de Hohenzollern y Rosenberg, se les dejó sin reflexion en el camino de Moravia, y que sin reflexion también se dirigian, unas veces al camino de Znaim, y otras al de Brünn; por lo demas, eso de divagar tanto los cuerpos austriacos, era para confundir al general

francés, que marchaba al frente de la persecucion. No obstante, el general Marmont, con una sagacidad militar notable, insistió en dirigirse hacia Znaim, dejando que Rosenberg se cambiara otra vez á la derecha, y prosiguiendo él en la direccion en que creia encontrar al enemigo, y en que le encontró efectivamente.

A eso de medio día, al llegar el general Marmont á una posicion en que tenia á su izquierda el Taya, y al frente un barranco profundo que iba á parar á dicho rio, descubrió mas allá de este barranco la hoya en que se alzaba en forma de anfiteatro la villa de Znaim. En aquel momento agolpábanse los austriacos al puente del Taya, y atravesaban de prisa y corriendo la poblacion para llegar á tiempo al camino de Bohemia. Lejos de estar el general Marmont en situacion de ir á colocarse en medio de aquel camino á fin de impedir el paso, como solo tenia diez mil hombres que poder oponer á sesenta mil, corría, al contrario, graves peligros; pero separábale de la hoya de Znaim el barranco á que acababa de llegar, y cuyos bordes ocupaban los austriacos. Quitóseles, pues, por medio de un ataque vigoroso del 8.º y del 23.º de línea, apoderandose además de la aldea de Teswitz, situada mas abajo, y desde la cual podia batir á cañonazos el puente del Taya. No contento con esto, tomó hacia la derecha dos casas de campo á propósito para que le sirvieran de apoyo, y, mas á la derecha todavía, un bosque que llenó de tiradores. De este modo, cubierto el frente con el barranco de que era dueño, protegida la izquierda por el Taya, y resguardada la derecha con unas casas de labor, y un bosque ocu-

pado por suficientes fuerzas, podia estorbar á cañonazos el paso de los austriacos por el puente del mencionado rio, sin estar demasiado espuesto á sus represalias. Púsose, pues, á batir el puente, enviando ayudantes y mas ayudantes de campo, para informar á Napoleon de la posicion singular en que se hallaba.

Aquel cañoneo incómodo y peligroso inquietaba á los austriacos, y para libertarse de él, atacaron seriamente la aldea de Teswitz; pero al ver el general Marmont los preparativos del ataque, envió tropas hávaras con el fin de frustrarlo. El enemigo redobló sus esfuerzos, por lo que fué menester sostener á las primeras tropas con toda la division de Wrede, y como ni aun así cesara el ataque, con el envío hácia el mismo punto del 81.º de línea. Este regimiento francés bastó á poner término á las empresas del enemigo, manteniendo á los austriacos á gran distancia, y el dia acabó sin otro suceso. A la caída de la tarde, se oyó por la izquierda fuego de cañon á lo lejos, y esto anunciaba que Massena se dirigia hácia el camino de Bohemia en pos del ejército principal austriaco: tampoco podia dejar de llegar por la derecha Napoleon, á quien se habia avisado. El general Marmont pasó, pues, la noche tranquilamente con la confianza de un hombre que nada habia descuidado para defender su posicion, y que abrigaba además la temeridad que la victoria engendraba á la sazón en todos. Por otra parte, ocurrió un hecho que debia tranquilizarle completamente. Un francés, llamado Mr. de Fresnel, que se habia quedado al servicio del Austria, acababa de presentarse pidiendo tregua de parte del general conde de

Bellegarde. Como el general Marmont no tenia poderes para tratar sobre suspension de armas, y además esperaba, que á la mañana siguiente se podría envolver al ejército austriaco, despachó al enviado al cuartel general del emperador, sin querer tomar sobre sí la responsabilidad de suspender las hostilidades.

En aquel momento llegaban los franceses, siguiéndoles los pasos á los austriacos por la izquierda y por la derecha, ó lo que es lo mismo, por el camino de Bohemia y el de Moravia. Massena, que salió el 8 de Stockerau con las divisiones de infanteria Legrand, Carra Saint-Cyr y Molitor, y con una division de caballeria pesada, habia ido acosando sin cesar á la retaguardia del principe de Reuss, á la cual hizo muchos prisioneros. El 9 le alcanzó al pie de las alturas de Mallebran, y el 10 en Hollabrünn, donde combatia mientras que el general Marmont estaba ocupado en situarse delante de Znaim. Sabedor el archiduque Carlos de que se hallaba un cuerpo francés en Laa, envió los granaderos y la caballeria de reserva para apoderarse del puente del Taya, y los siguió él tambien con los cuerpos de Bellegarde, Kollovrath y Kleinau, dejando que el principe de Reuss disputara á Hollabrünn todo el tiempo que pudiera. El fué, pues, el que con los cuerpos que acabamos de designar, atravesó á la vista del general Marmont por delante de Znaim el puente del Taya, llamado de Schallersdorf. Mientras que tales cosas ocurrían á la izquierda, Napoleon en la derecha, avisado el 9 de la marcha de Marmont hácia Znaim, habiase puesto en movimiento por Wilfersdorf con la guardia, el cuerpo de Oudinot y los coraceros de Nau-

souty, se habia trasladado el 40 de Wilfersdorf á Laa, esperando de poder llevar la guardia á Znaim el día 11, y adelantándose á sus tropas, habia emprendido inmediatamente el camino para llegar al cuartel general de Marmont el 11 al mediodía.

Efectivamente, el 11 por la mañana continuaron los austriacos desfilando á la vista del general Marmont, quien desde la aldea de Teswitz les disparaba cañonazos al tiempo de pasar el rio, y Massena, que iba á la cola del príncipe de Reuss, los arrolló á eso de medio día sobre el Taya, despues de un choque vigoroso. Luego que llegó hasta el puente de Schallesdorf, el cual estaba atrincherado, mandó Massena á la valiente division Legrand que lo atacara, y el gefe de esta division, conduciendo sus soldados á la pelea con su acostumbrado valor, embistió al obstáculo de frente, mientras que la artillería de Massena lo enfilaba, logró acercarse al puente, escaló las barricadas que en él habia, y se hizo dueño de él. Despues de esta accion atrevida, el general Legrand llevó su division á la corta llanura que formaba la hoya del Taya, en presencia de las tropas del príncipe de Reuss y de los granaderos austriacos que se habian arrimado á la villa de Znaim. El general Marmont, desde la cumbre de las alturas situadas á la derecha al otro lado del Taya, veía aquel espectáculo, impaciente por secundar con utilidad al mariscal Massena.

No queriendo este último limitarse á su primera osada tentativa, resolvió atacar á los austriacos, arrollarlos sobre Znaim, entrar allí tras ellos, y arrojarlos mas allá con la esperanza de que las tropas del general Marmont les cerrarian el camino de Bohemia; pero solo tenia á su lado la division

Legrand, y debia reunirsele la de Carra Sain-Cyr, la que habia llevado en Aderklaa su heroismo hasta rayar en imprudencia. No por eso dejó de acometer con solo la division Legrand á las tropas del príncipe de Reuss y los granaderos, haciendo le ayudara su artillería que se habia quedado á la parte de acá del Taya. Atravesando el puente, penetró en la aldea entrelarga de Schallersdorf, la tomó, se apoderó á la izquierda de un gran convento llamado Kloster-Brack, y en el llano de la derecha lanzó sus coraceros, que ejecutaron varias cargas vigorosas sobre los austriacos. Massena luchaba en aquel sitio con siete ú ocho mil hombres contra mas de treinta mil, sin contar otros treinta mil formados mas allá de Znaim en las llanuras que atravesaba el camino de Bohemia. Habiendo sobrevenido una espantosa tormenta, casi se suspendió el combate por no poder hacer fuego, y aprovechándose los granaderos austriacos de esta circunstancia, avanzaron en silencio por medio de la aldea de Schallersdorf, sorprendieron á nuestros soldados que no podian servirse de sus fusiles, y por un momento se hicieron dueños del puente. Massena quiso arrojar sobre ellos los coraceros, mas el terreno se habia puesto resbaladizo, y no podian marchar. Era de temer un contratiempo grave, cuando por fortuna llegó la division Carra Saint-Cyr. Lanzándose ésta sobre el puente, lo recobró, atravesó en toda su estension la columna de granaderos, le hizo ochocientos prisioneros, y desembocó victorioso en el llano de Znaim. En aquel momento, no queriendo el general Marmont dejar que luchara enteramente solo el mariscal Massena, desembocó de Teswitz, y á medias con él, empujó

á los austriacos sobre Znaim. Arrollóseles, se les cojió una masa considerable de hombres, se les mató é hirió mucha gente, y forzando á Znaim, se iba á obligarles á que se retiráran en desórden; pero como aun no habia llegado la guardia, no habia esperanza ninguna de envolverlos.

Empero, Napoleon habia llegado en el interior, encontrándose con el enviado del general Bellegarde, y recibiendo al príncipe Juan de Liechtenstein, que iba á pedir suspension de armas, y á prometer en nombre del honor militar se entraria en tratos para celebrar inmediatamente la paz. Napoleon conferenció un instante con el mayor general Berthier, Mr. Maret, el duque de Bassano y el gran mariscal Duroc, sobre el partido que se debia tomar. Teniendo ocupados á los austriacos unas cuantas horas mas por medio de un combate obstinado, podia ganar quizá bastante tiempo para cogerles la vuelta, ó por lo menos lanzar en persecucion suya diez mil caballos, que hubieran introducido en sus filas un desórden espantoso; pero sin recurrir á este medio tenia la certeza de conseguir condiciones de paz mas ventajosas, y estando satisfecho de su orgullo al ver que iba á implorar humildemente el fin de las guerra el oficial mas bizarro y noble del ejército austriaco, se inclinaba á pararse en su marcha victoriosa. Sobre este asunto hubo varios pareceres, diciendo unos que era preciso acabar de una vez con la casa de Austria, y romper en su cabeza el nudo de todas las coaliciones, para que no se las viese renacer cuando se regresase á España, con el objeto de concluir allí la guerra, y alegando otros el riesgo que se corria de prolongar una lucha emprendida con medios

improvisados, acabada en tres meses por un milagro de genio, pero que si duraba podria provocar la sublevacion de Alemania, hasta arrastrar á los rusos, pocos dispuestos á dejar se destruyera la casa de Austria, y encender así el continente entero. Napoleon, conociendo confusamente que ya habia abusado mucho de la fortuna, abrigando esperanzas de que aquella nueva leccion impediria en lo sucesivo al Austria turbarle en su lucha con España é Inglaterra, viendo que vencida el Austria seria fácil someter á España, y que la paz general coronaria sus inmensos trabajos, mientras que si por el contrario llevaba las hostilidades á todo trance, como, por ejemplo, hasta destruir á la casa de Austria, haria probablemente que los rusos intervinieran en la reyerta, y se atraeria una guerra universal, que podia ser el término de su grandeza. Napoleon, decimos, satisfecho al propio tiempo que cansado, exclamó, despues de haber oido á los que por primera vez admitia á dar su dictámen delante de él: «¡Bastante sangre se ha derramado!..... ¡tengamos paz!»

En seguida exigió al príncipe Juan de Liechtenstein la promesa de que se enviarian inmediatamente plenipotenciarios para tratar, y dejó que Berthier, en nombre de la Francia, y Mr. de Wimpfen en nombre del Austria, estipularan en el terreno en que se habia combatido, las consideraciones de una tregua.

Mientras que los gefes de estado mayor de los dos ejércitos discutian estas condiciones, se envió al general Marbot y el general Aspre á los puestos avanzados para hacer cesar las hostilidades; y llegaron entre Schallersdorf y Znaim en el momento

en que las tropas de Massena estaban batiéndose con los granaderos austriacos. Tal era el encarnizamiento, que los gritos repetidos de ¡paz! ¡paz! ¡no tireis! no bastaron para separar los combatientes, y el coronel Marbot y el general Aspre salieron levemente heridos en los esfuerzos que hicieron para contener la lucha; pero al fin lo consiguieron, y á aquel espantoso cañoneo sucedió un silencio profundo, interrumpido únicamente por las muestras de alegría de los vencedores. Aquella jornada nos costó, tanto al cuerpo del general Marmont como al del mariscal Massena, cerca de dos mil hombres entre muertos y heridos, pues á los austriacos les costó mas de tres mil, con cinco ó seis mil prisioneros. Esta victoria coronaba dignamente aquella bril lante campaña.

Entrando en accion á fines de abril con tropas apenas formadas y diseminadas todavía, contra el archiduque Carlos que marchaba con un ejército organizado con mucha antelación y ya reunido, Napoleon habia logrado en unos cuantos dias completar el suyo, reunirlo, reconcentrarlo delante del enemigo, dividir en dos el del archiduque Carlos, y arrojarlos, parte á Bohemia, parte al Austria Baja. Tal fué el primer acto de la campaña, terminada, como se recordará, delante de Ratisbona. Persiguiendo en seguida hasta Viena á los austriacos dispersos por las dos orillas del Danubio, Napoleon habia marchado con tal rapidez y seguridad, que nunca les habia permitido reunirse delante de Viena, y habia entrado en aquella capital al cabo de un mes de haber principiado las hostilidades, reparando con esto los descalabros del ejército de Italia, y conteniendo en su origen todos los proyectos que

existian de insurreccionar al continente contra la Francia. Luego, queriendo atravesar el Danubio para terminar la guerra por medio de una batalla decisiva, y habiéndose visto interrumpido en su operacion por una súbita avenida del rio, en las dos jornadas de Essling habia sostenido por medio de prodigios de energia una empresa tan arriesgada como la de combatir teniendo un rio á la espalda, gracias al pensamiento admirable de escoger la isla de Lobau como punto de paso. Trasladado á la orilla derecha, habia ideado magníficos trabajos para reducir casi del todo á la nulidad el obstáculo que le separaba de los austriacos, llevado á donde él se hallaba los ejércitos de Italia y Dalmacia, y concentrado así todas sus fuerzas para una lucha decisiva. Obrando entonces en unas cuantas horas el milagro de atravesar en presencia del enemigo un ancho rio con ciento cincuenta mil hombres y quinientas bocas de fuego, acababa de terminar en una de las batallas mas grandes que han visto los siglos, aquella guerra, la cuarta ya con el Austria; guerra no menos memorable que todas las que habia dirigido, y en la cual, superando el genio sus propias faltas, habia suplido con maravillas de industria y constancia á todos los recursos que faltaban en su derredor merced á una política insensata; guerra durante la cual la fortuna habia vuelto por segunda vez á renovar sus advertencias, como si quisiera dar á entender que el gran capitán debia ponerse en guardia contra los errores del hombre político imprudente y locamente ambicioso!

Napoleon al estipular los términos en que habia de arreglarse la tregua cuidó mas que nada de asegurar su posicion militar por si se renovaban las hos-

tilidades á causa de no poderse entender sobre las condiciones de paz. Desde luego exigió que se le dejara ocupar de un modo permanente todas las provincias que no habia hecho mas que atravesar con sus tropas; cuales eran el Austria Alta y Baja, la mitad de la Moravia que consistia en los distritos de Znaim y Brünn, la parte de Hungría que se estiende desde el Raab hasta Viena, la Estiria, la Carintia y una porcion de la Carniola; necesaria para comunicarse con la Dalmacia y la Italia. De esta suerte la línea de separacion entre los ejércitos beligerantes debia pasar por Lintz, Krems, Znaim, Brünn, Goding, Presbusgo, Raab, Gratz, Laybach y Trieste. Ademas, como apoyo de esta línea, debia dejársele ó entregársele inmediatamente la ciudadela de Brünn la ciudad de Presburgo, y las plazas de Raab, Gratz y Laybach. De este modo ocupaba Napoleon mas de la tercera parte del imperio austriaco, y, establecido en el centro del imperio, apoyado en la capital y las principales plazas fuertes, podia si se prolongaban las hostilidades, salir de Viena como base de operacion, y llevar sus conquistas hasta el fondo de las provincias mas remotas. Un mes concedió para el arreglo de la tregua, estipulando la obligacion de avisarse con quince dias de antelacion en caso de un rompimiento. Con efecto, un mes era suficiente, para las negociaciones, si es que verdaderamente se queria una avenencia, y para que llegaran los refuerzos enviados de Francia, si no se queria. Por muy duras que fueran estas condiciones de tregua, las tropas del archiduque se hallaban en una situacion harto fatal, para que no se prefiriera todo á continuar las hostilidades. El parecer unánime en el

estado mayor fué ceder, y se cedió, firmando Mr. de Wimpffen en nombre del generalísimo, y el mayor general Berthier en nombre del emperador. El ejército austriaco habia combatido valerosamente, y á pesar de sus desgracias podia decirse que mas que dejado decayera habia enaltecido el poderío austriaco, aunque fuera preciso sufrir grandes sacrificios si se queria obtener la paz de un vencedor justamente envanecido con sus ventajas.

La tregua se firmó en Znaim el 11 á media noche, y debia llevar la fecha de 12 de julio. Napoleon, despues que recibió las felicitaciones del archiduque Carlos, y le dirigió las suyas, habiendo hecho que le prometiera el valiente príncipe Juan de Liechtenstein se impondria silencio en Austria al partido de la guerra, y que se enviaria sin tardanza negociadores á Viena, partió para Schönbrunn á fin de emplear todos sus recursos, sea para tener paz, sea para terminar la guerra por medio de un esfuerzo corto y decisivo, que fuese el último. En todo el mes de agosto se podia, ó haber acabado las negociaciones, ó reunido todos los medios de volver á empezar en setiembre la campaña, campaña que pondria fin á la existencia de la casa de Austria. Mandó, pues, Napoleon hacer nuevos preparativos, como si nada hubiera hecho todavía, y como si hubiese tenido, no que explotar diplomáticamente victorias, sino que reparar derrotas.

Desde luego repartió sus tropas entre Viena y el círculo trazado por la tregua, de modo que pudieran vivir allí holgadamente, y reconcentrarse con rapidez en cualquiera de los puntos de aquel círculo. Al general Marmont le colocó en

Krems, con lo cual podría ir á Carintia por Saint-Pollen, cuando fuese preciso entrar en la Dalmacia; al mariscal Massena en Znaim, pais que acababa de conquistar; al mariscal Davout en Brünn, á cuyo punto se dirigia; á los sajones entre Marchegg y Presburgo, linea en que estaban ya, y al príncipe Eugenio hácia el Raab, donde habia quedado victorioso. El general Grenier debia tambien ocupar el Raab, y el general Macdonald á Gratz y Laybach. El general Oudinot, con su cuerpo y la guardia moderna, debia establecerse en la llanura de Viena, y la guardia antigua fué á vivaquear en la bonita residencia de Schœnbrünn. Como una de las ventajas de la tregua era poder emplear julio y agosto en someter el Tirol, todos los bávaros se dirigieron hácia el Tirol alemán, mientras que las tropas italianas del príncipe Eugenio marcharon al Tirol italiano. Tambien se envió nuevas fuerzas al Voralberg y la Franconia.

Sabiendo Napoleon que habia muchos soldados jóvenes en los cuadros, y temiendo se resintiera su salud con la permanencia en las ciudades, y su espíritu militar con el descanso de una tregua, mandó acamparlos en tiendas de campaña. La estacion, el pais, todo era hermoso, abundaban el vino, la carne y el pan; con las contribuciones exigidas á las provincias austriacas, pagaderas, ya en papel, ya en géneros, se satisfacía el importe de todo lo que se tomaba, sin arruinar á nadie, y gravitando solamente sobre la hacienda del Estado; los sueldos se pusieron al corriente, y se establecieron talleres en Viena, en Lintz, en Znaim, en Brünn, en Presburgo y en Gratz, para hacer vestuario, calzado, ropa blanca y jacecs, pagando

siempre las primeras materias y las hechuras. Con todo esto, bien mantenido el ejército, vestido, descansado é instruido, debia aparecer dentro de un mes floreciente y terrible; pero aun hay mas, era preciso hacerlo tan numeroso como bien disciplinado y bien provisto. En virtud de las órdenes que diera Napoleon, iba á recibir desde principios de julio un refuerzo de treinta mil hombres, que ya habian salido de Strasburgo, y esto componia mas que las pérdidas sufridas en la campaña, sobre todo, así que volvieron á ingresar en las filas los *levemente heridos* (1), calificacion reservada á todos aquellos cuya cura se esperaba dentro de tres ó cuatro semanas. Dió nuevas órdenes para añadir otros cincuenta mil hombres á los treinta mil que iban á llegar, lo cual debia hacer subir á doscientos cincuenta mil franceses, y cincuenta mil aliados el ejército que operaba en el centro de la monarquía austriaca: dobles fuerzas que las que podia reunir el Austria en la hipótesis mas favorable. Para lograrlo ideó Napoleon un medio singularmente á propósito para facilitar el que los cuerpos recibieran reclutas. De resultas de las pérdidas, los cuadros del ejército distaban mucho de estar completos, mientras que en los depósitos habia abundancia de conscriptos; como que pasaban de los que podian contener los cuadros, de manera que sucedia muy á menudo faltar soldados en el exterior, y cuadros en el interior. Napoleon mandó ingresar todos los soldados de la division Puthod, que comprendia los cuar-

(1) En francés *petits blessés*, frase que no tiene tanta fuerza en la traduccion, ó mejor dicho, que solo puede verse al castellano por equivalencia. (N. del T.)

tos batallones del cuerpo del mariscal Davout, en los tres primeros batallones de este cuerpo, lo cual debía hacerles subir á un número de plazas considerable, sobre todo, despues del ingreso de los heridos lavemente. Lo mismo hizo respecto á la antigua division Barhou del ejército de Italia, la cual contenia los terceros y cuartos batallones del cuerpo de Marmont, pues esta recibió orden de hacer que ingresaran sus soldados en el cuerpo del general Marmont, el cual subió tambien con esto á un número vivo y efectivo respetable. Los cuartos batallones que componian el cuerpo del general Oudinot, pertenecian á varios regimientos del mariscal Massena, y suministraron sus soldados á estos regimientos, quedando vacios como los de las divisiones Pathod y Barhou. Despues de haber vaciado estos cuadros por medio del ingreso de sus soldados en los cuerpos de que dependian, Napoleon los espidió sin tardanza hacia Strasburgo, á fin de que fueran á buscar alli conscriptos formados del todo, y volviesen en seguida á tomar puesto en el ejército activo. De camino debian hacer otro servicio, cual era conducir á Strasburgo veinte mil prisioneros depositados en la isla de Lobau, que no se querian dejar en ella por si se renovaban las hostilidades, caso que era preciso preveer.

Como hemos dicho muchas veces, había creado Napoleon semi-brigadas provisionales, con los quintos y cuartos batallones de ciertos regimientos mas adelantados que los demas en su organizacion. Mandó disolver once de esas medio-brigadas, que cuando menos contenian veinte mil hombres, los cuales recibieron orden de trasladarse á Strasbur-

go, donde debian recibirlos los cuadros de los cuartos batallones. Pasó una nueva revista á los depósitos que no se habian agotado para formar semi-brigadas, y les pidió á todos ellos batallones de marcha, distinguidos entre si por los números de las divisiones militares á que pertenecian. Estos batallones, asi que hubiesen llegado á Ratisbona, podia decirse que habian concluido su viage, pues en aquella ciudad habia preparados medios de transporte para conducirlos á Viena por el Danubio. Ademas exigió Napoleon unos diez mil hombres de la Italia. En cuanto á caballería, casi no tenia que pedir gente, pues, segun costumbre, habia perdido pocos ginetes y muchos caballos, para reparar cuyas perdidas, estableció nuevos mercados en Passau, en Lintz, en Viena y en Raab. Por último, satisfecho del servicio de la artillería, quiso reforzarla mas y mas, y hacerla subir, de quinientas cincuenta bocas de fuego á setecientas, no aumentando la artillería de los regimientos, lo cual hubiera sido volver á añejas costumbres, no justificadas por el éxito, sino la de los cuerpos, y particularmente la de la guardia imperial. La artillería de esta había servido admirablemente en Wagram, donde contaba sesenta piezas, decidió que fuera en adelante de ciento veinte, para cuyo aumento sacó el personal de diez y ocho compañías de artillería, que tomó de los depósitos, especialmente de los de Italia, y el material de Strasburgo y de las plazas fuertes de Italia tambien. Los calibres se aumentaron igualmente, y para complemento de medidas con respecto á esta arma dispuso que la artillería de marina reemplazara á la de tierra en la guarnicion de las costas, y que las compañías del

litoral reemplazasen en el depósito de los regimientos á las compañías enviadas al ejército activo.

Así es como en todo el mes de agosto iban á añadirse cincuenta mil hombres á los treinta mil que se hallaban á la sazón en marcha hácia los campamentos del ejército de Alemania. Prosiguiéronse con actividad las obras de defensa en Raab, Viena, Molck, Lintz y Passau. A los heridos se les dividió en tres categorías, enviando los amputados á Strashurgo repartiendo los heridos de gravedad entre Molck, Lintz y Passau, de modo que pudieran incorporarse á sus regimientos dentro de dos ó tres meses, y dirigiendo los que tenían heridas leves á cada campamento. De esta suerte nada estorbaría al ejército en sus movimientos si volvía á empezar las hostilidades. Mientras que todo se preparaba para reforzarlo, debía hacer que á sus momentos de descanso sucedieran ejercicios frecuentes, teniendo así una vida mezclada de actividad, goce y reposo, pues reinaba en los campamentos una abundancia general. A fin de dar á todos ejemplo de abnegación, la guardia moderna recibió orden de acampar al pie de los muros de Viena con sus oficiales hasta el grado de coronel, y consiguiente á esta orden, colocáronse en tiendas de campaña entre Viena y Wagram los fusileros, los tiradores y los conscriptos, en número de ocho regimientos. Los granaderos y cazadores de la guardia antigua que nada tenían que aprender, fueron los únicos á quienes se dispensó de aquella tarea, y que vivieron en el tranquilo albergue de Schönbrunn con el soberano á quien querían y del que ellos eran queridos.

A tantos trabajos se agregaron las recompensas

empezando segun costumbre por los gefes del ejército. El general Oudinot, que habia reemplazado muy bien al mariscal Lannes á la cabeza del segundo cuerpo, el general Marmont, que habia hecho desde el fondo de la Dalmacia hasta el centro de la Moravia una marcha atrevida y prudente, y el general Macdonald, que habia mostrado en toda la campaña de Italia una esperiencia profunda de la guerra, y en Wagram la mas rara intrepidez, fueron nombrados mariscales. A los cuerpos y á los heridos sobre todo se les concedió gratificaciones. Un acto de severidad fué á mezclarse á aquellos otros actos de gratitud y munificencia. El mariscal Bernadotte, que por culpa suya ó la de su cuerpo, no habia sabido guardar el puesto que le estaba señalado entre Wagram y Aderklaa, publicó no obstante una orden del dia dirigida á los sajones, en la que les daba las gracias por la conducta observada en los dias 5 y 6 de julio, y les atribuía por decirlo así, la ganancia de la batalla. Este modo de aplicarse á sí propio y á sus soldados elogios que debiera haber esperado de Napoleon, ofendió en extremo á éste, porque ofendia al ejército entero y á sus gefes. Para castigarle redactó Napoleon una orden del dia severísima, que se comunicó en forma de circular á los mariscales únicamente, pero que bastaba para reprimir aquel raptó de vanidad, pues dirigida á rivales no era probable quedara oculta (1). En fin, Napoleon fué

(1) ORDEN DEL DIA. — Schönbrunn 5 de agosto de 1809. — S. M. manifiesta su descontento al mariscal príncipe de Ponte-Corvo por su orden del dia fechada en Leopoldau el 7 de julio, que se insertó en la misma épo-

á visitar personalmente sus campamentos de la alta Austria, la Moravia y la Hungría, sabiendo que con aquella vigilancia amenazadora aseguraba mejor la celebracion de la paz que con todos los es-

ca en casi todos los periódicos en los siguientes términos:

«Sajones, en la jornada del 5 del corriente, siete ú ocho mil de vosotros rompieron el centro del ejército enemigo y os dirigisteis á Deutsch-Wagram, á pesar de los esfuerzos de cuarenta mil hombres sostenidos por cincuenta bocas de fuego. Combatisteis hasta media noche y vivaqueasteis en medio de las líneas austriacas. Ayer 6, desde que amaneció volvisteis á empezar el combate con igual constancia y en medio de los destrozos de la artillería enemiga. Vuestras columnas permanecian inmóviles como si fueran de bronce. El gran Napoleón ha visto vuestro denuedo, y os cuenta entre sus valientes»

«Sajones, la fortuna del soldado consiste en cumplir con sus deberes: vosotros habeis cumplido dignamente con el vuestro.»—En el vivac de Leopoldau 7 de julio 1809.—*El mariscal del imperio comandante del 9.º cuerpo.*—J. BERNADOTTE.

«Fuera de que S. M. manda el ejército personalmente, solo á él le pertenece distribuir la gloria que cada cual merezca.

«S. M. debe el buen éxito de sus armas á las tropas francesas y no á ningun extranjero. La orden del dia del principe de Ponte-Corvo, que tiende á imbuir pretensiones falsas en tropas medianas cuando menos, es contraria á la verdad, á la política y al honor nacional. S. M. debe el buen éxito de sus armas á los mariscales duque de Rivoli y Oudinot que atravesaron el centro del enemigo al mismo tiempo que el duque de Awerstaedt le cogia la vuelta por la izquierda.

fuerzos de sus negociadores, los cuales debian reunirse en la ciudad de Altemburgo que se acababa de designar con este objeto. Asi es como empleaba el tiempo de la tregua de Znaim aquel génio in-

«La aldea de Deutsch-Wagram no estuvo en nuestro poder el dia 5. Dicha aldea fué tomada, pero no lo fué sino el 6 á medio dia por el cuerpo del mariscal Oudinot.

«El cuerpo del principe de Ponte-Corvo no permaneció inmóvil como el bronce, sino que fué el primero que se batió en retirada, habiéndose visto obligado S. M. á mandar le protegieran el cuerpo del virey, las divisiones Broussier y Lamarque á las órdenes del mariscal Macdonald, la division de caballería pesada á las del general Nansouty, y parte de la caballería de la guardia. A este mariscal y á sus tropas corresponden los elogios que se aplica el principe de Ponte-Corvo.

«S. M. desea que este testimonio de su descontento sirva de ejemplo para que ningun mariscal se atribuya la gloria que pertenece á los demas. Sin embargo, manda S. M. que la presente orden del dia, que podria afligir al ejército sajón, aunque bien saben los soldados que no merecen los elogios que se les dirige, quedo en secreto y se envíe solamente á los mariscales comandantes de cuerpos de ejército y al ministro secretario de Estado.»

Al mayor general.—Schœnbrünn 5 de agosto de 1809.—«Adjunta hallareis una orden del dia que enviareis á los mariscales, haciéndoles entender que es para ellos solos. No la enviéis al general Reynier, pero si á los dos ministros de la Guerra y al rey de Westfalia.

«NAPOLÉON.»

Al ministro de la Guerra.—Schœnbrünn 29 de julio de 1809.—«Si teneis ocasion de ver al principe de Ponte-Corvo, manifestadle mi descontento por la ridicula orden del dia que ha hecho imprimir en todos los periódicos tanto

cansable, que todo lo comprendia menos una verdad sencillísima: que el mundo no era tan incansable como él.

mas estemporáneamente cuanto que todo el dia se me ha estado quejando de los sajones. Esa órden del dia contiene ademas falsedades, pues el general Oudinot es quien tomó á Wagram el 6 al medio dia, y de consiguiente el principe de Ponte-Corvo no pudo tomarla. Tampoco es cierto que los sajones rompieron el centro del enemigo el 5, pues no dispararon un tiro. En general, me alegro mucho que sepais que no siempre se ha portado bien en esta campaña el principe de Ponte-Corvo. . . . La verdad es que esa columna de granito ha estado en derrota constantemente.

NAPOLEON.»

FIN DEL TOMO DECIMO.

INDICE.

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

RATISBONA.

PAGS.

Llegada de Napoleon á Paris el 22 de enero de 1809 por la noche.—Motivos de su repentino regreso.—Alteracion profunda en la opinion pública.—Se aumenta la desaprobacion tocante á la guerra de España, sobre todo desde que se cree debe producir dicha guerra un nuevo rompimiento con el Austria.—Desgracia de Mr. de Talleyrand, y riesgo de Mr. Fuché.—Actitud que toma Napoleon con respecto á la diplomacia europea.—Guarda silencio con el embajador de Austria, y se esplica francamente con los ministros plenipotenciarios de las demas potencias.—Hace esfuerzos por ver de impedir la guerra, pero se resuelve á hacerla de un modo terri-

cansable, que todo lo comprendia menos una verdad sencillísima: que el mundo no era tan incansable como él.

mas estemporáneamente cuanto que todo el dia se me ha estado quejando de los sajones. Esa órden del dia contiene ademas falsedades, pues el general Oudinot es quien tomó á Wagram el 6 al medio dia, y de consiguiente el principe de Ponte-Corvo no pudo tomarla. Tampoco es cierto que los sajones rompieron el centro del enemigo el 5, pues no dispararon un tiro. En general, me alegro mucho que sepais que no siempre se ha portado bien en esta campaña el principe de Ponte-Corvo. . . . La verdad es que esa columna de granito ha estado en derrota constantemente.

NAPOLEON.»

FIN DEL TOMO DECIMO.

INDICE.

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

RATISBONA.

PAGS.

Llegada de Napoleon á Paris el 22 de enero de 1809 por la noche.—Motivos de su repentino regreso.—Alteracion profunda en la opinion pública.—Se aumenta la desaprobacion tocante á la guerra de España, sobre todo desde que se cree debe producir dicha guerra un nuevo rompimiento con el Austria.—Desgracia de Mr. de Talleyrand, y riesgo de Mr. Fuché.—Actitud que toma Napoleon con respecto á la diplomacia europea.—Guarda silencio con el embajador de Austria, y se esplica francamente con los ministros plenipotenciarios de las demas potencias.—Hace esfuerzos por ver de impedir la guerra, pero se resuelve á hacerla de un modo terri-

ble si le obligan á tomar las armas de nuevo.—Intimidación de Mr. Romanzoff, que se habia quedado en París aguardándole.—Pide apoyo á la Rusia.—Vastos preparativos militares.—Conscripción de 1810 y nuevos llamamientos sacados de las anteriores conscripciones.—Formación de 4.^o y 5.^o batallones en todos los regimientos.—Desarrollo dado á la guardia imperial.—Composición de los ejércitos de Alemania é Italia.—Invitase á los príncipes de la Confederación á que preparen sus contingentes.—Primeros movimientos de tropas hácia el Alto Palatinado, Baviera y el Frioult, destinados á servir de advertencia al Austria.—Medios rentísticos puestos en relación con los militares.—Efecto que hacen en Europa las manifestaciones de Napoleón.—Disposiciones de la corte de Austria.—Exasperación y desasosiego que de ella se apodera de resultas de los acontecimientos de España.—Los apuros que esta guerra causan á Napoleón parecenle una ocasión que no debe desaprovecharse, despues de no haber utilizado la que ofrecia la guerra de Polonia.—Anímase con la irritación de Alemania y la opinión de la Europa.—Armamentos extraordinarios emprendidos hácia tiempo, y llevados ahora á cabo.—Necesidad de tomar una resolución, y de escoger ó el desarme ó la guerra.—Opta por esta última.—Unión del Austria con la Inglaterra.—Esfuerzos que hace el gabinete aus-

tríaco en Constantinopla para avenir á los ingleses con los turcos.—Tentativas hechas en San Petersburgo para separar la Rusia de la causa de Francia.—Enfriase Alejandro con respecto á Napoleón.—Motivos de esto.—Alejandro teme mucho una nueva guerra por parte de Francia contra Austria, y se esfuerza en impedirlo.—No pudiendo lograrlo, y no queriendo aun abandonar la alianza con Francia, adopta una conducta ambigua, calculada bajo el aspecto del interés de su imperio.—Grandes preparativos para acabar la guerra de Finlandia, y volver á comenzar la de Turquía.—Envío de un ejército de observación á Galicia so pretexto de cooperar con la Francia.—Austria, aunque engañada en las esperanzas que tenia con respecto á Rusia, se lisonjea atraerla al primer triunfo, y se decide á dar principio á la guerra en abril.—Declaración que hace en París Mr. de Metternich.—Napoleón sin temor alguno á la guerra, acelera sus preparativos.—Marcha anticipada de todos los refuerzos.—Distribución del ejército de Alemania en tres cuerpos militares.—Papeles señalados á los mariscales Davout, Lannes y Massena.—El príncipe Berthier parte para Alemania con instrucciones eventuales, y Napoleón se queda en París para acabar sus preparativos.—Pasan el Inn el día 10 los austriacos, y el archiduque Carlos se dirige hácia el Isar.—Paso del Isar y Toma de Lans-

hut.—El archiduque Carlos forma el proyecto de sorprender á los franceses antes que se reconcentren, atravesando el Danubio entre Ratisbona y Donawerth.—Disposiciones para ver de derrotar al mariscal Davout en Ratisbona.—Repentina y venturosa llegada de Napoleon al teatro de las operaciones.—Proyecto atrevido de reconcentraci6n, el cual consite en atraer el punto comun de Abensberg á los mariscales Davout y Massena, saliendo el uno de Ratisbona y el otro de Augsburgo.—Dificultades en la marcha del mariscal Davout, espuestos á encontrarse con casi todo el ejército austriaco en masa.—Conducta hábil y firme de este mariscal colocado entre el Danubio y el archiduque Carlos.—Encuentra á los austriacos entre Tengen y Hansen.—Brillante acci6n de Tengen dada el 19 de abril.—Reúnese con Napoleon el cuerpo de ejército del mariscal Davout.—Napoleon toma la mitad de este cuerpo, con los bávaros y los wurtembergenses, y atraviesa la linea del archiduque Carlos, que se estiende de Munich á Ratisbona.—Batalla de Abensberg dada el 20.—Napoleon prosigue esta operaci6n marchando sobre el Isar y tomando á Lanshut el 21.—Se apodera asi de la linea de operaciones del archiduque, y rechaza su ala izquierda á Baviera.—Sabiendo en la madrugada del 21 que el mariscal Davout ha tenido que volver á pelear contra el archiduque hácia Len-

ching, cae por la izquierda sobre Eckmülh, á donde llega á las dos del 22.—Batalla de Eckmülh.—Derrotado el archiduque, se corre á Bohemia.—Toma de Ratisbona.—Carácter de las operaciones ejecutadas por Napoleon durante aquellos cinco dias.—Grandes resultados militares y políticos que producen. 5

LIBRO TREINTA Y CINCO.

WAGRAM.

Empiezan las hostilidades en Italia.—Entrada imprevista de los austriacos por el Pontebu, Cividala y Goriza.—Sorpresa del príncipe Eugenio que no esperaba le atacasen hasta fines de abril.—Se repliega sobre el Livenza con las dos divisiones que tenia á mano, y consigue reunir allí parte de su ejército.—Toma en Pordenona de la vanguardia del general Sahuc.—El ejército pide la batalla á voz en grito.—El príncipe Eugenio arrastrado por el calor de sus soldados, se decide á combatir antes de haber reunido todas sus fuerzas y en un mal terreno.—Batalla de Sacila perdida el 16 de abril.—Retirada hácia el Adige.—Levantamiento del Tirol.—El ejército francés reconcentrado detrás del Adige, se reorganiza allí bajo la direcci6n del general Macdonald dado por consejero al príncipe Eugenio.—La noticia de los acontecimientos de Ratisbona obliga al

archiduque Juan á tomar retirada.—Acósale el príncipe Eugenio.—Paso del Piava á viva fuerza, y pérdida considerable por parte de los austriacos.—Sucesos de Polonia.—Hostilidades imprevistas en Polonia lo mismo que en Baviera y en Italia.—José Poniatowski da al pie de las murallas de Varsovia un combate obstinado con los austriacos.—Abandona esta capital de resultas de un convenio, lleva la guerra á la derecha del Vistula, y hace sufrir á los austriacos numerosos descabros.—Insurrección en Alemania.—Desercion del mayor Schill.—Conducta de Napoleon despues de los sucesos de Ratisbona.—Su inquietud al saber las noticias de Italia, que el príncipe Eugenio tarda demasiado en comunicarle.—Avanza no obstante en Baviera seguro de repararlo todo por medio de una marcha rápida sobre Viena.—Motivos por que no persigue al archiduque Carlos en Bohemia, y se dirige al contrario hácia la capital de Austria por la línea del Danubio.—Marcha combinada de un modo admirable.—Paso del Inn, el Traun y el Ens.—El archiduque Carlos quiere volver á pasar de Bohemia á Austria, y reunirse con el general Hiller y el archiduque Luis detrás del Traun, pero se le anticipa Massena en Lintz.—Espantoso combate de Ebersberg.—No pudiendo llegar á tiempo el archiduque Carlos ni á Lintz ni á Krems, los cuerpos austriacos que defendian la Alta

Austria se ven obligados á pasar otra vez el Danubio en Krems, y á dejar sin proteccion la ciudad de Viena.—Llegada de Napoleon al pie de las murallas de esta capital el 10 de mayo, al mes de haberse roto las hostilidades.—Entrada de los franceses en Viena despues de una resistencia muy corta por parte los austriacos.—Efecto que este suceso causó en Europa.—Miras de Napoleon para acabar de destruir los ejércitos enemigos.—Cómo escalona sus cuerpos para impedir que los archidukes hagan una tentativa por la espalda, y para preparar una reconcentracion súbita de sus fuerzas con el fin de dar una batalla decisiva.—Necesidad que hay de pasar el Danubio para juntarse al archiduque Carlos, que está acampado frente por frente á Viena.—Preparativos para ese paso difícil.—En este intervalo, desahogado el ejército de Italia con los progresos del ejército de Alemania, ha tomado la ofensiva y marchado adelante.—El archiduque Juan vuelve á pasar los Alpes Noricos y Julianos medio debilitado, y dirige las fuerzas que le quedan hácia Hungría y la Croacia.—Evacuacion del Tirol y sumision momentánea de esta provincia.—Toma Napoleon la resolucion definitiva de pasar el Danubio, y acabar de destruir al archiduque Carlos.—Dificultad de esta operacion en presencia de un ejército enemigo de cien mil hombres.—Escoge la isla de Lobau, situada en medio

del Danubio, para disminuir la dificultad del paso.—Puentes echados sobre el ancho brazo del Danubio en los días 19 y 20 de mayo.—Puente echado el 20 en el brazo angosto.—Empieza á pasar el ejército.—Apenas está en movimiento, cuando le sale al encuentro el archiduque Carlos.—Batalla de Essling, una de las mas terribles del siglo.—El paso interrumpido muchas veces por una avenida repentina del Danubio, se imposibilita definitivamente por la ruptura total del puente grande.—Privado el ejército francés de la mitad de sus fuerzas y desprovisto de municiones, sostiene el 21 y el 22 una lucha heroica, para no verse arrojado en el rio.—Muerte de Lannes y Saint-Hilaire.—Conducta memorable de Massena.—Al cabo de cuarenta horas de esfuerzos impotentes, desesperando el archiduque Carlos de poder arrojar en el Danubio al ejército francés, lo deja entrar pacíficamente en la isla de Lobau.—Carácter de esta batalla espantosa.—Inercia del archiduque Carlos y prodigiosa actividad de Napoleon durante los días que se siguieron á la batalla de Essling.—Esfuerzos que hace este último para restablecer los puentes con el fin de que el ejército francés volviera á pasar á la margen derecha del Danubio.—Feliz empleo de los marinos de la guardia.—Napoleon se ocupa en crear nuevos medios de paso, y atraer á sí los ejércitos de Italia y Dalmacia, para terminar la

guerra con una batalla general.—Marcha afortunada del príncipe Eugenio, Macdonald y Marmont, para reunirse con el ejército grande en el Danubio.—Posicion que Napoleon hace tomar al príncipe Eugenio sobre el Raab, con el doble objeto de atraerle donde él está y alejar al archiduque Juan.—Encuentro del príncipe Eugenio con el archiduque Juan al pie de los muros de Raab, y victoria conseguida el 14 de junio.—Toma de Raab.—Reunion definitiva del príncipe Eugenio, Macdonald y Marmont al ejército grande.—Alternativas en el Tirol, Alemania y Polonia.—Precauciones de Napoleon relativas á estas diversas comarcas.—Inaccion de los rusos.—Napoleon, en posesion ya de los ejércitos de Italia y Dalmacia, y pudiendo contar con los puentes del Danubio que ha hecho construir, piensa al fin en dar la batalla general que proyecta hace tanto tiempo.—Obras prodigiosas ejecutadas en la isla de Lobau durante el mes de junio.—Puentes fijos en el ancho brazo del Danubio; puentes volantes en el angosto.—Vastas posiciones y poderosas fortificaciones que convierten la isla de Lobau en una poderosa fortaleza.—Escena extraordinaria del paso en la noche del 5 de julio.—Desemboca de pronto el ejército francés á la otra parte del Danubio, antes que el archiduque Carlos hubiera podido oponerse á ello.—Replegado el ejército austriaco sobre la posicion de Wagram, se

defiende allí contra un ataque del ejército de Italia.—Refriega que solo dura un momento de la noche del 5.—Planes de los dos generales para la batalla del día siguiente.—Jornada del 6 julio, y batalla memorable de Wagram, la mas grande que hasta entonces se habia dado en los tiempos antiguos y modernos.—Ataque temible contra la izquierda del ejército francés.—Prontitud de Napoleon en llevar sus fuerzas de derecha á izquierda, á pesar de la vasta estension del campo de batalla.—El centro de los austriacos.—Atacado con cien bocas de fuego y dos divisiones del ejército de Italia á las órdenes del general Macdonald, es roto.—Toma de la colina de Wagram por el mariscal Davout.—Pérdidas casi iguales por ambas partes, pero resultados decisivos en favor de los franceses.—Retirada sin orden ni concierto de los austriacos.—Persecucion hasta Znaim y combate al pie de sus muros.—No pudiendo continuar la guerra los austriacos, piden suspension de armas.—Armisticio de Znaim y comienzo en Altenburgo de las negociaciones sobre la paz.—Nuevos preparativos militares de Napoleon para apoyar las negociaciones de Altenburgo.—Bonito campamento de sus ejércitos en el centro de la monarquía austriaca.—Carácter de la campaña de 1809. 185

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



